
CARLOS COELLO



CUENTOS

INVEROSIMILES

PRECIO

20 Reales.

BIBLIOTECA

PEROJO

MADRID

L47
2770

9 Dic. 78. 3

2025
297

CÁRLOS COELLO



CUENTOS

*El otro mundo
F. S. ...*

INVEROSÍMILES

EL OTRO MUNDO.
 EL HUÉSPED.—LOS DOS NAPOLEONES.—EL CAFÉ.
 EL PADRE DANIEL.—TIERRA-TRAGONA.
 HOMBRES Y ANIMALES.—EL NUEVO LÁZARO.



BIBLIOTECA PEROJO

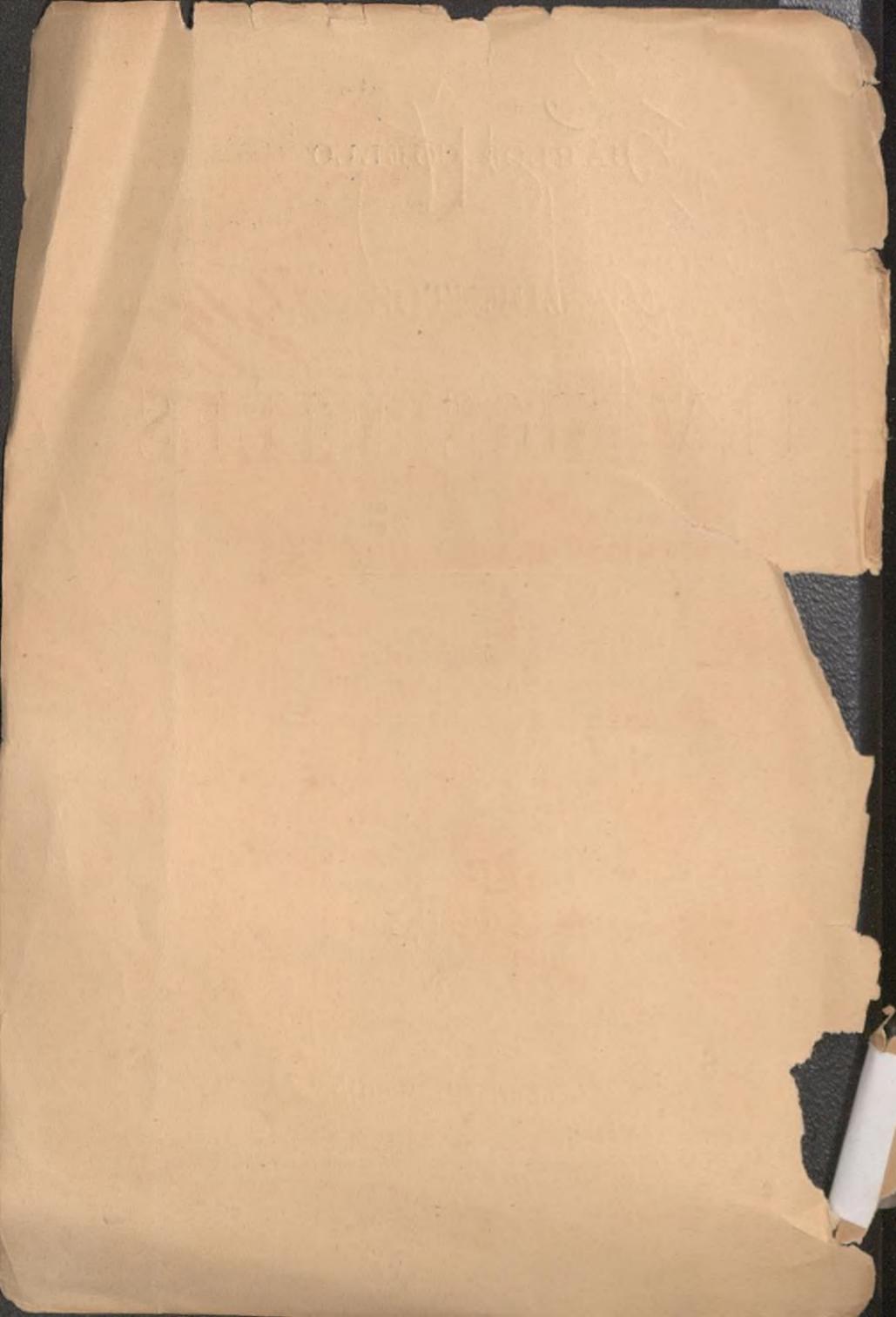
MADRID

PARIS

CALLE DE PIZARRO. 15

RUE DE PROVENCE,

3427



29-30 (61)



3427-

CUENTOS INVEROSÍMILES.

2025
Jey 1847

1873

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1873

CÁRLOS COELLO

CUENTOS

INVEROSÍMILES

EL OTRO MUNDO.—EL HUÉSPED.
LOS DOS NAPOLEONES.—EL CAFÉ.—EL PADRE DANIEL.
TIERRA-TRAGONA.—HOMBRES Y ANIMALES.
EL NUEVO LÁZARO.



BIBLIOTECA PERUJO

MADRID

15, CALLE DE PIZARRO, 15

PARIS

19, RUE DE PROVENCE, 19

OTROS COLECCION

OTROS

Ref. p. 53 lib. 21.

Es propiedad.



BIBLIOTECA PUBLICA

PARIS

MADRID

MADRID, 1878.—Tipografía-estereotipia PEREJO.



148 PALABRAS ⁽¹⁾



En el presente volúmen todo es inverosímil; tanto, que empieza por carecer de prólogo.

Al autor no le ha rogado nadie que coleccionese sus cuentos ya conocidos, ni que escriba otros nuevos: le basta con que un editor magnánimo se los publique, y aun se los pague.

No tiene una alta idea de lo contenido en estas páginas; pero si lo creyera rematadamente malo, dejaría de darlo á la es-

(1) Decir *Dos palabras*, como de costumbre, sería faltar á la verdad descaradamente.

tampa hasta por un natural sentimiento de honradez.

Tiene amigos dispuestos á decir en letras de molde que libro como el suyo no se ha compuesto jamás; pero antójasele que semejante afirmacion podría parecer algo hiperbólica, y desiste de molestar á los amigos.

Tal como es el libro, lo presenta al público confiando en su ejercitada bondad, y prometiendo contarle más cuentos... apenas él se los pida en la delicadísima forma de agotar los ejemplares de la primera serie.





EL OTRO MUNDO.

Á D. JOSÉ CAMPO-ARANA.

No es necesario salir de este mundo para convencerse de que hay infierno y gloria, purgatorio y limbo.—AFORISMO VULGAR.

PRIMERA PARTE.

RAFAEL.

I.

MACE ya algunos años (¡quién pudiera volver á ellos!) nos reuníamos, una vez por semana, varios aprendices de escritor público en casa de un buen amigo y compañero nuestro. Llamáronse primero estas reuniones *mártres poéticos*, aludiendo al objeto y día de la junta, y, andando el tiempo, uno de los *martenses* opinó que debían titularse *lozoyas literarios*, endilgando de este modo una delicada sátira á la sobriedad y parsimonia con que nos obsequiaba nuestro anfitrión, sátira que desgraciadamente no obtuvo más éxito que el de ser

reída y festejada por todos. Allí leíamos nuestros trabajos con la seguridad de encontrar en corazones sanos, en inteligencias elevadas, en jueces cuya imparcialidad y buena fe garantizaba, cuando no todo eso, la perfecta igualdad de situación—que, aunque estimula la ambición legítima, no crea jamás la envidia ni el orgullo—un pequeño público en profecía, permítaseme la frase.

II.

Peró harto hemos hablado ya de los vivos; dediquemos un recuerdo á la memoria del pobre Rafael, el mejor de todos nosotros, el de más talento, el de más corazón.

Rafael era un muchacho de veinticuatro años, de mediana estatura, débil de cuerpo, el rizado cabello negro retirándose en alborotadas ondas detras de su ancha y despejada frente; ojos grandes y vivos cuya expresion de impaciencia y de arrogancia estaba como enfrenada por finas y arqueadas cejas, como templada por interesantes ojeras ligeramente violadas; barba escasa destacándose sobre la mate palidez del moreno rostro, mano suave y varonil, natural elegancia y distinguido porte, lo mismo cuando se presentaba vestido de rigurosa etiqueta que al embozarse gallardamente en su capa jerezana.

¡Pobre Rafael!... ¡Qué alma tan generosa, tan inmensal!... Yo le decia á menudo que, con sólo contemplar la suya, me explicaba perfectamente el dogma de la inmortalidad del alma... Y él me miraba y se

sonreía... Miento, á veces se incomodaba conmigo.

Su imaginacion, semejante á cuantas produce el suelo andaluz que le vió nacer, era ardiente, exagerada: los versos brotaban de su pluma cual las flores del almendro en primavera, todos fáciles, dulces, desaliñados en la forma, pero rebosando inspiracion y sentimiento. Por eso yo buscaba las incorrecciones de las poesías de Rafael, seguro de encontrar algo bueno á través de ellas, del mismo modo que muchas veces se encuentra debajo de una chaqueta remendada ó una levita raida un corazon de oro.

Y todavía más que sus versos, me encantaba su conversacion, en la cual su espíritu se reflejaba como una hermosa en un espejo; pero como una hermosa sin vanidad, que ni repara siquiera en el cristal que tiene delante, donde contemplan su imágen sus admiradores, á quienes ella cree volver la espalda.

Rafael había viajado algo, había tenido la suerte de ver siempre la vida por el lado bello; aunque no muy rico, contaba con lo suficiente para satisfacer las necesidades de la existencia material, y sus demas aspiraciones eran todas espirituales; ambiciones artísticas, sueños de gloria... No había amado á otra mujer que á su madre, muerta cuando él tenía diez años; vivió hasta los veinte con unos tios; se cansó del pueblo, realizó su patrimonio y se lanzó á correr mundo.

Jóven, rico con su poco dinero, soñador, Rafael era libre y dichoso cual el pájaro del bosque, y su alegría, cual la del pájaro en los trinos, se desahogaba en su conversacion.

Rafael pintaba con la palabra como otros con el pincel.

Cuando nos describía su vida en Roma visitando ruinas y monumentos, sus paseos en góndola por los canales de Venecia, su ascension al Mont-Blanc, un estreno en el Teatro Frances, una carrera de caballos en Derby, ¡cosa extraña en los que escuchan relaciones de viajes! no experimentábamos deseos de ver lo que Rafael había visto; nos gustaba mas oírsele referir á él. Indudablemente, así como Federico Madrazo hermosea las mujeres que retrata, la palabra de Rafael hermosecaba la naturaleza y el arte.

Pues ¿y cuando soltaba la llave á su buen humor y comenzaba á decir chistes, á imitar al actor Fulano ó al orador Mengano, á contarnos chascarrillos de su tierra? ¡Oh! entónces tenía uno que teparle la boca ó huir de su lado, porque, si no, corría riesgo de desternillarse de risa.

III.

Rafael, que en un principio asistía puntual como el primero á nuestras reuniones, amenizándolas con la lectura de su admirable version de las poesías de Enrique Heine, dejó repentinamente de tomar parte en los *lozoyas literarios*. Mereció indulgencia su primera falta, y áun explicacion satisfactoria, suponiéndole todos esclavizado por alguna ocupacion imprescindible; pero llegó otro mártes y Rafael faltó otra vez, y al día siguiente, en nombre de los demas, fuí yo á su casa á saber si acaso se encontraba enfermo. Rafael se había mudado y había tenido la prevision de no revelar á su antigua portera las señas de su nuevo

domicilio... ¡Y échese V. á buscar á Rafael en un Madrid!

Hallarle era mucho más fácil que buscarle, y eso sucedió. Una tarde subía yo al Retiro al propio tiempo que él bajaba. Dos meses haría á lo sumo que no nos veíamos, y Rafael no era Rafael. Aumentada su palidez con una intensidad alarmante, sus ojeras extraordinariamente hundidas, oscurecidas y prolongadas, parecía que todo su sér se había refugiado en sus ojos. Su traje era más arreglado que de costumbre.

—¡Rafael!... dije, corriendo á él y abrazándole.

—¡Ah... ¿La has visto? exclamó saliendo de la distraccion en que venía sumido.

—¿Cómo que si la he visto? pregunté con extrañeza?

Rafael se ruborizó lo mismo que un niño al descubrir inocentemente el secreto de una travesura, y tartamudeó:

—No... perdona... Venía preocupado... No hagas caso de lo que te he dicho... ¿Qué es lo que te he dicho?

—¿Quién es ella, grandísimo picaron, quién es ella? repuse yo con acento inflexible, cogiéndole del brazo. ¿Quién es esa mujer infame que te ha hecho desertar de nuestras filas y olvidarte de nosotros? No trates de negar; confiesa... ó no confieses. Esa frase imprudente que se ha escapado de tus labios como un pájaro que encuentra abierta la puerta de la jaula, equivale á la más explícita de las confesiones. Amas á una mujer; dejas por ella á tus amigos, que te buscan y no te encuentran; vienes á buscarla al Retiro... y á tu

vez no encuentras lo que buscas... ¡Justicia providencial!

—Por Dios... No te burles de mí; estoy triste.

—¿Tú triste?... ¡Tú!... Pero ¿qué tienes que no hablas?... ¿Callas?... Bastante me dices con callar. Adios, Rafael.

—Ven acá, hombre, ven acá... Escucha... Voy á contártelo todo: tú tienes derecho á saberlo todo... y yo tengo necesidad de desahogar mi corazon en uno tan leal y tan cariñoso como el tuyo. No me agradezcas la confesion que voy á hacerte... ¿Quieres hacerme el favor de oír lo que ha pasado por mí desde que no nos vemos?

—Habla, Rafael, contesté conmovido.

El permaneció un momento silencioso y como reuniendo sus ideas; despues se cogió de mi brazo con un movimiento repentino, y andando unas veces, deteniéndose otras, se expresó en estos términos, miéntas nos internábamos en las alamedas del Retiro, perfumadas por el dulce aroma de las primeras lilas:

—Tú lo sabes mejor que nadie: yo no había amado nunca: es más, no creía en el amor. Reconcentrada toda la fuerza de mi sér en mi fantasía alimentada exclusivamente por los modelos de la belleza ideal, yo me había forjado en ella una imágen de mujer tan pura, tan grande, tan perfecta, que al encajarla, al sobreponerla en las realidades que encontraba á mi paso, siempre aparecían mezquinas éstas, imposible la ambicion de mi alma soñadora. Y plenamente convencido de semejante imposibilidad, resuelto á no conformarme, como tantos otros, con lo posible, renuncié al amor del mismo modo que ya había renun-

ciado, muchos años há, á ser rey ó millonario... Y mis libros, mis versos, mis esperanzas de gloria, vuestra compañía, llenaban por completo mi alma. Un juéves (anteayer hizo dos meses) estuve á comer en casa de Ródenas, y tuve por compañera de mesa á una sobrina de éste, recién llegada de América con su padre, alto empleado en la Habana. Su belleza nada comun, su elegancia, el *ángel* (como decimos los andaluces) que resplandecía en todos sus movimientos, en todas sus palabras, cautivaron poderosamente mi atención desde los primeros instantes... Pero no pienses que eso me hizo apostatar de mis creencias sobre las mujeres; nó: fué comprender y confesarme noblemente que aquella era una mujer distinta de las demas. Terminada la comida, pasamos al gabinete, y allí se hizo general la conversacion. Cristina, la señora de Ródenas, que no había dejado de notar mi predileccion por su sobrina Andrea y que me trata con bastante confianza, me lanzó á quema-ropa la siguiente pregunta:—«Desde la última vez que nos hemos visto ¿no ha modificado V. sus teorías sobre el amor?» Yo me quedé algo aturdido, y cuando ya iba á contestar, alguna simpleza sin duda, Andrea volvió hácia mí sus fascinadores ojos y dijo con su voz dulce y perezosa:—«¿V. tiene teorías especiales sobre el amor?... ¡Ay! Explíquemelas V... á ver si estamos conformes.» Me puse colorado; sostuve que no recordaba á qué teorías se refería Cristina, aseguré que ésta había sin duda interpretado mal mis palabras en alguna ocasion; cometí, en fin, cuantas torpezas puede cometer en semejante caso el colegial más zaino y más inocente. Cristina, á quien yo había llamado poco mé-

nos que embustera y necia, quiso tomar su revancha, y repuso:—«Nuestro amigo Rafael, querida Andrea, no cree en el amor. Desea para sí una mujer bella, discreta y virtuosa, y afirma que eso no puede encontrarse en el mundo.» Andrea se echó á reír y dijo con una sonrisita burlona que me dejó helado:—«¡Ya!... El señor buscará una mujer digna de él y no logrará dar con ella.» Y luégo, variando de tono y fingiendo un enojo encantador, continuó:—«Convengamos, sin embargo, amigo mio, en que no es muy galante su proceder de V., ni muy hábil tampoco. V. está en lo cierto: las mujeres somos muy malas; pero bien pudiera suceder que alguna llegase á enterarse del desden que le inspira nuestro sexo y tomara por su cuenta la venganza de todas las demas, enamorándole perdidamente.»—«Reconozco que he obrado mal (contesté yo entónces con acento sumiso), y declaro que, no sólo merezco sino que ambiciono el justo castigo de mis culpas... si bien quisiera que se me dejase en libertad de elegir verdugo.» Andrea, que me miraba sonriéndose, se puso repentinamente seria, y Cristina varió de conversacion. Llegó más gente, los jóvenes pidieron que se bailase un poco y el ama de la casa accedió á su demanda. Yo bailé dos walses y un rigodon con Andrea; y al sentir mis manos entre las suyas, al recoger su talle flexible entre mis dedos temblorosos, al respirar con avaricia el aroma de su aliento, al sentir acariciado mi rostro por la sombra de sus rizos, me parecía, aturdida mi razon en las vertiginosas vueltas del baile, que nuestros dos cuerpos se habían fundido en uno solo que tenía dos almas para sentir y para gozar me-

gor... Imagínate un torrente contenido, oculto por una enorme piedra que durante veinte años pára el curso de sus aguas y hasta ahoga sus rumorès; figúrate que un movimiento del terreno muda el asiento de la piedra, y verás las hirvientes espumas salir arrebatadas en confuso monton y exhalando amenazadores mugidos; las verás salpicar con sus gotas de acero la celeste bóveda, arrasar con sus ondas la tranquila campiña por donde al són de sus dulces cantares caminaba arando el sencillo labriego. Igual violencia presidió al despertar de mi corazón. Olvidando todo género de consideraciones, acompañé aquella noche á Andrea hasta su casa: á la siguiente volví á verla en la de Ródenas, y, sin aguardar más tiempo, porque yo había gastado ya la cantidad de calma que da Dios á un hombre para una vida, aproveché la primera ocasion en que pude hablarla á solas y la dije con brutal ingenuidad, con enérgica exaltacion:—«Andrea, ayer ví á V., y ayer he nacido de nuevo. La amo á V. con toda mi alma. No desconfie V. de mi amor creyendo que hace poco que existe. Ayer era un niño, y hoy soy un hombre: la he amado á V. durante una juventud desarrollada en veinticuatro horas. No pido á V. una respuesta en este momento; no la quiero. Hablemos, tratémonos por espacio de algunos dias; vea V., cuando me conozca, si yo basto á llenar las aspiraciones de su corazón: si es así, dígamelo V.; si no es así, dígamelo V. tambien y me moriré de pena... Eso vale más que vivir sin V. Yo no soy rico, Andrea; pero soy jóven y emplearé todas mis fuerzas en conquistar una posicion para ambos. No tema V. que me falten; que yo, que tanto necesito

de ellas, no lo temo tampoco.—Callé... La miré... Tenía los ojos bajos y el color encendido; ofreció contestarme, y dentro de la misma semana le arranqué la confesion de que me amaba y de que esperaba en mí... Desde entónces, mi vida consiste en trabajar para ser digno de ella y en verla para cobrar brios y seguir trabajando... Ella me ama; estoy seguro de ello: ella me lo ha dicho. Su padre desea casarla con otro; pero es incapaz de violentar en lo más mínimo la voluntad de su hija y, siendo ella quien ha de resolver esa cuestion, estoy tranquilo. ¡Un título nobiliario, un carruaje, un palco, un palacio, valen bien poco para ella comparados con la felicidad que puede ofrecerla mi cariño!...

Cesó de hablar Rafael, y yo le dije:

—Nada tengo que oponer á todo eso sino una pregunta. ¿Esa mujer es digna de los sacrificios que estás dispuesto á arrostrar por ella? Contéstame con ingenuidad.

Rafael me miró al pronto como si no hubiese comprendido bien, y de repente exclamó con ímpetu y apretando mis manos entre las suyas:

—¡La amo más que á mi vida!

—¿Por qué estás triste entónces? volví á preguntar.

—Porque hoy hace seis dias que no la veo por ninguna parte, ni en casa de Cristina, ni en los paseos, ni en los teatros... Porque la he escrito cuatro cartas y no he recibido contestacion á ninguna... Porque temo...

—¿Qué es lo que temes?

—¡Calla! No... Mira; hablemos de otra cosa... Hasta ahora me he ido librando de darme á mí mismo razon de lo que temo.

Y alimentando nuestra conversación con un monosílabo cada cinco minutos, dimos la vuelta y nos separamos. El pobre Rafael había conseguido ponerme de mal humor.

IV.

Un miércoles, que ninguno de nosotros olvidará nunca, habíamos estado todos á cual más haragan. Apenas hubo que leer, y, haciendo así un implícito propósito de la enmienda, cada cual comenzó á desenvolver grandes proyectos para la reunion próxima.

—¿Qué vas á traer tú? me preguntaron.

—Un cuento que he planeado esta mañana.

—¿Cómo se titula?

—*El otro mundo*.

—¡Ya!... Un viaje á la gloria, y al infierno, y al purgatorio, y al limbo...

—Sí...

—Pero, chico, eso está gastadísimo. El Dante en su *Divina comedia* y Quevedo en sus inmortales *Sueños*, puede decirse que han agotado el asunto.

—No es mi ánimo entablar competencias con esos señores: mis aspiraciones son más modestas, como vereis por vosotros mismos.

Con este motivo se habló largamente del otro mundo, sentándose atrevidas y absurdas y extrañas y chistosísimas proposiciones sobre la inmortalidad del alma, las penas y castigos de la vida perdurable, la eternidad, etc., etc., etc.; conviniendo al fin la asam-

blea, por votación unánime, en que hasta el presente no se sabe una sílaba en este mundo de lo que pasa en el otro.

Cuando llegábamos á tan luminoso resultado, apareció Rafael ante la festiva reunion. Acogió con una sonora carcajada el asombro que su presencia dibujó en nuestros semblantes, y tirando la capa y el sombrero sobre un mueble, arrastró una silla, se montó en ella y preguntó:

—¿De qué se trata?

—Ante todo, Sr. D. Rafael... dijo uno de los presentes.

—Alto, replicó el aludido. Vengo dispuesto á no dar la explicacion más leve de mi conducta. He permanecido cuatro meses sin poner los piés en esta casa porque me ha dado la gana, y por la misma razon vuelvo hoy á ella. Conque... ¿de qué se trata?

—Del otro mundo.

—¡Hombre!... bonito asunto... Y á propósito del otro mundo... Esta misma mañana reflexionaba yo al tropezar entre mis libros y papeles con un tomo de los viajes del doctor Livingstone: «¿Cómo, entre tantos hombres que han dado la vuelta á la tierra ó se han lanzado á los aires en la frágil barquilla de un globo, exponiendo á un peligro inminente su vida por el hallazgo de un dato científico, no ha habido uno solo que se levante la tapa de los sesos de un pistoletazo para salir de dudas sobre lo que encierra el otro mundo?» Verdad es que no podría dar cuenta á los mortales de su descubrimiento, porque, segun parece, por allá anda el servicio de correos peor que por acá, que es cuanto se puede decir, y aún está por lle-

gar la primera carta del viajero que toma ese rumbo... Pero ¿no es un hecho demostrado el magnetismo? ¿No se ponen los espiritistas un día y otro en contacto con el alma que se les antoja, y no escriben lo que ella les dicta con sólo dejar correr la pluma por el papel? Pues ¿quién me impide á mí pegarme un tiro esta noche y revelaros mañana lo que real y verdaderamente es el otro mundo? Nadie. Y este es sin disputa un medio de hacerme célebre más seguro y más breve que los seguidos hasta aquí.

Todos soltamos la carcajada y Rafael continuó diciendo con seriedad impasible:

—¿Os reis? ¿Creeis que no soy capaz de poner por obra mi proyecto?... ¿Pensais que la muerte ha de intimidarme? Un suicidio por haber cometido una vileza, es un contrasentido; un suicidio por una pérdida de juego, es un absurdo; un suicidio porque una mujer engañe miserablemente al hombre que no amaba la vida más que por amarla á ella... es una bestialidad que nadie concibe, aunque se está repitiendo todos los dias; pero ¡un suicidio por la ciencia, un suicidio por la moral, un suicidio en aras de la curiosidad humana!... ¡Eso es grande, eso es sublime, eso es digno de un hombre como yo!... Yo me siento con ánimos para realizar tamaña empresa, y yo la realizaré; y comparados conmigo en los tiempos venideros, á la luz de la razon y de la filosofía, Ícaro será un mancebo encogido y Cristóbal Colon un pobre diablo.

Una salva de aplausos acogió el discurso de Rafael, quien, evidentemente curado ya de su fatal pasion amorosa, había recobrado su antigua alegría.

De repente se abalanzó á la capa y al sombrero, y exclamó:

—Amigos, ya es tarde y quiero emprender el viaje ántes de las doce... Sí, despues de haber concebido semejante idea, no quiero vivir un solo dia más.

Y diciendo y haciendo, fué abrazándonos uno por uno, encargándonos, con temblorosa voz y compungido acento, que no nos olvidásemos de él, que le perdonáramos si acaso en alguna ocasion nos había ofendido involuntariamente, asegurándonos una y mil veces que aquello no era una broma como creíamos, sino una verdad indudable. Y encasquetándose el sombrero, se dispuso á salir.

—Oye, le dije yo deteniéndole por el brazo. Yo iba á escribir un cuento titulado *El otro mundo*...

—Pues no te calientes la cabeza inventando disparates, me contestó fijando en mí sus inmensos ojos negros; mi relacion será para tí.

Y abrazándome y besándome y dejando humedecidas mis mejillas con un llanto que con la mayor facilidad supo hacer brotar de sus ojos, desapareció.

—¡Qué loco! ¡Qué gracioso! ¡Siempre el mismo! exclamamos todos á una voz cuando todavía resonaba por la escalera el rumor de sus precipitados pasos.

V.

El miércoles por la mañana supimos con dolorosísima sorpresa, con invencibles remordimientos, que Rafael se había suicidado la noche anterior. Sobre su pupitre se encontró una carta dirigida á mí y que decía:

— «Cárlos, no creas que me mato porque Andrea
»ha accedido voluntariamente á casarse con el novio
»que le proponía su padre. Me mato por cumplir la
»promesa que acabo de haceros.—*Rafael*.—Martes 11
»de Mayo á las doce ménos tres minutos de la noche.»

VI.

Tan inesperada catástrofe impresionó vivamente á todas las clases de la sociedad madrileña que se apresuró á agotar el volúmen de obras escogidas de Rafael publicadas bajo la direccion de sus compañeros, y cuya segunda edicion, considerablemente aumentada, verá la luz pública de un dia á otro.

Para nosotros (y para mí en particular que le quería como á un hermano), la muerte del gran poeta que, disponiendo de tiempo apénas para recorrer las cuerdas del arpa, había sabido arrancar de ellas tan inolvidables armonías; la muerte de aquel corazon nacido para amar y destrozado por el desden, será uno de esos horrorosos espectáculos de los cuales nunca pueden apartar sus miradas los ojos del espíritu.

Yo no puedo recordar ya al jóven gracioso, chancero y animado. Cuando la idea de Rafael viene á mi memoria, se dibujan delante de mi vista tres imágenes que se confunden y se separan sin cesar. La primera lo retrata pensativo, melancólico como la tarde que me confió la historia de sus amores paseando por las alamedas del Retiro perfumadas entónces por el aroma de las primeras lilas... ¡las últimas para él! La segunda riendo nerviosa, convulsivamente, dispo-

niéndose un lecho de sarcasmos, de horribles epigramas, para acabar en él su existencia, pobre flor agostada en primavera cuando todas las del jardín alzan el cáliz al sol para que abrillante su rocío; llorando su desencanto con carcajadas, que son las lágrimas del miserable. Y la tercera... ¡Oh, la tercera encerrado en una estrecha caja, los ojos caídos, los labios cerrados, el corazón inmóvil; muda y solemne elocuencia de un cadáver que parecía decir: «¡El mundo no vale una mirada: el mundo no merece una queja: el mundo no es digno de que lata en él un corazón como el mío!...»

VII.

En muchos días ¿quién pensaba más que en Rafael, quién torcía hacia otro camino el curso de las ideas? Yo tenía obligación de entregar un cuento al director de un periódico que me había adelantado su importe y que, no comprendiendo la causa de mi informalidad, me abrumaba á recados para que cumplierse mi compromiso. ¿Y qué cuento iba á escribir? *¿El otro mundo?* Imposible. Eso sería una profanación, y, por otra parte, el solo temor, absurdo, supersticioso, enhorabuena, de que el espíritu de mi pobre amigo pudiera guiar mi pluma, me erizaba los cabellos. Quise inventar otro cuento: más imposible todavía. Entre las bellas cualidades de la imaginación, descuella su refinado egoísmo: sólo cuando no tiene que pensar en lo propio, se ocupa de lo ajeno.

Nuevo recado del director del periódico. Me en-

fadé y contesté al mozo de la redaccion: «Vuelva V. mañana á primera hora y ya estará escrito.» Y encargando á mi criado que cuando volviera al dia siguiente le entregase unas cuartillas que yo dejaría sobre la mesa, me dispuse á escribir.

VIII.

Saqué el reloj... Eran las doce ménos tres minutos de la noche... ¡Extraña coincidencia!... ¡Espantoso recuerdo!... Un escalofrío corrió por todo mi cuerpo, y en seguida mi frente abrasada se bañó en sudor... Las blancas cuartillas extendidas sobre mi pupitre, atraían mis miradas y las desvanecían hiriendo mis ojos... Alargué la trémula mano hácia la pluma y me pareció que ántes de tocarla con mis dedos se había colocado en mi mano por sí misma... Y una vez en ella, á impulsos de una fuerza extraña, incomprensible entónces, inexplicable siempre, la pluma arrastraba mi mano, y obedeciéndola ciegamente todo el resto de mi sér, paradas mi voluntad y mi inteligencia, comenzó á correr por el papel con rapidez vertiginosa y á llenar cuartillas y más cuartillas de una letra grande, desigual y temblona como trazada por un hombre de noventa años. Al cabo de un rato cuya duracion no pude apreciar, mi cabeza soñolienta cayó sobre mis brazos... ¡Qué horrible pesadilla! Rafael, con la sien ensangrentada, me decía poniéndome la yerta mano sobre el hombro: «Ya ves como soy hombre de palabra: ya ves como he cumplido mi promesa.»

.....

Desperté sobresaltado: ya era de día... Busqué las cuartillas... No había ninguna... Gracias á Dios, todo había sido una alucinacion ó un delirio.

A la tarde me trajeron unas pruebas de la imprenta.

—¿Cuándo he escrito yo esto? pregunté á mi criado.

—Señorito, me respondió, debe ser lo que esta mañana había sobre la mesa y que yo entregué al mozo de la redaccion que vino á buscarlo, conforme V. me mandó anoche.

Las pruebas (salvo las erratas), decían así:

Carta de Rafael á Cárlos desde el otro mundo.

Yo copio *ad pedem literæ* su contenido, absteniéndome de hacer el menor comentario. El lector hará cuantos tenga por conveniente.





SEGUNDA PARTE.

LA CARTA DEL MUERTO.

I.

RECÉ la última oracion por el alma de mi madre, pensé por última vez en Andrea... y la perdoné considerando la felicidad que perdía, afortunadamente sin saberlo; cogí el revólver, lo monté y, al apoyarlo en mi sien, desmayé á la idea posible de no ver á Andrea en toda la eternidad. Bajé el brazo... «Vivamos, me dije. Veámosla... Pero... ¿en brazos de otro?...» La detonacion del revólver ahogó recien nacido este cruel pensamiento. No podría determinar si el dolor que sufrí fué muy grande... Creo que no... Pasados algunos instantes, en que no pensé nada, en que no recordé nada, en que no experimenté nada, ni la absoluta inaccion de mis sentidos y facultades, desperté con

la sorpresa que lo haría una piedra que se animase de repente. Hallábame postrado en tierra y notaba una penetrante frialdad, como la del mármol, en todo mi cuerpo.—«¿Dónde estoy? (me pregunté con una voz que sonó dentro de mí). ¿Estoy en mi cuarto?... Acaso la herida que me hecho no es mortal?...» Y esa terrible duda aclaró más mi inteligencia. Abrí los ojos... Nada distinguí... Una luz negra, completamente opaca, alumbraba una oscuridad más negra todavía. (No encuentro otras palabras para expresar aquella sensación.) Llegó á mis oídos un confuso rumor de llaves que chocaban entre sí; despues se oyeron crugir cerrojos y rechinar la cerradura de una puerta... La luz solar hirió rudamente mis ojos, obligándome á cerrarlos por algunos momentos... Al abrirlos despues, noté que estaba en una prision y que tenía delante á un carcelero, repugnante como todos los que, sin participar de ella, rodean á la desgracia infeliz ó infeliz y culpable,—dos veces infeliz.

—¿Qué quieres de mí? le pregunté.

—Que me sigas, respondió bruscamente.

—¿A dónde he de seguirte?

—Al tribunal que te espera para juzgarte. ¿Has hecho ya el equipaje?

—¿Qué equipaje?

—¿Cuál ha de ser? El de tus acciones.

Miré en derredor mio, haciné maquinalmente en un gran talego, que hallé á mano, mis malos pensamientos, mis dudas en materia de religion, mis injusticias para con los que me rodearon en mi vida pasada, y me lo eché al hombro; reuní un puñadillo de limosnas y rasgos generosos y un monton

ton de buenos deseos, y recogiendo una pesada cantarilla llena de lágrimas hasta los bordes:

—Guía, dije al carcelero.

—Y ambos nos pusimos en marcha.

II.

—¿Dónde estamos? pregunté á mi acompañante al divisar una caseta de madera que se presentó á mis ojos de improviso.

—En las fronteras de la muerte, me replicó. Esta es la aduana: entra para que te registren el equipaje por si llevas algun contrabando.

—¡Contrabando!... exclamé persuadido de que aquel hombre se me burlaba en las barbas... Pues ¿qué contrabando cabe en semejante equipaje?

Él hizo un gesto despreciativo, y dijo con desden:

—¿Cuál ha de ser, majadero? Las buenas acciones que hayas llevado á cabo en tu vida impulsado por otro interes que el de la virtud. Las limosnas que has hecho para darte aires de caritativo delante de gente, las faltas que has dejado de cometer por repugnancia ó por pereza ó por miedo y no por virtud, como tú te complacías en creer, engañándote á sabiendas... Por acá, hipocresía y contrabando son voces sinónimas.

Entré en la caseta un tanto humillado y mohino, y puse mi equipaje á disposicion de los carabineros, que en su traje y aspecto no se diferenciaban gran cosa de los que hay en la aduana de Irun.

Lo primero que repararon fué una estocada dada al

dia siguiente de un baile de máscaras, por un bofetón recibido en él.

—¿Qué es esto? me preguntaron.

—Una acción generosa, repliqué con calor. Me habían injuriado, debía volver por mi honra so pena de pasar por un cobarde.

—Si no paga V. los derechos que marca la tarifa, decomisamos á V. esa acción generosa.

Bajé la cabeza, eché mano al bolsillo y pagué, al propio tiempo que un hombre con trazas de peon de albañil ponía el grito en el cielo porque le echaban al zurrón de los pecados un navajazo dado al salir de la taberna á un compañero que había hablado mal de su mujer. Por lo visto, aquel infeliz no tenía bastante dinero para convertir sus faltas en virtudes.

III.

Desde la aduana fuí al juzgado de la muerte; hice cola con la multitud que aguardaba como yo su sentencia, y después de más de tres horas de apreturas y sofocos, comparecí ante el tribunal. Era muy tarde y los jueces estaban cansados y deseosos de acabar; así es que fallaban en un periquete. Apenas supieron que yo me había suicidado, gritaron todos á una voz:

—¿Suicidio? ¡Al infierno con él!

—¿Por dónde se va al infierno? pregunté llorando á hilo y moco á un contratista de obras públicas, antiguo conocido mío, que me encontré de manos á boca.

—Venga V. conmigo, me respondió. Haremos el viaje juntos, si V. gusta.

—Sea enhorabuena... ¿Está muy léjos?

—Un poco, pero no iremos á pié. En coche se va más pronto... y casi casi lo que debíamos hacer es ir en ferro-carril.

—¡En ferro-carril!... ¿Qué está V. diciendo, hombre de Dios? ¿Hay ferro-carril para el infierno?

—¡Vaya! sí, señor. Y ahora, para que puedan ir todas las clases de la sociedad, la empresa ha puesto unos trenes de placer sumamente baratos.

Asombrado y confuso por lo que oía y veía, seguí á mi amigo y llegué con él á la estacion. Al tomar el billete, cuando me exigieron por él no sé cuantos napoleones, no pude ménos de decir un poco amostazado al que los expendía:

—Pero ¿por ir al infierno hay que pagar dinero?

Y él me replicó sonriéndose maliciosamente:

—Pues ¿cree V. que son muchos los que se condenan de balde?

Subimos al coche, que se puso en movimiento en seguida. Con nosotros iban al infierno un vejete flaco y amarillo que no dejó en todo el camino de contar las monedas que llevaba en un gran bolsón; una anciana que dormía á pierna suelta mientras su hija y un jóven que iba á su lado se aprovechaban de su descuido para departir amorosamente; un moralista que declamaba contra tanto escándalo pisando al mismo tiempo el pié de una linda viuda sentada frente á él, y dos agentes de policía que lo veían todo y no remediaban nada.

IV.

En tanto que mi compañero iba en un rincón, cabizbajo y meditabundo, yo sacaba la cabeza por la ventanilla examinando con curiosidad el paisaje y esperando lleno de zozobra el momento en que el tren debía deslizarse por un túnel oscuro como boca de lobo para conducirnos á las espantables profundidades del infierno. Y la aprension hacía que el aire me oliese á azufre y á cuerno quemado, y ya daba diente con diente al pensar en las calderas de Pedro Botero llenas de aceite hirviendo, preparadito para freirme como á un boqueron.

V.

Y en esto *llegó* un túnel: pensé desmayarme de susto: cerré los ojos para no ver que no veía, y aún no los había abierto, cuando oí gritar por la ventanilla, sin duda á un diablo cornudo y rabilargo:

—¡El infierno!

Los gritos de los viejos y de los jóvenes, los de los polizontes y los del contratista de obras públicas, me hicieron levantar los párpados por lo mismo que tenía miedo de ver... pero ¿cuál no sería mi extrañeza al no distinguir otra cosa que una estacion lo mismo que otra cualquiera, llena de empleados y de mozos que ordenaban la salida de los viajeros condenados y se brindaban á llevarles el equipaje hasta el término de su expedicion?

Sin tiempo apénas para sorprenderme, subí á un ómnibus que paró á las puertas de una poblacion parecida á Madrid y á Paris y á Londres y á todas las capitales del universo que yo había visitado anteriormente.

—Pero ¿este es el infierno? pregunté al contratista.

—Por lo visto, me contestó él, no ménos asombrado que yo.

Pasamos á unas oficinas llamadas *Registro de la propiedad del diablo*: allí inscribieron nuestros nombres en una especie de libro de caja, y el jefe de los covachuelos, hombre cuyo aspecto y traje en nada le diferenciaban de los de la generalidad de los oficinistas matritenses, nos dijo con afable sonrisa que si gustábamos podíamos visitar la poblacion ántes de comenzar á cumplir nuestra condena, aprovechándonos de esa gracia concedida por el diablo á sus súbditos en un rato de buen humor que tuvo el dia que supo que los españoles habían hecho una revolucion.

VI.

Y salimos por una puerta que nos señaló. Allí se nos acercaron multitud de *ciceroni* vestidos de frac y corbata blanca (por regla general maridos de apacible índole), y se brindaron á acompañarnos por la ciudad y á enseñarnos y explicarnos sus curiosidades todas.

Yo me acomodé con uno, y el contratista se fué con otro, despidiéndose de mí con un *hasta luego*, por no decir *hasta la eternidad*.

—Pero sáqueme V. de dudas, amigo mio, dije entablado diálogo con mi *cicerone*. ¿Esto es verdaderamente el infierno?

—Sí, señor.

—¿Y V. es un diablo?

—Para servir á V.

—Gracias... Pero, hombre ¿qué infierno de infierno es este y qué diablos de diablos son ustedes? Esto es una ciudad como otra cualquiera, y V. es un sér de carne y hueso como yo.

—Tiene V. razon.

—Pues ¿dónde demonios están los horrores de que nos han hablado los poetas y los santos Padres?

El *cicerone*, sin hacer maldito el caso de mi pregunta, me dijo:

—¿Usted fuma? y me presentó su petaca.

—¡Tabaco? exclamé haciéndole ascos. Será infernal...

—De la fábrica de cigarros de Madrid.

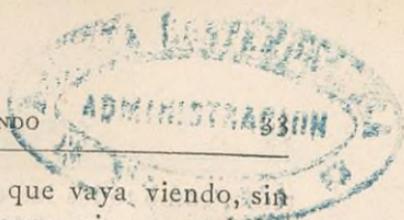
VII.

Ya habíamos penetrado en la calle principal de la ciudad, formada por altas y elegantes casas; bien empedrada; magníficos faroles; tiendas y cafés lujosísimos; parada de coches simones; vendedores de periódicos...

—Querido, me dijo el *cicerone* echándome familiarmente la mano por el hombro, cuando V. guste comenzaremos á ver los tormentos.

—¿Los tormentos?... ¿Luego aquí hay tormentos?...

—Naturalmente. Debo advertir á V., para que pue-



da darse cuenta y razon de lo que vaya viendo, sin necesidad de muchas explicaciones mías, que el sistema que se sigue en este establecimiento... (la palabra *establecimiento* me causó vértigos) consiste en imponer á cada individuo por castigo la continuacion eterna del vicio que escogió por gusto en el mundo, dotándole del suficiente criterio para comprender lo bueno y lo malo, lo útil y lo dañoso. Yo, por ejemplo, estoy condenado á ser complaciente para *in æternum*. ¿V. se entera?

—Pues ¿no me he de enterar?

Y dije para mis adentros, tranquilizándome por completo:

—Vaya, aquí sucede lo mismo que allá: nadie sabe su obligacion; el diablo es un pobre diablo.

VIII.

En esto pasábamos junto á una taberna, y el *cicerone* me dijo:

—Entremos y verá V. cómo se castiga aquí á los borrachos.

Así lo hicimos. La taberna era una inmensa sala á la cual no se le veía el fin, rodeada de colosales pipas que, segun supe despues, no tenian fondo. Al lado de cada pipa habia un banquillo y una mesa con un enorme vaso, que aumentaba de tamaño apénas se extendian hácia él los dedos. Cada borracho se sentaba á una de estas mesas, y en toda la eternidad no hacía otra cosa que echarse al cuerpo vasos y más vasos de vino.

Me fijé en el primero con quien tropezó mi vista:

tenía, como todos los demas, un gran babero sujeto al cuello, donde se leía, escrita en grandes letras formadas graciosamente por pámpanos y racimitos de uvas, una compendiosa relacion de su vida y milagros, que decia así:

«Malvino Cubas, albañil madrileño que se gastaba íntegro el jornal en la taberna y mató á su mujer de una paliza.»

Estaba el infeliz colorado como un cangrejo, los ojos hechos un mar de lágrimas, y tan perdidamente borracho, que ni sentado podía tenerse.

—Otra cañita, Sr. Malvino, gritaba el diablo-verdugo, disfrazado de tabernero.

—¿Cañita llama V. á esto? exclamaba el condenado abriendo desmesuradamente los ojos, acercándose el vaso á los labios y retirándolo en seguida asustado de las proporciones que tomaba. Este es el pozo trescientos mil cuatrocientos veintisiete que me echo al cuerpo, y aún no hace un mes que estoy aquí.

—¿Tantos lleva V.?

—Ni uno ménos.

—¡Vaya!... Pues consuélele á V. la seguridad de que eso no es nada, comparado con lo que le falta que beber todavía.

—Oiga V., señor diablo, ¿me quiere V. traer un poquito de agua?

El señor diablo, por única respuesta, le cogió el vaso y se lo embocó entero y verdadero.

Salí de aquel sitio riendo á mandíbulas batientes, sin duda porque no me remordia la conciencia por el vicio que allí se castigaba.

IX.

Desde allí fuimos al lugar del tormento de los glotonos. Era una gran fonda, en la que habia multitud de gabinetes elegantemente amueblados y con una mesa en el centro llena de cuantos manjares pueden venir en una hora á la memoria del gastrónomo más erudito. Al entrar en el primer gabinete reparé en los platos y se me abrieron las ganas de un modo espantoso; pero apénas me hice cargo de las fatigas que pasaba el gloton, se me retiraron á escape. ¡Pobre hombre! Estaba harto, gordo como un elefante; los guisos más excelentes le producian repugnancia invencible, y el diablo camarero le presentaba continuamente un tenedor con un trozo de jamon ó una pechuga de pavo y si no abría la boca á la primera advertencia, se lo metía en ella quieras que no.

El condenado decia con voz gruesa y pastosa:

—¡Dios mio! ¡Qué hermoso debe ser tener hambre!

X.

Bajamos de la fonda y nos dirigimos á la gran casa de juego, donde los jugadores las pagaban todas juntas al fin y á la postre.

A la entrada de la sala habia extendido en el suelo, para que los que vinieran de la calle se limpiasen los piés, un rueda cuya extraordinaria suavidad me llamó la atencion.

—¿De qué es esto? pregunté á mi acompañante.

—Este ruedo, me dijo, es la célebre oreja de Jorge: los hombres, á fuerza de tirar de ella, le han dado las dimensiones necesarias para el uso á que al presente se encuentra destinada.

El cuadro que presentaban los jugadores, sentados alrededor de una larguísima mesa cubierta por un tapete verde, era verdaderamente terrible. Allí ví una porcion de hombres en quienes se habían despertado el amor paternal y el sentimiento de la dignidad humana, exponiendo continuamente á un azar la fortuna que poseían, el fruto de su trabajo, el pan de sus hijos. Y con los ojos casi saltados de las órbitas, el pecho conteniendo la respiracion, el pulso latiendo apresuradamente, secos los labios, atenaceado el corazon, aquellos infelices alargaban el cuello para brujulear la carta que iba á salir de las perezosas manos del banquero. Y ganaban, y sentían una vergüenza profunda por el innoble placer que experimentaban involuntariamente; y perdían, y cuando iban á retirarse adivinando el cuadro horrible que les esperaba en su hogar... caían de nuevo en el sillón, y el martirio volvía á comenzar para no acabarse nunca.

Recordé que había jugado algunas veces en mi vida, y tuve que buscar apoyo en la pared para no caerme.

XI.

Los embusteros formaban un inmenso corro situado en una plazuela llamada *de la Bola*. Allí mentian todos, sabiendo cada cual por su parte que nadie ha-

bía de creerle; pero sin poder dejar de hablar un solo momento. A veces se indignaba uno de que otro le contase un embuste demasiado gordo y le pegaba de bofetones; y el abofeteado, á pesar del dolor que recibía, no podía ménos de decir:

—Me han gustado mucho estos bofetones: deseo que me dé V. cinco docenas más.

En un edificio situado en la misma plazuela y en cuya portada se leía: «Cámara popular», los oradores más parlanchines y egoistas del mundo estaban condenados á hablar eternamente, á fingir entusiasmo por ideas de que interiormente se reían, ante un auditorio que conocía sus intenciones, y del que no podían esperar otro galardón para su infamia que silbidos y denuestos... Y los desdichados seguían hablando, secas las fauces, roncós, fatigados siempre y nunca totalmente rendidos.

Los mujeriegos se afanaban, se daban malos días y peores noches, se atildaban y gastaban el tiempo y el dinero para conquistar mujeres que les repugnaban, y cuyos favores les eran aún más costosos de gozar que de conseguir.

Los haraganes, condenados á eterna holganza, se consumían de fastidio y de tristeza, y pedían con lágrimas un libro, una azada, un baul que echarse á cuestras, por el amor de Dios.

Los avaros, sentados alrededor de una inmensa fosa, trataban de llenarla con sus ahorros, cerrando los ojos para no ver las satisfacciones del mundo, de que huían espontáneamente, y, á través de los párpados que se les transparentaban como cristales, viendo á sus hijos y deudos desear su muerte para derrochar

en locas orgías el fruto de sus desvelos y privaciones.

Las mujeres adúlteras padecían eternamente las inquietudes que trae consigo el crimen, irónicamente compensadas con un placer fútil y vergonzoso. Distinguían al alcance de sus manos las puras alegrías de la virtud; querían poseerlas... pero no podían desprenderse de los férreos brazos del vicio.

Los tramposos, los caballeros de industria, los ladrones, se afanaban constantemente en sus farsas, en sus embustes á cada paso descubiertos, en sus peligros cada vez mayores: abierto ante ellos y fácil el camino del bien, seduciéndoles con sus atractivos... Y querían dirigir hácia él las plantas... Y éstas se clavaban en la tierra ó retrocedían con horrible violencia.

.....

XII.

Pero ¿para qué he de decirte más? Con lo dicho basta para que te formes una idea del infierno y sus penas, y te hagas cargo de la infernal habilidad con que están imaginadas.

—¿Qué harán conmigo? ¿Qué castigo impondrá el señor Lucifer á mis pecados? iba yo diciendo miétras me dirigía al real palacio de Su Majestad, temblando como un azogado al solo pensamiento de que aquél pudiera consistir en amar á Andrea eternamente, en sufrir eternamente sus traiciones y en estarme suicidando por toda una eternidad... Y pensándolo bien, eso debía ser y no otra cosa.

XIII.

El diablo, que por hacer algo y cansado ya de matar moscas con el rabo en sus ratos de ocio, se dedicaba á la sazón á prestar dinero sobre ropas y alhajas en buen uso, me recibió con mucha cortesía, me ofreció cerveza alemana y se enteró minuciosamente de mi vida mundanal.

—¿Conque V. se ha pegado un tiro por una mujer? me dijo despues de oirme. Pues, hijo mio, el que hace eso, no debe venir al infierno.

—¿No? pregunté con agradable sorpresa.

—No: debe irse al limbo.

La pullita, léjos de molestarme, me hizo muchísimo salero. Lucifer continuó, dándome una palmadita en el hombro y acompañándome hasta la puerta:

—¿Quién le ha dicho á V. que debia venir al infierno, criatura? ¿Ha amado V. y le han engañado? ¡Pues entónces ya ha pasado V. el infierno en vida!

—¿Y qué hago ahora? le pregunté algo confuso.

—Tome V. el tren del purgatorio. Allí le detendrán algunos días, y en seguida entrará V. en la gloria, que bien ganada se la tiene. ¡Pobre hombre!

Y al llegar aquí, el diablo hizo unos cuantos puchereros. Salí encantado de aquel sujeto tan compasivo y tan servicial, y puse por obra todos sus consejos al pié de la letra.

XIV.

Un cuarto de hora escasamente habría pasado en el wagon, cuando el tren se detuvo y los mozos gritaron:

—¡ El limbo: treinta minutos de parada y fonda!

Mi rápido cambio de situación me había devuelto las perdidas ganas de comer, y decidí satisfacerlas en el *restaurant* de la estación. Pero no conté con la huéspedea: todos los guisados que allí me sirvieron estaban tan sosos, tan insípidos, que era imposible atravesarlos.

—¿Qué haré de esta media hora que me sobra? exclamé en voz bastante alta para que me oyese un chiquillo que andaba por allí papando moscas, y se me acercó replicándome muy poco á poco:

—Si V. quiere, le llevaré á ver el pueblo y estaremos de vuelta para la hora de la salida del tren. Y si V. no quiere, á mí lo mismo me da que venga V. ó que se quede ahí.

Y volvió la cabeza hácia otro lado con aire indiferente.

—Vamos á ver el limbo, le dije dándole un par de reales.

—No hay de qué darlas, me contestó yendo á tirar al suelo la moneda y guardándosela despues en el bolsillo con calma glacial.

XV.

El limbo es un pueblo ni grande ni chico, ni bonito ni feo; sus casas no son pobres ni suntuosas y no sorprenden al viajero ni por su elegancia ni por su aspecto desagradable. El sol alumbra blandamente, el mar es un lago inmenso y tranquilo, el aire se desliza sin producir frialdad ni ruido, las flores son descoloridas é inodoras... No hay nada allí que tenga un carácter determinado: bajo aquel cielo no puede existir el entusiasmo ni la desesperacion; los grandes placeres y los grandes dolores son igualmente desconocidos; nadie sabe lo que es una verdadera lágrima ó una verdadera carcajada.

XVI.

En el limbo no hay únicamente niños, como yo me figuraba; sin duda los que están en él hace mucho tiempo, se han desarrollado y han concluido por convertirse en hombres y mujeres.

Todos sus habitantes se levantan despues del medio dia; no hay memoria de que uno haya querido disfrutar del bello espectáculo de la salida del sol, que despierta y anima la dormida naturaleza, premiando con alegría y salud á los que madrugan para saludar los primeros su presencia regeneradora.

La inmensa mayoría de los que allí viven disfruta de los recursos de una posicion desahogada; así

es que la existencia de casi todas las personas es muy parecida.

Los niños crecen encerraditos en casa de sus padres, rodeados de precauciones que les hacen llegar á la juventud débiles y entecos: ninguno disfruta de la vista del campo, ni alimenta sus pulmones con su aire purísimo, ni corretea por la menuda hierba subiendo y bajando los torcidos senderos entre los gritos de sus alegres camaradas... Nada de eso: algún día que otro, si en nada se ha alterado la tranquilidad de la atmósfera, cogiditos de la mano de sus padres ó niñeras, custodiados como presidiarios peligrosos, van los pobres niños á dar una vuelta por un sitio árido y estrecho... Miradlos: sus ojos sin brillo parecen buscar instintivamente la tierra; sus mejillas están pálidas; sus piernas delgadas, raquítics, se cimbrean con el leve peso del cuerpo.

Van al colegio, y allí cierto es que no juegan ni alborotan; pero tampoco aprenden nada provechoso, y llegan á los veinte años sin haber desarrollado su imaginación y sin poseer otro caudal intelectual que una colección de dudas, preocupaciones y superficialidades. Eso hace que su carácter sea algo ligero, que busquen como placeres los entretenimientos más fútiles, ignorando hasta la existencia de las únicas verdaderas satisfacciones de la vida. Nada saben y á nada aspiran: tienen cobrado asco al estudio desde su niñez, y son impotentes para comprender la delicia de las dulzuras que proporciona. Háblales de amor puro y grande y eterno, y se colocarán los quevedos sobre la nariz, clavarán en tí una mirada impertinente, y te dirán con énfasis: «Caballero, la filo-

sofía me ha hecho escéptico.» Háblales de Dios, de la religion, del amor á la patria, y se reirán como el palurdo estúpido se rie de las palabras del extranjero y se burla de ellas... porque no las entiende. ¿Cuál es su vida entónces? exclamarás asombrado. ¿Cuáles son sus diversiones? Voy á decírtelo.

Se levantan á la una del dia, almuerzan, y despues de estarse tres horas al tocador, ni más ni ménos que una señorita, se van á una de las calles principales del pueblo, y allí permanecen otras tantas dando vueltas de arriba á abajo. Llegada la hora del paseo, montan á caballo, no con el objeto de fatigarlo persiguiendo la caza por bosques y laderas, ó con el de ennoblecer la aficion ecuestre salvando precipicios ó devorando distancias, no: únicamente con el objeto de ir ajustando su marcha á la de otros mil, haciendo saludos á la condesa de H y á la duquesa de X, que pasan en su carruaje lujosamente vestidas aspirando á la aprobacion, quizá al aprecio de semejantes entes... A prima noche se meten en un teatro, sin ocuparse de la funcion (como no sea á la salida, para probar su suficiencia criticándola sin haberla visto), distraidos en dirigir los gemelos á este palco ó al otro, en componerse la corbata ó la pechera de la camisa. Desde el teatro, á una reunion, á dar vueltas como perinolas ó á hacer figuras y mudanzas en medio del salon como arlequines; despues de la reunion, á cenar en el café, á perder al juego, sin pasion de ninguna especie, el poco dinero que queda en el bolsillo, y que no se puede emplear de mejor manera... A cualquier parte, porque, no retirándose tarde á casa, se corre el riesgo de madrugar al dia siguiente.

Estos séres, llamados generalmente *pollos* (sin duda por no considerárseles dignos ni del nombre de persona), estos mismos son un día hombres y padres de familia, y ellos, no otros, son los encargados de dirigir con su autoridad y de aleccionar con su ejemplo á la juventud futura. ¿Crees que cuando se casan reparan en si la que va á ser su esposa es una mujer discreta, virtuosa, modesta?.. ¡Qué tontería! Verdad que en el limbo no se encuentran tales fenómenos ni por un ojo de la cara; pero al que se casa le basta con que su mujer sea bonita ó dueña de una fortuna... ¡Ah, los matrimonios del limbo son preciosísimos! El marido duerme en la primera pieza de la casa; la mujer en la última. El marido almuerza á una hora; la mujer á otra. Él se pasa la vida con sus amigos en el club, en el café, en el teatro, porque no hacerlo así sería de mal tono, y como es una verdad indudable que el amor conyugal se gasta pronto, conviene no usar de él ni poco ni nada. Ella, por su parte, cifra todo su orgullo, toda su alegría en ponerse ricos trajes y magníficas joyas, más aún que para agradar á los hombres, para desagradar á las mujeres. Y no la juzgues mal por esto: la pobrecilla ignora que en el mundo en que vegeta existan mayores bienes. Por eso está en el limbo: ese es su castigo... No vayas á pensar, viéndola rodeada de continuo en su tertulia por mil almibarados galanes, que es capaz de faltar á sus deberes. De manera ninguna. La culpa, aunque envuelta en remordimientos y peligros, ofrece satisfacciones: en el limbo se desconocen esas y, lo que es peor, se renuncia á las que ofrece la virtud, dándose por muy contento todo el mundo de no disfrutarlas

con esquivar sus inconvenientes, lo único que en ellas alcanza á ver la miopía general. La mujer que ha llegado á la pubertad con la inteligencia dormida, con una hermosura y un corazon que no han servido para despertar un sentimiento y corresponder á él con otro, va á ser madre. La bendicion celeste ha fecundado su seno; su mision sobre la tierra va á cumplirse, y la sola realizacion de este acto basta ¿quién lo duda? para engrandecerla y sublimarla. La que es madre será digna de haberlo sido: todos los sentimientos que han permanecido ocultos en el fondo del alma, no por otra cosa sino por no encontrar un objeto que los mereciese, serán ahora para el ángel desprendido del cielo que va á emprender su peregrinacion por la tierra. ¡Cuánto le amaré la que durante nueve meses lo ha llevado en su seno! Ya para ella no habrá en adelante joyas ni trajes, prendidos ni fiestas... La contemplacion y el cuidado de su hijo ni se lo permiten ni se lo dejan desear. ¿Qué vale lo uno al lado de lo otro? Ella le tendrá siempre en sus brazos... ¡Cuán breve será siempre la distancia que medie entre los labios de la madre y la rubia cabecita del niño!... Ella le alimentará con el suave jugo de sus pechos y le adormirá á aquel dulce calor de la vida y del cariño... Ella buscará las sonrisas del infante para encontrar las suyas... Ella le cantará tiernas canciones si el llanto acude impaciente á posarse sobre los párpados del mortal que acaba de abrirlos... Ella le hará repetir las tiernas plegarias en que se envuelve el alma del hombre para subir hasta Dios y aprender poco á poco el camino del cielo... Ella depositará en su tierno corazon la semilla de la virtud... Ella cuidará

de que con sus advertencias y desvelos germine y florezca... ¿No es verdad que todo sucederá así?—No: nada de eso sucederá. La mujer deseará no ser madre, porque los hijos molestan y fatigan y no originan más que disgustos. La mujer sentirá ser madre, porque la maternidad suele agostar en flor los encantos de la hermosura. La mujer será madre y pedirá á la medicina que seque el jugo de su seno indigno, y comprará en otra mujer alimento y amor y cuidados para su hijo, ya que no pudo comprar ántes entrañas que le prestasen albergue. La madre no dará á su hijo otra cosa que un beso inspirado por la reflexion de cuando en cuando, á las horas en que no hay peligro de que el tocado se descomponga al bajar la cabeza sobre la cuna de un niño que duerme... La madre tendrá otros pensamientos que su hijo, otras diversiones que sus caricias, otros halagos que su amor y su respeto. La madre verá crecer á su hijo, y quizás se separará voluntariamente de él, y él aprenderá de otros labios que los suyos las primeras oraciones... Acaso no las aprenderá... ¿Y tú crees que todo eso es el crimen de esa desdichada? No; eso no es más que su castigo. Esa madre está en el limbo: lo que hace está bien castigado con lo que deja de hacer.

XVII.

Desearás saber cómo vive aquel pueblo, por qué constitucion política se rige, qué hace el jefe del Estado, qué hacen los súbditos... Te lo diré en dos palabras, porque el solo recuerdo de aquel espectáculo abruma, entristece y desespera.

Los que mandan viven entre el fausto y la molicie: saraos espléndidos, festines en que se vierte un mar de oro, del cual no parte ni un pequeño arroyo que acuda á remediar las necesidades públicas: la inepticia aconseja, la holganza y la desvergüenza prosperan, y el talento y la probidad se encierran en su concha ó asustados ó indiferentes. Los males son conocidos de todos: la mayoría aplaudiría su remedio; el remedio es fácil... pero los que mandan están en el limbo.

El pueblo es bueno, quizás el mejor de la tierra: el pueblo merece ser feliz, el pueblo necesita descanso y tranquilidad; pero hay tantas opiniones como hombres, cada grupo de ciudadanos es un rebaño de inocentes ovejas guiado por un lobo ó por un asno... —El pueblo está en el limbo.

XVIII.

Desde que preocupado y melancólico me dirigí á tomar el tren, hasta mi llegada al purgatorio, no cesé de lamentar la pérdida de tanto tiempo, de tanta riqueza, de tanta salud, de tanta vida miserablemente despilfarrados... Horrible cosa sería haber nacido en el limbo, tenerle, por casualidad, el amor que se debe á la patria, ver inmediata su ruina, clara su salvacion y vivir eternamente en él sin poder hacer otra cosa que entristecerse y lamentarse.

XIX.

Temí llegar tarde á la estacion; pero el tren venía con un retraso de dos horas y eso me libró de quedarme en el limbo.

El purgatorio es una especie de hospital por el estilo de las casas de locos de la tierra. En la planta baja tiene su habitacion el médico, hombre serio, de pocas palabras, y á quien le basta una leve explicacion para extender con acierto la receta que cada pecador necesita. Me hizo algunas preguntas sobre mi vida, oprimió un timbre, escribió un par de renglones en una hoja de papel y dijo al practicante que apareció en la puerta:

—Purgatorio de sexto órden; poco cargado.

Yo oía y no entendía una palabra.

—Venga V. conmigo—dijo el practicante.—Le seguí maquinalmente, y despues de subir algunos tramos de escalera y atravesar varios pasillos y corredores, entramos en una pequeña habitacion con una cama de buen aspecto.

—Desnúdese V. y acuéstese.

Obedecí, y una vez que estuve entre las sábanas, mi lacónico acompañante sacó un botiquin de una alhacena, preparó un brebaje invitándome á que lo bebiera, y hacerlo y quedarme repentinamente dormido, fué una misma cosa.

XX.

De pronto abrí los ojos y noté con sorpresa mezclada de espanto que la decoracion había cambiado por completo: era un gabinete alumbrado por una lamparilla... Sentí un invencible miedo de estar solo, quise gritar para llamar gente, pero no pude... No era que me faltase voz; la tenía, pero sólo alcanzaba á producir sonidos inarticulados: era que no sabía hablar... Dirigí una ojeada investigadora á todo lo que me rodeaba, y al mirar un espejo situado frente á mí, ví en él un niño de unos cuatro meses durmiendo en una cuna... Me incorporé en la cama y el niño se incorporó en la cuna: entónces advertí que el niño era yo y la cuna mi cama. Me eché á llorar desconsoladamente, y, á los primeros compases de mi sinfonía, una mujer que roncaba en un catre contíguo, se levantó y me dió el pecho. Me cansé de mamar, y volví á llorar de nuevo... Mi ama se enfadó, cogió una saya negra, se la puso por la cabeza y empezó á decir, ahuecando la voz y acercándoseme con las manos extendidas hácia mí:

— ¡Bu! ¡Bu!...

Entónces solté la llave á mis pulmones y comencé á chillar y á llorar y á patalear en tales términos, que un señor, envuelto en una bata y con una palmatoria en la mano, apareció en mi alcoba gritando:

— ¿Qué es esto?.. ¿Qué pasa aquí?...

La presencia de aquel buen sujeto de aspecto respetable, que mandaba con imperio y á quien mi nodriza hablaba con cierta consideracion, me hizo espe-

rar que me protegería; y si hubiese sabido que era mi padre, lo habría dado por hecho.

—¿Qué pasa aquí?—volvió á decir el caballero de la palmatoria.

—Que el niño está muy penoso, señorito —contestó el ama.

Yo no comprendí el significado de sus palabras; pero, como era un niño muy listo, no dejé de sospechar que sería algo en contra mía, y queriendo defenderme de algun modo, miré primero á mi padre haciendo los pucheros más tiernos que supe, y despues al ama, y volví á llorar... Y mi señor padre dejó la palmatoria sobre la cómoda y se vino á mí, levantó la colcha de la cuna, y buscando debajo de ella algo que no tardó en encontrar, me propinó una docena de azotes como para mí solo. Y se fué por donde había venido. Y el ama se metió otra vez en su catre, y yo, al són de sus ronquidos, continué chupándome los dedos, gimiendo y sollozando; durmiéndome al fin, no sé si encantado de la justicia que empezaba á encontrar en mis primeros pasos por el mundo. Pasaron muchos días. Yo, segun afirmaban todos los que iban á casa de mis papás, era un niño muy guapo; por lo cual (digo yo que sería por eso) una mañana me llevaron á casa de un señor con gafas y gran pelucon, que tenía su despacho lleno de amas de cria y chiquillos, y, sin compadecerse de mis lágrimas y gritos, me desnudaron mi pequeño y regordete brazo derecho y me pegaron en él más de seis ú ocho pinchazos que me hicieron ver las estrellas. Acto continuo me dijo el ama:—«Vamos, calla, calla, hijo mio,» y me dió de mamar, como si aquel gusto pudiera

compensar el disgusto que acababa de mamarme... Después de todo, ese gusto era el único que tenía en el mundo, donde el capricho más ligero me costaba horribles desazones. Veía una luz, me agradaba su resplandor, extendía mis manecitas para acariciarla... y la grandísima pícara me quemaba siempre... Ya iba creciendo y deseaba rodar por el suelo y andar; pero, como el ama se descuidase en tener tirantes los andadores, cada paso era un tropiezo y cada tropiezo un chichón... Me gustaba jugar con un gatito de Angora muy mono que había en casa; pero cuando iba á darle un beso en el hocico, sacaba las uñas y me pegaba un arañazo... Mi lengua, ménos torpe cada vez, pronunciaba ya, si bien imperfectamente, algunas palabras... «*Mama, chacha, teta.*» Un día pedí teta, me la presentaron y no la pude tomar porque estaba hecha una acíbar, de amarga. Decían que el coco la había puesto así, y tuve que apechugar con la papilla. Crecí y no me faltaron contrariedades: la dentición, el sarampión, calenturas... ¡qué sé yo!... Y todo esto se remediaba siempre con ayunos y ayudas y brebajes asquerosos que había que tragar á la fuerza. Apenas cumplí los ocho años, un tío mío, muy bruto, se empeñó en que yo debía ir al colegio: mi papá se dió por convencido y me llevó á uno que había en nuestra misma calle. Yo era un niño muy corto de genio y que tenía muy buena memoria; por lo cual todos mis compañeros me zurraban la badana y el maestro me marcaba doble lección que á los demás. Llegué á cumplir los veinte años sin más percances que haberme roto un brazo haciendo gimnasia para fortalecerme, tener la cara acribillada por unas virue-

las malignas y la cabeza medio deshecha á causa de lo mucho que me habían obligado á estudiar, amén de otras frioleras indignas de mencion. Al poco tiempo, mi padre, que se dedicaba exclusivamente á especulaciones bursátiles y, despues de unos cuantos años de fortuna lloraba la inconstancia de la voluble diosa, murió dejándonos á mi madre y á mí casi en la miseria. La pobre señora, cuya naturaleza estaba minada por las zozobras de una vida sin punto de sosiego, no tardó en seguirle; y yo, no habiendo terminado aún la carrera de medicina, que empezaba á repugnarme, y sintiendo en mí ciertos pujos de *escribidor*, impulsado tanto por la necesidad como por la aficion, me lancé á la vida literaria. Compuse dramas que nadie me leía, odas por las que nadie me daba un real, novelas que nadie me quería imprimir; y más desesperado de mi estrella que de mi ingenio, me pasé con armas y bagajes al periodismo, que es camino ancho y por donde todos caben holgadamente. De gacetillero ascendí en un periquete á crítico de teatros, llegando á tener un sueldo de quince duros mensuales, que cobraba algun mes que otro, y un principio de influencia con los actores, que empezaban á leer mis dramas de resultas de haber empezado á leer mis críticas. Aquellas primeras señales de opulencia y de importancia, unidas al resplandor de los ojos de una mala-gueña vecina mia, me deslumbraron y me perdieron. Yo estaba, como vulgarmente suele decirse, *amelonado* por la niña; y la madre, que sabía más que Lepe, dió en la flor de mirarme y considerarme como hombre de un porvenir inmenso y (creo que ántes de que yo se la pidiese) me concedió la mano de su hija,

jurando y perjurando preferirme á todos los pretendientes de mi tesoro, de los cuales yo no conocí jamás ni uno siquiera, acaso porque la madre sabía mantenerlos á distancia. Nos casamos, y durante los primeros meses, el amor me hizo concebir mil risueñas ilusiones que no tardaron en disiparse. Mis obras me daban algún dinero; pero ni remotamente lo preciso para mantener con decencia las obligaciones que me había echado encima. Mi suegra se vino á vivir con nosotros para ayudarnos á hacer economías; nació el primer chiquillo, y el segundo, y el tercero; los disgustos domésticos se juntaron á la escasez de numerario, y el mal humor, las preocupaciones continuas, la misma necesidad de producir á toda costa, sólo me permitían escribir tragedias que hacían reir y sainetes enternecedores. El casero, el lonjista, el zapatero, la modista de las señoras, vivían colgados por turno de la campanilla de mi casa; yo no podía pasar por ninguna calle, porque en todas las de la población vivía alguno que había sido sastre mío; mi suegra vociferaba que si yo era un hombre incapaz de sostenerla, no debía haberme casado con su hija, y tenía mucha razon; y su hija callaba y gemía... y continuaba regalándome un angelito anual. Llegó un momento en que tanto y tanto disgusto me hicieron caer en cama con una especie de ataque al cerebro. En medio de él, mis ojos se abrieron, mi razon se aclaró repentinamente, volví á encontrarme en la cama del hospital, y oí que el practicante me decía:

—Vístase V. cuando quiera, y váyase á la gloria; que un casado sin dinero, ya ha pasado las penas del purgatorio.

XXI.

No me hice repetir la invitacion. Me vestí en un santiamen, bajé las escaleras á escape, y al llegar á la puerta, pregunté á la portera, asquerosa bruja que estaba barriendo el portal en aquel momento:

—Señora... ¿tiene V. la bondad de decirme dónde hay trenes ó carruajes para la gloria?

—A la gloria se va por lo regular á patita y andando, me replicó enseñándome sus largos colmillos y sonriendo burlonamente.

—Bien, continué yo diciendo, algo cortado, y... ¿será V. tan excesivamente amable que quiera indicarme el camino que conduce á ella?

Me miró de arriba á abajo y, al mismo tiempo que echaba hácia mí con la escoba toda la basura del portal, replicó con malos modos:

—A la gloria cada uno va por donde quiere ó por donde puede.

Yo, decidido á no permanecer medio minuto más en aquel espantoso paraje, eché á andar, dejando á la ventura el cuidado de encaminar mis pasos.

XXII.

Eché á andar, y anduve y anduve leguas y más leguas, días y más días, durmiendo al sereno, alimentándome de hierbas y raíces, bebiendo en los charcos ó arroyos que encontraba á mi paso. El camino era

generalmente angosto, empinado y lleno de zarzas y jarales; pero era tan grande la fe que abrigaba mi alma de llegar por él á la gloria, que apenas sentía cansancio, ni dolor, ni impaciencia.

De cuando en cuando me encontraba alguna persona y la preguntaba:

—Dígame V., ¿falta mucho para la gloria?

—No sé, me respondía. Hacia allá voy yo, y si usted quiere, iremos juntos.

—Sea en buen hora, replicaba yo siempre, alegre por encontrar compañía; pero este placer nunca se prolongaba más de una semana ó dos: mi acompañante concluía por cansarse y echarse en los surcos del camino rendido y desesperado.

XXIII.

Al fin un día, después de haber viajado mucho tiempo trasponiendo montañas, salvando barrancos y bordeando precipicios, aterido de frío y empapado por lluvias torrenciales ó abrasado por un calor insufrible, se presentó ante mis ojos una hermosa y dilatada llanura, regada por un transparente y sereno río cuyas ondas parecían tener el privilegio de hacer sonreír el rostro que reflejaban, cuyo apacible murmullo llenaba el alma de nunca escuchadas armonías. El trigo alzaba al cielo purísimo sus espigas de oro, como agradeciendo al sol los beneficios que le debía; los chopos y los álamos tendían sus hojosas ramas como ofreciendo bajo sus paternales brazos sombra y reposo al rendido viajero; las higueras y los naranjos, los

perales y los almendros, encorvados con la carga de su fruto, lo derramaban pródigamente por la húmeda hierba aljofarada; y los pajarillos de mil colores que saltaban de rama en rama, las tornasoladas mariposas que abandonaban la flor que creyeron más bella por otra más bella todavía, los insectos que se arrastraban por el musgo, el viento que arrullaba su propio sueño en las quebraduras de las rocas, el rebaño que balaba lejano... todo, todo parecía decirme en su peculiar idioma: «Pobre peregrino rendido de recorrer la senda de la vida buscando en vano la felicidad: no pases de aquí y serás dichoso.»

Halagado por esta idea, abstraído en la contemplación de tanta hermosura, permanecí sin moverme de aquel lugar, hasta que el toque de una campana vino á llamar mi atención hácia otra parte.

Entónces divisé una aldea de pobre apariencia, cuyos moradores eran sin duda los dueños de aquel paraíso.

XXIV.

Fuíme acercando á ella poco á poco, tan deseoso de examinarla como temeroso de perder los encantos del ameno verjel que dejaba á mis espaldas y al cual volvía los ojos de cuando en cuando.

Apénas había en aquel lugar tres ó cuatro casas de buen aspecto, y las restantes eran humildísimas todas. Atravesé por sus silenciosas calles sin tener más encuentro que el de una docena de personas, decentemente vestidas, que unas con cestillos llenos de manjares, otras con bolsas repletas de dinero, correteaban

de un lado á otro subiendo y bajando escaleras, ágiles y alegres, y el de un sacerdote, sin duda el cura párroco del pueblo, cuyo rostro sencillo y venerable me hizo descubrirme á su paso, hincar la rodilla en tierra y, despues de besar su mano, recibir su bendicion con fervoroso recogimiento.

XXV.

Al otro lado de la aldea y en un campo á medio labrar, había una multitud de hombres, mujeres y niños, pobremente vestidos, pero todos de semblante saludable y sonriente; los cuales, sentados en el santo suelo y reunidos en grupos, comían con un apetito que hacía por sí solo el elogio de los manjares que tenían delante.

Quise ver si eran pavos trufados, nidos de golondrina ó alguna cosa por el estilo, y me encontré con que aquello que con tantas ganas se comía, y que no dejaba de oler bien, era sencillamente patatas guisadas en unas cazuelas, arroz ó judías en otras.

Mi apetito, mal curado en el limbo y poco satisfecho en las soñadas comidas del purgatorio, reapareció entónces con más insistencia que nunca.

—¿V. gusta? dijo una voz á mi derecha.

Miré bondadosamente al autor de tan generoso ofrecimiento; mis labios trataron de decir «Gracias, no»; pero mi estómago puso impedimento á mi cortesía y contesté: «Gracias, sí.»

—¿V. es forastero? me preguntó mi anfitrión al mismo tiempo que me alargaba una enorme rebanada de

pan y una cuchara, que inmediatamente comenzó á trabajar en su agradable oficio.

—Sí señor, contesté con la boca llena; y por cierto que, entre tantos países como he corrido en el mundo, no he encontrado otro mejor que éste.

—¡ Ya lo creo ! exclamó mi hombre dirigiendo una mirada á su mujer y á sus hijos, que se echaron á reir como unos tontos.

Yo me quedé algo cortado, y él prosiguió diciendo:

—¡ Como que en esta tierra todos somos felices! Los pocos forasteros que vienen por acá, no lo quieren creer, y cuando observan la vida que hacemos, nos compadecen...; pero el caso es que, apénas pasan con nosotros seis ú ocho dias y siguen nuestro ejemplo, se ponen más alegres que unas castañuelas y no hay quien los haga salir de aquí ni á tiros.

—Y ¿cuál es la vida que hacen VV.? pregunté tímidamente.

—Pues muy sencillo. Mire V... Los pobres, que somos los más, nos levantamos con el alba, damos gracias á Dios que tanto bien nos hace, y cada uno en su oficio, trabajamos hasta el medio dia. A esa hora almorzamos, como V. ve...

Yo me puse colorado y quise hablar; pero una cucharada de arroz, que iba á pasar por el tragadero en aquel instante, me negó el uso de la palabra. Mi interlocutor continuó:

—Aquí no hay ejemplo de que nadie se haya puesto malo, ni haya llegado á viejo, ni se haya muerto, como dicen que se estila en otras partes. No, señor, aquí cumplimos los treinta años y nos plantamos: tan fuerte está un chico de veinte como un jóven de sesenta, y

tan fresca y guapota una niña de quince abriles como una señora mayor de quinientos años. De modo que el trabajo no nos fatiga; nos distrae, satisface nuestra conciencia, nos da de comer y nos produce un apetito como V. ve...

(Vuelta á ponerme colorado, vuelta á querer hablar y vuelta el maldito arroz á decirme que nones.)

—Pues, señor, que se acaba el almuerzo: pues se baila un ratico, ó se corre por esos trigos, ó se echa un párrafo con la novia ó con la mujer, ó... vamos, que se espacia un poco el ánimo para hacer tambien ganas de volver á trabajar, porque al trabajo le pasa lo que á la comida; si se toma sin apetito, sabe muy mal... Cuando la campana de la iglesia da el toque de oraciones, cada uno se mete en su casa; y allí, entre charlar un poco con la familia al amor de la lumbre, cenar, rezar el rosario, y entre unas cosas y otras... á dormir tranquilamente y hasta que vuelva á salir el sol. Ahí tiene V. la vida que hacemos los pobres.

—¿Y no hacen VV. más que eso?

—¡Oiga! ¿Pues le parece á V. poco?

—¿Y son VV. felices con eso?

—Pues ¿qué más hace falta para ser feliz?

—¿No tienen VV. dinero?

—Pocas veces; pero nunca lo echamos de ménos.

—Otros trajes mejores...

—Para trabajar, buenos son los que llevamos.

—Diversiones... música... bailes...

—Diversiones, no las necesita el que está ocupado. Música... tenemos la mejor compañía de ópera que se ha visto en el mundo. Un ruiseñor, una calandria, un canario y una codorniz, que con un coro de grillos y

de cigarras, nos dan más música que la que podemos oír. Y en cuanto á bailes, deje V. que limpiemos estos platos y verá lo que es bueno.

—¿No me dijo V. que en este pueblo hay ricos también?

—Sí, señor; alguno que otro.

—¿Y hacen la misma vida que ustedes?

—Sobre poco más ó menos.

—Entonces, ¿para qué les sirve el dinero?

—Hombre, ¿qué cosas tiene V.! ¿Para qué ha de servirles? Para dárnoslo á los pobres. Pues, ¿para qué otra cosa sirve el dinero? ¿En qué se puede emplear con más provecho y más gusto? Y ¿para qué cree V. que trabajamos los pobres, sin descanso, de la mañana á la noche? Para ahorrar cuatro cuartos y dárselos á otros más pobres que nosotros.

Yo bajé la cabeza entre atónito y avergonzado, y dije luégo en alta voz, hablando conmigo mismo:

—Pero, Dios mio... ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Pues, ¿dónde hemos de estar, hombre de Dios? exclamó el labrador, levantándose. Estamos en la gloria.

Al oírle, yo también me levanté, dando un brinco.

—¿En la gloria ha dicho V.?

—En la gloria, en la gloria he dicho.

—¿Esto es la gloria?

—Pues si poseer salud y larga vida, y contentarse cada uno con lo que tiene y hacer bien no es la gloria, ¿qué quiere V. que sea la gloria, señor mio?

—Sí... Tiene V. razón... Esta es la gloria... Y Dios... ¿Dónde está? ¿Puedo verle?

—Si no es V. ciego, puede verle cuando se le antoje.

—Bien... Sí... Pero ¿dónde está?

—En todas partes... En ese sol que nos alumbrá... En ese cielo que nos cobija... En ese campo que nos mantiene... En la última hierbecilla que pisamos con nuestras plantas y que nos demuestra nuestra pequeñez y su grandeza... ¡En todas partes! ¿No le ve V.?

—Sí... sí, ¡le veo!... y le adoro, exclamé postrándome en tierra y derramando á rios lágrimas de felicidad y de agradecimiento.

XXVI.

Mucho tiempo debí permanecer así, extasiado, arrobado por tan supremo bienestar, porque, cuando abrí los ojos de nuevo y alcé la cabeza, ya el sol se ocultaba tras el horizonte, y mis compañeros todos se habian retirado á sus casas.

Púsemme en pié, y al dirigirme hácia el pueblo, una voz más dulce que todo lo que había sentido en aquel dia fausto, resonó en mis oidos, diciendo:

—¡Rafael! ¡Rafael!

Y una mujer, envuelta en una blanca túnica que despedía una luz pura y suave, apareció delante de mí, se arrojó á mis plantas y balbuceó estas palabras:

—Rafael... Dios me ha perdonado ya; pero yo necesito tambien que me perdones tú... ¡Compadécete de mí!...

Aquella voz era la de Andrea; levanté el velo que

cubria su rostro, y el rostro de mi amada apareció más hermoso, más noble, más encantador que nunca. Andrea podía ser más hermosa de lo que era: nunca lo hubiera creído.

Nos sentamos en una piedra, el uno al lado del otro; ella habló y yo la escuché, teniendo sus manos entre las mias, respirando con avaricia el aroma de su aliento, creyendo que nuestros dos cuerpos se fundían en uno solo, que tenía dos almas para sentir y para gozar mejor.

Mi muerte hizo una impresion terrible en el corazon ligero, pero no pervertido, de aquella niña mimada, voluble, ignorante; y el dolor la hizo mujer. Comprendió que era culpable de mi desgracia, quizá de mi perdicion eterna, y se encerró en un convento, donde murió, despues de hacer penitencia algunos años. Su alma fué al purgatorio: volvió á la niñez; amó á un hombre con pasion, con locura, y aquel hombre se burló indignamente de ella. Despues de este castigo, purificada, engrandecida su alma, voló al cielo, y allí estuvo esperando mi llegada. Si yo era capaz de perdonarla sus errores pasados, si la dejaba ser mi esclava, decía la pobre Andrea que vería colmadas sus aspiraciones todas.

Mi respuesta á tan nobles palabras fué imprimir un beso en su frente, y decirle:

—Ven conmigo al pueblo; en la gloria no hay preocupaciones como en el mundo; la Virtud y la Indulgencia son hermanas y marchan siempre juntas; el que falta y se arrepiente, está mejor considerado aquí que el que ha tenido la suerte de no pecar nunca. Tú serás mi esposa, y todos aplaudirán mi eleccion.

XXVII.

Así se hizo. Aquella misma noche el venerable sacerdote de que ántes te he hablado, nos declaró unidos para siempre, y Rafael y Andrea están ya juntos otra vez, están en la gloria: tienen la seguridad de verse y amarse por toda una eternidad.





EL HUÉSPED.

A D. EDUARDO DE CORTÁZAR.

I.

El hombre mejor relacionado, el que trata muchísima gente en sociedad, el que conoce *á todo el mundo*, no se conoce á sí propio y se enfada cuando algun amigo accede á sus ruegos y le presenta el incógnito personaje.

Parece una paradoja y es un axioma que deslumbra con su claridad: con nadie tenemos ménos confianza que con nosotros mismos.

¿Veis esa mujer de belleza escasa que asiste á un baile donde nadie repara en ella, y confiesa al que tiene á su lado, con tranquila sencillez en la cual no se distingue ni el rastro de la resignacion, que sabe que no es bonita, que si alguno se lo llamara lo tomaría á burla? Pues esa misma mujer, al entrar en su tocador

de vuelta en su casa, no se despoja del prendido sin dirigir una consulta al espejo, y no se duerme sin rectificar para sí la inoportuna, la temeraria, la injusta apreciación que hizo ántes.

¿Veis ese mancebo que, falto de disposición natural y de estudio, da una obra al teatro y recibe en silbidos la merecida pena de su atrevimiento? ¿Le oís, pálido, descompuesto, herido profundamente por la severa lección, exclamar delante de los que le rodean: «Lo conozco... He equivocado el camino... Yo no sirvo para esto...»? ¿Os encanta su ingenuidad? Reprimid vuestro entusiasmo. Habla así porque no sabe lo que dice: cuando haya transcurrido algún tiempo, cuando su cabeza esté más fría y discuta consigo mismo sobre su derrota, no se clasificará entre los impotentes sino entre los no comprendidos.

El más humillado por la suerte, el más escarmentado por sus torpezas, el más desatendido por todos, encuentra siempre en sí méritos que él solo comprende, habilidades ignoradas por los demás, razones que halagan su orgullo transformando el desden en envidia.

¡Somos tan indulgentes para con nosotros mismos!...

De cuando en cuando, nos confesamos sin esfuerzo que hemos obrado mal; pero, inmediatamente después, buscamos una disculpa que nos justifique á nuestros propios ojos, que haga ante ellos perdonable nuestra falta, meritoria si es posible.

Y es tan profunda, tan hábil, tan perversa la hipocresía que empleamos para con nosotros, que, á su lado, la empleada para con el prójimo es grosera, ridícula, torpe hasta lo infinito.

Con los demas, nos atrevemos á ser cínicos algunas veces: con nosotros, nunca. Y el hombre que, por una casualidad extraordinaria; en uno de esos instantes en que el pensamiento se recoge, la conciencia interroga como un juez y el corazon responde con ingenuidad, y ha faltado, el reo suele convertirse tambien en verdugo.

Si muchos suicidas pudieran corregir las pruebas del periódico que anuncia su muerte diciendo:

«X se ha suicidado. Se ignoran los motivos de tan fatal resolucion. X era jóven, rico, disfrutaba de una salud excelente, tenía una esposa que le idolatraba...»

Quizá, sin destruir ninguna de esas afirmaciones, asirian la pluma con mano temblorosa y febril, y añadirían á continuacion de lo escrito:

«Pero X habia cometido una accion villana: un rayo de luz alumbró momentáneamente su cerebro, hasta entónces en tinieblas, pensó en sí mismo, empezó á conocerse... y no pudiendo sufrirse, se levantó la tapa de los sesos.»

II.

Todas las anteriores reflexiones y mil más, que no son del caso, me sugirió noches pasadas la lectura de un libro impreso en Valencia el año de 1797 y que forma parte de la curiosísima coleccion del docto bibliófilo D. José María Egúren, á cuya amistad debo el gusto de conocer la presente historia.

Y como para referírtela, y no para otra cosa, he cogido hoy la pluma, rogándote, lector benévolo, que me perdones las impertinencias dichas, voy derecho á mi cuento, con firme propósito de no incurrir en nuevas divagaciones.

Cuento que, aunque no desprovisto de intencion, será fácilmente comprendido, sin necesidad de comentarios, por persona de tan buen sentido como tú. (No me rechaces esta alabanza, con la cual, más pronto ó más tarde, has de ponerte completamente de acuerdo.)

III.

Allá por los años de 1671 ó 72 (no lo declara con seguridad el autor que tengo á la vista), cuando aún conservaba la Universidad salmantina mucha parte de aquel esplendor, de aquella grandeza que llegaron á su colmo en el siglo xvi, regentaba una de sus cátedras de filosofía el benemérito licenciado D. Juan Ramírez Fajardo, con quien mis lectores, si no lo han por enojo, van á entablar trato íntimo y detenido conocimiento.

Frisaba nuestro hombre en los diez lustros, y sin ser un mónstruo de fealdad, no tenía que agradecer muchos favores á la naturaleza. Esto en cuanto á sus cualidades físicas; las morales eran de más valía y merecen mayor atencion y más prolijo exámen.

Poseía un entendimiento claro y profundo, avivado por un ingenio sutil, y nutrido y desarrollado por un estudio sano, constante y reflexivo. Interpretaba con rapidez y limpieza admirables cualquier texto griego,

hebreo ó latino; era un notable teólogo, y de geografía, de historia, de matemáticas, de filosofía, atesoraba cuantos conocimientos podían adquirirse en aquella época.

En esa última ciencia, para la cual su carácter observador y abstraído era sumamente á propósito, había llegado á fijar todas sus fuerzas intelectuales; siendo en ella una autoridad, un verdadero prodigio, acatado y reconocido lo mismo por los inteligentes que por los prófanos.

De ahí provenía la consideracion de que gozaba en Salamanca, donde la nobleza y el alto clero se disputaban las ocasiones de sentarlo á su mesa; los hidalgos más orgullosos se apartaban y descubrían á su paso, dándose por bien pagados de su cortesía con la devolucion del saludo; los menestrales y trabajadores más humildes acudían á él en demanda de consejo y aclaracion de sus dudas, considerándole, no sin razon la mayor parte de las veces, como un oráculo infalible; y sus mismos discípulos, los turbulentos y desastrados estudiantes de la Universidad, los sujetos un dia y otro á su inflexible férula, atraídos, dominados por su elocuencia imponderable, que presentaba ante sus ojos sencillas y amenas las más áridas y confusas cuestiones metafísicas, le profesaban juntamente respeto, veneracion y cariño.

Disfrutaba, pues, nuestro héroe de esa áura popular, blanda y perenne, compañera de los que deben sus adelantos al propio mérito, no á la ignorancia ajena; gloria más grande que la del poderoso ó la del guerrero, oscurecida por los vicios ó por la sangre, borrada á menudo por las lágrimas que cuesta.

Tan señalados y merecidos agasajos no habían engrandado en el corazón del buen D. Juan el deseo de triunfos más ruidosos ó de adelantamientos más positivos. Otro cualquiera, colocado en su posición, con la conciencia de su valer, no habría sosegado hasta conseguir un empleo en la corte, hubiera revuelto cielo y tierra, como suele decirse, sin perdonar amaño ni intriga hasta el logro de su pretensión, ó hubiera vivido infeliz de no haberse alzado con ella.

Don Juan, ni intentó lo primero, ni, por lo tanto, tuvo que pasar por lo segundo.

Atenido á su sueldo y á lo poco que le proporcionaban diversas tareas, más encargadas que solicitadas por él, y aún eso mermado siempre por quien llegaba á pedirselo con algunas trazas de necesidad, vivía modestísimamente en una casita situada en la Rua, heredada de sus padres, y que constaba de seis ó siete habitaciones, distribuidas entre el piso bajo y el principal.

Acompañábale una pobre mujer que le servía de criada, cojitranca, cegata, lo bastante fea y vieja para atar la lengua á la vecina más murmuradora, y hasta unos dos mil quinientos de sus mejores amigos, que no bajarían de ese número los volúmenes que en los estantes de la cámara y del dormitorio, en las tablas de los pasillos y en el guardillon había almacenados.

Don Juan se levantaba con el alba, oía misa en la contigua iglesia de San Martín, despachaba su obligación en la Universidad, comía, generalmente con algún amigo ó protector, y después de darse un paseo, bien por el Rollo, bien por el de las Carmelitas, cu-

yos crecidos y sombreros álamos le convidaban á la meditacion, tornaba á su casa, se sentaba al bufete y allí permanecía hasta media noche, entregado á un trabajo sólo interrumpido breves instantes por su frugalísima cena.

Esta era su vida ordinaria, y á pesar del poco descanso y comodidad que le ofrecía, cuantos conocieron á aquel hombre singular y le mencionan en sus escritos públicos ó privados, afirman que siempre se le vió contento de su suerte, satisfecho de sí mismo, amigo de chanzas y donaires en sus conversaciones, y rarísima vez dominado por el mal humor ó por la tristeza.

IV.

¿Era, pues, un hombre perfecto el licenciado don Juan Ramírez Fajardo? juraría que se pregunta en este momento el lector pacientísimo que ha llegado hasta aquí.

Rara vez se satisface la curiosidad sin trabajo; no desmaye el curioso lector y siga, y sabrá á qué atenerse.

V.

En la misma Rúa donde estaba situada la casa de nuestro filósofo, y no muy léjos de ella, tenía la suya otro individuo cuya vida y costumbres eran objeto favorito de las habladurías del vulgo.

Maese Jacobo (por este nombre se le conocía) llegó á Salamanca procedente de Italia, su país natal, el año

de 1653 en compañía de una mujer de sorprendente hermosura, á quien llamaba su esposa y á quien, por lo ménos, triplicaba la edad: no parecía haber llegado ella á los veinte y él pasaba con seguridad de los sesenta.

Alojóse por el pronto la desigual pareja en la casa de que hemos hecho mencion, y que despues pasó á ser propiedad del marido. Solía vérselos salir las más de las tardes, juntos y alegres como dos enamorados, y recorrer las calles y los paseos, siempre embebidos, en gustosa y animada plática.

Circunstancias eran las que dejó apuntadas capaces de despertar la curiosidad en la gente moza, nunca como en aquella época amiga de aventuras y galanteos, y la extrañeza en el pueblo, que, ignorante y poco investigador de suyo, solía considerar como extraordinario y portentoso lo que no acertaba á explicarse al primer golpe de vista.

El caso es que nunca faltaba un galan que hiciese centinela en la puerta de maese Jacobo; que, apénas ponía éste el pié en la calle dando el brazo á su linda consorte, el centinela se hacía acompañante, hasta que, cerrada la noche, se transformaba en rondador; y es fama (tan á gusto se encontraba con ellos el que desempeñaba estos tres oficios) que, léjos de exigir paga ninguna por desempeñarlos, los defendía á capa y espada contra quien se propusiese venir á ayudarle ó á relevarle en la tarea.

El hijo de un rico comerciante, mozo apuesto y bizarro, se quedó al fin por único pretendiente; sea por el respeto que sus muchos y afortunados lances imponía á sus competidores, sea por las pocas esperanzas que éstos abrigaban de rendir el ánimo de mu-

jer que tan jóven, tan linda y tan mal maridada, no apartaba nunca la vista del rostro de su esposo ni siquiera para observar el talle de los que la seguían. Susurrábase por la ciudad que el viejo era brujo y tenía hechizada á su mujer apareciendo á sus ojos lleno de juventud y de belleza; version que podía sin duda ser exacta y, caso de serlo, capaz de dar al traste con el amor más firme, más constante y más ingenioso del mundo.

Pero el hijo del comerciante era hombre que no se desanimaba jamás. Cansado de la indiferencia de la dama y obligado á renunciar hasta al consuelo de que el viejo hiciese un solo gesto de disgusto del cual pudiera nacer un desafío, escribió en un papel su amoroso pensamiento y se dispuso á aprovechar la primera ocasion propicia para poner el billete en manos de la bella extranjera.

Una tarde, al anochecer, maese Jacobo introducía en la cerradura la llave del porton de su casa y su esposa permanecía detrás de él; de pronto sintió ésta que le deslizaban entre los dedos un billete, los abrió y el billete cayó al suelo.

Al leve ruido que produjo, volvióse maese, lo miró, y despues de recogerlo:

—¡Eh! ¡caballero! ¡caballero! gritó al galan, que se alejaba disimuladamente.

Éste se detuvo á la primera voz, y volviendo con más rapidez que la empleada para marchar:

—¿Qué quereis? preguntó con desabrimiento al italiano.

El cual, con suma dulzura, le contestó alargándole el billete:

—Únicamente, caballero, que recojais esto que, por descuido sin duda, habeis dejado caer al pasar junto á nosotros. Tomad.

Y cuando el émulo de D. Juan Tenorio quiso volver de su sorpresa y explicarse cierta risita femenil y burlona cuyo eco aún resonaba en sus oídos, observó que la puerta estaba cerrada y no vió á nadie delante de sí.

Este chasco pesado acabó con el poco juicio del mancebo, y creyendo poder borrar así la mala impresión que de él conservaría su adorada, acompañado de cantadores y de músicos, volvió, pasadas ya las doce de la noche, á darle una serenata enfrente de sus mismísimas rejas.

Comenzado apenas el primer romance, abrióse una de ellas: latió con violencia el corazón del amante al buscar instintivamente sus ojos el gallardo rostro en que se recreaban, y brilló en ellos la alegría; pero brilló como los relámpagos, sólo un momento. Junto á la dama estaba maese Jacobo, y ámbos parecían escuchar el canto con la misma complacencia y tranquilidad.

En cuanto terminó, sacó maese el brazo por entre los hierros de la reja; y un bolsillo bien repleto, á juzgar por el sonido que produjo al chocar en las losas, vino á caer á los piés del galán.

—Para que refresqueis, dijo el viejo, cerrando con rapidez, pero sin precipitación, las vidrieras.

Una maldición del mancebo y una carcajada de toda su gente resonaron al mismo tiempo. Uno de los músicos recogió el bolsillo y se alejó con sus compañeros, mientras aquél aturdió la calle á denuestos

y provocaciones dirigidas al autor de la pesada burla.

De lo ocurrido despues, sólo se sabe que á la mañana siguiente encontró la primera ronda que pasó por aquel sitio el cadáver del hijo del comerciante tendido junto á la puerta de maese Jacobo.

El suceso llamó mucho la atencion pública, y aunque la opinion general achacaba la muerte al provocado marido, éste lo negó obstinadamente, y ni el proceso judicial ni las observaciones de los médicos presentaron ninguna prueba en contrario.

En el cuerpo del difunto no se halló herida ninguna, ni el menor rastro de golpe ó violencia; y fuerza fué, á pesar de los empeños del padre de la víctima, que contaba con bastantes recursos para *interesar* á jueces y escribanos, dejar libre y tranquilo al feliz dueño de la peligrosa hermosura.

Pero uno y otra disminuyeron, y al fin suspendieron por completo sus continuas salidas; tal vez por miedo al populacho, que los insultaba y perseguía en la creencia de que con filtros ó puñales encantados sabian fingir las apariencias de la muerte natural, ó por otra razon que ha permanecido escondida para nosotros.

Pasó un año y tornaron otra vez á salir juntos, si bien de muy distinta manera que las anteriores. Ella iba dentro de un ataúd llevado á hombros por cuatro mendigos, y él la seguía andando trabajosamente, apoyándose en un recio baston. Destacábase sobre sus negros hábitos su semblante demacrado y livido, en el que las lágrimas parecían haber abierto, á fuerza de constancia, cáuces para correr como los rios en la tierra.

La curiosidad se encargó de aumentar el fúnebre cortejo.

Maese Jacobo volvió á entrar en su casa al cabo de dos horas; mucho tiempo pasó ántes de que nadie le viese recorrer de nuevo las calles de Salamanca.

Las ventanas del piso bajo y las del principal permanecían cerradas herméticamente, y sólo á altas horas de la noche se vislumbraba una ténue claridad á través de los vidrios de un camaranchon situado en lo más elevado del edificio. Alguien velaba allí.

La voz popular aseguraba que un muchacho ágil de piernas y firme de brazos, supo descubrir el profundo misterio trepando por los hierros de las rejas.

Maese Jacobo hallábase sentado en una ancha poltrona ante una mesa encima de la cual había: una lámpara que daba una luz rojiza y azulada á intervalos, un libro abierto, no menor que un misal, con las hojas llenas de signos rarísimos y figuras inexplicables, y multitud de vasijas y cacharros de todos tamaños y formas nunca vistas. Con la cabeza medio oculta entre las manos, leyó el viejo como cosa de media hora; de pronto hizo un movimiento de impaciencia, y arrojando el libro léjos de sí, se levantó y comenzó á dar vueltas por la habitacion agitado y convulso.

Detúvose al cabo, y pronunciando con gran fervor palabras de lengua extraña (*pero que no sonaban como el latin*, así decía el muchacho, grande aficionado á ayudar á misa), mezcló en una sola el líquido de varias vasijas, y púsolo á hervir en un hornillo. En el momento de ir á apartarlo de la lumbre, cuando una sonrisa de satisfaccion dilatava el contraido semblante del viejo, las manos del curioso se escurrieron despro-

vistas de vigor para seguir agarradas á los hierros, y, como impulsado por una fuerza invisible, se vió obligado á bajar por donde había subido.

Atónito y espantado corrió á contar el lance á su madre. Ésta, no sin añadirle algunos comentarios, lo refirió á todos sus vecinos y conocidos, y oída su autorizada opinion, convinieron unánimemente en que maese Jacobo era brujo; en que, sin duda para volver la vida á su difunta esposa, cuyo espíritu le había robado el hijo del comerciante, asesinado por él, continuaba ejerciendo aquella honradísima profesion.

Tánto dió que hablar en Salamanca lo que el muchacho juraba y perjuraba haber visto á todos los que querían oírle, que los rumores y las interpretaciones del caso llegaron á conocimiento del obispo; quien, excitado por el cabildo en masa, se propuso averiguar la verdad de los hechos, y al efecto comisionó á su amigo el licenciado Fajardo para visitar á maese Jacobo y enterarse con maña de lo que hubiera en el particular.

El licenciado tenía el juicio bastante claro para comprender que un hombre de entendimiento y de corazon puede ganarse el amor de una mujer honrada sin recurrir á otros hechizos; siendo el resultado de la entrevista dar testimonio Fajardo de que maese no se dedicaba á hacer otra cosa que experimentos químicos, sin ofensa de la Santa religion católica, y quedar desde entónces muy amigos el italiano y el filósofo.

VI.

Estrecháronse más cada día los lazos de aquella amistad; multiplicáronse las visitas, ya por el sólo gusto de verse y hablarse, en lo que ámbos encontraron un placer primero y una necesidad despues.

Agradábale á maese Jacobo la vasta instruccion, el juicio exactísimo de Fajardo, y á éste la conversacion animada, pintoresca, ingeniosa de aquél. La mayor parte de las tardes salían juntos y recorrían los alrededores del pueblo, entablando por el camino sábias y amenas discusiones en que nunca uno ú otro dejaba de aprender algo.

El talento tiene tambien su comercio; comercio noble y generoso sin el cual vive pobre y miserable.

VII.

Al caer de una tarde del mes de Julio atravesaban los dos amigos la puerta del Rio, y despues de cruzar el famoso puente romano, una de las antigüedades más preciosas de la ciudad, dirigieron sus pasos á lo largo de la orilla del Tórmes.

Andan despacio y de cuando en cuando se detienen; sus cabezas y sus brazos no guardan el mismo reposo: parece que disputan ó debaten acaloradamente. Acerquémonos á ellos y escuchémosles: si el medio es indiscreto, es el único para salir de la duda.

—Pero, ¿es posible, dice maese Jacobo, es posible

que un hombre como vos caiga, por mera obstinacion, por no pararse á reflexionar un poco sobre sus palabras, en un error tan craso? ¡Vamos! No lo creería si no lo viera con mis propios ojos... y con mis propios ojos lo estoy viendo y no lo creo todavía.

Sonríese el licenciado y el otro continúa, cada vez con mayor exaltacion:

—¿De qué sirve la ciencia, la sabiduría acumulada durante tantos años de trabajo continuo, si no basta á resistir un capricho que se le pone delante? Os digo que la empresa es disparatada, que ni vos, ni ningun hombre de la tierra sois capaces de llevarla á término, y que mientras más ahinco y más tiempo y más estudios y desvelos gasteis en ella, la obra saldrá más defectuosa y falsa. Y os conjuro lealmente á que borreis de vuestra imaginacion semejante idea... Mirad por vos; reflexionad que será gran lástima que quien es hoy las delicias del emporio de las ciencias, se vea mañana contemplado con compasion, si no con burla, por los mismos que hoy le celebran y admiran, y acabe su desdichada existencia en un hospital de locos.

—Pues yo os digo á mi vez, replicó Fajardo con cierto aire de broma á través del cual parecía distinguirse una mal contenida irritacion, que he meditado detenidamente mi plan, que he medido mis fuerzas, y que las encuentro suficientes para ponerlo en planta, pése á vuestras dudas y á vuestras desconfianzas y á vuestros escrúpulos de monja. Todo lo que decís en contra de mi proyecto, no vale nada; no tiene otro fundamento que una afirmacion que el mundo ha venido repitiendo de siglo en siglo como el eco del

monte las voces de los pastores, sin darse cuenta de lo que oye ni de lo que repite.

—Luego ¿creeis que el hombre puede conocerse á sí mismo con facilidad?

—No creo semejante cosa; pero si únicamente fuese posible lo fácil, el esfuerzo humano sería inútil cuantas veces no fuera innecesario. Creo que es difícil para todos los hombres llegar á adquirir una idea exacta de sus cualidades; conozco que la inmensa mayoría de ellos no podría adquirirla jamás; pero no considero imposible que algunos, dotados de condiciones excepcionales de entendimiento, de edad, de carácter, de situacion, si se lo proponen con firmeza y no perdonan medio para ello, se salgan con su intencion al fin y á la postre. Además, yo no considero esta tarea sino como un ejercicio de mi inteligencia y de mi voluntad, que á estas fechas están ya muy acostumbradas á él; desde que concebí la idea de escribir el *Estudio de mí mismo*, es decir, la historia y la crítica de mi vida, no he dejado una sola noche de apuntar en mi libro de memorias mis actos y pensamientos culminantes durante el dia, y á renglon seguido su calificacion imparcial y desapasionada.

—¿Hecha por vos?

—Hecha por mí... Reíos enhorabuena; no os contengais.

—Con vuestro permiso. ¿Pero vos no os reis tambien?

—¿Yo?

—Pues es extraño, porque si os conociérais como pretendéis, no dejaríais de hacerlo al oiros desbarrar tan desdichadamente.

—Una pregunta para terminar esta conversación enojosa.

—Decid.

—Nuestro trato continuo, las muchas confianzas que vuestra discrecion ha merecido de mí, ¿son motivo suficiente para que me conozcais?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien; tened la bondad de acompañarme hasta mi casa. Voy á daros lo que llevo escrito de mi obra; vais á leerlo esta misma noche, y mañana á la tarde hablaremos.

—Sea en buen hora. Pero, ¿sabeis lo que os digo?

—Lo sabré apénas lo digais.

—Que sois un loco.

—Bueno.

—Y de los más temibles, de los incurables, de los que pretenden razonar su locura.

—En ese caso, más loco sois vos que discutís conmigo.

—No os olvidéis de intercalar esa frase en vuestra obra.

—¿Para qué?

—Para que haya alguna verdad en ella.

Mordióse los labios el licenciado, y huyendo del relente de la noche, que ya había cerrado por completo, dieron la vuelta los dos amigos y traspusieron las murallas que rodeaban á la ciudad, sin haber tornado á reanudar su conversacion. El uno iba realmente mohino y ni siquiera trataba de disimularlo; el otro, abstraído en profunda meditacion, dejaba de cuando en cuando entrever en sus labios una maliciosa sonrisa.

VIII.

Maese Jacobo abrió la puerta de su camaranchon y dió dos vueltas á la llave apénas estuvo dentro; encendió la lámpara, colgó el sombrero y la capa, se arrellanó cómodamente en el sillón, y arrojando sobre la mesa un legajo de papeles que se sacó de la pretina, soltó la cinta que los sujetaba y comenzó á leerlos.

Era el principio de la obra del licenciado Fajardo.

IX.

El libro que disfruto la inserta íntegra: es un documento curioso, sin duda, pero largo y pesado. No me determino á extractarlo, porque de ese modo perdería el interés para mis lectores; lo que sí haré es copiar algunos trozos que basten á mostrar el estilo y la índole del trabajo.

El primer capítulo, que hace veces de introduccion, comienza del siguiente modo:

«Me propongo, con la ayuda de Dios, mirarme atentamente, descubrir lo bueno y lo malo que exista en mí y decírmelo con la mayor llaneza que pudiere. Cargado de años y más cargado de desengaños aún; libre de pasiones y de ambicion, no por virtud, sino por inclinacion y por gusto; con la ciencia bastante para saber lo mucho que hay que saber, y comparán-

dolo con lo que yo sé, ver cuán poco es esto último, no temo que el amor de mí mismo me oscurezca los ojos de la razon.....»

Más adelante, hablando de sus condiciones físicas, se expresa así:

«Cualquiera que se pare á examinar la estrechez de mi cuerpo, la escasa robustez de mis miembros y lo descolorido de mi rostro, me juzgará de complexion débil y enfermiza: en este error ha caído hasta el mismo doctor que me asiste en mis enfermedades, y que, por el mucho tiempo que viene haciéndolo, parece debía conocer mi naturaleza. A pesar de sus preven- ciones, amenazas y recelos continuos, el trabajo cons- tante ni me fatiga, ni me enerva las fuerzas, ni lleva camino de destruirme; ántes creo que me proporcio- na aliento y vigor, por lo cual espero poder sopor- tarlo como hasta aquí todo el tiempo que me resta de vida. Y éste ha de ser mucho: no tengo miedo á la muerte.....»

« He permanecido más de una hora delante del espejo ántes de determinarme á hablar de mi figura; pues, aunque ni mi edad ni mis costumbres son para que yo me forme ilusiones sobre ella, entre tantos feos como he visto en el mundo, no he visto todavía uno que se conozca y que se resigne. Yo, sin em- bargo, como me contento con poco, he salido satisfe- cho del exámen. Mi figura es vulgar, no hay en mi semblante una sola faccion perfecta, no soy, sin duda, bien proporcionado de miembros; pero me considero resarcido de no ser hermoso con no ser ridículo,

y de que nadie elogie mi buen talle con que nadie se burle de mi facha.....»

Hé aquí las apreciaciones que hace de sus cualidades morales :

«Si yo afirmara que me tengo en concepto de necio y de ignorante, mentiría, y mentiría inútilmente : ni diría lo que siento ni nadie me daría crédito. Si, por el contrario, me declaro satisfecho con el entendimiento que Dios Nuestro Señor se ha servido concederme, y seguro de poseer alguna instruccion, va á creérseme esclavizado por el demonio de la vanidad. Pues, véase si me encuentro con energía para arros-trar todos los obstáculos que lleva consigo la tarea que me he impuesto : no quiero que se me tilde de mentiroso. Pero sí confieso que estoy, en parte, contento de mí, comprendo que hubiera podido estarlo más y no me consolaré nunca del error que me ha privado de ese bien. Yo he dedicado casi por completo las fuerzas de mi espíritu á la filosofía, habiendo otras ciencias en que, con ménos trabajo, habría hecho quizás mayores adelantos por mis disposiciones naturales para ellas. La poesía, por ejemplo. Desde mi juventud tuve yo gran aficion y facilidad para com-poner versos, y si mis padres no hubiesen contrariado esta inclinacion, yo sería hoy un poeta excelente. En prueba de mi aserto, copio á continuacion una oda, imitacion de las de Horacio, que escribí cuando estudiaba latin.....»

« Dicen mis amigos que mi genio es burlon, que murmuro con frecuencia, que nada me satisface y en

todo encuentro defectos ; mi criada afirma que casi siempre estoy gruñendo y regañando, y mis discípulos opinan que soy excesivamente severo y riguroso con ellos. Cierto es que me burlo y murmuro, pero nunca lo hago con ánimo de dañar la opinión de nadie, sino por pasar el rato y divertir el ánimo de otras fatigas. Si en las obras ajenas señalo algún defecto, será porque yo crea que existe allí, no porque la animadversión hácia su autor me ciegue y me extravíe. No niego que alguna vez me domine el mal humor : podrá ser ; pero siempre será con motivo. No soy yo de esas personas que tienen afición á enfadarse y que, cuando no encuentran motivo para ello, lo toman del no encontrarlo. Mis discípulos dicen verdad ; no les perdono ni les paso la falta más leve, les impongo castigos fuertes y los trato á menudo con dureza ; pero todo es porque aprendan y me deban algún día honra y gratitud. No me remuerde la conciencia por haberles hecho pagar una sola vez en la cátedra los disgustos que haya yo podido recibir fuera de ella. Mi carácter no ha sido apreciado casi nunca con estricta justicia : soy mejor de lo que suponen los que me rodean continuamente, y aunque abrigo escasísimas esperanzas de que esta afirmación sea atendida, la hago sin empacho, pues si la imparcialidad me obliga á señalar los defectos que encuentro en mí, también debe obligarme á no ocultar ninguna de mis buenas dotes, por lo mismo que los primeros son muchos y las segundas pocas..

.....
.....»

X.

El reloj de las monjas dió cinco campanadas, que semejaban otros tantos quejidos al romper el profundo silencio de la noche. Y como si hubieran sido una seña convenida de antemano, apenas se desvaneció en el espacio la vibración del último, unos vapores blancuecinos se extendieron á modo de inmensa gasa sobre el manto de los cielos, haciendo palidecer su oscuridad; amarilleó el alba en el horizonte; un tímido rayo de sol penetró por los vidrios de la ventana y mezclándose con la luz azulada y vacilante de la lámpara, bañó con un resplandor extraño la habitación de maese Jacobo.

Éste, con los brazos echados sobre la mesa y la cabeza sepultada entre ellos, dormía ó meditaba, teniendo algo apartado de sí el libro del filósofo.

Dos golpes dados con cierta blandura resonaron en la puerta y se repitieron con más fuerza después de algunos instantes.

Maese Jacobo alzó la cabeza, su mano acudió á defenderle los ojos de la luz matinal, y arrastrándose perezosamente, bajó á abrir.

—Soy yo, dijo el licenciado desembozándose, entrando y emprendiendo la subida al camaranchon.

—Os esperaba, contestó maese.

—¿A estas horas?

—No: creí que vendrías un poco ántes.

—Adivinabais mi impaciencia por saber el efecto que os había producido la lectura de mis papelotes...

—Ciertamente.

—¿La habeis terminado?

—¡Cuánto há!

—Y... decidme...

—¡Amigo mio! (y al pronunciar estas palabras maese Jacobo tendió la mano á Fajardo, que le alargó la suya con la indecision pintada en el semblante), de majaderos como yo es propio cometer yerros, y de sabios como vos desvanecerlos y disculparlos. Perdonadme la injusticia con que os traté ayer tarde, nacida del engaño de teneros por un hombre con las flaquezas inherentes á la condicion de tal, y no por el sér verdaderamente superior que sois.

Coloreáronse las mejillas del licenciado, sus ojos se alzaron del suelo y su mirada apareció iluminada por la alegría; la mano que tenía libre corrió en ayuda de la otra, y ambas estrecharon con efusion las de maese Jacobo. Pasado un momento, le preguntó, con la voz tranquila, con el rostro compuesto ya:

—¿Con que tanto os ha complacido mi trabajo?

—¡Tanto, tanto me ha complacido que lo reputo por un esfuerzo inexplicable, milagroso de la humana inteligencia, que asombrará á los siglos futuros y hará imperecedero vuestro nombre!

—¿No os burlais? tornó á interrumpir Fajardo, acompañando con una indulgente sonrisa la terrible suposicion, y su interlocutor prosiguió diciendo:

—Obra admirable! ¡Cuánto arte, cuánta verdad, cuánta maravilla! ¡Con qué sana crítica habeis apreciado los efectos! ¡Con qué sutilidad de ingenio habeis descubierto las causas! ¡Con qué valor están atacadas las dificultades y con qué facilidad vencidas! Al

abarcar la imaginación vuestros propósitos, presentados por vos en toda su magnitud, el ánimo se sobrecoje y duda de vuestras mismas fuerzas; al seguiros anhelante, prendido en las redes de vuestro encantador estilo, al ver que los obstáculos huyen de vos como el soldado cobarde que esquiva la lucha en la convicción de que ha de ser vencido, parece que se tranquiliza y que presiente vuestra victoria; y cuando al fin la contempla realizada, completa y pronta, y á costa, al parecer, de poco ó ningún esfuerzo, no puede uno ménos de decirse:—«Pues esto es fácil... De la manera que se conoce el que ha escrito esto, también me conocería yo el día que se me antojara.» ¡Eterna flaqueza del humano espíritu, cuya soberbia es tan grande que sólo cabe en su impotencia!

—Pero entre tantas bellezas, ¿no habeis encontrado un solo defecto?

—Ninguno.

—Juradmelo.

—Os lo juro.

—Bien. Es que yo os agradecería que no me lo ocultaseis, temeroso de ofenderme ó de ver despreciado vuestro juicio, como suele acontecer á quien habla con ingenuidad á los autores. Yo, aunque lo soy, creo diferenciarme algo de la generalidad de mis compañeros: nunca me pago de mis obras, y agradezco siempre que se me proporcione ocasión de borrar los lunares que pueda haber en ellas.

—Ni uno solo empaña la tersa superficie de ese espejo en que os habeis retratado de mano maestra. Así sois en cuerpo y alma, y el menor rasgo añadido á los trazados por vos haría desaparecer la

absoluta identidad que existe entre el original y la copia. Tened presente, sin embargo, amigo mio, que todo lo que yo hablo es por mi cuenta y riesgo, y que no soy infalible. La amistad no disfruta fama de imparcial, y no sería extraño que la mia hácia vos me indujese á teneros por perfecto; ni que, aunque vos os tratarais con blandura, os hallara yo justo en el mero hecho de hallaros conforme conmigo. Desconfiad de mi dictámen.

—Confio en él, maese.

—Quizá no lo acerteis.

—¡Vamos! no me obligueis á tributaros elogios que pudieran parecer paga de los vuestros, por desinteresados que fuesen.

—Sobre todo, no os hincheis con el triunfo; que, en las obras humanas, un acierto suele ser nuncio de mil errores.

—¡Qué mal me conocéis! Vuestras alabanzas no me dan otra cosa que bríos para combatir la continúa desconfianza que tengo de mí propio, y llevar á feliz término mi empresa. Y adios, que es tarde...

—¿Qué prisa teneis? ¿No estais en vacaciones ahora?

—Sí, ya hace quince ó veinte dias lo ménos.

—Pues ¿adónde diablos vais entónces?

—A misa á San Martin, y despues á casa: no podeis figuraros lo atareado que ando.

—A mí tampoco me falta que hacer... Hoy precisamente debo dar principio á un experimento con el cual tengo trabajo de sobra para toda la semana.

—En ese caso, no vuelvo á poner aquí los piés hasta que vos vayais á visitarme en señal de haberos desocupado.

- Como gustéis.
- Quedad con Dios, maese.
- Vaya enhorabuena el filósofo insigne, la gloria de Salamanca y el pasmo del mundo, decía el italiano desde lo alto de la escalera con cierto retintín, mientras Fajardo bajaba por ella con paso lento y como temeroso de perder una sola de sus palabras.

XI.

Cuando entró en su casa, la vieja fámula salió á recibirle diciéndole:

—En el estrado tenéis una visita, señor.

—¿Quién es?

—Se ha negado á declararme su nombre so pretexto de que es forastero y no le conocéis; pero ha mostrado tánto deseo de esperaros, que no he sabido excusarme de hacerle pasar.

Fajardo se encaminó á la sala, y al verle llegar el madrugador visitero, púsose en pié y le dijo inclinándose profundamente:

—¿Tengo la honra de hablar con el licenciado don Juan Ramírez Fajardo?

—El mismo soy para serviros, apénas me indiqueis en qué puedo hacerlo, caballero.

—Mi nombre...

—Sentaos, os ruego.

Ambos se sentaron, y el desconocido se expresó en estos términos:

—Mi nombre es D. Félix Mendoza y Bobadilla; soy licenciado en filosofía por la Universidad de Alcalá de

Henáres, y en ella sirvo, aunque indignamente, una de las cátedras destinadas á enseñar esa ciencia. Vuestro nombre esclarecido, que ha penetrado en los más oscuros rincones de España y que lleva trazas de traspasar sus fronteras, no podía ménos de llegar á la gran Compluto. Allí se os aprecia en todo vuestro valor: ved cuánto se os apreciará; y se os conoce cual si de continuo se os viera y se os tratara: que el escritor vive en sus obras y da un traslado suyo en cada una de las que publica. Bien decía el que llamaba hijos á los libros parto de su ingenio; hijos son que nunca niegan con el rostro al padre que los engendró: los vuestros tenían forzosamente que honrar á su padre.—Aprovechando las vacaciones, me propuse pasar este año algunos dias con mi anciana madre, que reside en Ciudad-Rodrigo, y una vez en camino, ¿quién resiste la tentacion de detenerse en Salamanca y hacer conocimiento con vos? No me agradezcáis el cumplido, que ni lo merece ni áun lo es: mi aficion á los estudios de que sois maestro, y la esperanza de que en vuestro mérito, pueda haber algo de pegadizo, han entrado por mucho en mi resolucion. El atrevimiento de ponerla en planta ha nacido de la voz general que os atribuye tanta bondad como sabiduría; lo cual equivale á decir que sois un hombre á quien se puede molestar impunemente.

Calló el un licenciado y replicó el otro:

—Por venir con vuestra cortesía admito vuestras lisonjas; pero no quita el admitirlas juntas el separarlas despues, y, agradecida la una con toda el alma y guardada en lo más recóndito de ella, devolveros las otras como cosa que no me pertenece, digna de em-

plearse en sujeto de mayores merecimientos que los míos. En cuanto á la solicitud que me haceis de mi compañía y de mi trato, dejadme lamentar vuestra precipitación en hacérmela, que me ha privado á mí de hacérosla á vos, como era justo: más natural es ver solicitar al necesitado que otorgar al favorecido por la fortuna. Y haced lo que yo; no os preocupeis mucho ni poco de la inmerecida celebridad que rodea á mi nombre: la roca estéril salta á la vista del viajero, mientras, oculta por ella y soterrada, existe desconocida la pingüe mina de oro.

Inoportuno y cansado sería trasladar aquí el diluvio de cumplimientos con que uno y otro filósofo continuaron regalándose los oídos. Bástele saber al lector que, prendado Fajardo de la cortesanía de Mendoza, no consintió en dejarle volver á la posada en que decía haber pasado la noche anterior, instándole tantas veces á aceptar hospedaje en la suya, que no pudo negarse á ello el licenciado por Alcalá de Henáres.

XII.

Hombres de gustos parecidos, de estudios semejantes, de edad próximamente la misma, pocos días necesitaron para llegar á inspirarse recíproca confianza. Verdad es que apenas se separaban un momento. Juntos visitaron cuanto de notable encierra Salamanca; y ya contemplando la imponente fábrica de la catedral, aún no terminada por aquel entonces, y las hermosas pinturas del colegio de San Bartolomé ó de la

iglesia de Monterey, ya interpretando los curiosísimos códices que la Universidad guarda en su biblioteca, hallaban inagotables temas para sus discusiones artísticas y filosóficas, en las cuales, después de mucho perorar y argumentar, rara vez llegaban á ponerse de acuerdo. Se hablaron de sus obras en proyecto, se mostraron algo de lo que ya tenían publicado ó escrito, se refirieron la historia de su vida y se confesaron sus deseos y sus aspiraciones todas; llegaron, en fin, á conocerse como si hubieran sido amigos toda la vida.

Cuando salían de casa, la gente que encontraban á su paso quedábase parada casi siempre delante de ellos, contemplándolos con cierta extrañeza que no dejó de notar Fajardo, aunque no supo explicarse de qué provenía.

XIII.

Eran las diez de la noche del sétimo día que Mendoza pasaba en casa de Fajardo; al rayar la aurora del siguiente se proponía marchar á Ciudad-Rodrigo con un arriero que ya estaba avisado para acudir á buscarle, y, apercibiéndose contra el madrugon terrible, el huésped se había metido en la cama apenas levantados los manteles de la cena.

Fajardo, falto de sueño y no pudiendo hacer lo mismo, se paseaba á lo largo de su habitacion tratando de elegir trabajo; lo cual, en la mayoría de los casos, equivale á haber hallado una disculpa satisfactoria para permanecer ocioso.

En esto llegó un paje de maese Jacobo y le entregó una carta de parte de su amo.

Desplególa y vió que decia así:

«¡Siete dias sinvernos, amigo mio!... ¡Vive Dios que esto es verdaderamente portentoso! Aunque el experimento químico de que os hablé la última vez que vinísteis á mi casa, no me consiente moverme de ella, he sabido (adivínad el cómo), que teneis un huésped; y tales cosas me han contado del tal huésped, que me perezco de curiosidad y deseo saber de vos quién es el sustituto puesto á mi amistad por vuestra filosófica ingratitude. La cual os será perdonada con más ó ménos facilidad, segun la mayor ó menor prisa que os deis á complacerme. No os olvida vuestro aficionado, etc.»

—Hijo mio—dijo Fajardo al paje así que se hubo enterado de la carta;—di á Mari-Antonia de mi parte que te dé un trago, y hazme el gusto de esperar ahí fuera el tiempo que tarde en contestar á tu señor.

Y sentándose al bufete, escribió, en poco más de media hora, la epístola que copio *ad pedem literæ*.

«Mi buen maese: aunque mi huésped se marcha mañana, y mañana podría satisfaceros por mí mismo la curiosidad que os inspira, no quiero retardaros ese bien un momento más; y valga este rasgo de pereza vencida por contestacion á vuestros celos y sospechas. En la seguridad de que nadie sino vos ha de enterarse de mis palabras, voy á haceros una franca y minuciosa descripcion del licenciado D. Félix Mendoza y Bobadilla. Él dice que tiene mis años; yo opino que los sesenta no se los quita de encima ni á tres tirones ni á tres mil: es hombre muy fatigado por el trabajo, y paréceme que no ha de vivir mucho. Su color ca-

davérico, su extremada delgadez, no dejan lugar á otras esperanzas, á pesar de que sus bríos se las prometen mejores: el infeliz se engaña á sí propio. Su figura (y no lo tomeis por pasion del afecto) es de lo más estrambótico que imaginarse puede. Representaos un hombre tan largo que, desde léjos, parece una cabeza puesta en una pica, y tan estrecho que podría servirle de espejo para afeitarse el filo de la navaja; frente que por lo grande y limpia se asemeja al desierto, si bien no hay en ella un sólo oasis, un solo mechon de pelo quiero decir; ojos pequenuelos y grises, escondidos como de avergonzados; nariz cuya enormidad y robustez explica la existencia de todos los chatos que andan por el mundo; boca destartada y desalquilada y desamueblada; barba desigual, pero cambiando siempre de mal en peor. Su voz es chillona y desapacible, hasta el punto de poderse sufrir: yo no he oido otra cosa como ella en todos los dias de mi vida. Su andar, torcido y molesto para el que va á su lado, sufriendo sus continuas embestidas, amén de su incesante manoteo. En cuanto á su entendimiento, fuerza es confesar que es grande; y si lo fuera tanto como él presume, sería inmenso. Aunque se vende por modesto, es orgulloso; y sabido es que nunca es más terrible el orgullo que cuando no se manifiesta, porque entónces está en el fondo del alma y es una erupcion que no brota y destruye los gérmenes de la vida. Su instruccion es vasta; pero no puede dominar el prurito de hacer alarde de ella. Habiendo dedicado al estudio de la filosofía la mayor parte de su vida, y siendo esa ciencia en la que verdaderamente sobresale, le he sorprendido á menudo dándose aires

de poseer otras que apenas conoce y opuestas por completo á su carácter y á sus disposiciones. Me ha recitado unos versos que escribió de muchacho, y son tales, que no vislumbro cómo se compondría para elogiarlos su señora abuela. Cuando se decide por una opinion, las más de las veces escogida al acaso, no mira las razones con que se la combate: sólo ve que es suya. Yo he procurado disimular mis impresiones; pero en pocos casos he llegado á ponerme completamente de acuerdo con él. El amor que profesa á sus obras sólo es comparable, por lo exagerado, á la pasión, á la virulencia con que censura las ajenas. Su crítica aprecia lo bueno; pero no distingue la diferencia entre lo malo y lo mediano. Pide parecer cuando está seguro de que ha de serle favorable, y cuando lo da se escucha y se recrea con sus palabras. El estúpido y vergonzoso vicio de la maledicencia es el que más le domina, y no hay consideracion ni respeto que pueda en él tanto como el placer de decir un chiste. Su genio es áspero, y la menor contrariedad le exalta y le irrita. Y lo más gracioso es, que este hombre, apreciable aún con todas esas faltas, por desdicha harto comunes, ha dado en la singular manía de que se conoce, y enterado de la obra que he emprendido, se propone, apenas llegue á su casita de Alcalá, escribir otro *Estudio de sí mismo*, que será seguramente cosa notable. El papel que se acaba, me avisa que ya basta de murmuracion. Tengo ánsia de veros y temor de molestaros yendo á vuestra casa; pasaos vos por la mia. Siempre vuestro, etc.»

Entregado el pliego á quien había de llevarlo á su

destino, Fajardo rezó sus oraciones; y siguiendo el ejemplo de su despellejado amigo, que en la alcoba inmediata roncaba sonoramente, se durmió al poco rato.

XIV.

Amaneció, y ambos se vistieron avisados por Mariana, á quien habían despertado las fuertes voces y los aldabonazos del arriero que debía acompañar á D. Félix Mendoza y Bobadilla.

Cargado el equipaje y las provisiones de boca, los dos amigos se abrazaron tiernamente y se despidieron con mil protestas de cariño, con cien mil ofrecimientos de servirse en todo y por todo; quedando en cartearse á menudo y haciendo votos por volverse á ver.

Ya estaba subido D. Félix en su caballería, ya iba á picar espuelas, cuando tendió la mano á Fajardo por última vez. Alargóle éste la suya, y apenas se habían tocado una y otra ¡caso maravilloso! desaparecieron á su vista el Mendoza, el arriero y los mulos, y se encontró solo en medio de la calle, apretando su mano izquierda con la derecha, que creía haber dado á aquél.

El asombro que se apoderó del ánimo de nuestro héroe no es para explicado; pero el lector lo comprenderá fácilmente. De él vino á sacarle una palmada que sintió en el hombro; volvióse al punto, y sus ojos tropezaron con la fisonomía de maese Jacobo, como nunca risueña y burlona.

—¿Qué significa esto?—balbuceó Fajardo.

—Significa, amigo mio, que he querido dar un desengaño á vuestra locura; que he forjado un segundo

licenciado Fajardo y que, durante una semana, habeis estado viviendo con un hombre exactamente igual á vos, sin reconocer vuestra voz en la suya, vuestro semblante en su semblante, vuestros defectos en los defectos que él tenía.

—¿Es decir que os burlabais de mí cuando elogiabais mi obra?...

—Todo lo contrario: queria ayudaros á que os conociéseis, y hé aquí la prueba. Tomad vuestro retrato hecho por vos.

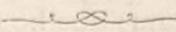
Y le alargó la carta que la noche anterior había escrito el filósofo.

Paseó Fajardo un momento por ella sus extraviados ojos, hizo un gesto de desesperacion, y rompiendo la carta en pedazos, los arrojó al aire, que los diseminó en breve.

—No lo tomeis tan á pechos (continuó el brujo, pues brujo era sin duda el sér capaz de obrar semejante prodigio); lo que á vos os ha sucedido, sucedería á cuantos se viesen en igual caso. El hombre puede llegar á conocer á todos los hombres de la tierra... á todos, menos al misterioso huésped que lleva dentro de sí.

XV.

¿Creeréis, en vista de lo que llevo referido, que Fajardo aprovechó la leccion recibida? Pues no, queridos lectores. Delató como hechicero á maese Jacobo, quien se vió y se deseó para salvar el pellejo, y sin recordar una sola palabra de su epístola, terminó su famoso *Estudio de sí mismo*.





LOS DOS NAPOLEONÉS.

~~~~~  
A D. LUIS URZÁIZ.

I.

**E**l 10 de Enero de 1873, poco despues del medio dia y sentados en torno de una mesa del *Gaiety Restaurant*, bien conocido de los gastrónomos londonenses, ponían, con diminutas tazas de verdadero café Moka y magníficas brevas de la Vuelta de Abajo, digno remate á un suculento almuerzo, un inglés alto, peli-rojo, colorado y reluciente, un frances pequeñuelo, morenillo y vivaracho y un español que renuncia á retratarse, temeroso de no conocerse bien y poco amigo de meterse en dibujos.

Mister Clifton era un sesudo y honradísimo hombre de negocios; el vizconde de Lille, elegante parisiense que se había gastado gran parte de su fortuna con bailarinas y *cocottes* y se proponía rehacerla por medio de atrevidas empresas mercantiles, era un mozo ligero sobre toda ponderacion y un si es no es román-

tico y extravagante; D... Fulano de Tal (permítame el lector conservar el incógnito) era un autor de cuentos inverosímiles que iba á encontrar aquel día, y bien á costa de su tranquilidad por cierto, asunto para una narracion que, si tiene mucho de inverosímil, de cuento no tiene absolutamente nada.

En los rostros de mis dos amabilísimos comensales brillaba esa serena placidez, esa beatitud que anunciaba un estómago agradecido, dispuesto á realizar una digestion feliz; y la animacion de nuestro diálogo sobre el negocio que debíamos hacer con cierto banquero sueco (el cual á estas fechas conserva íntegra su nacionalidad), no desmayaba porque bebiésemos y paladeásemos el más delicioso kummel que he probado en mi vida.

Pero estaba del diablo que la paz de nuestra sobremesa había de turbarse. Un frances, amigo del vizconde, entra en el *restaurant*, y al cambiar un saludo con su compatriota, le dice:

—Supongo que ya sabrá V. lo del emperador.

—¿Qué ha hecho el emperador? pregunta M. de Lille, en quien por un momento se sobrepone el instinto del curioso al egoismo del *gourmet*.

—Pues ¿no lo sabe V.?

—No sé una palabra.

—Ha muerto ayer en Chiselhurst.

—¡Diablo!

Al oír esto, Mr. Clifton y yo exclamamos casi á la vez:

—¡Ha muerto Napoleon III!

—Pero ¿está V. seguro de que la noticia es cierta?

—Me la han dado en la City, me la han confirmado

en la Embajada, y además la he leído en el *Daily-Telegraph*.

El noticiero fué á sentarse en una de las mesas inmediatas, y el vizconde permaneció por largo rato sumido en profundísima meditacion, como si la muerte del prisionero de Sedan le hubiera real y positivamente afectado.

Mr. Clifton y yo comenzamos á extendernos en diversas consideraciones sobre el suceso, cuya importancia para el porvenir de la casa Bonaparte, para sus numerosos y bien organizados partidarios, para la misma Francia, era sin duda indiscutible.

El fallecimiento del tercer Napoleon era un hecho previsto, esperado ya hacía tiempo; pero la muerte, á pesar de ser la única cosa segura é inevitable que hay aquí abajo, siempre nos produce sorpresa. La tememos y la repugnamos. No podemos apartarla de nosotros; pero hacemos todo lo imaginable para apartarnos de ella, con nuestro pensamiento al ménos. Es un personaje antipático con quien no nos queremos familiarizar.

El vizconde de Lille salió al fin de su ensimismamiento, y nos dijo :

—Una idea, señores. Mr. de Falkman, preocupado exclusivamente con la idea de enriquecernos, se proponía ver esta tarde á Lord Gladstone, y esta noche al Lord Canciller; de modo que hasta mañana no hemos de reunirnos. Tenemos libre todo el dia. ¿Vámonos á Chiselhurst, á ver el cadáver de Napoleon III?

Clifton y yo no pudimos ménos de mirarnos con alguna extrañeza. El vizconde prosiguió:

—La cosa tiene cierta poesía, cierto misterio; y el señor, como inglés y amigo de emociones, V. como español y amigo de novedades, yo como frances y amigo de extravagancias, no debemos ni discutirla.

Para el inglés todo estaba dicho desde el momento en que se le prometía una emoción; pero yo... Confieso mi debilidad: tengo algo de gitano en el horror que me inspiran los muertos; y me parecía soberanamente tonto hacer un viaje, siquiera fuese de pocas horas, con el único objeto de pasar un mal rato. Sin embargo, los ruegos de Clifton y, sobre todo, las impertinencias de Mr. de Lille ridiculizando una flaqueza que yo había empezado por confesar, me resolvieron á acompañarlos: rasgo de amor propio fuera de sazón, que merecía un correctivo, y le tuvo.

Tomamos el tren de la línea de Numbridge, y al caer de la tarde llegábamos al humilde *cottage* donde acababa de morir, léjos del trono y más léjos aún del amor de su pueblo, el sobrino del monstruo de la fortuna, cuya desgracia sólo á la fortuna de su tío podía compararse.

## II.

El dueño de la modestísima fonda donde encontramos hospedaje, nos dió algunos pormenores, mientras nos servían la comida, sobre las circunstancias de un suceso que prestaba al humilde Chiselhurst una notoriedad, una importancia, una atención de parte del mundo en lo presente y para el porvenir, que nunca pudieron soñar sus sencillos habitantes.

Nuestro huésped el *honorable* Samson Poole expe-

rimentaba hasta un sentimiento de gratitud hacia Napoleón III, que había tenido la amabilidad de morir en aquella aldea, pudiendo haberlo hecho en otra ciudad de más campanillas.

Las dudas sobre el verdadero estado del emperador habían continuado hasta la última época de su enfermedad. Los mejores facultativos franceses discutieron, casi hasta el postrer momento, si era la gota, el reuma ó la diabétes lo que le arrastraba al sepulcro. Sir James Paget, el eminente facultativo de las primeras familias de Lóndres, afirmó la existencia del terrible mal de piedra, y declaró que era urgentísimo operar. El especialista Henry Thompson, dotado de habilidad imponderable, verificó la *litotricia* y alcanzó un éxito relativamente satisfactorio. Pero tan espantosa operación engendró la fiebre en el enfermo; y, al reducir los cálculos á pequeños fragmentos, se hizo indispensable el empleo del cloroformo, acelerando al fin la muerte del ilustre proscrito, lo que, algun tiempo ántes, tal vez hubiera prolongado algunos años su vida.

La emperatriz Eugenia había sabido hacerse amar de todos los desgraciados á poco de alojarse en Chiselhurst con su esposo y con su hijo, y últimamente era objeto de generales simpatías por la conducta ejemplar observada durante la penosa y larga enfermedad del emperador. Conducta propia de la noble mujer que, elevada por la fuerza de sus infinitos encantos al trono de una nación extraña y poco amiga de la suya, había sabido, miéntras duraron para el imperio los dias de serenidad y bienandanza, romper con su talento, con su atractivo, con sus altas virtudes, el hielo de la indiferencia en casi todos los ánimos: así como,

cuando sonó la hora de los desastres más horribles, más completos y más inesperados de la historia moderna, supo encontrar en su alma extranjera un patriotismo que faltó á la mayoría de las nacionales; un valor en su corazón de española, capaz de salvar á la Francia si sus hijos hubieran sido capaces de él.

El dolor reflejado constantemente en la demacrada y huraña fisonomía de Luis Bonaparte, había hecho que, apartando los ojos de sus errores, sólo miraran los habitantes de Chiselhurst su miseria presente, hartos castigo de aquéllos. La juventud, la bondad pintada en el rostro del príncipe Eugenio, vivo retrato del de su madre; la incertidumbre del porvenir de quien sólo nació soberano para llorar la pérdida del trono en un destierro sin crimen, todo hacía interesante y simpático á aquel pobre niño.

Así es que la noche de nuestro viaje, un duelo natural, espontáneo, sencillo, verdadero, flotaba en la atmósfera, enlutada por la niebla que con frío de muerte y humedad de llanto parecía pesar sobre el ya célebre pueblecillo.

Cuando Mr. Clifton, el vizconde y yo salíamos del hotel y encontrábamos en nuestra dirección mujeres llorosas, hombres taciturnos y niños amedrentados, yo sentí algo parecido á un remordimiento. ¿No tenía mucho de infame aquella expedición hecha para dedicar á una gran desgracia sólo un movimiento de indigna y grosera curiosidad, que en mí apenas llegaba á eso, apenas pasaba de imbécil orgullo, de cobarde complacencia? ¿Cuándo para evitar una desgracia, para consolar un dolor, me había yo tomado tanto trabajo?

## III.

La bandera tricolor flotaba sobre Campden-House, á media asta y cubierta por un crespon negro, destacándose tristemente sobre un cielo color de ceniza, á favor de uno de los girones que un viento tempestuoso comenzaba á abrir en la niebla.

Por las dos únicas ventanas que tenía abiertas el albergue de la familia imperial, descubriase un resplandor vivo y amarillento: allí estaba la muerte, que con su fúnebre aparato parecía salir á recibirnos y guiarnos á su morada.

Mis piernas flaquearon, y la emocion que sin duda revelaba mi rostro, hizo asomar una sonrisa burlona á los labios del vizconde; sonrisa que, galvanizando mi ya muerto amor propio, me resolvió á hacer un violento esfuerzo sobre mí mismo y á ir más allá que pudieran ir mis dos compañeros en cuanto se presentara durante aquella noche á nuestra vista y á nuestro juicio. ¿Por qué no? ¿De qué no es uno capaz cuando comienza por avergonzarse de un buen sentimiento y por sepultarlo en el fondo del corazón, ya que no tenga bastante poder para arrojarlo fuera de allí?

Íbamos á penetrar en la sala donde Napoleon estaba de cuerpo presente.

—Aquí está el muerto, dijo M. de Lille invitándome á pasar el primero.

—En Sedan hubiera estado mejor, contesté, más por dar una muestra de indiferencia que por expresar una convicción arraigada. Y pasé, sin hacerme rogar

de nuevo, á una habitacion toda colgada de paño negro bordado con las abejas imperiales, y que iluminaban profusamente cuatro grandes candelabros de ocho brazos cada uno. En un testero brillaba el escudo de la casa imperial: un águila de oro sobre campo azul; en otro, ante un altar improvisado, oraban constantemente un canónigo inglés y dos sacerdotes franceses.

El centro de la cámara lo ocupaba el cadáver, cuyo eterno sueño velaban tres oficiales de la casa del emperador, de frac y corbata blanca. La caja era de ébano forrado de raso blanco, y tenía á los piés el képis de campaña cubierto de ramos de violeta, la flor dinástica de los Bonapartes, y una corona de siemprevivas sirviendo de marco á las iniciales del emperador; todo colocado sobre una ancha losa de mármol, cuya ligera inclinacion permitía ver el embalsamado cuerpo del difunto y descubrir perfectamente su semblante á través de un clarísimo cristal que servía de tapa al ataúd.

Napoleon estaba amortajado con el mismo uniforme de general de division con que en Sedan rindió su espada al rey Guillermo y se constituyó prisionero del ejército prusiano. Adornaban su pecho la banda de la Legion de Honor, la cruz y la placa de la misma órden, la Medalla Militar francesa, la de la guerra de Italia, la cruz italiana del Mérito Militar, la placa de la órden de la Espada de Suecia, sólo concedida á los soberanos que ganan una batalla, y las insignias de la Jarretiera.

Todo lo vimos, todo lo notamos con escrupulosa, con irreverente curiosidad, acercándonos cuanto era posible al cadáver, que tenía los brazos cruzados y

cuyo semblante, ajadísimo por dolores de tan diversa índole, saturado de la siniestra palidez de la muerte, ostentaba una expresión de absoluta calma y hasta de apacible contentamiento. Diríase que aquel espíritu, acaso el más activo é inquieto del siglo XIX, descansaba al fin.

Nada nos quedaba que ver, y salimos. Por el camino y durante el par de horas que todavía tardamos en acostarnos, nuestra conversación fué animadísima y versó, como se puede comprender, única y exclusivamente sobre la vida del infeliz que acababa de perderla.

Mr. Clifton, obedeciendo á ese espíritu de hostilidad contra las glorias francesas, propio de todo inglés, manifestó una compasión humillante hácia las desgracias de la nación vecina. El vizconde se apresuró á arrojar toda la culpa de aquellos desastres sobre la vanidad, la impericia, la ambición y la pequeñez de ánimo del cautivo de Wilhelmshöhe. Yo, instado para dar mi parecer, sintiendo en mí escasísimas simpatías por un nombre tan funesto á mi patria, teniendo realmente en poca ó ninguna estimación las cualidades del difunto, y abrigando, como queda dicho, un firme propósito de que nadie me dejase atrás aquella noche, hice un severo resumen de la vida de Napoleón III. Dije que, sin una sombra del genio de su tío, había sido tan funesto como él á la tranquilidad de Europa y al porvenir de la Francia; y sostuve que, mientras el primer emperador hubiera encontrado, hubiera creado recursos para humillar una vez más la cerviz de los alemanes, su mísero sucesor no supo hacer ni lo que hicieron en la rota de su ejército

3.000 franceses que ni ocupaban un trono, ni se llamaban Napoleon, ni habían provocado una lucha en la cual, ya que no se les daba la manera de vencer, debía dárselos á lo ménos el ejemplo de morir.

## IV.

Mr. Clifton y el vizconde de Lille se acostaron en una alcoba con dos camas, y yo me retiré á la pequeña habitacion donde estaba la mia. Una vez desnudo, falto de sueño y con los nervios excitadísimos, en balde apagué la luz y procuré dormirme. Las ideas que durante tantas horas había estado violentando, como chorro de agua detenido que acumula fuerzas mientras dura la presion de nuestra mano, y cuando la presion cesa reaparece aumentado en un doble, se presentaron más amenazadoras y pujantes que nunca á mi acalorada imaginacion. La necedad de mi viaje tomaba para ella las apariencias de un crimen; la cruel indiferencia, no ménos culpable por ser hipócrita, con que había examinado los despojos de un hombre, grande aún cuando no fuera más que por sus desdichas, comenzaba á representármese como ferocidad de tigre que goza con la vista de la muerte; la frialdad y la severidad de mis juicios sobre acciones cuyas causas, móviles y detalles no conocía á ciencia cierta, y que á aquella misma hora estaban juzgándose tambien nada ménos que por un Dios Omnipotente, me parecía una provocacion al cielo digna de un castigo ejemplar, espantoso. El hecho, sobre todo, de tachar de cobarde á un sér imposibilitado de

defenderse, lo consideraba yo merecedor de que el ofendido consiguiera volver á la vida el tiempo necesario para vengar tamaño ultraje.

Yo mismo comprendía que empezaba á delirar y miraba con placer una carencia de fuerzas físicas y morales que no podría ménos de conducirme, ya que no á un sueño tranquilo, á un letargo, á una modorra, á un embrutecimiento preferible á aquella espantosa vigilia.

Hubo un instante en que hasta me creí dormido, en que quizá lo estuve... Pero tres ó cuatro golpes dados en la puerta de la alcoba, y que, sin embargo, parecieron sonar dentro de mi propio corazón, me hicieron despertar, incorporándome en la cama como movido por un resorte. El hecho nada tenía, á la verdad, de extraordinario... Alguno de mis compañeros querría consultarme algo acerca de nuestro regreso á Londres. Algun criado vendría á interrogarme sobre la hora á que me debía despertar, sobre el desayuno que debía servirme... Todo esto era más que probable; pero yo no dudé un solo momento: yo sabía perfectamente quién llamaba á tales horas á la puerta de mi habitación.

Los golpes se repitieron breves, sordos, sin vibración alguna, como dados por unos nudillos de madera forrados en un guante de badana... ¿Sería una broma del vizconde? Esto me obstiné en creer durante unos cuantos segundos y contra mi firme convicción.

El picaporte se movió produciendo un ruido imperceptible... Quise gritar y pedir auxilio: la voz se me había secado en la garganta... Traté de coger el cordón de la campanilla: mi brazo pesaba cual si

fuese de plomo, y se negaba á todo movimiento...

La naturaleza había suspendido el rigor de sus leyes: la lucha por mi parte era desigual é inútil. La puerta se abrió y una claridad pálida, azulada, fosforescente, producida por un fanal luminoso, se destacó en su hueco y comenzó á avanzar hácia mí.

Pronto la claridad aquella creció lo bastante para que yo distinguiese con los ojos del rostro lo que ya me habían revelado los del alma; para que el horror que la imaginación presentaba como imposible de aumento, se revistiera de esa frialdad cruel y persistente con que las realidades surgen y se imponen, fijas y escuetas, libres de toda sombra, limpias de toda duda.

El ataúd de Napoleon III, cuyo cristal despedía lívidos fulgores, avanzaba hácia mí: los piés del cadáver habían roto la tabla inferior, y sin formar el más leve ruido, el roce más insignificante, se deslizaban como sobre hielo por el encerado pavimento de la habitación.

Yo, sin fuerzas ni para temblar, sin aliento ni para lanzar un quejido, parecía congelarme con mi propio sudor, y procuraba, ya que retroceder me era imposible, empotrarme en la cabecera de mi maciza cama de caoba, que también me rechazaba con dureza.

Y el ataúd avanzaba siempre, y tardaba en llegar hasta mí, para que el martirio fuese más largo. Por fin se detuvo al borde de mis sábanas, revueltas y estiradas contra mi cuerpo, como mi única defensa.

Saliendo de unos labios que no se movían, sin producir la menor alteración en los dormidos músculos

de un semblante marmóreo, una voz que parecía llegar de muy léjos y cuyo timbre apagaba más y más el cristal de la caja, habló así, mientras los mal cerrados ojos del muerto, vidriosos y vagos, me envolvían en una mirada ancha, tibia y desvanecedora:

—Tu conciencia decía verdad: insultar á quien no se puede defender, acusar á quien no puede justificarse, es una villanía. Toma por el epíteto de cobarde que me dabas para disimular el miedo que, muerto y todo, te he inspirado: oye despues y aprende á desconfiar de la exactitud de tus juicios.

Y los brazos que Bonaparte tenía cruzados sobre el pecho se desunieron poco á poco, y la mano derecha, despues de chocar contra el cristal, que cayó pulverizado en deslumbradora lluvia, sacudió en mi rostro una fuerte bofetada, cuya frialdad penetró hasta la médula de mis huesos.

## V.

—Ten presente (prosiguió diciendo) que un alma en el estado de la mia, ni puede mentir ni puede tampoco tener el triste consuelo de equivocarse al apreciar sus acciones. El primer privilegio ó castigo, segun los casos, que alcanza el espíritu del hombre al desprenderse de la materia, consiste en ver con claridad absoluta todo lo que por él ha pasado en la vida mortal; todo lo que en ella contempló á traves del tupido velo de sus bastardas pasiones, de sus mezquinos intereses. El hombre yerra á menudo porque la historia es su única maestra, y la historia se limita á referir

los hechos consumados: error tan grande como el que cometería la medicina si, al tratar de conocer la naturaleza humana, se limitase á estudiar nuestras fisonomías y á observar nuestros movimientos. Ni hay enfermedad sin lesión, ni hay hecho histórico sin causa; quien no penetra en el fondo de las cosas, procura conocer á un hombre disfrazado por la misma careta que le cubre el rostro.

Yo vine al mundo con una ventaja indudable en mi apellido, cifra de mil y mil glorias; pero tambien con un peso abrumador en la fama de mi tio Napoleon I. Beneficio más terrible, sosten más resbaladizo, alas más pesadas, no se han conocido jamás. Aquel nombre y aquel prestigio me reunieron los sufragios de la república y me allanaron la subida del trono; pero una vez en él, la sombra benévola que me protegía con su grandeza, se destacaba sobre mí demasiado para que el miedo á la comparacion no me encogiera y paralizara. Yo no era un hombre de genio, como mi tio: yo era, lisa y llanamente un hombre de talento, dueño de cuantos recursos pueden proporcionar el progreso y la cultura intelectual; pero sin tener ya á su disposición los milagros de la fe, del entusiasmo y del idealismo, vedados á los hombres de una centuria que, al descubrir propiedades maravillosas en la materia, al convertir en esclavos de sus voluntades el vapor, el rayo y la electricidad, embotan el alma con una sed hidrópica de goces y la imposibilitan para aquellos arranques gigantescos que combatían siglos, descubrían mundos y no tenían otro norte que la gloria. El abate Listz me lo dijo más de una vez: yo no era un hombre ni un emperador; yo era

el siglo XIX. El siglo XIX con todas sus confianzas y todas sus vanidades, con todas sus ambiciones y todas sus impotencias; siglo de adelanto positivo, pero de fermentación espantosa; siglo de las luces... ¡Ay! de luces en su mayor parte producidas por el incendio; que guían con su claridad, pero guían á la catástrofe. Yo tuve bastante perspicacia para darme cuenta de la situación en que se me presentaban los hombres y las cosas; y al tratar de dirigirlos y de aprovecharlos, no pude desconocerlos ni procuré modificarlos. Busqué el cariño de mi pueblo en la paz, en la grandeza y prosperidad material de la Francia; mi prestigio exterior en el éxito de las luchas diplomáticas, para las cuales me reconocía sereno y fuerte... Ó, lo que es lo mismo, formé un cuerpo deleznable en lugar de un alma imperecedera; me lancé en medio de ese constante campo de batalla que se llama Europa, casi sin otras armas que la lengua y la pluma, armas que provocan golpes que no saben parar. Comencé por formar una alianza leal y sincera entre Inglaterra y Francia, las rivales de siempre; y cuando fué conveniente ó preciso dar algún alimento al espíritu público de una nación, para la cual no hay otras victorias que las militares, los nombres de Alma y Sebastopol, de Magenta y Solferino, prueban que la sangre guerrera del héroe de Austerlitz no se había adulterado en las venas de su sucesor. Aunque hoy se guarde toda la memoria del mundo para mis desventuras, la pasión puede llegar á desconocer la verdad, pero no á borrarla. La unidad de Italia, ¿á quién se debe? A mí primero, y después al pueblo italiano; al pueblo italiano, que despertando á la Alemania

con el ejemplo de su fortuna, minó secretamente los cimientos de mi trono. Protegida la industria, desarrollado el comercio, cruzado en todas direcciones el territorio por innumerables vías, floreciente la agricultura, expatriada la miseria, la revolucion social tascaba el freno y en vano se revolvía contra mí. Un noble ejército de obreros convirtió á Paris en una maravilla, digna de tener por huéspedes á los primeros soberanos de Europa al inaugurarse la Exposicion Universal del año 1867. Las naciones soñaban con mi proteccion y reclamaban mi consejo; la diplomacia escuchaba las apreciaciones de mis discursos del dia primero de año como artículos de fe y como leyes de conducta. ¿Quién se vió nunca tan alto como yo? Pero, para tan enorme caída, no bastaba con ménos altura.

Ya no era posible consumir más tesoros en engrandecer á Paris, y el bienestar artificial y forzosamente pasajero proporcionado á la clase más ignorante y desdichada de la sociedad — la más inquieta y fácil de extraviar por lo tanto, — se presentaba como el primer origen de la revolucion, que rugía latente y con la impaciencia de fiera encadenada. Al propio tiempo, las comodidades de una civilizacion sibarítica; la grosería de un placer libre y desbordado, que huyendo del hastío se había hecho canalla; la posesion de un bienestar, de un prestigio, de una fortuna en realidad poco merecidos, enervaron á la Francia, la volvieron egoista y vanidosa como nunca lo fué... Entónces, y bien tarde ya para corregir la educacion de un pueblo decrepito en su juventud, comprendí yo que así como en los individuos el

carácter forma las costumbres, en las naciones las costumbres son las que forman y reforman el carácter. Los años pasaron y ¡caso nuevo y peregrino! la Francia comenzó á fatigarse del reposo, á cansarse de la felicidad. Semejante á una de esas mujeres coquetas y casquivanas que sacrifican todo bienestar á su insaciable sed de impresiones, el país necesitaba un espectáculo nacional para sacudir su quietud. ¿Cuál había de ser ese espectáculo? Eso era lo de ménos: uno; el primero que se presentara. Un suceso exterior hizo el oficio de cartel, y anunció la comedia que debía divertir al público: ese suceso fué la guerra declarada entre Austria y Prusia. Yo (y éste ha sido uno de mis principales errores) nunca juzgué más poderosos á los prusianos que á los austriacos: de otro modo, no hubiera consentido jamás en su alianza con Italia. El triunfo de la Prusia en 1866, aquella sangrienta epopeya de siete días, cayó en medio de todos mis proyectos como una bomba en medio de una fortaleza que se cree al abrigo de todo ataque. En el horizonte se levantaba algo capaz de causarme daño, algo que yo estaba acostumbrado á mirar con desden; y el golpe, más por lo imprevisto que por lo rudo, hizo mella en mis dos mejores espadas de combate: la serenidad y la confianza.

El pueblo francés, que, como las mujeres hermosas, toma por desdenes y desaires todos los triunfos ajenos, se creyó más humillado, más vencido en Sadowa que los mismos austriacos, y desde entónces empezó á pedirme, no sólo la guerra sino la victoria sobre la Prusia. La reconquista del Rin, cantada por los poetas y señalada como posible y justa por algun céleber

historiador que conoció tarde el mal á cuya formacion había contribuido, se me pedía por mi pueblo con esa insistencia implacable del niño antojado de un juguete... Y cuando los pueblos piden un juguete, los reyes tienen que dárselo si quieren evitar que se juegue con ellos. Durante mucho tiempo, abrigué yo la esperanza de que las fantásticas combinaciones á que creía reducir los acontecimientos en mis trabajos diplomáticos, nos diesen la posesion del ansiado rio sin disparar un solo cartucho ; pero la verdad es que yo mismo comprendía ya la necesidad ineludible de un triunfo militar : necesidad que la indecisa campaña de Méjico (cuyos verdaderos resultados sólo de mí y de mis íntimos consejeros eran completamente conocidos), había hecho crecer á la manera que una gota de agua irrita en vez de calmar el ansia de un sediento. Mi salud estaba quebrantadísima ; el príncipe imperial podía perder el trono al perder su padre la existencia, y sólo el contento universal de la patria podía afirmarlo en él, aún ántes de su mayor edad, si un triunfo sobre la Prusia refrescaba el verdor de mis antiguos laureles y reconciliaba con las armas el nombre de Napoleon, que no nació sin duda para símbolo de la paz. Yo no había podido menos de descubrir, con motivo de la funesta expedicion á Méjico (mi campaña de Rusia), faltas muy graves en la organizacion del ejército frances ; faltas que comencé á reparar inmediatamente con mejor buena fe que fortuna en la eleccion de personas ; faltas que nunca reparé en la verdadera escala y con la directa atencion que exigían, porque yo nunca temí que toda la Francia tuviese que luchar contra toda la Prusia ar-

mada hasta los dientes, y además, porque, en mi ciego orgullo de frances, hacía ya demasiado honor á los prusianos en el mero hecho de creer que su ejército era digno de ponerse frente al mio. La lucha era una necesidad, y para que fuese un hecho sólo faltaba mi resolución. Las oposiciones encontraron en mi prudencia un arma contra el gobierno, un nuevo elemento de popularidad, y hasta una parte del ejército dejó ver su descomposición en el plebiscito, prueba solemne con que traté de afirmar mi trono y que, aún dándome gran número de sufragios, marcó una diferencia, más relativa que numérica, entre 1852 y 1870 y puso en tela de juicio desde las alturas del poder, esa arma impalpable que se llama fuerza moral y que cuando se discute, se inutiliza.

Cambié de consejeros, escogiéndolos entre los diputados de la izquierda, sin comprender que las concesiones aplazan las catástrofes, pero las hacen inevitables. La candidatura del príncipe Hohenzollern-Sigmaringen para el trono español, dió un pretexto á cuantos anhelaban la guerra contra Prusia. Una prensa imprudente y loca agrió desde luego la cuestión, sublevando los ánimos con diatribas injustas é inconcebibles; y la palabra impresa es como la bala, que, una vez despedida, va derecha al blanco, y cuando se recoge, ya está el estrago hecho. ¿Qué partido tomar? Las masas pedían la guerra en París; en los regimientos de la guarnición hubo también ardientes manifestaciones belicosas; Olivier y todo el gabinete se inclinaban hácia la opinión común, teniendo que optar entre ella ó la impopularidad. Rusia é Inglaterra, me ofrecieron su mediación para llegar á un arre-

glo pacífico; yo deseé aprovecharla y no pude... El imperio, de no ir adelante, tenía, sin duda, que dar una batalla en las calles de París; y guerra por guerra, ambas difíciles y una tan sólo nacional y gloriosa, ¿cómo no decidirse por la que parecía pedirme un pueblo entero, por la que me imponía la necesidad y hasta el porvenir de mi hijo me aconsejaba? Además, ¿á qué razon, por fria y por serena que estuviese, no hubieran hecho vacilar el entusiasmo, el delirio, la locura con que mis vasallos deseaban el combate su ciega confianza en la victoria? Entónces me ví aclamado como nunca lo había sido en mi vida; en un día no más se alistaron 20.000 voluntarios para tomar parte en las operaciones del ejército, y el grito unánime de «¡A Berlin! ¡A Berlin!» era ya el único consejo que llegaba hasta mi alcázar. Thiers habló el lenguaje de la razon, que todavía gritaba en mí más alto que todas aquellas voces, y su casa allanada, su existencia en peligro, me dijeron bien claramente lo que sería de mí y de los míos si yo ponía en planta lo que él se limitaba á aconsejar. En la fatal noche del 14 al 15 de Julio, Lebœuf, Beust y Rouher convencieron á Olivier de que la guerra era popular, y todos tuvimos que convenir en que los torrentes se encauzan, pero no se detienen. Aún encontrándome yo en posicion de abdicar, mi pueblo hubiera hecho la guerra por sí mismo; y sin pasion, sin orgullo de ninguna especie, forzoso me era comprender que sólo el imperio podía mantenerlo unido en la fortuna y sobre todo en la desgracia; que yo era una de las pocas garantías de éxito para aquella tremenda aventura.

El 19 de Julio se hizo en Berlin la declaracion ofi-

cial de guerra, y yo, á pesar de que todos mis generales me repitieron una vez más que el ejército francés estaba en disposicion de luchar ventajosamente contra sus enemigos, me dispuse á ir á la guerra con Prusia como un hombre de prudencia y pundonor va á un duelo con un maestro de armas; seguro de sucumbir y seguro tambien de que el escarnio público me hubiera asesinado á no haberme batido. ¡Qué noche la del 19 de Julio en las Tullerías! El guante estaba lanzado ya y, como sucede despues de todas las decisiones que la necesidad aconseja pero que la fe no autoriza, cuando me retiré á mis habitaciones, cuando, al quedarme conmigo, quedé á solas con el más terrible censor de mi conducta, con el único sér capaz de llevarme la contraria, todas las razones para hacer la guerra parecían postrarse, tomando cuerpo en mi imaginacion, ante las que había para la paz; las cuales se levantaban allí como nunca robustas y poderosas. Todo lo veía claro, y para nada veía remedio ya, cuando mis ojos, extraviados y solícitos como los del leon que busca una salida á la jaula, se fijaron y se detuvieron ante un retrato de mi tío, que lo representaba recien exaltado al trono despues del primer aluvion de sus fabulosas victorias, y cuando un porvenir risueño se desplegaba á sus extraordinarias facultades y á su infatigable fortuna. Allí estaba, fuertemente sostenido en los hombros el manto imperial de púrpura y armiños, sin que pareciera pesar sobre ellos; ceñida de laureles la frente radiante de gloria y todavía libre de tristezas: magnífica encarnacion del César de la nueva Roma, dictando leyes con la mirada, amenazando con el acero quieto y pendiente á su costado.

¡Cuánta luz derramaba aquella figura excelsa!... ¡Y cuánta sombra no proyectaba sobre mí! Él crecía y crecía, rompiendo los estrechos moldes del marco que trataba de aprisionarle... ¡Y cuán abajo no dejaba al que seguía su vuelo con ojos codiciosos! La pintura, la imágen, el reflejo del hombre que vivió, tomaban cuerpo y consistencia haciendo irrisión de la muerte... ¡Ah! ¡El emperador vivo tenía bastante menos vida que el emperador muerto!

—«¡Si en mí hubiera un ápice, sólo un ápice (decía mi lengua temblorosa y balbuciente) del genio militar que sobraba á Napoleon II! ¡Si en este cuerpo raquíutico y miserable alentara un átomo, nada más que un átomo de aquel espíritu omnipotente que se reía de la palabra *imposible!* Entónces la Francia encontraría en el abismo donde va á caer, hasta un pedestal para nuevas elevaciones; entónces la dinastía napoleónica, árbol medio desgajado ya por el viento revolucionario que amedrenta á Europa, extendería sus vigorizadas raíces por este conmovido suelo frances, y enhiesto y firme como el cedro del Líbano, rechazaría los rayos y fatigaría los huracanes!»

Al pronunciar yo estas palabras, no distinguían mis ojos otra cosa que la figura del primer Napoleon, que no sólo llenaba la estancia, sino que á mí mismo parecía absorberme en su gigantesca magnitud. Sus pupilas brillaron con una lumbre no ménos viva que la que debió incendiar á Moscou; sus labios se abrieron, y con una voz sonora como la de las trompetas que anunciaron al ejército los soles de Jena y de Austerlitz: «Cúmplase tu deseo — me dijo. — Ni el

delirio por las glorias de Francia, ni el amor á su dinastía son conjuros que puedan emplearse en balde para Napoleon I, ni la misma muerte ha sabido apagar en mí el deseo de combatir y la necesidad de vencer. Aquí me tienes. Aunque de léjos y luchando mi corazon con las espesas sombras que separan tu mundo del mio, he procurado seguir la historia de mi pueblo y la vida de mi sucesor. Calma el espanto que mi presencia te produce y que era más propio de la orfandad en que hasta hoy te he tenido... y haz plaza á mi alma!»—Y el alma del primer capitán de los tiempos modernos penetró en mi cuerpo llenándolo todo de claridad y de calor, miéntras la mia, amedrentada y confusa, se replegaba á un lado para dejar espacio á la otra.

Desde aquel momento, desde aquella noche en que la guerra con Prusia fué inevitable y en que solicité y obtuve tan inesperado auxilio, Napoleon III cesó realmente de vivir y se arrastró hácia el sepulcro en que cayó ayer, moviéndose como un autómeta. Pero ¿á qué mejor mano podían haber ido á parar los hilos determinantes de sus movimientos?

El alma del primer cónsul, de la cual sintió la mia los impulsos y experimentó las impresiones como cuerda vibrante de un mismo instrumento sonoro, aunque sin darse razon absoluta de todo lo que pasaba por aquel espíritu colosal que con su continuo movimiento destruía mi débil naturaleza, se puso desde luégo en directa comunicacion con mis sentidos, sirviéndose de mis facultades intelectuales como de un libro de consulta ó secretario particular.

—«¿Qué es lo que tanto te preocupa y amilana?

Grande debe ser el conflicto en que te encuentras, cuando, para salir de él, has juzgado indispensable mi proteccion.»

Al contestarle yo que Francia iba á entrar en campaña contra Prusia, se sonrió desdeñosamente y me dijo:

—«¿No es más que eso? ¿Prusia sola? ¿Y para semejante niñería me has hecho metérme aquí?»

Y con esa confianza en sí mismo que no le abandonaba jamás, se dispuso á tomar sus resoluciones con la velocidad del rayo. Se enteró rápidamente del número y clase de mis soldados, dividió el ejército en ocho cuerpos y me preguntó quiénes eran los generales y jefes que me inspiraban mayor confianza. Al oír varios nombres, llegó á creer que aún vivían algunos de sus compañeros, tan fieles intérpretes de sus órdenes como eficaces auxiliares de sus ideas, y grande fué su pesadumbre al saber que sólo eran herederos de aquellos gloriosos apellidos. Él encontraba natural que hombres tan extraordinarios viviesen todavía. Entregó los principales mandos á Mac-Mahon y á Bazaine, cuyas hazañas escuchó con gusto, aunque sin la menor extrañeza, y reservó para sí la direccion suprema de las operaciones. Yo, tranquilo y satisfecho, pero lleno de natural curiosidad, le pregunté tímidamente:

—«¿Qué es lo que vais á hacer?»

—«¿Qué quieres que haga? me contestó. ¿Acaso pueden hacerse aquí dos cosas? Ir al ejército, atravesar la frontera, llegar al Rhin, penetrar en Bâden, sorprender á la Alemania del Sur cuando las tropas de sus diferentes estadios estén aún á medio movilizar, y

quitarle la tentacion de socorrer á la del Norte, limpiando en las espaldas de aquellos pobres diablos las empolvadas culatas de nuestros fusiles; imponer á Austria y á Italia el castigo que merecen por no estar al lado de quien lleva mi nombre; caer sobre Prusia, y, recordando lo sucedido en Jena, sin dejarme seducir otra vez por sus súplicas y por sus lágrimas, borrar para siempre del mapa de Europa lo que no hace maldita la falta en él.»

Y despues de una ligera pausa, recapitó un momento y añadió:

—«Tú tienes un hijo capaz de montar á caballo; que se disponga á seguirme y á recoger algo de la gloria que voy á regalar á su padre. ¿Qué es eso? ¿Titubeas? Piensa que no hay nada en el mundo que haga más favor y ménos daño á los príncipes que las balas, y obedece.»

Obedecí en efecto, y despues de quedar mi esposa encargada de la regencia, abandonamos á Saint-Cloud y nos dirigimos á Metz montando en el ferrocarril; invencion que produjo más disgusto que sorpresa á mi tío, al cual no pude quitar de la cabeza que, puesto sobre su corcel de batalla, habría llegado más pronto á reunirse con sus soldados. Antes de que se presentara ante el soberbia y confiadamente llamado *Ejército del Rhin*, le insinué la conveniencia de dirigirle una proclama en el tono de aquellas que electrizaban á las tropas y enloquecían á la nacion. Satisfizo mi deseo, y habiéndose dejado convencer por las humildes indicaciones que yo le hacía de cuando en cuando (su orgullo aprovechaba para dormir las horas en que se despertaba su vanidad), aque-

lla célebre arenga reflejó bien clara y distintamente las opuestas condiciones de nuestros dos espíritus. La frialdad y la prudencia del mio hacían constar que la guerra iba á ser «larga y penosa»; el ardor y la arrogancia del suyo aseguraban que «cualquier camino que escogiese el soldado frances al otro lado de la frontera, encontraría en él las huellas gloriosas de sus antecesores.» ¡Hermosa frase que despues ha parecido ridícula, y por la cual me han tildado muchos de querer imitar el estilo de Napoleon I...!

Nos presentamos al ejército y mi tío notó con sorpresa y con ira el efecto, relativamente escaso, que producía en él oculto por el disfraz de mi persona, mientras Mac-Mahon y Bazaine eran aclamados sin cesar. Dióse tres ó cuatro fuertes tirones del bigote y de la perilla, como si tratara de arrancar lo que privaba á mi moderna fisonomía de todo parecido con su fisonomía romana, y dijo para sus adentros ó, hablando con exactitud, para los míos:

—«Esta gente no adora á su emperador, no tiene fe ciega en él, y el soldado es como el mártir: sólo muere por lo que adora y por lo que cree. En fin, aguardemos á que los hechos me devuelvan el antiguo prestigio.»

Yo le invité á fijarse en el cuerpo del general Frosard, escogido aquel año para las maniobras de Chalons, que ostentando como una muestra de nuestro poderío el lujo pueril con que nos complacíamos en engañarnos y admiradas por algunos príncipes y estadistas extranjeros, habían elevado hasta las nubes la reputacion del ejército frances.

—«¿Son como esos todos mis soldados? me preguntó

muy complacido. Pues conmigo y con ellos, nada tienes que temer.»

Lleno yo de confianza y de júbilo, hice observar á mi tío la brillantez de los uniformes, la excelente disposición de las tiendas de campaña, el aparante buen servicio y órden de la administracion militar que, permitiendo al oficial todo género de comodidades en el mismo campamento y dando al soldado cuanto puede apetecer, quitaba pretexto á la más ligera queja y aseguraba el contento de todos.

—«Eso es lo único que me disgusta en lo que hasta ahora he visto,» replicó Napoleon I. «Cuando la vida es demasiado amable, se le cobra demasiado cariño. Mis soldados pudieron, muy á menudo, enamorarse de la muerte... Pero, en fin, más fácil es quitar que poner. ¡Adelante!»

Reunió á los generales, les confió su plan de campaña y les mandó prepararse para que la marcha á la frontera se emprendiese sin pérdida de tiempo. Apenas pasó un día, no pudo contener la impaciencia y preguntó con tanta ira como asombro la causa de no estar ya todo corriente. Cuando los generales le indicaron que se presentaban obstáculos al cumplimiento de su voluntad... ¡de la voluntad de Napoleon I!; cuando se permitieron hacerle observaciones y presentarle quejas... ¡quejas á él, en vez de cuadrársele y temblar!, tentado estuvo de fusilar á tres ó cuatro de los principales jefes, y sólo á mis ruegos consintió en perdonarles la vida. Pero al descender á los detalles, al enterarse del origen de aquellas dilaciones, al oír que se le decía por algunos subordinados suyos:

—«Señor, mis soldados no pueden marchar porque

aún están sin los pantalones y el calzado de campaña... Señor, necesitamos atalajes para la artillería... Señor, mi compañía está descontenta porque hace dos días que no toma café... Señor, á mi regimiento le faltan cuarenta plazas... Señor, si mis soldados no cobran la paga que se les debe, no respondo de una colision...»

Al oír tales cosas el que había hecho marchas como la del San Bernardo y la de Rusia; el que convertía un campesino en un soldado sin mudarle el traje y con sólo infundirle un soplo de su espíritu marcial; el que sabía convencer á sus tropas de que las pagas que debían recibir estaban dentro del botín de los enemigos; el que había curado tantas veces el hambre y la sed de sus gentes poco ménos que obligándoles á olvidar que el hombre tiene precision de comer y beber; el que no concebía que un soldado tuviese más voluntad que un fusil ó un sable... se puso furioso y quiso exonerar públicamente á los que se atrevían á hablarle de semejante manera.

Yo le pedí por Dios que se calmara, asegurándole que el estado de las cosas no era á propósito para estirar mucho la cuerda, y él se resignó á esperar unos cuantos días sin sospechar que aquel tiempo fuese oro; no cabiéndole en la cabeza que Alemania pudiera ni osara cogerle la iniciativa, acostumbrado como estaba él á acometer siempre el primero, y suponiendo que si su país estaba así, ¡cómo estaría el alemán!... Napoleón I no podía ni soñar que el previsor y cachazudo Moltke, mediante un trabajo de años, calculaba al minuto la llegada y reunion de sus tropas, yendo con la realidad mucho más léjos que mi tío con el deseo.

Al insignificante y ridículo combate, escaramuza, por mejor decir, de Sarrebrück, á la cual se procuró revestir de la importancia de que carecía, para calmar la impaciencia de los parisienses que, sentados en las localidades del teatro, pedían á gritos que comenzara la función, sucedieron los primeros desastres, horribles en sí mismos, pero aún más horribles por lo inesperados. La cólera de mi tío no tuvo límites cuando Mac-Mahon, en lugar de decirle: «Me están haciendo pedazos en Woerth: venid á ayudarme,» le telegrafió: «Me han derrotado y me retiro»; cólera que amenazaba convertirse en locura cuando Frossard hizo otro tanto despues de la desastrosa jornada de Spicheren.

Aún recuerdo la voz, temblorosa por el coraje, con que me decía mi tío:

—«Los cuerpos del ejército frances están desplegados en línea de batalla y extendidos sobre la frontera: ¿cómo no acuden á los puntos atacados, en auxilio de sus compañeros, cuando el estampido del cañon les avisa de su deber con una voz que nunca desoyeron oídos franceses?»

Y en vano me esforzaba yo por hacerle comprender que los intereses particulares de cada general, el deseo de conquistar para sí mayor parte de gloria, podía explicar, ya que no disculpar, semejante conducta.

—La gloria, me respondía frenético, no se toma para sí: ¡la gloria se da á la patria y se recibe de ella!

Aquella continuada serie de catástrofes en que no hubo para descanso del ánimo y consuelo del amor propio, ni una sola acción dudosa, acabó con mis fuerzas y me abatió profundamente. Pero en mi tío

produjo el efecto contrario: los golpes únicamente consiguieron irritarle, y poseído de una fiebre que á él le exaltaba y á mí me hacía languidecer más y más, habló de esta manera :

—«El que está acostumbrado á convertir los imposibles en victorias y á levantar un triunfo con las mismas ruinas de un desastre; el que conoce, como yo, la inconstancia de la fortuna, sabe reirse de ella. ¡Adelante! Puesto que nos han batido dos cuerpos de tanta importancia, resignémonos á lo que no tiene remedio; pero no nos neguemos la revancha. No haga Francia consigo misma lo que no pueden ni esperar sus enemigos. Concentrémonos en Metz y en Chalons. Ciento cincuenta mil hombres en Metz, campo atrincherado de primer orden, tienen que conservar siempre una inmensa esfera de accion contra todo el ejército aleman; situado yo con otros tantos en Chalons, podré reunirme á los trescientos mil cuando se me antoje, y ya sabré encontrar manera de ser más fuerte que mis enemigos en cada batalla que tengamos.»

Y poniendo en planta su nueva idea, dejó á Bazaine en Metz y se dirigió apresuradamente á Chalons.

¿Quién podría describir su desencanto al llegar allí y observar la completa y asquerosa desmoralizacion de aquel campamento? Su presencia fué saludada con risas y silbidos: el emperador era inepto y cobarde, el emperador tenía la culpa de todo... Al verse recibido así, quiso abandonarme; y mis ruegos no hubiesen bastado á detenerle si el deseo de recobrar su prestigio á mis propios ojos, más que el de conservar el mio, no se hubiera sobrepuesto á toda otra consideracion.

Miéntras mi tío trataba de contener la desmoralización de aquella masa de borrachos y de ladrones, le robaron su propio tren de campaña. «¡No son estas mis tropas! exclamaba furioso.—¡No es esta la Francia que yo conocí!—Me han traído aquí engañado: no hay quien pueda combatir con una espada rota, con un arma que se dispara contra quien la maneja. Mi cabeza es la misma, las ideas no me faltan, el valor me sobra; pero yo necesito moverme y girar libremente, y los piés que tengo á mi disposición son de barro.»

Y cuando el cansancio hacía en él las veces de un desaliento imposible á pesar de todo, su alma hasta entónces altiva y desdenosa, se aproximaba á la mía como á la única capaz de comprenderla, y atraídas ámbas por el poderoso imán de la desgracia comun, se aproximaban y se unían, llegando en algunos momentos hasta compenetrarse en un estrecho y espiritual abrazo.

Pero semejantes muestras de ternura duraban poco, y la misma evidencia no le curaba del afán de mover aquella soldadesca indisciplinada como él movía en otro tiempo y por toda la extensión del mundo sus ejércitos admirables: como hábil jugador de ajedrez que reparte á su voluntad en el tablero las dóciles piezas de marfil, seguro de que han de ir y han de permanecer donde sea preciso.

Su imaginación poderosa, su mirada rápida y perspicaz le ofrecían mil remedios para cada nuevo mal que se presentaba; pero la fe y la esperanza estaban perdidas, y cuando los explicaba por mis labios, se mofaban de él, con mayor ó menor disimulo, y una

voz unánime resonaba en toda la Francia, ¿qué digo en toda la Francia? en todo el mundo civilizado, que seguía anhelante aquella novelesca campaña sin ejemplo en la historia:—«¡Qué diferencia entre los dos Napoleones! ¡Ah, si viviese Napoleon II!...»

Los acontecimientos no concedían treguas ni al dolor: los combates de Gravelotte y Mars-la-Tours, en que el príncipe Federico Carlos mandaba las tropas prusianas, encerraron á Bazaine en Metz, fortaleza inexpugnable donde más tarde habían de rendirse ciento cincuenta mil franceses sin disparar un solo cartucho y sin que el rubor hiciera una víctima en sus filas! En el ínterin, el príncipe real de Prusia y el príncipe de Sajonia avanzaban sobre Chalons... Mi tío no concebía que hubiese alemanes para tanto; no acababa de comprender que aquello no era un ejército, sino Alemania que se había puesto en pié y, entera, compacta, formando un solo cuerpo, venía sobre Francia.

Al fin lo comprendió, y sin espantarse por ello, exclamó: —«Está bien: esto me sirve para indicarme lo que hay que hacer aquí. Vamos por Francia. Vamos á Paris á levantar el espíritu público, á llamar desde allí á toda la nacion y á demostrar á esas gentes que si todos reunidos han podido quebrantarnos, reunidos todos nosotros, no hemos de darles tiempo ni para pensar en emprender la fuga. De todas maneras, siempre nos habrán ahorrado la molestia de ir á buscarlos á su casa.»

Pero cuando ya íbamos á salir para Paris, Palikao telegrafió, que si entraba en la capital, la muerte del emperador era segura y la revolucion imposible de contener un instante más. Convencido de que esto era

exacto, resolvió ir á Metz con todo su ejército y emprendió aquella marcha desastrosa, en que la insubordinacion fué capaz de crecer, en que las deserciones se contaron por millares, en que no se avanzaba más de cuatro kilómetros por día: aquella marcha, que se ha juzgado un disparate *a posteriori*, considerándola en sus resultados; pero que era lo único humanamente posible, dada la irremediable situacion de las cosas. Napoleon ponía en movimiento á un hombre moribundo y podrido que iba sembrando el camino de sus miembros y de su sangre; pero ni tenía la culpa de no disponer de un hombre sano y robusto, ni podía consentir que aquel cadáver viviente, el cadáver de la Francia, cayera en poder del extranjero.

El príncipe real de Prusia y el de Sajonia, que observaron nuestra decision, encontraron pocos obstáculos para impedir la y nos salieron al paso, obligándonos á detenernos en Sedan, cerrándonos á la vez el camino de Paris y el de la frontera belga. Allí, en Sedan, había de concluir con espantosa catástrofe el primer acto de la comedia pedida por la nacion y que se había convertido en tragedia horrible. Napoleon I era el hombre de genio que parece haber sobornado con el brillo de sus hazañas hasta el juicio imparcial de la historia; la cual, obligada á consignar todas sus grandezas, llega siempre fatigada á acusarle de sus errores. Napoleon era el mismo de siempre; pero no era la misma la Francia de 1870 que aquella Francia que le vió nacer y en que su gigantesca figura encontró desahogado marco, atmósfera caliente y horizonte sin límites. Cuando Napoleon I apareció en la escena del mundo, á ser en ella tan único actor como Talma,

Francia era un pueblo joven, renovado por una revolución que, con espantoso riego de sangre y terrible calor de incendios, hacía brotar de su removida tierra hombres grandes en su talento, en su carácter y hasta en sus mismos crímenes. El pueblo francés manifestaba entonces su juventud en su actividad febril y en su entusiasmo sincero; en sus generosas ilusiones por utopías no sólo irrealizables sino inconcebibles; en una fervorosa imitación de las costumbres antiguas, parodiando á las Amazonas y á los héroes y muriendo por la patria y por la idea. Pero al volver nuevamente á Francia, después de un destierro algo más largo que el que le retuvo en la isla de Elba, ¡cuánto habían cambiado las cosas! Aquel país joven y vigoroso, se había anticipado la vejez y tenía ya estragado el paladar, débiles las piernas, la razón perdida y olvidadas todas las enseñanzas tan inútiles como crueles. El ficticio entusiasmo que había exigido y saludado la declaración de la guerra franco-prusiana, se extinguió á los primeros reveses, porque no era hijo del patriotismo sino de la vanidad; porque Francia quería vencer y no combatir, ganarse la gloria como por azar de juego, pero no por fatiga de trabajo. El soldado francés distaba ya mucho de aquel épico personaje identificado con la dinastía napoleónica y que al ver su emperador á caballo era más que un hombre. La raza de aquellos generales que al juzgar perdida una batalla se lanzaban, como Ney, entre los escuadrones enemigos gritando: «¡Seguidme para ver morir á un mariscal de Francia!» se había alejado ya en la historia nacional hasta retroceder á los tiempos fabulosos. La facilidad para recordar orgullosamente los triun-

fos pasados no guardaba proporcion con la disposicion á sacrificarse para repetirlos... Y á todo esto, nos encontrábamnos enfrente de un pueblo naturalmente sensato, que renace á la vida histórica despues de desgracias y humillaciones; y los pueblos como los individuos, van de la desgracia á la sensatez, de la felicidad á la demencia. Enfrente de un pueblo para quien había sonado la solemne y dichosa hora de subir, cuyo entusiasmo inagotable nacía de la conviccion; que, con ménos gritos, con ménos alharacas y sin fingirse facilidades para su empresa, se hubiera dejado exterminar ántes que ceder. Enfrente de un pueblo que enviaba contra nosotros un ejército tan admirablemente organizado como dirigido, y en el que la obediencia era una religion; en el que el valor era un sentimiento; en el que había soldados más instruidos que la mayoría de nuestros oficiales, soldados que conocían mejor el país que iban invadiendo que los nacidos allí con la sagrada obligacion de defenderle. Y entablóse la batalla de Sedan... y despues de un horrible dia de infinitos combates, en que se hizo cuanto se pudo, y apénas pudo hacerse nada, Napoleon I perdió la batalla de Sedan, como en iguales condiciones la hubieran perdido Julio César y Alejandro Magno; porque el genio es capaz de vencer á la fortuna, pero no de detener ni un solo instante la caida de lo que no derriba la suerte, sino la razon.

Al convencernos de la realidad de aquel cataclismo, al medir toda su extension, hubo dentro de mi cuerpo un choque indefinible, como si las dos almas que se albergaban en él, no pudiendo resistir un dolor tan agudo, se hubiesen roto al propio tiempo.

—¿Qué hacer? preguntó la mía, reconociendo notablemente, hasta en aquel supremo instante, la superioridad de la otra.

Y Napoleon I, sombrío como el día de Waterlloo, me dictó la carta que debía enviar al rey de Prusia, entregándole mi espada y constituyéndome prisionero suyo.

Ante tal idea me sublevé, y abandonando mi alma la posición subalterna que ocupaba desde la noche de las Tullerías, se puso frente á frente de la de mi tío y se negó á obedecer.

—Para mí (exclamé) ha sonado ya la hora de morir.

—¡Necio! (me contestó) ¿de dónde sacas que te asiste semejante derecho? Para morir, en el caso en que tú te encuentras, hace falta bien poco valor: basta y sobra con tener egoísmo. Ten valor para despreciar la opinión, que te condenará unánime, y resígnate á vivir para tu hijo y para la Francia, que está criando en su seno enemigos aún más temibles que los prusianos. Deja á la emperatriz concluir la paz, y sigue mi consejo. ¿No escribí yo al Regente de Inglaterra otra carta no ménos humillante que esa, pidiéndole un asilo en el suelo británico? Pues lo que pudo hacer Napoleon I, ¿cómo no has de poder hacerlo tú?

Mi alma volvió á quedar sin fuerzas ni para una nueva discusión, mientras la de mi tío, iracunda y soberbia como la de Luzbel despues de su caída, me abandonaba á mi vergüenza y á mi desconsuelo.

El infausto 2 de Setiembre comenzó mi agonía, que ha durado años y, por fin, ha concluido ayer... ¡Hasta la muerte se había olvidado de mí! Los hombres que nacen á tiempo, no suelen tener la dicha de morir á

---

tiempo tambien. A haber muerto yo ántes de la maldita expedicion á Méjico, no me faltarían lágrimas en Francia, admiracion en todo el orbe, entierro magnífico, sepulcro suntuoso, estatuas y columnas. La opinion general, ese conjunto de equivocaciones que forman la mayor equivocacion que puede darse, diría en estos momentos: «¡Lo que hubiera hecho ese hombre á vivir algunos años más!»

Para el bien que realicé solo, no hay memoria en los hombres; para el mal en que únicamente tengo parte, no hay indulgencia. ¿Qué importa? La tumba es un sitio donde se espera bien.»

#### IV.

La luz del amanecer, que poco á poco había ido penetrando por la ventana de mi cuarto, pareció ahuyentar el fantasma que durante una noche entera me privó de todo sosiego.

Mr. Clifton, el vizconde de Lille y yo regresamos á Lóndres en el primer tren, y temeroso de que lo juzgaran una alucinacion ó un sueño, no quise decirles una sola palabra de cuanto me había ocurrido.

---





## EL CAFÉ.

Á D. ALEJANDRO OLIVAN.

### I.

**G**ABRIEL Aranda, una de las esperanzas más lisonjeras de la literatura española, cumplió veinte años el invierno último y consiguió de su bondadoso padre, rico hacendado cordobés, que le permitiera vivir en Madrid el poco tiempo que Gabriel consideraba suficiente para hacer representar ese drama inédito que casi nunca falta en la maleta de los jóvenes provincianos, y casi siempre sobra.

Unían á nuestras familias los lazos de un parentesco bastante próximo, y los más estrechos aún de una estimacion verdadera; pero Gabriel era para mí singularmente simpático por su aficion á las letras y á las artes, por el cariño, por las mil delicadas atenciones con que correspondía al natural interes que me inspiraban sus trabajos.

La primera obra del poeta, en la cual el pensamiento era mucho más feliz que el plan y la ejecucion,

exigía importantísimas reformas; Gabriel sentó decididamente sus reales en la córte y resolvió no volver á su tierra sin que, repetido su nombre por las cien trompetas de la moderna fama, la tiránica gacetilla, adquiriera ese prestigio que se compra tan caro y tan barato se vende.

La ambicion de nuestro héroe, no menor que su entendimiento, encontraba un poderoso obstáculo en la incorregible holgazanería del más desidioso de los andaluces. Sus padres, enviándole el doble de lo que necesita para vivir un muchacho decidido á estudiar y á trabajar, contrariaban, sin sospecharlo siquiera, los excelentes propósitos de Gabriel.

Sin un cuarto, rara vez y por rarísimos caracteres pueden producirse obras poéticas: con barro á mano, son ménos aún los que alcanzan los favores de una inspiracion á quien la miseria asusta, pero el perfecto bienestar adormece.

Yo decía muy á menudo á Gabriel:

— «Hombre, Dios te ha dotado de condiciones excepcionales y es un crimen que no las aproveches. Ahora comienzas á vivir, no tienes nada que te preocupe ni te contraríe... ¿Por qué derrochas tu caudal de inteligencia y de ingenio en una frívola inaccion? Ten en cuenta que con el talento no pasa lo que con el dinero: éste se conserva cuando se guarda, pero aquél se gasta precisamente cuando no se usa. No seas niño: vuelve en tí, mira lo que hago yo... y haz todo lo contrario.»

Pero en vano procuraba apartarle de la mala senda: Gabriel concluía siempre por reirse de los sermones y del predicador.

## II.

En este estado las cosas, llegó el verano y yo pasé una larga temporada fuera de Madrid.

Al regresar á la villa y córte, una de las primeras cosas que hice fué dirigirme al café Universal (vulgarmente llamado *de los Espejos*), punto de reunion de la mayor parte de mis amigos, que habían tardado bien poco en cobrar aficion á Gabriel y considerarle como antiguo camarada.

Allí se hallaban todos, excepto el que yo buscaba principalmente.

—¿Y Aranda?—pregunté.

—No viene hace un siglo—me respondió uno.

—¿Está malo?

—Creo que no—añadió otro,—porque yo le ví anteayer tarde en la calle de Jacometrezo cargado de libros y corriendo como un desesperado. Lo paré y le pedí cuentas de su extraña conducta. Me dijo que estaba ocupadísimo, que le perdonásemos, que si necesitábamos de él ya sabíamos dónde vivía y que no podía detenerse un minuto más... ¡Figúrate tú!... ¡Ocupado él!... ¡Bah! ¡Deseos de hacerse el interesante!... Yo siempre he tenido á Gabriel por un solemne hipocriton... Apostaría la cabeza á que sus ocupaciones consisten en algun trapicheo con una fregatriz sensible *que le comprende*... ó con una corista de Jovellanos cuya garganta es un tesoro escondido entre la masa coral, cuyo corazon es un

prodigio de amor y genio y cuyos pasados extravíos merecen ser purificados al sacro fuego de la nupcial antorcha, á pesar de las preocupaciones de esta sociedad tan corrompida como intransigente.

Una estrepitosa carcajada acogió estas palabras, en las cuales se hacía la caricatura de mi compañero. Quise buscarle una defensa, y pregunté al burlon:

—Pero ¿y los libros que nos has dicho que llevaba?

—¿Pues no os he dicho tambien que lo encontré en la calle de Jacometrezo? Iría á vender á Minerva para obsequiar á Cupido.

La observacion de mi interlocutor selló mis labios, convenciéndome de que yo era un abogado detestable y de que la causa no era muy buena. Charlamos un rato; arrancamos dos ó tres reputaciones, mal sostenidas, de poetas, cómicos, pintores y músicos, para echar un remiendillo á la nuestra; convinimos *nemine discrepante* en la gravedad del estado del país, y encontramos á renglon seguido mil medios capaces de convertirlo en una nueva Jauja; despues de lo cual yo me despedí hasta el dia siguiente de la alegre tertulia, y me encaminé á casa de Gabriel Aranda, impulsado al mismo tiempo por el cariño y por la curiosidad.

### III.

—¿Está el señorito?—pregunté á la criada que me abrió la puerta.

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—¿El señorito, está ó ha salido?

—¿Quién es *usted*?

—¡Fulano de Tal!

—Ay... pues... espere *usted* un poco, que voy á sacarle á *usted* la razon, repuso la fámula alejándose por el pasillo.

—No, hija mia; no me saque V. la razon, que no tengo más que una, y esa un poco averiada.

—¡Que pase! ¡Que pase inmediatamente! dijo desde las habitaciones interiores la voz de mi ex-inseparable. Eché á andar como atraído por ella y me encontré de pronto con uno de esos abrazos que valen la pena de estar algun tiempo alejado de la persona querida sólo por tener el gusto de recibirlos.

#### IV.

Gabriel me llevó á su despacho y me hizo sentar en una de las dos butacas que hay delante de la chimenea.

—El señor se queda á comer conmigo, dijo á la criada.

—Chico, hoy no me es posible... Me esperarán en casa...

—Voy á enviar con Fermin el oportuno recado. Y Gabriel se levantó y salió.

Eché una ojeada por la habitacion y ví la mesa llena de cuartillas escritas y de libros, abiertos los unos, los otros llenos de registros, como si cotidianamente fueran consultados.

—Tú estabas trabajando y yo he venido á hacerte mala obra, dije á Gabriel cuando volvió á entrar.

—No, chico, todo lo contrario ; aparte del gustazo de verte, me has hecho un favor: he estado trabajando todo el día y ya comenzaba á dolerme la cabeza.

—La falta de costumbre...

—No, hijo mio, no. El abuso de la costumbre, el abuso del trabajo.

—¡Tú abusas del trabajo? Es el único vicio de que no habías abusado en el mundo.

—Hablo formalmente... No puedes sospechar el cambio completo que se ha operado en mí durante tus tres meses de ausencia. Gabriel Aranda no conserva ya de Gabriel Aranda otro recuerdo que el nombre y el apellido. Soy ahora tan estudioso y trabajador como ántes haragan y desaplicado.

—¡ Tanto?

—Si no más.

—Más no es posible. Pero dime: ¿á qué se debe tan extraordinaria metamorfosis? ¿ Hay en campaña alguna ninfa que te obligue á hacer gastos superiores á tu posición ó...

—No te canses en buscar la explicacion de mi conducta ; porque, aunque te estés pensando sobre ella toda la vida, no has de encontrarla.

—¿ Tan rara es?

—Tan rara, que voy á decírtela, seguro de que no me vas á creer.

—Buena manera de preparar un embuste. Pero dí, que, con tanto misterio, casi casi has excitado mi curiosidad. Si te dedicas á la novela, harás fortuna.

—Oye, miéntras llega la hora de la comida.

—Soy todo oídos.

Y Gabriel, despues de presentarme su petaca, encendió una soberbia regalía y arrellenándose en la poltrona, se expresó en los términos siguientes:

## V.

—«Tú te marchaste á las provincias y yo me quedé como sin sombra. Mira cuál era mi vida. Me levantaba despues del medio dia: almorzaba; leía *El Imparcial* ó alguna novela ligera; jugaba un rato en el billar de enfrente... hacía, en fin, tiempo hasta las cinco de la tarde, hora de comer. Terminada esta ocupacion imprescindible, me vestía. Al Prado. Allí me estaba hasta las nueve ó las diez, y desde allí encaminaba mis pasos al café Universal, donde me pasaba unas cuantas horas hablando de cosas que me tenían completamente sin cuidado, entablando discusiones en las cuales, sin aprender nunca nada provechoso, solía herir el amor propio ajeno ó sacar herido el mio. A eso de las dos de la madrugada, me retiraba á mi casa con la cabeza como un bombo, imposibilitada para todo trabajo formal. Leía *La Correspondencia* y, á pesar de la excitacion nerviosa que siempre me produce el café, me dormía. Cuando alguien conocido me encontraba en la calle y me preguntaba: «Aranda, ¿qué se hace V.?»—«Nada... aburrirme...» era mi constante y lacónica respuesta, que pintaba filosóficamente mi situacion.

Un dia quedamos citados á las ocho de la noche en el café, para ir desde allí á ver una zarzuela que se estrenaba en el Circo de Rivas. Yo me entretuve un

poco y llegué tarde á la cita: nuestros camaradas se habían marchado ya. Me dió pereza de emprender solo la caminata hasta Recoletos... Cierto es que podía salvar la distancia en un carruaje; pero ¿encontraría butaca al lado de las de mis compañeros?—Tú sabes que yo necesito tener junto á mí en el teatro una persona á quien comunicar mis impresiones.

En estas dudas, se me pasó la hora. Pedí la eterna taza de ese licor negruzco y áspero que hemos convenido todos en llamar café, para que tenga el nombre al ménos de tan agradable bebida; que sólo se puede hacer bien en nuestra casa, y sólo fuera de ella hemos de tomar los españoles: dirigí una mirada al reloj, que marcaba las nueve, y—«Vamos á ver... (me dije) ¿qué voy á hacerme yo en las tres horas largas que tardarán en volver aquellos?»

Mis ojos buscaron instintivamente el rostro de algun conocido con quien entablar conversacion. Vano empeño.

La concurrencia era escasa: se componía de los parroquianos más antiguos y más constantes, de los que, únicamente en caso de fallecimiento ó enfermedad grave, dejan de ir al café todas las noches y en cualquiera estacion. Aunque no trataba á ninguno, sabía el nombre de la mayor parte, y de muchos hasta la historia de su vida pública y privada.

En la mesa situada á la derecha de la mía estaba Pepe Dominguez, hombre de unos treinta años, buena figura, trato agradable, locuaz y chistoso (*rara avis*) y casado recientemente con una real moza en toda la extension de la palabra. El grandísimo majadero dejaba á su mujer en casa y se iba á pasar la

noche al café entre unos cuantos bolonios que le hacían la tertulia y mil carantoñas, á trueque del gasto que el rumboso Pepe satisfacía siempre, porque, según su frase, cuando alguno hacía ademán de pagar, en aquella mesa no pagaba nadie más que él... (Y el mozo afirmaba que, en efecto, él era el único que pagaba en aquella mesa.)

En la que había á mi izquierda, tomaba café en vaso y leía todos los periódicos D. Anacleto Quintanilla, declarado excedente del ministerio de Hacienda, hombre honrado y temeroso de Dios, padre de dos niñas casaderas que nunca acababan de casarse: no hacían más que empezar y dejarlo. Eso sí, modelos de virtud y de modestia. Mientras D. Anacleto permanecía fuera de casa, ellas y la criada se estaban en la sala leyendo el *Kempis* ó el *Año cristiano*: decían las pobrecitas que para ellas no había en el mundo entretenimiento más agradable que el que habían elegido.—Ya sabía D. Anacleto qué hijas tenía: por eso se marchaba tan confiado al café, con el objeto de averiguar el día fijo de la salida de los actuales ministros y de la entrada de los suyos; es decir, de los hombres que se interesaran por la felicidad del país lo bastante para reponer en su destino á D. Anacleto Quintanilla.

Un poco más allá estaba la mesa de Juanito Figueras y su comparsa. Todos eran solterones de cuarenta para arriba, por lo general bien acomodados. Fumaban excelentes cigarros y tenían al corriente á todo el café de cuantos sucesos dignos de mencion refería la crónica escandalosa. Hablaban á gritos y su lengua de hacha no perdonaba á nadie: ni á ellos mismos,

que tambien salían á relucir las propias hazañas en aquel público confesonario del desórden.

Próxima á ellos se sentaba, con una amiga de la infancia y dos ó tres conocidos de la juventud, la viuda del comandante Marchamalo. La pobre señora, acostumbrada á ir siempre al café con su difunto esposo, que en paz descanse (buena falta le hará), no puede ménos de seguir yendo todas las noches á un sitio donde se distrae un rato de su eterna pesadumbre por la irremplazable, ó, para hablar con más propiedad, irreparable pérdida que ha sufrido. Allí consigue á veces hasta hacerse la ilusion de ver á su Hermenegildo en uno de sus contertulios, que la acompaña hasta su casa para alejar en lo posible de la exaltada fantasía de doña Ramona la idea de la viudez, verdaderamente superior á sus fuerzas. Su hija, criatura de poco más de dos años, se queda en casa; pero no hay cuidado, la criada quiere mucho á la niña (sin que sea exageración, casi tanto como su madre) y se está, hasta que ella vuelve, haciendo calceta al lado de la cuna.

Todas estas circunstancias de los concurrentes al café Universal se agolparon á mi memoria al echar sobre ellos la investigadora mirada de que te hablé ántes; y mi continua manía por filosofar, de que tantas veces os habeis burlado vosotros, me arrastró á prorumpir allá en mis adentros en el discurso moral más furibundo que no han oido los siglos pasados ni esperan oir los venideros.

—Hay que desengañarse (decía yo para mi levita, con una seriedad encantadora); la vida de café sólo puede proporcionar disgustos y peligros á trueque

de una distracción escasa, cuando no de un aburrimiento insufrible... ¡Qué mundo éste, Dios mío de mi alma! Bien se conoce que lo hiciste en seis días, como para salir del paso y no queriendo gastar más tiempo en obra tan indigna de tan sublime autor!...— ¡Vea V.!... Ese hombre querrá á su mujer, y será también querido por ella, y abandona voluntariamente las dulzuras de su casa para venir aquí á fastidiarse... A fastidiarse, sí: más de diez veces ha bostezado ya esta noche y ha repetido que está de un humor endiablado... Vamos á ver, y ¿qué merecía el muy zanguango en castigo de un proceder tan estúpido?

A este punto llegaba yo de mis reflexiones, cuando un movimiento de sorpresa que hizo Pepe Dominguez, el marido en quien yo estaba pensando, vino á sacarme de mi distracción.

Pepe Dominguez miraba con espantados ojos el espejo que tenía delante de sí.

¿Qué verá ese hombre en el espejo?—me dije—y levantándome un poco, miré y ví... Va á parecerle mentira; y, sin embargo, te doy mi palabra de que es cierto. Escucha.—El espejo, en vez de reflejar como siempre la concurrencia del café, las luces, los mozos que pasaban alzando sus bandejas, mostraba en su tersa superficie un gabinetito amueblado, más que con lujo, con gusto, con coquetería, con comodidad indudable. Un quinqué, puesto sobre un velador, esparcía sobre el tapete morisco de vivos y variados colores su brillante luz, templada para el resto de la estancia por una graciosa pantalla chinesca. Si se me hubiese hecho entrar allí y se me hubiese preguntado á qué objeto dedicaría yo aquella habitación, en el caso de

ser mía, hubiera respondido sin titubear: —«A quedarme en casa.»

Pero no divaguemos. El reloj que había sobre la chimenea, donde crugían dos enormes leños lanzando una reluciente y bramadora llama, señalaba las ocho y la campana obedecía puntualmente á la indicacion del minuterero. Una mujer de agradable figura, peinada sin afectacion ni descuido, vestida con una bata sencilla y elegante, se sentó en un divan, acercó á sus labios una taza de té, cuya china no era más blanca que la linda mano que la asía blandamente para afrentarla... De improviso, se alteró su rostro al ver junto á ella un hombre con gaban, bufanda y sombrero de copa, que se calzaba los guantes al mismo tiempo que tarareaba un aire de zarzuela. Aquel hombre parecía no tener ojos sino para mirar la puerta de salida del diminuto gabinete, al que yo llamaría, si el nombre de escondite de la felicidad se te antojase prosáico y de mal tono, santuario del amor conyugal, digno de ser por siempre honrado y apetecido, no de corresponder á sus delicias con la profanacion ó el abandono.

—¿Te vas ya? preguntaba ella más triste que quejosa.

—Sí, querida, replicaba él encendiendo un cigarro.

—Pero... ¿dónde vas?

—Al café... Allí me esperan mis amigos...

—¿Por qué no te quedas conmigo esta noche? Va á llover de seguro. Mira qué nublado está...

—No... hoy no puedo... Tengo precisamente que tratar de un negocio importante y...

—¿Volverás pronto, al ménos?

—Sí, tonta, ántes de las doce... Vaya, abur.

Y el hombre se marchaba, y Pepe y yo (los únicos que, por lo visto, nos dábamos cuenta de semejante prodigio entre todos los presentes), reconocimos en la mujer de la bata á su propia mujer y á él mismo en el engabanado y embufandado caballero.

Quedaba sola la mujer, y decía, ahogada la voz por los sollozos, y llorando á lágrima viva :

—¡Siempre igual!... Un año hace que nos casamos, y Pepe se ha cansado ya de mí. Ya no le satisface mi compañía ni le atrae mi conversacion; ya no tiene gusto en presentarse conmigo en los teatros y en las sociedades; ya no me dedica una sola noche de la semana; ya hasta le incomoda que procure robar unos cuantos minutos á sus ausencias haciéndole oír las piezas de música que le embelesaban en los días que siguieron á nuestra boda, tan felices... y tan pocos. ¿Qué encontrará Pepe fuera de su casa que le obligue á martirizarme así, á mí que le quiero más que á mi vida? ¿Serán negocios, como él dice? Pero ¡si él nunca se ocupa en nada! ¿Me engañará? ¿Serán otras diversiones mayores que las que puede encontrar á mi lado?... No: no pensemos en eso... Eso no puede ser... Y si fuera... ¡pobre de mí! No, no puede ser.

Y la infeliz esposa abandonada, lloraba y lloraba mucho, muchísimo tiempo... Y nadie venía á acompañarla al retiro de aquel gabinete, cuyos ecos sin duda repetirían de mala gana el rumor de los sollozos, preparados á dilatar otros más agradables.

Arrancadas, probablemente por alguna ráfaga de aire que se coló Dios sabe por dónde, volaron una porción de hojas del calendario americano clavado en

la pared. Yo tuve acierto para contarlas en su rápida carrera. Eran sesenta: habían volado dos meses.

Reparé en la mujer de Dominguez: todavía lloraba, pero ya su rostro expresaba, más que la resignacion, la ira.

Dos golpes resonaron en la puerta del gabinete.

—¡Adelante! dijo la solitaria, enjugándose precipitadamente los ojos con el pañuelo.

Un capitán de... (no pude distinguir bien el uniforme), de gallarda figura y marcial aspecto, entró en la habitacion alargando afectuosamente la mano á la esposa viuda.

—Adios, primo, dijo ésta. Siéntate... Donde quieras.

Y despues de algunas palabras, que no logré oír por más atencion que puse, continuó:

—¿Has cumplido tu promesa de ayer?

—Sí, replicó el militar.

—Y ¿qué has averiguado?

—Permíteme que lo calle, Elisa.

—Eso quiere decir que lo que has descubierto no hace favor á Pepe... ¡Oh! Dímelo, dímelo; quiero saberlo todo... No creas que me faltará valor... Estoy temblando y llorando... pero no es de miedo, ni de tristeza... ¡No! Te aseguro que no... Esto es nervioso... Sí... ¡Habla!... Pepe me engaña... No va al café... Tiene una querida, ¿verdad?... ¡Dímelo todo!... Pero... mira... no, no me digas nada.

—¿Para qué, hija mia, si lo sabes tan bien como yo?

—¡Oh!... ¿luego es cierto?... exclamó Elisa levantándose y volviendo á caer en el diván hecha un mar de lágrimas... ¿Es cierto que mi marido me engaña?

—Sí, Elisa.

Y Pepe, al ver y al oír lo que estaba pasando en su casa, intentó protestar contra la calumnia de que era víctima; confesar á voz en grito que su única falta era aburrirse en el café... pero por más esfuerzos que hizo, ni pudo alzarse de la banquetta, ni la voz salió de su garganta.

Otra porción de hojas del calendario americano voló como las anteriores, y Pepe y yo notamos que las visitas del primo iban haciéndose cada vez más frecuentes; notamos que Elisa experimentaba un dulce consuelo al desahogar su corazón en aquel que parecía serle tan leal... Y Elisa prometía al primo seguir sus consejos y no darse por entendida para con su marido de lo que había descubierto... Y volaban más hojas, y ya Elisa convenía con su primo en que Pepe era un hombre despreciable... Y volaron más... y el primo apoyaba la idea de que en ciertos casos la venganza es hasta legítima... Y volaron más aún... y la luna del espejo fué perdiendo su claridad para mis ojos... y únicamente pude distinguir á Pepe, el cual no apartaba de ella los suyos, que amenazaban ir á saltársele de las órbitas y que, tembloroso, convulso, pálido como un cadáver, hacía desesperados esfuerzos por moverse y gritar: esfuerzos tan inútiles como desesperados.

De pronto, y cual si una palmada que dió D. Anacleto Quintanilla para llamar al mozo hubiese desvanecido el encanto, el espejo recobró su primitiva condición de reflejar los objetos que le rodeaban y el semblante de Pepe Dominguez recobró también su aspecto habitual.

—Pero ¿en qué estabas pensando?... le preguntó uno de sus amigos.

—¿Yo?... repuso él con extrañeza.

—Te estamos hablando hace un rato y no nos contestas.

—¿Sí?... Pues perdonadme... Es que estaba distraído... ¡Ah! sí: me acordaba de que tengo una cita en Fornos y ya es hora de ir por allá. Adios, chicos; hasta mañana.

Y se fué tan alegre y tan tranquilo, sin recordar una palabra de lo que había visto con tanta sorpresa, ignorante otra vez de todo lo que podía ser que estuviera pasando en su casa.

Pensé ir tras él, alcanzarle, avisarle del riesgo que corría su honor, y abandoné inmediatamente la idea, comprendiendo que ó no me hubiera escuchado ó no me hubiera creído.

Al salir Dominguez, D. Anacleto Quintanilla pagaba su café y se disponía á hacer lo propio; pero, cuando dió el primer paso hácia la puerta, quiso la casualidad que dirigiese la mirada al espejo que tenía frontero, y el asombro se pintó en su rostro, y sus piés se negaron á andar, y sólo á duras penas se avinieron á sostenerle.

—¿Qué verá en el espejo el pobre anciano?—me dije yo y miré á mi vez.

Las dos hijas de D. Anacleto recibían la bendición de su padre, que se despedía de ellas besándolas en la frente, y se quedaban en casa con la criada, una morena regordeta con la cara más taimada y los ojos más alegres que recuerdo haber visto en mi vida... A los cinco minutos de marcharse el padre (hom-

bre que, acostumbrado al antiguo régimen oficinesco, sujetaba todos los actos de su vida á una escrupulosa exactitud), entraban en la sala dos estudiantes de medicina y un cabo de gastadores; y, cada oveja con su pareja, estaban los unos y las otras entretenidos en animada plática hasta que, al dar las diez ménos cuarto en un reloj que se oía cercano, la criada decía: —«Vaya, vaya, ya es hora de retirarse, que ya habrá salido el señor del café.» Y los dos alumnos de Esculapio se iban con el de Marte despues de despedirse tiernamente de sus amadas; y al cabo de un rato aparecía en la sala el buen D. Anacleto que, sonriéndose bondadosamente y dándoles sendas palmaditas en los carrillos, decía á sus hijas :

—Hola, niñas... ¿Habeis cumplido ya con vuestras devociones ordinarias?

—Sí, papá—respondían ellas á duo.

Y al ver esto, el verdadero D. Anacleto se puso furioso y se arrojó con el baston enarbolado á castigar tanta hipocresía... pero sus narices tropezaron con el espejo y, como si el dolor que el choque le produjo hubiera vuelto las cosas al orden natural, el pobre señor se apartó de allí llevándose la mano á la parte dolorida y diciendo :

—«¡Bruto de mí!... ¿Pues no he tomado el espejo por la puerta?...»

Y se marchó, no ménos tranquilo y satisfecho que el parroquiano que había salido poco ántes.

Con la esperanza, no defraudada, de que el milagro fuese para todos, púseme á mirar el espejo que correspondía á la mesa del solteron Juanito Figueras; quien, disponiéndose á abandonar su tertulia, se es-

taba arreglando el lazo de la corbata delante de él y dió de pronto un brinco y lanzó una exclamacion de sorpresa.

Vió al fino y guapeton criado que le servía, sacar del armario la mejor ropa de su amo, ponérsela y acto continuo irse á la calle, dejando entornada la puerta, con la confianza y el descoco de quien sabe que durante unas cuantas horas nadie ha de fiscalizar su conducta. Y despues vió entrar á tres ó cuatro individuos que, sin aguardar á verlo en los espejos del café Universal, eran sabedores de las mañas del doméstico y en un santiamén arramblaron con cuantos objetos de valor había en la casa.

—«¡Ladrones!...»—fué á gritar Juanito Figueras; pero repentinamente sus ideas se disiparon sin duda, y se marchó diciendo á sus camaradas: «Adios, chicos, que me voy al Suizo.»

La viuda de Marchamalo se volvió tambien hácia el espejo que tenía detras de ella, para prenderse una flor que acababan de regalarle, y vió reflejada en él la alcoba donde dormía su hija.

En una silla, junto á la cuna, había una candileja, y el aire que entraba por la reja del gabinete, donde estaba la criada hablando con su novio, agitaba violentamente la colgadura. De pronto, la llama prendió en la tela, que comenzó á arder... La viuda del comandante quiso pedir auxilio para su hija, que se abrasaba sin remedio... pero, al volverse, se encontró con uno de sus amigos que la echaba un piropo, y el temor de los mil peligros que su hija podría correr entregada al descuido de gente mercenaria, egoista y torpe, se borró en seguida de su imaginacion.

En esto entraron mis amigos, y con la descripción de la nueva zarzuela, que *de motu proprio* me hicieron, me evitaron la molestia de hablarles; cosa que, en el estado de sobreexcitación en que se hallaba todo mi sistema nervioso, no sé si hubiera podido conseguir.

Pidieron chocolate, y al poco rato, con motivo de las magníficas decoraciones estrenadas, de las condiciones del libro y música de la obra, del lujo de los asistentes al espectáculo, la conversación fué poco á poco convirtiéndose á su cauce natural: el bello ideal de cada uno de nosotros.

Alfredo decía que su bello ideal era un primer premio en la próxima exposición de pinturas; Juan una contrata de primer actor en el teatro del Príncipe; Enrique la representación y el éxito de la ópera que está escribiendo; Luis verse hecho general; Antonio descubrir un tesoro como el de Monte-Cristo, ser millonario...

Y conforme iban hablando, yo tenía mis miradas fijas en el espejo que retrataba á cada cual.

La mano torpe, inexperta, de Alfredo, pintaba un cuadro enorme tan pretencioso como malo. Allí se echaba de ménos tino para elegir asunto; habilidad para distribuir, agrupar y mover las figuras; conciencia para dar al conjunto sabor y carácter; corrección en el dibujo; calor, gusto y verdad en el colorido... arte, en una palabra. En vano las buenas disposiciones luchaban por abrirse paso á través de la ignorancia: una nube de humo, que olía fuertemente á café, las oscurecía y las ocultaba.

Juan, ante un público ilustrado y severo, recibía en carcajadas y silbidos la pena del abandono de sus

disposiciones para la carrera dramática. Su voz, mal emitida, empleada sin ton ni son, subía y bajaba, siempre inoportunamente, buscando el efecto á costa del sentido comun y vengando en la garganta del actor las ofensas hechas al oído de los espectadores. Sus ademanes y gestos eran propios de un endemoniado, y en ellos y en su modo de vestir se notaba que no había sabido comprender el carácter del personaje que representaba tan mal; sin duda porque no se trataba de simbolizar en las tablas á un mozuelo atrevido que aspira á la gloria de Maiquez y de Romea, teniendo por estudio la mesa de un café.

Enrique veía escuchar con indiferencia sus bellas ideas musicales, mal expresadas por su falta de conocimientos en armonía, contrapunto y orquestacion; por su falta de estudio de los buenos modelos, de ese trabajo constante que nos enseña hasta cuando más de medio á medio nos equivocamos.

Luis tendía ambas manos indecisas sobre dos entorchados: el uno, que deslumbraba con su brillo y debía ser alcanzado con ciencia y con mérito, se le escapaba de ellas; el otro, manchado al parecer, destinado á galardonar bajezas y traiciones, era el que quedaba al alcance de las manos de Luis.

Antonio, sin asiduidad ni energía para hacer fortuna por medio del trabajo y la honradez, buscaba su soñada isla de Monte-Cristo en el mar proceloso de un tapete verde; y en sus manos crispadas y sudorosas, que acariciaban de continuo las monedas, se dibujaba vagamente un objeto que cualquiera hubiese tomado por un revólver...

Se fueron mis amigos, y yo, que no quise confe-

sarles mi bello ideal, me dije para mis adentros apenas me quedé solo:

—«¿Cuál es tu bello ideal, Gabriel?»

Y me respondí con entusiasmo:

—«Ser un escritor reputado, aplaudido por sus contemporáneos, y de quien quede un honroso recuerdo en la literatura patria...»

Oí un rumor cerca de mí... un crugido... Era el espejo que tenía enfrente... Sin duda el calor del mechero próximo... un golpe... No... ¡Ah!... El espejo reflejó mi librería abandonada, y sobre mi escritorio mi pluma ociosa y mi tintero enjuto... Ví esto por un rato muy largo; tan largo, que yo hubiera jurado que equivalía á veinte años de mi vida.

Un hombre de unos 40, muy parecido á mí, aunque con la variación consiguiente al aumento de edad, vino á sentarse en mi escritorio, y cogiendo la pluma y aparejando el tintero, se dispuso á escribir.

Permaneció silencioso por espacio de algun tiempo; y despues, haciendo un gesto de ira impotente y desesperada, exclamó con mi propia voz:

—«¡Miserable de mí!... ¿Qué es lo que pretendo? He pasado la época de la juventud en fútiles tareas; he derrochado, he arrojado, cual si me fuesen inútiles y molestos, mis días más hermosos...; y hoy, cuando conozco el alcance de mi engaño, me avergüenzo de mi ignorancia y no tengo siquiera, para hacérmela perdonar, aquella fuerza de imaginación, aquella exorbitancia de sensibilidad y de fuego que, ayudadas por la instrucción y el trabajo, me habrían hecho dueño de todas mis aspiraciones, con ser tantas

y tan grandes! ¡Ya es tarde! Mi juventud se ha marchado para no volver.»

Pintarte, amigo mio, el efecto que produjo en mi ánimo semejante vision, sería empresa imposible, y ociosa por otra parte; tú que me escuchas con emocion creciente que leo en tu rostro, te bastas y te sobras para explicártelo por tí mismo.

Noté que el espejo comenzaba á perder su transparencia... La imágen iba á borrarse, y quizás iba á borrarse con ella su recuerdo de mi imaginacion...

Y rápido como el pensamiento escribí en mi libro de memorias estas palabras: «Tengo veinte años; tendré cuarenta.»—¡Míralas!...—Y salí del café, y desde aquel dia he cambiado de vida por completo. Estudio, trabajo, y soy, no sólo un hombre que puede fundar en algo sus aspiraciones y que tiene motivo para estar satisfecho de sí mismo, sino un hombre feliz. Mi talento estaba oxidado, había criado moho como las espadas ociosas, y el trabajo lo ha limpiado y templado de nuevo. El estudio, dando alimentos sanos á mi imaginacion, la proporciona un vigor, una lozanía, una serenidad que ni ella misma soñaba. La filosofía me enseña á pensar y la historia á deducir. La lectura de las obras maestras reforma y depura mi gusto; y no satisfecho con conocer las extranjeras por las traducciones que de ellas poseemos, vuelvo sobre mi olvidado frances y leo á Molière y á Racine en su propio idioma; y el conde Ugolino aparece ante mis ojos con los propios colores que empleó Dante para pintarle en su *Divina Comedia*, y dentro de poco, la Margarita de Gœthe, el Wallenstein de Schiller, y los mil hijos del entendimiento de

Shakespeare me contarán sus amores y sus penas, sus dudas y sus celos, sus flaquezas y sus ambiciones, y yo entenderé sus sublimes frases con la misma facilidad que ántes entendía la insulsa charla de mis ignoran-tuelos y presuntuosos camaradas del café. Todo esto me cuesta un trabajo ímprobo, á veces superior á mis fuerzas; pero cuando mi cuerpo está más rendido, mi ojos más irritados de leer, mi pecho más dolorido de apoyarse contra el canto de la mesa... ¡entónces es cuando mi alma descansa: mi alma, que en aquella larga época de ociosidad no tuvo nunca un momento de reposo! ¡Es tan sincero mi arrepentimiento, tan sincero y tan firme, que yo mismo me he perdonado! Y hoy, al concluir mis tareas, al cerrar los ojos buscando en el lecho reposo tranquilo para la honrada fatiga, recuerdo involuntariamente los miles y miles de horas que el café me ha robado, y exclamo con una indignacion que á todo el mundo, excepto á mí, podrá parecer ridícula:

—«¡Café, infame café, enemigo del hogar doméstico, escuela del escándalo, templo del ocio, bajío de la virtud, sepulcro de la actividad, asilo de la holganza... maldito seas!»

## VI.

La criada vino á avisarnos para comer , y ¿querrás creerlo, amigo lector? hablando de unas cosas y de otras, me olvidé de preguntar á Gabriel Aranda si realmente había visto lo que contaba en los espejos del café Universal, ó si todo ello no era más que una ilusion provechosa que su imaginacion había padecido.





## EL PADRE DANIEL.

A D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

### I.

**S**ON tan agradables en Madrid las tardes de primavera, es tan delicioso un paseo por el Jardín Botánico cuando Abril viste á la naturaleza del risueño color de la esperanza, que ¿quién tiene la crueldad de negarse un placer tan inocente y tan barato? Yo no la tengo, y consentido el juéves último por la claridad que durante todo el dia inundó mi despacho, al dar la media para las cinco en el reloj de la iglesia vecina, bajaba ya la escalera de mi casa (y de V., lector amabilísimo), haciendo molinetes con el baston y tarareando alegremente.

Al llegar á la puerta de la calle, el portero, que estaba perezosamente recostado en el quicio, me preguntó:

—Señorito, ¿no lleva V. paraguas?

Hice un violento esfuerzo de imaginacion para com-

prender aquella inesperada pregunta; eché una ojeada al cielo, otra acto continuo á la ropa que llevaba puesta—la mejor que tenía,—dirigí un recuerdo á mi sombrero, nacido el juéves á la vida pública, y repliqué con voz reposada y serena al inhumano vaticinador de desastres:

—No, no llueve.

Y por si se determinaba á apoyar su opinion, contraria á la mia, en razones capaces de convencerme, apreté el paso y en media docena de zancadas me planté en la calle de Alcalá. (Abandono á un amante de la filosofía la explicacion de este rasgo de carácter: mis lectores se pasarán perfectamente sin que yo la haga.)

Pero ¡qué bárbaro es mi portero!... Lo consigno en letras de molde, en primer lugar, porque es justo, y despues porque tengo la seguridad de que no lee mis cuentos.—¡Qué bárbaro es mi portero! vuelvo á repetir. Segun iba yo acercándome á la fuente de Cibéles, el cielo se iba poniendo cada vez más lóbrego; y no había pasado aún de la boca-calle del Barquillo, cuando un espantoso chubasco, improvisacion terrible de Neptuno, descargó implacable sobre la inerme multitud. Los que saben leer el almanaque del Zaragozaño, los que comprenden que allí *lluvia* y *buen tiempo* se dice siempre en sentido irónico y debe interpretarse al revés, abrieron sus paraguas y dieron la vuelta con tranquila dignidad; de los restantes, unos tomaron al abordaje los alquilones desalquilados, y otros se refugiaron en los portales contiguos.

Yo fuí de estos últimos.

Ya en salvo, dirigí á mi traje una mirada investiga-

dora: el daño por esa parte no había sido mucho ciertamente; pero cuando me quité el sombrero y, convertido el pañuelo en almohadilla, comencé á enjugar gotas de agua de su recién planchada copa, no me atrevería á decidir qué sequé más en ella, si gotas de agua ó lágrimas de mis ojos.

Seguía lloviendo y no llevaba trazas de dejarlo... ¿Qué hacer?—Ustedes no querrán creerme; pero hasta que hubo transcurrido media hora larga, no caí en la cuenta de que el portal, puerto salvador de mi naufragio, era el de la casa de unos buenos amigos á quienes debía yo visita hacía una porcion de tiempo.

La ocasion la pintan calva: me así fuertemente al único cabello de la diosa pelona, y despues de pegar un tiron á la campanilla del piso principal, busqué instintivamente una tarjeta en el bolsillo de mi levita. ¡Fuerza de la costumbre!... ¡Iba allí con la esperanza de encontrarlos en casa y pasar un rato entretenido con ellos, y ya se despertaba en mí el ingé-nito impulso del tarjetazo!

Se abrió el ventanillo y divisé dos ó tres cabecitas á traves de la rejilla.

—¡Es Carlos! ¡Es Carlos! gritaron alegremente unas voces infantiles, y la puerta se abrió.

Me encontraba en presencia de los dos vástagos de los señores de X., y de otros dos individuos, sobre poco más ó ménos, de su misma edad y condiciones; hijos probablemente, y aún con seguridad, de su padre y de su madre...—Pero no adelantemos los sucesos, como dicen los novelistas.

La puerta se cerró tras de mí, y me encontré en la antesala, rodeado por aquella juvenil asamblea que

me contemplaba con cierta respetuosa curiosidad.

—¿Están tus papás en casa? pregunté á Antoñito (mozo de la edad en que ya tienta á los chicos el diablo), apretando entre mis dedos sus colorados moñetes.

—Papa *eztá* en una junta (me contestó con su habitual y gracioso ceceo): mamá *eztá acoztada*.

—Pues ¿qué tiene?

—*Eztá* muy *coztipada*, y dice que le duele mucho la cabeza... y *Azuero* ha dicho que no *ze* levante hoy para que *zude*.

—Bueno; pues hazme el favor de decirles que he estado aquí... Y dales muchas memorias de mi parte... Que celebraré que se alivie tu mamá, y que ya volveré otro día...

Y repartidos los besos de ordenanza alcé el pica-  
porte y me dispuse á salir.

—¡Qué! ¿Te *vaz*?... exclamó Antoñito con cierto desconsuelo. ¿Por qué no te *quedaz* con *nozotroz*?... Mira, ahora llueve mucho y te *vaz* á poner hecho una *zopa*... Anda, quédate con *nozotroz*...

Me hizo gracia la proposicion, y le pregunté:

—¿Y qué ventajas va á proporcionarme la compañía de Vds.? Vamos á ver.

El muchacho bajó los ojos y respondió algo confuso:

—Hombre... *Zi* á tí te *guzta* jugar al toro, *jugaremos* al toro; y *zi no*, al *ezcondite*.

—No, Antoñito (dijo á este punto su hermana Cármen, preciosa morenita de ocho años, con cierta gravedad diplomática que me hizo sonreír); ya sabes que mamá nos ha prohibido que demos gritos y carreras.

—*Ez verdaç... Ya no me acordaba... Pueç entonceç... Otra coça... Jugaremoç á la lotería... Y çì no... Oye tú, çte guçtan á tí loç cuentoç?*

—Cuando son bonitos, sí.

—La *Doloreç loç çabe muy bonitoç... Y noç ha prometido, çì çomoç buenoç haçta la hora de merendar, contarnoç uno muy largo... muy largo... ¡Anda! te quedaç aquí, meriendaç con noçotroç y oyeç el cuento... ¿Qué máç quiereç?*

Francamente, aquella proposicion me sedujo. Contemplé aquellos tiernos corazones que rebosaban de alegría con la esperanza de los sencillos goces que iban á disfrutar; recordé que cuando yo tenía sus años tambien llenaron el mio mejor que casi todos los que he sentido despues, y dije para mi capote, miéntras me le quitaba y lo colgaba en la percha del recibimiento:

—Ya que hace tantos, tantos dias que nos vemos obligados á ser hombres constantemente, seamos hoy niños por un rato.

Y añadí en voz alta:

—Me quedo con vosotros,—firmemente decidido á rebajar mi pensamiento (ya que mi edad era *último precio*, segun la frase comercial) hasta igualarlo con el de mis camaradas, á merendar con el mismo apetito que ellos, y á escuchar el cuento de la Dolores con el mismo interes y con la misma satisfaccion.

¿Te parece rara la idea, lector de mi alma? Pues más raro es todavía que llegase á realizarla por completo, gracias á mi fuerza de voluntad; y (te lo aseguro formalmente) cuando cuento y merienda se acabaron, cuando salí de aquella casa y volví á darme

cuenta de que era hombre y á meditar un poco en ello, experimenté una profunda, inexplicable melancolía... Me pareció que había perdido mi infancia por segunda vez.

## II.

Lector, ¿quieres ser de la partida, quieres merendar con nosotros y escuchar el cuento de la Dolores? Para ello es preciso, absolutamente preciso, eso sí, que hagas lo que yo, que te transformes en muchacho, ni más ni menos que el doctor Fausto en gallardo mancebo.—¿Te intimida la tristeza que ha de costarte el salir de tu error? Yo te aseguro que el engaño vale el desengaño. ¡No seas tonto: vénte, vénte al comedor con nosotros!

## III.

La vieja costurera de la casa, la que guarda en calidad de depósito las llaves del armario donde están los dulces, la elocuente narradora de maravillosas historias de damas encantadas y gigantes de treinta brazos, permanece sentada y cosiendo al lado del balcon, con la cabeza muy baja y sin despegar la boca. Aposaría cualquier cosa á que no le ha hecho maldita la gracia el nuevo oyente que se le ha metido por las puertas, y á que está buscando en su memoria un buen cuento para salir airosamente del trance ó poniendo en prensa su magin para hallar modo de excu-

sar el compromiso. Pero esto último es más difícil de lo que ella supone.

Dolores es una mujer de cincuenta años cumplidos, que ha pasado su vida dando puntadas, por lo cual sus espaldas se han encorvado un poco, sus dedos están llenos de picaduras de la aguja, y sus cansados ojos necesitan de la ayuda de los lentes; á pesar de todo, esa *infeliz* es más feliz sin sospecharlo (y hé aquí su única desgracia), que la mayoría de las que ostentan en paseos y reuniones el fruto de su trabajo continuo.

Casi siempre está cantando ó charlando, y su conversacion, teniendo en cuenta la escasa educacion que ha recibido, sorprende por la viveza de sus observaciones, su gracejo y su exactitud.

Dicen que como hay que oirla es contando cuentos.

Veremos y juzgaremos. Por mi parte, sé decirte, lector amigo, que ya comienzo á desconfiar de tantos y tan exagerados elogios.

#### IV.

Cuando no estoy de un humor rematadamente malo, en una de esas ocasiones en que el ánimo se rebela contra la necesidad de ser indulgente, ¡cómo me agrada, cómo me embelesa, cómo me arrastra á meditaciones más ó ménos graves, más ó ménos tristes, la compañía de los niños!

Uno de esos bocetos de hombre, es motivo para mí, muchas veces, de más atencion, de más enseñanza, de más sorpresa que una obra filosófica de grandes pretensiones.

El hombre es un libro que vive; y si cuando tiene muchas páginas dice mucho, cuando todavía tiene muy pocas deja adivinar tanto!...

Yo arrojo lejos de mí los libros de papel cuando la torpeza del autor no alcanza á ocultarme cuáles van á ser los sucesos siguientes á los que describe; pero en el libro humano gusto siempre de adivinar el desenlace.

¡Y esto es tan fácil la generalidad de las veces! El alma, como el cuerpo, crece ensanchándose por el desarrollo de los elementos que posee: y si bien es cierto que hay lindos rostros de cuatro años que al llegar á los quince se hacen deformes, y almas con las que sucede otro tanto, no es menester ser muy lince para comprender la mayor ó menor consistencia y resistencia de las hermosuras,—en igualdad de condiciones y circunstancias, se entiende.

Observad con atención á nuestros jóvenes compañeros, que están en el período de la niñez más agradable para mi gusto... Miradlos: son graciosos sin malicia, inocentes sin estupidez.

El pequeñuelo y regordete Antoñito, el del pelo rizado, chato, mellado, con todos los signos que distinguen al muchacho travieso, se sube sobre mis rodillas, da martirio á los pelos de mi cara, y con sus sencillas preguntas me pone á menudo en compromisos de que sólo consigo salir acordándome de Alejandro Magno y del nudo gordiano. La graciosa Cármen juzga necesario revestirse de una seriedad digna en vista de la conducta de su hermano; le reprende las libertades que se toma conmigo, advirtiéndole que me molesta, suplicándome que dispense, y asegurando for-

malmente que *con aquel chiquillo no se puede vivir.*

Tan recomendables y precoces prendas de carácter no dejan de ser notadas por Emilio, hijo de la señora del piso segundo, quien por ser juéves y no tener colegio, ha bajado hoy con su hermanita, la rubia y pálida Esperanza, á pasar la tarde en compañía de sus amigos. ¡Qué amable está con Cármen! ¡Cómo cuida de que su asiento sea el más cómodo; cómo corre al aparador para llevarla un vaso de agua apenas manifiesta aquélla deseos de beberla!

Todo lo mira y lo repara Esperanza, que de cuando en cuando dirige una mirada al desdeñoso Antonio; el cual máldito si se acuerda una vez sola de que su interesante vecinita existe en el mundo.

De pronto se escucha un ligero ruido procedente del péndulo que hay en un rincón del comedor. Son las cinco menos siete minutos: esos son los que faltan para la suspirada hora del cuento y de la merienda... Pocos son... Pero ¿cómo tardan tanto en pasar?... Ese reloj no anda...

Se ha parado indudablemente... Las cinco menos cinco... Pues qué, ¿no ha andado ese reloj más que dos minutos en una hora?

—¡Tin! ¡Tin! ¡Tin! ¡Tin! ¡Tin!...

¿Las cinco ya?... ¿Cómo han pasado tan pronto los últimos minutos? Antoñito se ha subido sobre un sillón, ha abierto bonitamente la tapa de la esfera y ha empujado el minuterero, bajándose despues al suelo de un brinco... Yo he advertido esa ingeniosa superchería, y me he hecho cómplice suyo con el silencio. Sin embargo, no siento remordimientos; siento apetito.

## V.

—«¡La merienda! ¡La merienda!» esta es la voz general, incesante, atronadora.

—¡Callad, enemigos, callad, que ya voy! dice la pobre Dolores apartando de sí la sábana que estaba dobladillando, y sacando del aparador una compotera, pan, platos y cucharillas.

Así que cada cual despachó su ración, no escasa por cierto, la gritería volvió á repetirse.

—¡Ahora el cuento! ¡Ahora el cuento!...

—¡Qué cuento ni qué ocho cuartos!... dijo la buena mujer poniéndose colorada hasta las orejas y cogiendo de nuevo su costura, que Antoñito le quitó de las manos de un solo tiron.

—¡Sí señora! dije yo tomando la palabra en apoyo de mis colegas. Ahora el cuento: lo prometido es deuda. Hasta que usted comience á hablar, no callamos nosotros.

—Pero... señorito... si yo no sé...

—¡Dí que *zí*, dí que *zí zabe*! exclamó Antoñito dirigiéndose á mí. Dile que cuente el de *La jaquita de los siete colores*... ó el de *La lámpara maravillosa*, ó el de *La beya de loz cabeyoz de oro*... ¡Anda! ¡Anda!

Y arrojándose sobre la pobre vieja, la besaba y la abrazaba y le hacía mil carantoñas.

—¡Quita, tonto! ¿No ves que esas son tonterías, que no le pueden divertir al señorito?

—El señorito es hoy un niño como los demas, ni

más ni ménos, repuse yo ; y espera que usted no le desaire la primera vez que la pide un favor.

Dolores calló un momento, y luégo dijo:

—Si es deseo de usted, no habrá más remedio que hacerlo por servirle... Bastante castigado saldrá usted con oirme á mí, que soy una pobre mujer que no sabe producirse, ni...

—¡El cuento! ¡El cuento! bramó irritada la mayoría de la cámara.

La condescendiente Dolores apartó la labor, se quitó los espejuelos, los guardó en el estuche, y rodeada de todos nosotros, dió principio á su relacion en estos ó parecidos términos.

## VI.

—Lo que voy á referir á ustedes no es cuento, sino sucedido. Mi pobre abuela (que esté en gloria) era del mismo pueblo en que tuvo lugar, y conoció más de una persona que todo lo había visto por sus propios ojos. Allí nació, hace una porcion de años, un muchacho muy travieso y muy listo que, apénas cumplió los veinte, no pudo resistir al deseo de ver mundo y correr aventuras. Obligó á su madre, que adoraba en él, á vender los cuatro terrones y la casa que formaban toda su hacienda y ambos se encaminaron á la corte, donde Daniel (así se llamaba el muchacho) pensaba hacerse poderoso en un santiamén. Yo no sé de qué medios se valdría para conseguirlo; pero ello es que al cabo de poquísimo tiempo, Daniel se llamaba el marqués de las Ocho Torres, vivía en un

palacio magnífico y no había en Madrid quien tuviese tantos criados como él, ni trajes tan ricos, ni coches tan lujosos. Eso sí, á mala reputacion entre las personas honradas tampoco le ganaba nadie: su vida era escandalosísima y se contaban horrores sobre su manera de hacer fortuna. La verdad es que Daniel se vió muy mimado por la suerte al llegar á Madrid. Jóven, aturdido, rodeado tambien de malas compañías, sólo pensó en realizar los sueños que le sacaron de su pueblo; y al encontrarse en disposicion de satisfacer todos sus antojos, no supo contenerse y se entregó por completo á los vicios. Su pobre madre sufría lo que no es decible al verle por aquel camino de perdicion; y, no pudiendo apartarle de él ni con convenciones ni con ruegos, dió en pensar que cuanto estaba pasando era un castigo que el cielo imponía á su exagerada condescendencia, y hasta en creerse responsable de las faltas de Daniel. Tales aprensiones, unidas á su edad y á sus achaques, iban acortándole la vida sin que el hijo culpable lo echase de ver, entretenido con sus locuras. Una mañana, al retirarse éste á su casa, la encontró toda alborotada, y un criado le dijo que su madre estaba espirando. Dió un vuelco el corazon á Daniel y corrió á la habitacion de la anciana, que iba entonces á recibir los Santos Sacramentos. Daniel no pudo pasar de la puerta, y apoyado contra su quicio lo presencié todo, temblando como la hoja en el árbol, llorando como un niño, hecho pedazos el corazon por los remordimientos, tardíos en verdad, pero muy grandes.

La servidumbre alumbraba con hachas de cera aquella imponente ceremonia, arrodillada alrededor de la

cama de la enferma, que con el semblante lleno de dulce tranquilidad, repetía con reposo y firmeza las palabras del sacerdote... De pronto, un vértigo se apoderó de Daniel, y más pálido que la misma moribunda, con los ojos desencajados y la frente cubierta de sudor, rompió por medio de los que tenía delante y se echó á los piés de su madre gritando: «¡Perdon, madre mia, perdon!» Escuchar la voz de su hijo y perder la infeliz anciana su serenidad, todo fué una misma cosa. Se incorporó en la cama, haciendo un esfuerzo de que nadie la hubiera creído capaz en su estado, y dijo con la voz temblona por la ira, echando fuego por los ojos, clavando en su hijo una mirada de loca propiamente:—«¡Daniel... véte... véte de aquí! Yo te he dado el sér, y tú me matas y pierdes mi alma para siempre... Yo había llegado á esperarle; pero, no, Dios no me perdona: Dios no me puede perdonar.»—Y cayó sobre la almohada sin aliento y sin vida, al mismo tiempo que su hijo, dando un grito espantoso y extendiendo hácia ella los brazos, caía rodando por el suelo.

## VII.

—¿Muerto? ¿Muerto? preguntaron casi á la vez todos los oyentes de la vieja Dolores, los cuales, sin respirar apénas, con febril curiosidad primero, con emocion extraordinaria despues, habían seguido el hilo de su historia.

—No, sólo accidentado, contestó sonriendo la costurera.

Los oprimidos corazones se ensancharon y respiraron libremente.

—Diga V., señora Dolores (balbuceó la melancólica Esperanza, con los ojos henchidos de lágrimas y las mejillas, ántes pálidas, encendidas ahora como amapolas), ¿va á ser lo que queda del cuento tan triste como el principio? Porque, si va á ser todo así, yo me subo á mi casa.

—¿No te gusta? le preguntó con extrañeza la vivaracha Cármen.

—No. No me gusta sufrir, replicó la interpelada.

—¡Ay, hija! Pues yo me muero por estas cosas, añadió la morenita.

—¡Y yo! dijo Antoñito.

—¡Sí!... exclamó Cármen lanzando á su hermano una mirada despreciativa. A la noche lo veremos. ¿A que tiene que quedarse la Plácida contigo hasta que te duermas, porque tienes miedo de estar solo en tu cuarto?

Antoñito apretó los dientes, cerró el puño... y sabe Dios de qué escena habría sido el comedor teatro, á no haber yo puesto paz entre dos ruines, y á no seguir contando Dolores su interrumpido cuento.

### VIII.

—La muerte de su madre hizo en Daniel una impresion enorme: se arrepintió sinceramente de sus culpas y se propuso alcanzar su salvacion eterna, tan descuidada hasta entónces, mudando de vida y costumbres y abrazando el estado religioso. Pero esto

presentó desde luego una dificultad con que Daniel no contaba. Todos los confesores á quienes pedía el perdón de sus pecados, se asustaban de su condicion y de su número, y ninguno se decidía á absolverle de ellos, en la persuasion de que únicamente el Santo Padre tendría la sabiduría y la autoridad necesarias para examinarlos y juzgarlos. Daniel no tardó mucho tiempo en tomar su resolucion. Hizo renuncia de sus títulos y honores, vendió sus palacios, sus joyas, todas sus propiedades, y destinó su producto á la fundacion de hospitales y monasterios, repartiendo el resto entre los pobres y no conservando para sí un solo real. Pidió de limosna al último de sus criados el peor de sus vestidos; y, la fe puesta en Dios, y la esperanza en la caridad de los hombres, con que contaba para su sustento mientras durase su peregrinacion, poco á poco y un paso tras otro llegó el pecador, despues de muchos meses, á las puertas de Roma. Al cabo de unos cuantos dias y no sin trabajo, logró que el Papa le concediese una audiencia, en la cual le hizo una minuciosa relacion de su vida, pidiéndole rendidamente la absolucion de sus culpas y la licencia para hacerse sacerdote y enmendar con la humildad y el buen ejemplo los escándalos anteriores.

El Padre Santo, que era un señor muy sabio y muy bueno, le escuchó con mucha atencion y bondad, y cuando concluyó de hablar Daniel, se expresó de esta manera: «Tus faltas son muy grandes, hijo mio; pero la misericordia de Dios es mayor aún, y no podrán ménos de pesar en la balanza de su justicia el dolor de tu corazon y tu firme propósito de enmendarte. Hay, sin embargo, una cosa que me hace

titubear en concederte lo que me pides. Tu madre ha muerto por culpa tuya, y como en sus últimos momentos ha desesperado del infinito poder de Dios para salvar su alma, no sabemos ni podemos saber lo que habrá sido de ella: de un pecado que tales consecuencias produce, yo no debo absolverte sino condicionalmente. Es preciso que tu virtud y tu esfuerzo devuelvan al cielo, aumentada, la deuda de almas que tienes contraída con él. Yo haré que seas sacerdote y que sirvas la iglesia parroquial del pueblo de tu nacimiento. Si al acabar tus días has conseguido que todos tus feligreses sean buenos y queden en camino de salvación, tu alma será también salvada y perdonada. Piensa, hijo mío, en las dificultades que ofrece el cumplimiento de esta penitencia, y mira si te sientes con valor para arrostrar tantos y tantos trabajos, que, no por ser inmensos, son de resultado seguro, y respóndeme.» Daniel bajó los ojos, sin quitarlos del suelo durante un gran rato, como quien ántes de tomar una determinación tan grave necesitaba pesar y repesar muchas razones encontradas, y al fin los levantó y dijo resueltamente: «Santísimo Padre, acepto.»

## IX.

—¿Aceptó? preguntó Esperanza al llegar aquí, atónita y sorprendida.

—Y ¿cómo se las compuso para cumplir una penitencia tan difícil? añadió Cármen.

—No, *puez* el Papa no *ze* andaba en *chiquita*. ¡Carambita con la penitencia! exclamó Antoñito.

Yo me sonreí y, algo interesado, lo confieso, por aquella extrañísima relación, supliqué á Dolores que continuara, y ella lo hizo así inmediatamente.

## X.

—Pasó mucho, muchísimo tiempo. El muchacho travieso, el jóven calavera, el pecador arrepentido había llegado ya á los sesenta y cinco años y era, hacía cerca de cuarenta, cura párroco de su pueblo. ¡Qué diferencia entre aquel viejecito de mirada bondadosa y triste, vestido con una sotana remendada y raida, y el arrogante y orgulloso marqués de las Ocho Torres! Pero, aunque con el pelo completamente blanco, con el cuerpo encorvado por la edad y muy enflaquecido por la penitencia y las cavilaciones, aún se mantenía firme el padre Daniel, que era, al decir de mi abuela, el sacerdote más santo que ha habido en el mundo. Su dinero, su ropa, su comida misma, eran cosas de que los pobres participaban siempre más que él; donde había un enfermo ó una desgracia ó una desavenencia, allí estaba el pobre señor, á quien nunca pareció molesto nada que pudiera tener remedio ó consuelo; en el púlpito, en la calle, en donde quisieran oírle, sus palabras, llenas de sabiduría y que se entraban hasta el corazón, predicaban la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio; y el ejemplo que daba á todos con su conducta irreprochable, le había convertido en un objeto de adoración para los buenos, de veneración aún para los seres más corrompidos. Porque, triste es decirlo, pero el padre

Daniel, á pesar del empeño con que lo procuraba, no conseguía dirigir por el camino del bien á todos sus feligreses. En los corazones naturalmente inclinados á la virtud, su esfuerzo había desarrollado los sanos instintos; de los dañados, había logrado mejorar y hasta curar completamente algunos; pero la mayor parte continuaba en el mismo estado, y el tiempo pasaba y pasaba sin detenerse, y el pobre viejo miraba marcharse con él una por una todas sus esperanzas de salvacion.

En balde buscaba un medio de alcanzarla, fuese como fuese: las pláticas no se aprovechaban, los consejos se desatendían, las amenazas de castigo no producían efecto más que un instante, los recursos humanos estaban agotados ya. Faltaban tres meses para que el padre Daniel llegara á los sesenta y seis años y una noche soñó que el mismo día en que cumpliera esa edad iba á ser el de su muerte. Despertó sobresaltado el pobrecito, y al levantarse se sintió débil y desalentado y tomó el sueño por un aviso con que el cielo le recordaba el tiempo de que podía disponer. Se arrodilló delante de una imágen de la Madre de Jesus que tenía en su cuarto, y con voz trémula y fervoroso acento pidió á la Santísima Virgen su intercesion para que su Divino Hijo le aclarase el entendimiento y le dejara ver el modo de cumplir la penitencia que su vicario en la tierra le había impuesto. Y animado por la esperanza de conseguirlo, terminó la oracion y se pasó tres dias y tres noches sin salir apenas de casa y sin pensar en otra cosa que en la aclaracion de sus dudas. Al amanecer el cuarto día, domingo por cierto, el padre Daniel se dió una

fuerte palmada en la frente, cogió precipitadamente su manto, y con la cara rebosando satisfacción, riéndose solo por la calle, llegó á la iglesia, se puso lo más aprisa que pudo la sobrepelliz y la estola, y aguardó, paseándose por la sacristía con impaciencia indecible, la hora de la misa mayor y del sermón, que él iba á predicar como de costumbre. Cuando las campanas, repicando alegremente, llamaban á los fieles al templo, el padre Daniel se encorvaba, prestaba atención al ruido que producían y se decía, contemplando con regocijo al pueblo que poco á poco llenaba la iglesia: —«Ya vienen... Ya vienen... Noventa días... ¡Bah, tengo más tiempo del necesario!»

## XI.

Aquí hizo un descanso Dolores, que se fatigaba de tanto hablar; Cármen no pudo contenerse y lo aprovechó para preguntarle con viveza:

—Pero ¿qué es lo que iba á hacer el padre Daniel?

—¡Calle *uzté* y no *zèa* tonta! ¡Ya lo verá *uzté*! contestó con gravedad Antoñito, que no quiso desperdiciar esta ocasión de vengarse de su hermana.

## XII.

—Comenzó la misa, y el padre Daniel echaba desde la puerta de la sacristía impacientes miradas á sus compañeros, que nunca habían estado tan calmosos

para cantar misa como aquel dichoso domingo. Apenas se trasladó el Evangelio de un lado á otro del altar, sin aguardar á que se sentaran los tres sacerdotes, salió nuestro predicador de la sacristía más ligero que una flecha, y subió con más agilidad que un muchacho los escalones del púlpito. Terminó en tres segundos la oración que marca el ritual, y con el semblante resplandeciente de alegría, con la voz más robusta que nunca, dió principio á su sermón, cuya esencia puede reducirse á las siguientes palabras:—«Hermanos míos: hasta esta noche última, merced á un destello de la Divina Gracia, no he salido de un error en que cayeron conmigo todos los sabios de la tierra, de todos los tiempos y de todos los países. Consiste el error en la equivocada idea que tenemos de la virtud y del vicio. Vosotros creéis, sin sospechar siquiera lo equivocados que andáis, que el hacer buenas obras, el llevar una vida laboriosa y arreglada, el vivir en paz con todo el mundo y con uno mismo; el ser bueno, en una palabra, es cosa meritoria y digna de recompensa. Pues, hermanos míos, creéis muy mal, y puesto que aún es tiempo de desengañaros, yo que debo mirar por vosotros, voy á hacerlo así. Tenedlo entendido: lo que hasta hoy se ha llamado ser bueno, eso precisamente es ser malo; y el que no se arrepienta y cambie de bisesto, no debe esperar en la otra vida más que tizonazos y más tizonazos. Es muy cómodo eso de decir: «Yo soy un hombre honrado y trabajador que no se mete con nadie, y de nadie tiene que temer el menor disgusto, y gano lo que se me antoja pasándome los días distraído y contento, envidiado de cuantos me conocen y estimadísimo de cuantos me tratan. Pues, apé-

nas estire la pata, en pago de haber sido aquí tan dichoso, todavía van á darme gloria por los siglos de los siglos.» Es muy agradable eso de pensar: «Yo soy una mujer de bien, que no ha faltado nunca á su obligacion, y tiene la conciencia tranquila; una mujer querida de sus padres, amada de su esposo y respetada de sus hijos... Pues, además de haberlo pasado perfectísimamente en este mundo, todavía voy á tener la ventaja de irme derechita al cielo, así que cierre el ojo.» ¿No comprendéis, hermanos míos, que esto es un disparate, una cosa que no tiene sentido comun? Comparad la vida pacífica y dichosa que lleva el que se porta bien, con la del infeliz jugador que no disfruta un instante de tranquilidad, que nunca tiene un ochavo, que á cada paso necesita pedir dinero á los demas ó pasar por el bochorno de hacer una mala accion para conseguirlo. Comparad la vida del que se gana el pan de su familia trabajando descansadamente con la que lleva el sin ventura que ha escogido el oficio de ladron y anda siempre por esos caminos huyendo de la justicia, expuesto á que lo dejen seco de un tiro ó á que le echen el guante y le den garrote el dia ménos pensado. ¡Esos son trabajos, y lo demas es broma! ¡Pues no faltaba más sino que, despues de lo que en esta vida padecen los holgazanes, los camorristas, los tramposos, los embusteros y las mujeres sin juicio, no me los dejasen descansar ni despues de muertos, y me los metiesen en los infiernos de patitas! Para ser malo es para lo que hace falta virtud, que, para ser bueno, basta y sobra con ser un egoísta y un pícaro. Conque, vaya, hijos míos, á enmendarse y á tener buen ánimo: á perder la vergüenza los que todavía

conservan una poca en este pueblo, y á hacerse unos grandísimos tunantes los que quieran ponerse bien con Dios. Un poco de buena voluntad, y ya vereis qué pronto os convertís todos en la gente mejor y más perdida del mundo.»

## XIII.

—¡Ya comprendo! exclamó Cármen á esta sazón.  
¡El pobre padre Daniel se había vuelto loco!

—¡Qué gracia! repuso Antoñito. ¡Ze te habrá calentado la cabeza de tanto *penzarlo!*

—Siga V., siga V., Dolores, dije yo, que me parecia de curiosidad por ver lo que resultaba de aquel cúmulo de disparates.

## XIV.

—Ustedes imaginarán que al verle desbarrar de una manera tan lastimosa, los oyentes del padre Daniel se quedarían con un palmo de boca abierta primero, y despues, ó se echarían á reir, ó compadecidos de su desgracia (segun el corazon de cada uno), pedirían á Dios le devolviese el juicio perdido. Pues no señor, no sucedió tal cosa; y por más que á ustedes se les haga cuesta arriba creerlo, tanto pudo su influencia sobre ellos, de tal modo supo presentar su desatinada doctrina, que los fieles le escucharon con respetuosa calma, y salieron de la Iglesia plenamente convencidos de que las palabras del cura eran tan

verdaderas como las del Evangelio que habían oído leer poco ántes. Las personas virtuosas, las que llevaban una vida ejemplar, premiada hasta entónces con la tranquilidad de su conciencia y la esperanza de mayores bienes en el otro mundo, se volvieron á sus casas, entristecidas, llenas de confusion y desaliento, seguidas por los viciosos y los tunantes que, encontrándose llenos de mérito sin haber hecho nada para conseguirlo, se hinchaban de satisfaccion y de orgullo y no paraban un momento de insultar y de dirigir las más groseras burlas á los que hasta entónces los habían mirado con horror y con lástima, muy contentos y muy seguros de que al obrar así se portaban como unos santos. Tan maravilloso fué el efecto producido por el sermon del padre Daniel, que, al dia siguiente, las ideas sobre el bien y el mal habían cambiado por completo, y los nombres de todas las acciones sufrieron tambien la mudanza más original que ustedes pueden imaginarse. En aquel pueblo, decía ya un hombre á otro, con la mayor seriedad, al enfadarse con él y poniéndole como [ropa de pascua:—«¡Anda, picaron! ¿Si creerás que no sabemos quién eres tú? Ya sabemos que trabajas, que haces limosnas y que tienes la poca vergüenza de vivir en paz y en gracia de Dios con tu mujer... ¡Quita, quita de ahí, perdido!» Y por el contrario, cuando se quería ponderar los merecimientos de alguno, se exclamaba con mucha formalidad:—«¿Fulano? ¡Oh! Fulano es un bendito. Ayer pegó una paliza á su suegra y la rompió tres costillas... Y casi toda la semana se la ha pasado emborrachándose y jugando el pobrecito, sin descansar un momento... Y, luégo, ¡qué

mal hablado es! ¡qué roto y qué puerco va siempre por esas calles, á cualquier hora que se le encuentre! ¡qué dispuesto se le halla en todas ocasiones á no hacer un favor á un amigo!... ¡Vamos! ¡Ese es un hombre que se va á ir al cielo con las botas puestas!» Los padres no dejaban á sus hijos que se juntasen con los muchachos aplicados, por aquello de que «lo bonito es lo que no se pega», y cuando sabían que habían hecho novillos, se les caía la baba, y decían llenos de orgullo: «¡Qué hijo me ha dado Dios! ¡Así era yo cuando tenía su edad!»

¡Cuántos azotes llevaban los infelices que se sabían la lección y eran respetuosos con el maestro! ¡Cuántas medallas y cuántos vales los más burros de la clase y los más desvergonzados! Nadie casaba á su hija hasta informarse bien de si el novio era bastante haragan y tenía bastante mala conducta para el caso: si alguno, trabajador y de buenas costumbres, tenía la desfachatez de presentarse á una familia queriendo emparentar con ella, siempre lo echaban con cajas destempladas. Es fama que hubo quien cometió la imprudencia de ir á casa del sastre, y al mandarle que le hiciera ropa se encontró con que el maestro, empuñando la vara de medir y echando espumarajos por la boca, le dijo:—«¡V. me insulta! ¡V. me cree capaz de trabajar! ¡Salga V. de mi casa y tenga entendido que yo no soy ya sastre, sino ladrón!»

El escribano, que con poco trabajo había empezado á conseguir merecida fama de hombre de bien, siempre andaba metiendo cizaña entre los vecinos y aconsejando á Fulano que llevase á Zutano ante los tribunales, porque le estaba deshonorando públicamente,

diciendo que Fulano era hombre que no debía un cuarto á nadie, que no se ponía jamás á medios pesos y que en toda su vida no había robado media peseta. Con lo cual el pueblo ardía en pleitos, camorras y palizas, y comenzaba á ser tanta la virtud de sus habitantes, que no se podía parar en él. Persona hubo tan tierna de corazón y tan caritativa, que siendo incapaz de desprenderse en un día de sus antiguas mañas y viendo que un pobre hambriento le pedía limosna, le dió un par de reales recatándose de los que pasaban y diciéndole:—«Tome V. y remédiese... pero ¡no me pierda V.! ¡No se lo cuente V. á nadie!»

Cuando á un marido le decía algun amigo de confianza:—«Hombre... por tu bien te lo digo... Es mi deber... Tu mujer es demasiado juiciosa, y debes tener cuidado con ella. Anoche, deseoso de hacer una buena obra, me acerqué á requebrarla y me pegó un bofetón,»—el marido, disimulando el placer involuntario que le producían aquellas palabras, se ponía serio, fruncía las cejas y gritaba:—«¡Eso es falso! ¡Eso es una calumnia! ¡Yo conozco á mi mujer y sé que es incapaz de semejante cosa!»

Para que ustedes comprendan bien las consecuencias del célebre sermón, voy á contarles lo sucedido á dos familias muy diferentemente acomodadas en el pueblo del padre Daniel.

Damian, pobre carpintero que, trabajando sin descanso, había conseguido ganar lo suficiente para mantener sus obligaciones y hasta tener reservados algunos ahorros con destino á los casos imprevistos, arrinconó sus herramientas y decidió seguir el ejemplo de su vecino Quintín, hombre sin oficio

ni beneficio, haragan, borracho y entrampado con todo el mundo. ¡Qué diferencia entre una casa y otra! En la de Damian, prudentemente gobernada por la juiciosa Teresa, todo era tranquilidad y alegría, porque el cariño y la virtud triunfaban siempre de las mil contrariedades que nunca faltan en la casa del pobre. Rara vez había una rencilla en aquel matrimonio, que cumplía santamente con todos sus deberes. Damian bendecía su trabajo, que aún fatigándole y rindiéndole, le daba no sólo los medios de sostener á su familia, sino un contento de sí mismo que le hacía bendecir á Dios continuamente. Teresa tenía la casa hecha una tacita de plata y sus manos eran tan habilidosas para manejar la aguja como para hacer salir de un puchero y una docena de patatas un plato que ni el mismo rey lo come en su mesa. Daba gozo ver lo limpios y bien arreglados que tenía siempre á sus hijos; la paciencia con que les enseñaba á balbucear oraciones capaces de hacer sonreír al mismo Dios en su celeste trono; la habilidad con que sabía impedir que el disgusto más grande interrumpiera ni por un solo momento la buena armonía entre marido y mujer. La casa de Quintin era el reverso de la suya... Bien lo comprendía Damian, que temblaba á la idea de perder tantas felicidades; pero ¿qué remedio? Aquello era ser malo: el bien estaba en otra parte: había que mudar de vida á toda costa.

Cuando una tarde, ya casi anocheado, Damian fué á buscar á Quintin (que por cierto aún estaba en la cama) y le enteró de sus intenciones de tomarle por modelo, aquél no dejó de soltarle algunas pullas que nuestro amigo sufrió haciéndose bastante violencia;

pero al cabo de un rato quedaron de acuerdo y en camino de entenderse á las mil maravillas. Se levantó Quintin, y cogiendo á Damian del brazo, le obligó á ir á su casa para coger la bolsa donde tenía sus ahorros. Teresa los vió partir con una tristeza involuntaria, que la reflexion calmó en seguida, haciéndola comprender que todo aquello era para honra y provecho de su marido. «Vamos á la taberna (dijo Quintin á Damian): esta semana me convidas tú á mí: la que viene te convidaré yo.» Al oír tal proposición, Damian sintió verdadero disgusto, pero comprendiendo que el mérito de las buenas acciones está precisamente en llevarlas á cabo en contra de nuestros instintos, se dominó y siguió á Quintin.

La taberna estaba llena de la gente más *virtuosa* del pueblo, que bebía, juraba y maldecía, todo al mismo tiempo. Damian experimentó deseos de echar á correr y refugiarse en su casa; pero ya la moza había traído el jarro de vino pedido por su compañero y no hubo más remedio que seguir allí y beber. A la segunda copa empezó á trastornársele la cabeza á Damian, que dijo en voz alta: «Vámonos de aquí: yo no quiero estar entre esta gentuza.» Uno de los que ocupaban la mesa inmediata le oyó, y levantándose y medio cayéndose, se dirigió á Damian y le dijo con voz vinosa y balbuciente: «Ahora mismo vas á tragarte esas palabras, ¡so canalla!» Damian, que no sufría ancas de nadie y tenía su alma en su almarío y en su cuerpo algo que no tenía otras veces, cogió el jarro y lo hizo añicos en la cabeza del que le había hablado con tan malos modos. Los compañeros del herido acudieron á defenderle, y á los cinco minutos no ha-

bía en la taberna silla ni mesa en pié, ni cabeza sin chichon. Damian quedó molido en el suelo y Quintin escapó á duras penas de aquel diluvio universal de garrotazos, escabulléndose en cuanto pudo. Amaneció el dia siguiente. Damian se levantó con mil fatigas y se encaminó hácia su casa agarrándose á las paredes. Al llegar á la puerta, se quedó parado y se restregó los ojos varias veces, como dudando de lo que veía ó creyendo que aún le duraba la turca de la noche anterior.

Quintin, que ya en otros tiempos había echado chicleos á Teresa, la cual siempre se le había reido en las barbas, estaba entónces hablando á solas con ella; y ella, no queriendo rechazar la ocasion de ser coqueta que se le venía como llovida, venciendo la repugnancia que le inspiraba aquel espantajo, hacía esfuerzos por escucharle, poniéndole buena cara. Cuando llegó Damian, Quintin pedía á Teresa nada ménos que un abrazo y Teresa consentía nada ménos que en dejárselo dar... pero al prepararse el galan á recibir el favor de su dama, relamiéndose ya de gusto, recibió una tremenda bofetada de la pesadísima mano de Damian, que haciéndole ir hasta la puerta de la calle dando vueltas como una peonza, le puso de patitas en ella.

Damian cogió del brazo á su mujer, se encerró con ella, y sin atender á sus disculpas, ¡válgame Dios qué tollina le arrimó con la vara de sacudir el polvo! Las espaldas de la pobre Teresa parecían una eleccion de Papa, segun los cardenales que se juntaron allí.

Damian pasó ocho dias sin trabajar y sin dirigir la palabra á su mujer; con un humor más negro que la

tinta, descontento de sí mismo y pensando muy seriamente en colgarse de una viga. Teresa no hacía más que llorar, y, consumida por la tristeza, no tenía ánimos para hacer nada con orden ni concierto. El puchero se ponía siempre á las tantas, y unas veces por salado, otras por soso, nunca estaba en sazón. Los chicos, libres del cuidado y de la vigilancia de su madre, andaban por la casa rotos y puercos, cuando no se escapaban á la calle y, reuniéndose con los *mejor educaditos* del pueblo, volvían llenos de chichones ó descalabrados. Todo lo cual ya supondrán ustedes los disgustos á que daría ocasion entre una familia que gozaba de tan envidiable paz en medio de los mayores pecados, cuando aún no había tenido la tentacion de ser virtuosa.

Los ahorros se consumieron, no hubo qué comer, los pobres niños pedían pan, y Damian no se sentía capaz de cometer una *buena accion* para proporcionárselo. Llegó, al fin, un momento de calma y de juicio: los dos esposos hablaron, y comprendiendo su único origen, se perdonaron sus mutuas injurias, confesando que la vida que llevaban Quintín y su mujer, y que ellos habían llevado por algun tiempo, podría ser muy santa y muy meritoria á los ojos de Dios; pero que ellos no se sentían capaces de soportar sus inconvenientes, no tenían valor para sufrir los trabajos que costaba lo que entónces se llamaba ser bueno. Y ambos, de comun acuerdo, determinaron seguir siendo malos, ni más ni ménos que lo eran ántes del sermon; si bien quedaron en serlo encerraditos en su casa, á hurtadillas y sin escándalo de nadie. Damian se metió de nuevo en su abandonado

aller, diciendo á todo el mundo que se dedicaba á tenderse á la bartola y á beber aguardiente; y sin hacer otra cosa, en realidad, que recuperar el tiempo perdido, trabajando como un negro y vendiendo bajo cuerda el fruto de su trabajo, que entónces se le pagaba mejor que nunca, porque no habiendo apénas quien trabajara, el precio de todas las cosas había subido considerablemente. Teresa, al mirarse dueña otra vez de la estimacion de su esposo, perdida por un instante, recobró su alegría, y el órden y la felicidad volvieron á aparecer como por ensalmo en aquella casa. En público, ambos procuraban *cubrir las apariencias*, él dándose aires de ser un matasiete y un tramposo, y alabándose ella de ser una casquivana y una manirota; pero alguien había descubierto sin duda la vida que verdaderamente hacían, y *los buenos* los miraban con desconfianza y los tachaban de *hipocritones*.

Una de las mejores casas del pueblo estaba habitada por dos hermanos, los dos muy ricos y de inclinaciones muy diferentes. El mayor, D. Anselmo, era un caballero de claro talento y corazon generoso, que distribuía entre los pobres una gran parte de sus rentas, y el cual, persuadido de que sin ser bueno no es posible ser feliz, y gustando de una pobre y honrada huerfanita llamada Matilde, no vacilaba un momento en casarse con ella y ya había empezado á disponerlo todo para la boda.

D. Lúcas, el hermano de D. Anselmo, en nada se le parecía. Había empeñado gran parte de sus fincas, obligado por sus pérdidas en el juego, y el resto llevaba trazas de gastarlo alegremente con Camila, mozoela pedigüeña y medio loca, que le tenía sorbi-

do el seso y el bolsillo. Contraste más marcado que el que ofrecían estas dos parejas, no ha existido jamás. Matilde toda era candor, modestia y recogimiento; Camila toda descaro, desenvoltura y vanidad: bien dicen, que cada oveja con su pareja, y que Dios los cría y ellos se juntan.

Pero héte aquí que la revolucion armada en el pueblo por el sermon del Padre Daniel, hace que el hermano mayor, que siempre andaba reprendiendo al menor sus calaveradas, se crea en la obligacion de ser calavera tambien, y que Matilde, para hacerse agradable á los ojos de su prometido, se decida á poner orden en su vida arreglada.

Don Anselmo abandonó sus estudios, dedicó al juego las cantidades que ántes empleaba en limosnas, tuvo desafíos, y pérdidas, y trampas; Matilde procuró hacerse la coqueta, y llegó hasta recibir caritas y regalos, y sucedió... ¿Qué habia de suceder? Exactamente lo mismo que con Damian y Teresa.

Don Anselmo no lograba avenirse á aquella vida infame, á aquella continua inquietud; su conciencia le acusaba por lo mismo que le aplaudían los demas: otro tanto pasaba por Matilde; y ambos, no pudiendo resistir *su egoismo* que les arrastraba á mudar de conducta, volvieron á ser los que ántes eran y tan felices como ántes, si bien con las precauciones necesarias para que nadie tuviese en el pueblo nada que decir de ellos.

Y esto que pasó con esos personajes, pasó con todos los de sanas inclinaciones. ¿Quién ha probado una vez las delicias que trae consigo el ser bueno, que se resigne voluntariamente á abandonarlas? Cuando eso

se hace, se hace siempre á la fuerza, engañado el hombre por las apariencias del vicio, y para llorar el error más pronto ó más tarde.

Veamos ahora lo que aconteció con los malos.

Ellos seguían cometiendo sus desafueros del mismo modo que ántes, muy satisfechos y un poco admirados de la sorpresa que su constancia, su paciencia y su energía para no salirse de aquella senda, inspiraba á los espíritus encogidos y débiles. Pero llegó un día en que el desórden y la turbacion de las ideas produjo consecuencias insufribles. Los pocos que trabajaban lo hacían á escondidas como Damian, como los monederos falsos, y la gente andaba medio en cueros por las calles. Los víveres escaseaban, porque nadie quería ocuparse en venderlos; los que perjudicaban al prójimo eran á su vez perjudicados por los demas, y no habiendo para el robo y el saqueo otra defensa que la que cada cual hallaba en sí mismo, los malos empezaron á experimentar un malestar, un sobresalto á los que en vano trataban de buscar remedio.

Por una parte, eso de no encontrar ya obstáculos para llevar á cabo todo género de tropelías, les molestaba algo, y á corazones mal inclinados no podía producirles buen efecto que los testigos de sus acciones los compadecieran por los trabajos que pasaban, y hasta se burlasen y riesen de su heroicidad para practicar la virtud, como ellos habían hecho en otros tiempos con los que creían practicarla. Ya comenzaba á despertarse en todos un irresistible deseo de probar el fruto prohibido, deseo excitado por la necesidad apremiante de remediar su difícilísima situacion. Los malos oían decir: «Hay quien se está en su casa, y

trabaja, y gana para comer, y aunque obra mal, se da buena vida.» Los ladrones, al encontrarse robados por los hombres de bien, no podían menos de predicar el respeto á la propiedad, temerosos de quedarse sin camisa; los tahures, desde que las personas decentes empezaban á hacer trampas con los naipes, iban perdiendo la afición á jugar y comprendiendo que había mil maneras mejores de ganar dinero... En una palabra: toda la gente de mal vivir se convenció de que el gran negocio estaba en volverse buena; y así como ántes del sermón del padre Daniel los buenos se maleaban al notar que en el mundo solía hacerse fortuna por medio del crimen, ahora los malos se sentían inclinados á practicar la virtud por egoísmo. Impulsado por estas ideas, Quintín se presentó una mañana en casa de su vecino, á quien no había visto desde la amorosa aventura de marras.

Damian estaba trabajando. Al ver entrar en su taller al apreciable Quintín, se puso colorado como la grana y, procurando en balde esconder sus herramientas, trató inútilmente de buscar una excusa.

—Hola, chico, parece que se trabaja ¿eh? dijo Quintín.

Y Damian, con los ojos desencajados, todo confuso, se arrojó á los piés de su sopeteado rival, y exclamó sollozando:

—¡Por Dios, Quintín!... Sé generoso... No me delates... No me pierdas... ¡Considera que soy un padre de familia, y que si trabajo no es por vicio, sino para mantener á mi mujer y á mis hijos!...

Quintín le alzó del suelo, y le dijo, echándole la mano por el hombro:

—No seas tonto, hombre, que no vengo con intencion de perderte contando por ahí lo que he descubierto. Todo lo contrario.

Damian se tranquilizó un poco, y preguntó al infatigable haragan:

—Pues ¿qué es lo que te trae á mi casa?

—Chico, respondió aquél, que... la verdad... me voy cansando de ser bueno, y desearía saber en qué consiste el ser malo, para echar por ese camino, si acaso me gusta más que el otro. En una palabra, Damian: ¿quieres enseñarme á trabajar y dejarme trabajar contigo algunos dias?

—Quintín... francamente... no: no quiero (repuso Damian despues de una ligera pausa). Cierto es que yo trabajo... pero una cosa es que yo obre mal y otra muy distinta que consienta y hasta contribuya á que los demas imiten mi ejemplo.

Tanto insistió Quintín, que Damian, harto de oírle y comprometido tambien á entregar aquel dia un trabajo que por sí solo quizá no podría haber concluido, le contestó:

—Bien, hombre, bien; si te empeñas, trabaja... Pero ten entendido que sobre tu conciencia va... Yo me lavo las manos.

Y Quintín ayudó aquel dia á Damian, haciendo cuanto aquél le mandaba, experimentando un extraño placer cada vez que le salía una cosa á gusto de su maestro, y pasándosele una porcion de horas en un decir *Jesus*. Llegó la noche, y Damian despidió á Quintín, encargándole mucha discrecion para no descubrir lo que habían hecho y poniéndole en la mano una peseta como paga de su trabajo.

Quintín volvió á su casa con buen apetito, porque había trabajado de véras, y dijo á su mujer que le diese de cenar.

—No hay, le replicó aquella con mal modo. Si no fueras un haragan, si no las echaras tanto de santurron y, como hacen algunos ménos escrupulosos que tú, trabajases y trajeses algun dinero á tu casa, no nos veríamos así: ¡otro gallo nos cantara!

Palabras como estas, y aún más blandas, habían valido en mil ocasiones palizas de padre y muy señor mio á la infeliz Ramona; pobre mujer que, sin la menor educacion y casada con un hombre tan vicioso y tan desastrado, no es extraño que careciera algunas veces de la prudencia bastante para evitar que el santo Quintín armase la de San Quintín en su casa.

Pero en la ocasion actual, y con gran sorpresa suya, no sucedió lo que ya iba temiendo al reparar en sus imprudentes frases, sino que Quintín, sonriéndose alegremente, le enseñó la peseta, y despues, poniendo la cara más compungida que pudo, le dijo con tono misterioso:

—¡Ramona! ¡Hé aquí el fruto del crimen!...

Ramona comenzó á temblar de piés á cabeza, y exclamó espantada:

—¿Qué!... ¿Has robado á algun pasajero? ¡Ay, Quintín, Quintín!... ¡La virtud te va á traer á tí muchas desazones!...

—No, Ramona, no; murmuró el aprendiz de carpintero. ¡Esto lo he ganado trabajando!

Ramona se apartó horrorizada de su marido... para ir á la tienda vecina á comprar algunos comestibles.

Aquella noche cenaron y se acostaron en paz: desde

la de su boda no había sucedido otro tanto; y á la mañana siguiente, Ramona fué la primera en incitar á su marido para que fuese á trabajar.—Y fué, y trabajó, y lo hizo mejor que el dia pasado, y Damian le aumentó el jornal; y así, poquito á poco y sin sentir, Quintin se fué *enviciando* con el trabajo, y al cabo de una semana, ya no se acordaba de la taberna más que para maldecirla con todos sus cinco sentidos, pues ya los tenía completos.

Advertía Quintin el arreglo y el aseo de la casa de Teresa, y habló de ellos con elogio á Ramona; la cual (mujer al fin) sintió una curiosidad invencible de ver y juzgar por sí misma aquel prodigio.

Quintin, queriendo preservarla del roce con las malas compañías, temeroso de que se la pervirtiesen, negó rotundamente á su esposa el permiso que le pidió para visitar á Teresa; negativa que, avivando los deseos de Ramona, la hizo atropellar por todo y no parar hasta salirse con la suya. Una mañana, so pretexto de llevar el almuerzo á su marido, se pasó más de tres horas charlando con Teresa (que no tenía por cierto pelos en la lengua y era bastante amiga de la conversacion) y, ¡tanto puede el deseo de imitacion de lo malo en las señoras mujeres!... al cabo de ocho dias ya tenía Ramona su casa limpia y arreglada, y ya había aprendido más de cuatro guisos nuevos, y ya andaban sus hijos tan arregladitos como los de Damian y Teresa. ¡Si lo malo es lo que se pega!...

Una cosa muy semejante pasó á D. Lucas y á Camila: probaron, movidos del mismo sentimiento de Quintin, á imitar la conducta de D. Anselmo y Matilde, y tambien concluyeron por enamorarse de las

dulzuras que proporcionaba lo que en el pueblo se llamaba ser malo. Y uno por uno, todos los hombres y las mujeres fueron experimentando lo propio; y al llegar el domingo en que el padre Daniel cumplía sesenta y seis años, todos sus feligreses eran buenos, gracias á la maravillosa influencia de su famoso sermón.

El sacerdote estaba aquel día pálido, muy pálido, aunque resplandeciente de satisfacción el semblante. Subió al púlpito, y con voz apagada dijo estas palabras:

—Hijos, para vuestro bien y para el mio, me valí hace tres meses de un piadoso engaño. Yo necesitaba atraeros al bien, y no atinaba con la manera de conseguirlo. Mi vida ha tenido dos partes: dedicada al vicio la primera, á la virtud la segunda; y la una fué tan desdichada, tan llena de congojas y sobresaltos, como de consuelos y santas alegrías la otra. Yo comprendía esto, y no lograba hacéroslo comprender á vosotros. Meditando profundamente en ello, me dije un día: ¿qué atracción tiene el vicio, tan árido, tan costoso, para llevar tras de sí más partidarios que la virtud, tan hermosa y tan fácil? El nombre: la prohibición: el ser vicio... Si los vicios fueran virtudes, ¿quién tendría bastante valor para ser virtuoso? ¡Nadie!... Y penetrado de la verdad de mis reflexiones, se me ocurrió poner por obra el medio que tan felices resultados ha producido. La voz y las fuerzas me faltan para seguir, hijos míos; llevadme á mi casa: me quedan muy cortos instantes de vida.

Y trasladado á su morada y despues á su lecho en los brazos de sus feligreses,—que temblando por el

peligro que parecía correr la existencia de su santo pastor y trémulos de emoción y entusiasmo por los beneficios que su sabiduría les proporcionaba, mezclaban las lágrimas á los vítores,—el padre Daniel, sonriéndose beatíficamente y con los ojos elevados al cielo, ya abierto sin duda para sus miradas, iba espiando lentamente... lentamente, y recogiendo en sus oídos el murmullo del pueblo, que resonaba en ellos como la absolución de sus pasados extravíos.

## XV.

Otro vivo murmullo de aprobación y un nutrido palmoteo acogió el final del cuento de la buena Dolores, á cuyo lenguaje temo no haber sido completamente fiel en más de una ocasión, porque el juéves me salí de casa, no sólo sin paraguas, sino sin taquígrafo; y también porque, si en un principio me pareció extravagante y disparatada aquella singularísima historia, poco á poco fuí encontrándome tan conforme con ella, que á veces no habré podido ménos de referírosla como cosa propia y sentida por mí.





## TIERRA-TRAGONA.

Á D. JOSÉ DEL PEROJO.

### I.

**A** principios de Mayo del año 1601 no se hablaba de otra cosa en la ciudad de Valladolid, córte á la sazón de Felipe III, que de la real cédula mandando inventariar toda la plata labrada existente en la monarquía (famoso recurso con que el duque de Lerma esperó remediar la pobreza de España) y de las escandalosas aventuras de don Guillen Calleja.

Era el D. Guillen mozo como de veinticuatro años, de buen talle y malísima cabeza, hijo de un indiano poderoso, que despues de haber tenido siempre para el muchacho tirante la rienda y cerrada la bolsa, cometió la imprudencia de morir, dejándole heredero de un inmenso caudal y dueño absoluto de sus acciones. Calleja se lanzó á los placeres como se lanzaría por la llanura el potro lleno de sangre y de brío que, harto de tascar el freno, lo sintiera caer re-

pentinamente partido en pedazos. Su vida era una orgía sin término, y se deslizaba entre galanteos de todas especies, juegos de azar y desafíos; sin darle tiempo para comprender el peligro de su fortuna, el de su salud ni el de su alma, el mayor y más irremediable de todos.

En aquella época, que el teatro suele presentarnos tan llena de poesía, significaba bien poca cosa una estocada (en el pellejo de un pelafustan, se entiende) y mientras el Sr. D. Guillen, espadachin que podía dar quince y falta al mismísimo D. Francisco de Quevedo, se limitó á acuchillar matones y tahures, pudo contar con el cuidadoso descuido de la por antífrasis llamada justicia, siempre dispuesta á cerrar los ojos cuando la invitaban á abrir las manos para no retirarlas vacías.

Pero es el caso que el diablo, que no duerme (y bien se echa de ver), entabló una competencia amorosa entre nuestro héroe y cierto sobrino de D. Pedro Martin de Andueza, médico del privado de S. M.; competencia que originó un duelo entre ambos rivales, y duelo que costó al susodicho sobrino no ménos que la vida.

Quería el médico al hijo de su hermana más que á las niñas de sus ojos; tenía el de Lerma al D. Martin ese temeroso afecto que debe inspirar un médico de cabecera; y el rey, que encontraba muy bien todo lo que hiciese su privado (como á él no le produjera el trabajo más pequeño), firmó una orden, en la cual, mirando por la salvacion del hijo del indiano, se le mandaba buscar, confesar y ahorcar en el preciso plazo de tres horas.

El alcalde encargado de dar cumplimiento á tan suave resolucíon, y que debíá tener grandes consideraciones que guardar al desventurado Calleja, fuése á él y le dijo: «El rey me ordena prenderos para que os ahorquen: soy tan agradecido amigo vuestro como súbdito fiel y leal de mi soberano... Apretad á correr y procurad libraros de mis uñas en los cinco minutos de delantera que os concedo: pasados que sean éstos, donde os atrape, allí os ahorco.»

D. Guillen, que maldito si tenía la menor gana—tan naturalmente modesto era—de ponerse en evidencia ante todo Valladolid, llenóse de oro los bolsillos, montó en su mejor caballo y salió de la ciudad al paso que el lector discreto puede imaginarse.

## II.

Cabalgó el insigne calvatrueno toda la noche sin saber adónde ni por dónde iba, y cuando ya comenzaba á alborear y á dilatársele un tantico el corazón con la esperanza de que su protector no le echase el guante, el caballo, cubierto de sudor y de espuma, dió claros indicios de no poder continuar su carrera. Clavóle una vez más las espuelas el receloso jinete; el noble animal hizo un último esfuerzo y reventó, derribando á D. Guillen; el cual, al cabo de un buen rato y todo lleno de chichones y cardenales, se levantó y miró en torno suyo, agradabilísimamente sorprendido de no descubrir sombra de alcalde ni asomo de corchete.

El día era tan espléndido, que D. Guillen, aunque

mal dispuesto para semejante género de observaciones, notó á favor de los raudales de luz que el sol derramaba por los campos, que el paisaje nada tenía de comun con los áridos yermos de Castilla la Vieja. Y sin embargo, en cuatro ó cinco horas no podía haberse alejado mucho de la ciudad del Pisuerga, áun andando á verdadero *mata-caballo*. Calleja se encontró en medio de un fresco y amenísimo valle, adornado de toda suerte de árboles y flores, y en cuyo fondo y á distancia que sin gran fatiga podía salvarse á pié, se alzaba una soberbia poblacion completamente desconocida para el fugitivo; quien más de una vez había recorrido todos aquellos contornos cazando aves acuáticas en las lagunas y persiguiendo por el llano liebres y perdices.

—¿Qué pueblo es ese? preguntó á un labriego que pasaba.

—Tierra-Tragona, le contestaron.

El nombre, que extrañó bastante á D. Guillen, le dejó aún más sorprendido que el aspecto de la poblacion; pero necesitado de reposo, esperanzado, al mismo tiempo, de encontrar allí donde esconderse á las pesquisas de su amigo el alcalde, avanzó resueltamente hácia Tierra-Tragona, y pronto se vió dentro de ella.

### III.

Si de lejos atraía Tierra-Tragona, de cerca acababa de seducir los ojos y el ánimo: D. Guillen no había visto en su vida nada semejante. La ciudad, por la ri-

queza de sus edificios, por la anchura de sus calles, por la arrogancia de sus monumentos, excedía hasta á lo que en sueños embelesa á las veces nuestra imaginacion excitada. Y contribuía á aumentar el atractivo la circunstancia de ver al mayor número de los habitantes lucir lujosísimos trajes, el gozo retratado en todas las fisonomías, aún en las de aquellos que, perteneciendo á la ínfima clase, no por eso dejaban de sentir la animacion de los demas.

—¿Se celebra hoy por acá alguna fiesta? ¿Es el día del patron del pueblo?

La moza á quien D. Guillen dirigió las anteriores palabras, y que escondía en la mano una sortija, cuyo áureo brillo contrastaba con lo andrajoso de su arreo, le miró con cierta sorpresa y le replicó:

—No, señor; hoy es para nosotros un día lo mismo que otro cualquiera. Este es el país de la alegría: aquí no hay nunca penas, ni motivos para que nadie se ponga triste.

Y apretando la sortija en el puño y mirando de reojo á D. Guillen, la moza se alejó cantando y saltando alegremente.

#### IV.

Iba Calleja recorriendo calles y plazas, admirándolo todo y sin acertar á comprender por qué llevaría nombre tan feo poblacion tan agradable, cuando, volviendo atras dos ó tres pasos al tropezar con una persona que avanzaba en direccion opuesta á la suya, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó un grito, un

horrible grito de espanto, y retrocedió hasta el quicio de una puerta, en que quedó como clavado y embutido.

¿Qué había visto Calleja?

Un hombre lleno de juventud y de robustez, bizarramente vestido, con el semblante rebotando contento, había vacilado de pronto, la tierra se había abierto bajo sus plantas y héchole desaparecer.

Varios de los que pasaban por la calle observaron el suceso, dedicaron algunas palabras á comentarlo, y la animación, apénas interrumpida un instante, volvió á bullir en el lugar mismo de la ocurrencia.

Este indiferentismo no horrorizó ménos á don Guillen que el hecho en sí, y no tuvo fuerzas para moverse del sitio donde estaba como escondido y á cubierto casi de las miradas de todos.

Algo más sosegado ya, escuchó las palabras que en una cercana reja cambiaban una hermosísima dama y un apuesto galán, y por ellas vino en conocimiento de que la dama daba noticia á su interlocutor de la próxima ausencia del marido, y ambos convenían en verse aquella noche, aprovechando su inmerecida confianza. Aún estaban hablando y mezclando requiebros y ternezas con las burlas hácia quien tan cruelmente ofendían, cuando la tierra vuelve á abrirse de pronto, trágase al galán, la dama lanza un grito, serenándose luego poco á poco sin dejar la ventana siquiera, y los escasos curiosos detenidos por el lance se encogen de hombros, prosiguiendo su marcha en distintas direcciones.

Don Guillen quiso salir de su escondite y huir de la ciudad á toda prisa, pero no pudo; y pasado un

momento, llegó á sus oídos el diálogo que junto á él sostenían dos hombres de repugnante catadura. Preguntábanse mutuamente, como amigos que en algún tiempo no se hubieran visto, por la vida que llevaban. El uno tenía juego en su casa, y sacaba muy buena renta estafando con sutiles trampas á los infelices que acudían al garito; el otro prestaba dinero á hijos de padres ricos, á condicion de cobrar diez veces la cantidad entregada, cuando muriese el padre, arruinando y moralizando las familias á un tiempo mismo. Ya se separaban, calculando alegremente las ganancias del día, cuando al logrero le sucedió lo que al transeunte y al adúltero, sin que por eso dejase de dirigirse á sus quehaceres su amigo y camarada.

Y esto que vió D. Guillen en los casos referidos, tornó á advertirlo, sin moverse de su observatorio, ya en la mujerzuela de mala vida que llena de inútiles afeites y de miserable lujo pasaba por la calle confiada y tranquila, pensando en todo ménos en la enmienda de sus pecados; ya en el maton asalariado que con el indigno valor suyo suplía el vengativo miedo de los demas; ya en el mozo disoluto y aturdido para quien no hay camino malo como conduzca al placer; ya en el miserable ladron, eterno espía de los descuidados ajenos...

Todo lo presenciaba el forastero lleno de confusion y de angustia, y al fin su inteligencia y su corazon, heridos por tantas y tan diversas impresiones, permitieron formular á su lengua el variado conjunto de ideas y sentimientos que le asaltaban en tropel.

—Pero esta gente, que no tiene nunca la vida segura; esta gente, que debe esperar la muerte á todas

horas, según lo que observo á cada paso, ¿cómo puede permanecer en tan espantoso desorden? ¿Cómo no piensa en arrepentirse y enmendar sus desaciertos?

Una mano que se posó blandamente sobre uno de sus hombros, le hizo volverse y encontrarse con un anciano religioso, el cual salía de la puerta donde estaba apoyado D. Guillen, y que era la de un convento de dominicos.

—Y dígame hermano (preguntó el fraile á nuestro caballero): vuesa merced ¿en qué tierra ha nacido?

—Yo, señor, soy hijo de Sevilla... y ahora residía en Valladolid... balbuceó Calleja, bastante sorprendido de que alguien hubiese escuchado sus pensamientos.

El fraile prosiguió:

—Y aquellas ciudades ¿están libres del peligro que tanto os espanta en ésta? ¿Allí la tierra no se abre para nadie? ¿Allí tiene alguno asegurada la existencia? ¿Allí no hay quien, entregado al vicio, pasa la vida sin sospechar que la muerte puede asaltarle cuando ménos lo espere, y sin caer en lo bien que le estaría enmendar su conducta?

Las palabras del dominico arrancaron al desatentado mancebo el velo de ignorancia que cegaba los ojos de su razón, y le permitieron verlo y juzgarlo todo con claridad desconocida.

Arrojóse á las plantas del fraile, y cubierto el rostro de noble vergüenza y valerosas lágrimas de arrepentimiento, le pidió confesion y tranquilidad para su alma.

Ambos entraron en el convento. Cumpliéronse los deseos de D. Guillen, y refugiado en la santa casa,

sus pensamientos fueron inclinándose á pasar el resto de sus dias con aquellos buenos religiosos, temiendo lanzarse de nuevo al alborotado mar en que tan terrible borrasca había corrido.

Una vez experimentada su vocacion en el año de noviciado, Calleja tomó el hábito, y es fama que recorriendo las calles de la ciudad disoluta y salvadora, envuelto en su tosco sayal, pero gozando el mayor de los placeres en la satisfaccion de su conciencia, el antiguo pecador esperaba con tranquilidad, sin el menor miedo, con alegría más bien, que el deleznable suelo de Tierra-Tragona se abriese bajo sus plantas.







## HOMBRES Y ANIMALES.

---

Á D. IGNACIO SUAREZ LLANOS.

I.

**N**os periódicos y revistas científicas recientemente llegados de Lóndres nos comunican una triste nueva: la muerte del por tantos conceptos célebre sir James Lowe, marqués de Holywell, miembro distinguidísimo de la aristocracia británica, individuo de la Cámara de los Pares y uno de los 750 *fellows* de la *Royal Society* (Academia de Ciencias), que le dedica un cariñoso recuerdo en el último número de sus *Philosophical Transactions*.

Revolviendo la colección del *Times* y tomando algunos apuntes del notabilísimo artículo biográfico que á la memoria de su ilustre colega dedica el doctor John Norton en la *Naturalists' Gazette*, voy á ofre-

cer á mis lectores la relacion de una historia verdaderamente maravillosa, sin apartarme un ápice de la realidad de los hechos.

Esa relacion será un nuevo testimonio de que las imajinaciones más fecundas, las fantasías más poderosas suelen quedarse muy atras, cuando se esfuerzan para embelesarnos y sorprendernos, de lo que cada día estamos viendo con nuestros propios ojos.

Y á no apoyarse lo que voy á referir en datos cuyo exámen está al alcance de todo el mundo, acaso me acometiera el recelo de no ser creído.

## II.

La noche del 24 de Octubre del año 1847, el innumerable gentío que transita siempre por Piccadilly, uno de los sitios más céntricos de la capital de Inglaterra, se aumentaba delante del soberbio edificio donde tienen digno albergue las principales sociedades científicas de aquel afortunado país que, siendo á la par inteligente y rico, puede prestar á la sabiduría toda clase de apoyos.

Un considerable número de carruajes y otro cien veces mayor de gente poco expuesta á padecer de gota, se detenían junto á la puerta que da ingreso al departamento de la Real Sociedad, fundada nada ménos que en 1660 é investida á los dos años con derechos de corporacion por el rey Cárlos II.

Aquella noche celebraba allí conferencia pública la seccion de Historia natural, y éste era ya motivo suficiente para que la aglomeracion de aficionados y cu-

riosos fuese grande: estaba encargado de la conferencia lord Holywell y no era de extrañar que, cuajados de gente los escaños de la sala de sesiones, hubiese todavía infinidad de personas anhelantes de penetrar en el recinto y que sólo se retiraban ante las juiciosas y enérgicas excitaciones de los *policemen* (agentes de policía), que allí, como en todos los puntos de la inmensa población, velaban por el orden con un éxito que no es España la última de las naciones en envidiar con algún motivo.

Entre los asistentes á aquella solemnidad científica se contaban el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria; el príncipe de Gales, entónces de cortísima edad; el célebre lord Palmerston, ministro á la sazón de Negocios extranjeros, y las principales ilustraciones de Inglaterra en ciencias, artes y literatura.

Casi una mitad del auditorio pertenecía al sexo femenino y hacía se notar por su impaciencia, por el interés hacía el acto preparado que se reflejaba en sus semblantes, más que por el lujo ó la novedad de los prendidos. Bien que las inglesas no asisten á ciertos sitios con el único objeto de ser vistas, que impulsa principalmente á nuestras compatriotas... tal vez no por un exceso de coquetería, sino por un noble arranque de generosidad.

Pero digamos dos palabras siquiera acerca de sir James Lowe.

## III.

La aristocracia inglesa ¿quién no lo sabe? es la primera de las aristocracias de Europa, y nuestro héroe era uno de los miembros que más la honraban y enaltecían.

Herederero de una gran fortuna y huérfano de padre y madre á los diez y ocho años, su afición á las ciencias naturales le llevó á hacer en ellas estudios profundísimos y á ensanchar el círculo de sus conocimientos con largos viajes por casi todos los países del mundo conocido; por algunos de que sir James puede vanagloriarse de ser el primer explorador. En todos ellos había recogido ejemplares para su magnífico museo de historia natural, y multitud de observaciones curiosísimas que, ordenadas despues en la provechosa calma del gabinete con la prudencia del filósofo y con la paciencia del benedictino, han dado lugar á obras tan notables como *Human Being* (El sér humano), *The Dog Compared with Man* (El perro comparado con el hombre) y *Nature* (La Naturaleza), de la cual van agotadas en Inglaterra 27 ediciones, y de la que ¡vergüenza causa decirlo! no tenemos todavía en España una traduccion, ni siquiera un extracto (1).

Las obligaciones que en ciertos países prescribe al

---

(1) Escritos y ya en la imprenta estos renglones, averiguamos que los hermanos Perojo piensan seriamente en ofrecer al público una traduccion completa de los 15 tomos de que consta la hermosa obra de Holywell.

hombre una posición elevada y la dificultad que en ellos encuentra un talento extraordinario para privar á su patria de los servicios que ella quiera reclamarle, hicieron ocupar á sir James importantes puestos en la administración y en el gobierno; pero, debilitada últimamente su salud con los continuados trabajos impuestos por una voluntad infatigable á un cuerpo poco robusto, nuestro marqués vivía dedicado en 1847 á mostrar su museo zoológico á la multitud de nacionales y extranjeros que cada día acudían á visitarlo, y á madurar el plan de una obra que, según sus esperanzas, había de coronar su reputación.

La historia de esa obra, reducida por la muerte á un diario de observaciones prolongado durante veintitantos años (y del que nos proponemos dar á nuestros lectores una ligera idea), puede decirse que empieza la noche de la conferencia en la Real Sociedad.

#### IV.

Después de algunas frases del presidente anunciando á la reunión que lord Holywell, á pesar de su delicadísimo estado de salud, volvía á ponerse en comunicación con su querido auditorio esperando que éste disimularía la debilidad de su voz, sir James se adelantó hacia la tribuna saludado por un vivo murmullo de simpatía y comenzó á usar de la palabra en estos términos:

—«Señores, me reconozco obligado por vuestros testimonios de afecto y correspondo á ellos desde lo

más íntimo de mi corazón. Aguardaba con ansiedad y con recelo la hora de volver á este puesto de honor. Con ansiedad, porque estoy necesitado de estímulo y de aliento, y nadie como vosotros puede darme ambas cosas: con recelo, porque despues de nuestra larga separacion he trabajado poco en la vulgar acepcion de esta palabra, y habiendo pensado mucho, á pesar de haberse engendrado mis pensamientos unos de otros; á pesar de tener todos ellos ese enlace y esa gradacion inherentes á todas las deducciones legítimas; á pesar de encontrarme tan acostumbrado á mis ideas como el águila á la luz del sol que puede mirar sin deslumbrarse, como el prisionero á la oscuridad de su calabozo que no basta á privarle del uso total de su vista; á pesar de todo eso, repito, yo soy el primero en encontrar extrañas las ideas adquiridas, y que voy á someter á vuestro exámen, haciendo de mi discurso de esta noche una especie de introduccion, de preparacion á los experimentos con que paulatinamente me propongo autorizarlas á la faz del mundo científico. (*Movimiento de curiosidad en toda la asamblea.*)

Comencé, señores, reconociendo vuestro derecho al asombro; y espero que no abusareis de él, por lo mismo que ya está por mí reconocido y proclamado. Escuchadme con benevolencia, y juzgadme con severidad: ya veis que lo que os pido sólo puede redundar en favor vuestro. (*Aplausos.*) Excusad, os suplico, toda muestra de aprobacion; me desagradaría alcanzar lo que todavía no he merecido, y no puedo ménos de pensar que si me aplaudis cuando no lo merezco, no os poneis en el mejor camino de ser justos

cuando vuestra imparcialidad hubiera de serme provechosa. (*Atencion.*)

El resumen de mis estudios y observaciones sobre el reino animal, viene inspirándome hace ya bastantes años una idea tan original y atrevida, que en un principio hasta á mí propio me dí cuenta de ella con desconfianza y timidez; pero que, una vez examinada por mi juicio y admitida por mi razon, debo exponeros clara, completa y sin pérdida de momento. La ciencia es una conquista, y una conquista tan difícil como gloriosa; los que á ella dedicamos nuestra vida y nuestra actividad, somos soldados reunidos bajo una enseña nobilísima: la primera condicion del soldado es el valor, y el primer valor necesario, el que ha de dar ó quitar los bríos para el combate, es fe en la causa que se defiende y ansia irresistible de proclamarla ante el cielo y la tierra. (*Profunda impresion, aplausos y hurras.*)

Bien comprendo que la sola enunciacion de lo que no puedo ménos de llamar un nuevo sistema, ha de producir, aparte de la burla y del desprecio (naturales ecos de las almas pequeñas y que ya van siendo para los innovadores como una indirecta aprobacion de las grandes), dolor y escándalo de las convicciones y de las conciencias; trastorno inmenso de todo lo levantado en largos siglos de estudio que se creía bien encaminado. Pero ¿cuándo lo verdaderamente útil no nace con dolor y con lágrimas? Con dolor de la madre nace el hombre; con dolor y fatiga mejora su inteligencia y se gana el sustento; con dolor y con muerte lo libertó de las cadenas del pecado el Hijo de Dios, hecho hombre para padecer y redimir. Y

las ruinas que produce un nuevo descubrimiento, no deben alarmarnos ni entristecernos en ningun caso : claro es que lo que cae por tierra de un solo golpe tiene ménos fuerza y valor de lo que aparentaba tener ; y que lo que es capaz de derribarlo, lo será tambien de sustituirlo con ventaja. (*Aprobacion.*)

Voy á lanzar, señores, una atrevida afirmacion que forma por sí sola el tema de mi discurso, la esencia de mis convicciones y la base de mis futuros trabajos. Os ruego que no la tomeis por un insulto á esa tan decantada dignidad humana que hace tanto por llevar el nombre y tan poco por merecerlo ; considerad que soy hombre como vosotros, y que lo que os ofenda debería ofenderme con la misma razon. (*Atencion profundísima y pausa miéntras el orador humedece los labios en una copa de agua : lord Palmerston tose, y las voces imponiendo silencio son tales, que forman un verdadero alboroto. Al fin se restablece la calma y continúa el orador.*)

Señores, el hombre viene proclamándose orgulloosamente rey de los animales hace una porcion de años. Si por rey se entiende el que tiene derecho á mandar, ignoro en virtud de cuál aspira el hombre á semejante soberanía : si llamamos rey al que manda y gobierna por medio de la fuerza y de la astucia, aprovechándose de la debilidad, de la nobleza ó de la sencillez de otros seres, necesario será inclinarse ante la evidencia de los hechos. En mi concepto, nada hay que autorice lo que no titubeo en calificar de atropello inconcebible y de abuso indisculpable. (*Muestras de extrañeza.*)

Esperaba vuestra sorpresa y espero que todavía ha

de crecer: oidme, y comprendereis con cuánta justicia lo espero. (*La mayoría impone silencio y reclama atención.*)

En mi concepto, los animales no son en la creacion otra cosa que una raza desgraciada, como la polaca lo es entre las naciones: una raza sometida á un poder más fuerte y enervada por largos años de esclavitud; por falta de esperanza de entenderse entre sí las diversas especies y recobrar una libertad que, en este como en todos los casos, empieza á dejar de desearse cuando comienza á dejar de merecerse. En mi concepto, los animales son una raza infinitamente superior al hombre. (*Interrupciones, asombro general, risas. El orador hace un esfuerzo, y dirigiéndose con voz más fuerte al grupo de que han partido las primeras señales de hilaridad, le apostrofa con energía.*)

—No os riáis, señores, que la ignorancia no es cosa que merezca celebrarse con regocijo. En mi concepto, la única cualidad en que verdaderamente sobrepuja el hombre al resto de la creacion animada, es un orgullo sin límites, irritado por las pruebas que todos los días adquiere de su pequeñez y de su impotencia.

Lo he dicho y lo repito. Los animales tienen sobre el hombre superioridad física, superioridad intelectual y hasta superioridad que llamaremos *de corazón*, de condiciones morales: superioridad de alma, en una palabra, señores; porque tiempo es ya de desechar la preocupacion absurda y lastimosa de que en los animales sólo hay un instinto... si no preferís convenir en que digno es de llevar nombre diferente lo que tantas veces aventaja á la que consideramos causa de nues-

tra pretendida superioridad sobre ellos. Pero hemos sentado tres proposiciones, y estamos en la obligación de demostrarlas. Vamos á hacerlo.

Bastan un mediano discurso y un ligero hábito de observacion, para comprender sin esfuerzo alguno que los animales son físicamente superiores al hombre. Comencemos por el nacimiento de unos y de otros. El hombre, despues de nueve meses de martirio para la madre, despues de nueve meses en que la salud de ésta está gravemente comprometida (si no pierde la vida en el acto del alumbramiento, si no queda para siempre herida y debilitada), nace desnudo, débil, necesitado de mil cuidados y atenciones; seguro de morir, no sólo al abandono completo, sino al menor descuido. El nacimiento de dos gemelos es ya considerado como un fenómeno en los racionales; y cuando, por rarísima casualidad, pasan de este número, los venidos al mundo nacen para morir, para vivir muriendo, para matar seguramente á la que les dió el sér. El contraste del nacimiento de los animales no puede ser más completo. Miéntras el hombre nace desnudo, el animal nace vestido, armado ya de las plumas ó de las pieles que han de formar el abrigo y el adorno del hombre. El nacimiento del animal, en la mayoría de los casos, es más rápido, siempre más fácil, siempre tambien más fecundo en número. El animal, desde el punto y hora de nacer, empieza á moverse, cosa que el hombre sólo consigue mucho más tarde; y cuando éste ensaya cobardemente sus pasos inseguros, aquellos cruzan los bosques, atraviesan los mares, suprimen los espacios.

Reconozcamos también la independencia de que el animal disfruta al poco tiempo de nacer, y hagamos resaltar con ella la miserable esclavitud en que el hombre pasa sus primeros años, su juventud la mayor parte de las veces, y en muchos y repetidos casos la vida entera. Más diremos: mientras un animal solo se basta siempre para su sustento y su defensa, el hombre tiene necesidad absoluta de reunirse con sus semejantes; y dígase lo que se quiera por una filosofía que trabaja para engañarse (¡raro amor á la sabiduría!), la sociabilidad podrá serlo todo menos una muestra de fortaleza. El que busca á otro, claro es que se considera débil. ¿En qué condicion física no vencen los animales á los hombres? Sus sentidos corporales son infinitamente superiores á los nuestros. Abstraccion hecha del paladar y del tacto, que son tan perfectos por lo menos (en relacion con sus necesidades, se entiende), ¿qué vista de hombre puede compararse con la del águila, con la del caballo, con la del gato, que ve en una oscuridad completa para nosotros? ¿Qué oído, qué olfato tan finos, tan seguros como el del corzo y el del perro? El lenguaje lo corrobora con sus modismos. A cada paso estamos diciendo todos: «Fulano tiene una vista de lince, un olfato de perro perdiguero, un oído de gacela.» No hablemos de la fuerza material de unos y de otros: cuando el hombre domina á sus víctimas es por la astucia, por la traicion ó por el empleo de armas que, no encontrando en sus brazos ni en otras defensas naturales, ha tenido que construirse como su maña le ha ido dando á entender. El hombre anda, salta y trepa; pero comparad la gallardía de su marcha con la del caballo,

su ligereza con la del galgo ó la liebre, su resistencia con la del elefante ó el camello, su agilidad con la del mono, con la del tigre, con la de mil animales más. El hombre nada; pero arrojadlo al mar y vereis cuán poco tiempo es capaz de luchar contra las olas, cuán pocas leguas es capaz de imitar al más ruin de los pecillos que le rodean por todas partes. Y mientras parodia tan torpemente esos movimientos, vedle pasarse la vida envidiando el vuelo del pájaro, tratando de falsificarle, ya con pobres y débiles máquinas á que no sabe dar direccion, ya con postizas alas que, desde los tiempos mitológicos, sólo han servido para castigar su ambicion y su insensatez. Mientras el hombre padece contínuos achaques y únicamente conserva su salud rodeándose de mil cuidados, los animales soportan el hambre, la sed y el frio en condiciones que, sólo imaginadas, asustan al más vigoroso de nosotros. Se nos dirá que la vida de los animales es más breve; pero, aún cuando esto pudiera admitirse como un argumento en contra de mis doctrinas (argumento á que la longevidad de los cuervos y de los elefantes debe servir de respuesta victoriosa), pensemos lo que habría llegado á ser el hombre si sólo viviera lo que la mayor parte de los animales, y el atraso en que le veríamos nos indicará que vive más porque necesita más años para desarrollarse, porque su progreso vital es más torpe, y por consiguiente más lento. Creemos que la superioridad física de los animales se ha demostrado ya por sí misma: pasemos ahora á la superioridad intelectual.

Una de las pruebas que el hombre cree poseer de la suya respecto á esos desgraciados párias de la crea-

cion, consiste en el lenguaje, en el modo de hacerse entender, dón que considera de su única y exclusiva propiedad. Dejando á un lado la duda que siempre hemos tenido sobre si el lenguaje nuestro es un medio de entendernos unos á otros ó un complicado recurso para no llegar á entendernos jamás, viviendo en oposicion constante y alimentada por lo mismo que parecía formado para desvanecerla, rindamos otra vez tributo de admiracion á esa vanidad del hombre que le hace creer que los animales no hablan, sencillamente, porque él no entiende los sonidos que salen de sus bocas. Es antigua costumbre que el hombre niegue todo lo que no comprende, sin duda porque esto le es más fácil que discutirlo: por el mismo procedimiento niega á Dios, que es lo que más se ve y se toca en el universo. Haciendo caso omiso de la facilidad que para hablar como nosotros tienen algunos animales (entre ellos el mirlo, la urraca y el loro, que distan mucho de ser los más inteligentes de la creacion y quizá por eso mismo son capaces de imitarnos), si alguna cosa no se puede dudar en este punto, es que los animales hablan y se entienden entre sí. Los más grandes, los más humildes, se valen de su voz para ponerse en inteligencia. Los perros se avisan con sus ladridos en la caza, en el peligro, en la soledad, en todas las circunstancias de una vida que no está para ellos ménos llena de emociones y de intereses que la del hombre; el gallo saluda con distinto canto la salida del sol y el logro de la victoria; la tórtola tiene para sus ternezas y para su viudez bien diferentes expresiones; y las mismas hormigas hablan entre sí, sin que nuestros débiles oídos per-

ciban su voz, pero sin que nuestra razon pueda negarse á la evidencia... Vedlas trabajar en el verano, extendidas en largas hileras desde la miés del labrador hasta sus admirables almacenes. Cuando una sola no puede arrastrar un grano de trigo, lo deposita en el suelo, va en busca de otra compañera sin carga, la detiene, se juntan, aproximan sus antenas y al cabo de pocos instantes se dirigen de comun acuerdo al sitio donde quedó el grano y lo conducen entre las dos. En este hecho innegable y cien veces repetido cada dia, ¿cómo no ver una demostracion de que los animales hablan y se entienden... cosa que, ya queda consignado, rara vez sucede entre los racionales? Ya os hallo dispuestos á concederme que los animales hablan; sospecho, sin embargo, que os apresurais á contestarme:—« Hablan, pero no discurren; forman sonidos, pero no raciocinan... » ¿Quién os lo ha dicho? El discurso de los animales es evidente. Examinad con atencion el perro tendido delante de la lumbre de vuestro hogar. Ese animal, en medio del sopor de que se encuentra poseido, forma unas veces gruñidos roncós, se agita otras con voluptuosidad, mueve sus patas y recoge el aliento como si marchara... Pues ¿cómo no comprender que si el perro sueña, hay en él un pensamiento que vela miéntras su cuerpo se entrega al reposo? El mismo animal salta de alegría si poneis en su cuello el collar de cascabeles que le indica su salida á la calle ó al campo; sus ojos se llenan de lágrimas y lanza tristes aullidos cuando su amo acaba de morir... Pues ¿quién duda que siente un sér capaz de dolor y de alegría?

Para daros pruebas de la superioridad intelectual

de los animales, el único trabajo está en escogerlas. En primer lugar, tienen más memoria que nosotros. Los animales no olvidan nunca lo que llegan á aprender: el camino recorrido no vuelve á ser nuevo para ellos; el lugar una vez visitado es reconocido siempre... Tal y tan poderosa es en ellos la facultad de la memoria, que los hace capaces de lo que nunca fué ni será capaz el hombre: de escarmiento. De su voluntad no hablemos, porque no hay un solo animal que, cuando quiere una cosa, no la quiera real y positivamente; que cuando forma un propósito, descanse hasta cumplirlo; que sentido un deseo, no haga cuanto de él dependa para satisfacerle: ni uno solo que, como la inmensa mayoría de los hombres, se haga la ilusion de que las cosas van á lloverle del cielo á medida que él vaya deseándolas. Limitémonos á decir que los animales tienen voluntad y que los hombres apénas la conocen. Pasemos al entendimiento. ¡Pruebas de inteligencia! ¿Quién podría pedir las? Cada acto de la vida de los animales es una prueba de su inteligencia prodigiosa. Todos los que las usan, se construyen por sí mismos viviendas apropiadas á sus cortas necesidades; tarea que entre nosotros proporciona medios de vivir á algunos hombres que estudian y se afanan para no dejar vivir á los demas, con las mezquinas jaulas de nuestras ciudades, ingeniosamente dispuestas para que el aire puro no pueda entrar y para que los miasmas de una epidemia no puedan salir. Para procurarse el ordinario sustento, para libertarse del peligro, ¿qué habilidad, qué astucia, qué admirable prevision no tienen los animales? Medicos de sí mismos, conocen una porcion de hier-

bas y de raíces con que se purgan en ciertas épocas del año, y con ser tantas las que en la redondez del globo pueden ser nocivas á las diferentes especies, no se halla un caso de animal envenenado por su ignorancia. Miétras el hombre no entiende el lenguaje de los animales, ellos entienden el del hombre, interpretan sus gestos y hasta adivinan sus pensamientos más íntimos. Una conciencia perfecta de sus faltas, apénas las han cometido, les hace prever la pena y sufrirla con filosófica resignacion. ¿Qué palaciego más astuto que el gato, que sólo se acerca á nosotros cuando nos ve contentos, y sólo nos pide cuando los manjares cubren nuestra mesa? ¿Qué tejedor tan hábil y concienzudo como el gusano de seda, cuyo trabajo es siempre perfecto, que para el trabajo nace y con el trabajo se regenera y se transforma? ¿Qué ciudadano cuya prudencia iguale á la de la hormiga, que se acuerda de la escasez y sabe prevenirla en medio de la abundancia? ¿Qué músico comparable al ruseñor, que á la par crea y ejecuta; siempre inspirado, siempre sincero, sin interes alguno, porque el espectáculo de la naturaleza hace vibrar el arpa viviente de su sér y necesita devolverle en cánticos lo que ella le da en rumor de fuentes y en frescura de rios, en aromas de flores y en fulgor de luceros? Un insecto insignificante martiriza al hombre, que no sabe cómo librarse de él: la zorra coge una rama con los dientes y se lanza al agua; va sumergiéndose, haciendo avanzar poco á poco hasta la rama á los incómodos huéspedes, y cuando todos están ya en ella, la arroja y nos descubre el medio mejor de sacudirse las pulgas. El conejo, el ciervo, perseguidos por los cazadores ocultos á su vista,

vuelven sobre sus huellas, borran un indicio que puede comprometerles y burlan á sus enemigos. La comadreja se fing<sup>e</sup> muerta para que los ratones se acerquen sin recelo, y se apodera de ellos con la mayor facilidad. Cada uno de vosotros que sea dueño de un perro, se habrá asustado más de una vez de la inteligencia descubierta en un animal que á cada paso nos avisa, nos descansa y nos inspira ideas. Tanta es, señores, la inteligencia de los animales, tal la fuerza y la severidad de su razon, que mientras el hombre es capaz de reírse, en los animales no ha existido jamás ese signo de frivolidad, de pequeñez, de ligereza.

Poco trabajo ha de costarme probar que el alma de los animales es, bajo el aspecto de la bondad, infinitamente superior tambien á la nuestra. El hombre es ambicioso de superfluidades, esclavo de sus vicios, juguete de sus pasiones, inconstante, aturdido, sometido al trabajo como á una ley insoportable, iracundo y cruel. El animal no desea ni se busca nada supérfluo, hasta que en el estado de domesticidad el hombre lo pervierte con su ejemplo y le facilita los medios de prostituirse. Los vicios ocupan en la vida de los animales un lugar inferior, á pesar de que todos sus vicios los vemos á la luz del dia; porque sólo algun animal que anda con el hombre llega á hacerse hipócrita. Y en cambio, en las virtudes, que nunca practican por vanagloria, nos ofrecen ejemplos que no somos capaces de imitar ni de comprender apénas. Tienen todas las virtudes del hombre, pero en más alto grado. ¿Puede darse un militar más valiente que el gallo, que no se rinde más que muerto á su enemigo? ¿Se concibe un sér más pudoroso que el ar-

miño, que conserva siempre su piel libre de toda mancha, y que ha dado origen por eso á la fábula de que á sí propio se cercena una parte del cuerpo para conservar íntegro el principal tesoro de su limpieza? ¿Se concibe un sér más laborioso que la hormiga, una república mejor organizada que la de las abejas, en que el trabajo es una religion? ¿Dónde hay un hombre cuya noble condicion pueda compararse á la del caballo, á quien el castigo corrige y no rebaja? ¿Qué cristiano más resignado y sufrido que el asno, incapaz de exasperarse con la mayor injusticia? ¿Cuál comparable al perro, que perdona todas las ofensas y no olvida jamás los beneficios? Más diremos: ciertos crímenes frecuentes entre nosotros, no son ni conocidos entre ellos. Entre las mujeres, hay madres que abandonan y aún matan á sus hijos: todavía no ha nacido una tigre que sea mala madre. Acusamos á los animales de ferocidad... ¡Ay, de cuánta no pueden acusarnos ellos á nosotros! Los animales luchan entre sí, pero ¿cuándo se han destrozado como los hombres? ¿Cuándo se han reunido fria y sistemáticamente, en medio de la paz, para añadir horrores á la guerra? ¿Cuándo han tratado de adquirir la bestialidad necesaria para inventar máquinas con que destruirse como nosotros? ¿Cuándo, con el exclusivo objeto de divertirse, sin que la necesidad entrase para nada en la cuestion, han hecho de la caza su placer favorito, tan sanguinario como cruel y cobarde? Algunos animales devoran á otros de distinta especie; pero el hombre los devora á casi todos, y en una gran parte del mundo los hombres se comen entre sí, grado de ferocidad á que nunca han llegado los animales, porque el leon

no come león, el lobo no come lobo, el cuervo no come cuervo. (*Aplausos. ¡Es verdad! ¡Es verdad!*) Las fuerzas me abandonan, señores, y voy á concluir exponiéndoo las consecuencias que saco de todo lo que acabo de apuntar ligeramente: es decir, los deberes que el conocimiento de tales verdades nos impone y el fruto que de ellas podemos prometernos. En primer lugar, y mientras se comprueba y se convierte en artículo de fe para todo el género humano cuanto he tenido el honor de sostener, creo que debemos cambiar radicalmente de conducta respecto á los animales. ¿Con qué derecho turbamos su tranquilidad y les arrebatamos la vida? ¿Con qué pretexto, teniendo á nuestra disposición todo el reino vegetal, que basta y sobra para mantener al hombre, nos cebamos en los ensangrentados despojos de seres que, mientras les hacemos plena justicia y reconocemos su superioridad, no dejan de respirar como nosotros, de moverse, de gozar y de sufrir, de tener una existencia que no sabríamos reemplazar y que sacrificamos á cada paso? ¿A qué juicio, no hechizado por ese agente de negocios del mismísimo Lucifer que se llama *la costumbre*, no repugna y subleva que la hermosa y robusta vaca que discurre alegremente por el prado sin hacer daño al hombre, ayudándole en sus faenas, alimentándole en vida, prometiendo serle útil de mil maneras aún despues de su muerte natural; que la pacífica corderilla que viene á comer la sal en nuestras manos sanguinarias; que el ave que encanta la selva con sus gorjeos y cuyo plumaje el mismo sol se goza en abrillantar con sus rayos, deban perecer degolladas por el frío cuchillo, atravesadas por el plomo traidor para

que nuestros estómagos se ceben en lo que debiera empezar por ser repulsivo á nuestra vista? ¿Quién ha dicho al hombre que los animales se crearon para su sustento? ¿Y quién nos niega que la mayor parte de nuestras enfermedades, que nuestra vejez, que la imposibilidad de vivir siglos en vez de años, no nace del estrago que producen en nuestro organismo sustancias que se nos asimilan difícilmente, que nos traen gérmenes de enfermedades, que adulteran nuestra sangre y aglomeran en nuestros cuerpos elementos de corrupcion? Propongo, pues, á nuestra sociedad protectora de los animales que aconseje, que imponga, si puede, á sus socios la renuncia á comer otra cosa que frutas, verduras y leche, cuyo empleo está probado que basta para sostener al hombre y hasta ha prolongado la vida de los padres del desierto, á pesar de haber empezado casi todos ellos su nuevo sistema de alimentacion en avanzadísima edad. Partiendo de esta base, necesaria para que la paz entre hombres y animales establezca una cordialidad hoy imposible, pido desde aquí su concurso á todos los sabios de Inglaterra, á todos los sabios del mundo relativamente civilizado, para que me auxilién en la empresa que he concebido y á la que ofrezco dedicar el resto de mis dias; para que me ayuden á réalizar las esperanzas que alimento. Mi empresa no es otra que estudiar profundamente los diversos idiomas de los llamados animales, comparando los sonidos que salen de sus gargantas con sus costumbres, necesidades satisfechas y deseos, y llegar á formar las diferentes gramáticas y vocabularios de la inmensa familia cuyas voces estamos oyendo hace tantos siglos

en la más absoluta ignorancia de lo que significan. Y ¿quién sabe, quién es capaz de adivinar los inmensos tesoros de ciencia, de observación, de descubrimientos útiles, de filosofía, de importantísimos secretos que nos puede traer la inteligencia con que sueño y que no sé si mi afán ó mi convicción me dibuja en lontananza? De las maravillas inexploradas, y para nosotros inexplorables, de la creación, ¿qué no podrán decirnos las aves y los peces! Aquéllas acaso nos descubran el secreto de su vuelo; éstos el arte de pasar días y años dentro del agua. El sapo, barómetro viviente, nos enseñará á conocer sin error posible los cambios de temperatura; los gusanos que anidan dentro de nuestro cuerpo, los insectos y los reptiles exclusivamente nutridos por los jugos de las plantas, resolverán todos los problemas de la fisiología y de la terapéutica; el gorrion, convertido en amigo del hombre, respetará la propiedad del labrador, y las plagas que cada día aparecen en las campiñas del mundo irán dejando de ser terribles con su defensa y con sus conocimientos agrícolas. ¡Qué adelantos para la ciencia no nos suministrará el prismático ojo de la mosca, superior á todos los microscopios! Y aparte de todo esto, lo que ellos hayan pensado por su parte sobre nuestras desdichas, sobre nuestros errores, sobre el remedio de todos nuestros males; que inteligencias sin duda más altas y en mejores condiciones de imparcialidad, apreciarán cien mil veces mejor que nosotros mismos.

¡Ah señores! yo lo anhelo, yo vivo sostenido únicamente por el que será el más grande de los sueños mientras llego á ser, que sí será, la más hermosa

y completa de las realidades: de la paz, de la union, de la concordia de la gran familia humana, que se nutre, que se mueve por voluntad propia, que es capaz de placer y de dolor, que no vive apegada á la tierra, que eleva la mirada al cielo y se despoja de la pobre vestidura mortal para que el espíritu superior vuele limpio á otras regiones, depende que lo que hoy no pasa de ser un infierno vuelva á ser aquel terrenal paraíso donde nuestros primeros padres, libres todavía de pecado, vivían en amable consorcio con todo lo que por igual habían animado las manos de un Dios Todopoderoso.»

## V.

Renunciamos á dar una idea del efecto producido por la última parte del discurso de Lord Holywell. Teniendo en cuenta el escogidísimo auditorio las relevantes cualidades del hombre célebre que le dirigía la palabra, había comenzado por dominar sus movimientos de extrañeza; y seducido despues por la novedad de algunas consideraciones, había escuchado hasta el fin, sin dar una muestra de cansancio, aquella originalísima perorata.

Es más (no olviden nuestros lectores que el auditorio era tan inglés como el orador), algunos de los allí reunidos, no sólo celebraron el discurso como obra de arte, sino que, participando de las ideas de su compatriota, aplaudieron á la conclusion con verdadero frenesí y completa buena fe. Pero justo es confesar que éstos fueron los ménos y que si Sir James pudo retirarse aquella noche halagado por las

apariencias de un triunfo; si tuvo motivo para soñar (las cortas horas que la excitacion de sus nervios le consintió dormir) que ya iba entendiéndose con el gato de su casa, pronto comenzó á recibir desengaños bien dolorosos tras un entusiasmo que amenazaba convertirse en fiebre. En la primera junta de la seccion de naturalistas, todos sus colegas le recibieron con estudiada frialdad; y cuando, al ver que ni uno siquiera le felicitaba por su discurso, él aventuró algunas indicaciones sobre el efecto que les había causado, uno por uno fueron llevándole la contraria, lamentando que un hombre tan superior se dejase arrastrar por semejantes extravíos y sintiendo que hubiera escogido precisamente una conferencia de un cuerpo autorizado y semi-docente para la version de ideas que aún en una novela podrían parecer fuera de lugar á las personas de instruccion y buen gusto. El desconsuelo de Sir James no tuvo límites, y como era hombre de convicciones no ménos sinceras que arraigadas, como él veía tan claro lo que á los demas les parecía tan turbio, su desconsuelo no tardó en convertirse en irritacion. Irritacion que subió de punto cuando al decir que en los boletines de la Sociedad leería el mundo sus opiniones y le juzgaría más benignamente que sus cariñosos colegas (y recalcó mucho el adjetivo), el presidente de la asociacion le participó con cuánto sentimiento suyo y de toda la junta directiva no podía publicarse en el Boletin (1) la conferencia pronunciada en la última sesion.

(1) El *Times*, El *Morning-Chronicle* y otros periódicos la insertaron, sin embargo, en sus columnas, como cosa curiosa, y de aquel primer diario la tomamos nosotros.

La indignacion del ilustre naturalista llegó á su colmo, la sangre se le agolpó á la cabeza, apostrofó iracundo á sus compañeros, desconociendo la autoridad del presidente, y (llegando hasta á decir que en lo allí ocurrido adquiria otra demostracion de que los hombres eran inferiores á los animales) se quitó del cuello la medalla de la sociedad, la arrojó al suelo, la pisoteó, y salió del salon entre el asombro y la lástima de todos los circunstantes; lástima que, fundada ó infundada, le libró tal vez de algun nuevo disgusto, de alguna nueva prueba de que el hombre no es el más pacífico de los habitantes de la creacion.

La lectura de los periódicos que fueron sucesivamente publicándose y examinando la famosa conferencia, no pudo ser tampoco un desagravio para Sir James. Todos hacían honrosas salvedades sobre la ilustracion, sobre la asiduidad en el estudio, sobre los antiguos méritos del naturalista; pero todos tambien acogían su último trabajo como una coleccion de utopias indignas de un hombre formal: como el recurso de un hombre que, con plétora de ciencia en el cerebro y no teniendo ya que aprender, recurre á fantasear sobre lo aprendido. Los periódicos satíricos no desaprovecharon la ocasion, que se les venía como llovizna, para decir gracias, más ó menos cultas y oportunas; y llegaron á publicar la caricatura del sabio lord quitándose el sombrero delante de un asno y poniéndose humildemente á sus órdenes. Sir James escogió el camino más largo y más inútil; se metió en polémicas periódicas y estuvo á punto de tener mil lances, que los amigos encargados de apadrinarle hacían abortar suplicando á sus contrarios que lo dejaran por loco.

Cansado, rabioso y hecho un veneno, Sir James desapareció de Londres de la noche á la mañana, circulando por la inmensa ciudad los más extraños rumores acerca de su desaparición. Quién decía que había emprendido nuevos viajes al centro del África huyendo de los hombres; quién, con poca caridad y ménos respeto, propalaba la especie de que, disfrazado con una piel de oso, había pretendido y conseguido una plaza de *fiera* en el jardín zoológico, donde vivía á sus anchas y se llevaba admirablemente con sus nuevos compañeros; quién, por último y sin duda con mejores informes, aseguraba que Sir James vivía retirado en la magnífica casa de campo que poseía en Richmond, compartiendo prudentemente la soledad con el estudio, abandonándose á ideas y experimentos que á nadie perjudicaban considerándolo bien, y que no eran, despues de todo, más extravagantes ni más imposibles que otros que en el siglo actual han alcanzado mejor fortuna.

## VI.

Desde el año de 1847 no había vuelto á hablarse de Lord Holywell en una ciudad que, como Londres, tiene al día más de un hecho curioso y de una extravagancia capaces de ocupar la atención de sus habitantes. Pero la muerte del que en otra época dió tanto y tanto que decir, ha hecho que se refresquen ideas casi borradas y que aparezcan en la prensa biografías y retratos del sabio naturalista, aprovechándose los libreros de esta nueva boga de un nombre famoso

(boga á que quizá no son del todo extraños sus manejos) para preparar nuevas ediciones de sus primitivas obras científicas. Nosotros nos hemos propuesto al coger la pluma para escribir esta relacion, no poner nada de nuestra cosecha y no aventurar parecer alguno sobre materia tan difícil; en primer lugar, porque sin aceptar en absoluto las ideas del sabio autor inglés, distamos mucho de creerlas tan disparatadas como pensaban sus colegas,—quizá con más motivo y desde luégo con conocimientos que á nosotros nos faltan: así es que, sin comentario de ninguna especie, vamos á completar nuestra sencilla tarea dando á nuestros lectores algunas muestras del curiosísimo diario encontrado bajo la almohada del lecho de muerte que ha tenido Lord Holywell. Todo él está escrito con lápiz en un libro de memorias que, segun parece, no se ha separado de nuestro héroe en muchos años; y por el cual la misma *Asociacion de naturalistas*, que tan duramente trató á Sir James despues de su conferencia, ofrece hoy, considerándolo como curiosidad, muchos miles de libras esterlinas á sus herederos. Éstos, que se han negado á la venta, se han prestado generosamente á que lo publiquen todos los periódicos de Lóndres.

## VII.

Enero 26, 1848.

¡Bendita sea la hora en que tomé la resolución de abandonar á Lóndres, y, dando gusto á mi insoportable familia, me encerré en este delicioso retiro, donde la vista de la naturaleza me refresca la imaginacion y me conforta el cuerpo, y la de los hombres no me amarga tan gratas sensaciones. ¡Al fin respiro! ¡Al fin me veo libre del gran animal! ¡Al fin puedo abandonarme á mis reflexiones, á mis estudios, á mis experiencias, sin que el brutal clamor de los necios me quite, ya que no la entereza de mis convicciones (que no pueden ellos tanto), esa ilusion, esa esperanza en el trabajo que es el aire necesario para la respiracion y el movimiento de todo espíritu noblemente preocupado. Aquí, en esta amable soledad, donde su ausencia constituye mi mejor compañía, rodeado de los únicos amigos que quiero tener en adelante, de los que, como no son hombres, sabrán algun dia agradecerme lo que voy á hacer en su provecho, vuelve á parecerme un bien la conciencia de la vida. Sólo siento que apenas llegado el instante en que, disipadas por mi esfuerzo las frias tinieblas de la incredulidad, la verdad se imponga á todos como el sol naciente y bañe con su luz los mismos ojos que voluntariamente se cerraron cuando alboreaba, acudi-

rán á mí y me aplaudirán vencedor, los que me abandonan y denigran soldado. ¡Señor, que la felicidad del triunfo no me haga demasiado bueno para perdonarlos!

.....  
.....  
.....

Marzo 3, 1848.

Aquí, sólo aquí depositaré el secreto de mis tareas. Ni una de las pocas personas que, de cuando en cuando y en las ordinarias exigencias de la vida, tengo forzosamente que ver y que tratar, sospechará siquiera lo que llena por completo mi espíritu. Pero el hombre que alimenta esperanzas, el hombre que lleva una idea en su cabeza como la madre un hijo en su seno, necesita calor y simpatía en torno suyo; tiene que repartir con alguien la vida que se desborda de su corazón y que, acumulada allí, le mataría... Tus páginas, blancas como la inocencia, serán libro mio, mi único confidente... Aquí escribiré hoy lo que hoy ha pasado por mí; y, al leerlo mañana, habré encontrado la única manera de que alguien piense como yo, escuchándome á mí mismo.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Octubre 19, 1848.

Las dificultades con que tropiezo son tan grandes que, en ocasiones, hasta me creo capaz de disculpar que alguien haya dudado de lo que sólo puede emprenderse con una fe, con una convicción como la mía. En este sitio, que ni soñado podría ser mejor para mis experiencias, tengo todos los elementos necesarios y los tengo en las condiciones que nunca me atreví á esperar. La mitad de mi fortuna ha desaparecido, es cierto; pero ni la misma reina Victoria tiene en su jardín zoológico una colección como la mía. Casi todos los animales de la creación pueblan mis bosques acotados, vuelan, andan y nadan por el ancho espacio, por los mil senderos, por el hermoso lago de mis jardines, en que una red colocada á ochenta varas de elevación es obstáculo para la fuga, sin zozobra para la libertad. ¿Quién más dichoso que yo? ¡Y se me pasan días y semanas sin ver un hombre!

.....

.....

.....

.....

Mayo 8, 1849.

Las observaciones han llegado á su término. La atención, el oído, el juicio examinador, la paciencia misma, me piden reposo y me convencen de que ya

es inútil trabajar más. Ya sé lo que cada animal dice en cada uno de los momentos de su vida: ya conozco y tengo medidas las diferentes inflexiones de su voz según las necesidades, los deseos, las satisfacciones que experimentan mis queridos huéspedes.

Comprendo por la calidad del rugido si el león está contento ó triste; si la debilidad empieza á molestarle; si algún disgusto doméstico, por decirlo así, le tiene enemistado con su compañera; si la paz va á hacerse entre ambos esposos. Me basta oír al asno para deducir de su rebuzno cuál está por llenar de sus modestas aspiraciones...—El oído debe descansar. La hora de la imitación ha llegado. ¡Ánimo! ¿De qué no es capaz el hombre, á pesar de su pequeñez, cuando verdaderamente se propone una cosa?

.....  
 .....  
 .....

Julio 17, 1849.

Empiezo á mugir con bastante facilidad; aullo muy regularmente; voy relinchando mejor de lo que esperaba, y no desespero de llegar á ladrar en un breve plazo. La garganta se me resiente algo con los continuados esfuerzos á que la someto, y hasta empieza á padecer...—Padezca en buen hora; no pienso ocuparme de ella.

.....  
 .....  
 .....

Agosto 29, 1849.

¡Hosanna! ¡Evohé! ¡Eureka! ¡Ya ladro! ¡Ya balo!  
¡Ya rebuzno á las mil maravillas, y como si en toda  
mi vida no hubiese hecho otra cosa!

.....  
.....  
.....

Noviembre 5, 1849.

¡Espantosa decepcion! He llegado á imitar por completo (así al ménos lo creía) los diferentes idiomas de los animales; me he metido entre ellos, he procurado decirles algo semejante á lo que diariamente me repiten y que tan bien les comprendo, y no me han contestado una palabra. No me han entendido... Aunque por lo general permanecían mudos, en la manera de contemplarme, en la extrañeza dibujada en sus facciones (cada día más elocuentes para mí), bien se dejaba ver que prestaban atencion y ponían algo de su parte para entenderme, adivinando mi deseo. No hay duda: hay en sus idiomas delicadezas de pronunciacion y de acento, que se escapan á nuestro oido torpe y rebelde: me sucede con los animales exactamente lo mismo que á muchos franceses é italianos que llegan á Lóndres seguros de conocer la gramática inglesa, hábiles en la traduccion de nuestros clásicos, y que no son capaces de hacer entender las señas de

una fonda al primer cochero con quien tropiezan al saltar en tierra.—¡Cuánto tiempo gastado para llegar á esta triste convicción! Pero consolémonos con que esta triste convicción podría haber tardado más tiempo en desviarnos de un trabajo estéril.

.....

.....

.....

Diciembre 28, 1849.

¡Qué par de meses! ¡Qué horrible calentura! ¡Estoy en los huesos! ¡Un cadáver tendría buen color colocado junto á mí! Pero ¡qué hallazgo, qué feliz sospecha, y qué éxito tan completo!—«¿Será la de los animales la verdadera lengua universal soñada por algunos generosos espíritus? ¿Será cada medio de expresión de las diferentes especies un dialecto particular, como el irlandés entre nosotros, el *patois* entre los franceses y el catalán entre los españoles?» Esto me preguntaba yo hace cinco semanas; y, estudiada la cuestión con el interés que merecía, todas las pruebas responden afirmativamente. Queda, por lo tanto, simplísimísimo mi trabajo. Me basta aprender, con toda la perfección posible y necesaria, el dialecto que se me antoje; en la seguridad de que, apenas me entienda con un animal, éste me servirá de intérprete para con los demás compañeros.

.....

.....

.....



Diciembre 31, 1849.

¿En qué dialecto me fijaré? *That is the question*, como dice Hamlet. ¿Y por qué no en el más sencillo, en el que para mí presente mayores facilidades? Lo que yo hago mejor, es ladrar...—Desde hoy mismo me encierro con mis perros, ¡y ó hablo con ellos, ó rabiamos todos!

.....  
.....  
.....  
.....

Enero 6, 1850.

Llevo ocho dias de aperreo, ladro más que todos juntos, y me considero capaz hasta de morder; pero no consigo nada. Mis amigos se me ponen delante, como de muestra; mueven el rabo, que es su único modo de sonreirse; me miran con aire de lástima... y me hacen comprender que estamos perdiendo el tiempo lastimosamente.

.....  
.....  
.....

Enero 11, 1850.

La idea es rara, casi con seguridad de imposible realizacion; pero ¿hay otro medio? No hay otro medio. Voy á criar un perro como si fuera hombre; voy á criar, al mismo tiempo, un hombre como si fuera perro: el hombre-perro será capaz de llegar á entenderse con sus parientes inmediatos, y el perro-hombre será capaz de entenderse con él y conmigo; con lo cual llegaremos á entendernos todos, más pronto ó más tarde. Manos á la obra: lo que se tarda en examinar las dificultades, se tarda en vencerlas cuando la victoria es posible.

.....  
.....  
.....

Enero 15, 1850.

La primera dificultad está vencida. Hay una mujer próxima á ser madre, que, encontrándose en la mayor miseria, me cede gustosísima su hijo para que yo se lo eduque y haga hombre... La infeliz se contenta con que yo haga hombre á su hijo; pero yo voy á hacerle mucho más: ¡voy á hacerle perro!

.....  
.....  
.....

Enero 25, 1850.

Una duda, una horrible duda. Lo que dé á luz esa mujer, ¿será un niño, ó será una niña? De una hembra no sería más difícil hacer una perra que un perro de un varon; pero esto traería á mi proyecto gravísimas complicaciones en el porvenir. Nuestra sociedad es muy meticulosa, y una señorita-perra acabaría por no poder salir á la calle.

.....  
.....  
.....

Febrero 3, 1850.

Mis temores se han disipado. La providencial auxiliar que la fortuna me deparó, acaba de dar á luz un robustísimo niño que ha costado la vida á su madre; — ¡digna manera de empezar un hombre su marcha por el mundo! Ciertamente es que semejante desgracia va á evitarme una porción de cuestiones enojosas; pero no puedo ménos de lamentar que esa pobre madre haya fallecido sin ver á su hijo hecho todo un perro. Apenas puesto en condiciones de vitalidad, el recién nacido, ha comenzado á criarse ni más ni ménos que un individuo de la raza canina. Rodeado de seres de la especie en que me propongo hacerle ingresar, una perra le da el pecho y él lo toma sin la menor extrañeza, aunque lastimando á su nodriza, que sufre con

perruna resignacion los feroces mordiscos y tirones de la insaciable criatura, á quien desde el primer momento parece haber cobrado singular cariño. Hay que ocuparse sin pérdida de tiempo de la segunda parte del problema: del perro-hombre. — ¡Pobre animal! No puede ménos de darme horror el pensar lo que me propongo hacer de él... Pero ¡todo por la ciencia! Esa víctima es necesaria.

.....

Febrero 9, 1850.

La eleccion de la madre está hecha. Cordelia, mi perra de Terranova, va á tener sucesion en un plazo brevísimo. He comenzado por apartarla de los suyos y por establecerla en una magnífica alcoba contigua á la mia, toda llena de estatuas, láminas y cuadros representando exclusivamente hombres y mujeres, para que las ideas del animal vayan favoreciendo mis propósitos. Cuido con el mayor esmero de que no vea ni oiga siquiera á uno de los de su especie. Me he constituido en médico suyo y la visito con la misma atención y seriedad que si fuese una señora embarazada. Durante horas enteras, permanezco á la cabecera de su lecho hablando largamente de diferentes asuntos, por si la voz humana puede hacer alguna impresion en el feto, aunque sea puramente física. Si Cordelia se dispone á ladrar, la castigo severamente con una mirada de enojo: esto basta para conseguir su silencio.

.....

Marzo 14, 1850.

Cordelia ha parido siete magníficos cachorros. He escogido uno, el que me ha parecido más á propósito para mi objeto, y he separado de él inmediatamente á sus hermanos y á su madre. Si mis esperanzas se realizan y el perro llega á ser hombre, la sociedad le haría avergonzarse de la madre que le dió el sér, de toda su familia, y siempre es bueno precaver escenas desagradables. Una fresca y robusta aldeana de estos contornos, que no se sale en nada de mis instrucciones y está siempre bajo mi inmediata vigilancia, se ha encargado desde el primer momento de amamantar al hijo de Cordelia.

.....  
.....  
.....

Marzo 18, 1850.

El cielo protege mi obra y mi júbilo es inefable. El hombre-perro, á quien dí el nombre de William (en recuerdo del presidente de la *Asociacion de naturalistas*), ha cumplido hoy mes y medio. Efecto, sin duda, de la leche perruna, el robusto chiquillo, que era blanco como la nieve y de un cútis finísimo, ha comenzado á echar por todo su cuerpo una especie de pelusa color de canela; su nariz va tomando un tinte rosáceo y desfigurándose en una forma que deja esperar su

próxima transformacion en hocico; las orejas pierden sus pliegues y caen graciosamente á ambos lados de la cara; los brazos se dirigen al suelo y ayudan en sus movimientos á las piernas; y, en la parte ménos noble del interesante individuo, una graciosa y movible superabundancia contribuye al efecto total de lo que, hoy por hoy, tiene todavía demasiado de hombre para parecer perro, y lo bastante de perro para ir dejando de parecer hombre. Es objeto de sorpresa para todos los séres de su raza adoptiva, la torpeza de movimientos del hombre-perro. No hay can que, cumplido el primer mes, no disfrute ya del cabal uso de todos sus sentidos y no utilice sus dientes para facilitar á la madre el trabajo de mantenerlo. William está todavía atrasadísimo en su denticion, y los únicos huesos que apuntan en sus encías sólo sirven para aumentar el martirio de su pacientísima nodriza.

.....

.....

.....

Abril 19, 1850.

Fuerza es convenir en que mi pensamiento fué una inspiracion divina. El hijo de Cordelia, á quien he tenido el honor de dar mi propio nombre de James (aunque, para distinguirlo del otro, casi siempre le llamo instintivamente *el perro-hombre*); va sufriendo una transformacion análoga á la de su compañero de metempsicosis artificial. La leche de mujer ha empeza-

do por despojarle de todo el pelo que le cubría la cara, dejándole únicamente un par de mechones sobre los ojos. Su hocico va descarnándose bastante y á nada se asemeja tanto como á una nariz de hombre. Sus orejas, muy graciosas y llenas de originalidad. El cuerpo queda siempre bastante velludo ; pero el uso de la camisa es indispensable. A pesar de que acaba de cumplir un mes, James anda y come solo, se distingue por su limpieza en todas las circunstancias de la vida, y la expresion de sus ojos al escuchar mis palabras, que parece comprender admirablemente, los esfuerzos que ya hace para romper á hablar, me llenan de dulces esperanzas.

.....  
.....  
.....

Abril 27, 1850.

Un pensamiento viene martirizándome hace algunos dias. Siendo tan diferente la duracion de la vida del perro y de la del hombre, si, como parece probable, la violencia impuesta á sus naturalezas en la presente ocasion acorta la vida de ambos séres, va á faltarme acaso tiempo material para que, desarrollada la inteligencia humana de James y perfeccionado el instinto animal de William, la obra comenzada con tan buena fortuna alcance un éxito completo. ¿Quién podrá, sin embargo, negarme que un perro educado como hombre es susceptible de ganar en longevidad en su segunda naturaleza, y un hombre educado como

perro de conservar elementos bastantes para vivir más que todos los de la raza á que se incorpora? Dulce es la esperanza y el desaliento estéril. Esperemos.

.....

.....

.....

Mayo 2, 1850.

¡Oh felicidad! El perro-hombre pronuncia ya algunas palabras y William empieza á ponerse en camino de ladrar.

.....

.....

.....

Mayo 15, 1850.

Decididamente William resulta un perro feísimo y James un hombre sumamente original. A mí me hace gracia; pero tengo cierto temor de que á la generalidad de las gentes que sólo juzga por impresiones, le parezca ridículo. Ambos disfrutan de perfecta salud. William, demasiado obeso por la falta de ejercicio (aún no sabe moverse) y por su intemperancia para la comida. La primera de sus nodrizas, la preciosísima perra Sara, ha muerto tísica, *fumada* por los voraces labios del terrible mamoncillo. James no pára un momento en casa, se pasa los días correteando por el campo, quiere saber el nombre de cuantos

objetos le rodean y no cesa de hacerme preguntas que jamás satisfago en balde. Pero yo, temeroso de que una impaciencia poco prudente imposibilite, para siempre quizá, la resolucíon del problema, he decidido no revelar al perro-hombre el misterio de su vida y los servicios que espero de él, hasta que salga de la menor edad. Intentarlo hoy, sería exponerse á perturbar su razon.

.....  
.....  
.....  
.....

3 de Febrero, 1853.

William, mi hombre-perro, que cumple hoy los tres años, empieza á andar animado y sostenido, en lo posible, por sus semi- semejantes, que le cobran cada día más cariño, á pesar de que él los trata con el mayor despego y promoviendo entre ellos riñas y cuestiones. Parece como si ellos reconocieran que William es un sér algo inferior á los de su especie y tuvieran en cuenta esa circunstancia para dedicarle toda su indulgencia. Otra observacion he hecho. El hombre-perro, se da á entender muy difícilmente, y sus colegas le socorren en todas sus necesidades, más por lo que adivinan, que por lo que él sabe decirles. Perro tan torpe, no lo he visto en mi vida. Apenas me acerco al departamento en que los tengo alojados á todos, alegres ladrídos me saludan, y los tan justamente llamados amigos del hombre, salen á recibirme brin-

cando, tendiendo hácia mí sus patas delanteras como si trataran de abrazarme, moviendo la cola en señal de satisfaccion. William es el único que permanece extraño á tanta algazara ; hasta que me tiene delante no me reconoce ; su torpísimo olfato nada le ha dicho, y lo peor es que cuando ve á su favorecedor, al que le alimenta y le acaricia, su corazon no le dice nada tampoco y permanece en la mayor indiferencia. ¿Quién es capaz de borrar el pecado original? Ahora es perro ; pero, ¡tuvo tan malos principios!

.....

.....

.....

Marzo 14, 1853.

Hoy hemos celebrado con toda solemnidad el cumpleaños del perro-hombre, de mi queridísimo James. Esta maravillosa criatura, aunque sólo tiene tres años y su cuerpo está muy poco desarrollado todavía, es un niño sin semejante. La viveza de su imaginacion necesitaba un empleo y una direccion que no la extraviase falta de plan é imposibilitada de calma: preciso fué, ya hace meses, enviar á James á la escuela del pueblo más próximo, privándome yo del placer de darle por mí mismo los primeros rudimentos de la educacion, para que el trato con otros niños le aficionase á sus juegos, le quitara en lo posible su gravedad nativa y le hiciera tambien tomar maneras y costumbres más propias de su nueva condicion. Mientras vivía exclusivamente aquí, andaba

muy á menudo con los perros, hácia quienes le arrastraba una afición bien disculpable; y adquiría, tomaba posesion por mejor decir, de maneras que el mundo no hubiera dejado de encontrar risibles. Ya movía las orejas apénas escuchaba mi voz, y alzaba una de sus piernas en circunstancias en que semejante accion no era ni necesaria ni conveniente. Cuando le dije que iba á llevarlo al colegio, empezó á dar brincos y saltos y unos gritos de alegría cuya cadencia tuve, en provecho suyo, que prohibirle para en adelante. Fuimos á ver al maestro (sabio y excelente sujeto odiado por todos sus discípulos), y observé que, mientras me hablaba de los estudios del nuevo colegial, el perro-hombre lloraba de ternura, de agradecimiento y de felicidad, por lo que iban á hacer en su favor, por lo que iba á perfeccionarse. El mismo maestro me ha referido que cuando James se quedó en la escuela y se reunió con los demas alumnos, éstos, al ver su facha, que realmente no deja de ser algo singular (aunque agradable), comenzaron á reirse de él y á hacerle burla, poniéndole los más extraños motes y dibujando su caricatura en el encerado. James, que se habia dirigido á ellos con sincera cordialidad, los escuchó primero con sorpresa, más tarde con dolor, y al fin, con resignacion tan tranquila que concluyó por reir varios de los chistes que ridiculizaban su figura, y hasta por añadir alguno de propia cosecha. Incomodados los burlones al ver el poco resultado de su malignidad, quisieron pasar á mayores y pretendieron irritarle pegándole pellizcos y tiznándole la cara con yeso y con tinta; pero les salió mal la cuenta, porque el *novato* llegó á enfadarse y cogiendo

á tres ó cuatro de los más atrevidos, los sujetó con suma facilidad, y haciéndoles arrepentirse de su imprudencia y prometer que no volverían á las andadas, los dejó sin abusar de la reconocida superioridad de su fuerza. El maestro, que llegó al ruido del motin, y que sólo más tarde se enteró bien de lo sucedido, cogió las disciplinas y azotó á toda la clase. Miéntas los demas colegiales lloraban, pataleaban y se las juraban al dómine, el perro-hombre, temeroso de haber faltado sin saberlo, más afligido por ello que por el dolor de los azotes, se hincó de rodillas delante del maestro, besó la mano misma que le habia azotado y hasta parece que llegó á lamerla un poco, cosa que todavía trae al maestro confuso.

.....

.....

.....

Mayo 7, 1853.

El hombre-perro me tiene muy disgustado. Miéntas el perro-hombre hace en la escuela inconcebibles adelantos, reuniendo á una memoria sin ejemplo para aprender, una sagacidad y un juicio admirables para darse cuenta de lo que aprende, William sólo piensa en comer y en dormir. Deseoso de favorecer en lo posible la facilidad de sus movimientos, me propuse darle algunas lecciones de gimnasia. Desistí de que aprendiera á hacer el ejercicio como otros perros, y me limité á procurar que diese algunos ligeros saltos. No hubo medio de vencer su

poltronería, de resolverle á intentarlo siquiera. Me mostré enfadado, le presenté el aro, le estimulé ahuecando la voz, y comenzó á ladrarme. Probé á cambiar de sistema, y para ver si con halagos conseguía más, le alargué un poco de azúcar, que sin el menor miramiento ni cuidado me arrancó de los dedos. Le invité de nuevo á saltar, se lanzó sobre mí y me mordió... en la misma mano que le había dado el azúcar.

.....

.....

.....

.....

Junio 15, 1858.

No encuentro palabras en el más hermoso de los idiomas (1) para describir, ni aún para enumerar las satisfacciones que diariamente me proporciona el perro-hombre. James, á pesar de tener tan solo ocho años y tres meses (que, en honor de la verdad, apenas representa), ha llegado al completo desarrollo de sus facultades intelectuales, y no hay, ni ha habido, ni puede haber en el mundo hombre por el estilo. Al poco tiempo de ir á la escuela, ya sabía tanto como el maestro; y ahora viene éste á casa para que su antiguo discípulo le ilustre con su conversacion. Todo lo que lee y encuentra útil, lo recoge y estoy por decir que lo clasifica en su portentosa memoria. Nada pasa

---

(1) Esto es muy propio de un inglés, aunque se las eche de despreocupado.

en derredor suyo de que no se dé cuenta y sobre lo cual no formule juicio. ¡Qué paciencia para la observación y el estudio! ¡Qué nariz para oler de cien leguas una dificultad y sortearla! ¡Qué tino para seguir un rastro y dar con el escondite de la verdad que apetece! Y, al mismo tiempo, ¡qué nobleza de sentimientos, qué hermoso y constante calor de alma! No sabe ver una desdicha sin tomar parte en ella, sin consolarla y remediarla como puede. No sabe gozar de una alegría sin buscar á todos sus conocidos y hacerles partícipes de su felicidad. En todo es el primero, lo mismo en los ejercicios del espíritu que en los corporales. Infatigable para andar, salta maravillosamente, y nadador como él no se encuentra en todas las costas británicas. Ayer se fué de caza (sin sospechar que esa bárbara diversion no es de mi agrado) y se llevó al hombre-perro. Este haragan inútil y estúpido no cogió á la carrera ni una sola liebre, se comió toda la caza herida por James y, cuando ya estaba ahito, la destrozaba con los dientes por el sólo placer de hacer daño. Gracias á que James hace á cazador y á perro, y pudo pasarse sin su auxilio. Las muestras de la imbecilidad absoluta y de la mala índole del hombre-perro, son lo que me obliga á aplazar mis confianzas con James; porque, hoy por hoy, pensar en el auxilio que debe prestarnos aquel perro indigno de semejante nombre, es pensar en lo excusado.

.....

.....

.....

.....

Setiembre 19, 1860.

Tiempo es ya de dar carrera á James y de buscar á William una ocupacion capaz de sacarle de su embrutecimiento. Respecto al primero, la dificultad está en elegir. El perro-hombre sirve para todo. Su valor, de que ha dado mil pruebas,—alguna sin ejemplo en la historia de los racionales,—lo hace apto para ingresar en el ejército de mar ó tierra; su fidelidad y su delicadeza en materia de intereses ajenos, quizá le impediría realizar una fortuna como comerciante; pero para administrador de cualquier género de bienes, para jefe de policía, para vigilante y guardador del orden público en una provincia revoltosa, no tiene precio. Incorruptible, sagaz, dotado de un instinto seguro para todo, y de una energía que su bondad apenas deja presumir, á su lado, no hay quien no ande derecho. Tambien creo que haría un excelente abogado, un hábil médico ó un profesor capaz de dar gloria á nuestras universidades. Para el cultivo de las artes, tropieza con un grave escollo en su misma sensibilidad. La audicion de una pieza de música le pone fuera de sí, le obliga á dar gritos horribles y, segun me ha confesado, no porque la música le produzca un efecto desagradable, sino porque, sobreexcitando todo su sistema nervioso, el placer llega á ser tan violento que se convierte en dolor.—Escritos los anteriores renglones, me participan que tratan de elegirlo alcalde de este distrito rural. Las personas honradas están de enhorabuena: James sabrá poner

cara de perro á todo el que trate de cometer el menor abuso.

.....

.....

Agosto 17, 1861.

El hombre-perro me tiene ya harto, y no sé qué hacer con él. No hay en él nada digno de un perro. No sirve para nada. Como perro de caza, era inútil buscarle colocacion, porque no caza más que para sí y, además, porque yo tengo declarada la paz en todos mis dominios. Lo hice perro de mis ganados y mordía á las ovejas, huía de la sombra del lobo y abandonaba al pastor en todos los peligros. Otra temporada ha sido perro de ciego, y lejos de guiar al infeliz que se confiaba á su buena fe, se divertía en verle pegar resbalones y rodar por el suelo, para lo cual ponía cuanto estaba de su parte. Tanto me han irritado las hombradas de ese monstruo, que el mes pasado caí enfermo á fuerza de disgustos. En los diez días que guardé cama y mientras el hombre-perro no me dejaba descansar con sus ladridos, con las pruebas de su absoluta falta de interes por mi salud, el perro-hombre permaneció fiel... fiel como un perro! á los piés de mi cama, sin apartar sus ojos de los míos, sin tomar más alimento que el preciso para sostenerse y poder seguir cuidándome. ¡Ah! bien seguro estoy de ello: no me habría dejado morir solo.

.....

.....

Febrero 7, 1863.

El hombre-perro se ha aficionado de tal manera á la carne, que se niega á tomar otra clase de alimento, y va concluyendo, poco á poco, con todas las aves de mi corral. Como la correccion se hace imposible, como el mal ejemplo podría ser funestísimo y, realmente, el hombre-perro, no sólo no sirve para nada, sino que es cada dia más perjudicial á mis intereses y á mis planes, he resuelto propinarle una racion de estrignina. Está visto que un hombre, ni criado como perro puede llegar á hacerse tolerable... ¿Qué sería de tí, mísera humanidad, si todos los hombres fueran perros?—Verdad es que, si lo fueran todos, poco tardaría el universo en convertirse en un monton de rabos.

.....

.....

.....

.....

Octubre 3, 1869.

James, mi buen James, mi idolatrado perro-hombre continúa haciendo las delicias de la capital de Inglaterra, segun las numerosas cartas que recibo. James habla poco en la Cámara de los Comunes, y se limita á proponer cosas útiles para el país. Como alto empleado en la Administracion de Hacienda pública,

no tolera el abuso más pequeño. Días pasados ha estado á punto de ahogar en el teatro de Drury-Lane á un miserable que conspiraba contra la vida del príncipe, del amo de James, como él mismo le llama con orgullo. Su corazón y su entendimiento le han abierto camino franco por todas partes. La sociedad más brillante, no sólo lo acoge, sino que lo solicita y se le disputa: todos los hombres quieren ser amigos suyos; su honradez, su ternura, su fidelidad, su constancia han llegado á convertirle en el favorito de las damas... ¿Se casará con una mujer? ¿Tendrá hijos y nietos en que vaya degenerando la especie? Yo comprendo que exigir hoy día de él que se case con una perra, es un poco duro; pero...—En fin, hoy le escribo y le llamo para hacerle la revelación que ya puede oír sin sombra de peligro; y que quizá no nos dé todo el resultado necesario, teniendo que comunicarse James con los demás perros sin el intermedio de un sér mixto que no hemos podido aprovechar.

.....  
.....  
.....

Octubre 8, 1869.

Llegó James, hablamos, y se descubrió todo el misterio. Éxito completísimo. En un principio, no sólo se sorprendió al conocer las extraordinarias circunstancias de su origen, sino que se tomó una fuerte rabieta y hasta permaneció un día entero sin querer bañarse ni beber agua y huyendo de mí, cosas todas

ellas que me alarmaron sobremanera; pero al fin logré atraérmelo, despachó en mi compañía media docenita de botellas del delicioso Jerez que acaban de enviarme de España (no me pareció prudente que nos excediéramos uno ni otro en semejante ocasion), y persuadido por la fuerza de mis razones, hasta se enorgulleció de haber nacido perro.—¡ Oh! ¡ Es un animal en toda la extension de la palabra!

.....  
.....  
.....  
.....

Enero 26, 1870.

Estamos trabajando juntos y con una actividad indecible: he logrado comunicar á James mi fe y mi entusiasmo. El estudio sobre el idioma animal, comenzado por mí en 1848 y 1849, vuelve á emprenderse ahora con mayores probabilidades de éxito. Mis observaciones y apuntes de entónces, unidos á todo lo que el instinto hace apreciar y descubrir al perro-hombre, nos facilitan la marcha extraordinariamente. La gramática animal estará redactada ántes de tres meses, y en seguida comenzaremos el diccionario.

.....  
.....  
.....

Junio 13, 1870.

Bien. Todo va bien. No hay para qué decir más :  
el éxito es lacónico.

.....

.....

.....

Noviembre 25, 1870.

Bien. Más que bien.

.....

.....

.....

.....

Enero 4, 1871.

Mejor.

.....

.....

.....

Marzo 17, 1871.

¡ Victoria en toda la línea ! El perro-hombre se en-  
tiende con todos los animales y, en los casos de duda  
para mí (que todavía estoy un poco torpe), me sirve

de intérprete. Todas mis previsiones se han cumplido; todas las que la ignorancia ó la envidia llamaba utopías, eran verdades que un rayo de la luz divina había encendido en mi cerebro: los animales son, en efecto, la raza superior á nosotros que yo vengo acatando y reconociendo hace más de veinte años. Para convencerse de que es así, basta tener con ellos una ligera conversacion. Espanta la relacion de los tormentos que les ha costado nuestro yugo; muralla moral, semejante á la de la China, que ha ahogado siglos y siglos el desarrollo completo de una nacionalidad formidable. Me falta tiempo material para apuntar aquí una parte siquiera de las conversaciones que sostenemos con los que ya nos llaman cariñosamente sus hermanos; conversaciones que serían, y serán, precioso asunto para el más importante de los libros. Los animales han tenido siempre una idea pobrísima de los hombres, y únicamente les mueve á dispensarnos algun aprecio la consideración de lo desdichados que nos hacemos con nuestras torpezas; algunas de las cuales son inconcebibles para ellos, y más inconcebibles despues que James y yo hemos tratado de explicárselas. No quiere esto decir que los animales sean espíritus puros y seres perfectos; no: tienen, aunque en menor grado que nosotros, preocupaciones y debilidades parecidas á las del hombre. ¿Acaso podían librarse del contagio viendo lo que ven? «Díme con quién andas, decirte hé quién eres,» como decía Sancho Panza (1). Los pavos reales, confesando ingenuamente su instintiva aficion al lujo, declaran que se

---

(1) Esta cita se hace en castellano en el original.

han reido mil veces de las mujeres y de los hombres que comen mal por vestir bien. Es muy graciosa, y se desprende de ella una oportunísima leccion para la vanidad humana, la opinion que los gatos tienen sobre los hombres. Nosotros no hemos sido nunca á sus ojos otra cosa que «el animal más útil al gato: un animal formado por Dios con el único objeto de ponerle casa, abrigarle, acariciarle, alimentarle y criar ratones para su uso particular.»—Una de mis cotorras, natural de Puerto-Rico y que perteneció durante algun tiempo á un portero del Congreso español, el cual tenía habitacion en el palacio de las Córtes, afirma que lo que más admiracion le ha producido es... ¡lo que hablan los diputados reunidos en Madrid! Los burros, con ser realmente un poco asnos en comparacion de otros animales, se mueren de risa al ver que hay hombres que no creen en Dios y al saber las majaderías en que creen, comenzando por la infalibilidad de la razon humana. El águila compadece á los hombres porque son incapaces de elevarse sobre este mísero suelo, donde vegetan arraigados como plantas con una sola primavera. La paloma extraña que, al llegar la estacion de las flores, cuando todo despierta en torno nuestro, cuando aman hasta los séres que á nosotros nos parecen inanimados, los hombres sigan, en su mayor parte, absorbidos exclusivamente por sus frívolos negocios y sin entrar en el concierto universal de la Madre Naturaleza. En cuanto á la moral, las opiniones están algo divididas: segun los micos, el pecado que más se les afea, no es tal pecado, sino una prueba palpable de amor y de entusiasmo por las obras del Sér Supremo; segun las

zorras, el robo de las gallinas es lícito, y hasta meritorio, cuando se verifica con el ingenio suficiente para que ni se sorprenda ni se castigue. El cerdo sostiene que no hay mejor sistema en el mundo para engordar y redondearse, que ser un puerco y vivir siempre entre basura. Todos los animales nos han dicho á coro cuando les hemos preguntado cómo se las componen para disfrutar, por lo comun, de mejor salud que nosotros, que la causa de eso está, no en haber descubierto medicinas prodigiosas, sino en no tener médicos. No se crea que los animales dejan de discurrir sobre todo lo que ven y de pensar en trasladar al papel sus impresiones para nuestro regocijo y para nuestra enseñanza. Un murciélago tiene proyectada una obra llamada á hacer una revolucion en la estética; en la cual probará, segun él dice, que el murciélago (dejando aparte su indiscutible hermosura y arrogancia) es, de cuantos pueblan el universo, el sér más ilustrado y más amigo de la claridad en todo y para todo. Un topo tiene ya planeada otra en que prueba que la luz no existe, que es una pura ilusion de los que tienen una vista defectuosa y *visionaria*; y concluye afirmando que lo que él propala es tan claro como la luz del dia. Una araña, á quien yo censuré la crueldad con que se apodera de las moscas, las despedaza y se las come, me respondió que la mosca es un insecto que no ha nacido con otro fin que alimentar arañas. Los gansos están indignados por el mal gusto que prepondera en materia de música, y todos se mueren con la esperanza de que la posteridad les haga justicia y lamentemente no haberles oido graznar. Las tortugas viven

persuadidas de que en el mundo nadie más que ellas conoce y practica la difícilísima ciencia de andar despacio; y anuncian que el afán de correr y aún de volar que tienen los demás seres de la creación, será en plazo perentorio la total ruina del universo. Elruiseñor defiende gorjeando la teoría de que el arte no tiene otro fin que realizar la belleza, y proclama que él canta porque siente: el gallo le lleva la contraria, y cacarea que quien no abre el pico *para despertar á la humanidad de su letargo*, ni sabe lo que se hace, ni hace cosa de provecho. El loro se burla de la alondra porque ésta da importancia á su facilidad para píar y hacer con soltura y elegancia toda clase de gorgoritos: el loro desprecia soberanamente lo que llama él «la belleza de la forma,» y habla—lo peor que puede—sobre que el ser artista consiste en decir una cosa buena («chocolate,» por ejemplo) con una voz muy bronca y muy desapacible. La hormiga se cree con derechos á ser la reina de la creación, porque es sin duda (y ella no puede desconocerlo ni dejar de decirlo sin faltar á la verdad) el sér más honrado, más trabajador y más modesto que puede darse. En opinión de los chorlitos, los astros son faroles que Dios enciende al oscurecer para que los animales no se lastimen caminando de noche: y creen también que los truenos, relámpagos y rayos son funciones de pólvora que da el cielo para distraer á sus criaturas en los días nublados. Las ratas no se cansan de repetir que el valor es una bestialidad, una condición que denota ferocidad de sentimientos. El zángano dice que le obliguen á hacer todo lo que se quiera ménos trabajar; porque (son sus palabras) él es

un sér organizado de diferente modo que los demas animales y no halla en el trabajo el placer que ellos reciben. Una sociedad de tigres se propone publicar un razonado y extenso trabajo contra la pena de muerte. El camello vive convencido de que una joroba como la que tiene el dromedario, es cosa feísima; pero dos como las suyas, le parece á él que forman una verdadera perfeccion. El grillo sostiene que para cantar no hay más que ponerse á ello y dejarse de cavilaciones, estudios y ensayos; y confiesa que cuando los grillos no se abandonan á la inspiracion, cantan malditísimamente. Para el caracol el mérito no está en plantarse sobre una cumbre, corriendo ó volando como el gamo ó la golondrina, sino en llegar arras-trando, á costa de mucho tiempo y mil fatigas, como llega él. La mula cree que lo importante á la república es que se labre la tierra; el perro opina que no hay oficio más noble que el de velar y morir por otros séres luchando contra lobos y ladrones; las cigarras no conciben la hermosura del verano sin su sempiterno chirriar; y la langosta considera artículo de fe su conviccion de que es deshonroso divertir al prójimo tri-nando como el canario, piensa que es deshonroso serle útil proporcionándole lanas ó leche á la manera de las ovejas, y juzga que lo único importante es que ella, por el mero hecho de haber nacido langosta, se coma y estropee todo cuanto producen los demas. La abeja cree que el mérito consiste en hacer la miel; pero el oso jura y perjura que consiste en saberla catar y en distinguir cuando está buena y cuando está mala. Los arenques andan muy orondos porque, se-gun afirman, poseen pruebas de que descienden por

línea recta, y muy larga, nada ménos que de la ballena. Los moscardones, todos ellos consumados filósofos, se pasan la vida zumbando, sin dárseles un ardite de que nadie los entienda y asegurando que ellos se entienden entre sí, y no sólo se entienden lo que dicen, sino hasta lo que no dicen, y todo ello al derecho, al revés, por arriba y por abajo, de cuantas maneras puede entenderse y no entenderse, en sí mismo, fuera de sí mismo y entremedias. En política, los leones y los elefantes están por el régimen absoluto, por que el más fuerte sea el que mande; el buey quiere que se le oiga y que no se haga nada sin consultarlo con él; todos los pájaros, las aves de rapiña particularmente, ansían la libertad absoluta; los lobos proclaman la igualdad, desean ardientemente que se saque á los pobres corderillos de la opresion en que los tienen los tiránicos pastores y se les deje andar libres y sueltos por llanos y montañas, en el pleno uso de sus derechos individuales...—Vuelvo á repetir que es tanto y tan curioso lo que hemos hablado, que no hay forma de reducirlo á un apunte. Me limito, por ahora, á decir que los animales se proponen, naturalmente, cobrar el cetro de que injustamente les hemos despojado; pero se proponen tambien ser magnánimos en la victoria y reinar sobre nosotros de muy diferente manera que merecemos. Juran solemnemente no cazarnos, no comernos, y no uncir más que aquellos hombres que demuestren una declarada disposicion para tirar de un carro.—Se concibe, y es bien natural, que los caballos experimenten el deseo de pasearse en coche.

.....

Mayo 1, 1871.

Acaba de reunirse el Congreso-Universal-Animal, y en él han quedado zanjadas todas las cuestiones pendientes. Se han tomado los siguientes importantísimos acuerdos :

1.º Hacer pública la inteligencia de hombres y animales por toda la redondez de la tierra. De aquí saldrán mañana mismo á recorrer el mar y la tierra cuarenta palomas y cuarenta besugos , autorizados convenientemente y con carácter de enviados plenipotenciarios, para que en el plazo de ocho dias nadie pueda alegar ignorancia.

2.º Un ejército de leones someterá á los rebeldes, si llegase á haberlos. Un comisionado parte esta misma noche para África con objeto de reunir voluntarios.

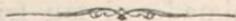
3.º Por ahora, se dejará á cada monarca en su trono respectivo; pero á condicion de un cambio general de Gabinetes, para que, con el sistema constitucional obligatorio y siendo Gobierno los animales, ellos sean real y positivamente los que dirijan la marcha de los pueblos. Un papagayo se pondrá al frente de los negocios de Francia, y claro es que resultará ménos ligero y vanidoso que los hombres encargados hasta la fecha de gobernar aquella nacion. En el Ministerio inglés entrará un leopardo, que nunca resultará tan taimado ni tan frio como los que desde hace mucho tiempo vienen dirigiendo la polí-

tica nacional. A Alemania irá un zorro viejo, que no saldrá tan zorro como el príncipe de Bismarck. Y en cuanto á España, bastará con ponerla á la disposicion de ocho burros de bien, que única y exclusivamente necesitarán paciencia, buena fe y constancia para descubrir y aplicar el remedio de todas sus desdichas.

.....  
.....  
.....

### VIII.

Copiado ya cuanto hemos juzgado que merecía conocerse del diario de Sir James Lowe, nos consideramos en el caso de hacer una advertencia. Al fechar el naturalista sus diferentes apuntaciones, siempre olvida ó desconoce el nombre de la localidad en que escribe. Ésta no era otra que el hospital de locos de Bethléem, donde le había hecho entrar su familia, á causa de los deplorables extremos á que se entregó despues de lo ocurrido con su discurso, ocultando cuidadosamente lo que no podía ménos de afligirla y poner en ridículo á un hombre cuyo mérito reconoce todo el mundo civilizado.





## EL NUEVO LÁZARO.



A D. FERNANDO FERNANDEZ DE VELASCO.

**D**ios, que es sin duda un señor infinitamente bueno y que, como padre de todas las criaturas, las mira con ese tiernísimo amor de que es copia el más grande y desinteresado de la tierra, debe quedarse casi casi satisfecho al contemplar desde su trono alfombrado de nubes y de soles, la constancia de los mortales para descubrir, desenvolver y aplicar los elementos que la bondad divina les otorgó; su ingenio para suprimir los obstáculos de que la divina sabiduría sembró nuestro camino, quizá con el propósito de estimular y templar las fuerzas del alma humana, reflejo del espíritu más alto á que nos acercamos con las briosas alas de la mente y, como reflejo de espíritu tan luminoso, manantial inagotable de claridad y de calor.

Cuando Guttenberg halla en el descubrimiento de la imprenta el mejor medio de agradecer los hombres á Dios el sublime dón de la palabra, el único medio de eternizar las alabanzas de sus beneficios y de llegar hasta El por el ancho, hermoso y seguro camino de la verdad; cuando Morse inventa el telégrafo y anima la materia para hacerla inteligente conductora de nuestro pensamiento arrogante; cuando Graham Bell y Edison inventan el teléfono y el fonógrafo, y puede decirse que amenguan las obras de sus predecesores, que llenan de legítimo orgullo, de racionales esperanzas á los hombres de un siglo, niño mimado de las edades, que aspira á todo y que con nada se contenta, henchido yo de entusiasta y generosa envidia por la gloria de mis hermanos, despues de leer y examinar con avidéz descripciones y láminas, cierro los ojos, me voy al cielo (con la imaginacion), y descubro á Dios atusándose la barba, entre risueño y grave, y diciendo para sus adentros:

—«¡ El diablo son esos chicos! »

Todas las anteriores reflexiones, que bien pudieran haberse excusado, pero que no vale la pena de borrar si habían de sustituirse con otras del mismo autor y por consiguiente de la misma calaña, nacieron de algo, tienen padre conocido, no son reflexiones hospicianas, digámoslo así.

Los periódicos españoles no lo han publicado todavía, pero el célebre abate frances M. Moigno en su interesantísima revista científica *Les Mondes*, anuncia un nuevo descubrimiento que va á dejar tamañitos á la imprenta y al telégrafo, al teléfono y al fonógrafo. Aunque mis lectores se estén pensando diez años en

lo que ha descubierto el profesor de matemáticas más antiguo de la Escuela militar de Saint-Cyr, no hay temor de que lo averigüen. Ni es menester que pasen mis lectores un decenio tan aburrido: yo voy, en un dos por tres, á librarles de semejante ajetreo.

M. Lepelletier, cuyo nombre es hartó conocido de las personas que no tengan la mala suerte de leer por primera vez en el tomo de mis cuentos (arrepentido estoy ya de llamar así á lo que no tiene otro mérito que la verdad resplandeciente por todas sus páginas); M. Lepelletier, iba diciendo, ha publicado con el título de *Álgebra moral* un interesantísimo folleto, cuya lectura recomiendo á la gente amiga de aprender y del que voy á dar aquí una ligerísima idea. M. Lepelletier pretende haber descubierto una ciencia nueva, como quien no dice nada. Hombre que por la índole especial de los estudios á que ha dedicado una vida tan larga como laboriosa (frisa ya en los setenta años) conservaba vírgen la imaginación, de que no carecía, y que, aprisionada por las ligaduras del desden, ha seguido acaso con envidiosos ojos el vuelo de otras facultades, sus hermanas, en el poderoso cerebro de su dueño; al llegar nuestro profesor al límite de su carrera, al aproximarse también al de su vida, por un fenómeno espiritual sorprendente á primera vista, pero más comun de lo que se cree, el matemático se ha hecho poeta, el autor de tanto volumen sobre la ciencia exacta entre las exactas, ha abierto su juicio, desconfiado no sólo ante la demostración sino ante el mismo axioma, al puro raudal de esas inspiraciones que no se discuten ni se examinan, porque se sienten, y que son las verdaderas au-

toras de todo lo grande y lo noble que el hombre ha hecho y ha de hacer todavía en el mundo. Porque el hombre no puede acercarse á Dios si Dios no desciende primero á él, penetrando por misteriosa manera en su corazón y elevándole con el aliento fecundo de la Divinidad.

La idea de M. Lepelletier resulta sorprendente, atrevida, temeraria: reúne en sí todas las hermosuras de que es susceptible una idea.

M. Lepelletier que, como todas las inteligencias de primer orden, no ha fijado su atención en un solo objetivo, hizo el estudio de la historia mejor de lo que por lo comun suele hacerse. No vió nunca en ese leal y desdeñado espejo de la vida humana una interesante novela cuyos lances caprichosos, con las fechas en que tuvieron lugar, es necesario retener en la memoria, sino un conjunto armónico de lógicos, de precisos, de fatales acontecimientos nacidos de los diferentes caracteres de los hombres, y que se repiten con pasmosa regularidad al propio tiempo que aparecen sobre el teatro del mundo caracteres idénticos á aquellos que los engendraron; de igual manera que en la inmensa máquina del cielo siguen los astros su alternada marcha recorriendo las órbitas trazadas de antemano por el supremo albedrío que con ciega discreción obedecen.

M. Lepelletier, meditando sobre varios importantes períodos históricos: la elevación del Egipto, la de Grecia, la de Roma, la de España, la de la misma Francia; al ver palpablemente cómo, en todos los casos, iguales imprudencias han acarreado las mismas catástrofes, comenzó á sorprenderse de que algunos espíritus pequeños y desconfiados negasen la

posibilidad y verdad de toda profecía, sospeché que el procedimiento inductivo de la lógica en las ideas y del álgebra en las cantidades era aplicable á los sucesos de la vida, acaricié su recién nacido sistema con la ternura de madre embelesada, le vió crecer y desarrollarse con creciente júbilo y escribió un libro en que prueba (por  $a$  más  $b$  igual á  $x$ ) que, así como todo lo pasado en el mundo está de acuerdo con cuanto le ha precedido, de esto que le ha precedido y que tenemos ante nuestros ojos, puede deducirse sencillísimamente y como quien tira del hilo de un ovillo, todo lo que está por venir, y hasta lo que puede ser que no venga,—por falta de tiempo y oportunidad.

Lo confieso paladinamente. El sistema de M. Lepelletier me sedujo, y las razones que aduce en su apoyo me convencen y me ponen de su parte. Más diré: encerrado un día y otro en mi estudio con su interesantísimo folleto, como esto de jugar con las ideas es tan divertido y agradable, y como yo tuve desde pequeño una afición tan declarada á las matemáticas (por temor de volverme loco de gusto, las dejé en la primera mitad de la aritmética) he comenzado á dar vueltas, sin pretensiones, por puro entretenimiento, al sistema del dignísimo profesor, á quien regalaré un ejemplar de este libro, en que podrá ver una prueba irrefragable de que ciertas ideas no resultan jamás estériles. El mismo M. Lepelletier ha de asustarse de lo que su pensamiento ha crecido en mis manos.

Con la serenidad de la pacífica victoria lo declaro, lector amabilísimo que todavía me sigues y me atiendes: he llegado á realizar el mayor de mis ideales. Lo

sé todo, absolutamente todo; vamos, lo que se llama todo.

Sé á qué edad voy á casarme y á morirme; sé cuántos hijos va á concederme el cielo, y ¡oh felicidad inesperada! sé que aunque alguno va á salir más bruto que un cerrojo, ni uno siquiera va á sacar la menor disposición para escribir comedias, versos, prosa ni cosa que lo valga. Sé los ejemplares que de mi tomo de Cuentos van á venderse... y de resultas de saberlo, ando asustado, no quiero decirte si por la magnitud ó por la insignificancia del número. Sé... ¡si es tanto lo que sé, que, como sucede á muchos sabios al uso, que ya van cayendo en desuso á toda prisa, apenas sé una palabra de lo que sé!

El *álgebra moral* me ha enseñado que el teléfono está todavía en mantillas, y que la realidad dejará atrás en plazo brevísimo (cosa de cincuenta ó sesenta años) todo lo que la fantasía y el deseo esperan hoy de aquella maravillosa máquina. Con la ayuda de dos espejos electrizados (sumamente electrizados, no hay más remedio), que se colocarán en las estaciones de Madrid y la Habana, *verbi-gratia*, dos novios podrán hablarse y verse á solas, sin el menor peligro... mientras el aparato no salga de un prudente paso de progreso; dos amigos podrán, haciéndose traer la comida de la fonda y colocando media mesa cada uno al lado del aparato, comer juntos desde Paris y Nueva-York, sin reñir ambos con el mozo por pagar la cuenta, pagando forzosamente á escote. El teléfono hará más; el teléfono es una buena persona, y promete llegar hasta donde pueda, por servir al público. Con el empleo de un zumo de limon seme-

jante al que oscurece en el papel la tinta simpática de las epístolas secretas, y que se repartirá vaporizado por todo el globo é islas adyacentes, recogerá el teléfono todas las palabras que andan perdidas y trasconejadas por el mundo desde el año de su inauguracion, y, si somos tan afortunados, que sí seremos, que tanto y tanto doctísimo varon como se pasa la vida clasificando medallas, que no sabe á punto fijo si fueron medallas, aunque ahora tampoco lo parecen; buscando el sentido de frases que pueden tener millones de sentidos, en el mero hecho de no tener ninguno, ni sentido comun; leyendo lápidas que, por más que parezcan guardar el más profundo silencio, deben decir muchas cosas cuando cada uno que las examina lee, por lo ménos, una inscripcion diferente; si somos tan afortunados, vuelvo á decir, que esas lumbreras de la ciencia en conserva y del arte momio (sin segunda intencion) se hagan telefonistas y se tomen el trabajo de clasificar el montoncillo de palabras que podrá dar de sí la conversacion de la humanidad en los cinco mil y pico de años que confiesa la pobre señora, acaso quitándose algunos (no hay mujer que confiese la centésima parte), si todo eso sucede, no hay cuidado: ya podemos echarnos á dormir; ya tenemos la historia universal construida sobre sus ruinas, y con sus personajes por testigos de la verdad de los hechos. Nuestros eruditos conocerán, por las diferentes inflexiones de voz, si habla Adan, Eva, la serpiente, la burra de Balaam, César, Alejandro Magno, Nabucoñosor ó Pepe Botellas, y con ir apuntando, con la calma que ellos tienen, el órden que ellos saben y el juicio que Dios no les amengüe, lo que van oyendo aquí, allá y acu-

llá, figúrese el lector los cuadernos de historia fresquita, como las sardinas, que podrá publicar un editor de esos que nunca acaban de recoger dinero ni de soltar entregas.

Del fonógrafo no digo nada. Habrá mujer requebrada por su amante á los veinte años, que guarde hasta los cincuenta la preciosa caja capaz de repetir á gusto de la *consumidora* aquellas inolvidables palabras de «Me vuelves loco, chiquilla», consolándose de los sofiones de hoy con los piropos de ayer, á riesgo de que el ex-loco cite á ella y al fonógrafo ante el juez de primera instancia por injuria y calumnia. Padre habrá que, arruinado por el rumbo de un hijo calavera, le deje al morir un fonógrafo con un sermón contra el derroche y la prodigalidad; sermón que podrá hacer un gran efecto en el corazón del huérfano conmovido á la voz del difunto autor de sus días... si el huérfano no empeña ó no vende el fonógrafo para dar *tres golpes* á su padre.

Pero ¿qué estamos hablando aquí de teléfono ni de fonógrafo? A la vuelta de algún tiempo, esas serán invenciones trasnochadas y de tres al cuarto. Otras va á haber, acaso ménos grandiosas, pero de utilidad más inmediata, que es lo que conviene á nosotros los hombres de hoy, positivistas, metalizados... y sin metal, como no sea el metal de la voz.

El álgebra moral me dice, y yo la creo bajo su palabra, que pronto se librarán de servir los criados y los amos de casa de que los sirvan. Habrá cocheros y ayudas de cámara de cartón piedra, que no cobrarán salario, ni robarán cigarros, ni darán malas contestaciones, ni se pondrán á medios pelos á pesar de que,

una vez por semana, habrá que limpiarlos con aguardiente de piés á cabeza. Habrá doncellas artificiales de que no se enamore el señorito y cocineras mecánicas que guisen maravillosamente y que sisen poco, aunque siempre tendrán que sisar algo para que resulten cocineras, recogiendo una quinta parte del dinero que se les ponga en el bolsillo cuando se las suelte para la compra, por medio de una valvulita preparada al efecto y de cuyo receptor tendrá la llave el deshollináfámulos que irá de cuando en cuando por las casas.

Habrá mujeres postizas que se vistan con lo que el marido quiera y pueda darles; que se pinten una sola vez en su vida, salvo alguna que otra restauracion; que callen... y no otorguen.

Se confeccionará un delicioso brebaje llamado el *calma-suegras*, que bebido el dia del sacrificio (léase boda, el lenguaje no ha de ser refractario al adelanto comun) por esa calamidad privada conocida con el nombre de *mamá política*, á pesar de no ser, generalmente, ni lo uno ni lo otro, la haga olvidarse de que la víctima es esposo de su hija y la permita vivir sin rabiarse, fuera de los meses caniculares.

Se construirá y funcionará con completo éxito la máquina de madrugar: ingenioso aparato que despertando al hombre más dormilon y perezoso al rayar la aurora; le infundirá deseos irresistibles de saltar de la cama, lo lavará, lo afeitará y le rizará el pelo en un periquete, lo vestirá de piés á cabeza y hasta le presentará una jícara de chocolate con bollo de Viena.

Empezará á emplearse la vacuna del entendimiento, la del valor y la de la desvergüenza; la de la desvergüenza, tan necesaria para pasarlo alegremente en este mun-

do, y que será facilísima de aplicar, sin que, como en las inoculaciones contra los estragos de la viruela, sea preciso repetir la operacion.

Se fabricarán económicos y seguros polizontes de tornillo, tan graves, tan tiesos y tan bien imitados, que no se alterarán aunque se cometa junto á ellos el robo de más importancia, y darán un petardo á cualquiera.

Con lenguas de loro magnetizadas por un procedimiento especial y humedecidas con saliva de sacamuelas, se harán *cajas de conversacion*, ni más ni ménos que ahora se hacen cajas de música. Un orador, un amante, un pretendiente, sentados en su casa con toda comodidad, dirán al aparato lo que ha de decir por ellos cuando llegue el caso: las improvisaciones resultarán á la vez espontáneas y meditadas y la caja tendrá el ingenio suficiente para rectificar por su cuenta y riesgo, hablando siempre bien, y mal cuando fuere menester.

Aquella repetida frase de *no más calvos*, será una realidad hermosísima. Considerado el cabello como una planta, ni más ni ménos que los juncos y los espárragos de Aranjuez, se transplantará, se regará, se abonará por un procedimiento decoroso y aromático, y se espera evitar á ciertas cabezas el peligro inminente de la fructificacion cucurbitácea.

La medicina dará un paso de gigante... del lado de acá de los cementerios. Una lamparilla alimentada con vino de Jerez y que pueda introducirse fácilmente por la boca, iluminará *á giorno* el interior de nuestros cuerpos, que se transparentará por medio de un prodigioso barniz confeccionado con médula de maestro de escuela español; los médicos examinarán á su

gusto todo nuestro organismo y , apénas descubran una lesion, podrán ir á tiro hecho , vamos al decir.

Con dos aparatos, el *cardiómetro* y el *inteligentómetro*, se medirán por pulgadas y áun por líneas el corazon y el entendimiento de los que los tengan; las esposas se tomarán garantizadas ; cada hombre estará en su puesto,—lo cual equivale á pronosticar que en palacios, ministerios y casas particulares, se bailará un rigodon de doscientos mil demonios.

Y todo esto no es nada. La humanidad, de adelanto en adelanto, suprimirá lo que ella, con buen ó mal acuerdo, considera como su mayor aunque última desgracia : se dejará cesante á la muerte con el haber que por clasificacion le corresponda y quedando agradedido todo bicho viviente á la lealtad, celo é inteligencia con que desempeñaba su cargo.

Pero esta invencion capítulo aparte merece, puesto que por sí sola, forma todo el asunto de la primera aplicacion histórica de mis profundos estudios en *Álgebra moral*. Copio *ad pedem literæ*, el suceso que ocurrirá en Madrid, tal como voy á referiroslo , *allá* por los años de 1880.

## II.

Corría y corría que volaba, no sé si de corrido, el año de gracia de 1878, sin que nadie pudiera encontrarle maldita la *idem*. Por este entónces, vino á Madrid el Sr. D. Cucufate Miralpux y Ribelles, antiguo y acreditado farmacéutico establecido en Reus, natural de la misma ciudad y hombre que, sobre conocer como Dios manda todos los principios fundamen-

tales de la química, había tenido ocasion en su larga carrera de juntar en dichoso consorcio esos dos elementos de toda ciencia mutuamente imprescindibles y, si se divorcian, insuficientes: la teoría y la práctica.

Don Cucufate era un sabio de cabo á rabo; pero, al mismo tiempo que un sabio, justo es decirlo, era un catalan. Quiero dar á entender con semejante añadidura, que ese aturdimiento, esa vaguedad de propósitos, esa falta de prevision, única herencia, amén del hambre, que los hombres extraordinarios se transmiten de unas generaciones en otras, eran cosas totalmente ajenas al Sr. de Miralpux y Ribelles.

Cuando él dejaba su casita y su parroquia de Reus, donde era tan querido de todas las clases sociales que había quien se ponía enfermo sólo para aumentar sus ya respetables ahorros, por algo que le tuviera cuenta lo haría el insigne boticario. Cuando él se venía á Madrid ¡en segunda! y yendo á parar á una casa de huéspedes de las de «á ocho reales con principio y chinches á discrecion», gran proyecto sería el suyo, ganancia segura ofrecería, necesaria y de infalible reembolso debería resultar al fin y á la postre una esplendidez tan insólita en el más parco, económico y frugal de los hijos de Reus.

¡Ahí era un grano de anís lo que traía á D. Cucufate por la villa del oso! D. Cucufate había descubierto un bálsamo que resucitaba los muertos (como ustedes lo leen) y que prolongaba indefinidamente la existencia de los vivos, prestando al suicidio un carácter temporal y transitorio muy agradable para las personas apestadas de su época, y tambien para los hombres

políticos cansados de esperar el poder; los cuales no tendrían que hacer otra cosa que echarse á dormir, encargándose la familia de despertarlos cuando el Rey los llamase á formar gabinete.

Don Cucufate Miralpux estaba tan contento de la invencion como seguro de los resultados: una vez demostrada la eficacia del bálsamo, y para ello con una sola prueba había bastante, ya podría pedir por aquella boca miles y millones. Los que se muestran sordos á los reclamos del doctor Garrido, no dejarían de darle lo que les exigiera por no soltar el pellejo y por volver á disfrutar de la dulce compañía de otros séres amados y perdidos.

Don Cucufate calculaba... como un catalan: el éxito de la empresa dependía quizá, y sin quizá, del primer golpe: era preciso escoger un muerto de muchas campanillas, cuya resurreccion fuese generalmente agradecida y celebrada, y que no le acarrease, por sus ambiciones ó por sus vicios, disgustos con el gobierno ni con la autoridad judicial. D. Cucufate se fijó desde luégo en el grupo de los hombres de gran talento, que son pasmo y regocijo del mundo y pueden volver á la vida sin odios, rencores, ni desconfianzas. Si á D. Cucufate le asesinaban su resucitado, iba á ser aquello el cuento de nunca acabar.

Pero no lograba decidirse nunca: el mismo anhelo de elegir lo mejor, le mantenía indeciso y constantemente caviloso. Al fin se resolvió y tomó su partido: un suelto de la *Correspondencia de España* despertó en su atolondrada cabeza una idea feliz, la mejor que podía habersele ocurrido... ¡Qué cosa tan rara es el nacimiento de las ideas!

## III.

Decía así el suelto del popularísimo periódico, á quien suplico que tenga en cuenta ese adjetivo cuando llegue el caso.

«Completamente terminadas las últimas obras de instalacion y ornato, el próximo lunes tendrá lugar la inauguracion del *Congreso-cervántico*, de que diversas veces hemos hablado á nuestros lectores. Los cuarenta y nueve diputados correspondientes á las provincias de España, están ya elegidos por sufragio universal, no habiendo faltado en algunos distritos ni los escándalos, palizas y apabullos que dan tanto carácter á un sistema en que no cabe el indiferentismo y la flojedad de convicciones.

»En la reunion preparatoria, verificada ayer, resultó elegido presidente el Sr. D. Mamerto Ribagorza y Mendigorría, autor de un notabilísimo comentario del *Quijote*, treinta veces más extenso que el de Clemencin, y cuya publicacion viene retardando el plausible pero infructuoso deseo del autor-editor de que toda la obra salga impresa en la misma clase de papel; cosa irrealizable mientras no monte el Sr. de Ribagorza su fábrica (ya en construccion) de papel eterno. Mañana daremos el programa de la funcion inaugural, que promete llamar la atencion de todas las personas de gusto. Las papeletas están muy solicitadas, y la Junta Directiva del espectáculo, deseosa de que disfrute de él el mayor número posible de perso-

nas, ha repartido ya una cantidad de billetes cinco veces superior á la de gente que cabe en el local. Es una determinacion que honra á la Junta, y por la cual sinceramente la felicitamos.»

Hé aquí el suelto, cuya lectura fué un rayo de luz para D. Cucufate. Apénas se fijó en el nombre de Cervántes, comprendió que éste era su hombre, abandonó todas las demas candidaturas, llegó hasta á creer que la Providencia disfrazada de periódico (para ocultarse mejor) le hablaba en aquellas letras borrosas y en cierto modo fantásticas y sibilíticas.

Ni buscado con un candil era posible encontrar un candidato á la vida mejor que el autor del Quijote, el manco sano, el regocijo de las musas, el escritor más popular de España, el poeta cosmopolita por excelencia, tan reverenciado y querido en su patria como en todas las naciones del mundo; muchas de las cuales, al pensar en Miguel de Cervántes Saavedra, deben sentir amargados su orgullo y su alegría por haber salido del dominio de los españoles, de aquel pueblo que temeroso de no tener bastante mundo que conquistar, necesitó y encontró un nuevo mundo nacido de los abismos del Océano á la poderosa evocacion de su fe. Hoy son libres aquellas naciones á cuyas fortalezas dió sombra un tiempo nuestra bandera gloriosísima: son libres, si; pero ya no pueden decir: «El autor del Quijote es hermano nuestro.»

Pero no nos remontemos demasiado, que como opinaba maese Pedro, el del retablo de Melisendra, las cosas deben contarse sencillamente, y toda afectacion es mala. Esto aparte de que todavía nos quedarian leguas de mal camino.—Miedo me da, ilustradí-

simo lector, lectora hermosa y elegante como ninguna (porque á cada una en particular la encuentro yo mejor que á todas en conjunto), miedo pánico se apodera de mí cuando paseo los ojos por la colección de équis, raíces cúbicas y ecuaciones de todos los grados amontonadas sobre mi revuelto bufete. Ánimo y adelante; que quien va embarcado y mareado no debe mirar el agua, si está bien con sus tripas.

Iba diciendo que D. Cucufate Miralpux agració al príncipe de los ingenios con la suerte de volver á esta pícara vida que tan malas pasadas nos juega, y á quien—ni más ni ménos que á las mujeres,—parece como que por lo mismo queremos y deseamos más.

Cada vez que el catalan ilustre pensaba en su elección, hallaba un nuevo motivo para felicitarse de ella. En primer lugar, era un hombre tan inmortal Cervántes que, por poca relacion y conexión que queramos conceder al alma con el cuerpo que la encarcela, el cuerpo que sirvió de prision á Cide Hamete Benengeli debía ser más fácil de animarse y desperezarse tras el pesado sueño de la muerte, que tantos otros como anduvieron por ahí y cuyos espíritus valían casi tan poco como ellos. En segundo lugar, Cervántes, sobre ser el genio quizá ménos discutido del mundo, por su carácter bondadoso y noble, por la generosidad de sentimientos que su obra tanto como su vida ha certificado siempre, por su pobreza, por su poca disposición para quitar á nadie su puesto (si su puesto no era de combate y sonaba á cosa así como Lepanto), Cervántes podía volver impunemente á este globo sub-lunar, contando con las simpatías de todos los

nacidos y la gratitud de todas las generaciones en planta, bosquejo ó borrador.

D. Cucufate no procedió de ligero. Antes de escoger á Cervántes pensó y repensó si sería mejor para su negocio y para el bien de la humanidad irse él á Paris y sacar á Napoleon I vivo y coleando, como merluza en red, de la cripta de los Inválidos. Y quien dice á Paris, dice á Lóndres, á Filadelfia, á Berlin, ó á San Petersburgo, y proponer á esos pueblos, por una cantidad alzada (lo más alzada posible) una segunda edicion ó reproduccion de Pitt, de Washington, del gran Federico ó de Pedro el Grande.

Miralpux y Ribelles concedió pocos momentos de exámen á este plan. Hombre práctico ante todo, comprendió desde luégo que al fervor producido en Francia por la *reprise* del héroe de Arcole, sucedería indefectiblemente su arrastre entusiasta y patriótico al compas de la Marsellesa, ó su fritura con petróleo, ó su descomposicion en piezas; que quienes en columna le trataron con tanto cariño, no habían de hacer ménos por la persona misma. Lo de Washington no hubiera estado mal tampoco; pero dicen que quien no se aventura no pasa la mar; para ir á los Estados-Unidos, era forzoso pasarla, y nuestro amigo el boticario no tenía maldita la gana de aventurarse.

Gran idea, y de actualidad, resultaba la de echar á Pitt tapas y medias suelas... Pero ¿lo consentiría la señora de Rusia? Soberano pensamiento, capaz de calentar á ese país de sorbete, el de dar cuerda al augusto cónyuge de Catalina... Pero ¿dejarían los ingleses dar vueltas á la llave?

Al buen juicio de la gloria farmacéutica de Reus no podía ocultársele nada de esto; ni podía olvidar tampoco, para resolverse del todo y para siempre á hacer dar á Cervántes la vuelta al mundo, que el portentoso novelista tenía el buen gusto de ser grande amigo y admirador de los catalanes, diciendo en *Las dos doncellas*, al hablar de Barcelona, la ciudad querida de los hijos del Principado, que era «la flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería» y que sé yo cuántas cosas más tan verdaderas como elegantemente expresadas.

—«¡Voto *va Deu!* (decía D. Cucufate, recorriendo de pared á pared, con paso y medio, su cuartito de la calle del Salitre.) ¡Quien habla así de *Barcelona*, lo *resusito* yo, y trabajo *en resusitarlo* hasta el mismo momento *que* me den los *Santos aseites*; y *tingo* más gusto á que yo lo *resusite* que á que me hagan *sélebre* y me retraten á la *Ilustració* y me levanten *una calumnia* á la mitad de la Rambla!»

#### IV.

Llegó el domingo y, á las veinticuatro horas justas, el lunes; el día fijado para la sesión inaugural del Congreso Cervántico.

Aunque Madrid va acostumbrándose ya á los *Cervantistas* (así se llaman ellos), aunque se pensaba generalmente que nada podría haber ya digno de lla-

mar la atención después de tanta y tanta cosa como han llevado á cabo con una constancia de que nunca los juzgamos incapaces, la verdad es que la idea del Congreso tenía cierta novedad y frescura; era aún más estupenda que las *estupendeces* anteriores, y Madrid que, aunque no sea un pueblo demasiado tierno de corazón, es un pueblo que se conmueve por cualquier cosa, decidió, apenas leyó el suelto de la *Correspondencia* y se enteró del programa de la función, asistir *todo él*, costara lo que costara (y si podía ser de balde, mejor) á fiesta tan peregrina, á reunión de gentes tan numerosa, á acto tan literario y patriótico.

Cabrían en el local, que no dejaba de ser espacioso, unas 2.500 personas muy desahogada y cómodamente repartidas por tribunas y pasillos; con mucha estrechez podrían meterse allí hasta 3.000 valientes *de ambos sexos* (como dicen los carteles de teatro tendiendo inconscientemente al hermafroditismo); sin responder de asfixias, satinación de callos, dislocaciones y abortos, acaso entraran, para no salir, 60 ú 80 más; y recurriendo á la trituración, abriéndose calle de esas dos irresistibles cuñas que se llaman «curiosidad de mujer madrileña dispuesta á divertirse «y energía de caballero sin educación,» no sé hasta dónde podría llegarse: hasta el infinito, hasta la eternidad.

No hubo hembra en Madrid,

«desde la princesa altiva  
á la que pesca en ruín barca,»

que no quisiera ir al Congreso Cervántico. Allí ha-

bría mucha gente, ocasion propicia para lucir el traje nuevo, para ver á Fulanito, que irá allí por otra, y á Menganita que estará más fea y más cursi que de costumbre y pasará una tarde feroz; por último, se trata de Miguel de Cervántes, hombre de talento segun ellas han oido decir y que alguna que otra conoce (sabe hasta que es ingeniero é individuo de la Sociedad geográfica), y no es cosa de que las mujeres madrileñas permanezcan indiferentes á toda reunion de personas donde no se baile ó se pasee en coche, dando así la razon á los que las tildan de superficiales, ligeras y cabezas de chorlito.

La funcion era, naturalmente, de convite y las pa peletas se solicitaban, se disputaban, se robaban casi, con una tenacidad, con un encarnizamiento, con una astucia superiores á toda ponderacion. Había *cervantista* empleado en Hacienda con 10.000 rs., que se encontraba con una carta de puño y letra de Cánovas pidiéndole ocho papeletas de señora y que, *pretendido* por el presidente del Consejo, debiéndole su colocacion y no queriendo deberle jamás su cesantía, llamaba á su mujer y á las hermanitas de su mujer, les exponía la situacion, les arrebatava la felicidad y con media docena de arañazos y más de media de frases de esas que sólo las esposas dicen y los maridos oyen, salía mi hombre del paso y el Excmo. Sr. D. Antonio del suyo. Cervantista había tambien que comprendiendo que mucha gente de buena posicion y aficionada á las letras, se privaba de asistir á la fiesta, dejaba de dar al acto esplendor é importancia con su presencia por el mal acuerdo de no haberse puesto á la venta una parte siquiera de los billetes, dispuesto á

sacrificarlo todo por Cervántes, arrambló con las papeletas que pudo, y *sotto voce*, bajo cuerda para que el bien se consiguiera sin el menor escándalo, se las cedió á un activo revendedor del Real por un precio razonable, *emporramonedándose* unas cuantas doblillas y pensó muy seriamente en mandar decir una misa por el alma de Miguel de Cervántes Saavedra.

Don Cucufate había formado deliberado propósito de asistir á la sesion para anunciar allí su bálsamo prodigioso, y más deliberado si cabe, y aunque no quepa, de no gastar un céntimo en el billete que no pudo agenciarse *gratis et amore*.

El prudente Miralpux no había estado nunca en Paris, pero había oido contar, ó presentía y encontraba instintivamente, esos ingeniosos recursos que tienen algunos hombres de buen humor, y su poquito de descaro, para ir á los espectáculos públicos sin el menor detrimento de la virginal pureza del bolsillo.

Un quídam, bastante mal puesto, entraba una noche en el célebre jardin del Tívoli, nido nocturno de *cocottes* y *petits crevés*, y al ver el recibidor de billetes cómo se colaba silbando con insolencia el *couplet* á la moda, la pipa en la mano izquierda y la derecha y el puño del baston en el bolsillo del *chaquet*, lo detuvo y le pidió el billete.

El desenfadado mancebo miró de piés á cabeza al pobre diablo, y haciendo un gesto de soberano desden, prosiguió su triunfante marcha pronunciando esta concisa frase con la pipa entre los dientes:

—*Tivoli fils.*

Ante tan irresistible conjuro, mil veces superior al «Sésamo, ábrete» de *Ali-Bába*, forzoso era ceder y de-

jar el paso franco, sin meterse á averiguar si los jardines tienen hijos. El gorrón pasó, y el engorrado hasta le saludó quitándose la gorra, como á sér superior y venerable.

Dos amigos, jóvenes tambien, entran otra noche en la Grande Ópera cogidos del brazo y con ese aire tranquilo y apacible del que entra en su casa; sin prisa, sin afán, sin fijar la vista en parte alguna. A pesar de esto, hay quien les sale al paso y hasta parece que va á pedirles los billetes. Uno de ellos mira con sereno descuido al dependiente del teatro que avanza hácia él; le dice poniéndole sobre el hombro una mano protectora y señalando á su compinche:—«El señor viene conmigo,» y se desliza por el vestíbulo sin que nadie tenga valor para decir una palabra más á hombre tan influente sin duda con la empresa.

Seguro de hallar en el momento supremo la inspiración más oportuna, se dirigió D. Cucufate Miralpux al Congreso Cervántico cuando todavía faltaba una hora larga (hora y pico, quiero decir, porque todas las horas tienen sesenta minutos) para que comenzase la función. Aún no había en el local más que un número de víctimas relativamente pequeño.

El gallardo farmacéutico se lanzó á la puerta de entrada con toda la soltura y brío capaces en él, y al pedirle el portero la papeleta, se caló las gafas para poder mirarle más descocadamente, y le dijo:

—¡ Hombre! Está bé. ¿ A mí papeleta? ¡ Papeleta á *Servántes!*...

El portero era asturiano y no desconfió; había sido cabo de gastadores y se ruborizó como una purísima doncella; había estado en África y tembló como un

azogado, se deshizo en cortesías y excusas y dijo al catalán:

—Usted perdone... Yo me pensaba que V. se había muerto y que hoy había aquí una fiesta *con ese motivo*.

—Pues ya puedes *convenserte en tu error* con mirarme *en la cara*,—repuso D. Cucufate sonriendo benévolutamente; y alargando al portero un cigarro de papel que se le había tronchado en el momento de ir á encenderlo, penetró en el local majestuoso y grave como un bajá de tres colas, satisfecho de sí mismo y seguro de que entraba allí con buen pié, puesto que el entrar no le costaba un cuarto.

## V.

Alguna gente había por los pasillos, que eran bastante anchos y desahogados, y permitían que se aguardara paseando por ellos el tiempo que faltaba para abrir la sesión.

Don Cucufate sacó un cigarro, pidió lumbre á un caballero y, con esa facilidad que tenemos los españoles para entablar conversacion con cualquiera, —condicion que, como la mayoría de las nuestras, presenta un inconveniente y una ventaja de nuestro carácter,— enteróse el boticario de que la funcion no concluía para todo el mundo con lo anunciado en los periódicos; supo que, despues de terminada la parte literaria del acto y libre el salon de espectadores, iba á colocarse en él una ancha mesa en forma de herradura para que todos los diputados cervánticos pudieran

sentarse á ella y participar de la magnífica cena quijotesca que pagaba el presidente D. Mamerto Ribagorza y Mendigorria, que iba á servir Fornos, y que los presididos devorarían seguramente con celo verdaderamente cervántico, como quien cena por Cervantes, recordando sin duda aquella aseveracion del pobre Narciso Serra, tal vez fuera de la historia, pero completamente dentro de la verosimilitud:

«Que Cervantes no cenó  
cuando concluyó el Quijote.»

Supo tambien D. Cucufate que la opípara cena cervántica no era única y exclusivamente para los individuos del Congreso, sino que, á propuesta de varios diputados, con el objeto de que algunos amigos pudieran asociarse tambien á esa manifestacion *bucólica*, no ménos agradable que la sesion literaria, se daría entrada en el comedor á toda persona vestida de rigurosa etiqueta que aprontase la cantidad de cinco duros, precio del cubierto para los comensales paganos.

La cuestion era grave y D. Cucufate le dió cien y cien vueltas, conviniendo al fin consigo mismo en que el gasto era absolutamente imprescindible, fatal y dichosamente reembolsable; en que debía hacerse sin pensarlo más, para sufrir ménos. La invencion del boticario insigne, si había de verificar con algun éxito su solemne epifanía en este bajo mundo, sin fe, sin esperanza y sin caridad cuando algo superior á él se ve obligado á solicitar su apoyo, necesitaba de esa tiernísima indulgencia, de ese franco idealismo, de esa abundancia de corazon que reflejan en el ánimo, limpiándolo de tristezas y necesidades.

los útiles y dulces placeres de una buena mesa, las rejuvenecedoras libaciones de unos buenos *caldos*, como se dice ahora.

Si la revelacion del portentoso hallazgo científico llegaba á los postres, podía creerse y esperarse en la resurreccion de los muertos; si no, forzoso era renunciar á la vida perdurable.

Cuando ya iba D. Cucufate hácia la Secretaría del Congreso, un pensamiento dolorosísimo le asaltó de repente como escondido ladron á pasajero confiado. D. Cucufate no tenía frac, ni corbata blanca, ni guantes blancos, ni nada completamente blanco, si hemos de ser justos. El grande hombre no se abatió por ese golpe de la contraria suerte: convocó y reunió sus bríos, reprimió un ¡ay! y balbuceó para su uso particular:

—«Hernan-Cortés quemó sus naves, yo cortaré parte *en los faldones* á mi levita... Pantalón negro no lo *tingo* tampoco; pero *tingo* uno claro que lo echo á reñir con el *més* oscuro que haya en *Madrid*. Guantes y corbata, *les alquillarems*.»

Tomó su billete nuestro amigo, pagó (sin mirar el centen para poder abandonarle) y una oportuna reflexion acabó de devolverle esa calma que pierde algun catalan que otro en el instante indefinible de experimentar un desprendimiento metálico:

—«La *veritat* es que con *sinque* duros, *tingo* yo bastante para comer un mes, y eso tratándome *come* no *le mereasco*. *Estams* hoy *en* 3o de Junio... Está *bé*... Esta noche comeré por todo el mes que viene.»

## VI.

Un alegre, bullicioso y repiqueteado campanilleo anunció á aquel inmenso barril de sardinas humanas, cada momento que transcurría más prensadas y resueltas á divertirse, que ya se iba á abrir la sesión. También se abrieron las claraboyas, y un simulacro de aire, entre pastoso y tibio, penetró cobardemente en la cámara y malogró varios conatos de respiración que no tuvieron ulteriores consecuencias.

El inmenso, el robusto, el sanote y flamígero don Mamerto Ribagorza y Mendigorría, que, más que un hombre solo parecía un coro de hombres compacto y unido para cantar «la bendición de los puñales» y á quien, á buen seguro, hubiera tomado el hidalgo manchego por un desaforadísimo gigante, púsose en pié con la gravedad y prosopopeya dignas del lugar y de la ocasión, tosió y regocijó á todos los vidrieros del barrio, y acaricióse con una pieza de holanda aquella babilónica nariz capaz de consolar á Ovidio Nason y cuyas ventanas, ó si se quiere miradores, por lo anchas, por lo lóbregas y por lo abundantes de toda suerte de enredaderas y parásitas, á dos cuevas de Montesinos contiguas y gemelas se asemejaban y parecían.

Un silencio relativo,—é innecesario, porque la voz de D. Mamerto haría pobre la instrumentación de Ricardo Wagner si hablara acompañándose de toda la orquesta que rascó, sopló y zurró en la trilogía de marras,—reinó en todo el congreso.

No trasladaremos íntegro aquí el discurso del cíclopeo presidente: de su oracion y de cuantas en aquella memorable tarde *se pronunciarán*, daremos á nuestros lectores una idea ligera y suficiente al propio tiempo. Por lo demás, el trabajo de deducir letra por letra lo que allí debe decirse (acaso no deba), hecho está por mí con exactitud escrupulosa y hasta copiado en cándidas cuartillas y letra digna del difunto Iturzaeta. Las personas que se presenten en esta humilde casa con mi tomo de *Cuentos* por única recomendacion, disfrutarán del gusto de verlo, y aún de la facilidad de copiarlo.

El Sr. D. Mamerto se extendió en mil consideraciones históricas, filosóficas, humanas y divinas—algunas eran verdaderamente divinas,—en las cuales no hay para qué, ni puede ser que haya tampoco cómo seguirle. A bien que el niño puede ya ir solo por donde mejor le parezca. Indicó despues cómo habia nacido y desarrolládose en él, tomando cuerpo proporcionado al del padre-madre, el pensamiento de abrir en España unas Córtes del Quijote, un Congreso en honor de Miguel de Cervántes. Aseguró—y lo aseguró con voz tan gruesa y cara tan fosca que nadie se hubiera atrevido á contradecirle aunque su opinion no fuera como la cifra y ramillete de las de todos,—juró y perjuró que en Madrid se dejaba sentir la falta de un sitio donde se hable única y exclusivamente del *Quijote*, donde se lea única y exclusivamente el *Quijote*, donde se mire y única y exclusivamente puedan contemplar los ojos dibujos y pinturas inspirados en el *Quijote*. Confesó D. Mamerto que, decidido él y sus amigos á honrar á Cervántes, se había pensado en un

monton de cosas diferentes y hasta opuestas á la realizada; pero dijo que todas ellas se habian desechado al fin por útiles (1). Puso el Sr. de Ribagorza dichoso y satisfactorio término á su interesantísimo *speech* dando una idea del criterio que presidió en la junta encargada de formar el reglamento. El congreso celebrará sesion diaria, todos los dias (se escribió en esta forma porque en un reglamento toda claridad es poca, y, á veces, una falta de estilo puede librar al presidente de cometer otra de hecho). La biblioteca quijotesca, formada únicamente con todas las ediciones del *Quijote* publicadas en España y en el extranjero, en toda clase de idiomas, conocidos y desconocidos, estará abierta y á disposicion de los señores diputados, encargándose de servir el cargo de bibliotecario, en obsequio á la noble idea que á todos anima, un sobrino del mismo D. Mamerto, licenciado en leyes, en filosofía y letras, en medicina y en farmacia, perito agrónomo y profesor de idiomas y de equitacion, el cual, con tanto saber, no sabe encontrar una peseta en este mundo misérrimo y, por dar gusto á su tío, formará el complicado índice de la biblioteca cervántica y se contentará con un modestísimo sueldo de diez mil reales al año y habitacion en el propio edificio del congreso. El mismo D. Mamerto aseguraba que no se podía hacer más; y todos lo creyeron, porque, á ser posible, no se hubiera parado él en barras. Se procederá inmediatamente á encargar

(1) Supongo yo que esto será un error de cálculo mio y que deberá decir «se habian desechado por inútiles»; pero he hecho la operacion veinte veces y siempre sale la misma palabra.

á los primeros pintores de Madrid (no dándose preferencia sino á los que sean al mismo tiempo pintores y diputados cervánticos) una serie de copias de todos los retratos del *escritor alegre*, encontrados, buscados y soñados con los ojos abiertos y en mitad del día, que no entre las caliginosas sombras de la noche. Opinaba Ribagorza, y un murmullo general de aprobación le decía que estaba en la firme, que hallándose comprendidos entre los retratos considerados como de Cervantes todos los tipos humanos (pudo añadir Ribagorza que algunos tipos inhumanos también), de esperar era que, repartida la colección de imágenes por las paredes del congreso, en un lado ó en otro, más arriba ó más abajo, aquí ó allá, estuviese el verdadero, el único retrato de Miguel de Cervantes Saavedra, que nadie se atreve á asegurar que conoce á estas horas. Insinuó el orador, así como de pasada y con cierta volubilidad, la conveniencia de fundar un periódico diario, órgano del congreso, que podría muy bien titularse *Cide Hamete Benengeli* y que entre él y su sobrino podrían redactar y administrar, corriendo con todo. Anunció, muy conmovido, con los ojos convertidos en canalones y la inmensa mole del cuerpo amenazando terremoto, cuán estériles habían sido las gestiones practicadas para encontrar, arañando las paredes de la casa de Argamasilla—cárcel del ingenio mayor del mundo—y desembalsamando habitaciones y limpiando el pozo y las letrinas de la habitación de la calle de Francos, que hoy lleva el nombre del que la inmortalizó muriendo en ella, algunas monedas de oro, plata ó cobre que consintieran empezar á reunir el monetario de Miguel de

Cervántes. No se encontró un ochavo ni el menor indicio de que por allí hubiese habido nunca tal cosa, ni parecida.

Un nutrido palmoteo celebró la conclusion del discurso de D. Mamerto, que se derribó sobre el sillón presidencial y lo resintió de los riñones para toda la legislatura.

Cumpliendo rigurosamente el orden del programa, que no hemos insertado de intento, para que sea completa la sorpresa de nuestros lectores, se procedió por un señor diputado á la lectura de la primera parte del Quijote. Se había deseado por algunos cervantistas que se leyesen ambas partes del delicioso libro; pero otros, más discretos que los demas, cayeron en la cuenta de que acaso no hubiera tiempo en una sola noche para leer los dos tomos. La mayoría se hizo cargo de la razon y dijo: «No extrememos las cosas: contentémonos con la lectura de la primera parte.»

Y así comenzó á ponerse por obra. El encargado de leer en público lo que todos conocían y lo que quien no lo conociera podría y debería leerse en su casa, aunque hombre sano y fuerte como un roble, dotado de voz clara y excelentísimos pulmones, leyó un capítulo, y dos, y tres con buena entonacion y aliento bastante; comenzó luégo á desmayar poco á poco; púsose ronco más tarde, y quedó, por fin, completamente afónico al cabo de tres horas de leer y al mismo tiempo que la mayoría de los presentes comenzaba á estar en éxtasis cervántico, á soñar con Cervántes y áun, áun á disparar con sonoros ronquidos imponentes salvas á la gloria del primer novelista del orbe. El entusiasmo había llegado hasta el

delirio, hasta el frenesí, hasta el olvido de todas las cosas terrenales.

El presidente, á quien uno de los secretarios tiraba de la manga, suspendió la lectura del *Quijote* diciendo que no era justo molestar por más tiempo al socio que se había hecho añicos los bronquios en obsequio de Cervántes (del cual alcanzaría sin duda gratitud eterna), y se procedió á la lectura de poesías dedicadas al héroe inmortal de la sesion.

Varios jóvenes, y algunos que quizá lo habrían sido, se presentaron en el hemiciclo luciendo con alegre desentado los sueltos fraques y las albas camisolas adornadas con anchos y relucientes botones de oro, calzadas las manos con estallante guante color de paja, y empuñando en la siniestra un níveo rollo papeláceo (que diría un culto) de tamaño razonable, y que, como las armas de fuego sebre el seguro, podría dispararse á su tiempo.

El presidente dijo casi á la par: «Presenten armas» y «apunten,» y un fuego graneado de retumbantes odas, de sonetos estreñidos, sin estrambote, con estrambote y estrambóticos, de letrillas apacibles ó picarescas, de décimas positivas y reales y de á real, de rondillas más ó ménos redondas, cayó sobre aquella inerme multitud, que lo recibió y sufrió valerosamente con una resignacion y una humildad dignas de mejores composiciones.

Apénas se dijo á Cervántes todo lo que puede decirse en verso, y lo que no se le puede decir á nadie; despues de tratar á un muerto como no se dejaría tratar ningun vivo; así que se recogió en el Rastro de las ideas y se engarzó, no por la vez postrera, en versos

hucos aquello de que el *Quijote* se escribió no con tinta, sino con lágrimas; lo otro de que Cervántes se murió, no de viejo sino porque este mundo no era para él; lo de más acá de que Cervántes es un genio no comprendido y á quien el mundo entero toma por un bufon; y lo de más allá de que el autor de los versos le admira, le quiere y sigue sus huellas... (¡asesino!), así que todos leyeron como supieron y cosecharon los aplausos sembrados á prevencion en escaños y tribunas, los poetas se retiraron á dormir sobre sus laureles; y una sonora orquesta dirigida por Ruperto Chapí (el genio dramático musical que ha producido España en esta última época, y á quien no faltan ya para la completa sancion de su mérito ni los ladridos miserables con que, indirectamente y como ella puede, elogia nuestra compatriota la Envidia), repartió por el anchuroso recinto un torrente de sonora armonía, del cual poco á poco, y como hilo inagotable de misteriosa luz, empezaba á destacarse una [melodía clara, amplia y sencilla, de esas que hacen un solo camino; de esas que van del corazon del compositor al corazon del público, que ya no las olvida nunca. Era aquello una cantata del maestro Arrieta que los cervantistas habían comprometido á escribir al tan bondadoso como inspirado maestro; quien, como á nada ni á nadie sabe decir que no, compuso tambien, para la inauguracion del Congreso, otra pieza musical de que más adelante se hablará.

Sobreponiéndose á los generales y justos aplausos concedidos á la cantata y al lindo coro de ángeles del Conservatorio de Música que recreaba á un tiempo mismo el oido y la vista de la concurrencia, una es-

pecie de trueno horrisono retumbó en los ámbitos del salon, y pareció á todos principio de tempestad inesperada y presagio de inevitable mojadura para los trapi-tos de cristianar que cada *quisque* había sacado aque-lla tarde de su casa. Tronaba, en efecto; pero no tronaba: era que el Sr. de Ribagorza decía con alguna expresion:

—Señores: Se abre la discusion sobre el genio y la obra inmortal de Miguel de Cervántes Saavedra; discusion que yo encauzaré y dirigiré, de acuerdo con los firmes y claros propósitos que aquí nos reunen, para que pueda servir de dechado á las que hemos de tener hasta el dia de nuestra muerte; dia que, siquiera en favor de Cervántes, debemos retardar cuanto nos sea posible. Y ántes, señores, de que vuestra elocuen-cia se desparrame por el ancho campo del asunto es-cogido, en pié todos los diputados, y ¡viva Cer-vántes!

El «viva» fué repetido por cuantas personas había en el Congreso, por cuantos sentían latir en su pecho un corazon español ó sencillamente amante de la be-lleza. El boticario fué presa de un vértigo inefable: no se limitó á gritar «¡viva!» como los que le rodea-ban, sino que vociferó, hecho un energúmeno, «¡vi-virá!»; sentándose despues, satisfecho y orgulloso de tener en sus manos la vida de un hombre tan grande, y ser dueño de soltarla ó no soltarla sin obedecer á otra ley que su antojo. Ancho y sin hevilla era el chaleco de D. Cucufate, pero estalló por más de una costura.

Un señor eclesiástico, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, limpio y compuesto en su traje, pri-morosamente afeitado, de maneras sueltas y eleganti-

simas, y cuya fácil verbosidad adquiriría mayor encanto por la expresiva acción de dos manos dignas de la bella y joven duquesa cuyo oratorio estaba á cargo del Padre, había tomado la palabra, y no llevaba camino de soltarla en un buen rato, á pesar de que muy á menudo se dirigía á los oyentes con las estereotipadas frases de «seré breve», «voy á concluir», «estoy fatigado y deseoso de sentarme»; frases hechas de encargo para los oradores que ni son breves, ni concluyen, ni se fatigan, ni se sientan en otra parte que en la boca del estómago de quien por imprevision los escucha.

Nuestro sacerdote empezó diciendo que se proponía considerar á Cervántes, no como ingenio, sino como santo; porque esto, y no aquello, es lo que fué realmente el autor del *Quijote*. Aseguró que en toda su historia no se descubre asomo de pecado, ni aún de mal pensamiento; la calumnia le persiguió en vida, y ni después de su muerte le perdonó; pero (y al llegar á este pasaje se manifestaba la de ordinario contenida vehemencia del clérigo) en la vida de Cervántes no se descubre sombra ni mancha alguna. Es más: aunque alguna pequeñez, alguna flaqueza indigna de mención hubiera sido posible en él, que no era posible, el mero hecho de ser cosa de Cervántes bastaría y sobraría para volverla de mala acción en buena acción; porque más fácil es que moralistas y legisladores la yerren de medio á medio, que pecar Cervántes á sabiendas ó distraidamente. Aseguró el señor cura tener sus indicios de que en la vida del poeta egregio existían aún tinieblas, abismos y charadas que Navarrete no ha esclarecido, que Pellicer no ha examinado á

fondo, y que no ha acabado de descifrar Hartzenbusch.

Apuntó como una idea suelta, sobre la cual está escribiendo un tomito de 600 páginas, á lo sumo, y que deberá titularse *El casto Miguel*, que en su concepto Cervántes fué un hombre de costumbres tan morigeradas que vivió con su mujer como San José con la Virgen, y que la hija natural que se le atribuye no es tal hija natural, sino artificial, es decir, recogida por caridad y favoreciéndola hasta con pasar en el mundo por su verdadero padre. Más léjos iba el capellan de la duquesa en sus conjeturas acerca de la castidad de Cervántes; pero á nosotros nos da miedo seguirle por ese camino y daremos punto al extracto de su peroracion diciendo que él lo hizo redondo indicando al Congreso la conveniencia de que la Iglesia trabaje en la canonizacion de Cervántes; ofreciéndose generosamente á ir él mismo á Roma para hablar del asunto con Su Santidad Leon XIII si la comision de presupuestos le señalaba y le votaba el Congreso, un viático reducido á lo estrictamente necesario para representarla dignamente en la capital del orbe cristiano; y asegurando, con toda la gravedad de que su sagrado carácter podía revestirle, que todo buen español está interesado en que Cervántes figure en el Almanaque, porque, sin esa gloria, toda la que se le viene concediendo no vale nada. Miéntras eso llega á alcanzarse, propuso el señor cura al Congreso que, haciendo uso de sus facultades omnímodas en materias profanas, nombrase á Cervántes Papa poético, declarase dogma literario su infalibilidad, reconociese en el *Quijote* una especie de *Syllabus*, y proclamara ar-

título de fe artística, el respeto y la adoracion de los misterios del *Quijote*. Y concluyó ahí «muy á satisfaccion de su auditorio» como D. Hermógenes en la Academia de los Cinocéfalos.

A ruego de la mayoría de los diputados, la Cámara tomó en consideracion todas las proposiciones de su digno individuo, juzgándolas dentro del objeto y fin de su instituto.

No piense el lector que la palabra se quedó libre un solo instante: la soltó un cura y la tomó á renglon seguido un seglar. Era éste un jóven sonrosado y barbilampiño, que podría tener hasta veinte años; una de esas criaturas precoces, audaces y felices que, ántes de haber vivido, tienen el privilegio de adivinar el mundo y conocerle palmo á palmo y en todas sus interioridades y repliegues; que á todo se lanzan con esa bizarría irreemplazable que da la conciencia del propio mérito; que alcanzan notoriedad y aplausos ó porque realmente valen tanto que á todos agradan como las monedas de cinco duros, ó porque valen tan poco realmente que á nadie hieren ni molestan con un esplendor que, como la luz de las velas que se corren, crece y crece para desaparecer más pronto.

Este jóven se había dedicado á sabio y se había propuesto serlo en el ménos tiempo posible. Había hecho más: lo había conseguido. En concepto de tal, era solicitado en todas partes; era el lorito más famoso de los ateneos y academias juveniles y le llamaban *Castelarito*; era el dije de las pollitas más guapas de la sociedad madrileña y aún de alguna que otra jamona aficionada á su elocuencia, porque no hay nada que guste tanto á las mujeres, jueces supre-

mos (por inspiracion) en materias artisticas, como la virtud, la ciencia y el ingenio encerrados en un cuerpo juvenil, airoso y elegantemente vestido. Eso es para las mujeres la realizacion del *utile dulci* recomendado por Horacio, recomendacion que ellas no han echado en sacó róto.

Los electores del distrito de Valladolid habian hecho muy rebien en dar la investidura de diputado suyo á aquel tribuno en miniatura, aprovechándose discretamente de la ley electoral cervántica, que permitía votar á quien hubiera cumplido los quince años, siempre que acreditara con testigos abonados y oculares que habia leido el *Quijote* siquiera veinte ó treinta veces y lo habia entendido una—porque con entenderlo una, basta y sobra.

Daba gozo verle y oírle. ¡ Con qué gracioso desenfado, con qué caustica ironía dijo que tenia la desgracia de no estar conforme en nada de cuanto habia dicho el preopinante, á pesar de haber dicho tantas y tan buenas cosas! Pero él las veía todas de otra manera. Él creía que á Cervántes era vulgarísimo considerarle como ingenio (de eso no habia que hablar); pero creía tambien, y aquí demandaba humilde el perdón de la concurrencia, el de las damas sobre todo (que entretenidas aún en mirarse los vestidos y cortarse otros, maldito si tenían por qué darle), ántes de proclamar que para un hombre de la talla de Cervántes, antojábasele mezquina, miserable, punto ménos que un insulto la credencial de santo.

Lo que era Cervántes en el concepto de aquel Demóstenes de *biscuit*, es un sabio de tomo y lomo; un hombre que sabía más que Lepe, Lepijo y su hijo

juntos; el sabionazo más sabiondo que ha vivido bajo la capa del cielo... teniéndola en la tierra contadísimas veces. Éso, éso es lo que era Cervántes, y no hay que darle vueltas, sino rendirse á una verdad tan clara como el sol de medio día.

Cervántes (seguía hablando *Castelarito*) es el compendio, la cifra, el índice de cuanto se ha sabido, se sabe, se sabrá y no se sabrá nunca en el globo terráqueo; sin contar lo que pueda saberse en otras partes más retiradas, y que Cervántes sabe tambien, aunque lo calla por prudencia y discrecion. Cervántes, bajo las apariencias de hombre de ilustracion escasa, y hasta deslizando en tal cuál página de sus obras algun que otro yerro, alguna que otra prueba de mala memoria — sin duda para mejor ocultar lo que sabía y por hacerse el chiquito ó dejar sin cejas ni pestañas á las generaciones venideras, cuya falta de ocupaciones no dejaría de presentir el señor Miguel, — ha agotado los estudios humanos y divinos y ha inutilizado la enseñanza. Todo lo tiene él en la punta de la uña: todo puede aprenderse leyendo *el Quijote* á pasto y con un poco de buena voluntad.

Para *Castelarito* una de las rémoras de la Instrucción Pública en España, el asqueroso y lucrativo comercio de los libros escritos para que la juventud aprenda lo que no sabe y que sólo sirven (habla el orador *en tésis general*, como dice aquel personaje de zarzuela), sólo sirven para que la virilidad aprehenda lo que no tiene, puede remediarlo el señor director del ramo de una sola plumada. ¡Si el bien siempre es evidente, y facilísimo de practicar! Declárese de texto *el Quijote* en todas las universidades de España

y para todas las asignaturas que dicen que se enseñan en ellas. Recomiéndese además á todas las academias civiles y militares, á todas las escuelas de artes y oficios, y no haya en las bibliotecas francas á la aplicación del estudiante otro libro que *El Ingenioso Hidalgo*. Prohiba el gobierno que nadie pretenda saber, escudriñar y profundizar en materias científicas una palabra más de lo que dijo nuestro autor; porque bien se comprende que donde él llegó debe suponerse el límite razonable, y que pasar de ahí es apartarse demasiado de casa y perderse.

¿Y para qué correr ese riesgo? ¿Se trata de aprender derecho romano, civil, canónico ó político? Pues hombre, todo eso está en el *Quijote*. No está muy claro y muy distinto (más distinto que claro sí está), pero es porque Cervantes comprendió que diciendo las cosas á medias, se entra en ganas de averiguar la mitad que falta, y dejándolas á media luz, el que llega á descubrirlas así, se hace capaz, andando el tiempo, de ver á oscuras como los gatos. ¿Qué letrado sabrá más leyes que el oidor Juan Perez de Viedma, padre de doña Clara y futuro suegro del fingido mozo de mulas? Estudien y asesórense con él cuantos se dedican á la carrera del foro, dejándose de Ortolanes y de Heineccios, y no sólo habrá verdaderos abogados en el mundo, sino que es casi seguro que, á la vuelta de media docena de años, no habrá quien quiera pleitear aunque lo emplumen. De filosofía no se ha dicho una sílaba ántes, mientras, ni despues del *Quijote*: léanse, desentráñense, anótense é intérprentense los refranes de Sancho, las cosas que á cada paso dice Don Quijote, las mismas que calla en el trans-

curso de la obra, y bien mirado todo, con la mano puesta sobre el corazón, ¿quién no confesará que Platon, Aristóteles, Leibnitz, Kant, Descartes, Malebranche, Vico (no Antonio Vico el actor, el metafísico italiano) Balmes y el padre Ceferino Gonzalez son niños de teta al lado del gran novelista? Como historiador, en un solo capítulo de su obra,—aquel en que Don Quijote, al decir á qué linajes no pertenecía Dulcinea, revuelve toda la historia universal,—contiene cuanto sobre historia puede y debe saberse para no confundirse, y sirvió indudablemente á Bossuet para componer su famoso discurso sobre la misma materia. De retórica y poética, así como de crítica literaria, leyendo las conversaciones del hidalgo manchego con el caballero del Verde Gaban y con su hijo el poeta justador; fijándose bien y sacando todas las deducciones posibles del escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería del buen Quijada, y no olvidando lo que el mismo cura y el canónigo toledano hablan sobre comedias y libros de caballerías hácia el final de la primera parte de la novela excelentísima entre las excelentes, ¿qué más hay que aprender? Schlegel y Richter, Alfieri y Voltaire, Cañete y Valera entre nosotros, ¿sabrían una palabra de crítica y de estética sin lo que, una vez apuntado por Cervantes, es tan fácil de seguir como la calle de Alcalá cuando le ponen á uno en la Cibéles? De esto no hay que hablar. De política y administracion, con leer las aventuras de Sancho en la ínsula, se sabe cuanto puede saberse y más de lo que suele practicarse; que á buen seguro que si hubiera por esas provincias muchos gobernadores tan discretos, tan probos y tan li-

bres de ambicion como el Panza ménos pancista de los hombres de gobierno, otro gallo nos cantara y algo mejor andaríamos... y basta, que peor es meñallo.

De ciencia militar, mucho hay en el discurso sobre las letras y las armas, y no poco en el sin número de combates que sostiene Don Quijote, con mala ó peor fortuna, contra toda clase de enemigos; pero el capítulo en que el héroe manchego se encuentra con las disfrazadas huestes de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolin el del arremangado brazo, estruja y apura la materia y la deja como limon de que han salido tres vasos de refresco. Todas las reformas introducidas por Moltke en la moderna organizacion del ejército aleman, constan en el *Quijote*, donde, confiéselo ó no lo confiese, ha tenido que inspirarse para cuanto ha hecho el estratégico famoso; y bien se puede asegurar que si los generales franceses hubieran leído con un poco de reflexion el citado capítulo de la batalla de los carneros, si hubieran hecho lo que se indica allí, otro hubiera sido el desenlace de la guerra franco-prusiana. Allí, allí se dice bien claro lo que hay que hacer. ¿Descubre al enemigo la caballería? Pues se afirma el soldado en la silla lo más que pueda, se empuña el lanzon, se matan los carneros, y á casa. Estas son habas contadas: esto es el Evangelio: ni ha habido nunca, ni hay, ni ha de haber en los siglos de los siglos, mejor receta para ganar batallas campales. Como políglota, es Cervántes dignísimo de mencion. Por el *Quijote* pueden aprenderse, tan bien como por cualquier otra gramática: el latin, en las citas de los clásicos que hacen tan á menudo los personajes de la historia; el italiano en aquel breve y compendioso

*bon compañero* que dice Maese Pedro al entrar en la venta,—porque el que vaya á Italia y sea *bon compañero* de todos sus habitantes, ¿necesita hablar más?; el árabe en diferentes frases y giros del episodio del cautivo y la hermosa Zoraida; y el vascuence, e' difícilísimo, el insuperable vascuence, en el duelo con el vizcaino Don Sancho de Azpeitia... Y todo ello aprendido burla burlando, sin calentarse la cabeza, á ratos perdidos, cayéndole á uno la instruccion como á otro le puede caer la lotería. Cervántes fué un naturalista sin segundo. Buffon no ha descrito como Cervántes, ni con mucho, el caballo, el asno, el cerdo, el toro, el grillo y el hombre. Cervántes es el verdadero autor de la consoladora teoría de Darwin sobre el origen del sér humano: en la aventura del mono adivino está la cosa perfectamente apuntada, y si bien más tarde quiere darse á entender que el mono tan sólo movía los dientes, téngase en cuenta cómo las gastaba el piadoso y benigno tribunal de la Inquisicion, y por las llagas de Cristo dígase si el hombre pudo decir más claro que los hombres descienden del mono al hacer que el del titerero se escape al tejado y su amo *desienda* con él llevándole siempre á cuestras. ¡Parece mentira que cosas tan sencillas y tan naturales no se le ocurran á todo el que lea el *Quijote* con una idea ménos frívola que la de pasar un buen rato, y reirse á mandíbulas batientes! Injusto sería echar en saco roto que tambien era Cervántes un gran moralista y un higienista de un tamaño muy regular: en los consejos que recibe Sancho de su señor cuando se dispone á ir á la ínsula Barataria, hay todo lo preciso para dar salud al alma, y al cuerpo si le conviene, que le suele

convenir. Es más que higienista: es un médico de lo que no se encuentra por ahí, y hay en el *Quijote* remedios que á nadie se le han ocurrido y que merecen que un doctor de corazon ancho los ensaye, por lo ménos en enfermos de hospital, que, si se mueren en cierto género de experiencias, pierden poco, y ménos aún el que les expide el pasaporte para el otro barrio. ¿Qué purga más decisiva que el bálsamo de Fierabras? ¿Qué sudorífico como unos cuantos requesones puestos sobre la cabeza? ¿Qué gimnasia como la que hizo Sancho por el aire en el patio de la venta de Palomeque el Zurdo? Cervántes es marino, y la aventura del barco encantado está proclamándolo hace más de doscientos años. Cervántes es astrólogo, y descubrió las estrellas de colores cuando aún no había pensado en nacer el célebre Granados, el que veía el sol verde, como lo ven cuantos le miran y tienen una vista medianamente delicada y sensible. Cervántes presintió el teléfono en la aventura de la cabeza encantada y Graham Bell no ha tenido que hacer otra cosa para darse lustre que deducir lo poco que quedaba por averiguar. Cervántes adivinó la música del porvenir en el concierto cenceril y gatuno preparado á Don Quijote por sus obsequiosos huéspedes el duque y la duquesa. Cervántes inventó la manera de dar direccion á las máquinas aerostáticas al rellenar de cohetes á Clavileño, llevándole donde le dió la gana por tan sencillo procedimiento, que ya es hora de aplicar á los globos.

Más dijo *Castelarito* sobre Cervántes, y claro está que lo dijo en una forma más elocuente y elegante; pero yo creo que con lo dicho basta, si no sobra, y

que los lectores no quedarán menos convencidos de la fuerza de tan buenas razones, porque se digan muy por lo grave ó en una prosa tan pedestre y casera como la mía.

Apenas tomó asiento el joven precoz, entre los fervientes aplausos de todos los cervantistas y las sonrisas, miradas y otros excesos de algunas damas amigas suyas, un señor brigadier de caballería, retorcióse el ancho y prolongado bigote blanco que parecía talmente de algodón en rama, y se levantó con aire muy hosco y ademanes muy descompuestos á protestar de que en Cervántes pueda suponerse el error más leve, la mancha más insignificante.

—«¡Cervántes (vociferaba el anciano militar) no pudo equivocarse nunca, ni aún cuando se hubiese equivocado alguna vez, que otra; porque, de haberse equivocado, se habría equivocado sin querer, y donde no hay voluntad, no hay verdadero yerro. (Aquí le interrumpieron las muestras de entusiasmo de toda la asamblea y las sollozadas lágrimas de su ilustre presidente, que estuvo en inmediato riesgo de ahogarse en sí mismo). Todos los defectos supuestos en el *Quijote*, son erratas groseras de los impresores, y naturales descuidos de un genio como Cervántes, que no puede descender á la mecánica ocupacion de corregir pruebas. El olvido del burro robado á Sancho por Ginesillo de Parapilla es cosa hecha de intento por el mismo Cervántes, para que en su obra hubiese algun defecto y abrir esa válvula á la envidia de sus contemporáneos, ó torpeza del cajista que componía el libro en la imprenta, ó errata inventada y pagada al que había de ponerla, indudablemente por el padre Aliaga. A

esto último es á lo que yo me inclino, despues de pensarle despacio; porque, si bien Cervántes dice en los primeros capítulos de la segunda parte, que lo del asno sería «engaño del historiador ó yerro del impresor,» y eso como cosa supuesta por Sancho, para dar á lo último ménos importancia, yo tengo mis motivos para creer que en la biblioteca Colombina de Sevilla hay unos códices curiosísimos que nadie ha visto, ni verá, porque hasta se duda de que jamás hayan existido, pero que para mí están claros y limpios como una patena, códices entre los cuales figurá, escrita toda de puño y letra de su autor, una humilde epístola dirigida á Cervántes por el corrector de pruebas del establecimiento tipográfico en que se tiró la primera edición del *Quijote*, y que no tiene otro objeto que suplicar rendidamente el dicho corrector al poeta que perdone lo pasado, y que les haga la merced de no desacreditarles la casa, que ya está despedido el cajista con una buena racion de torniscones. Mucho siento no recordar *ad pedem literæ* el texto original que poseo y disfruto, y que me facilitó don Adolfo de Castro, por más señas. He dicho; y claro está, señores que, como escritor y como militar, estoy dispuesto á sostener en todos los terrenos lo que he tenido mil razones para afirmar solemnemente.»

Y sentóse Marte, tembló el Olimpo y no se movió una mosca. Mientó, que un moscón de los más apesadosos que andan por Madrid, se levantó y pidió al gran Ribagorza la venia para presentar una proposicion al congreso.

La proposicion era la siguiente: reunirse los cer-

vantistas, y, una vez formados en imponente falange, dirigirse al Gobierno de S. M. y pedirle su apoyo para una nueva edición del *Quijote*, hecha con todo lujo y á todo gasto.

La obra debería llevar magníficas ilustraciones dibujadas y grabadas por los mejores artistas de Paris, cuya competencia para esto de dibujar tipos españoles, es cosa harto demostrada. La obra saldría en dos tomos, impresos en letra ancha y con grandes márgenes, cada uno de mil páginas por lo ménos y de metro y medio de altura por noventa y cinco centímetros de ancho, para mayor comodidad de los lectores, que, no pudiendo leer el *Quijote* sin facistol, claro es que lo leerían con el mayor descanso del mundo. Pero la novedad de la edición no ha de consistir en la parte material; no señor: el caso es que el *Quijote* se imprima por la copia en limpio que ha sacado el autor de la proposición, despues de registrar, compulsar, cotejar, anotar y comentar todas las ediciones hechas hasta el día del primer libro del mundo, y hasta algunas que aún no se han hecho. Todo está enmendado por nuestro cervantista que, partiendo del principio de que Cervantes es punto ménos que Dios y no puede engañarse ni engañarnos, á fuerza de quemarse las cejas, morderse las uñas, martirizarse el pelo y pasarse las noches *en velon*, ha dejado el texto limpio como el oro, sin repetición de frase, error de concepto, falsedad de cita, inexactitud de juicio, impropiedad de voz, ni descuido, en fin, de ningun género. Vamos, aquello es el *Quijote* «tal como debió escribirlo Cervántes», en opinión de su admirador respetuoso: un *Quijote* poco ménos que

nuevo, pero mucho mejor,—al decir del modestísimo autor de las enmiendas; espíritu tan noble y desinteresado, que, pudiendo y debiendo pensar en las enmiendas de las muchas disparatadas obras que había malparido en el transcurso de su vida, sólo pensaba en enmendar la plana á Cervántes, sin acordarse siquiera de los borrones de la suya propia.

La proposición del cervantista fué tomada en consideración, como no podía ménos, y pasó á las secciones.

Tocó despues el turno á un distinguido hombre político que, encontrándose con una cesantía muy regular y bastante desocupado, sintió un irresistible prurito de parodiar á Pipí y *fué y cogió* y se hizo crítico en un dos por tres. Hombre político en todos los sentidos de la palabra, era incapaz de dar la menor pesadumbre, de marchitar la ilusión más venial á ningún escritor viviente y corriente capaz de darle á él quejas que le llegarían al alma: hombre de corazón y sin asomo de temor á los muertos, se había decidido á revolver los huesos literarios de cuantos escritores tuvieron la imprudencia de adelantársele en el *handicap* de la vida.

Pero, así como la abeja dorada que revolotea por el jardín florido, todo lo recorre, todo lo toca con las inquietas alas, todo lo prueba con el punzante aguijón antes de fijarse en la rosa hermosísima cuya esencia ha de ser el mayor encanto del sabroso panal, nuestro tardío pero seguro crítico, despues de haberse metido con Lope y con Quevedo, con Calderon y con Tirso, con ambos Moratines y con cuantos se le pusieron... detras, se había detenido en el *Quijote*, re-

suelto á extraer su quinta esencia, no sin que alguien dudara que fuese precisamente miel lo que el abejorro cervántico sacase de las frescas hojas de tan lozano libro.

Aplicando sus ideas particulares (y tan particulares) á su indefensa víctima,—no de otro modo que en ciertas casas se aplica al nuevo cochero la librea del cochero despedido,—había compuesto nuestro ex-ministro... (¿he dicho que era ex-ministro ó lo he dado á entender únicamente?) había compuesto y estaba decidido á soltarla en el Congreso, una interpretación del Quijote, que deja por los suelos á todas las perpetradas hasta la fecha; algunas de las cuales no son flojas...—Digo yo; me parece á mí que no son flojas.

La última, sin embargo, era la mejor: yo creo que no puede hacerse más, y creo también que ni debe intentarse. ¡Válgame Dios y qué cosas tan sutiles y tan exactas y tan nuevas y tan graciosas, y tan serias al propio tiempo, se le habían ocurrido á aquel buen señor, sin el menor trabajo ni fatiga, de pronto y al buen tun-tun, como se ocurren por regla general todas las ideas disparatadamente sublimes ó sublimemente disparatadas!

En primer lugar, el *Quijote*, aunque su autor se expresa terminantemente en el sentido contrario, no es un libro cuya acción pasa en el siglo xvi ó xvii. Nada de eso. Cervantes se alejó de su época, se plantó en su época y se adelantó á su época, y censura lo ante-pasado, lo pasado, lo presente, lo porvenir y lo que venga después de lo porvenir. Lo que algunos (cada día van siendo menos) toman por una novela, por una obra puramente de imaginación y de entre-

tenimiento, por una de esas frioleras que á cualquier meritorio de memorialista se le caen á cada paso de la pluma como quien echa borrones, es, para que ustedes lo sepan con tiempo, una historia filosófico-crítico-simbólico-profético-cósmica de la humanidad tomada desde el día anterior á aquel en que Dios pensó en crearse á sí mismo y prolongada hasta el infinito por anchos y seguros caminos paralelos. El *Quijote* es una biblia profano-divina: el *Quijote* es un caos encuadrado: una especie de universo de bolsillo.

Todo allí tiene doble, triple y hasta cuádruple sentido. ¿Parece que tal frase quiere decir una cosa? Pues dice otra. Es un libro cuyo único inconveniente consiste en que no puede acabarse de entender jamás, porque no es para hombres; porque, no hay duda (el ex-ministro lo creía así), debió ser obra hecha de encargo por el Sér Supremo para premiar con su lectura las virtudes del monton de sabios más granaditos de toda la corte celestial.

Ni Don Quijote es Don Quijote, ni Sancho Sancho, ni la Mancha la Mancha, ni las aventuras aventuras, ni los chistes chistes, ni nada nada. No señor: ya verán ustedes. Un poco de atencion y ensimismamiento: reconcéntrese el lector todo lo que pueda, abírmese en sí mismo y no se salga fuera en un rato.

El «lugar de la Mancha» de que se habla en la primera página, es sencillamente el globo terráqueo, el mundo que habitamos y por el cual pasó Cervantes como un cometa luminoso, cuya cola puede presumirse que sería el *Quijote*. Bien claro está: el mundo es un lugar que, por lo inmundo y miserable que

lo hacen las pasiones de los hombres, que todo lo empuercan y oscurecen, ¿qué nombre mejor para él que el que le da Cervántes de lugar *de la mancha*? Adelante. Don Quijote es Dios; las cuatro letras de este sagrado nombre se contienen en el de Alonso Quijada y el sobrenombre de «Bueno» que daban al hidalgo los que le conocían, acaba de confirmar la verdad de la conjetura. Los libros de caballerías son los proyectos que forma Dios de hacer un mundo lleno de aventuras y desventuras, con sus caballeros andantes, sus escuderos codiciosos, sus viudas afligidas, sus doncellas menesterosas y sus pupilos abandonados. La creacion del mundo se pinta de mano maestra en la fabricacion de la famosa celada, cuya rotura en mil pedazos un ciego ve que es el diluvio. Una vez creado el mundo y metido en remojo por vía de limpieza y refresco, Dios desaparece y forma á su imágen y semejanza á Adán, al hombre, á D. Quijote. De una costilla de D. Quijote sale Eva, la mujer, Dulcinea del Toboso. Déjase entender que fundidos en un solo tipo de varón y de hembra todos los tipos humanos (para mayor claridad y *compendiosidad*), de Don Quijote y de Dulcinea van saliendo todos los personajes que figuran en la historia universal de César Cantú. La ceremonia de armarse caballero Don Quijote, es la fundacion de Roma; los arrieros que apálea con el lanzon porque vienen á conquistarle el pozo, son los pueblos con que se ve precisada á combatir la naciente república; y la Tolosa y la Molinera son dos sabinas, despues del robo. La caída de César en el Senado, se indica por la terrible costalada de Don Quijote cuando busca quimera á los

mercaderes murcianos, y el mozo de estos que le apalea las costillas ¿quién negará que es Bruto? Su segunda salida,—después de haberse quemado por el sacerdote, médico del alma, y por el barbero-sangrador, médico del cuerpo, los libros de caballerías ó lo que es lo mismo las doctrinas erróneas que traían al mundo perdido;—su segunda salida es la venida del Cristianismo.

El Calvario puede situarse en el terreno que ocupan los molinos de viento, calvo y pelado como casi todo el de la Mancha; y las aspas de los dichos molinos cualquiera las toma por cruces, á cierta distancia y con un poco de buena fe. La lanzada que contra una de las aspas asesta Don Quijote, alude á la de Longinos en el costado del Salvador; y Don Quijote, al caer por tierra, deja comprender que el cruel hebreo ha caído en los quintos infiernos, sin duda alguna. El vizcaino es Neron, que persigue á los cristianos en Don Quijote, y el discurso á los cabreros es la predicacion del Evangelio. El entierro del pastor Grisóstomo es el Santo entierro (algo quiere decir lo de *pastor*); el excelente Ambrosio es José de Arimatéa; y la pastora Marcéla es María Magdalena, como lo indican las tres primeras letras de su nombre, la última y la asonancia de todo él. El desenfreno inacostumbrado de Rocinante, pinta la perversion de costumbres en que ha caído el romano imperio, y la nube de estacazos que hace rodar mal heridos á Don Quijote y á Sancho Panza, su total destruccion á manos de los bárbaros del Norte; pues, viendo lo que hacen, á los ojos salta que los yangüeses son los bárbaros. Sería cansado para mí, y más

cansado aún para los lectores, la relacion completa de todo lo descubierto en el *Quijote* por el orador que está á la sazón en el abuso de la palabra. Me limitaré, pues, á indicar algunas cosas que no dejan de tener gracia é interés por referirse á sucesos más recientes, y varios de ellos de nuestra historia patria. Don Quijote se va transformando poco á poco, y como quien no quiere la cosa, en la viva encarnacion del espíritu moderno. Enamorado perdidamente de la libertad, que es Dulcinea, nunca consigue el rendido amante echarle la vista encima, y ménos hablarla y conseguir de ella algun favor más tangible: una sola vez la vislumbra, cuando el socarrón de Sancho la encanta á sus ojos, y se le aparece puerca y fea, montada en un pollino, diciendo palabras soeces, no ya sin apariencias de diosa, sino sin humanas formas de mujer. En realidad de verdad, la *santa diosa*, que decía Espronceda, sólo en la mente de Don Quijote toma cuerpo y vive: inútilmente la busca en la tierra el generoso manchego; acaso la encuentre despues de cerrar los ojos por última vez y apenas recobrado un juicio cuya falta más estaba en el de los demas que en el suyo. La lucha de las nuevas ideas religiosas está delicada y magistralmente expresada en el libro de los libros. Cuando Don Quijote protesta de las palabras del religioso hospedado en casa de los duques, no se puede dudar que D. Quijote es Martin Lutero y que se hace protestante. El yelmo de Mambrino, es el nuevo mundo descubierto por Don Quijote, ó sea Cristóbal Colon. La terrible sangría que hace Don Quijote en unos cueros de vino tinto, es una censura, embozada hasta los ojos, de la sangre vertida á mares por el San-

to Tribunal de la Fe. La aventura de la infanta Micomicona es una deliciosa sátira del reinado de Carlos II el Hechizado, que dió á España *mico* y hasta *micon*, si se me pasa la palabreja. Don Quijote, encantado, metido en la jaula y conducido por bueyes, es el pueblo español en el reinado de Carlos IV; la pelea con el cabrero, la guerra de la Independencia; y la salida de los disciplinantes, el rosario de la Aurora. Todo el libro está sembrado de alusiones á hechos que tenemos ante los ojos, á personajes que viven y con quienes diariamente nos codeamos. La libertad dada á los galeotes por el iluso caballero, y aprovechada por aquella gente como era de esperar, alude á las consecuencias de la revolucion de Setiembre y á los execrables crímenes de Montilla, de Cartagena y de Alcoy.—Rocinante es, no diremos el vivo, sino el moribundo retrato del país, siempre cayendo molido á palos debajo de los que lo meten en aventuras, que siempre son desventuras para el pobre animal. Y en círculos literarios y políticos, en salones y teatros, en paseos y cafés ¿quién no conoce al Rucio y á Sancho Panza, al duque amigo de su lacayo Tosiilos, á la duquesa llana y pedestre, al doctor Pedro Recio de Agüero, al fementido Fernando, etc., etc., etc.

—«Yo me guardaré muy bien de revelar las alusiones que apunto *al vuelo*, por decirlo así: primero, porque no me gusta dar y ménos aún tomar el disgusto más leve; y, segundo, porque las alusiones son tan claras que por sí mismas se revelan.»

Con esta declaracion terminó su arenga el señor ex-ministro, y todos los diputados cervantistas batieron las palmas con verdadero regocijo y natural en-

tusiasmo. A Don Mamerto Ribagorza se le caía la baba de gusto, y llegaron momentos en que la mesa del Congreso estuvo próxima á ponerse á flote con expedientes, tinteros, campanilla y todo lo ál.

Apénas se había sentado el insigne descifrador de geroglíficos, un asistente á la sesion, que ocupaba una delantera de tribuna y que parecía aún más molesto por lo que allí se hablaba que por llevar ya tres horas de sudar la gota gorda, se echó el pelo atras con un movimiento de ira, púsose en pié á costa de sus compañeros de lata, y con voz balbuciente, casi ininteligible, gritó:

—«¡Pido la palabra, señor presidente!»

—¿Qué es eso? ¿Quién se atreve á levantar la voz en las tribunas? ¿Quién, fuera de los iniciados en los misterios de la religion cervántica, se propasa á respirar en el augusto sagrado del templo?—bramó con huracanada voz el presidente de las Córtes, hermoso como un tigre que se dispon á devorar su presa,— como diría un novelista, y más de uno.

—Señor presidente—contestó al oido de Don Mamerto uno de los secretarios, antiguo empleado en la Interpretacion de Lenguas—es un individuo de la tribuna pública que pide la palabra.

El caso era nuevo, la pretension de hablar de Cervántes entre los cervantistas era realmente inusitada; pero el reglamento no tenía previsto un lance de este género y hubo que consultar á la Cámara sobre lo que debía hacerse. La curiosidad pidió la capa á la cortesía para cubrirse el rostro, y los gritos de:

—«¡Que hable! ¡Que hable!»—resolvieron la cuestion en favor del parlanchin oyente.

Todas las cabezas se volvieron hácia él y descubrieron un mozo alto, flacucho, pálido y desvahido, más cerca de los treinta que de los veinte años, con los ojos espantados, tal vez por su propio atrevimiento, con el pelo lacio y blanqueando ya por algunas partes, y las manos descarnadas y temblonas agarradas con nerviosa violencia al barandal de la tribuna, forrado de blandísimo y cosquilloso terciopelo.

En honor de la verdad, aquel jóven *en mal uso* no tenía otra condicion de tribuno que la de hallarse en tribuna. Hablaba aprisa y mal (hay quien lo hace mal y despacito), diezmaba las letras de sus párrafos y se las comía con voracidad saturnea, hablaba *en taquigrafía*, si se me permite la frase; pero el hombre decía su sentir, y como su torpeza oratoria le obligaba á *repetirse* muy á menudo, no faltaron algunas personas de buen oído y fácil comprension que entendieron algo de lo que dijo, á la segunda vuelta, y que se lo explicaron todo al verlo impreso en el diario de sesiones del Congreso cervántico.

Comenzó el profano reconociendo que sólo á la amabilidad de los señores diputados debería el público el mal rato que con su discurso iba á proporcionarle; y dió gracias por la amabilidad empleada con quien, en efecto, no era de la parroquia de los *soi disant* cervantistas, ni comulgaba en ella, ni pensaba hacerlo jamás fuera de la suya. Acto continuo, declaró, hizo constar una y otra vez, que admiraba á Cervantes con toda la conviccion de su inteligencia y con todo el fuego de su corazon; creyendo, sin orgullo estúpido pero con franca seguridad, comprender el maravilloso libro que ponía sobre su cabeza, que no

se cansaba de leer y que nunca le parecía haber leído por entero, porque, apenas llegaba á la última página, al llegar á la última palabra escrita por Cervantes, á aquel «vale» que tiene más fuerza que todas las certificaciones universitarias y académicas del mundo, manos y ojos buscaban instintivamente la página primera como rechazando la triste idea de que tanta delicia pudiese tener término. El *Quijote*, seguía diciendo el atropellado orador, es sin duda un drama universal de todas las épocas, de todos los países, de todos los hombres. Porque es el drama en que se pinta la diferencia entre lo que la mente altiva concibe, lo que el generoso corazón ambiciona y lo que el mundo miserable consiente, lo que nuestras mezquinas fuerzas son capaces de realizar. Todo esto dicho con burla que no hiere y con gravedad que no desconsuela; todo contado con la apacible y majestuosa claridad del sol que, sin otro ruido que el formado por el contento general y armónico de la despierta naturaleza, aparece y sube iluminándose con su propia luz y ataviado de su sola hermosura. Todo es admirable en el *Quijote*, desde el estilo puro y diáfano como las ondas de un río sereno, hasta el pensamiento, cuyo fondo profundo déjase descubrir hasta las últimas arenas de oro á través de aquel cristal inmaculado y sin otra ayuda que la de unos ojos medianamente perspicaces. Todo en el *Quijote* es noble también. En el *Quijote* se agitan, arden, viven eterna vida los dos principios regeneradores del mundo, cuyos límpidos raudales, nunca libres de enturbiarse con el barro de las charcas que tropiezan en su camino, son capaces de fecundizar la agos-

tada tierra, habitación del hombre, si éste busca el secreto de encauzarlos y le descubre lo mismo que descubrió la manera de hacerlos brotar de la insensible roca. Son esos dos principios: la tendencia á lo ideal, el ansia nobilísima de elevarse, con el alma al ménos, á un mundo de mayor pureza, de mayor justicia, de mayor indulgencia para el bien, para los sentimientos más dignos que salen espontáneamente de nosotros y el mundo nos rechaza porque, en efecto, no son dignos del mundo; el espíritu de libertad moral y material á que el hombre tiene perfecto derecho cuando sinceramente ama la libertad y no la tiranía enmascarada con su traje y el simulacro de su rostro, cuando se propone hacer del mejor dón del cielo lo único para que se nos otorga, lo único para que sirve: una fuente inagotable de trabajo, de paz, de resignacion y de justicia. El alma de Don Quijote tiende siempre al bien como el ave al espacio. Siente el amor el generoso hidalgo, que sólo en un mundo de criminales y egoistas puede pasar por loco; siente el amor y eleva el alma, la entrega al dueño que ella se ha dado, y ni una sola vez deja á la materia ruin tener la menor participacion en pasiones que le son totalmente ajenas. Contra toda injusticia se rebela aquel corazon de oro sin sombra de escoria; contra todo abuso riñe sin ver á lo que se expone en la demanda, sin oír otras voces que las de la virtud que en él se aloja y vive como desposada con él. Maltrátenle los galeotes, insúltele la ambicion entronizada en el palacio del poderoso, exploten en su locura por diversion inicua los concededores de su perfecta caballeridad; él no concederá apénas un «ay» á las

heridas que más le duelan en el cuerpo y en el alma, y cuando aún estén abiertas, la ocasion parecida le encontrará más firmemente resuelto á cumplir lo que considera su deber. En Don Quijote, no hay duda, puso Cervántes lo mejor de su espíritu; espíritu grande y recto en sus aspiraciones como el de todo artista que se aproxima en sus obras á la belleza absoluta. Con una levadura de malignidad en la intencion, no hay obra, por importante que sea, que no quede deslucida, que no nos inspire una repugnancia opuesta á todas las naturales condiciones del arte, embellecedor de la vida y regenerador del mundo. Grande, demasiado grande, es Voltaire; pero le faltan muchas grandezas para que la humanidad lo coloque entre sus ídolos. Cuando Dios elige un hombre y lo arroja al mundo para que dé aquí con su entendimiento pruebas palmarias del poderío celeste, sabe armonizar, equilibrar y completar sus cualidades. Con razon es el *Quijote* el libro más popular de España; Don Quijote sólo podía haber nacido entre nosotros: Don Quijote es un héroe nacional. ¿Qué fué Pelayo en Covadonga más que un quijote afortunado de la libertad de su patria? ¿Qué otra cosa que quijotadas sublimes, sin ejemplo en la historia de los demas pueblos, son la guerra de ocho siglos con los árabes, la expedicion de catalanes y aragoneses á Oriente, las conquistas de Méjico y el Perú, la misma guerra de la Independencia contra el coloso del siglo? El genovés Colón tiene que venir á España para que la más grande de las reinas, comprenda la posibilidad de su idea grandiosa y hasta sus adornos de mujer le ceda para realizarla. Aquí y sólo aquí pudo creerse por aquél en-

tónces en la existencia de otro hemisferio; y á estar ya completa la esfera, Colon habría encontrado auxilios y compañeros para buscar un tercer mundo, para descubrir el mismísimo infierno y arrojar de él al diablo!

La historia de España, del principio al fin, no es otra cosa que un libro de caballerías en que cada choza es un castillo y cada soldado un gigante con veinte brazos para matar, sin un sólo pié para huir.

Ocioso es sin duda sostener, inútil es negar que la incomparable novela de Cervántes tiene el fondo tan amargo y melancólico, como amena y regocijada la forma. Cervántes, que no era poeta en el sentido más preciso y absoluto de la palabra; Cervántes que no modificaba el mundo en su fantasía y en su corazón á la manera del Dante, del Tasso, de nuestro Lope, no lo copiaba tampoco con la fría impassibilidad de quien le aplica el objetivo de una máquina fotográfica: Cervántes era todo ingenio, pero tenía ingenio hasta en el corazón, y por eso las burlas que dedica á las cosas tiernas, haciéndonos reír, nos conmueven, mezclan en nosotros los dos opuestos movimientos del dolor y de la alegría, así como en ciertas tardes de primavera luchan las nubes con el sol y transparentan sus rayos; los mismos rayos que, ántes de caer á la tierra las tenues gotas de una lluvia liviana, las embeben y vaporizan. Hay escritores que todo lo ven y todo lo pintan, naturalmente, con colores oscuros y severísimos. Los graciosos del teatro de Calderon presentan un ejemplo de esta verdad: Clarin, el personaje cómico de *La vida es sueño*, acaba trágicamente en el tercer acto. Cervántes, por el contrario, como Goya y Don Ramon de la Cruz, sus discípulos

y *parientes de talento* (si se me admite la expresion y la idea) pintaba con los tonos más vivos y alegres de su paleta las escenas más horribles y desconsoladoras de la vida; aplicaba el feroz cauterio del sarcasmo á las llagas más purulentas que hace asomar á la epidermis del cuerpo social la constante y malsana revulsion de sus envenenados humores. En *La cárcel de Sevilla*, sin llegar á herir ningun sentimiento delicado (envidiables privilegios del genio), resulta hasta graciosa y divertida la escena en que llevan á morir al *Paisano*, y sus dos buenas amigas la *Torbellina* y la *Beltrana* le salen al encuentro. Cervántes por un misterio de su carácter—misterio quizá no indescifrable en absoluto,—casi podría decirse que nunca habla con seriedad completa, ni tampoco con completa y cordial alegría. Y esto quizá porque quiso hacerlo así; quizá porque no supo hacerlo de otro modo y se dejó llevar de su manera de ser, como el pescador recostado en su barquilla del dulce impulso de la blanda corriente. Quiere Cervántes pintar un sér ridículo en Don Quijote y demuestra su intencion presentándole loco de remate, feo á toda ley, soñador de desatinos y empeñado en ponerlos por obra; y sale al campo y todo lo ve al revés, y riñe y siempre vuelve con las manos en la cabeza; y nos reimos y cerramos el libro; y volvemos á pensar en el hidalgo manchego y se nos presenta grabado en nuestra imaginacion con luminosas líneas como el sér más puro, más perfecto, más interesante, mas santo que ha cruzado por este valle de lágrimas. Sostiene algun diputado que Cervántes era tremendo y profundísimo filósofo. Hay que conceder, hay que confesar que era filósofo: tre-

mendo y profundísimo, no lo era, para gloria suya y bien de sus lectores. Toda la filosofía de Cervántes es tan clara como una luna llena que todo lo ilumina con sus rayos y nunca llega á herirnos los ojos. Y es porque Cervántes no era filósofo por sus libros, por sus estudios escolásticos, por la costumbre de discutir y argumentar: Cervántes sabía toda la filosofía que *tenía dentro*; toda la que desarrollaron en él su práctica del mundo y su juicio incomparable. Con cierta clase de saber, pasa ni más ni ménos que con el pelo: el que lo tiene natural, sea mucho ó poco, sea bueno ó malo, es hombre de mejor pelo que el calvo poseedor de una magnífica peluca. Pero, concedida toda la importancia del *Quijote*, que es grandísima, que, sin llegar adonde muchos pretenden, traspasa las lindes marcadas por el propósito del autor, forzoso es poner coto á las que algunos considerarán muestras de adoracion hácia el ingenio de Cervántes; á las que otros, menores en número, pero no en juicio, consideran herejías idénticas á las que en ciertos pueblos de nuestro país, tan supersticioso como descreído, se cometen con venerables reliquias de santos, atribuyéndoles toda clase de virtudes medicinales y llevando de ceca en meca los huesos que su madre la tierra, abierta y removida, reclama inútilmente al misticismo exaltado y, por consiguiente, fuera de razon. Hasta para alabar lo bueno se necesita discrecion y buen gusto: hasta haciendo justicia, encuentran los tontos manera de hacer tonterías. Y no sólo los tontos; muchos discretos suelen quedarse de *reemplazo* apénas hablan del *Quijote*. Diríase que es el *Quijote* un libro tan hermoso que obliga al

mundo entero á prendarse y enamorarse de él, y que todo el mundo hace por el *Quijote* locuras de enamorado. Sabido es que los enamorados ni vislumbran las imperfecciones del objeto de su amor: es más, que un lunar los embelesa; una nariz respingona los vuelve locos; un bigote que para los días de fiesta le querría un *sietemesino*, los eleva al quinto cielo; y hasta una mella les hace mella en el corazón y los mantiene en perpetua dentera delante de la mujer soñada... ¡y tan soñada! Queda aquí por resolver una cuestión muy importante y en la cual (hay que tener en cuenta que es tan clara como el sol) ni han reparado los cervantistas. ¿Quiere más, decimos mal, quiere *mejor* á la prenda de su cariño—sea esa prenda una mujer ó una obra de arte,—el que no distinga en ella otra cosa que perfecciones ó el que, de tal manera estima y saborea algunos de sus encantos, que la ama rendido á pesar de no desconocer sus defectos? Finjémonos un dios del paganismo y limitémonos á suponer en él entendimiento no comun: ¿puede halagar más á Júpiter la ciega y estúpida idolatría, que el amor sublime que inclina á un tiempo mismo ante el trono de la divinidad la mente que discurre y cree, el corazón que siente y adora? El *Quijote* es hermoso al modo del universo mundo, que con ser creación de sobrehumano artífice, sin duda porque su autor lo dedicó á morada de los hombres, es y debe ser obra tan desigual como gigantesca. Brilla Siro en la azulada bóveda interrumpiendo la majestuosa oscuridad de la noche con pura y penetrante luz, y á breve distancia de la gallarda estrella un negro y espesísimo nubarrón encapota un lucero que apenas consigue

traspasar la implacable muralla lo suficiente para que el orbe conozca á la vez sus afanes y su impotencia. Aquí el mar alborotado choca furioso contra las peñas de la costa y amenaza humildes vidas y débiles moradas: allí el sereno río, que rinde tributo al mar como laborioso agricultor á ricacho desvanecido y loco, corre saltando y cantando entre menudas flores, satisfecho con copiarlas y refrescar sus raíces, sin agitar más violentamente que los besos del aura sus flexibles tallos, sus delicadísimas corolas. Junto á la animadora luz, la medrosa sombra; junto al limpio manantial, el inmundo charco; punzando casi las tiernas hojas de la rosa, las espinas de que siempre va armado lo bello para herir á quien lo busca y castigar á quien lo ama. Es insigne locura pretender que nada verdaderamente grandioso pueda ser absolutamente perfecto, y sobre todo si ha de salir de las manos del hombre que, á medida que se abren para recoger, pierden su fuerza para resistir. Un hábil y paciente cincelador dibuja, modela y esmalta con primoroso esmero un puñal, un cofrecillo, un broche ú otro dije cualquiera; y lo trabaja con tal arte que, al ménos para nuestros ojos, la labor queda perfecta y amenazando dejar de serlo como su mismo autor vuelva á tocarla: una catedral, una fortaleza, un alcázar de reyes, un arco de triunfo, en vano esperarán reunir en todas sus piedras y en todos sus detalles aquella igualdad sólo permitida á lo mediano; á lo que, por su misma pequeñez, no deja lugar ni para los grandes yerros. Bástale á toda grande obra de arte la armonía que resplandece en el mundo y que vale bastante más que la escrupulosa y pueril correccion fácil

al pequeño y difícil al grande; porque á los séres de elevada talla ménos costoso les es alcanzar las ramas del árbol copudo que las piedrecillas del suelo: para esto hay que bajar. Cervántes tomó la pluma como quien, para sacudir la melancolía, sálese á dar un deleitoso paseo por sitio que embelesa la imaginacion sólo de pensado, y en el cual, despues de respirar el sano aroma del tomillo, el grato perfume del romero, el penetrante ó dulce de azucenas, violetas y aielís, encuentra la regalada sombra de entretejidos ramos, la deliciosa vista de extensos, variados y queridísimos panoramas. Halla consuelo á la fatiga de hoy con el recuerdo de la ventura de ayer, pasada pero ventura; con el dolor de otros dias, dolor pero pasado. Y andando, andando, enamorado de su camino, con fuerzas incansables y sin sentir ni lo que andaba, recorrió al fin el camino entero del arte no dándose él mismo cuenta muchas veces de qué manera lo recorría; firme y rápida la planta, embargada la imaginacion por las mismas maravillas que iba creando, como los padres con sus pequeñuelos. Es indudable que Cervántes no se dió cuenta perfecta de lo que hizo. Pensó ir á un punto determinado, por su propia voluntad escogido, y fué más léjos todavía. Cervántes compuso su portentosa novela y dejó á la posteridad el cuidado de apreciarla en su conjunto. No es por eso menor el mérito de Cervántes: el sol no se ve á sí mismo, pero todos vemos porque el sol alumbra. Cervántes era un verdadero genio y la profundidad, más que en su obra, está en el autor y entra con él en todas partes. Dos mujeres, una bonita y fea la otra, cogen dos flores idénticas y se las prenden en el cabe-

llo: pues no hay duda: la de la mujer bonita brilla más, *es más bella flor*, por el encanto que la hermosura contiene y difunde. El tiempo, la admiración de las generaciones que van sucediéndose, el prestigio que muy poco á poco adquiere todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande, pero que nunca le abandona ya y que es acaso su mejor sancion y su recompensa más pura, da á las obras del ingenio humano, pertenezcan al género que se quiera, una aureola que no está en ellas, pero que de ellas nace y á ellas pertenece como el nimbo luminoso que rodea á las imágenes sagradas y á los astros brillantes. Las piedras de un famoso y elegante monumento adquieren con los años un color severo é imponente de que carecían cuando, más completas y más limpias, aparecieron por primera vez, abatido ya el andamiaje, á los ojos de la atónita multitud. El triunfo del arquitecto ha exigido espera: en cuestion de artes, lo malo seduce pronto y pronto desencanta tambien; lo bueno se aprecia despacio y cada día mejor. Con las obras escritas sucede otro tanto. Sucede más: al cabo de un par de siglos de publicados un drama, una novela ó un poema épico, los escritores entusiastas, los sinceros admiradores del autor, el público mismo que se sabe de memoria sus conceptos, se hacen sus colaboradores inconscientes y constantes, y suponen en él cosas que ni pensó en decir, cosas que caben en su obra como en todo lienzo de gran tamaño caben más figuras y detalles que lo trazado por el artista, y que á veces sólo se descubre con los mágicos ojos de la ilusión; ojos que, á diferencia de los del rostro, cobran más vista con el tiempo, no se fatigan jamás. En Cer-

vántes, como en Shakespeare, como en Gœthe, como en todos los genios de primer orden, hay un perpetuo ejemplo de lo que queda dicho; porque sus obras inspiran diez ideas por cada una que el autor ha puesto allí, á semejanza de la naturaleza que con sus más leves ruidos despierta en nuestro corazon y en nuestra fantasía impresiones y recuerdos que se levantan á su voz, pero dentro de nosotros mismos. Fenómeno que en las obras baladíes no se produce nunca; los escritos despreciables son de suyo estériles, por fortuna de la humanidad: los padres son muchos, pero no tienen sucesion. Con proponerse ver en Cervántes el sabio universal, han dado lugar los cervantistas á críticas que sin su generosidad impertinente y absurda no se hubieran publicado, no se le hubieran ocurrido á nadie. En este caso, como en todos, las alabanzas exageradas ó fuera de sazón provocan las censuras apasionadas tambien. Alabar á una mujer por chico un pié que no es grande, pero que se ve bien sin lentes, es hacer que todos lo miren con ojos de aumento. Esto, suponiendo que ciertos elogios tengan otra cosa buena que la intencion del majadero que los hace: el pié que se alaba por chico á la obra de Cervántes tiene el tamaño, las proporciones y las líneas que debe tener; ni un punto más ni un punto ménos. ¡Pues qué! Si una obra no es una especie de dómine, no nos da leccion de algo, ¿carece de todo mérito é importancia? Las flores ¿serían más apreciables y más bellas si, por ejemplo, la rosa que nos prendemos en el ojal de la levita nos dijera: *dos y dos son cuatro*, la camelia que regalamos á una mujer hermosa se pasara la noche en su cabeza di-

ciendo: *Madrid es la capital de España*, ó los claveles que aspiramos con delicia nos diesen en las narices con la profunda, moral y siempre oportuna máxima: *Al que se muere lo entierran?* ¿Valdrían más por eso las flores? Mal negocio habían de hacer las floristas si las flores se metieran *en floreos*.

Cada cosa tiene su belleza. Lo que enseña algo nuevo, ó viejo, ó restaurado, bueno es y digno de estimacion; lo que es bello, pura y simplemente bello (que no es poco ser, porque no abunda tanto lo bello, despues de todo), con recrearnos la vista, con encantarnos la imaginacion, con descansarnos y templarnos el alma, nos mejora tal vez, y sobre conducirnos de la mano á hacer algo tambien bello ó bueno—y esto es mejor,—nos puede llevar á los brazos de la ciencia, que vive en su casa, y que como es señora muy trabajadora y formal se trata lo ménos posible con la poesía, que está (y tiene que estar) medio loca, y cuantas veces se han reunido, así como la ciencia ha puesto triste y desmayada á la poesía, la poesía ha puesto á la ciencia en disposicion de ser inútil á los ignorantes, y objeto de risa para los entendidos. ¿Tan poco es el *Quijote* en sí mismo, despojado de toda la hojarasca inútil de que le ha revestido una mal entendida piedad, semejante á la que ciñe de terciopelo y pedrerías una buena escultura de talla que salió de manos de Berruguete ó de Alonso Cano con más riquezas que pueden soñar cuantos pobres andan por el mundo? ¿Tan poco es componer una novela que á todos deleita y á nadie fatiga, que trasponiendo las fronteras de España y pasando por el alambique de la traduccion, en que se quedan las mayores bellezas de la

obra como vellon entre zarzas, se abre camino por medio de los más titánicos esfuerzos del ingenio humano, y vive con vida eterna en su puesto de honor, única, venerada y sin competencia posible? Si realmente fuera el *Quijote* lo que deliran los pseudo-entusiastas de su autor, el *Quijote* sería el libro más insoportable del mundo. No se podría leer; le pasaría en grado superlativo lo que á ciertas novelas históricas y á ciertas historias novelescas, lo que á ciertas obras de recreo que se propasan á enseñar química, geografía ó ciencias naturales: como obra de imaginacion, ni por imaginacion lo sería; como coleccion de manuales... ¡aviado estaría el mozo que se presentara á exámen despues de estudiar en ellos lo que le habían de preguntar!

Por este órden de ideas iba el discurso del jóven de la tribuna pública—cuyo nombre no he podido resolver á pesar de mis matemáticas,—á quien no conozco por las señas y con quien no puedo ménos de estar casi del todo conforme, pues ya que no hijo de una inteligencia ni de un saber del otro juéves, todo lo que dice parece hablado por el sentido comun en persona; á ese punto de su temeraria perorata, llegaba el nervioso, vehemente y sincero orador, cuando hostigado por las sonrisas displicentes de D. Mamerto Ribagorza (que pertenece á la especie del único animal que rie), picado por los murmullos de la mayoría y animado por el aplauso de la parte más imparcial de la reunion, pegó un tremendo puñetazo en la banderilla, se incrustó un clavo de oro en el puño, y creciendo tres cuartas y cogiendo despues de tres ó cuatro tartamudeos la embocadura de una parrafada, to-

mando la velocidad del coche de una montaña rusa, se encaró con los diputados y les lanzó el siguiente apóstrofe con la majestad de un Júpiter estrechamente unida á la violencia de un energúmeno :

—«¡Cervantistas!... ¿Qué digo, cervantistas! *Cervantófobos*, que este es vuestro propio y verdadero nombre, ¿cuál es el beneficio que habeis hecho á la memoria de Cervantes, cuál es el monumento que habeis levantado á su gloria, digno de su genio y proporcionado á vuestras alharacas? ¿Creeis honrarle con vuestros sandios folletos, con vuestros periódicos *cúrsis* ó con las poesías bárbaras con que le moleis los huesos aprovechando alevosamente sus aniversarios? ¿Qué gran estatua que levante algo del suelo, qué edicion como el libro la merece, qué biografía del manco de Lepanto bien hecha y bien narrada han escrito vuestras plumas ó costeadó vuestros bolsillos, ni promovido siquiera vuestra iniciativa? ¿Cuáles son y cuáles es presumible que sean los frutos de vuestra ociosidad atareada, de vuestra actividad estéril? ¡Si sois como la ardilla, que se fatiga para fatigar á los que la contemplan! Os adherís á Cervantes como se adhiere la polilla á la ropa: para hacerle daño. Os aproximais al puro raudal de la luz de su genio para oscurecerle, y sin otro deseo que el de brillar á su costa. Sois á la vez negados y orgullosos, y ofenderíais por lo audaces si no desarmaseis por lo inocentes. ¿Qué comentario hace falta para mirar y admirar el espejo de la claridad y de la tersura de estilo? ¿Qué linterna hace falta para iluminar la salida del sol? Lo que él no descubra con sus rayos, ¿lo percibirán vuestros ojos de topo, ayuda-

dos por la débil cerilla de vuestro entendimiento? ¿Pensais acaso que vale más lo que soñais vosotros que lo que Cervántes pensó? Para mí la prueba irrecusable del mérito de *Don Quijote de la Mancha* es que vosotros no habeis logrado ponerlo en ridículo. ¡Cuál no será la fuerza de concepcion que hay en esa obra imponderable, cuál no será el encanto de su estilo y de su variedad armoniosa cuando la inaza de vuestra majadería no la ha majado y deshecho para siempre! Aplíquese con la imaginacion á los poemas más famosos el procedimiento á que vive sometido el *Quijote*, y algo bueno puede apostarse á que no lo resisten como él. Si sobre *La Eneida*, *Los Lusíadas*, *El Orlando* y *La Jerusalem* se hubiese dicho y escrito la mitad de despropósitos que sobre el libro de Cervántes, ni Virgilio, ni Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso habrían volado tan alto ni tan fácilmente. Una buena parte de la ridiculez laudatoria se habría pegado al objeto de la alabanza. Cervántes, como cándido cisne que cae por su desdicha en un barrizal, como fortísimo diamante arrojado al fuego, ha salido limpio y libre de la prueba. No os molesteis, señores, en preparar nuevas toses y chicheos; he concluido: he dicho ya cuanto tenía que decir, nada se me ha quedado en el cuerpo, y hago punto final dándoos un millon de gracias por la malevolencia con que me habeis escuchado, dándome á mí propio otro millon de pláces por lo detestable que debe haber parecido mi discurso á los quijotes del *Quijote*.»

Si algunos párrafos anteriores habían promovido manifestaciones hostiles á las ideas vertidas, disparadas más bien, por el orador, y voces de «¡Fuera!» «¡Eso

es insultar á Cervántes!» «¡Blasfemo!» «¡Mal español!» y otras menudencias, los últimos períodos promovieron una zambra de dos mil federales. Los diputados creyeron que se ofendía á Cervántes *en ellos mismos*, lo cual era aún más triste que ofenderle á él por separado, porque ¿cómo sufrir en paz que se insulte á un amigo nuestro en nuestra propia casa? D. Marmerto amenazó con cubrirse, y sin duda no lo hizo por no encontrar á mano la segunda edicion de la campana de Toledo que llevaba por vía de sombrero de copa; pero viendo renovada una y mil veces la discordia del campo de Agramante, y notando que entre la concurrencia no eran ménos los partidarios del atrevido jóven que los de los varones sesudos, levantó el presidente los boyales ojos á la tribuna ocupada por la orquesta y las señoritas del Conservatorio Nacional, y con voz atragantada y como de caballero comprometido que llama á la guardia, berreó una, dos y tres veces:

—«¡Música! ¡Música! ¡Música!!!»

Chapí empuñó la batuta, y se procedió á la ejecucion de la pieza hecha de encargo por mi retequerido amigo el maestro Arrieta, que no hiciera más el mismísimo demonio, y que debía cerrar con áurea llave aquella estupenda y amenísima sesion. Sólo Arrieta era capaz de poner en música lo que le encargaron los cervantistas, lo que él aceptó por difícil y por rogado: sólo su inspiracion, su ciencia y su buen gusto proverbiales, podrían librar al maestro de salir con las manos en la cabeza y al auditorio de salir con los dedos en los oídos.

Arrieta había puesto en música el capítulo de la

aventura de los batanes, cantado por voces femeninas todo lo que era relacion en él, recitado por Arderius (Don Quijote) y por Caltañazor (Sancho Panza) el largo diálogo de caballero y escudero, é imitados por la orquesta con sublimes y convincentes detalles instrumentales, ya la oscuridad de la noche, ya los temerosos é intermitentes golpes de los seis mazos de batan, ya el murmullo del viento en las hojas, ya otros rumores ménos inofensivos y dulces de que en aquel graciosísimo episodio se hace gráfica y menuda descripcion. La pieza musical empezaba por las primeras palabras del capítulo, cantadas por ambos tenores. Poner prosa en música, se ha creído hasta ahora que ofrece alguna dificultad, que es aún más penoso que poner en música tercetos (cosa hecha ya por Arrieta en nuestros días, magistralmente por cierto, y para otra funcion cervántica). Sabido es, no obstante, que la prosa del *Quijote*, como ya descubrió hace años el difunto y discreto preceptista Monlau, está toda compuesta de versos de diferentes sílabas á las veces, pero siempre versos; fenómeno que también puede observarse en alguna que otra obra aparte del *Quijote*.

• Tenía que decir Sancho dirigiéndose á D. Quijote: —«No es posible, señor mio, sino que estas hierbas dan testimonio de que por aquí cerca debe estar alguna fuente ó arroyo que á estas hierbas humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podremos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.»

Arrieta no había tenido nada que hacer para que lá

prosa adquiriese número y medida. Apénas terminado el prelude, cantaba Sancho Panza:

—«No es posible, señor mio,  
Sino que estas hierbas dan  
Testimonio de que por  
Aquí cerca debe estar (1)  
Alguna fuente ó arroyo  
Que á estas hierbas humedece,  
Y así será bien que vamos  
Un poco más adelante (2),  
Que ya toparemos donde  
Podremos mitigar esta  
Terrible sed que nos fa... (3)  
Tiga, que sin duda causa  
Mayor pena que la hambre.  
.....

Y así sucesivamente. Principio quieren las cosas.

La pieza musical se aplaudió mucho y produjo grata sorpresa en el auditorio. Ribagorza hizo un movimiento parecido al que despues de algun tiempo de construidas hacen ciertas casas, y como si ese movimiento hubiera sido una señal acordada entre ámbos, el sobrino del piramidal presidente propuso á la Cámara un voto de gracias para su ilustre tio, el cual—hasta su parentela tenía que reconocerlo y estaba en la obligacion de proclamarlo así,—era el alma del Congreso Cervántico y el responsable (el autor, quiso de-

(1) Romance perfecto, género Narciso Serra.

(2) Romance autónomo en que cada verso es independiente y suena como le da la gana.

(3) Fa sostenido puesto por Arrieta para que Caltañazor luzca sus facultades.

cir el futuro bibliotecario), de todo lo que de resultados del Congreso iba á ir pasando poco á poco.

La votacion fué unánime. Don Mamerto se puso *de piés* (de pié no se ponen más que las grullas) y levantó la sesion, realizándose sobre la marcha aquel filosófico dístico de las celebérrimas aleluyas de *La corrida de toros* :

El público divertido  
se va por donde ha venido.

## VI.

¡Válgame Dios y cuántas ganas se le habían pasado á nuestro amigo D. Cucufate, al escuchar tanto y tanto discurso, de echar tambien su cuarto á espadas y de hacerse oír, y entender en lo que cabe, que no es gran cosa! Una natural y no exagerada modestia le hacía comprender que, hasta por su especial fraseología y su pronunciacion un si es... sí es indígena, debía reservarse para la hora de los bríndis en la cena cervántica. El simpático y alegre nieto de la parra, que suele entorpecer la lengua, afina el oído y aguza el cacúmen, y con unas cuantas copas de vino entre pecho y espalda se puede entender todo: hasta el castellano en boca de un catalán verdaderamente catalán.

Miéntras una docena de mete-sillas y saca-bancos sacaron los bancos donde los diputados se sentaban, y pusieron á los bordes de la inmensa mesa en forma de herradura de que ántes hicimos mencion, las sillas que necesitaban los comensales, D. Cucufate Miral-

pux y Ribelles verificó la transformación de su traje y apareció en el improvisado comedor á punto de servirse la sopa.

Algunas miradas de sorpresa le dirigió la generalidad, y aún alguno que estaba tan mal vestido como él; pero el impertérrito Miralpux, llevando su papeleta en la mano, buscó el número de su silla, se puso en ella con la dignidad del catalan que paga, y se preparó á devorar con el coraje del hombre modesto que adelanta el importe de un cubierto de cinco ducos. No: él reventaría de una indigestion; pero al cocinero le había de costar caro que él se sentara á la mesa.

Mesa que presentaba un aspecto sumamente agradable. Todo era allí simbólico, poético y lleno de novedad y buen gusto. La vajilla se había construido *ad hoc* y en el fondo de cada plato estaba representado un episodio del *Quijote*, aprovechándose naturalmente los soperos para las aventuras más filosóficas y profundas. Los palilleros eran todos cabezas de Cervántes que, acribilladas por los palillos, hacían pensar instintivamente en Jesus coronado de espinas. Los aguamaniles colocados en las paredes, eran vacías de barbero llenas de agua de las lagunas de Ruidera, traída expresamente, y bajo certificacion del alcalde y del cura párroco, de la laguna llamada *del Rey*, próxima al pueblo de aquel nombre. Los baba-dores (no había servilletas) estaban marcados con las iniciales de Cervántes; las flores que adornaban el centro de la mesa en labrados recipientes de cristal, eran todas de la variada y exuberante flora manchega, y los candelabros que debían alumbrar la segunda

parte de la fiesta y que, como cosa de Cervántes (por concomitancia), iba á ser aún mejor que la primera, habían sido ingeniosamente sustituidos con enormes velas de cera blanca puestas sobre más de cien candeleros de plata en recuerdo de los que rodeaban el túmulo de Altisidora en la última aventura del ingenioso hidalgo.

Esto tenía la ventaja de ser quijotesco, de dar á una cosa alegre de suyo, como una comida, un tinte severo y grave, y hasta la de prevenir algun que otro cólico, porque ¿quién sería capaz de hacer excesos comiendo, vamos al decir, de cuerpo presente? Alguna persona de buen gusto acaso encontrará soberanamente ridículas tales garambainas, y puede ser que no le falte razon.

Sobre cada baidador, impreso con letras de oro en limpia y charolada cartulina, se leía el *menu* de la cena cervántica, que sólo era cena en el nombre y por lo avanzado de la hora á que se servía. Realmente, era una comilona de padre y muy señor mio.

La lista de los platos estaba toda ella redactada en el que un amenísimo y encaretado escritor llama «el idioma de la cocina» y decía así: (Entiéndase ahora y siempre, en esta verdadera historia, que el pretérito tiene valor de futuro. La lista *estará* redactada y *dirá*; pero yo no puedo menos de dar la cosa por hecha y sucedida).

## DINER EN L'HONNEUR DE MICHEL DE CERVANTES

## POTAGES

Pot-pourri—Des lentilles

Pot de quelque chose plus vache que mouton

Duels et ruptures (1)

## HORS-D'ŒUVRE

Des ails et oignons à la Sancho Pança (2)

## RELEVÉ

Morue de petite truite (3)

## ENTRÉES

Ongles de bœuf — Pigeonneau en outre (4)

## ROT

Jeunes taureaux aux noces de Camacho (5)

## SALADE

Salade de viande froide (6)

## DESSERTS

Fromage de la Manche—Viande de Coings

Des raisins — Chalumeaux de suplications (7)

## VINS ET LIQUEURS

Château-Peleon—Eau de vie de Michel-Turra (8)

(1) Olla podrida—Potaje de lentejas—Una olla de algo más vaca que carnero—Duelos y quebrantos.

(2) Ajos y cebollas á lo Sancho Panza.

(3) Bacalao truchuela.

(4) Uñas de vaca—Palomino de añadidura.

(5) Novillos á las bodas de Camacho.

(6) Salpicon.

(7) Queso manchego.—Carne de Membrillo.—Uvas.—Cañutillos de suplicaciones.

(8) Vino peleon.—Aguardiente de Miguel-Turra.

Los lectores no necesitan comentario de ninguna especie para apreciar lo cervántica y quijotesca que era la tal comida.

Los comensales le hicieron todo el honor que ella merecía, y una vez ceñidos al cuello los amplios babadores, no perdonaron ni uno de los platos que iban presentando á su literaria voracidad los mozos de Fornos vestidos con trusa y ferreruero. Cada quisque se embauló un par de roscas hechas en la tahona del Mico con trigo expresamente traído del lugar de la Mancha de que no quería acordarse Cervántes; hubo quien se engulló media rueda del aceitoso queso que, con echar á nadar en él un fósforo, puede servir de lamparilla para todas las noches de un segundo Matusalem; Ribagorza se cenó el novillo más pequeño que sacaron á la mesa, y el vino se bebió allí medido por toboseñas tinajas, aunque no faltó algo que lo volviese más áspero y zurraposo de lo que él era en sí, algo que hasta hizo materialmente difícil el acto sólo de introducirlo entre pecho y espalda.

Me explicaré. Para recordar la anécdota de aquel famoso mojon de que habla Sancho y que, al catar apénas un vino, dijo que sabía á hierro y á cuero, patentizándose la excelencia de su paladar cuando una vez desocupada la cuba se encontró en su interior una llavecita pendiente de una correa, los cervantistas habían determinado echar en el tonel de vino dispuesto para la comida la llave del porton del Congreso y el cinturon con que el portero asturiano se atacaba los pantalones. Para recordar el primer trago que echó Don Quijote en su primera salida, decidieron no beber en vaso ni en copa, sino

valiéndose de una caña que los mozos llenaban por uno de los extremos aplicando á ella un embudo.

Mientras tenían lugar todas estas discretas operaciones, una orquesta de guitarras y bandurrias acompañaba á una respetable anciana (vendedora al por menor de arrope y mostillo) unas manchegas melancólicas unas veces y otras impregnadas de desesperada alegría, repiqueteadas con el duro y seco són de los palillos, como llaman á las castañuelas los compatriotas de D. Quijote.

Cuando ya no hubo más que devorar, una docena de doncellas traídas por los cervantistas (¿qué no encontrarán ellos?), luciendo rameadas faldas de brillante brocado, felices é indiscretos justillos y sutiles y picudas golas, unas con fuentes de plata, otras con aguamaniles del mismo precioso metal, otras con blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y otras, finalmente, descubiertos los brazos hasta la mitad y en sus blancas manos redondas pellas de napolitano jabon.

Llegaron las de las fuentes, y con gentil donaire y desenvoltura fueron poco á poco encajándolas debajo de la barba de los cervantistas, que las tendieron cuanto pudieron; y al mismo punto comenzaron á llover los aguamaniles, y las doncellas del jabon les manosearon las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran ménos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos de los obedientes diputados, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. Las doncellas barberas, cuando ya los tuvieron con un palmo de jabonadura, fingieron que se les había acabado el agua y mandaron á las de los aguamaniles fuesen por ella,

que los señores diputados esperarían. Hiciéronlo así y quedaron los cervantistas con la más extraña figura y más para hacer reír que se puede imaginar (1). Mirábanles todos los que presentes estaban, que eran muchos entre mozos de comedor, porteros y curiosos de esos que se cuelan por el ojo de una aguja y tienen afición hasta á ver comer bien, y no pudieron disimular la risa: risa que los cervantistas interpretaron como legítimo contentamiento y general aplauso al ver tan bien puesto en planta uno de los mejores pasajes del rey de los libros.

D. Cucufate Miralpux y Ribelles fué el único de los sentados á la mesa que hizo alguna oposicion á la jabonadura; oposicion convertida en mansa obediencia con una sola elocuentísima mirada del señor presidente. Decía muy apurado el celebérrimo catalan, tragando jabon, escupiendo y tosiendo, todo á un tiempo mismo:

—«Eso te va á *haserme* daño, Cucufate... Tú no estás acostumbrado en *estes porquerías* de *lavarme* la cara en jabon. ¿*Agüe* á la cara ántes ó despues de comer?... ¡Qué *barbaridat!*»

Limpios, mondos y lirondos los rostros de los caballeros, levantáronse los manteles, y dándose por terminada la imitacion de la cocina del Quijote, aparecieron sobre la desnuda mesa el champaña, los licores de todas clases, el café y los cigarros, prévio el pago de un suplemento que D. Cucufate se negó á satisfacer, no sólo por quedar él satisfecho y pagado de sí propio, sino porque realmente le convenía conser-

(1) *Don Quijote*. Segunda parte, cap. XXXII.

var clara la razón y ágil el cuerpo para todo lo que se proponía decir y hacer en aquella noche solemne y memorable.

Los brándis menudeaban con tanta prisa que no se daban punto de reposo, y «el meneo dulce de las cantimploras» condujo á los cervantistas á honrar á su apedreado ídolo (segunda parte del San Isidro Labrador que *veneran* los madrileños en el puente de Toledo cuando llueve á mediados de Mayo) por nuevo y dichoso sistema. Los cervantistas, en vez de colgar é iluminar sus casas, recurso ya vulgar y empleado hoy día y hoy noche por un quitame allá esas pajas, se colgaron á sí mismos cada uno una mona de primera magnitud y á sí mismos se iluminaron à *giorno*.

El vino es el mejor compadre del mundo, el espíritu (cuando es espíritu puro) que desarrolla más indulgencia en nuestro entendimiento y más ternura en nuestro corazón. Ni se conoce lazada igual para atar amistades, ni desañudador parecido de odios y rencores, por inveterados que estén. Tampoco hay despertador del ingenio de la fuerza del vino: él hará dormir al cuerpo, pero en cambio hace danzar al espíritu y lo mantiene en la más alborotada y fecunda de las vigiliass; y si suele quitar algun desparpajo á los hombres listos, todo el que quite, y más, lo regala á los tontos, trepando valientemente hasta sus cabezas hueras y convirtiéndolos en gente de chispa. Injusto sería no proclamarlo: si la alegría es madre de la virtud, la virtud tiene al vino por abuelo materno, y los borrachos son seres superiores, llenos de luces y capaces de todo.

D. Cucufate estudió los progresos de *la virtud* en

los diputados cervantistas, y—antes de que la virtud fuese tal que los transportara á todos al quinto cielo,— el invicto catalan cogió una copa de champaña sin necesidad de que se la ofreciera nadie, y disparó su idea con la rapidez y el estrépito con que momentos antes había saltado por los aires el cautivo tapon de la botella.

Uno de sus adláteres brindó:

—«¡A la salud de Miguel de Cervántes!»

Y el boticario reusense se subió sobre la silla, y apurando de un solo trago la única copa de vino que podía sentarle bien, gritó á voz en cuello:

—«¡A la *salut*, no! ¡A la *resurreció* de Miguel de *Servántes!*»

A la indignacion momentánea producida por las cuatro primeras palabras del brándis, sucedió el asombro, al asombro la demanda de explicaciones, y á las explicaciones (que fueron tan francas como era de esperar y tan turbias como era de suponer) las impresiones más diferentes y contradictorias. Unos diputados se caían de risa, otros prometían levantarse de puro serios y erguidos; no faltaba comentarista del *Quijote* que afirmase con voz *infirmo* que el inmortal ingenio había pronosticado su resurreccion al decir en el prólogo del *Persíles* á sus amigos (que no podían ser otros que ellos, los *cenantes*): «Yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida»; vida que era *otra* en mil seiscientos diez y seis; pero que claro está que era *ésta* en mil ochocientos setenta y nueve.

La mayoría, sin embargo, tomaba la cosa á broma, y de puro gusto se les iban á varios diputados las que,

segun Cervántes, se le fueron á Sanchica al saber que su padre gobernaba la ínsula Barataria.

D. Cucufate vió el negocio perdido si la seriedad no se restablecía á toda costa, y exclamó echando mano de uno de sus siempre oportunos recursos :

—¡Ah, cobardes! ¡Teneis miedo de venir *conmigue als Trinitaris* y de entrar á *tals hores* en el *sementeri!*...

La frase produjo un efecto mágico. A los hombres, cuando estamos en nuestro juicio, suele darnos por ser prudentes y por tener miedo, que es la pasion más razonable é inofensiva de todas; pero cuando nuestra cabeza no está en órden, nos da siempre por el valor. Cervantista hubo que hasta de pié se puso, y cogidos uno de otro como gallegos en baile, ó más bien como niños que juegan al milano, se dispusieron á seguir á Miralpux; el cual sólo les hizo esperar el tiempo preciso para dar á los camareros algunos encargos sobre los preparativos que exigía el empleo del bálsamo vivificador.

Todo lo tenía él prevenido en la casa de huéspedes, y la patrona lo entregaría á quien se presentara con una tarjeta de D. Cucufate... ó, para no apartarnos un ápice de la verdad de la historia, con una tarjeta de un cliente de D. Cucufate. La conservaba éste en su cartera al llegar á Madrid, y para utilizarla y librarse de la molestia de mandarse hacer veinticinco suyas, se inscribió con el nombre de su amigo en el libro de la patrona.

## VIII.

Salieron del Congreso y llegaron á las Trinitarias. Les digo á ustedes que llegaron. ¿Cómo? Se ignora. No se concibe casi. Averígüelo Benjumea.

La larga caminata que habían hecho los diputados cervantistas cayendo y levantando y volviendo á caer, el tiempo transcurrido durante tan difícil paseo, el aire fresco y puro de la noche, eran cosas que, todas juntas y cada una de por sí, bastaron para ir poco á poco despejándoles las cabezas, algo alborotadas con tanto discurso como vino (esta es la verdad) como vino á pronunciarse en la apertura de las Córtes del Quijote.

Al desembocar en la antigua calle de Cantarranas, hoy de Lope de Vega, al encontrarse frente á frente del antiguo convento donde yace Sor Marcela de la Cruz, «el primer cuidado» del fénix de los ingenios —como la llama él mismo,— donde yace también otro *cuidado* del gran Cervantes y donde, aunque ignorándose el lugar, hay ya certeza de que reposan los mortales despojos de la más pura gloria española (hablo de las literarias), del hombre que ha hecho pasar á la humanidad mejores ratos, y á quien ella se los ha hecho pasar peores, olvidándole en vida y olvidando hasta su sepultura; al desembocar los diputados en la calle de Cantarranas, íbamos diciendo, ya estaban en su juicio cabal, ó, para hablar más propiamente, en el que ántes tenían.

Nadie los detuvo en su gloriosa y alborozada car-

rera por todo el centro de Madrid, que todo necesitó atravesarse para ir desde el Congreso á las Trinitarias. Gritaban, reían, vitoreaban á su ídolo-víctima, á D. Cucufate Miralpux, á Fornos y á los bodegueros de Jerez y Málaga; pero, en Madrid, hasta los que no podemos dormir muchas noches por lo que se escandaliza en las calles, encontramos natural que cada uno haga de su sueño y del nuestro lo que mejor le parezca. No hay que darle vueltas: la costumbre es el único legislador del mundo, sobre todo en tierra de España.

Cuando Miralpux y su tropa rodeaban el monasterio como quien se dispone á asaltarlo, diríase que con su alboroto anterior habían hecho en torno suyo un vacío de polizontes: sólo el sereno de la calle de Lope de Vega, el apacible Antonio, dormía y roncaba, puesto en pié y apoyado artísticamente en el quicio de la casa de Emilio Mario, con toda la serenidad que debe tener un sereno. Así es que la atrevida hueste pudo penetrar en la santa morada rompiendo las cerraduras de la puerta principal, asustando alguna cosa á las madres—que temieron ser víctimas de un robo, y hasta esperaron cosas quién sabe si peores,—revolviendo á sus anchas todas las dependencias del convento y examinando todos los enterramientos de la nave de la iglesia, del coro, del huerto y de todas partes, levantando las lápidas con ayuda de algun barrote de hierro ó instrumento de jardinería que debieron encontrar á mano. Dígase lo que se quiera por los que miramos las cosas con apasionamiento y con mala intencion, el celo cervántico es capaz de las mayores atrocidades.

Ya estaban descubiertas todas las sepulturas: puede decirse que ya estaba hecho todo, porque ya sólo faltaba averiguar cuál era la sepultura de Miguel de Cervántes Saavedra.

Esosí, allí estaba Cervántes, aunque callado como un muerto y sin decir «esta boca es mía.» El marqués de Molins, en su preciosísima Memoria leida á la Academia de la Lengua, no lo deja dudar.

Miralpux opinaba que, enterrado Cervántes en vida de su hija doña Isabel de Saavedra en el convento donde ésta era monja y donde murió algunos años despues que el padre, no debieron ser abandonados sus restos en cualquier lugar de la santa casa, sin que las piadosas manos filiales los librarian de confundirse con otros ménos queridos. Presumió más D. Cucufate con su buen sentido ordinario: presumió que la sepultura de la hija debía estar junto á la del padre, ó por deseo de Isabel expresado al morir, ó por amorosa atencion de las religiosas con su hermana; y una vez ocurrida al boticario esta idea, esperó encontrar allí dos cadáveres, dos momias, dos esqueletos de personas de sexo distinto; confió en reconocer esta circunstancia por mal conservados que estuvieran, y dió por verdad indiscutible que si descubría en cualquier rincon de las Trinitarias reliquias de un hombre y una mujer unidos en la tumba, esas eran las del soldado de Lepanto y las de la doncella fruto de sus amores misteriosos. Suponga el lector, si tanto puede, cuál sería el miedo de D. Cucufate á que sólo quedaran cenizas del sujeto á quien se proponía resucitar y que, una vez resucitado, iba á eternizar el nombre de los Miralpux. Mucho confiaba en las condiciones espe-

ciales de los enterramientos de las iglesias, que, por mil diferentes y explicables causas, han hecho considerar como milagro á las almas sencillas (ayudadas del consejo de otras almas que pudiéramos llamar *dobles*), fenómenos que la ciencia explica sin poner á la más santa de las religiones, á la única verdadera, á la que la inmensa mayoría de los españoles profesamos, en abierta oposicion con el sentido comun. Acaso las condiciones del terreno donde arraigan los cimientos de la fundacion hecha por la hija del famoso Julian Romero, conservarían incorrupto el cuerpo de Cervántes y en disposicion de que D. Cucufate no tuviera más que animarlo y dejarle andar.

Lleno, pues, de bríos y de esperanzas, cogió una piqueta el heróico farmacéutico, y dando sus órdenes á aquella especie de regimiento de ingenieros y respondiendo á la precision de las órdenes del jefe el *célere obedir* de los soldados, no dejaron los huesos en paz á respetable abadesa, á novicia muerta en la flor de su edad, á tornera chismosa ni á demandadero entremetido y remolon. Y todo lo sacaron de su sitio, lo pusieron en la sala capitular, lo ordenaron y clasificaron y procedieron á un exámen, quizá irrespetuoso, quizá sacrílego, pero en el fondo bien intencionado, y sobre todo, quijotesco.

El éxito coronó aquel esfuerzo noble como corona todos los nobles esfuerzos, cuando los llega á coronar: poco á poco, pero por completo.

Los dos anhelados cadáveres del hombre y de la mujer aparecieron bien conservados, y mejor aún el primero, bastando la sola inspeccion de las mortajas para añadir peso y valor á las conjeturas. El cadáver

de la mujer, bastantemente momificado, era el de una monja. El del hombre, también con el hábito en que consta que fué enterrado Cervántes, había sido hallado en el último rincón del jardín, próximo si no contiguo al de la pobre lega Isabel de Saavedra (que no pudo llevar dote unido á sus buenos deseos), en la sepultura más abandonada, más llena de hierbajos y resquebrajaduras, más expuesta á la intemperie y á las ofensas de toda suerte de bichos y alimañas. No había ya duda posible: aquella era la sepultura de Miguel de Cervántes, y Cervántes lo que hubiese dentro de ella.

Aún tenían adheridas las carnes el sayal de la Orden Tercera, aún empuñaba la diestra mejor pagadora de la manquedad de una zurda la tosca cruz de palo á que murió asido el gran poeta que nunca se desdeñó de ser cristiano á carta cabal; que, si fué el más modesto de los genios, no sintió satisfecha la sed de su alma con una sola gloria; y que, cuando le llegó el día del descanso, olvidó la que los hombres tienen poder para dar y quitar, y sólo se acordó de la que Dios otorga siempre al que con sano y sincero corazón se la pide.

Echó atrás Miralpux, poseído de íntima veneración, la capucha de San Francisco que cubría la cabeza del difunto, transparentándose casi,—tan flojo y tenue había ido poniéndose el burdo paño,—y la frente *lisa y desembarazada* apareció á los ojos de los circunstantes, llenándolos, á pesar de ser cervantistas, de santo y religioso respeto. ¡Ah! el que tuviera ojos para contemplar aquella frente no podía poner en duda que fuese aquel cuerpo el que se buscaba: sólo

detras de aquella frente podía haber nacido y crecido *Don Quijote*...—*Don Quijote* y *El celoso extremeño*, y *Rinconete y Cortadillo*, y *La tia finjida*, y *La fuerza de la sangre*, y *El licenciado Vidriera*, y el *Coloquio de los perros*, y *Los dos habladores*, y el *Hospital de los podridos*, y mil y mil cosas más; que algo más que el *Quijote*, y algo que aún sin el *Quijote* hubiera bastado para darle fama eterna, escribió Cervántes.

Cervántes murió hidrópico; pero al cabo de tantos años, la hinchazon había desaparecido y más bien estaba amojamado y seco: cerrados *los alegres ojos*, todavía brillaban *las barbas de plata, que fueron de oro ántes*, á la luz de las linternas y velas que tenían los cervantistas; los cuales, aunque no podían ménos de reconocer que aquel rostro halagüeño y rebosando tranquilidad serena no discordaba del retrato que *á la pluma* se había hecho Cervántes en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares*, no encontraban el menor, el más remoto parecido entre el original y las mil supuestas copias que andan por el mundo, y que por no tener parecido, no lo tienen ni siquiera entre sí.

Pero no había tiempo que perder: *la del alba* estaba ya próxima, y era preciso no pararse en *contemplaciones*. D. Cucufate envolvió cuidadosamente el cuerpo de Cervántes en la funda de una lámpara que encontró á propósito; se lo echó al hombro con la gallardía de quien carga con su fortuna, y salió seguido de los señores diputados.

Salieron como entraron, sin que nadie se metiera con ellos. Las monjas, encerradas en sus celdas y dando diente con diente, no tuvieron ánimo ni para chillar; ni siquiera trataron de averiguar lo que pasa-

ba en el convento: tal era su miedo, que pudo más que la curiosidad, con ser la curiosidad de mujer, y de monja, y tocante á cosa de caballeros.

Los agentes de desórden público brillaban por su ausencia en la calle de Lope de Vega y adyacentes: el sereno soñaba que había despertado. La representacion de la autoridad protegía á su modo el robo de un muerto, ni más ni ménos que si se tratara del robo de un vivo. Nadie sorprendió á los cervantistas en su marcha triunfal...—Verdad es que si se habían pasado la noche *levantando muertos*, ¿quién los había de sorprender? La policía ménos que nadie.

## IX.

Los diputados cervantistas dieron la vuelta al Congreso con mayor facilidad y prontitud que se habían alejado de él: efecto de la íntima y misteriosa relacion existente entre el desembarazo ó la pesantez de la cabeza y la facilidad ó dificultad locomotiva de los remos; efecto tambien de la *querencia*, por decirlo así, que pone alas en los piés y parece como que los duplica.

Todavía estaba la mesa del festin cubierta de manjares, aunque portero, mozos de comedor y curiosos habían hecho algunos *comentarios* sobre los restos de la cena confiados por completo á su discrecion y buen gusto. Pero hay que declarar, en honor suyo, que ántes de picar ligeramente en tanta y tanta cosa como estaba allí diciendo: «Cenadme», dejaron cumplidos todos los encargos de D. Cu-

cufate Miralpux, uno por uno y al pié de la letra.

Próximo á la mesa estaba colocado un baño de zinc, alquilado á prevencion por Miralpux, y contigua al baño una mesita con varias redomas llenas de líquidos de diferentes colores, y una caja de instrumentos quirúrgicos. No era D. Cucufate de esos boticarios que ni pinchan ni cortan: hombre instruídísimo, sabía un poco de todo, y desde que inventó su prodigioso bálsamo, procuró, naturalmente, acabar de ponerse en disposicion de aplicarlo por sí mismo.

El baño contenía un agua de color amarillento, grasienta y de bastante densidad: yo ignoro lo que aquello sería; pero, por los datos recogidos, me inclino á creer que era una especie de gelatina á medio cuajar.

Entre el asombro, el terror y—la curiosidad, sin embargo,—de todos los circunstantes, que no podían ménos de formar corro ante un espectáculo que á la vez era para ellos repulsivo y atractivo, cogió bonitamente el Sr. D. Cucufate el cadáver del Príncipe de los Ingenios españoles y extranjeros, le quitó la funda y anunció al concurso que iba á devolver su elasticidad á los tejidos de aquel cuerpo por completo momificado y apergaminado.

Y diciendo y haciendo, lo zambulló en el baño, que abrió blandamente su espeso líquido para recibirle. Pasados algunos minutos, y al poner la momia en un divan, todos observaron que la masa de carne, rígida poco há, estaba completamente flexible y fácil á los movimientos que en ella iba imprimiendo la voluntad ajena. No extrañarán que con aquella abundante absorcion se trocara tan rápidamente de seca

en jugosa los que sepan de ántes ó de ahora (es decir, muy poco despues de saberlo yo), que las siete décimas partes, por lo ménos, del organismo humano se componen única y exclusivamente de agua. No nos hagamos ilusiones: no somos mas que unos botijos formados de miserable barro tambien, y tan frágiles y expuestos á descacharrarnos como cualquiera de los que venden en las tiendas de loza.

Obtenido por Miralpux aquel resultado primero, hizo notar á la curiosa asamblea que el cadáver de Cervántes estaba entónces del mismo modo que en el momento de morir. Ya sólo era menester introducir en sus venas la sangre de una persona viva, sangre que D. Cucufate traía en una de las botellas, preparada y combinada con los elementos que constituían su precioso secreto.

D. Cucufate procedió sin pérdida de tiempo á verificar la transfusión, y la hizo sin salirse del procedimiento habitual, tan conocido de los que somos aficionados á este género agradabilísimo de operaciones.

Armado de su bisturí, puso en descubierto Miralpux la arteria femoral de Cervántes, buscando hábil y rápidamente en el *triángulo de Scarpa* y por el borde interno del abductor. Una vez al descubierto la arteria, y permitiendo observar á los curiosos, cada vez con los ojos más espantados y más fijos en lo que les espantaba, que la sangre propia de Cervántes había quedado reducida á cristales de sales de hierro (*hemato-globulina* que decimos los facultativos), hizo una incision en la arteria aquella mano firme y experimentada, y, sirviéndose de una jeringa de doble llave, introdujo allí la cantidad de sangre que necesi-

taba transfundir y que batió ántes para evitar la coagulación.

Realizada la transfusión y tomadas todas las precauciones naturales contra una hemorragia, destapó otra redoma Miralpux, y aplicándola á los labios de Cervántes introdujo en ella la cantidad de bálsamo que había de determinar en su cuerpo, inmóvil todavía, la excitación vital. El bálsamo milagroso tenía condiciones opuestas á las de la digital purpúrea: así como el extracto de esta planta narcotiza y modera, detiene á veces los latidos del corazón, el bálsamo de D. Cucufate determinaba en él las primeras contracciones y dilataciones mediante las cuales sobreviene la vida en todas sus manifestaciones á la vez, sin que sea menester repetir la toma, porque, puesto en movimiento el torrente circulatorio, el efecto del bálsamo, que no es otro que la circulación, hace persistir la causa de ésta, causa que debe buscarse única y exclusivamente en los movimientos de sístole y diástole.

Los espectadores de aquel maravilloso experimento, que aguardaban con tanta ansiedad como terror el resultado prometido por Miralpux, abrieron los ojos de par en par, se pusieron alternativamente de color de grana y de color de cera, lanzaron un grito espantoso y corrieron hácia la puerta tropezando unos en otros y no permitiéndoles salir el mismo afán de hacerlo todos á un tiempo.

Razon tenían para correr y aún para volar. Apenas D. Cucufate le aplicó á la boca el bálsamo de su invención, la amarillez del difunto fué desapareciendo rapidísimamente, la momia comenzó á esponjarse,

el ex-cadáver respiró, abrió los ojos y hasta hizo un movimiento corporal.

Arremolinados á la puerta los diputados cervantistas con una ansiedad digna de un 3 de Enero, las voces de D. Cucufate les obligaron á avergonzarse de su flaqueza y á volver á sus puestos de honor, de tan buenas ganas, eso sí, como van á la escuela los muchachos en la mañanita del lúnes.

Cervántes estaba vivo: el sueño era una realidad: ellos mismos, con una modestia tardía pero segura, contemplaban el sinnúmero de botellas vacías puesto en un rincón, y no podían ménos de preguntarse, parodiando á Baltasar de Alcázar, si con aquel negro beber resucitaban los muertos.

Cervántes estaba más que vivo; estaba hasta joven: el cabello y las barbas de plata iban tomando poco á poco el color del oro, y todo en aquella fisonomía abierta y simpática, en aquel cuerpo noble y gallardo, anunciaba la fuerza y la salud.

Cervántes miraba á todos lados, y la vaguedad de sus ojos daba á entender que no se daba cuenta cabal de lo que veía; que apenas tenía conciencia de lo que pasaba por él. Cuando un hombre despierta despues de haber dormido ocho ó diez horas, permanece unos cuantos segundos con la imaginacion entorpecida y como desperezándose, porque el dormir y el despertar tienen sus crepúsculos ni más ni ménos que el día y la noche. Natural es que quien se había pasado durmiendo la friolera de doscientos sesenta y tres años, anduviese un poco torpe y perezoso para despertar.

Relativamente tranquilos ya todos los circunstancias, se acercaban al nuevo Lázaro, lo examinaban de

cerca, y alguno hasta se propasaba á tocarle la frente que albergó á *Don Quijote*, la mano que lo escribió, la otra mano que cayó inválida en Lepanto. No podían remediarlo: la duda de que aquel fuese Cervántes, les volvía á asaltar al comparar la cara del resucitado con la del retrato suspendido sobre el sillón presidencial de D. Mamerto Ribagorza y Mendigorria. ¿Si no sería aquél Cervántes? ¿Si se habrían equivocado de muerto? ¡Tendría gracia que hubiesen resucitado á Avellaneda queriendo resucitar al viajero de Esquivias!

Pero el mismo resucitado aclaró satisfactoriamente esa duda al pronunciar sus primeras palabras con voz oscura y balbuciente, como de niño que no sabe hablar bien, como de hombre que hace cerca de tres siglos que no dice á nadie: «Por ahí te pudras.»

—¡Catalina... Catalina!... ¿Volvió ya de Nápoles el señor conde de Lemos? Dame el *Persiles*.

Cervántes se había dormido en brazos de la muerte con las últimas palabras de aquella epístola que nadie es capaz de leer sin lágrimas y sin admiración, y al volver su espíritu inmortal á posarse sobre las cosas del mundo, encontraba, naturalmente, las últimas ideas abandonadas al levantar su vuelo, de igual manera que encontramos nosotros en nuestro bufete al recomenzar nuestras cotidianas tareas, los libros y papeles abiertos ó escritos la noche anterior.

Dichas las palabras citadas, y en vista de que no se le daba contestación alguna, Cervántes enarcó las cejas, hizo un movimiento de impaciencia y de mal humor, púsose en pié y tornó á decir mirando á todas partes:

—Pero, ¿no me oyes, mujer? ¿Me has dejado solo? Te pregunto si...

Y aquí se detuvo. Las miradas de espantado asombro que todos le dirigían, la fuertísima luz del salón que le quemaba los ojos acostumbrados á la blanda sombra del sepulcro, la novedad de objetos, figuras y trajes que se ofrecían á ellos, todo era un despertador de su desconfianza y un acicate de su inteligencia. Así que, dirigiéndose al grupo principal, al más numeroso, y obligándole á retroceder respetuosamente á medida que se acercaba á él (el miedo es la más constante de las pasiones), decía encarándose con los diputados:

—Perdonadme, señores... Pero... no sé lo que me pasa... Ayer me dormí... no muy bien de salud, á la verdad... y... no extrañéis mi sorpresa... pero ¿cómo no me he de sorprender al encontrarme sano y bueno, fuera de mi habitación y entre gente vestida de máscara con los trajes más estupendos que han visto los siglos?

Para Cervántes era traje de máscara el de etiqueta que llevaban los cervantistas; y convengamos en que no le faltaba razón al comparar nuestros ridículos fraques y pantalones con el airoso capotillo y los gentiles gregüescos, con el mismo hábito de fraile que servía de mortaja á Cervántes, y en que reparó al fin despues de reparar en los vestidos ajenos, no pudiendo ménos de preguntarse entre atónito y alarmado:

—¡Eh!... ¿Cuándo diablos me he hecho yo fraile? Tembló D. Cucufate á la sola idea de que el conocimiento de una verdad tan inverosímil como la que todos estaban presenciando, tuviese una fatal influen-

cia sobre el juicio de Cervántes; pero comprendió al propio tiempo que el deseo vehemente y estéril de hallar esa verdad por sí mismo podía hacerle más daño todavía, y se resolvió á sacarle de dudas sin andarse en ambages ni rodeos. En cuatro palabras le puso al cabo de la calle por más que Cervántes estaba algo torpe para entender, no las palabras de un catalan—había vivido bastante tiempo entre ellos y los comprendía perfectamente,—sino la jerga, oscurísima para él, del lenguaje moderno.

Lo primero que hizo fué dudar; pero forzoso era rendirse á la evidencia, á tanta y tanta prueba palmaria de lo que le decían. Dióse por convencido, y púsose en seguida más serio que un ajo porro.

No faltó quien le manifestase extrañeza por el poco entusiasmo que mostraba á la idea de haber vuelto á la vida. Cervántes se sonrió melancólicamente y respondió con suma sencillez:

—Consiste eso, señores, en que me había hecho ya otra ilusion más grata que la de vivir.

—¿Cuál? preguntaron todos á una.

—La de descansar,—fuéles respondido por quien, despues de lo que le pasó en el mundo, tenía alguna razon para volver á él un poco escamado.

Todos se miraron estupefactos y llenos de admiracion al oír semejante frase, todos dijeron: «¡Es el mismo hombre de siempre!» Don Mamerto hizo en el piso un charco de lágrimas, y dijo para sus últimas profundidades internas:

—Esas tres palabras merecen un par de tomitos de comentarios: yo los escribiré y el Congreso los imprimirá á su costa.

Cervántes dejó dibujarse en sus labios otra sonrisa algo más plácida que la anterior, y dijo casi alegremente:

—Haced cuenta, señores, de que nada he dicho. Vosotros quereis que viva: vivamos, pues... Yo sé ya lo que es vivir. Hacedme la merced de decirme á quién le debo la de volver á verme en el mundo.

Los cervantistas señalaron á D. Cucufate, que andaba un tanto confuso al ver el poco entusiasmo con que Cervántes recibía el favor que él creyó haberle hecho, y que, al mirar al poeta acercársele con los brazos tendidos, dudó si trataba de darle un abrazo ó un par de mojicones, y echóse atras perdonando el bollo por el coscorron, como suele decirse.

Cervántes le abrazó sin embargo y le aseguró muy formalmente que no le guardaba rencor, inquina ni mala voluntad, porque él no dudaba un solo momento de que la intencion de D. Cucufate era bonísima.

Queriendo éste captarse del todo la estimacion de una persona con quien le convenía y se proponía permanecer en las mejores relaciones, preguntó á Cervántes si deseaba ver viva y á su lado á su hija doña Isabel de Saavedra, cuyo cuerpo estaba apartado, á prevencion, en la sala capitular de las Trinitarias.

Cervántes bajó la cabeza y meditó un momento: una lágrima grande y limpia, como si el alma de Cervántes fuese en ella, rodó por sus mejillas coloreadas por *la fuerza de la sangre*: calló un buen espacio y luégo dijo con voz rápida y débil que se esforzaba por aparecer tranquila.

—No, señor, no... No quiero que mi Isabel resucite... La hija de mis amores, un dia felices y una vi-

da entera, una eternidad desdichados, no fué feliz en el mundo... Dios me hizo expiar mi falta con la desgracia que más dolorosa podía serme: con la de mi pobre Isabel... Yo sí, querría verla... Su apoyo, su compañía, el calor de su corazón, ahora más que nunca me hacen falta. Pero en el cielo está bien. Aquí volvería á padecer... Querría separarse otra vez de mí, y, si yo tornase á tenerla entre mis brazos, no podría resistir que nuevamente se me fuera al convento.

Y diciendo y haciendo, enjugóse el llanto con aquella mano destrozada en «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.»

Deseosos de distraerle y también de satisfacer una naturalísima curiosidad, preguntaron á Cervántes sus interlocutores qué cosa era la otra vida, qué pasaba al alma humana cuando la muerte le descíñe las cadenas de su cautiverio, y qué había de verdad en lo de los premios y castigos que nunca concluyen.

Cervántes se quedó parado al oír tales preguntas, y, acompañando la acción á la palabra, respondió con un acento de sinceridad que no admitía vestigio de duda:

—Con la mano puesta sobre el corazón, juro á vuestras mercedes que nada sé de lo que se me pregunta; que nada he visto ó nada recuerdo de lo que por mí ha pasado; que vuelvo á la vida como quien se duerme cansado y se despierta sin soñar.—Sin soñar y con buen apetito, caballeros: con tan buen apetito, que si vuestras mercedes me hicieran la más leve indicación de que podía yo sentarme á esa bien aderezada mesa y tomar lo que me viniere en gana, no tardaría yo en

ponerlo por obra más tiempo que el que se emplease en decírmelo.

Riéronse todos, y animado Cervántes por la buena acogida hecha á su indirecta, sentóse á la mesa sin otras ceremonias y comenzó á trinchar y á engullir con una facilidad y una rapidez que hacían honor á los pocos dientes que debía conservar en sus mandíbulas. Aquel apetito, verdaderamente poético, hacía presumir que una de las causas más influyentes en la muerte de Cervántes fué el hambre atrasada que, de luengos siglos, viene convirtiendo en Parnasos los cementerios españoles.

Dada la primera acometida á los platos del festin (que no podían ménos de ser del gusto de Cervántes), aquella precipitada y constante labor estomacal demandó algun descanso al individuo. Cervántes se fijó en la vajilla, que había cubierto ántes demasiado para verla bien, y preguntó al señor presidente, el cual estaba á su lado y cenando de nuevo para darle una animacion que Cervántes hallaba en sí mismo:

—¿Quién es este estafermo?

—Ese estafermo...—replicó D. Mamerto metiendo el hocico en la figura señalada por el cautivo de Argel,—ese dibujo representa á D. Quijote de la Mancha.

Cervántes tenía el plato asido con ambas manos, y tal fué su sorpresa, tal fué la sacudida nerviosa que le produjo el ver cómo interpreta el arte moderno la hermosa creacion de su fantasía, que plato y D. Quijote se partieron por la mitad al chocar la fragil loza con la dura tabla de la mesa.

Cogió Cervántes uno de los pedazos, y fijándose

nuevamente en la pintura, observó dirigiéndose á don Mamerto:

—Supongo yo que éste será Sancho... Éste sí me gusta... Esta figura está bien pintada... Mis sucesores han comprendido mejor á Sancho Panza que á Don Quijote. Verdad que es más fácil lo uno que lo otro.

Cervántes siguió comiendo y trincando muy decentemente, probando que la asercion de alguno de sus biógrafos acerca de su aficion á las uvas en estado líquido no estaba desprovista de fundamento. Con lo cual su buen humor aumentaba por grados, y el escritor alegre, no sólo se reconciliaba del todo con D. Cucufate y juraba haberle perdonado ya la mala pasada de volverle á la vida, sino que le abrazaba cordialísimamente y decía estar contentísimo de vivir y beber en compañía tan honrada.

Un diputado cervantista, propietario de una magnífica cantera de mármol, propuso al Congreso la colocacion en el testero principal del salon de sesiones de una lápida donde se esculpa, en latin para que la leyenda no se vulgarice: «Aquí resucitó Miguel de Cervántes Saavedra», brindándose el señor diputado, con su bizarría de costumbre, á dar al Congreso una lápida de primer orden al precio corriente y moliente á que las vendía todas, sin aprovecharse en esa venta de ser compañeros suyos los que habían de pagarla, y cosa del presupuesto.

La proposicion pareció razonable y fué aceptada. Cervántes, muy complacido de la importancia que se daba á su persona, hizo notar en tono festivo que la inscripcion debía ponerse, no en la pared, sino en la

mesa, porque allí era real y positivamente donde él había resucitado del todo.

Las felicitaciones al buen D. Cucufate se repetían á cada momento, y él estaba más hueco que un pavo real, y echando cuentas galanas sobre los beneficios que sólo en el primer año iba á dejarle el bálsamo portentoso. Aconsejábale un cervantista que no dejase de sacar el privilegio de invencion, y aquel ex-ministro y cócora en activo servicio, cuyo discurso conoce el lector, mezclóse en el diálogo y dijo:

—Poco á poco, señores. Este caballero es un cervantista famoso; pero el bálsamo que quiere hacer nos tragar por invencion suya, es invencion de Miguel de Cervántes.

Ante esta aseveracion, la sorpresa fué unánime: Cervántes se quedó con una copa de Jerez á medio camino, y Miralpux estuvo á punto de caer por tierra desmayado.

—Pues ¿quién duda, señores,—prosiguió el ex-ministro, sin darse cuenta del efecto que había producido con sus palabras,—quién duda que eso tambien estaba ya inventado por Cervántes? El bálsamo que este señor le ha hecho beber (y cogía la redoma y agitaba el líquido, y lo presentaba al trasluz de uno de los candeleros), no es ni más ni ménos que el bálsamo de Fierabrás.

Todo el mundo, ménos Cervántes, se puso serio ante revelacion tan importante y evidente. Miralpux quiso y no pudo protestar: buena falta le hacía á él un trago de su bálsamo, y de bonísima gana hubiera él propinado al enemigo de su gloria medio cuartillo del bálsamo que hizo echar las tripas á

Don Quijote, y puso á su escudero á dos dedos de la muerte.

Continuaba diciendo el ex-ministro:

—Se opondrá á lo que yo sostengo, y probaré que el bálsamo de Fierabrás se componía de romero, aceite, sal y vino; pero el que se fije en el sentido único que pueden tener aquellas palabras, es decir, el contrario del que á cualquiera se le ocurre, comprenderá que el romero es un detalle puramente aromático, el aceite es el elemento preciso para alumbrar en la composición del brevaie, la sal alude á la gracia, al salero con que deben hacerse todas las cosas (y las importantes, sobre todo) y el vino es la sangre con la cual se ha verificado la transfusion. Es recuerdo bíblico: Jesucristo lo dijo en la Cena: «En este vino os doy mi sangre», y espero, señores, que no habrá entre ustedes quien se permita dudar de la palabra de Jesucristo.

Cervántes se ahogaba de reir y de tragar, y disimulaba lo peor posible; Miralpux sudaba y trasudaba, y todos los cervantistas quedaron persuadidos de que Cervántes había previsto hasta el recurso que se debió emplear para resucitarle.

El autor de *El Quijote* se levantó de la mesa, alargó la mano á Miralpux y le dijo aparte.

—Dejadles hablar y no se os dé un ardite de nada. Yo soy vuestro y estoy á vuestro servicio ahora y siempre.

D. Cucufate apénas entendió otra cosa sino que Cervántes se reconocía por *suyo*; pero con esto le bastaba y le sobraba. Confortado el ánimo por tan dulce seguridad, dijo á Cervántes:

—Usted estará cansado.

Cervántes aseguró que no tenía sueño, y nadie lo dudó. Miralpux replicó que los señores cervantistas necesitarían ocuparse de la manera más oportuna de anunciar á Madrid y al mundo la resurreccion del Príncipe de los Ingenios, y que era conveniente dejarlos reunidos en sesion secreta; invitó á Cervántes á irse á vivir con él y á su costa, deseo á que no creyeron natural oponerse los cervantistas, porque al fin y al cabo y fuese como fuese, Miralpux era el autor de los segundos dias del autor del Quijote; y despues de abrazarse tiernamente el resucitado y los desenterradores, Cervántes cambió de traje con ropa del portero, bastante mejor que cuanta él gastó y desgastó en su vida, y salióse por esas calles del brazo del catalan, que iba reventando por la pretina del pantalon, y diciendo á su adlátere, que maldito si le entendía palabra:

—A vosté lo que le *convién* es un hombre de *probidat* y de *inteligensia* que lo ponga en *esplotasió* come Dios manda y le *sep* dar bombo. ¡Vosté verá, vosté verá! ¡Nos *vams* á *haser* les dos *capitalistes* mes fuertes de todo *Madrit!* Vosté, *abandonat* á sí *misme*, se *perderie* y me *perderie*.

Cervántes iba embobado con la muda contemplacion de cuanto iba viendo, tan interesante para él como indiferente para el boticario, y cuando ya llegaban cerca de la calle del Salitre, paróse D. Cucufate, y exclamó:

—¡Ah! *bestie* de mí! *Veng* vosté *conmigue*...

—¿Dónde vamos? preguntó Cervántes distraidamente.

—Vosté pasa por mi hijo, y si le preguntan...

—Pero, ¿qué es lo que quereis decirme?

—¡Nadal! ¡Nadal! Vams al Registro *sivil* á *haser* la *inscripsió*. Vosté es un hombre; pero es un hombre *resien-nasido*.

## X

A medida que el día iba entrando (un día de fiesta por cierto) íbase difundiendo por la villa toda del oso y del madroño, la inverosímil, la absurda, la increíble nueva de la resurreccion de Cervántes.

Nadie la daba crédito, pero cada cual repetía entre amigos y conocidos; y como el cortesano que no estaba en misa estaba en la calle disfrutando de la agradabilísima temperatura de una mañana deliciosa, al subir la bola de la Puerta del Sol no hubo en Madrid perro ni gato que no supiera lo ocurrido y más de lo ocurrido, que no lo comentase en cien y cien corrillos que dificultaban el tránsito en las calles principales y que llegaron á producir serios temores en la autoridad, siempre previsora y discreta, pronta á asustarse cuando no hay motivo, pero más fresca que una lechuga, revestida de la tranquilidad de los héroes, de la impassibilidad de las estatuas, cuando la cosa va de véras. Así únicamente es disculpable el miedo, y así únicamente puede servir de algo el valor.

—Sí, señor, como V. lo oye (decía un caballero muy nervioso á otro muy linfático, manoteando como gato que se ahoga y dando unas notas agudas, que envidiaría Gayarre, en la puerta de las Calatravas):

la cosa es cierta. Un paisano mio, un boticario mala-gueño, es el inventor del bálsamo... Yo le conozco muchísimo; hemos ido juntos á la escuela y desde que tenía siete años andaba preocupado con la idea de resucitar á los muertos. ¡Era mucho chico aquel!

—Vengo de verle, vengo de verle! decía un joven bien portado á otros que no *se portaban* tan bien y formaban corro á la puerta del Suizo.—¡Pobre Cervántes! ¡Está desconocido! ¡Qué viejo! ¡Que echado á perder! No vive cuatro dias. A mí me ha dado tal lástima que he jurado no volver á verle.

—Y ¿dónde pára?— preguntó uno del corro.

El jóven elegante se puso un poco colorado y respondió:

—No puedo decirlo: es un secreto: pídanme ustedes otra cosa.

—No es Cervántes el resucitado! decía á la puerta de la Iberia un progresista de pura raza á un diputado de los que se sientan dando la espalda al reloj del Congreso y no ven la hora de subir al poder.— En primer lugar, los resucitados son tres: Riego, Mendizábal y D. Salustiano Olózaga; pero el ministerio anda escamado y ha prohibido que se presenten en público... Está dispuesto á meterlos en chirona si no se disfrazan con nombres supuestos. Olózaga ha tenido la buena idea de adoptar el pseudónimo de Cervántes, y esa es la madre del cordero.

—¡Ya! contestaba el centralista, medio fuera ya de su centro y abriendo tamaño ojo; y ¿qué consecuencias saca V. de todo eso, Sr. D. Cosme?

—¿Consecuencias? Ninguna. Lo que yo he de sacar es un destino morrocotudo; porque la cosa está

que arde, hoy se arma la gorda y hoy me armo yo.

—¡Adios Inocenta! Anda con Dios, mujer, anda con Dios; que desde que estás en relaciones con un *platicante* del hospital militar no hay quien te mire; —así gritaba una cocinera sana de colores, alta, robusta y con unas carnes en que se había corrido todo el peso, saliendo por el callejon del Cármen, encontrándose con una compañera flaca y espinosa como una comida de vigilia, y deteniéndose ambas á la puerta de San Luis.

—Hija, no te había visto; desde que estás en casa de los marqueses y llevas esa cesta y esa compra, no hay quien te vea.

—¿Sabes lo que se dice por la plazuela, Inocenta?

—¿Qué dicen, hija?

—Dicen que el Dr. Garrido ha inventado unas píldoras que resucitan á los que se han muerto.

—¡Pué ser!

—Y ya me tienes á mí sin saber á cuál de mis tres maridos le doy las píldoras y lo vuelvo á activo servicio, como dicen los *melitares*.

—Hija, yo, que tú los volvería á los ties.

Y se marchaban tan satisfechas y tan orondas, arrastrando la cola de percal y cuanto la cola prendía al paso, arreglándose la pañoleta de seda liada al cuello y los rizos del peinado señoril que habían de acabar por servirse como el cabello de ángel: en plato.

Un empleado temía que resucitaran á su antecesor, pariente del jefe; un novelista afortunado negaba rotundamente la aparición del gran novelista; un marido se moría de gusto ante la sola idea de que su mujercita, que estaba embarazada, tuviese el antojo de

resucitar á *mamá*, y veinte docenas de mujeres ingertas en furias del Averno y de chiquillos con pulmones de bronce comenzaron á recorrer todas las calles corriendo, atropellando y vociferando:

—¡El extraordinario de la *Gaceta*, con la resurreccion de Miguel de Cervántes!

No era el testimonio de la *Gaceta* el más fehaciente, en honor de la verdad; pero á los pocos minutos apareció el de *La Correspondencia*, y como dos negaciones afirman, la cosa comenzó á creerse hasta por los espíritus más recelosos y desconfiados.

El Gobierno, sin haberse enterado bien todavía de lo ocurrido en el Congreso cervántico, pero comprendiendo toda su importancia, la significacion política de que la resurreccion de Cervántes ocurriera bajo el mando de D. Antonio Cánovas del Castillo, las simpatías que por ello debía conquistar en el país y el respeto de las oposiciones á que tenía derecho por ese solo hecho (hecho que al Gobierno le parecía casi seguro y archi-necesario), dispuso inmediatamente su publicacion y decidió que Madrid, aparte de lo que quisiera y pudiera alegrarse de *motu proprio*, se alegrara tambien, y con manifestaciones más claras y brillantes, de orden del señor gobernador.

Al efecto se insinuó á los porteros para que éstos repitiesen la indicacion á los vecinos, no como mandato, sino como deseo de quien puede mandar, la conveniencia de que aquel día se colgara y se iluminara. Y al poco rato salieron á relucir por todos los balcones de la capital ya el antiguo y venerable tapiz conservado de generacion en generacion por nobilísima y cuidadosa familia; ya el gobelino admirable

de factura y de color con que la opulencia echa la casa por la ventana; ya la eterna colgadura de damasco rojo floreado, con su galoncito amarillo hoy y un tiempo de oro; ya el modesto y más entusiasta que pulcro cobertor de la cama, cuando no es la sábana misma la que manifiesta el regocijo con una candidez relativa pero llena de encanto. Y apenas hecho el *cuelgue*, comenzó la limpieza de esos faroles que en el espacio de unos pocos años (aunque nos hayan parecido muchos) todo lo han iluminado, todo lo han celebrado, por todo han faroleado y por todo los han apedreado. Una misma torcida ha ardido en celebridad del triunfo de Fulano y de su inmediata derrota por Zutano; poco aceite ha habido que añadir para celebrar la subida á un trono y la proclamacion de una república.

Pero no nos apartemos de nuestro principal propósito con divagaciones inútiles. ¿A qué hablar de lo que ha visto todo el mundo? Perdone el lector y siga y crea en mi firme propósito de la enmienda... No me atrevo á decir «en mi enmienda» porque sospecho que aquí ya deben haberme conocido.

La prensa ministerial atribuía modestamente el triunfo á la situacion, y no faltó en el Congreso quien felicitara por la resurreccion del grande hombre, ya al presidente del Consejo, ya al ministro de la Gobernacion, ya al de Ultramar, ya á todos juntos, que es cuanto puede hacer una mayoría unida y compacta.

Las oposiciones hicieron constar en el Parlamento y en la prensa, que si bien es cierto que Cervántes resucitó en el año de 1879 y hallándose al frente del Ministerio D. Antonio Cánovas del Castillo, la resur-

reccion de Cervántes, el prodigioso descubrimiento que la realizó, era cosa que venía preparándose de mucho tiempo atras, en plena revolucion de Setiembre.

El Gobierno y sus órganos, armoniums y cajas des-templadas, así lo declararon nobilísima y políticamente. Todos habían resucitado á Cervántes. Con caberle tánta gloria, casi había sido la menor para el pobre D. Cucufate Miralpux y Ribelles. ¡Mundo, mundillo!!!

Era un caso este en que aún sin recomendacion de nadie la alegría hubiera sido general, rayado en delirio por propio impulso y espontáneo movimiento. España es uno de los pueblos del mundo que tienen peor cabeza; pero le pasa lo que á la generalidad de los calaveras que andan por ahí dando desazones á quien mejor los quiere, conspirando contra su salud, calumniándose á sí mismos con palabras y acciones que ni sienten ni llevan á cabo sin violencia, despilfarrando tontamente su dinero y cerrándose todo puerto de salvacion: la cabeza es malísima, el corazon es bueno.

El Ayuntamiento, atrajo infinitos forasteros y aumentó la riqueza de toda clase de industriales (hasta la de los caballeros de industria), disponiendo festejos magníficos y una feria aún mejor ordenada, aún más maravillosa que la que tuvo lugar allá por la primavera de 1878, si no nos es infiel la memoria. Los trenes baratos trajeron á Madrid infinidad de señoras con cesta y caballeros con manta, de señoritos de Villasequilla, Torrejon de Ardoz y otras capitales más importantes, y todos se quedaban embobados ante tanto y tanto ganado lanar, mular y caballar como

llenaba las espaciosas dehesas contiguas á San Jerónimo, y tanto y tanto perdido de todos géneros y especies que no cabía en aquellos sitios y rebosaba por los otros y por los de más allá.

El Excmo. Ayuntamiento se había excedido á sí mismo: no sólo había aumentado el número de caprichosos arcos de triunfo, elegantes tiendecitas de madera, farolitos á la veneciana y salones de descanso y baile para concejales, familia y amigos, sino que para cada día, para cada hora, para cada minuto tenía dispuesto un espectáculo diferente y mejor que el pasado.

Funciones grátis (si puede llamarse gratuito á lo que cuesta mil achuchones y la pérdida de la mantilla, el sombrero ó los zapatos), funciones gratis en los teatros Guignol del Prado y la Castellana; corridas de toros con caballeros en plaza y en que sólo quedaron *en plaza*, con los huesos rotos, tres de los cuatro que salieron allí á lucir su habilidad, amén de un torero muy querido del público, cuando da buenas estocadas, y á quien por poco cuesta la piel la diversion nacional y el festejo más celebrado de cuantos se dieron en honor de Cervántes.

El Ministerio de Fomento quiso asociarse á la expansion general, y dispuso la construccion de un magnífico *gallódromo*, ó sea circo de gallos, no sólo para acabar de regocijar á Madrid sino para proteger el desenvolvimiento y la mejora de la cria *gallar*. Cosa importantísima, porque, como ya va siendo bastante sabido, sin gallos no hay pollos, y sin pollos la vida es imposible, sobre todo para las pollas.

Los espíritus descontentadizos y amigos de la mur-

muracion pusieron defectos al gallódromo como obra pública, y no faltó (¡parece mentira!) quien negase hasta su utilidad; pero todo el mundo tuvo que confesar que era una cosa muy bonita, muy á propósito para celebrar la inesperada epifanía del cautivo de Argel... y que había costado una friolera.

## XI.

Al llegar á este punto de mi historia no puedo menos de felicitar me de que nada de lo dicho, nada de lo que aún falta decir, que no ha de quedárseme en el tintero,—y que abulta un poquillo más de lo que el lector, el editor y yo quisiéramos, por muchas y distintas razones,—sea invencion mia, sino traduccion fiel y exacta (no como la que padecen algunas noveluchas de folletin, dignísimas de su providencial castigo) de los datos que arrojan mis operaciones algebráicas, segun el flamante sistema lepelleteriano.

Si pudiera suponerse que algo de lo anterior había sido imaginado por mí, creo que no faltarían personas bastante susceptibles y majaderas para picarse de lo que claro está que, en aquel caso, se diría puramente en broma. Y aparte de eso, que sería molesto y desagradable sin duda, ¿cómo saldría yo del atolladero en que voluntariamente me habría metido de patitas, ni más ni menos que mosca golosa é inexperta en el centro de ancho plato de huevos moles? ¿Cómo me las compondría yo para hacer vivir á Cervántes, para hacerle hablar y andar por el mundo, y llevar á cabo acciones nuevas, conformes con su ca-

rácter, y que ni le desprestigiasen ni adulterasen tampoco su natural manera de ser, en perjuicio de la verdad, musa predilecta de todo escritor honrado, que estima en algo lo que está en su mano adquirir y retener: la sinceridad de la convicción y la pureza del intento?

Afortunadamente mi tarea es fácil, y la tranquilidad, la llaneza, el *sans façon* con que me prometo desempeñarla, ha de ser, así lo espero, una prueba más de lo que dije al principio de este que bien pudiera titularse *El cuento de la Buena Pipa*, de lo que repetí pocos renglones há y de lo que nadie cree á buen seguro: una prueba palpable de que *El nuevo Lázaro* se escribe en virtud de un milagro científico, es una profecía literaria, de cuya verdad hemos de convenernos un poco ántes de que Cánovas del Castillo abandone el poder á sus buenos amigos los constitucionales.

¿Continúo? Con el permiso de ustedes.

## XII.

A pesar de la curiosidad de verle que teníamos los habitantes todos de esta muy heroica villa, á pesar de la inmensa cola de gente que nacía de la puerta de cierta casa de la calle del Salitre, y que, sin exageracion, era casi tan grande como la que procura enroscarse al Banco de España aquellos pocos y lejanos dias en que la desconfianza pública es capaz hasta de crecer; á pesar de todo eso, nadie veía ni oía á Cervántes por disposición inquebrantable de su insigne resucitador

y de los facultativos con quienes había tenido la modestia de consultar. Cervántes estaba poco preparado para la vida, había revivido *de repente*, había sido aquello, si se me permite la frase, una especie de apoplejía vital, y toda precaución era poca para que su razón, poderosísima pero embotada y oxidada con cerca de tres siglos de desuso, resistiese la luz que de pronto la inundaba, sin cegar acaso para *in eternum*. Bátente á un ciego las cataratas, queda limpio, fijo y con esplendor el órgano eclipsado, y durante una buena porción de días, le vendan los ojos y deja de ver precisamente para ver bien todo el resto de su vida.

Pero si nadie satisfacía su curiosidad archi-legítima, Cervántes era el blanco único de la preocupación general. No se hablaba en Madrid de otra cosa que de Cervántes y de D. Cucufate Miralpux y Ribelles.

Se descompusieron versos á su resurrección, versos capaces de hacerle bajar nuevamente al sepulcro si él los hubiese leído. Los periódicos satíricos dijeron mil chistes, unos ménos graciosos que otros, sobre la invención del bálsamo admirable. *La Puntilla*, semanario satírico con cuatro suscripciones—una pagada por cada redactor—afirmaba que la sangre inoculada en las venas de Cervántes debía ser sangre de tonto porque esa es la que tiene más fuerza de todas. *La Guzla*, periodiquito quincenal costeado por el impresor y por varios jóvenes mal avenidos ya con que nadie los conociera y aún no escarmentados de que se les hubiera conocido, publicó un retrato tan notable como la biografía de que iba rodeado en renglones de palabra y media, tan cómodos y bien dispuestos

que hasta dificultaban la lectura. *La Correspondencia* tenía enterados á sus lectores de todo lo que Cervántes hacía y no hacía; *Asmodeo* embobaba á las lectoras de *La Época* con mil y mil inocentes mentirillas y frases como suyas; y el *lunático* de *El Imparcial*, apenas llegó la noche del domingo y fué dueño de esa inspiracion tan fecunda en frases y observaciones ingeniosas que, por pereza suya y desgracia de sus lectores, sólo desciende sobre él una vez á la semana, siendo en nuestro amigo el talento como una calentura intermitente, como una especie de *setena*, dijo mil cosas delicadas y sabrosísimas acerca de lo que traía alborotado á Madrid entero. Al hablar de Cervántes, recordó la frase famosa dedicada al gran Echeagaray y dijo que el cerebro de Cervántes era no ya un trabajo esmeradísimo de los talleres celestiales, sino una primorosa obra que Dios había hecho por encargo de sí mismo.

Las fiestas en honor de Cervántes se realizaron todas con gran aparato y completa fortuna; y, gracias á nuestro queridísimo amigo el Sr. Taviel y Andrade, que hizo una interpelacion al Gobierno para acabar de decidirle á tomar una parte activa en todo lo referente á la cuestion del día (y de la noche) el Ministerio abandonó á la iniciativa particular un asunto en que ni podía ni debía mezclarse. Se trataba de conservar á Cervántes, y al Ministerio no le convenía aparecer como demasiado conservador ante la opinion pública.

Para los efectos legales, el ilustre redivivo fué considerado como D. Cucufate esperaba: como una criaturita recién nacida. La Iglesia no juzgó necesario

bautizarle de nuevo; pero acordó confirmarle en tiempo oportuno, cuando tuviera la edad que exigen los sagrados cánones y pudiera presentarse al señor obispo acompañado de los demas chicos del barrio.

Y en tanto que todos estos previstos sucesos iban llegando por sus pasos contados á tiempo y sazón oportuna, Cervántes seguía perfectamente asistido en la casa de huéspedes de D. Cucufate, que le había buscado en la subida de Santa Cruz un par de amas de cria sanas, frescas, rollizas y con personas capaces de abonarlas; un par de amas de cría que, reconocidas por los célebres comadrones Portilla y Alonso, dieron durante algunas semanas al príncipe de los ingenios el único alimento propio de su tierna edad y especialísimas condiciones físicas. No se tardó mucho en destetarle y en sustituir con papilla, sopas y otras menudencias un sistema de nutrición á que Cervántes se había amoldado sin la menor repugnancia desde el primer momento.

### XIII.

Cuando ya había sido vacunado Cervántes, cuando ya respondían los médicos de que podía ver y tratar gente sin el menor peligro para su salud, se pensó en llevar á efecto una idea concebida y acariciada por muchas personas desde el *renacimiento* del primer novelista del mundo.

Era esa idea dar un *té poético* en honor de Cervántes, ponerle de una vez en comunicación directa con nuestros hombres más y ménos notables en ciencias,

artes, literatura y política; lográndose también por ese sencillo procedimiento satisfacer el ansia de contemplarle de cerca, de cruzar la palabra con él, que teníamos todos, grandes y pequeños.

El pensamiento estaba lanzado ya y contaba con universales simpatías, con el apoyo incondicional de Madrid entero. Pero ¿quién iba á dar la reunion? ¿Quién tenía una casa bastante espaciosa para recibir pura y simplemente á los que habían de juzgarse con pleno derecho á ser invitados? ¿Dónde caben todos los escritores españoles? Ni aún dando la reunion en el Salon del Prado era posible recibirlos á todos.

Y lo mismo la aristocracia de la cuna, que la de la riqueza, que la del talento, se disputaban el honor de hacer aquella infinidad de tazas de té, de comprar tanta y tanta arroba de pastas, emparedados y bizcochos, pareciéndoles una pequeñez el gasto comparado con el gusto de obsequiar á Cervántes y de tenerle unas cuantas horas en el propio domicilio. Los duques de Medinaceli, Bailén y Fernan-Nuñez, entre otras cien nobilísimas y discretísimas familias, quisieron dar á Cervántes un baile que eclipsara los que habían dado en otras ocasiones; pero hizo el diablo que su hermano *Asmodeo* anunciase como seguro que lo iban á dar los marqueses de X; picáronse los condes de K; hubo un serio disgusto y un alegre almuerzo con tan triste motivo entre los herederos de ambos títulos nobiliarios, y la aristocracia española se vió improbable de dar una taza de té al insigne escritor tan protegido *allá en sus tiempos* por el inolvidable conde de Lemos, honra de su clase, y que ahora resulta

protegido él á causa de lo que hizo por Cervántes.

Podrán perderse y hasta olvidarse los pergaminos que acreditaban la nobleza de su nacimiento; pero á buen seguro que no han de perderse ni olvidarse jamás los documentos que acreditan la nobleza de su corazón, trazados por la pluma de Cervántes en páginas imperecederas.

D. Juan Valera, el nunca bastante celebrado y querido D. Juan Valera, cuyas reuniones *literario-clandestinas* (como él las llamaba) estaban fijas aún en la memoria de cuantos tuvimos el placer de asistir á ellas, experimentaba vivos deseos, irresistible prurito de abrir á Cervántes las puertas de su habitación y obsequiarle con el soconusco más aromático y excelente que sorbieron jamás arcedianos ni frailes, amén de las empanadas de boquerones más sabrosas y en sazón que paladearon en tierra de Villavermeja el doctor Faustino, D. Juan Fresco ó las hijas del escribano D. Juan Crisóstomo Gonzalez, comunmente conocidas por el significativo apodo de *las Civiles*.—Pero D. Juan Valera no tenía casa para tanto tragon, ni dinero (es literato y de los buenos) para mandar traer tanto chocolate y tanta empanada,—para pagarlos, por mejor decir.

Un alto funcionario público pensó dar la reunion en su palacio, capaz para un respetable número de personas, y manifestó deseos de hacerlo; pero los servidores encargados de arreglarle la casa, que no siempre cumplían el encargo al pié de la letra, no acababan nunca de disponerle las habitaciones destinadas por el dueño á recibir á la gente de mérito de que siempre estaba queriendo rodearse. Parece ser

que este señor era persona de gran influencia, y que á la sombra del árbol benéfico vivían muchas plantas parásitas, mucha inútil y enojosa enredadera y mucho vil caracol y repugnante babosa; séres todos que comprendían (porque el instinto suple en plantas y animales la falta de comprensión) que en su soledad, y sólo en su soledad, consistía toda su fuerza.

El alto funcionario pasó por el disgusto de no poder dar la reunion en obsequio de Cervántes, á pesar de su poder y de sus inmejorables deseos.

Los duques de Santoña, cuyo magnífico y recientemente restaurado palacio es de los más espaciosos de Madrid, tomaron á su cargo la fiesta proyectada, y aconsejándose de persona amiga é inteligente repartieron en breve plazo sus solicitadas invitaciones. Toda la prensa anunció una fiesta que había de formar época en los fastos del gran mundo y en los recuerdos del pequeño.

*La Correspondencia* anunció que Cervántes iba á dar en casa de los duques de Santoña una conferencia sobre el *Quijote*, y en el mismo número rectificó diciendo: «No es cierto, como asegura un apreciable colega á quien sinceramente estimamos, aunque nos separen de él sensibles diferencias políticas, que el inmortal Cervántes piense dar conferencia alguna sobre el *Quijote* en casa de los duques de Santoña; y sería de desear que el periódico aludido moderase su afan de dar noticias que los demas tenemos que andarle rectificando á cada paso.» Suelto que no tuvo otra consecuencia que proporcionar un agradable rato y una miscelánea á *El Imparcial*, periódico que, á desempedrase el

infierno, poco material podría acarrear á la obra.

Los lectores extrañarán el silencio y la inaccion de los cervantistas; no querrán creer que no se brindaran á dar la fiesta en el local del Congreso... Los lectores harán perfectísimamente.

Los cervantistas se brindaron á todo, y á mucho más. Los cervantistas tuvieron sesiones magnas en las cuales se pronunciaron discursos desquiciadores; y noche hubo en que el sabio en agraz, el Lepe juvenil, cuya arenga no habrán olvidado mis lectores por desgracia suya, habló casi tanto (aunque parezca exageracion) como Romero Robledo aquella noche célebre del ministerio Sagasta, en que se secaron los oídos de los diputados ántes que la garganta del orador. Los cervantistas tuvieron lecturas tremendas; llegaron á leer en una noche las vidas de Cervántes escritas por Pellicer, Navarrete, Quintana, Aribau y Morán; una traduccion china del Quijote, y el refranero del padre Sbarbi, que repite mucho de lo dicho por Sancho Panza. Los cervantistas hubieran dado, no una, sino veinte reuniones, y sintieron en el alma de cántaro que otro les quitase la vez. Moviéronse, pues, como desesperados para aprovechar aquella buena ocasion de bombo y mangoneo... Pero D. Cucufate era hombre práctico y machucho: comprendió desde la noche inolvidable de la sesion cervántica qué clase de gente era aquella; la juzgó muy capaz de matar á disgustos al que había resucitado á Cervántes, de eclipsar por completo al que «había traido las gallinas,» y resolvió aliarse, de allí en adelante, primero con el demonio que con aquella gente. El demonio es malo siquiera y hay medio de entenderse con él.

Con los tontos pasa lo que con los vizcainos: para quien no es de los suyos, están en griego ó, lo que es peor, en vascuence.

En estas y las otras, llegó la noche de la reunion en casa de los duques de Santoña y...—Pero este asunto, como diría Cervántes que era hombre hábil para empezar capítulos y aún para terminarlos, capítulo aparte merece.

#### XIV.

Don Cucufate tuvo formal empeño en que Cervántes acudiera á la reunion en traje del siglo xvii: parecíale á él que así llamaría más la atencion y patentizaría más y más lo extraordinario de su invento. Cervántes fué, sin embargo, del parecer contrario, y resolvió vestirse con el traje corriente y moliente, repugnándole, por aquel su constante y delicado instinto de la verdadera modestia (que ni es ni puede ser otra cosa que el pudor del talento), toda ridícula exhibicion enemiga de su dignidad de hombre, único patrimonio que el prisionero de Dalí Mamí pudo crearse en su vida, y único tambien que la contraria suerte no supo arrebatarse jamás. El diálogo que con este motivo se entabló entre Cervántes y Miralpux, el dolor que se apoderó del catalan viendo las pocas disposiciones que para hacer negocio y dejárselo hacer á él sacaba su resucitado, los consejos del uno y las respuestas del otro, formarían y forman (delante de los ojos lo tengo y hasta copiado en limpio) uno de los pasajes más interesantes y verdaderos de esta his-

toría; pero no todo se ha de decir y algo se ha de dejar al prudente cálculo y lozana fantasía del lector discreto.

Digo que Cervántes se vistió á la *dernière* y se puso hecho un *píris*, como dicen los andaluces. Eso sí, trabajo le costó ingerirse en los pantalones, menearse con el frac, y ponerse las botas... cosa que el pobre no había hecho en su vida. No podía mirarse al espejo sin reirse, sobre todo cuando se encasquetó el sombrero que llamamos de copa y que, para designarlo más propiamente, deberíamos llamar *de vaso*, —sin arcaísmo ni galicismo ofensivo á las narices.

Un magnífico carruaje simon esperaba á la puerta de la casa de huéspedes; y cuando Cervántes y Miralpux bajaban las escaleras calzándose el estrecho guante blanco, pudieron oír cómo el inquieto corcel piafaba y probaba las herraduras en las guijas de la calle del Salitre.

El palacio de los duques de Santoña estaba hecho un ascua de oro, profusamente iluminado, cubiertos de flores y plantas caprichosísimas vestíbulo, escalera y salones; un criado más fino y elegante que un caballero, pendiente de cada mirada; y vagando por todas partes como aéreas y doradas mariposas de aquel verjel del lujo, las mujeres más hermosas de Madrid... ¿Puede decirse más para consignar su hermosura, ya que la ponderacion es imposible?

Cervántes bajó del coche; y miéntras D. Cucufate reñía con el cochero por dos reales de diferencia en lo que había de pagarle, permaneció encantado, embobado, avergonzado de la cortedad de su imaginacion, que nunca supo delirar lo que realizado encon-

traba; participando hasta el momento en que don Cucufate le sacó de su arrobó, de la cándida admiración de las infinitas personas que se proponían pasar la noche en la calle para ver luces en los balcones, oír el rumor lejano de la orquesta, y brujulear algún almibarado galancete requebrando á una hermosa y despechugada jamona y tomándose un quesito helado por vía de refresco.

Los duques se portaron á las mil maravillas. Avisados de la llegada de Cervántes por un escritor amigo de la casa, que les dijo: «¡Ahí está!» apenas vió pararse un simon á la puerta, bajaron á recibirle hasta el mismísimo portal, cogiéndose la duquesa del brazo del poeta insigne para subir á los salones, no sin que Cervántes tropezara despues de pisar la cola del magnífico traje de baile, obra maestra del famoso Worth, y estuviera á punto de hacer un paso parecido al de D. Quijote cuando quiso ser cortés con la duquesa de la novela. El tropiezo no produjo más que una pirueta airosísima (como que se hizo en el aire), y Cervántes entró, cual rey que regresa á su pueblo triunfante de la guerra, en el salon principal del suntuoso palacio.

La mayor parte de las personas de Madrid (hay que exceptuar á los cervantistas) le veían por primera vez. Hubo un murmullo caloroso y aprobatorio, como esos que en los estrenos de algun drama de García Gutierrez, de Tamayo ó de Ayala preceden al aplauso como el relámpago al trueno... Hubo en todos los circunstancias un movimiento respetuosísimo de retroceso, seguido instantáneamente de otro de avance, hijo de la simpatía y del ánimo inspirado por la

expresion del noble rostro del héroe de la fiesta.

Cervántes estaba confuso, aturdido, cortado. Ni á bordo de la galera *Marquesa*, abrasado por la calentura y receloso de que no le dejaran compartir el riesgo y la gloria de sus camaradas, ni cargado de grillos en los baños de Argel, ni amenazado de muerte por el rey Azan, había pasado peor rato. Tan claro, tan vivo era el resplandor de su gloria, que á él mismo le herían y molestaban sus fulgores. Los escritores más notables de Madrid, cuyos nombres no hay para qué decir, porque están en el pensamiento de toda persona de buen gusto, dirigieron á Cervántes, y pudiendo todavía más el amor que el respeto, estrecharon sus manos con efusion franca y leal; abrazáronle apretadamente contra el corazón; alguno hasta llegó á besarle en las mejillas como el hijo puede y debe besar al padre, el hermano al hermano, el discípulo al maestro. Las lágrimas acudieron fáciles y abundosas á los ojos del manco sano, y ya ligero y desahogado su pecho de carga tan dulce de soltar, encontró ideas y palabras y serenidad relativa.

Confesó ingenuamente que él mismo se reconocía torpe y para poco ó para nada; dijo que se hallaba en el mundo como gallina en corral ajeno, y pidió que se le perdonaran por adelantado, porque estaba seguro de cometerlas, cuantas necedades se advirtiesen en su conducta, puesto que no de la voluntad sino del entendimiento serían al fin y á la postre unos yerros dignos de tolerancia en el mero hecho de ser inevitables.

El dueño de la casa presentó á Cervántes á las mujeres que *dan golpe* en Madrid, y darán porrazo en

cualquier parte donde haya ojos capaces de verlas y no cegar á su vista. Parecióle á Cervántes preciosísima y hermana de su hija, la duquesa de la Torre; de la condesa de Guaquí no pudo ni quiso apartar los ojos en un buen rato ¡y tan bueno! los dos luceros negros de la de Sotomayor le trajeron á la memoria, y acaso al corazon, los de la hermosa Zoraida; parecióle *de perlas* la sonrisa de la de Híjar; el semblante gracioso y picaresco de la de Carlet le hizo temblar temeroso de prendarse de ella, ó por mejor decir, de prendarse él sólo; la juventud perenne, la distincion sencilla, la honda y dulce mirada de la duquesa de Medinaceli, acabaron de reconciliarle con la idea de vivir.—Buscó Cervántes á Miralpux en el primer momento que tuvo libre, y le dijo una porcion de cosas á cual más cariñosa y estusiasta.

Chocábanle á Cervántes los tocados y los modernos vestidos de las damas; pero sucede con las mujeres guapas lo que con ciertos pescados sabrosísimos llenos de frescura y delicadeza en su carne: todas las salsas les sientan bien, y siempre se toman con apetito.

Cumplido tan á satisfaccion de Cervántes, como queda dicho, el deber de galantería que reclamaba presentarle ante todo á las señoras, el duque declinó en su buen amigo, nuestro amigo y maestro queridísimo, el restaurador de Quevedo, el autor de *Alonso Cano* y de la *cancion á Higiara*, el sabio poeta D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, la honra de ir presentando uno por uno al ingenio dos veces inmortal, los escritores reunidos en el suntuoso palacio de la calle del Príncipe.

Claro es que para Cervántes era aquello una molestia, y hasta nuevo origen de aturdimiento y fatiga. Estaba el pobre, mientras desfilaban ante él tantas gentes ávidas y orgullosas de saludarle, como debe estar un monarca primerizo, poco hecho aún á las pejugueras del oficio real, el primer día de besamanos.

Cuantos hombres de letras se hallaban en Madrid, cuantos, oportunamente avisados ó noticiosos de la famosa tertulia, tuvieron posibilidad de asistir á ella, se presentaron al que desde luégo acataban y reconocian por jefe. (D. Juan Eugenio Hartzenbusch, el patriarca de nuestra literatura, el inmortal cantor de Isabel y Marcilla, disculpó su ausencia con lo achacoso de su salud, con su verdadera imposibilidad de salir de casa á tales horas.)

Iba á la cabeza del primer grupo el venerable don Antonio García Gutierrez, honra de España y futura envidia del mundo; el creador insigne de *El Trovador*, de *El Rey monje* y de *Juan Lorenzo*, siempre jóven en sus versos, que brotan cada dia más fáciles y puros de la inagotable fuente de su corazon; Tamayo y Baus, el primer autor dramático de nuestros dias... si no hubiese nacido para hacerle sombra un señor don Joaquin Estébanez; Ayala, el heredero legítimo y forzoso de Calderon; Rubí, el eterno amigo del público; Florentino Sanz, en quien tan sólo el haragan puede vencer al poeta; Echegaray, el Marat literario de la moderna revolucion romántica, el genio que suele rodar hasta los profundos abismos á causa de su misma facilidad para elevarse á las nubes, donde no es fácil sostenerse; Cazorro, demasiado conforme con su apellido en lo que se refiere á las

musas, abandonadas inicualemente por él cuando más cariñosas se le mostraban; Cisneros, de quien mucho parecido podría decirse; Larra, que un tiempo se mostró feliz usufructuario del ingenio de Fígaro, y ahora vive casi exclusivamente de calumniarse en la escena de sus legítimos triunfos; el modesto y notable Coupigny; el brioso Zapata; el elegante Herranz; el archi-saladísimo Blasco; el atrevido, el temerario Gaspar; el discretísimo Emilio Alvarez; el castizo Catalina; el hábil y oportuno Ramos Carrion; el conceptuoso Luis Calvo; el precoz Cavestany; el arrogante Cano y Masas; el enérgico Sellés; el moderno D. Ramon de la Cruz, Ricardo de la Vega; el inspirado Valcárcel; el fogoso Balaciart; el clásico Herrero; los siempre aplaudidos hermanos Siameses del teatro Español, el matrimonio poético Retes y Echevarría; los chistosos Pepe Estremera y Vital Aza; *Coellito*, á quien yo soy incapaz de alabar como él se merece... ¡Qué sé yo cuántos autores dramáticos más!

Llegaron en seguida los poetas líricos. El célebre y ya casi legendario Zorrilla; el ternísimo Selgas; el delicado Santos Alvarez; el varonil y *dantesco* Nuñez de Arce; el extraordinario Campoamor; el flexible y correcto Palacio; el brillante y vehemente Grilo; el nacional Aguilera; el inspirado Cervino; el admirable Querol; el terso Arnao; el fácil Barrera; el delicioso Pepe Alcalá Galiano; el espontáneo y sincero Campo-Arana; Teodoro Llorente; Gonzalez de Tejada, Trueba y tantos otros cuyas mejores alabanzas son sus propios apellidos.

Entre los novelistas fueron presentados á Cervántes

D. Juan Valera, uno de los mejores que ha habido en España desde que se echó en la tumba para descabezar el sueño de la muerte el autor del *Quijote*; el grandilocuente, rico de fantasía y desordenado Manuel Fernandez y Gonzalez (quien dió un estrechísimo abrazo al príncipe de los ingenios, y le dijo con su voz nublada y ceceosa:—«Hola, compadre! *Dicho* loz ojo que le ven á ozté! *Gracias á Dió* que encuentro á uno de loz mio!»); el amenísimo autor de *El Sombrero de tres picos*; el fecundísimo Perez Galdós, que hará más aún de lo que hace cuando se decida á hacer *ménos*; el noble Teodoro Guerrero, el popular Escrich, etc., etc., etc.

A la cabeza de los escritores de costumbres iban el prehistórico Mesonero Romanos, el cáustico Silvela, el famoso Navarrete, el ingeniosísimo Bremon, el chispeante Frontaura, el delicioso Ramon Correa, el intenciondo Nakens, el ático Isidoro Fernandez Florez. Como historiadores políticos y militares Cánovas y Gomez de Arteche figuraban en primera línea; y entre los filósofos, críticos y escritores cuyo talento y universalidad de conocimientos abarca toda clase de asuntos, se descubría á Moreno Nieto, el único sabio hablador y hablador sabio que ha existido en el mundo; Oliven, el profundo gramático, el prosista excelente, en quien no se halla materia oscura ni asunto árido; Cañete, alma de fuego, mente de luz, el paladar artístico más delicado que se conoce, y uno de los pocos censores que predicán con el ejemplo de las propias obras; Baltart, para cuya elevacion de ideas, para cuyo estilo inimitable, para cuya profundidad y gracejo no hay

elogio proporcionado; el marqués de Molins, honra y ejemplo, con el segundo duque de Rivas (digno hijo del primero) y el marqués de Heredia, de la aristocracia española; Cueto, siempre abundante en las flores de su preclaro ingenio, sazonado siempre en los frutos de su erudicion; Castro y Serrano, prodigioso narrador de viajes, y que, poseedor de la milagrosa alfombra del cuento árabe, es capaz de irse á Egipto sin moverse de la biblioteca del Ateneo de Madrid; Rosell, poeta, hombre de juicio, escritor pulcro y natural, todo ello reunido, él se sabrá cómo; Salmeron, espíritu elevado y corazon de oro, y que, restituido ya á su cátedra, asistía á la reunion dada por los duques, entre Castelar, cuya palabra fogosa y florida caldea y afiligrana las páginas todas de sus libros; Canalejas, escritor tan profundo como sereno; Revilla, censor tan ilustrado como implacable; Menendez Pelayo, nuevo monstruo de la naturaleza, moderno Lope del saber y del buen gusto...—Y basta de nombres propios, que no ha de ser esta verdadera historia una segunda edicion de la *Guía de Forasteros*. Píquense y despíquense los olvidados con razon ó sin ella, y piensen que su mérito ha de estar más en el propio entendimiento que en la ajena memoria, muy inferior á la voluntad de quien traza estos renglones.

Concluida la presentacion, comenzó un animado diálogo entre Cervántes y los escritores del dia. Lo trasladaremos aquí con cuanta fidelidad nos sea posible.

Pasemos por alto los ditirambos que todos dedicaban á Cervántes, las frases cariñosas, llenas de vehe-

mencia, pero nunca de exageracion, que se le decían á coro.

—¿A que no adivinan vuestas mercedes, preguntaba Cervántes (á quien no acababa de entrarle el *usted*) á unos académicos de la Española, la cosa que más me ha sorprendido, al volver á la vida, de cuantas tienen relacion conmigo?

—¿La impunidad de los cervantistas?—preguntó Ramon Correa.

Sonrióse Cervántes, y contestó:

—No, por cierto: lo que más me ha admirado, lo que veo con mis propios ojos y todavía lo dudo, es que vosotros, que fuísteis hasta ayer mi posteridad, me tengais en un concepto no ménos alto del que en vida mia disfrutaban Lope, Tirso, Montalban y el mismo Velez de Guevara. No es, señores, que yo llevase mi modestia hasta el punto de creer que mis obras eran indignas de sobrevivirme. Otras fueron siempre las esperanzas que me animaron á escribir; nunca tuve otro estímulo... La verdad es que *La Galatea* fué muy bien recibida en su tiempo; que todas mis comedias pasaron (como creo haber escrito en alguna parte) sin ofrenda de pepinos ni otra materia arrojadiza; que las *Novelas ejemplares* se leyeron con verdadero deleite, y se vendieron como pan bendito; que el *Quijote*, sobre todos mis demas libros, alcanzó tanta fama, apénas corrió en letras de molde, que en un solo año se reimprimió diferentes veces, traduciéndose muy pronto á otros idiomas, y leyéndose sin parar, lo mismo en el palacio del poderoso que en el retrete de la dama, que en el tinelo de los pajes y en el camaranchon del comediante ó del

poeta... Todo eso es verdad. Eslo tambien que yo me había divertido y reido mucho al componer mi obra: estaba con ella tan entusiasmado y contento, que pude sin gran dificultad escribir una segunda parte, que acaso conozcais... (Todos respondieron afirmativamente.) Pues bien... á mí no me cabe en la cabeza que me pongais al lado y hasta por encima de hombres que apenas se dignaban saludarme en mi tiempo; de hombres ¿por qué no confesarlo ingenuamente? que yo creí toda mi vida—no me dejaron creer otra cosa—que valían cien mil veces más que yo. ¿Sabeis cuándo eran mayores mis esperanzas de no quedar olvidado? Al morirme: yo cerré los ojos acariciado por la idea de la inmortalidad...

—¡Con razon! ¡con razon,—interrumpió D. Aureliano Fernandez-Guerra.—La obra de V. es portentosa! No se ha escrito, no se puede escribir libro mejor.

—Eso que decís no tiene respuesta... (contestó Cervántes poniéndose colorado, aún no se sabe si de modestia ó de alegría). Pero, sea como fuere, ello es que á mí es la que más me agrada de cuantas escribí: como obra de entretenimiento me parece difícil superarla... —¡Dichosa novela! Sudores de muerte me costó: lo que yo borré, lo que yo añadí, y enmendé, y suprimí, hice y deshice treinta veces, Dios y yo... y la pobre Catalina, que de Dios goce, lo sabemos.

—¿Habla V. de véras? preguntó Escrich. ¡Pues si aquello parece correr como el agua! ¡Si aquello parece escrito en pocos dias para un editor que publicase una entrega diaria!

Cervántes miró con cierto asombro al aplaudido

autor de *El cura de aldea*, como si no le comprendiera del todo bien, y prosiguió diciendo:

—¿En pocos días, eh?... Sólo en la historia de Rutilio, y en imaginar la mitad de los lances que pasan en la isla Bárbara, eché lo ménos mes y medio.

—¿Cómo en la historia de Rutilio?—tornó á preguntar Escrich, admirado á su vez.

—En la historia de Rutilio, en la historia de Rutilio!—¡Vaya! Vos no habeis leído el *Persíles*.

—Pero, Sr. de Cervántes,—objetó el novelista moderno, entre las reprimidas risas de Cañete y Valera, que comprendían lo que estaba pasando y adivinaban lo que iba á pasar,—si yo, al hablar de la mejor obra de V., no podía referirme más que al *Quijote*.

La bomba estaba soltada ya y había estallado en el aire. Cervántes se puso extremadamente pálido, tanto que D. Cucufate corrió á él temeroso de que se le *remuriera*; apoyóse en un mueble, y preguntó casi temblándole la voz:

—El *Persíles* ¿no ha gustado más que el *Quijote*?

—Ha gustado, ha gustado mucho,—se apresuró á afirmar Escrich, asustadísimo del efecto de sus palabras,—pero... mire V.... la verdad es que el *Quijote* ha gustado por los dos.

D. Juan Valera, deseoso de echar un capote al toro y de librar al picador, ó en términos ménos taurinos, movido del afán de hacer hablar á Cervántes de otra cosa, se expresó en estos términos:

—Hace poco aludí V., ó yo entendí mal, al lustre que se daba Lope de Vega, á lo poco atento y amable que era con sus compañeros... Corre ahora entre

nosotros como muy válida la opinión de que el fénix de los ingenios era hombre envidioso si los hay, hombre á quien ponían malo los aplausos que se daban á otro escritor... Díganos V. algo de esto. Ande V.

Cervántes pareció recoger breves instantes su pensamiento, y en seguida dijo:

—¿Que Lope de Vega era envidioso? No lo creais, señores. Era hombre de verdadero, de portentoso ingenio, de ingenio inconcebible para los mismos que le mirábamos escribir y que no comprendíamos que un solo hombre pudiera inventar y componer tanto; era hombre idolatrado, no sólo del vulgo, sino de los magnates y del monarca mismo... ¿Qué extraño es que el agradable humo de la lisonja se le subiera de cuando en cuando á la cabeza, que creyese él de sí lo que de él creía y proclamaba toda España, y que gozando á sus anchas de tan merecida fortuna le asal-tase el temor, más humilde que soberbio, de que otro le venciera y le quitara el lugar conquistado? Esto aparte de que á nadie le gustan tanto los vítores dados á otro como los que le dan á uno mismo... Y es muy natural.—Lope no tenía envidia... ¿De quién había de tenerla? ¿Quién se le igualó, ni aún se le acercó en su tiempo? Lo que Lope tenía era un ansia de brillar, una sed de gloria, un afán de que sólo de él se ocupasen las gentes, que excede á toda ponderación. Pero ¿qué resultaba de todo eso? Resultaba que si á un poeta le aplaudían una comedia de enredo, Lope se encerraba en su casa y no salía de allí en tres días, no salía de allí sin otra comedia del mismo género, quizás mejor que la otra. ¿Gustaba mucho una comedia de santos dispuesta para tal ó cual festividad reli-

giosa? Pues al año siguiente, y en el mismo día, se representaba otra del monstruo de la naturaleza, que eclipsaba todas las comedias de santos imaginadas hasta entónces. No hacía nadie un buen soneto, un romance sonoro, unas octavas llenas de elegancia y de brío, sin dar á Lope con sus versos ocasion para invocar á su dócil musa, para labrar en la fértil mina de su ingenio, siempre exprimido, nunca agotado. ¿Quién vió jamás una envidia más noble, más inofensiva, más provechosa? La divisa de Lope era: «Nadie me adelante»; mas para cumplirla al pié de la letra no hacía lo que todos los envidiosos, no echaba á los otros atras por medios inicuos y reprobados: se ponía él en el primer puesto á fuerza de entendimiento, de trabajo y de constancia. La envidia trabajadora debió de nacer con Lope, porque ántes de Lope nadie le había echado la vista encima. No negaré yo que los primeros triunfos de Calderon, que los pocos que tuvo en el teatro el autor de *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*,—á quien Lope desdeñaba en público y admiraba en secreto,—que la merecida fama del gran Fray Gabriel Tellez le llenasen de temor y de tristeza. Los aplausos dados al prójimo son linaje de música que en pocos oídos resuena agradablemente... Lope tuvo bastante castigo para debilidad tan comun, en no disfrutar siempre con absoluta calma de una gloria que con razon le envidiaban casi todos aquellos á quienes él envidiaba sin razon y de la manera que os he dicho.

—Dígame V., Cervántes,—preguntó D. Luis Vi-dart,—y el hombre ¿valía en su vida privada tan poco como se dice y se cree?

—Yo no sé lo que se dice de la vida privada de Lope, advirtió Cervántes.

—Se dicen perrerías,—continuó Vidart.—Se dice que prestaba su casa á algun noble, amigo suyo, para que usase de ella á su placer; se dice que nunca perdonó casada, viuda ni doncella; se dice...

—Si todo lo que se dice vale tanto como esas dos primeras cosas—replicó Cervántes—no valen la pena de que vos las digais ni de que yo las conteste. En la época en que Lope y yo vivíamos (y mucho ha de haber cambiado el mundo si ahora no sucede otro tanto) la amistad tenía sus fueros y estaba más en hacer lo que, tuerto ó derecho, el amigo quería, que en obedecer otros preceptos, más severos y prudentes sin duda. La amistad era una cosa; la santidad, otra: ésta era la amistad de las criaturas con su Creador.—Respecto á la afición que Lope tenía á las mujeres ¿qué os he de decir? Lope era hombre de gran entendimiento, comprendía que las mujeres son la obra maestra de Dios y lo mejor que hay en el mundo: ¿cómo quereis que no gustase de ellas? Y ¿cómo quereis que si gustaba de ellas, y á ellas tampoco les parecía el costal de paja, resultase otra cosa de semejante uniformidad de dictámenes que pasiones y frenesíes, celos y escándalos, cuchilladas y diabluras? Pues ¡no faltaba más!—Eso que decís de que Lope no perdonó viuda, casada ni doncella, me ha caído en gracia, caballero; en Dios y en mi ánima os lo juro. Ciertas cosas no se perdonan; y el majadero que perdona una doncella, no tiene perdon de Dios. Lo peor del caso es que no hay otro remedio que perdonarlas, la mayor parte de las veces.

Mucho rió la reunion estas frases de Cervántes, aunque las damas encontraban el lenguaje algun tanto libre. Se le oía sin embargo con complacencia é interes , no por lo que decía , sino por ser Cervántes. Y prosiguió él diciendo :

—El que lea sus obras con atencion , el que sea capaz de comprenderlas , ¿podrá negar que son hijas de un alma elevadísima , de un corazon generoso y entero? Quien pintó las mujeres tan soberanamente (para pintarlas así necesitó estudiarlas á fondo); quien decía de ellas cosas tan admirables; quien expresaba el amor maternal de manera que á mí me ha hecho creer á las veces que Lope debió ser mujer y madre en una existencia anterior; quien hallaba para todo lo grande y puro la expresion exacta , sin sustitucion humanamente posible , no podía ser un mal hombre. Tenía defectos : hombre era; en otro caso no sería hombre sino ángel. Pero desengañaos de una vez para siempre : la ternura , el sentimiento , la bondad , tienen que salir de alguna parte. No hay fuente que eche agua estando seca... ¿La echa? Pues es que la tiene donde ménos pensemos nosotros. Los grandes escritores que son hombres indignos , no dicen , no saben , no pueden decir las cosas que Lope dice á cada paso , que á cada instante se le caen de la pluma.—Si tanto se ha cebado la maledicencia en hombre que yo dejé en el mundo tan respetado y tan querido , ¡cómo me habrán molido á mí los huesos! ¡Admirado estoy de no tenerlos descabalados y hechos harina!

Muy buen efecto produjo entre los escritores la defensa calorosa que Cervántes hacía de Lope de

Vega, á quien debió siempre tan poco. No faltaba quien pensase que la nobleza de alma del manco sano debía entrar por mucho en cuanto decía; pero, con todo, el fondo de su argumentacion era irrefutable.

—Y ¿qué opina V. de la fecundidad de Lope?—preguntó á Cervántes D. José Echegaray.—¿Es cierto lo que se dice de que tenía en su casa una especie de taller de comedias, y que Montalban y otros escritores le ayudaban á escribir las que firmaba él solo, deseoso de dar mejor salida á un género que únicamente con la firma de Lope tenía ya mucho adelantado para agradar al público?

—Sobre ese particular nada puedo decir á punto fijo. Lo que sí aseguro es que la facilidad de Lope para componer versos no guarda proporcion con el número de los que llevaba escritos cuando yo me hice el muerto. Borrador de comedia suya he visto en que hay más tachones que letras, y soneto en que para escribir catorce versos se han hecho y deshecho catorce veces catorce. Pero su amor al trabajo y su resistencia triunfaban de todo. Creo yo que se debe pensar piadosamente, despues de calcular qué clase de oficiales podría él tomar para las obras de encargo y que corrieran prisa, que lo malo que se nota en muchas de sus comedias debe ser ajeno: lo excelente que hay en todas, es suyo sin disputa.

D. Luis Fernandez-Guerra dijo á Cervántes:

—Yo, Sr. de Cervántes, estoy preparando ahora una nueva edicion de mi biografía de Alarcon y Mendoza: díganos V. algo, que nosotros ignoremos, de sus resentimientos con el poeta mejicano. ¿Tuvo V.

alguna queja de él, aparte de su conducta en la Academia del conde de Saldaña?

—No me acuerdo,—respondió Cervántes.

—¡Ya! Tras de la muerte no hay rencor en un alma como la de V.,—insistió D. Luis.

—Aseguro á vuestas mercedes que no me acuerdo de nada.

—Pasemos á otra cosa—exclamó el discreto crítico García Cadena—y preguntó en seguida:

—¿Usted cree que Góngora escribió desde un principio, y ántes de envolverse en la propia corriente de su extravagancia, creyendo que la perfeccion del estilo estaba por los caminos en que él buscaba la novedad más que la perfeccion?

—A mi pobre juicio,—replicó Cervántes—Góngora fué víctima de la soberbia, que hace muchas y suele cebarse en los mejores ingenios, porque la soberbia no puede tener aspiraciones humildes. Góngora era hombre de tan diabólico carácter, tan altivo y tan despreciador de todo lo que no fuera él, que debió decir para sus adentros:—«Mejor es errar solo que acertar con los demas», y lo hizo como lo dijo.

—Señores, señores,—observó á este punto Florentino Sanz—hablemos con Cervántes, de Cervántes, que tiempo nos queda para hablar con él de todas las cosas habidas y por haber.

—¡Es verdad, es verdad! exclamaron á coro todos los presentes, y el diálogo cambió de rumbo para hacerse aún más animado é interesante.

—Yo creo, señores (dijo apoderándose de la palabra con su habitual tono de suficiencia aquel ex-ministro rebuscador de intenciones cervantinas que el

lector no puede haber olvidado, ya que no por otra cosa, por el pesadísimo discurso que pronunció en el Congreso, y de que se hizo mencion oportunamente); yo creo, señores, que ante todo debe decirnos algo el señor de Cervántes sobre las alusiones que la posteridad ha creído encontrar en su obra. Traigo entre manos un trabajo de bastante consideracion en que se hace completa luz sobre esa difícil materia, y aunque no puedo ménos de estar seguro de mis opiniones, confieso que me agradaría verlas confirmadas por mi queridísimo amigo y compañero.

Cervántes hizo un movimiento de cabeza (abrumado, sin duda, con el honor que le echaban encima) y prometió contestar á cuanto le preguntasen.

—Pues ya que tan bien dispuesto lo encontramos á V., empiece por decirnos quién era D. Quijote de la Mancha.

Cervántes abrió los ojos de par en par, quedóse mirando un buen espacio al ex-ministro y aseguró que no entendía lo que le querían decir.

El fácil escritor é ingeniosísimo crítico D. Nicolás Diaz de Benjumea, que se hallaba próximo al diputado cervántico (aunque nunca formó ni podía formar parte del Congreso), explicó á Cervántes las suposiciones hechas por algunos lectores suyos de que en las empresas del hidalgo manchego se había propuesto su autor ridiculizarlas del emperador Cárlos V.

—¡Voto á... (gritó Cervántes apénas lo hubo oído, y no lo echó redondo por puro respeto al lugar en que se encontraba), que quien haya dicho tal cosa miente como villano y ruin, y no se atreverá á sustentarlo donde yo tenga una mano y una espada para

rebanarle la lengua! ¡Ridiculizar yo al rayo de la guerra, al padre de D. Juan de Austria, al abuelo de mi rey, al asombro del mundo!... ¿Y quién soy yo para ridiculizarle? ¿Y qué hay en él de ridículo? ¿Y quién es tan majadero que da crédito á lo que á mí mismo va acabando por hacerme reír?

—No crea V. que son tantos los que lo han creído, repuso D. Aureliano Fernandez-Guerra, terciando oportunísimamente en el debate.—Mas válida que esa corre la opinion de que Sancho Panza es vivo retrato del padre Aliaga, confesor de Felipe III y con quien nunca debió V. andar en la mejor armonía; siendo tambien generalísima la creencia de que el mismo padre Aliaga, espíritu ruin y naturalmente rencoroso, tomó la pluma é hilvanó la segunda parte del *Quijote* compuesta por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas, pseudónimo á favor del cual procuró disfrazar su verdadero nombre el ambicioso dominico.

Tornó á reirse Cervántes y tornó á replicar:

—D. Quijote Cárlos V, y Sancho Panza el confesor de S. M...! Podrá ser, mas para mi santiguada que no había reparado en ello. Vamos poco á poco, y no andemos con «aquí la puse». Yo juro á vuestras mercedes á fe de cristiano viejo—á fe del cristiano más viejo que ha existido jamás—que D. Quijote es D. Quijote y Sancho Panza es Sancho Panza. ¿Les parece á vuestras mercedes bien que, despues de tanto y tan pomposo elogio como se me hace, se me niegue la invencion de los dos principales personajes de la que juzgan mi mejor novela, y se dé en creer—pues eso, y no otra cosa, indican aque-

llas presunciones,—que no puedo haber sacado de mi cabeza al amo ni al criado? ¡Medrados estamos!

—Pero Sancho y D. Quijote ¿no significan nada, señor de Cervántes?—preguntó Benjumea con cierta melancolía.

Cervántes respondió:

—Claro está que significan dos tipos humanos extraordinarios y verisímiles, llenos de singularidad y de verdad al propio tiempo.

—¿Nada más que eso?—sollozó el ex-ministro.

—Nada más que eso (prosiguió Cervántes); y quien crea que es poco se engaña grandemente. ¿Todavía piensan vuestas mercedes que es poco trabajo hinchar un perro? Pero volviendo á la paternidad del tordeselesco Quijote, diré que hay contradicción indudable entre ser Sancho Panza Fray Luis de Aliaga y, reconocida por éste la alusión, pretender vengarse de mí continuando el libro donde se le aludía, pintando á Sancho, es decir, pintándose á sí mismo, sucio, gloton y majadero como nunca lo fué el *Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero* que figura en mi historia, bien quisto por cierto de cuantos llegan á conocerle.

—¿Quién fué entónces el encubierto autor del falso *Don Quijote*? (preguntó D. Aureliano Fernandez-Guerra, sin amoscarse en lo más mínimo, gracias á la natural bondad de su genio, bondad tan grande—y no puede encarecerse más—como el entendimiento que Dios le dió y la erudición que él ha sabido darse). Yo tenía mis motivos particulares para sospechar que fuese el padre Aliaga, siguiendo la autorizada opinion de Gallardo. Cuando don

Quijote y su escudero entran en Barcelona, unos muchachos alzan las colas de Rocinante y del Rucio y les ponen y les encajan allí sendos manojos de *aliagas*... Pues ¿cómo no creer que usted hacía una ingeniosa y delicadísima sátira contra su émulo, nombrándole sin riesgo alguno y dándole la colocación más triste que puede desear á un enemigo el rencor más enconado?

Santiguóse Cervántes una, dos y hasta tres veces consecutivas, estrechó luégo entre sus brazos al docto académico, y díjole con toda la formalidad que cabe en Cervántes cuando Cervántes se resuelve á tenerla:

—Basta, señor mio, basta; que sin que pronuncieis una sola palabra más, desde este instante os reputo por el rey del ingenio, y conozco y declaro que son pocos los encarecimientos que del vuestro acaban de hacerme. No hay tanto mérito, ni áun la mitad, en descubrir y vulgarizar un misterio, por tenebroso que sea, como en ofuscarse tan delicadamente con la luz de la propia imaginación. Dando de barato que Avellaneda y Aliaga fuesen una persona misma, mayor esfuerzo de inteligencia supone ver tal chiste donde no le hay, que de propósito buscarle y hallarle.

—Pues ¿quién diantres fué Avellaneda?—volvió á preguntar D. Aureliano.—¿Fué Lope ó algun amigo suyo, deseoso de adularle y vengar las palabras del canónigo de Toledo? ¿Fué D. Juan Ruiz de Alarcon, como pretende D. Adolfo de Castro en una de sus últimas obras? ¿Fué...

—Ni fué ninguno de los que decís—interrumpió Cervántes—ni yo sé á punto fijo quién era, ni aunque lo supiese lo diría á vuestras mercedes. Dando paz á

los muertos la encontramos los vivos: no renunciemos á tan alto bien por tan pueril curiosidad.

—Tiene V. razon que le sobra—dijo Benjumea—pero sáquenos V. de otra duda. ¿Existió realmente el arriero de Arévalo que iba á atreverse con Maritornes? Hay quien presume que en Arévalo le jugó á usted algun arriero una mala pasada y que V. quiso vengarse de él sacándolo á la vergüenza en el *Quijote*.

—Esa presuncion — replicó Cervántes — envuelve una inmerecida ofensa á los arrieros de Arévalo, gente enamorada y celosa, pero incapaz de hacer daño á nadie no siendo en legítima defensa de sus caballerías ó de sus damas. Esto aparte de que á mí no me han jugado malas pasadas en todos los pueblos que he recorrido; no señor: yo soy un hombre relativamente afortunado... y, por lo demas, ni soy un sér tan bajo y ruin que remita á la pluma las ofensas que tocan á la espada, ni puesto á vengarme de un arriero creería conseguir mi designio sacándole en una novela. En mi tiempo, los arrieros eran gente poco aficionada á leer.

—Lo que no nos negará V.—dijo el ex-ministro con su petulancia habitual—es que aquello de cubrir de flores el cuerpo del pastor Crisóstomo es una censura terrible de la cremacion de los cadáveres.

—De la crema... ¿qué?—preguntó Cervántes.—No lo entiendo; pero desde luégo contesto que no. En el *Quijote* no hay alusiones en el sentido que suele darse á ese vocablo; las hay, sí, y no puede ménos de haberlas, á sucesos y á impresiones de mi vida que para mí, como para todos los escritores nacidos y por nacer, son las principales si no las únicas fuentes de

inspiracion. Nuestra fantasía, con ser tan poderosa, no es capaz de crear absolutamente nada: modifica lo que va observando aquí y allí, y teje sobre ello sus misteriosos hilos como hábil doncella aplicada á su labor pasa y repasa la sutil aguja á través de un lenzuelo y borda sobre él mil brillantes y postizos primores. Las ideas no nacen como los hongos; tienen siempre una genealogía más ó ménos manifiesta, y en la familia de las ideas sucede lo propio que en la familia humana: el hijo sale unas veces todo á su padre, otras veces únicamente se le parece algo, y otras no se le parece nada, aunque de cabo á rabo sea suyo. Cuanto hay en el *Quijote*, cuanto hay en todo lo que yo he escrito, ha pasado de la realidad á mi imaginacion y ha dejado allí marcada su huella: al aprovecharlo yo más tarde, lo modifiqué como la tierra modifica con silenciosa actividad las semillas arrojadas al azar en los surcos por manos del labrador, y nos las presenta un día convertidas en rubias espigas de trigo, en flores pomposas y lozanas, en frutos sabrosísimos y maduros. Sin la semilla no hubieran nacido; pero ¿dónde está ya la semilla? No hay medio de encontrarla sin romper y desbaratar lo mismo que de ella nació.

—No nos negará V., al ménos—apuntó el ex-ministro—que cuando dedica algunas frases laudatorias á la expulsion de los moriscos, cuando hace, sobre todo, que reconozca su justicia el mismo Ricote, vecino de Sancho Panza y uno de los expulsados, critica V. amargamente aquella disparatada medida, torpeza la mayor del reinado de Felipe III y ruina de España.

—Sí que lo niego una y mil veces—repuso Cerván-

tes.—Yo alabé aquella medida de buena fe y con sincero entusiasmo. Ignoro sus consecuencias: deduzco de lo que afirmáis que han sido malas y que mis sucesores tocaron los daños de la marcha de los moriscos; pero los españoles del siglo xvii tocábamos las de su permanencia en nuestro suelo.—Creo yo que no me hacen vuestras mercedes demasiado favor al considerarme incapaz de decir nada á derechas, al suponerme perpetuamente animado de un venenoso espíritu de burla y de ironía. Juzgo tambien bastante más caritativo que modesto el afán de no ver en mis escritos otra cosa que un espejo de las opiniones de los que me leen. Yo no fuí nunca hombre de segunda, y ménos aún de tercera intencion, y como he declarado en alguna parte con toda la sinceridad de mi alma:

«Nunca voló la humilde pluma mia  
por la region satírica, bajeza  
que á infames premios y á desgracias guía.»

—Pues díganos V. de una vez, y acabe de ponernos en paz, cuál fué su propósito al escribir la que á nosotros nos parece, no sólo la mejor de sus novelas, sino la mejor del mundo—dijo D. Juan Valera. Yo estoy muy interesado en saberlo de boca de V., porque algo hablé sobre la materia en un discurso académico que á mí, con ser trabajo mio, me agrada bastante, y sospecho, por lo que hasta ahora vamos oyendo á quien debe saber sobre ella más que todos nosotros juntos, que no iba fuera de camino en mis apreciaciones. ¿Cuál fué su idea de V.? ¿Se propuso lisa y llanamen-

te combatir los libros de caballerías ó se propuso alguna otra cosa más?

—Mil veces declaro en el transcurso de mi obra, y en el final con palabras terminantes y precisas—respondió Cervántes—que mi único objeto al tomar la pluma fué combatir la lectura de los tales libros, y es sobremanera gracioso que vean vuestas mercedes mi intencion más clara en lo que callo que en lo que digo. Concluirán vuestas mercedes por hacerme creer que yo he pensado, sin pensar, lo que vuestas mercedes piensan, y que yo he tenido una porcion de intenciones sin la menor intencion de mi parte.

—Desengáñese V., Sr. D. Miguel, exclamó el ex-ministro todo alborotado. Usted no supo lo que se decía, pero ello es que lo dijo.

—La misma ó mayor razon hay (continuó Cervántes) para dar por hecho que vuestas mercedes no saben lo que se dicen.—Para salir, con la imaginacion al ménos, de las miserias y estrecheces de una cárcel, comencé yo á escribir el *Quijote*, enamorado de mi pensamiento, que se me antojaba oportuno y gracioso, y gozando más cuando disponía la traza primera de mi libro, cuando escribía sus pasajes al correr de la pluma y con el descuido y desenfado propios del que hace una cosa á su gusto, que han podido gozar despues los lectores de aquella novela. Encontrando mala la aficion, y condenándola miéntas la iba satisfaciendo, fuí siempre grande aficionado á la lectura de los libros de caballerías. Pocos se publicaron dentro y fuera de España que yo dejase de conocer, riéndome de sus disparates, pero pasando bonísimos ratos con ellos... ¿Por qué? Francamente confesaré que no

acabo de explicármelo. Acaso porque no he sido otra cosa que una especie de Don Quijote en los principales sucesos de mi vida... Mi conciencia me animó á escribir contra mi gusto, y de allí nació sin duda la lucha que algunos podrán echar de ver entre la intención y el resultado de mi obra. Yo inventé la figura de Don Quijote, y me propuse muy formalmente ridiculizarle, dándome vaya á mí propio y burlándome de los repetidos desengaños de la vida de quien pobre y oscuro soldado se imaginaba llegar en Lepanto á la cúspide de la gloria, para caer á poco en la última mazmorra de Argel; de quien se juzgaba capaz de levantarse con aquel reino en beneficio de España, para cargarse más y más de grillos y de humillaciones; de quien, al salir de su penosa cautividad y caminando viento en popa hácia su tierra con el corazón y el alma más anchos que el mar de que iban saliendo vencedores, soñaba con premios y grandezas, para ver sus servicios despreciados, desdeñadas y hasta satirizadas sus honrosas heridas, y para morir pobre y oscurecido en su miserable vivienda de la calle de Francos. Claro es que de todo esto tenía que notarse algo en el *Quijote*... ¿Qué luz no reparte algún reflejo de sus rayos en torno suyo? El poeta arroja siempre en el papel toda la parte que puede de la amargura que le rebosa en el espíritu. Repito que pretendía ridiculizar á mi héroe; pero como en el fondo mi héroe era hombre discreto y de ánimo generoso, como sus pasiones eran puras y nobles, como sus desgracias no resultaban nunca merecidas, sin hacer yo otra cosa que referir sus hechos y sus dichos, Don Quijote aparecía ridículo y loco; pero todavía más grande que

loco y ridículo. Arroja agua un muchacho en tierra sembrada de flores, aunque á primera vista parezca seca y árida, y las flores nacen más hermosas: las flores estaban allí en gérmen; el niño las ha hecho nacer. Quise echar á broma un asunto harto serio para mí por la parte de mi alma que en él había, y el asunto se me rebelaba á cada paso. En Don Quijote, como en mí, había desigualdad entre la alteza de los pensamientos y la de los medios disponibles para realizarlos: yo sorprendía á cada paso la misteriosa relacion entre sus aventuras y las mias, y hartaba de palos al infeliz manchego; pero sus palos empezaban por dolerme á mí, y concluían por doler al mismo lector de nuestra historia. ¿Qué ridiculez, por grande que sea, no se engrandece y sublima con el reflejo de la verdadera desgracia? Llenas de alegría estaban las páginas del *Quijote*; pero de alegría mezclada con lágrimas, que yo había derramado allí sin advertirlo apénas... Yo derramaba las lágrimas lleno de contento, porque su salida desahogaba mi corazon; pero las lágrimas eran amargas, por lo mismo que lo desahogaban tanto. Se equivocan grandemente los que creen que todo es felicidad en los poetas festivos. Su genio es como un milagroso cuadro de dos caras, por el un lado alegre y triste por el otro: muéstrase el genio en público, y miéntras el vulgo se solaza con la primera, él vive condenado á cerrar los ojos ó á ver eternamente la segunda. Esto es cuanto se me ocurre en respuesta á las preguntas que se me hacen; y no digo más, porque no entiendo bien qué intencion oculta puede suponerse en un libro tan llano y sencillo como el *Quijote*, entendido facilísimamente de toda clase

de personas al darse por primera vez á la estampa.

—Diré á V.—repuso D. Juan Valera—después se ha pretendido, aduciendo para ello muy lindas é ingeniosas razones, que el *Quijote* es una pintura filosófico-crítica de la humanidad.

—¿Qué me cuenta vuesa merced?—exclamó asombrado Cervántes.

—Lo que vuesa merced oye,—prosiguió Valera. Don Quijote era el espíritu elevado y puro; Sancho Panza la materia ruin y grosera.

—¡Alto ahí!—interrumpió Cervántes.—Paso por lo que se dice de Don Quijote: para él todo encomio me parece escaso; pero no puedo pasar por lo que se dice de su pobre escudero. ¿Qué tiene nadie que echarle en cara?

—No falta quien le tilde de ignorante, de interesado, de algo ménos que valiente, con sus puntas de ambicioso y sus ribetes y aún collares de comilon,—replicó Benjumea.

—Vamos poco á poco,—dijo Cervántes.—Ante todo, Sancho es buen cristiano, y éste es ya un principio de sabiduría; Sancho sigue á Don Quijote con legítimas esperanzas de sacar algun provecho de la vida aperreada que ha de llevar y lleva sin la menor afición á las que su amo llama aventuras; Sancho no deja de seguir á su amo cuando presume, á pesar de su natural sencillez, que el ingenioso hidalgo está rematadamente loco; Sancho hace más, Sancho llora cuando, incomodado el buen Alonso Quijada á la primera queja y á la primera pretension, le despide de su servicio, prometiendo entónces el pobre mozo acompañarle hasta el fin del mundo sin interes algu-

no y por sólo el amor que le tiene; Sancho participa de todos los peligros de Don Quijote y los sufre en paz, aunque de continuo los advierte y censura; Sancho, cuando el caso llega, se da de puñadas con el cabrero y con Cardenio, y no huye la lucha en el camaranchon de la venta con los que él juzga, por lo ménos, ánimas del Purgatorio... Hasta con su mismo amo se atreve en un momento de furor, y sin herirle ni dañarle lo postra y lo rinde, celoso de su dignidad y de su pellejo, respetuoso y noble en la victoria. Sancho es tan honesto y pulcro en sus costumbres, que ni una vez sola en el transcurso de sus dos salidas comete la menor infidelidad á su oislo; Sancho come y saborea con delicia de lo que ni en las bodas de Camacho, ni en la casa de Basilio, ni en la de don Diego Miranda se guisó únicamente para él; pero tambien sabe acomodarse á su cebolla y á su pan duro, cuando lo hay, cosa más meritoria en un hombre tragon que en uno parco y desgariado. Sancho llega á ser desde un miserable destripaterrones nada ménos que gobernador de la ínsula Barataria, y el honor no le desvanece, á pesar de ser inmerecido, y administra sabiamente justicia, y ni niega derecho ni admite cohecho, y no se mancha su conciencia ni con la roña de un ochavo, y cae dignamente de su improvisada fortuna... Sancho hace más que todo eso: Sancho es quizá la única de cuantas personas topa Don Quijote que le admira, le ampara y le comprende... Si esa es la imagen de la materia, confieso que no sé lo que me he escrito. Para mí, todavía hay más bondad y más idealismo en Sancho Panza que en Don Quijote: éste obra siempre impulsado por su locura, aquél

movido única y exclusivamente de su buen corazón; Don Quijote es virtuoso porque no hay en él una sola pasión innoble: Sancho lo es venciendo sus instintos y sus flaquezas, comunes á la generalidad de los hombres.

—No puede V. imaginarse la alegría que me producen sus palabras,—dijo Valera.—Está V. confirmando con su autoridad indiscutible casi todo lo que yo he pensado siempre sobre la reina de las novelas.

—Pero ¿de dónde ha nacido esa reata de suposiciones?—preguntó Cervantes lleno de curiosidad.

—Le diré á V., contestó el insigne autor de *Pepita Jimenez*. Ya era antigua entre los críticos españoles la creencia de que V. había escrito un librito titulado *El buscapié* donde se declaraban puntualmente las mil alusiones á hechos y personajes históricos en que rebosa el *Quijote* por todas sus páginas. En nuestros días un escritor ingenioso y poco aprensivo halló ó figuró hallar copia del *Buscapié*, y dió el chasco á muchos que creyeron encontrar allí una confirmación autorizada de sus conjeturas.

—Nunca escribí yo, ni pensé siquiera escribir ese librito que vuesa merced dice; pero antójase me que hay más mérito en haberle encontrado en la imaginación que no en algún archivo ó depósito de papeles inútiles, y antójase me también que de más censura son acreedores los crédulos, que quien tal arte y maña se dió á fingir un trabajo ajeno y supo salirse con su intención.

—Pero ¿V. niega en redondo (murmuró Benjumea quebrada la color y balbuciente el habla) toda intención filosófica á su *Don Quijote*? ¿Salimos ahora con

que V., por confesion propia y espontánea, no tiene nada de filósofo?

—Segun lo que vuestas mercedes entiendan por filosofía,—contestó Cervántes.— Para mí la filosofía no forma cuerpo separado de doctrina, no es, por mejor decir, un estudio especial que puede enseñarse en universidades y liceos. La filosofía, en mi humilde opinion, no es una carrera, es un término de parada. El hombre, á fuerza de observar y de estudiar, más en los hechos que en los libros, se encuentra un dia filósofo y filosofa sin percatarse de ello; pero decir: «Yo quiero ser filósofo» ó «yo quiero filosofar,» equivale á decir: «yo quiero encontrarme un tesoro» ó «yo quiero adivinar la carta que va á salir en el juego de los albures.» Discurriendo inspirado por mi práctica del mundo y por mis desengaños, que tanto monta, acaso habré sido filósofo sin saberlo, acaso habré topado con el tesoro y con la carta por lo mismo que no buscaba una cosa ni otra.

—De modo (dijo el brigadier del Congreso Cervántico, que tambien asistía á la tertulia, y que hasta entónces no había dado tormento más que á sus bigotes) que ¿tampoco será verdad lo que aseguraba don Blas Nasarre?

—¿Qué aseguraba D. Blas Nasarre? interrogó Cervántes.

—Aseguraba que V. fué tan perfecto y tan impecable en todo, que escribió malas comedias precisamente para poner en ridículo las de su tiempo.

—¡Qué ha de ser verdad! (exclamó Cervántes, un tanto mohino.) ¡Vaya una manera de elogiarme! Yo dí mis comedias por buenas, y por buenas me las

aplaudieron. ¿Eso dijo D. Blas? «Díjolo Blas, punto redondo.»

Al llegar á éste de la conversacion, acercóse á Cervántes D. Cucufate Miralpux y Ribelles; le contempló el rostro atentamente, sacó el reloj, y tomándole la muñeca le contó las pulsaciones y suplicó á la reunion que no molestara más á Cervántes, si no quería producirle un dolor de cabeza, y tal vez un jaquecazo tremendo.

Los dueños de la casa dispusieron entónces que los convidados pasaran al comedor, donde había dispuesta una suculenta cena, á la cual hizo Cervántes todo el honor que merecía, atiborrándose bien de *paté-foie-gras* y jamon de Westfalia, paladeando con delicia sendas copas de Jerez y Burdeos, y lamiendo la cucharilla que le sirvió para ir desgastando poco á poco un queso helado de avellana, obra del ya famoso repostero vienés.

Despues de le cena tuvo lugar un agradable concierto en que Cervántes oyó el piano, como el piano puede y debe oirse, heridas, acariciadas sus teclas por las imponderables manos de Guelbenzu, por las del hábil y aprovechadísimo Tragó, que se *tragó* en el certámen de Paris á todos los pianistas franceses que le disputaban la primera médalla.

Monasterio hizo hablar y sentir al violin prodigioso cuyas cuerdas diríase que enlaza á los nervios que sostienen y gastan su cuerpo; Erminia Borghi-Mamo cantó y electrizó á la concurrencia; Tamberlick buscó y encontró todavía la voz de sus mejores años, y la hizo llegar hasta el fondo del alma de cuantos la escuchaban embebecidos.

Dióse fin al concierto, y hubo su poquito de lectura. Zorrilla leyó por última vez la última poesía que había de escribir en su vida, y cosechó abundantes aplausos; Manuel del Palacio recitó unos admirables versos en el tono lúgubre y profundo que le caracteriza; Grilo declamó su nueva oda á *La resurreccion del poeta* con todo el arte y encanto de que él es capaz, haciendo mil guiños con los ojos y dislocándose materialmente los dedos y las manos; Coellito leyó un soneto á Cervántes (¿qué había de leer Coellito sino un soneto?), y no se entendió él mismo por cierto...

Una agradabilísima sorpresa recibieron los convidados á lo peor de la lectura: S. M. el Rey y la Serenísima Princesa de Astúrias aparecieron en el salon sin previo aviso, y produciendo la mayor alegría en todo el concurso, que supo apreciar la delicadeza y significacion de la visita.

El rey D. Alfonso se presentaba por primera vez aquella noche en algo parecido á diversion despues de su desgracia, despues de la desgracia de España entera. Su semblante, surcado por las nobles huellas del dolor, aparecía iluminado con las melancólicas tintas de una resignacion varonil, pero difícil; en sus ojos brillaban juntamente la inteligencia necesaria para descubrir el bien, y el puro deseo de realizarlo...

Al encontrarse la mirada de Cervántes con la de nuestro jóven monarca, no vaciló un segundo el famoso novelista; «¡el Rey!» exclamó lleno de respeto, y corrió á hincar la rodilla delante de la imágen de Dios que tanto respetaron siempre los españoles nacidos en el siglo que hizo á España reina del mundo,

entre otras razones, por el amor del rey á su pueblo, por el amor del pueblo á su rey y señor natural.

El Rey no consintió que Cervántes acabase de ponerse de hinojos: alzóle, tomándole ambas manos entre las suyas, y dióle, al hablarle tratamiento de *majestad*, contestando al asombro de todos que si él, Alfonso XII, era rey de España, Cervántes era rey del ingenio, rey con blando dominio en las almas de sus obedientes vasallos, rey cuyo trono no puede desquitarse jamás, ni aún heredarse en los siglos de los siglos.

Púsose Cervántes colorado; nuevas y no esperadas lágrimas de alegría le bañaron el rostro, y temió volver á morir de vanidad y de contento.

Permaneció allí el Rey pocos minutos, y rogando á Cervántes que le pagase al día siguiente la visita yéndose á almorzar con él, retiróse á su alcázar apenas el autor del *Quijote* besó las manos de la noble hermana de S. M.

Eran ya las dos de la madrugada. Se bailó un poco entre la satisfacción de damas y galanes, y la sorpresa del resucitado, á quien naturalmente todo se le hacía nuevo, hasta que hombres y mujeres se abrazaran en público y sin queja de tercero; y ya se disponía un rigodon dirigido por Retortillo, en el cual se esperaba que el poeta tomase parte, cuando un ruido espantoso resonó en la calle haciendo retremblar la casa entera y poniendo miedo y pavor en todos los ánimos.

¿Qué había sido aquello?

Un petardo enorme, colocado junto á la puerta principal del palacio de los duques por un heroico

internacionalista, deseoso de acabar con todas las grandezas; incluso la del entendimiento; petardo que tuvo, á Dios gracias, el inconsciente patriotismo de reventar sin producir otro trastorno que la rotura de las vidrieras del barrio y la agradable emocion de los vecinos.

## XV.

A la mañanita siguiente, y para hacer tiempo á que llegase la hora del almuerzo con S. M., fué Cervántes á hacer una visita al Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch; quien, al disculpar por conducto del actual director de la Biblioteca su ausencia involuntaria de la reunion en casa de los duques, había manifestado al príncipe de los ingenios cuánto lamentaba no saludarle y abrazarle tan pronto como quisiera. Don Cucufate enteró menudamente á su huésped de quién era Hartzenbusch, y de qué lugar ocupaba en la moderna literatura española.

Díjole tambien cuán admirador era de sus trabajos todos, y en particular del *Ingenioso hidalgo*, y aseguróle por fin saber de buena tinta que, despues de haber dedicado tantas horas de las preciosísimas de su vida á ilustrar, comentar, interpretar y reimprimir el *Quijote* (muy de otra manera que la gentecilla del Congreso cervántico y otros de su jaez), la única preocupacion del respetable y laborioso literato era aumentar el caudal, ya un sí es no es crecido, de sus notas á la inmortal novela.

Apénas amaneció, y deseoso Cervántes de presen-

tarse á su ilustre compañero conociendo alguna de sus obras, encargó á D. Cucufate la adquisicion de un ejemplar de *Los amantes de Teruel* (la primera del autor), con objeto de que se la leyese miéntras lo afeitaban, se lavaba y emprendía nuevamente la para él difícil tarea de vestirse á la moda.

Sucedió, pues, que habiéndose echado á la calle D. Cucufate y habiéndose dirigido á los puestos de libros viejos ántes que á las librerías (acaso más por innato instinto de bibliófilo que por natural espíritu de prudencia), topó el catalan con la primera edicion de uno de los mejores dramas del presente siglo, y esa fué la que al poco rato de la matutina y feliz expedicion hojeaba Cervántes sentado en una fementida silla, y abandonada la noble cabeza á los dedos pecadores del mejor barbero del distrito.

Y no fué, por cierto, de las sorpresas más grandes que debía recibir Cervántes en su nueva vida el exámen de las impresiones que, de ordinario, se hacen ahora. Los tipos no le llamaron demasiado la atención, las cubiertas le parecieron pobres y débiles, la tinta no muy buena, y el papel rematadamente malo.

Comenzó la lectura D. Cucufate, y aunque el pobre hombre leyó el drama lo peor que supo, la armonía de los versos, lo creciente del interes, la ternura y arrebató de las frases, la novedad y hábil disposicion de las situaciones hicieron á Cervántes pegar más de un brinco en la silla, y disculparon más de un rasguño de los que el colega de maese Nicolás sabía propinar á sus parroquianos sin ayuda de vecino.

Llegó lo de:

«Tuya fuí, tuya soy, en pos del tuyo  
mi enamorado espíritu se lanza,»

y ya tiraba Cervántes de Miralpux para que le llevase á casa del Sr. D. Juan; tal prisa se había dado á vestirse y tales ganas sentía de conocerle personalmente.

Plantáronse resucitador y resucitado en el número 13 de la calle de Leganitos, donde con decorosa modestia y gozando de *argentina* medianía (no me resuelvo á decir *áurea*) vive aún para contento de sus amigos, de cuantos han leído sus obras, de todos los españoles, el que llegó á ser tanto, y debe cuanto es á la claridad de su inteligencia y á la fuerza de su voluntad.

Abrió la puerta á la madrugadora visita una anciana que por su porte y aspecto traía involuntariamente á la memoria aquella ama de llaves de *Los españoles pintados por sí mismos*, y sin negar á su amo, dijo á Cervántes y Miralpux que D. Juan no podía recibirlos á causa de hallarse almorzando en aquel momento. D. Cucufate sacó la tarjeta de su parroquiano (que había logrado recobrar), escribió en ella un par de renglones, y dicho se está que á los tres segundos las alteradas voces del dueño de la casa condujeron como por la mano á su gabinete al hijo de Reus y al de Alcalá de Henares.

D. Juan tendía los brazos hácia la puerta, trataba en vano de mover las piernas, y lloraba como un niño, de emoción y de alegría. Pronto estuvo estrechamente abrazado con Cervántes; con Cervántes que, acabando de oír *Los amantes de Teruel* y llevando en la

imaginación un retrato harto distinto del poeta, no atinaba á explicarse cómo en aquel cuerpo tan flaco y endeble tenía alojamiento espíritu tan fecundo y poderoso.

Pero, tras ser tan pequeño de cuerpo, D. Juan no cabía en sí de regocijo y vanidad. Entre sollozos y suspiros, con habla difícil y entrecortada, juró y perjuró á Cervántes que su visita no le producía menor emoción que la del emperador del Brasil recibida algunos años ántes, porque (son palabras de don Juan) si aquel «era D. Pedro II, Cervántes era *D. Miguel único*, y tanto valía el uno como el otro.»

Sentáronse, ya algo más sosegados, y charlaron largo y tendido. D. Juan mostró á Cervántes un ejemplar del *Quijote* abierto sobre el bufete y lleno de registros por casi todas sus páginas. También le hizo notar una amplia caja de carton, repleta de hojas de papel que eran otras tantas notas al *Quijote*.

Mostró deseos Cervántes de conocer algunas, y leióle D. Juan más de veinte que había escrito aquella mañana misma entre el chocolate y el almuerzo. Pasado quedó Cervántes de la erudición, del ingenio y buena fe que todas ellas revelaban, y no dejó de costarle algun trabajillo medio convencer á Hartzenbusch de que «no todo el monte era orégano,» de que por desgracia suya (de Cervántes) había todavía más bondad en el comentador que perfeccion en la obra comentada.

—No me niegue V. (decía D. Juan muy acalorado) que V. no pudo decir que D. Quijote rezó en Sierra-Morena un millon de Ave-Marías. No me lo niegue V. Usted dijo cien Ave-Marías, y es cantidad

razonable para un hombre sin juicio ni pensamiento quieto.

—Pues, Sr. D. Juan (replicaba Cervántes sonriéndose y dando sendas palmaditas en los hombros del amable anciano), yo no podría decirlo, pero lo dije, y ahí tiene ya vuesa merced un mérito más grande que el que en mí supone vuesa merced.

—*Usted, usted* y no *vuesa merced*, corregía Hartzzenbusch devolviendo la sonrisa y las palmaditas á su interlocutor. A cada época le conviene su propio lenguaje: ya no se dice «vuesa merced» sino «usted» y sólo «usted». ¿Está V.?

—Es que yo no acabo de saber lo que es *usted*, respondía Cervantes.

Y D. Juan le daba la chistosísima y exacta explicación que de ello hace el marqués de Villena en *La redoma encantada*, y el diálogo seguía á cada instante más animado y cordial.

Entre otra porción de cosas, habló Cervántes de la impresión que *Los amantes de Teruel* le habían producido.

—¿Qué edición conoce V? preguntó Hartzzenbusch algo sobresaltado.

—Héla aquí; contestó Cervántes sacando del pecho la comedia.

Inspeccionóla D. Juan, alborotóse todo, corrió á un armario de libros, tomó de allí un ejemplar de la cuarta ó quinta edición de su famoso drama, y alargóselo á Cervántes diciéndole:

—Aquí están *Los amantes* ménos mal que como V. los ha leído: olvide V. aquello... y no se fije en esto demasiado.

Cervántes prometió leer el drama en su nueva forma, mostrándose temeroso de que, siendo la obra inmejorable y habiendo sido variada, gustándole mucho la segunda lectura, le gustase un poco ménos que la primera.

Puesto ya en pié para irse, reparó en una fotografía que tiene D. Juan del supuesto retrato de Cervántes, encontrado entre otras pinturas pertenecientes á la congregacion de Padres Redentores de cautivos. Allí se ve un hombre de presencia bastante vulgar, asido á un remo y metido en una lancha; hombre que algunos han determinado que sea Cervántes para que el cuadro no resulte completamente inclusero.

—¿Quién es ese del chambergo, Sr. D. Juan? preguntó el autor del *Quijote* tomando la chistera.

—Ese dicen que sois vos, contestó Hartzenbusch con cierto retintín.

—Bien dicen que nos conocemos, replicó Cervántes.

Y salió despues de hacerse él, D. Cucufate y el amo de la casa toda suerte de ofrecimientos y cumplidos.

## XVI.

Pero dejemos á Cervántes almorzando en el regio alcázar, obsequiadísimo por un Rey y una Princesa artistas de corazon, y digamos algo del negocio que había hecho el farmacéutico catalan con el descubrimiento de su bálsamo maravilloso.

El negocio no fué en la práctica tan pingüe, ni aún la mitad, como él se lo imaginaba en sueños. No lle-

vaba tampoco camino de llegar á serlo, al paso que iban las cosas.

D. Cucufate tenía grandes esperanzas de que los partidos políticos le dieran á ganar un sin fin de dinero, comprándole por lo que él se dejara pedir la resurreccion de los más eminentes repúblicos.

Cánovas (*monologuizaba* el incauto Miralpux) será capaz de vender la librería de su casa de la calle de Fuencarral por ver á D. Leopoldo O'Donell tan vivo como él, sano y colorado como una manzana y en disposicion de formar ministerio. Radicales y progresistas de todos los colores, matices y tonos darán un ojo de la cara por la segunda parte de D. Juan Prim y Prats. El partido moderado llegará hasta ponerse de acuerdo y hasta á cotizarse y dar dinero por una nueva salida del duque de Valencia...

Esto decía el catalan allá para sus adentros en catalan archi-perfectísimo; pero todo ello no pasaba de ser *un decir*.

Los partidos políticos, nacionales y extranjeros, admiran á sus grandes hombres, respetan, así que les ven cerrar el ojo, á los mismos jefes ilustres de un partido contrario; sin embargo, su respeto y admiracion «se despiden en el cementerio,» como rezan las papeletas mortuorias, y el personaje que llega á ser cabeza de raton, ya que no otra cosa, dentro de una agrupacion cualquiera, cree de bonísima fe hacer más que podría hacer nadie en provecho de la patria, y no echa de ménos á nadie, vivo, muerto ó por morir. El que no se creyera bastante para dar á su país la felicidad que algunos pretenden que no acabamos de alcanzar, llegaría en un raptó de amargura á levantarse la tapa

llamada de los sesos. Y ninguno se la levanta; todos los conservan á buen recaudo, y siguen tan buenos y tan gordos.

Alguno que otro llegó á desear la muerte de algun politicon ya machucho y medio chiflado, con el noble propósito de resucitarlo nuevo y flamante; pero las cosas no pasaron de ahí.

Trascurrieron dias, semanas y algun mesecillo que otro, y ni Cánovas, ni Sagasta, ni Mártos, ni Moyano dijeron: «Esta boca es mía.»

Cautelosamente, y como quien propone un negocio no del todo limpio, se acercaron á Miralpux algunas sociedades industriales pidiéndole y asegurándole que se le pagarían bien las resurrecciones de los niños de Écija, de Candelas y otros célebres tomadores del dos y de cuanto se les pusiera por delante. No porque hoy dia falten, gracias á Dios, figuras respetabilísimas en ese ramo del comercio, sino porque los *hombres de mal* han estado siempre más unidos en España que los hombres de bien y han hecho mayor número de sacrificios en favor de su causa.

D. Cucufate rechazó con indignacion semejantes proposiciones, confiando en que su honradez y rectitud serían recompensadas hoy, mañana ó pasado.

Su casa estaba de ordinario bastante favorecida por hijos y sobrinos pobres de solemnidad, que habían perdido á sus padres y tios, y que, privados única y exclusivamente del afecto de aquellos queridos seres, pedían por los clavos de Cristo una botellita del bálsamo vivificador. Pero D. Cucufate no pensó nunca en vender por esos clavos, ni por clavos de ninguna espe-

cie, lo que tantos sudores y fatigas le había costado descubrir, componer, probar y acreditar.

Las familias que tenían una carga en el difunto, y quizá por eso sentían de corazón su ausencia; los amantes separados de la mitad de su alma; las personas libres de todo interés en sus afectos, solían andar mal de intereses, y pedían el bálsamo por caridad á quien profesaba y practicaba con fervor la máxima evangélica de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

A más de una viuda encerradita en su casa y en la iglesia, metida á perpetuidad en su severo traje de luto como clarinete de murga en su funda de percal negro, sin querer oír hablar, no ya de segundas nupcias, pero ni aún de hombre nacido, conoció Miralpux y propúsole resucitarle el difunto á precio razonable. Todas parecían haberse puesto de acuerdo para responder con las mismas palabras:

—«Ay, no, señor : lo he pensado despacio y... mejor está allí. En esta vida no le esperarían más que desengaños.»

Y ¿quién nos responde de que las viudas no decían una verdad como una casa?

Todo esto sin enumerar una dificultad mayor, que surgió de pronto y acabó de dar al traste con las últimas ilusiones que se había hecho Miralpux de vivir á costa de las vidas ajenas.

Él no se descuidó en pedir privilegio de invención autorizado de todos los requisitos necesarios. La autoridad civil no oponía obstáculo ninguno al aumento de población que iba á entrársele por las puertas, y el ayuntamiento dispuso la suspensión de las

obras en los nuevos cementerios, acometidas con tanta actividad como exigía la salubridad pública ya hacía bastantes años; pero la autoridad eclesiástica veía el asunto de muy diferente manera y distaba muchísimo de prestar al nuevo adelanto su valioso concurso.

Para ello no dejaba de tener sus razones. En primer lugar (esto salta á la vista), D. Cucufate quería nada ménos que enmendar la plana á Dios: Dios ha dispuesto que el hombre muera, y ha manifestado su decidida voluntad con alguna frecuencia y energía. Resucitar los muertos era marchar decididamente contra la voluntad suprema, y como recogerle para el día de mañana uno de sus principales atributos. Sobre esta interesante materia escribieron los periódicos ultramontanos artículos dignos de imprimirse en letras de oro.

Algunos sabios prelados, algunos sacerdotes discretos, ilustrados y virtuosos, trataron de oponerse al eficaz torrente de la tontería; pero ¿cuándo los más han podido con los ménos? Ellos llegaron hasta á combatir en favor del adelanto novísimo. No obstante, «vinieron los sarracenos y los molieron á palos.» Clérigo de misa y olla hubo, periodista de la comunión de las ruedas de molino apareció por esos trigos de Dios, que afirmaron en el púlpito y en la prensa que el muerto que *se dejase* resucitar debía incurrir, incurría desde luego (ellos lo aseguraban) en excomunión mayor, y debía ser quemado vivo, sin perjuicio de aventar sus cenizas.

Alguna que otra escuela filosófica tampoco miraba con buenos ojos la fortuna del tal invento, y trabajaba en su daño todo lo que podía. Los materialis-

tas se contentaron con negar el hecho: la materia se destruye, no hay más alma que la materia, y la aparición de Cervántes no era otra cosa que una ilusión enfermiza causada por la descomposición y putrefacción general de la materia de todo bicho viviente. Pestes decían los materialistas del pobre boticario.

Pero los que más le odiaban, los que peor guerra le hacían eran sus colegas y los alcahuetes de sus colegas; los médicos quiero decir. Después de haberse las ingeniado para que el gobierno les pidiese informe, declararon que la resurrección de los muertos era nociva para la salubridad del mundo de los vivos veteranos; sostuvieron que el bálsamo de D. Cucufate sólo resucitaba á medias, y que cada persona salida de un cementerio repartiría una cantidad de miasmas capaces de atacar del cólera á todo el globo terráqueo... Sólo cejaron algún tanto médicos y boticarios en sus furibundos ataques cuando Miralpux les dijo, en confianza, que los resucitados quedaban en aptitud de volverse á morir al cabo de algún tiempo; que podrían hacer doble gasto de píldoras y brebajes, y que una persona con más de una vida se prestaba á ser enviada al otro barrio más de una vez, como cualquier *simple mortal*.

En vista de lo que queda dicho y de lo que queda por decir, el gobierno dispuso la formación de un expediente, y el negocio comenzó á dormir el sueño de los justos; sueño del que ni el mismo bálsamo del pobre catalán hubiera podido arrancarle; sueño que duró algunos años más que los que iba á vivir Miguel de Cervántes Saavedra, único período de tiempo interesante para los lectores de esta verdadera historia.

Resolvióse, pues, D. Cucufate á resucitar barato y en secreto; á *levantar muertos* como ya lo hizo en la calle de Cantarranas, ni más ni ménos que otros los levantan en otras calles más céntricas y concurridas de la villa y corte de Madrid. De cuando en cuando veían luz los transeuntes á través de las vidrieras de la casa de Miralpux; pero los polizontes no veían palabra...—segun malas lenguas, porque el boticario catalan había llevado su abnegacion científica y su amor á la humanidad, hasta el punto de dar otra clase de *luz* muy distinta de la que á través de las vidrieras de su casa veían los transeuntes.

## XVII.

Miralpux comenzó á considerar como norte de su negocio la idea de explotar á Cervántes; de ir, poco á poco, viviendo á costa suya, y de tener parte en las fabulosas ganancias que sus trabajos literarios habían de rendirle.

De emprender esos trabajos no era aún sazón oportuna. Bien se le alcanzaba á D. Cucufate que el estado mental de Cervántes, por efecto de su brusca reaparicion en este valle de lágrimas, no le consentía aceptar las mil ventajosísimas proposiciones que le hacían diariamente infinitos editores *del reino* y *extranjero*. El autor de *La tia fingida* y *El celoso extremeño*, de tantas obras en que la práctica y conocimiento del mundo rebosa y hasta rebasa, no pasaba al presente de ser un escritor principiante, y tan á oscuras de los usos y costumbres de nuestra época, que,

de no dilatarse algun tiempo la publicacion de su primer libro, éste había de pecar de candoroso, como otros que escribió años atras dicen algunos si pecaban ó no pecaban de intencionados y primaverales.

Cervántes necesitaba, ántes de volver á coger su gloriosa pluma, vivir, observar, leer; en una palabra, vestir su entendimiento á la última moda, de igual manera que á la última moda se había vestido el cuerpo.

Miralpux era hombre harto listo para no comprenderlo así. Resolvió tener paciencia, y dedicóse á colocar á su pupilo en condiciones de ser útil á sí propio, á la patria, y á la persona que lo había puesto como nuevo.

Cervántes estaba de acuerdo con su padre *adoptífero*, y empezó á darse unos atracones de lectura que hicieron entrar en cuidado al mismo Miralpux, celoso siempre de una vida y de una salud que valían tanto. No salía de su casa, donde lo mismo D. Cayetano Rosell que D. Manuel Zarco del Valle, dignos directores de las bibliotecas Nacional y Real, le ponían todas aquellas obras de que le daban noticia y él manifestaba deseos de conocer. La curiosidad de verle aumentábase cada dia; pero ni él ni el prudente boticario iban perdiendo nada en ello.

Cervántes gozaba, como compensacion de su enojoso aunque voluntario retiro, del mayor bien que debía á su resurreccion: de la gloria sólo concedida por la posteridad á los grandes hombres; del único galardón del genio, no alcanzado hasta él en este mundo miserable, sino cuando la muerte pone fin á

las amarguras con que el vulgo se venga de los entendimientos superiores.

Persiguen un ideal desde los albores de su juventud; sufren lo que ellos saben y lo que nosotros presumimos adivinar; vislumbran los primeros resplandores de la fama eterna... y mueren, y compran el descanso con la pérdida de lo que pudo darles bríos para padecer y luchar.

La relacion, el apunte á la ligera de lo leído por Cervántes de la primera embestida, formaría un tomo. No leía, devoraba; y, á pesar de semejante precipitacion, sobre todo formaba juicio atinado y completo aquel entendimiento sin segundo.

Estimó obligacion sagrada, y la cumplió desde luégo, enterarse en primer lugar de las vicisitudes por que había pasado su país en un paréntesis de muy cerca de tres siglos. Entristeciése al saber cuán rápidamente perdió España sus conquistas y su influencia, compradas á costa de tanta y tan preciosa sangre; produjéronle vergüenza muchos reinados, y consuelo algunos pocos; hizo latir casi á la vez de rabia y de entusiasmo su corazon nobilísimo la guerra de la Independencia; y al llegar á otros pasajes más modernos de nuestra historia, se sintió capaz de dar la mano derecha, y la izquierda tambien, á tenerla sana, por haberse encontrado con O'Donnell en África y con Mendez Nuñez en el Callao. Forzoso le fué limitarse á hacer firme propósito de depositar cuantos laureles conquistase en sus futuras campañas literarias al pié de los magníficos monumentos que no habría dejado de levantar la patria agradecida á los que hasta tal punto supieron enaltecerla y honrarla.

De la historia pasó á la literatura sin detenerse un instante; y como era natural en un novelista, empezó por leerse cuantas novelas pudo haber á las manos. Las que le gustaron más fueron: *Gil Blas de Santillana*, prenda literaria hábilmente zurcida por el sastre frances M. Lesage con retazos de buen paño español; *Fray Gerundio de Campazas*, del Padre Isla; *Élia*, *Simon verde* y *Vulgaridad y Nobleza* de Fernan-Caballero; algunas de las que en su primera época compuso Fernandez y Gonzalez; y entre otras varias de ilustres ingenios, *Pepita Jimenez*, *Las ilusiones del doctor Faustino*, *El comendador Mendoza* y *Doña Luz*, de D. Juan Valera.

Admiró el manco sano en este inimitable escritor su estilo propio, natural y elegantísimo á la vez, limpio, claro y brillante, como las tersas aguas de apacible lago que lo mismo transparentan las últimas piedrecillas del profundo cauce, que los árboles, plantas y flores de la próxima ribera, ó las lejanas estrellas de la celeste bóveda. Su amenidad nunca frívola, su ciencia jamás empalagosa, su sal siempre fina y abundante, le encantaron en él, creyendo sinceramente que era el insigne académico uno de los pocos escritores á quienes sólo puede apreciarse en cuanto valen, colocados público y crítica á alguna distancia de ellos.

*El sombrero de tres picos*, de Alarcon, los cuentos deliciosos de Bremon y de Trueba, *La Fontana de oro*, *El audaz* y *Doña Perfecta*, de Perez Galdós, le agradaron mucho tambien; y encontrándose entre tanta y tanta novela con más de una edicion de su *Don Quijote de la Mancha*, volvió á leerlo y á reir sus propias ocurrencias, y á convenir consigo mismo en que,

aparte del *Persiles y Segismunda* (dijeran lo que quisieran), no había él escrito nada mejor.

La lectura del *Quijote* engendró en Cervántes un natural deseo de conocer cuanto sobre él se había dicho despues de su muerte; y agradeciendo de corazon lo que Pellicer, Navarrete, Morán y los hermanos Fernandez-Guerra habían trabajado para dejar á salvo su merecida fama de hombre de bien, y el precioso párrafo que Rosell le dedica en su notable *Reseña histórica de la batalla de Lepanto*, no pudo ménos de reirse, áun más alborotadamente que con el *Quijote*, con los comentarios del *Quijote* hechos por algunas personas de cuyo nombre no quiero acordarme.

Entre otras obras en prosa, las *Póstumas*, de Moratin, los artículos de *Figaro*, las cartas literarias de Gallardo, los escritos de Baralt y de Gonzalez Pedroso, el admirable libro sobre *Ruiç de Alarcon*, de D. Luis Fernandez-Guerra, lo que iba publicado de los *Principios del teatro Español*, de Cañete, y los artículos críticos que firmaba *Un aficionado*, le contentaron sobremuera.

Comedias, decidió no leer ninguna por haber creído siempre que las que son buenas en el teatro no valen la mitad leídas, y las que leídas parecen bien, aburren representadas. Y como se proponía verlas todas en escena, no quiso disminuirse el placer ni adelantarse el disgusto.

Mucho halló Cervántes que celebrar en la poesía lírica, que realmente nunca estuvo á mayor altura que en nuestro siglo.

Las composiciones *Á la invencion de la Imprenta*, *El Dos de Mayo*, *A la muerte de Felipe II* y *Á la*

*Agricultura de la zona tórrida*, de Quintana, Gallego, el Duque de Frias, y Andres Bello; las de ambos Moratines, Forner, Melendez, Cienfuegos, Arriaza y Jovellanos; el canto de *la Inmortalidad* en *El Diablo Mundo*, de Espronceda; *El moro expósito* y los *Romances históricos* del Duque de Rivas; el *Raimundo Lulio*, de Nuñez de Arce; la leyenda *Á buen juez mejor testigo* de Zorrilla; ciertas rimas de la Avellaneda y de Campoamor; algunos sentidos rasgos de Gustavo Adolfo Becquer; *La cuna vacía*, de Selgas; el soneto *A Quevedo*, de Palacio; *El invierno*, de Grilo; la *Epístola al conde de Morphi*, de Cañete (acaso la mejor que tenemos en castellano); *La Noche-buena*, de Querol, *El Otoño*, de Campo Arana, *Mi alma y yo*, de José Antonio Paz (1) fueron, entre otras muchas cuyos títulos no tengo ahora tiempo ni humor de descifrar, las poesías que Cervántes puso sobre su cabeza y leyó y releó y tomó en la memoria.

De literatura extranjera conoció y apreció con verdadero deleite la primera parte del Fausto (la segunda no pudo entenderla por más que hizo); *Herman y Dorotea* del mismo Gœthe; las principales poesías de Schiller; el gran poema de Klopstock; las singulares inspiraciones de Tomás Moor y de Byron; *El trompeta de Sackingen*, de Victor Scheffel; *El príncipe moro* de Freillgrath; las mejores novelas de Walter

---

(1) Escritor muerto recientemente y apenas conocido del público. Sus poesías precedidas de un prólogo de mi ilustre y respetable amigo el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, se imprimirán en breve.

Scott, Bulwer, Goldsmith y Cárlos Dickens; *I promessi sposi* de Manzoni; los poemas rebosando sal, grandeza ó dulzura, de Casti, de Monti, de Parini, de Leopardi ó de Metastasio; *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas (obra que pareció á Cervántes un soberbio libro de caballerías) y la asombrosa *Comedia humana* de Honorato Balzac.

No sabía Cervántes palabra de aleman ni de inglés (el francés y el italiano sí los conocía); pero la traduccion de los clásicos alemanes terminada ya por mi amigo Gerardo de la Puente en aquella época y publicada por la casa Perojo, y otra traduccion de los principales autores ingleses, llevada á feliz término por Alcalá Galiano, le sacaron del apuro.

Algo quiso tambien picar en filosofía; y sin duda por no estar aún bastante preparado para esos trotes, apénas pudo entender otra cosa que nuestro Balmes, levantándole tal dolor de cabeza los modernos filósofos de Alemania y el difunto Sanz del Rio, que don Cucufate resolvió no dilatar por más tiempo la presentacion de Cervántes en público, temiendo que si seguía pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio iban á reblandecersele los cascos como á Don Quijote, y todo se lo llevaría la trampa.

El solo anuncio de tan prudente medida habría vuelto loco á Madrid, si Madrid no lo hubiera estado ya á prevencion. La calle del Salitre y sus inmediaciones se llenaron de gente: ni Muley-Abbas, ni la embajada annamita despertaron curiosidad como aquella.

Afortunadamente, Casiano, el empresario de la plaza de toros, invitó á Cervántes para una corrida extraordinaria que se estaba preparando. La seguri-

dad de poder verle en las calles más céntricas y anchas, y en un palco del templo magnífico levantado al arte del toreo por nuestra generacion entusiasta, repartió en distintas direcciones aquel hormiguero humano, apénas pudo leerse al pié de los anuncios de la lidia :

*Miguel de Cervántes honrará esta corrida con su asistencia.*

### XVIII.

Renuncio generosamente á describir la curiosidad, el alborozo y las universales muestras de simpatía que despertó Cervántes en su marcha triunfal al circo taurino.

La modesta carretela alquilada por D. Cucufate echó más de dos horas en llegar á la plaza, y el poeta tomó asiento en su palco cuando el primer espada recogía *la mar* de aplausos al recibir el cuarto Miura.

Apénas lo consintió el frenesí de los admiradores de Lagartijo; apénas fué advertida la presencia de Cervántes, todo el mundo se puso en pié y agitó sombreros, abanicos y pañuelos. D. Cucufate saludó afablemente al ilustrado público, creyendo de buena fe que una gran parte del triunfo le pertenecía de derecho, y un culto y casi general «¡Que baile!» respondió á su cortesía.

El segundo espada, que era hombre de algunas letras, tuvo la finura de brindar el quinto toro á Cer-

vántes; y deseoso Miralpux de que su hombre quedara bien, le alargó con disimulo su petaca de cuero, donde aún había algunos pitillos, para que se la arrojara al diestro. Éste se encaró con la fiera y la citó señalando una estocada *de búten*, pero quiso su mala suerte que saliese arrollado y cogido, y recogido por tres ó cuatro veces fué llevado á la enfermería hecho una lástima.

La fiesta prosiguió sin otra novedad notable, y Cervántes se retiró á su «moderna y lóbrega posada» encantado de la facilidad que para divertirnos continuamos teniendo sus compatriotas, aunque siempre andemos á la cuarta pregunta; sacando de la animacion que presenta la corte en un dia de toros la consoladora seguridad de que si el comer fuera cosa supérflua en vez de ser cosa absolutamente necesaria, no se quedaría nunca sin comer un solo madrileño por pobre y arrancado que estuviera.

Ya lanzado Cervántes á la vida activa que debía serle tan conveniente bajo todos conceptos, visitó cuanto Madrid ofrece de curioso, no dejando de echar un vistazo á la casa de la calle que hoy lleva su nombre, donde él vivió y murió; al busto y á la inscripcion puestos sobre la puerta de entrada, y á la estatua de bronce de la Plaza de las Córtes, obra notable del escultor Solá.

Era Cervántes tan poco vanidoso, que se puso muy hueco con aquellos dos únicos testimonios de consideracion tributados á su memoria despues de tanto y tanto hablar, y lo que es peor, despues de tanto y tanto escribir. Tuvo tambien el buen gusto de ir al lugar ocupado en otro tiempo por la cátedra de su querido

maestro Juan Lopez de Hoyos, y desde allí fué á rezar devotamente unos cuantos *pater-noster* ante las tumbas de sus dos ilustres Mecenas el conde de Lémos, y D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

Todo le sorprendía en la corte, que sólo había visto muy de paso al dirigirse, recién vuelto á la vida, desde el Congreso Cervántico á su casa de huéspedes, y de noche, desde ella al palacio de los duques de Santoña.

Preguntó por el Mentidero, y cuando alguien le dijo que ya era mentidero todo Madrid, sorprendióse al pronto; pero poco á poco fué convenciéndose de la verdad con que le hablaban.

Agradóle sobremanera el lujo de tiendas y cafés, y al pasar por la Carrera de San Jerónimo aceptó de buena gana unos pastelillos de la repostería de Lhardy que le ofrecieron Perico Viluma y otros socios del Veloz-Club plantados á la puerta. Los de Chantilly le gustaron mucho.

La anchura de las calles, la igualdad relativa del empedrado, y el esplendor, relativo tambien, de la iluminación nocturna, sorprendieronle bastante.

Cierto dia fué á una tribuna reservada del Congreso á presenciar la sesion, y pasó un rato sumamente divertido. Discutiáse el acta de un diputado ministerial. Hablaron contra su validez (contra la validez del acta) Castelar, Sagasta y Pidal y Mon. La arrebatadora elocuencia del primero, la argumentacion intencionada del segundo y la fogosa dialéctica del tercero, no dejaron dudar á la Cámara que el nuevo legislador iba á ocupar uno de sus escaños por voluntad respetable, aunque no fuera precisamente la voluntad nacio-

nal. Todos los padres de la patria, sin distincion de opiniones ó situaciones políticas, celebraron y hasta aplaudieron las frases felices, los arranques inspirados, los chistes oportunos de los tres oradores, movidos de un nobilísimo espíritu de imparcialidad, que dejó encantado á Cervántes. Levantóse en esto el Presidente del Consejo (Cánovas del Castillo), y sin detenerse apénas á probar la falsedad de lo sostenido por las oposiciones, pronunció un asombroso discurso, no ménos arrogante y ameno, dirigiendq á todos lados su mirada provocadora, revolviéndose en la tribuna como un leon en la jaula, azotándose el muslo derecho con un corto y flexible junquillo, y conquistando á cada instante bravos y palmadas de amigos y contrarios. Púsose inmediatamente á votacion el acta objeto de aquel rato de conversacion agradable, y sin la menor extrañeza de ninguno de los presentes fué aprobada por inmensa mayoría. La discusion había comenzado á las dos de la tarde de un dia muy nublado, y oscuro como boca de lobo; cuando aún estaba muy léjos de su término, entraron los ugieres, depositaron algunos candelabros en la mesa presidencial, y encendieron el gas de cuantos mecheros hay en el salon: Cervántes no pudo ménos de irse á su casa creyendo á piés juntillas que de la discusion nace la luz.

Sus visitas al Museo de Pinturas, al de Ciencias Naturales, al Arqueológico, á la Armería Real, á lo que debe ver todo forastero (y ¿quién más forastero que Cervántes?), le ocuparon deliciosamente algunas semanas.

Sería enojoso y ridículo seguirle á todas partes y

dar cuenta de todas sus impresiones artísticas; limítmonos á decir que, entre otros, los lienzos sublimes de Velazquez, Murillo y Goya le produjeron transportes de entusiasmo. No acertaba Cervántes á separar sus ojos de los medios puntos de la Academia de San Fernando, de la *Santa Isabel*, del cuadro de las *Lanzas*, del de los *Borrachos*, y del techo de San Antonio de la Florida.

La generalidad de las pinturas sobre asuntos suministrados por sus obras, le indignaba ó hacíale reir: una de las poquísimas que le contentaron fué el pasaje de *La tia fingida*, en que los pinceles de Suarez Llanos supieron robar rasgos y colores á la misma pluma del primer pintor de la naturaleza.

Entre los cuadros de esta última época nada encontró comparable con *El testamento de Isabel la Católica*, de Rosales, y con *Doña Juana la Loca*, de Pradilla.

Cervántes iba casi todas las noches al teatro, convidado siempre por las empresas, en vista de que *daba dinero*, cosa de que él mismo se hacía cruces. Poco á poco fué viendo las mejores obras dramáticas del viejo y del nuevo repertorio; y—á pesar de que algunos literatos y críticos que se acompañaban de él procuraban imbuirle la idea contraria—Cervántes, léjos de encontrar decadente el teatro de nuestros dias, lo juzgó digno de admiracion profunda. *El sí de las niñas*, *Edipo*, *El Trovador*, *Don Álvaro ó la fuerza del sino*, *El hombre de mundo*, *La ley de raza*, *Muérete y verás*, *El tejado de vidrio*, *Lances de honor*, *La ricahembra* y otra porcion de obras, las hallaba Cervántes tan cuajadas de bellezas como las antiguas,

y algo más libres de defectos. Y lo mismo le acontecía respecto de los actores. Decíasele á cada paso:— «Usted echará de ménos á la Jusepa Vaca y á Alonso de Morales, á Juan Rana y á Jerónima de Búrgos, y visto aquello, nada le parecerá bien;»—pero él confesaba ingenuamente que los cómicos de ogaño le parecían mejores que los de antaño, y que no le parecían malejos tampoco los sueldos que ganaban ó pedían. Valero en *El avaro*, Victorino Tamayo en *Un drama nuevo*, Calvo en *La vida es sueño*, Vico en *Consuelo*, Catalina en *El pañuelo blanco*, Mata en *Cid Rodrigo de Vivar*, Mario en *La Carèta verde*, Arderius en *Por un inglés*, Jimenez en *Entre bobos anda el juego* y Fernandez en *Los polvos de la madre Celestina*, no sabía Cervántes cómo ponderarlos. Siento en el alma (y estoy por decir que en el bolsillo) que una pícara  $x$  atravesada en el camino de mis disquisiciones algebráicas, no me permita descifrar el nombre de la gran actriz heredera de Matilde, Teodora y Elisa Boldun, á quien Cervántes aplaudía que se las pelaba.

Muy por bajo de la dramática y de sus intérpretes encontró nuestro poeta al respetable público. En los primeros tiempos de Cervántes se iba al teatro á oír la comedia; en los segundos íbase á no dejarla oír á los pocos que teníamos la extravagancia de querer oirla. Entónces estaba dotado el vulgo, gracias á la atencion constante que dedicaba á su espectáculo favorito, de una especie de paladar literario, de un instintivo buen gusto que le permitía percibir ciertas bellezas de pensamiento y áun de diction, y premiar á los capaces de producirlas. Transcurridos cerca de

tres siglos, lo extravagante más que lo extraordinario, lo inesperado más que lo nuevo, lo reluciente más que lo luminoso, eran las únicas cosas que tenían el necesario privilegio de agradar al vulgo, palabra esta última muy comprensiva y aplicable en opinion del autor del *Quijote*.

El cual no se limitó á ir á los teatros llamados *de verso*, aunque en ellos casi todo sea prosa: fué tambien á la Zarzuela; y la música de la *Marina* de Arrieta, la del *Postillon de la Rioja*, de Oudrid, la de *Pan y toros*, de Barbieri, la de *Los Magyares*, de Gaztambide, y la de *Las nueve de la noche*, de Caballero y Casares, le gustó muchísimo. Fué hasta á los bufos, y ¿querreis creerlo? pasó un rato sumamente entretenido con *La vuelta al mundo* y otras obras *ejusdem furfuris*. Los críticos tremendos que formaban su estado mayor le reprendian esas liviandades artísticas de que nada bueno podía aprender; pero Cervántes contestaba al punto que en todas épocas ha habido farsas de todas clases; que casi siempre tuvieron buena fortuna las bufonadas, y que si no es justo incomodarse con un sermon porque no divierta, ménos lo será desdeñar un pasatiempo porque no aleccione. Cervántes no creía que los bufos habían pervertido el gusto del público; creía simplemente que éste no debería tenerle muy exquisito cuando prefería los bufos á todo, con aficion nacida al par de ellos, y anterior, por lo tanto, á aquella perversion que ni tiempo tuvieron de producir.

Lo que divirtió mucho á Cervántes fueron algunas obras dramáticas en que él hacía de protagonista y hablaba siempre con voz campanuda y estilo extraño

para sus oídos, aunque presentado como imitación del suyo, y en las que adivinaba toda su futura gloria y decía mil desatinos por un quítame allá esas pajas.

—Pero, señor—preguntaba alguna vez, cansado de reír,—¿por qué me presentan esas gentes tan ridículo y apestoso?

—Porque así lo conciben á V. sin duda,—solía replicársele.

—Pues ¡demonio!—exclamaba él montando en cólera—¡que me conciban enhorabuena, pero que no me malparan!

Los ejercicios del Circo ecuestre no eran del gusto de Cervántes. Cuando los caballitos *amaestrados en libertad*, los saltos de aros y cintas y las caídas de los *clowns* (siempre del mismo lado) no producían en él mortal fastidio, los equilibrios peligrosos, los bárbaros alardes de estéril fuerza, las dislocaciones de piernas y brazos le sobresaltaban, le indignaban y le repugnaban, sobre todo en los niños sentenciados á prematura muerte, en las niñas condeadas á perder el pudor ántes de darse cuenta de poseer tal tesoro. Solía decir el poeta que, comparado con espectáculo tan brutal, era civilizador y divertido el de las corridas de toros. En ellas, al fin, se rompe la crisma el que quiere rompérsela, usando libremente de sus derechos individuales.

De mejor gana aceptaba siempre un palco con que solían obsequiarle Robles y Vazquez para sus funciones del Real y sus conciertos del Circo de Rivas. Cervántes se convirtió muy pronto en un verdadero *dilettante*, y no se cansaba de escuchar la Sinfonía Pastoral de Beethoven, la Militar de *Haydn*, las de

nuestro brillante compatriota Marqués, *El barbero de Sevilla*, *Los Puritanos*, *Lucia de Lamermoor*, *Fausto*, *Don Juan* y *La Africana*. En esta última ópera le entusiasmaba todo lo que se oye y se ve en el acto del buque, desde la plegaria hasta el abordaje, y tambien aplaudía con frenesí el precioso preludio instrumental del quinto acto; preludio que siempre arrancaba al boticario la misma exclamacion:

—*An Barslona, al Liseo* es donde hay que oír la *violinada*.

Pero no se crea que Cervántes se limitaba á divertirse y andar siempre de fiesta en fiesta. Él continuaba sus lecturas, aunque con más método y parsimonia que en un principio; y aparte de eso, en paseos y teatros, en comidas y tertulias de todas clases, la observacion perpetua de una sociedad tan distinta de la del siglo xvii, era á la vez pasto y despertador de su espíritu.

Sorprendíale á Cervántes la escasez de desafíos y la multitud de suicidios de que daban cuenta diariamente los papeles públicos, y echábase á pensar que la sangre y la fe andaban un tanto apagadas en sus compatriotas. Descontentábanle las blasfemias que hombres, mujeres, niños... y caballeros de la mejor educacion proferían á todas horas y en todas partes, y no creía buena ni mediana disculpa para tan punible exceso, que los agentes de la autoridad adornasen sus reprensiones con las mismas galas retóricas. No se daba cuenta Cervántes de cómo gastaban tanto en vestir unas mujeres que se vestían tan poco al presentarse de etiqueta; antojábasele, al comparar títulos con personas, que los grandes de España se iban que-

dando chicos; hallaba á los maridos, no más felices, pero sí más resignados y filósofos que cuando él los dejó; á los estudiantes, si no más alegres ni estudiosos, aun más pedantuelos y engreidos; á los poetas, un poco menos sucios de cuerpo y un poco menos ligeros de bolsa, pero un mucho más soberbios y maldicientes.

Cervántes hubiera encontrado excelente la actual organizacion del ejército, á no ser por su única desventaja (que para muchos no lo es) de prestarse con mayor facilidad á la ruina que al amparo de las instituciones que lo crean y en él confían. El nuevo servicio de correos le produjo verdadera sorpresa, y desde luégo comenzó á desear *que funcionara*. Otra clase de invenciones y prodigios, los veía y no los creía. El desarrollo, influencia y fortuna del periodismo llenaron de júbilo á Cervántes, que habría visto en él la mejor defensa de la sociedad, el primer acicate de la justicia, la fuente principal de sensatez y enseñanza para el pueblo, si los periodistas de 1880, salvo cortas y por lo mismo más honrosas excepciones, supiesen transformar el oficio en sacerdocio, la frivolidad en ilustracion, y en buena fe las pasiones mezquinas; si hicieran un fin de lo que por aquel entonces sólo era un medio la mayor parte de las veces... Respecto á lo adelantado en materia de orden público, citaré un solo hecho que explica á maravilla la franca admiracion del hijo de una época ignorante y desdichada, por los últimos adelantos de la policía matritense. Uno de los dias que salió Cervántes de su casa con ánimo de dar un paseo por el Retiro, fué tanta la gente que se aglomeró en torno suyo cuando

pasaba de la Puerta del Sol á la calle de Alcalá, fué tanta y le estrechó de tal manera, que Cervántes temió muy seriamente morir asfixiado á fuerza de admiración y de cariño, y comenzó á dar voces como quien indirectamente pide socorro. El socorro no se hizo esperar; fué algo más oportuno que el famosísimo de Malta. Dos gallardos inspectores del benemérito cuerpo, nunca cual se merece ponderado, oyeron los gritos de Cervántes apenas habría exhalado él cuarenta ú ochenta; rompieron animosos y resueltos por en medio del apiñado gentío, encontraron al que vociferaba (y claro está que daba un escándalo en el punto más céntrico de Madrid), y sin meterse en otras averiguaciones, cogiéronle bonitamente de las solapas de la levita, y dieron con Cervántes en la prevención.

El lector lo habrá adivinado y no hay para qué decirselo: Cervántes era el hombre á la moda en la capital de las Españas.

Las familias más aristocráticas y poderosas se disputaban el honor de sentarlo á su mesa. No había dama, por remilgada y asustadiza que fuese, que no poseyera un ejemplar del *Quijote* lujosamente encuadernado. Algunas llegaron hasta á leerle. El retrato de Cervántes andaba en las cajas de fósforos haciendo *pendant* con los de nuestras primeras ilustraciones contemporáneas en torreo, farmacia, y arte de echar buen pelo. La activa *Correspondencia* y el bien enterado *Imparcial* tenían á sus lectores, ó lo que es lo mismo, á España entera, al corriente de los menores detalles de la vida privada de Cervántes, llegando algún periódico á decir: «Hoy se ha mudado de camisa

el autor del *Quijote*: este rasgo de limpieza interior no necesita comentarios.» El célebre perfumista Frera anunció y vendió como pan bendito un *Rubio Cervántes* que dejaba el cabello y la barba de color de oro; el cocinero de Fornos inventó unos suculentos *entre-cós* en el género de los *chateaubriands*, tan apreciados de los eruditos, y á los pocos días no hubo pollo en Madrid que se retirase á casa de sus papás sin cenar un *Cervántes con patatas*...

—Cervántes, póngame V. algo en el abanico—le decían á coro todas las mujeres bonitas poniéndole los ojos tiernos. Sus frases más insignificantes corrían de boca en boca y se repetían semanas enteras, oyéndose á cada paso:

—¡Ay!—como dijo ayer Cervántes al pisarle el pié un aguador en la calle de Cedaceros.

—¡Qué calor hace hoy!—como acaba de decir Cervántes.

—Bien dice Cervántes, que las cosas están muy malas.

Los lentes empezaron á desterrarse, sustituyéndose por gafas, que es lo que Cervántes había usado siempre, y el afán de imitarle llegó á tal extremo que todo Madrid comenzó á tartamudear de propósito (tartamuleando al fin sin la menor dificultad) no más que porque Cervántes era tartamudo.

Todo el mundo le miraba como un oráculo. No pasaba día sin que le pidiesen un prólogo, ó le disparasen un drama original y en verso. Tan alta idea se tenía de su ilustracion, gracias á los cervantistas de marras, que el autor de un tratado de matemáticas fué á llevarle su obra rogándole que la leyera y se la cor-

rigiera. Cervántes se negó á ello, declarando sencillamente que no entendía palabra en el asunto; el otro le rogó que no se hiciese el chiquito; Cervántes se echó á reír y se mantuvo en sus trece, y el tratadista se marchó al fin diciendo mil tempestades por aquellas escaleras, y asegurando á todo Madrid que Cervántes era el hombre ménos complaciente del mundo.

Espiritistas y francmasones buscaron á Cervántes y, quieras que no, dieron con él en sus tertulias y en sus logias. Los primeros afirmaban que tenía grandes condiciones de *medium vidente*; los segundos le obligaron á despojarse de su nombre y le pusieron Washington, cosas ambas que él encontró sumamente *guasonas*. Pero tales diabluras dijo haciéndose el magnetizado á las primeras rociadas de fluido que le echaban los discípulos de Torres Solanot, tales movimientos imprimió á los veladores parlantes que le arrimaban, tales confesiones hacían, cuando él tomaba el lápiz y se convertía en su intérprete, las personas más formales y finas del otro mundo, y tal risa le dió al encontrarse la noche de su recepcion en el Gran Oriente con su mandil de cuero y su antifaz, y arrojando *la prueba* terrible del muerto de cera, que francmasones y espiritistas dieron el asunto por suficientemente discutido, y le rogaron que les hiciera merced de dejarlos en paz. Y él lo hizo así de buena gana.

Una cosa parecida sucedió á Cervántes con los hombres políticos: todos los partidos se lo disputaban, comprendiendo que un literato de tanto fuste era una proporcion para ellos.

Cada agrupacion se creía con perfecto derecho al usufructo de su celebridad, fundándose en razones

que explicaremos en sazón oportuna; todas ellas decían á una voz: «Cervántes es nuestro»; pero Cervántes que, sin haber degenerado nunca en grosero, no fué jamás hombre político (y así anduvo él de medrado), solía decir: «Yo soy mio» y no soltaba prenda que pudiera comprometerle. Claro está que así le deseaban y consideraban más, y que el mismo Eldua-yen no las tenía todas consigo cuando Cánovas se pasaba cuatro ó cinco horas con Cervántes hablándole de literatura y enseñándole libros de su época, ó le convidaba á sus reuniones de los viernes y prefería la conversacion del verdadero grande hombre á la de tanto moscon como le asediaba por todas partes, zumbando y picando cada cual en la medida de sus fuerzas.

No se hallaba muy conforme Miralpux con aquella resolucion; y en vista de que Cervántes no acababa de empezar á escribir,—bien fuera por temor de hacerlo mal, ó por que no le faltaba qué comer, ó por que real y positivamente le acometía una jaqueca horrible en cuanto D. Cucufate le mostraba el tintero y las cuartillas,—nuestro celebérrimo boticario, que gastaba muy poco en sí mismo y en su sub-huésped, pensó que muchos pocos hacen un mucho; dió en creer que si la invencion del bálsamo no le valía un maravedí, no era justo que le costase un ochavo, y decidió que Cervántes viviese *gratis* miéntras él conseguía vivir á su costa y cobrarse con un interes prudencial los desembolsos efectuados hasta el dia de la fecha.

A este propósito discurrió como él acostumbraba hacerlo en tales casos. La circunstancia de tener todo Madrid fijos los ojos en el insigne poeta, el deseo de verle y hablarle, ó cuando ménos oirle ha-

blar, era causa de que todo sastre sin gran parroquia le echase memoriales para que se vistiese en su casa y poder poner en la muestra: «Fulano de Tal, sastre de Miguel de Cervántes»; de que los dueños de fondas y cafés mirasen con regocijo la entrada en sus establecimientos del hombre que siempre arrastraba tras sí seis ú ocho docenas de personas. Miralpux se acercó á los industriales más interesados en la parroquia de su resucitado; les obligó á rogarle que se la procurara, y despues de manifestarles la imposibilidad de complacer á todos, prometió como un gran favor á un fondista, á un sastre, á un camisero, á un zapatero y á un peluquero, que el poeta se serviría exclusivamente en sus casas, si ellos, á cambio de las ventajas que con eso iban á obtener, alojaban, mantenían, vestían, calzaban y afeitaban *gratis et amore* al uno y al otro, dando al farmacéutico, por vía de corretaje y en pago de la preferencia concedida, una pequeña cantidad mensual.

Durante algun tiempo, hasta que el furor de contemplar á Cervántes se fué gastando á fuerza de satisfacerse, vivieron de ese modo lo más tranquilos y felices del mundo.

Cervántes no salía del café Suizo, de la Iberia, del Imperial, de los saloncillos y bastidores de los teatros, sitios todos donde, según decía él siempre contestando á las amonestaciones de D. Cucufate, estudiaba costumbres literarias, políticas, p'ebeyas, artísticas y mundanales. Sus amigos y compañeros, tanto por la bondad del genio de Cervántes, como por los instintos ó necesidades de su vida anterior, solían ser lo peorcito de cada casa; y en alguna mesa de los

que en otros tiempos eran tabernas ó botillerías, y hoy llevan nombre más decente, en alguna mesa de las que convierten en cátedra de literatura los que jamás tuvieron asomo de ella, donde censuran la ajena laboriosidad los que sólo resultan tolerables porque rara vez hacen algo, y en las cuales, con haber tantos, no hay nunca motivo de pesadumbre tan grande como el bienestar del prójimo, aprendió Cervántes á mirar con desconfianza y antipatía á los hombres de letras de que España ha de estar, andando el tiempo, más vanidosa. Allí oía decir del primero de nuestros críticos y uno de los hombres mejores del mundo; del erudito restaurador de Quevedo, cuyo inagotable saber es como fuente pública donde todos toman y nadie paga; del gran poeta cuya mente se ilumina con el fuego parisimo del corazon; del gran dramático, tan bueno él como sus obras; del gran literato; del gran novelista de nuestra época:

—¿Cañete? Cañete es un pedanton hinchado de vanidad y de soberbia. No sabe una palabra de nada. Fascina y aturde con su manera de hablar y de leer; pero en el fondo es un ignorante que no sabe las cuatro reglas, ni distingue el artículo del pronombre.

—¿Fernandez-Guerra? ¡Bah! Ese es otro por el estilo; que porque ha leído mucho, y tiene muy buena memoria, y recuerda todo lo que lee, se figura que sabe algo.

—¿García Gutierrez? ¡Calle V., hombre! Ese es un sér intratable á quien nadie se puede acercar, porque es tolo pías como los erizos. Su única gracia consiste en haber aprendido á versificar á fuerza de hacer versos.

—¿Tamayo? Un neazo como una casa, un hipocriton, un tunante que, apénas se le ha muerto un criado sevillano que le escribía todos sus dramas y últimamente le obligaba á firmar *Joaquin Estébanez*, no ha vuelto á dar nada al teatro.

—¿Hartzenbusch? Un pobre señor que no gasta otra tinta que la que suda para hacer cualquier cosilla de las suyas. Uno de esos tíos á quienes no tiene uno más remedio que respetar porque son viejos.

—¿Valera? ¡Pchs! Un caballero muy tieso y muy grave porque ha sido embajador, y porque sabe inglés, y alemán, y griego, y no sé cuántas lenguas más, y que va traduciendo artículos y novelas de unos palimpsestos que compró á un indio bravo en uno de sus viajes. La *Pepita Jimenez* es traduccion literal del sanscrito.

Y así sucesivamente. Cervántes tardó en despreciar y en apreciar á unos y á otros lo que tardó en conocerlos y compararlos; y una vez hecha esta operacion sencillísima, empezó á tomar el café en casa, en vista de que le sentaba mejor. Los picaronazos de Guerra, Hartzenbusch y Tamayo le dieron muchos y excelentes libros, y no ménos ni peores consejos, con la perversa idea de que los siguiese y le aprovecharan; el arisco y agrio García Gutierrez le cobró un gran cariño y le animó en todos sus planes de futuros trabajos; Valera le hizo mil visitas, y le aburrió á fuerza de buena conversacion y de leerle cosas preciosísimas; y Cañete abusó de él hasta el punto de convertirse en uno de sus más leales amigos, y el más incansable en ponerlo por las nubes, sobre todo á sus espaldas... lo cual para ciertas gentes es una verdadera cobardía.

## XIX.

Una embajada de escritores extranjeros que vino á España con el exclusivo objeto de visitar á Cervántes y ofrecérsele en todo y por todo, en nombre suyo y de sus distintos soberanos, hizo pensar al Gobierno, ocupado hasta entónces en mayores cosas, que él tambien debería mostrar á aquel hombre, orgullo de propios y asombro de extraños, la estimacion debida á su mérito incomparable.

Seguro el ministerio de que cualquier recompensa acordada produciría el mejor efecto, decidió *correrse*, como vulgarmente se dice, y empezó por anunciar al poeta sus propósitos de obsequiarle, tratando de inquirir primero cuál de los mil obsequios que un gobierno puede hacer á un súbdito sería más del agrado de este venturoso mortal.

La persona encargada de tan delicado interrogatorio preguntó á Cervántes, despues de mil rodeos, alusiones y súplicas de perdon, si preferiría á todo una buena cantidad de metálico que le permitiera vivir desahogado el resto definitivo de sus dias, dedicándose, cómo y cuando mejor le pareciera, á la composicion de las nuevas obras con que seguramente habría de volver á asombrar al mundo. Replicó Cervántes que á lo del metálico se atenía, y que no se hablase más del asunto, porque era inútil. Preguntó el otro si no sería, en cierto modo, humillante para

hombre de tal calibre la recepción del susodicho metálico. Tornó á decir Cervántes que no, que no y que retenó; que lo humillante para él, y para cualquiera, era no tener sobre qué caerse muerto. Bajó las orejas el mensajero, fuése, dió cuenta Cervántes de lo ocurrido al Sr. de Miralpux, y éste, en un vértigo de alegría de que eternamente se arrepiñió despues, le compró aquella tarde un cigarro puro natural del estanco; de los llamados, no de los escogidos. Mas ¡ay! el Gobierno debió creer sin duda que á pesar de las inmejorables disposiciones en que parecía estar el vate ilustre para tomar aquellos cuartos, otra le quedaba en el cuerpo, y resolvió no inferir la menor ofensa á hombre tan altivo y decente.

Se limitó, pues, á nombrarle duque de Casa-Cervántes y marqués del Quijote de una sola plumada, y como quien no quiere la cosa; títulos exentos del pago de lanzas y medias annatas, y que traían consigo el uso del *don* para quien hasta entónces no había tenido otro dón que el de embelesar al mundo.

No paró aquí el rumbo del Gobierno. Por el mismo decreto otorgó á Cervántes la gran cruz de Isabel la Católica, con lo cual llegaba á ser señor excelentísimo quien nunca había pasado de excelente.

Cervántes aceptó la segunda gracia; pero hizo renuncia de la primera en un chistoso memorial, donde decía, entre otras cosas, que a él le bastaba con su apellido; que si comenzaba á mudar nombres, nadie iba á saber quién era; y que un duque esperanzado de pedir limosna, le parecía á él cosa disparatada.

Afortunadamente la gran cruz se le concedió libre de gastos, y sólo tuvo que pagar por el diploma unos

mil quinientos reales, que se vió obligado á adelantarle Miralpux. Pero éste retardó la entrega de aquella cantidad (y se comprende bien) hasta el último día concedido por el reglamento de la Orden; el último día fué á última hora. Llegó tarde y á las pocas semanas aparecía el nombre de Cervántes en la *Gaceta* entre la larga lista de caballeros sin un cuarto agradecidos al propio tiempo que él y por diferentes motivos. Claro es que todo se arregló al fin, y algo mejor que lo de Caparrotá.

En estas y las otras había pasado la canícula, y terminadas las vacaciones de la Real Academia Española, apénas tuvo lugar la primera junta determinaron sus dignos individuos elegir académico de número al Excmo. Sr. D. Miguel de Cervántes Saavedra; honor que halagó mucho á Cervántes, no sólo porque su afición y gratitud á la Academia eran tan grandes como debían serlo, sino porque harto se le alcanzaba á él (cosas hay que no pueden alcanzárseles á todos) que allí están muchos de los mejores literatos de España, que allí se trabaja noblemente y se aprende de continuo, que cada cual entra por algo y á algo, y que los que hoy se ensañan más contra ella son los que más han de pretender mañana uno de sus gloriosos sillones.

Llegó el día de la eleccion solemne, y todos los académicos manifestaban su afan por que en ella se hiciese algo extraordinario, como extraordinaria era ya la eleccion en sí. Hartzenbusch rogó á todos los presentes que la votacion fuese unánime; Castelar pidió que la Academia declarase en sus actas que lo había elegido por ceñirse al reglamento, pero que lo

cierto era que Cervántes se había elegido á sí propio con el mejor libro que tenemos en lengua castellana; Tamayo prometió muy formalmente que el secretario diría todo eso y añadiría de su cosecha que el académico nato iba á limitarse en el día más dichoso para sus nuevos camaradas y constantes discípulos á confirmar su eleccion.

Por desgracia la eleccion fué casi unánime, pero no unánime en absoluto. Dos académicos, ministerial el uno y retrógrado el otro, tenían sus compromisos muy anteriores á la resurreccion de Cervántes, y hombres los dos aún de mayor consecuencia que literatura, votaron valientemente á sus candidatos, no sin pedir primero su vénia al Sr. D. Miguel, quien se la dió al instante y encontró el hecho la cosa más natural del mundo, á diferencia de algunos periodiquillos parlanchines y enredadores.

Cervántes, al verse nombrado académico, empezaba por no saber lo que tenía que llevar á cabo para ocupar su plaza.

Cuando le dijeron que necesitaba escribir un discurso (al cual quisieron contestar todos los académicos, no atreviéndose ninguno á desposeer de tan merecida honra á D. Alejandro Olivan, el más anciano de todos), Cervántes comenzó á entrar en cuidado; pidió los discursos compuestos para otras recepciones, leyó varios apresuradamente, quedó encantado de tanto primor de estilo, tanta limpieza de frase, tanto lujo de erudicion y tanta profundidad de ideas; pero quedóse tambien encogido y acobardado y tamañito, á su parecer parcial y modesto.

—Vaya, vaya,—dijo al fin abandonando la lec-

tura y rompiendo á hablar solo (tan preocupado estaba): yo no sé hacer esto, yo no sé pensar ni menos escribir así, y como esto es lo que hay que hacer, una vez que la Academia no entra en Cervántes, Cervántes no debe entrar en la Académia.

Y diciendo y haciendo tomó el sombrero y fué á ver al secretario de la corporacion. El autor de *La bola de nieve* estaba embutido en su histórica bata, que más parece hábito de fraile á lo Balzac, dando amorosos besos á su pipa y revolviendo veinte ó treinta in folios para hacer la precisa, la exacta, la única definicion de la palabra «chocolate» que le había encomendado la Academia. Cervántes encontraba de enhorabuena al Diccionario, pero de pésame al teatro Español.

No había acabado aún el académico electo de comunicar á Tamayo su idea de perdonar el bollo por el coscorron—la medalla por el discurso, quiero decir,—cuando otro personaje penetró en el revuelto despacho por la puerta de la alcoba que hace de biblioteca. También vestía bata, aunque de colores más fuertes y mefistofélicos que la de Tamayo, encarnada y negra y con despilfarrado vuelo. Era un vecino suyo que escribió en su compañía el hermosísimo drama *La rica hembra*, y que tiene también casa y cargo en la fundacion de Felipe V.

Guerra oyó las últimas palabras de Cervántes, adivinó sin dificultad las primeras, y le dijo con todo el calor de que él es capaz:

—¿Es posible que el autor de los discursos sobre *La edad de oro* y sobre *Las armas y las letras* llegue á proferir blasfemia semejante, y á desconfiar de sí

mismo hasta tal punto? Eso ya es ofender á Dios, señor de Cervántes, y dejarnos á nosotros plantados.

—Pero ¿qué quiere V. que haga, señor mio, si yo no sé hacer lo que se me exige?

Tamayo miraba por encima de las gafas, fumaba, callaba y sonreía á todo; Guerra seguía hablando, á cada palabra con mayor vehemencia.

—De aquí no se nos marcha V. sin darnos palabra de escribir el discurso, de intentarlo por lo ménos. Yo voy á darle á V. el asunto. Tiene V. mil á su disposicion, mil á cual mejor... No le digo á V. que nos conteste á cuantos hemos comentado su obra, porque ya lo hizo de palabra en casa del señor duque; pero sin salirse de lo conocido y trillado para V., puede hacer una porcion de estudios preciosísimos. Haga V., sin ir más léjos, una relacion de sus impresiones al comparar la literatura de ayer y la de hoy, discurrida y narrada como V. sólo sabe hacerlo.

—La idea es oportunísima, apuntó Tamayo.

—Lo es, sin duda; pero yo no soy capaz de desempeñarla, murmuró Cervántes.

—Alguien había de dudarlo en el mundo—replicó Guerra,—y ese alguien no podía ser otro que su modestia, sólo al ingenio de V. comparable.

Y empujándole uno y otro académico hácia la puerta para que pusiera manos á la obra sin pérdida de tiempo, volviöse Cervántes á su casa mohino y melancólico, comprendió que si volvía á pensar lo no iba á escribir el tal discurso en todos los dias de su vida, cogió la pluma por primera vez despues de su regreso á este valle de lágrimas, y aunque era de acero y él estaba acostumbrado á las de ave, tomó tinta,

hizo la señal de la cruz, y comenzó á borrajear cuartillas como quien frie y saca buñuelos con masa á mano y caldera bien preparada.

La facilidad de Cervántes debió ser siempre asombrosa (la simple lectura de sus obras lo acredita) y sus facultades creadoras no se habían enmohecido por el desuso como las antiguas armas del famoso manchego. En otro par de sentadas, y torpe la mano si se compara su viveza con la de la mente, llenó el autor del *Quijote* la cantidad de papel que á su juicio podría leerse sin fatiga y oirse sin enfado (ya dijo él en su *Persiles*: «No hay discurso largo que, aun siendo bueno, lo parezca»), hizo de todo un rollo, y lo envió á la calle de Valverde número 26.

La Academia Española lo esperaba con impaciente ansiedad, y nombrada la comision de tres individuos de su seno que había de examinar y aprobar el discurso, no hubo apénas académico que no quisiera asistir á su primera reunion para conocer la nueva obra de hombre á quien por tan largo tiempo se juzgó imposibilitado de volver á tomar la pluma.

Se leyó el discurso, y la impresion fué enorme. Los gestos aprobatorios, las exclamaciones de entusiasmo, los aplausos que sólo bastaba á contener el afan de no interrumpir ni un instante la deliciosa lectura, fueron innumerables, continuos, simultáneos. Aquello era la legítima fe de vida del regocijo de las musas. Era Cervántes, el de siempre, sin haber perdido con el tiempo ni el más leve de sus encantos. Su estilo, semejante al vino añejo, diríase que con los años había adquirido nuevo vigor, nueva suavidad, nuevo temple y pureza. Llegado el fin, una sola voz dijo: «¡Que

se repita!» Era la voz de todos. La segunda audición del precioso trabajo permitió fijarse en algunos detalles y pormenores á los encargados de su exámen. Obtuvo el mismo éxito que la primera, y ya pedían todos los Académicos que se aprobara en el acto, cuando uno de la comision (cuyo nombre me guardaré muy bien de decir para que no se premie con algun ataque grosero é injusto un rasgo de independiente imparcialidad) tomó la palabra y se expresó en estos términos:

—Poco á poco, señores. Vamos con tiento, que la Academia no debe obrar de ligero en ningun caso, y ménos en uno tan grave como el presente. Yo participo de vuestra admiracion hácia Cervántes y áun hácia la obra suya que se acaba de leer; pero no encuentro oportuna la aprobacion incondicional que quereis darle, y debo declararlo así, explicando las razones en que me fundo, aunque me sea penoso, y por lo mismo que me es penoso.

(Todos los oyentes se miraron unos á otros llenos de sorpresa, y acaso la curiosidad de ver en qué paraba aquella singularísima salida de tono fué lo único que les permitió seguir oyendo á un compañero respetable por su saber, por sus años y por su práctica de las cosas del mundo.)

—Cuidado, señores (prosiguió él sin pararse, como disparada flecha que busca el blanco), cuidado que yo no digo que el discurso de Cervántes sea una cosa mala. Lo que digo, y sostengo, y probaré, es que no tiene nada de discurso académico en la genuina y verdadera acepcion de la palabra, y esto y nada más que esto es lo que para ingresar en ella exige la Aca-

demia á sus vocales. El discurso que acabamos de oír es discretísimo, elegante, original, encantador... pero no del todo castizo. Y para este caso particular, para publicado por una corporación cuyo único encargo consiste en mantener íntegro, sin mácula, sin sombra de ofensa el tesoro de la lengua castellana, fiado á su custodia, de darle limpieza, fijeza y hasta esplendor, un escrito que no sea absolutamente castizo no puede, no debe, señores, ser patrocinado por nosotros, ora salga de la pluma de Cervántes, ora de la del Padre Santo que nos hiciese la merced y el honor de dejar la Santa Sede por una de las nuestras.

A medida que iba hablando el académico disidente, el asombro de los demas se transformaba en seriedad y en atención. El proseguía:

—El discurso, señores, está lleno de incorrecciones, de italianismos, de construcciones que nuestra gramática reprueba, de giros que imitados por alguien darán lugar á merecidas censuras; y si la justicia no es igual para todos, llamadla de otra manera, porque no es justicia. La facilidad, la abundancia, la gallardía del decir, brillan en todas y cada una de las páginas de la última obra de Cervántes; cualidades peregrinas y estimabilísimas sin duda, pero que tienen su premio y su lugar fuera de la Academia. En una palabra, el discurso de Cervántes me enamoraría en un periódico literario, en un libro cualquiera, pero me da miedo en nuestras Memorias. La prensa nos echaría en cara que hoy aprobásemos y enalteciésemos lo que censurábamos ayer, si no en Cervántes, en otros escritores. Los que necesitados de aciertos andan siempre á caza de nuestros descuidos, y cuando no los ha-

llan saben inventarlos, encontrarían ahora gran ocasión de pegarnos una soberana paliza con palo alargado por nosotros. Nosotros quedaríamos en ridículo: esto no es bueno; Cervántes saldría mal parado y malferido de la batalla: esto es todavía peor... y todo esto, ¿por qué, señores?—¿Por qué? ¿Me permitís qué lo diga? ¿Me prometeis no escandalizaros demasiado? Porque hemos hecho, llevados de la mejor intención, un solemne disparate, á que yo he tenido la debilidad de contribuir. Porque Cervántes, ingenio todo espontaneidad, gracia é inspiración, es de los que adivinan, no de los que saben; es de los legos que tienen visiones y llegan á santos, no de los frailes que se meten en la cabeza la biblioteca del convento. Y tales ingenios ¿por qué no se ha de decir la verdad? son inútiles á las academias, y las academias les son perjudiciales á ellos en la mayoría de los casos. Cervántes, ya lo verán ustedes, hará pocas papeletas, y esas no serán gran cosa, para nuestro Diccionario, y cada una privará á la literatura contemporánea de una novela sin igual. Ya lo verán ustedes. Si no hace el diablo que se proponga aprender á sus años lo que hay que estudiar de más joven, y se llena de escrúpulos de monja, pierde su desenfado para escribir, su confianza en sí propio, trata de ser correcto y pulcro y, sin llegar á un linaje de perfección que es acaso la única que le falta, pierde todas las perfecciones que él solo posee en tan alto grado.

Al llegar aquí el anciano, todos comprendían que no dejaba de tener algunos asomos y léjos de razón en cuanto indicaba; pero el apuro de los que habían votado á Cervántes era manifiesto.

Algunos de los presentes llevaron la contraria al preopinante lo mejor que supieron, y afirmaron que, bien fuera por estudio, bien por gracia divina, ello es que Cervántes había puesto el habla castellana en el más alto punto de exactitud y elegancia que se concibe y puede desearse. Contestó el autor del voto particular que la natural adoracion hácia los hombres célebres, privilegio ganado á fuerza de laboriosidad y talento, conduce al fanatismo, tan frecuente en literatura como en religion, y no ménos perjudicial en la una que en la otra, tanto para el que reverencia, como tambien para el objeto reverenciado.

Discutióse largo y tendido y se resolvió al fin, considerándolo el mejor temperamento, exponer francamente á Cervántes algunas de las reflexiones á que había dado origen su discurso, y suplicarle que lo repasara y corrigiera.

La bondad de Cervántes era conocida de todos, pero no por eso ménos difícil la comision. Para no darle carácter oficial, para no herir al académico electo el amor propio que cada hijo de vecino tiene despierto ó adormilado allá en el último rinconcillo del alma, se confirió la embajada á un escritor más viejo que su propio padre, de los más pulcros y aseados en el decir que existieron jamás, y que vivía de las esperanzas de entrar en la Academia como si tuviera hecho contrato con la Muerte de entrar y morirse luégo de buen grado. Ansioso el tal de hacer méritos para con la docta Corporacion, lo condujo todo diplomática y discretísimamente. Fuése á ver á Cervántes, á quien ya conocía y trataba desde que sospechó su entrada en la Academia; hablóle de su discurso, y no

fué menester más para que franca la coyuntura de leer un trabajo inédito, coyuntura que no es capaz de desperdiciar escritor nacido ni resucitado, el mismo Cervántes rogara con su deseo al Sr. D. Perfecto Raspon y Grasilla (que estos eran su nombre y apellidos), haciéndole jurar, y no perjurar, que él por su parte había de decir de *pe* á *pa* y uno tras otro cuantos defectos encontrara en el supradicho discurso.

Prometióse, leyóse, abandonóse el borrador sobre la mesa; quitóse Cervántes las gafas, y mientras las limpiaba con mano algo temblona, preguntó al señor D. Perfecto:

—Conque... ¿qué le ha parecido á V.? Francamente.

—Amigo mio, la verdad por delante: eso es muy bueno, pero tiene más incorrecciones que palabras.

—¿Qué quiere V. decir?

—Traiga V. acá.—¡Vaya una letra, compadre!—¿A quién que tenga los nervios un poco excitables no se le ponen de punta con esto?

—Pues ¿qué es eso?

—Mire V. Dos veces el verbo *estar* en un mismo párrafo...

—Si eso es defecto, fácil es poner otra cosa.

—Y *ausente* y *bonitamente* en catorce palabras. Esta consonancia no se puede sufrir.

—Pegue V. ahí una uñarada para que no se me olvide.

—¡Jesus! ¡Jesus!

—¿Qué le pasa á V.? ¿Se pone V. malo?

—¡Tres veces la preposicion *con* en el espacio de ocho renglones!

—A ver... Es verdad.

—Por esto sí que no paso.

—Pero ¿no ve V. que necesito decir *con* esas tres veces? Lea V. si no: «Con la aparición de Frey Félix Lope de Vega comenzó la verdadera gloria de nuestro teatro: la novedad con que disponía sus fábulas y la pureza de la versificación, explicaban el aplauso unánime con que el público las recibía.» Cuando el *oon* hace falta tres veces ó trescientas, ¿qué se ha de decir?

—Mi querido Cervántes, se dice una cosa que no haga falta, pero que no sea *con*.

—Lo que ménos falta hace ahí es *sin*.

—¡Bueno! Pues diga V. *sin*; en no habiendo repeticiones...

Otras cosas, próximamente de la misma importancia, hizo notar D. Perfecto á Cervántes, y fueron tantas y tan nimias, que agotaron por fin el caudal de paciencia del gran escritor, obligándole á decir:

—Pero, señor mio, ¿no han estado ustedes considerándome hasta ahora como un modelo de buen lenguaje? En libros de retórica, en discursos académicos, en gramáticas y tratados de estética, ¿no se me está citando hace más de dos siglos, copiando páginas enteras del *Quijote* donde á cada paso se hallarán descuidos por el estilo?

—Le diré á V. (contestó muy apurado el señor don Perfecto), cierto que se le citaba á V.; ¿pero quién podía ni imaginar siquiera que V. iba á acudir á la cita?

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Tiene que ver, porque siendo V. un escritor célebre, y célebre con tanto motivo...

—Mil gracias.

—La muerte lo convertía en una autoridad filológica de primera fuerza, fatal, irremediable: decía V. una cosa así ó *asá* y dicha quedaba para *in æternum*; pero resucita V., y (esto es obvio) vuelve V. á estar en aptitud de variar de opinion sobre cuanto se le antoje; puede V. *resellarse* como hablista el dia que le dé la gana. Nosotros advertimos esto y no podemos ménos de pensar: «¡Tate! Antes de aceptar sin exámen todo lo que él diga, es necesario, por lo ménos, que vuelva á dejar de escribir.»

Tanto insistió el magnífico Raspon y Grasilla en que Cervántes debía corregir su discurso, tantas veces insinuó que la Academia vería eso con agrado, que hizo al fin entrar en sospechas á un hombre naturalmente caviloso y no del todo inocente, del verdadero objeto y alcance de aquella visita.

—Usted viene echadizo, amigo Raspon: la Academia encuentra detestable mi obra, y tiene la precaucion de despachar á V. contra mí.

—¡Por Dios, señor de Cervántes!...—exclamó Don Perfecto poniéndose colorado hasta más arriba de las orejas, y echando mano al sombrero como por instinto.

—Pero el caso es que si yo me pongo á pulir mi discurso lo dejaré todavía peor; de lo cual se deduce que ya no puedo seguir más que un camino: renunciar al honor que me han hecho sin saber lo que hacían.

—Señor de Cervántes, ¡por Dios!...—tornaba á ex-

clamar su interlocutor haciéndose un lio, diciendo aún más desatinos que de costumbre, afirmando con sus mismas negativas, despidiéndose apresuradamente, y obstinándose en salir por un espejo: tan aturdido y ciego le tenía el ansia de coger la puerta.

No tardó mucho Cervántes en cogerla á su vez. Fuése en derechura á ver á su íntimo amigo Manuel Cañete, censor de la Academia y presidente de la Junta examinadora de su discurso, quien apenas conoció su firme propósito de renunciar y devolver la honrosísima medalla, aseguró que todos sus compañeros, y él más que ninguno, tomarían á desaire de terminacion tan injusta. Cervántes se brindó á recoger su discurso so pretexto de introducir en él algunas variaciones, á quemar borrador y copia, y á tardar tanto en presentarle corregido, que no hubiera otro remedio que declarar vacante su plaza por informalidad y pigracia intolerables de todo punto. Opuso Cañete á este plan, entre infinitas razones de más peso, que no faltan académicos que llevan años y años sin escribir su discurso, y que no había de ser Cervántes el primero á quien se le cerrase la puerta por tal motivo; pero él afirmaba que no servía para el caso, que lo había mirado bien, y que estaba resuelto á meter la cabeza por allí.

—Pero ¿por qué no sirve V. para el caso? le preguntó el vehemente D. Manuel casi perdiendo los estribos.

—¿Por qué? Porque si ustedes me examinan de gramática, me dan calabazas de seguro. Dias pasados estuve repasando el último texto que han publicado ustedes, y, lo confieso con rubor, yo no sé apenas palabra de todo aquello.

—No sea V. niño; V. tiene demasiado entendimiento para saber la gramática por reglas, como los chicos de la escuela. Esto aparte de que V. tiene la gramática castellana en sí, ni más ni menos que el judío Rostchild sus millones, sin saber lo que tiene, pero poseyéndolo todo. ¿Cree V. ser el primero y el último ejemplo de semejante fenómeno? Pues se engaña V. de medio á medio. Los grandes gramáticos no son siempre los mejores estilistas, y no suele haber poetas más frios y duros que los profesores de retórica y poética, iniciados en todos los misterios, reglas y nombres de la prosodia, la rima y las figuras de dicción. A fuerza de estudio y trabajo puede un naturalista llegar á tener en la punta de la uña la fauna y la flora de todo el mundo conocido, las propiedades y costumbres, los elementos constitutivos y las plagas de cada animal y de cada planta: crear, devolver simplemente la vida á una amapola seca, al más miserable de los insectos, ya es tarea que exige la intervencion de la Divinidad. La facultad de escribir bien se educa y desarrolla, claro está, pero se ha de nacer con ella, ha de ponerla Dios en nosotros, y por eso es la belleza del estilo cosa que se adivina, se siente y se realiza dentro del alma de los grandes escritores como obra de un espíritu superior que allí la crea y allí la abandona, permitiéndoles contemplarla por primera vez cuando él los deja como solitarios y huérfanos. Bellini, el Benjamin de la Música, hubiera salido derrotado en una oposicion á cátedra puesto en terna con un par de mediocres alumnos del Conservatorio que supiesen armonía y contrapunto, sin tener como él una *Norma* en el cere-

bro. Concediendo á V. por un instante ignorancia que en realidad no existe, ¿dónde están, cuáles son esos conocimientos que le impiden á V. ser el primero de los primeros escritores del mundo antiguo y moderno? Vamos á ver.

—Usted dirá lo que quiera—repuso Cervántes,—pero la verdad es que yo sé muy poco para lo que saben hoy hasta los niños de la doctrina. Conozco poquísimos idiomas, y todos á medias; he leído muchos libros, pero no he estudiado ninguna ciencia á fondo... En fin, apénas vuelto al mundo corro á ponerme bajo las banderas de la poesía, y no he leído aún la *Introduccion á la Estética* del aleman Richter, cosa indispensable, segun D. Perfecto, para ser un mediano escritor.

—Señor D. Miguel, con perdon de D. Perfecto, eso no pasa de ser una mamarrachada, una estupidez y una bestialidad perfecta. Ni Homero, ni Virgilio, ni el Dante, ni Milton, ni Camoens leyeron á Richter, y fueron, sin embargo, grandes poetas; Richter, en cambio, los ha leído á todos ellos, y á V. tambien, y no ha sido el estudio de sus obras lo que ménos materiales le ha suministrado para la *Introduccion á la Estética*. Si esa ciencia busca la belleza y aspira á su realizacion, en los escritos de V. se encuentra realizada constantemente.

—El Sr. de Raspon asegura—insistió melancólicamente Cervántes—que necesito aprender griego.

—Más natural y necesario es que el griego le aprenda á V. traduciendo sus obras y enriqueciéndose con nuevos giros y nuevas galas, propias de la lengua de Castilla, ilustrada por el autor del *Quijote*.

A los que acusen á V. de ignorante y poco leído, dígales que, ocupado su cerebro con ideas propias (que mañana serán sabiduría ajena), no hay en él lugar para las de otros. Dígales tambien que la ilustracion que le vaya haciendo falta, V. mismo se la podrá dar cuándo y cómo quisiere, mientras sólo Dios puede darles á ellos (vea V. si hay diferencia) el talento que á V. le concedió. Añada V., parodiando al gran Bálmes, que su entendimiento es fábrica de productos nacionales, y no almacén de mercancías extranjeras; y con decirles todo eso, ya les ha dicho algo que ellos ignoran, por la sencilla razon de que no está en sus libros.

—Yo no sé en qué diablos consiste—repuso Cervantes un poco más animado,—pero yo leo y releo y todo se me borra de la memoria. Espíritu más versátil y distraído que el mio no lo hubo jamás.

—Los hombres de gran imaginacion—observó Cañete,—acostumbrados á producir, á transformar en ideas propias todas las ajenas que llegan á su entendimiento, reciben la instruccion con dificultad suma. Son fuentes que se elevan al cielo de continuo, frescas y abundantes: ¿quién es capaz de introducir más agua en ellas por el mismo caño que rebosa con el propio caudal?

—Todo eso está muy bien; pero yo, harto á pesar mio, estoy convicto de escritor incorrecto y descuidado.

—Sr. D. Miguel—respondió el irrefutable Cañete,—los escritores que tachan y sustituyen y entretrenglonan lo que á la primera vez sale casi siempre bien ó mal, son como esas mujeres viejas y feas que se

hacen la ilusion de que llenas de carmin y albayalde van á pasar por guapas... Cuando no son como algunas niñas del dia más frescas que las rosas de Abril, las cuales, recurriendo á los mismos venenosos afeites, esconden y marchitan su propia juventud lozana. Entre la natural y sencilla elegancia y la pueril escrupulosidad, hay tanta diferencia, tan completa oposicion como entre el bucle bien hecho, suelto y airoso que una mujer luce en la cabeza sin martirizar el dócil cabello, y la sortijilla embandolinada que otra se pega en la sien ó en la frente. Todo lo bello es por naturaleza delicado, y al manosearlo se mancha cuando ménos. Enhorabuena que quien no sabe escribir sin gastar el aceite por arrobas, el papel por quintales, la tinta por carros y la paciencia por toneladas, escriba á costa de sus cejas, de sus uñas y de su sueño; pero el escritor fácil y espontáneo debe tener confianza en la preciosa facultad que Dios le otorgó, porque Dios, segun reza el catecismo, es un Señor infinitamente bueno, que no puede engañarse ni engañarnos. Créame V.: cada cual debe escribir como sienta; pues si el estilo no es copia fiel, no es hijo legítimo de nuestro corazon y de nuestra cabeza, ni es estilo ni es nada. Es una pobre mascarilla de carton que con el calor mismo del rostro se resquebraja y destruye. Yo lamento lo ocurrido en la Academia; yo creo que no hay que tocar al discurso de V.; yo estoy seguro de que V. ha de sernos utilísimo en todas nuestras tareas, y esta noche, como censor, voy á decir en la Academia unas cuantas cosas que sentiría que se me pudrieran en el cuerpo.

Pegó Cañete, al llegar á este punto, un terrible ti-

ron de la campanilla, apareció un mofetudo prójimo con visos de gallego, y díjole alegremente su amo:

—*Pepi*, dile á María que el Sr. de Cervántes se queda á tomar el pienso conmigo; que tenga la bondad de no dejarnos sin comer.

María se portó como suele, y anfitrión y convidado se separaron al cabo de un par de horas, completamente de acuerdo. En una buena mesa está el secreto de la mayor parte de los triunfos diplomáticos; la lógica de Kant ha ayudado á desvanecer ménos convicciones arraigadas que el último tratadillo de cocina.

Convinieron Cervántes y Cañete en que si la Academia proponía una transaccion aceptable, renunciaría el primero á sus propósitos; y aquella misma noche se decidió que dos académicos de número, dos amigos y compañeros de Cervántes, revisaran su trabajo, haciendo en él las correcciones imprescindibles. Nadie quería aceptar comision tan delicada, por lo cual metieron en suerte los nombres de todos, y convínose en que los individuos agraciados no podrían alegar excusa alguna para cumplir su cometido. Fueron éstos dos de los más beneméritos por su ilustracion y buena fe: D. Leopoldo Augusto de Cueto y D. Antonio Arnao. Ambos se limitaron á proponer á Cervántes las enmiendas que consideraban oportunas, y Cervántes las aceptó sin vacilar, con alegría y reconocimiento.

Algo de este pequeño incidente trascendió al público y á la prensa, y uno y otra lo comentaron con su acostumbrada pasion é injusticia. Yo declaro por mi parte que encuentro el hecho fatal y necesario.

La recepcion de Cervántes fué brillantísima, y el

discurso produjo el mejor efecto. En honor de la verdad, como las alteraciones se habían hecho tímidamente y eran pocas, las personas de oído fino y paladar delicado no dejaban de notar algunas desigualdades y desentonos en varios párrafos del discurso. Tenía éste, despues de corregido, algo de esos niños robustos, alegres y traviesos que parecen embarazados para saltar y correr por un traje de piqué blanco como la nieve y excesivamente planchado y almidonado. La verdad es que las obras artísticas no pueden respetarse á medias; hay bellezas postizas que roban á una estatua, á un cuadro ó á una composicion poética lo mejor que tenían en medio de sus imperfecciones: el carácter, la personalidad, el alma de su autor.

Así es que alguno dijo:

—Cervántes no escribe como Cervántes.

Aunque no faltó tampoco quien opinara:

—Este hombre ha adelantado mucho

## XX.

Pasaron algunos meses.

Con semejante barahunda de impresiones artísticas, se resintió por fin la salud de Cervántes y cayó en cama. Suponga el lector, si tanto puede, la desesperacion de Miralpux al considerar como probable el descrédito de su bálsamo, la ruina de sus planes crematísticos, y la pérdida de un hombre á quien él quería mucho, despues de todo.

Porque el mal se presentaba amenazador y embocado. Los primeros espadas de la facultad de medicina visitaron al ilustre doliente, y cada doctor hallaba en él un padecimiento distinto, pero grave. Quién afirmaba que aquello iba á ser un ataque cerebral; quién que tenía trazas de pulmonía; uno iba á curarlo por *gastritis* y otro por tífus, enfermedades tan parecidas todas, que cualquiera es capaz de confundirlas. Reunidos en junta la flor y nata del arte de recetar, un exámen más detenido del rostro de Cervántes, de la horrible fatiga de su garganta y de su pecho, les hizo ponerse de acuerdo y declarar que aquello no era sino un sarampion complicado con su poquito de garrotillo y tos ferina.—Convengamos en que no estuvieron esta vez tan descaminados como otras.—Cervántes pasaba por los achaques inherentes á todo sér de corta edad; pero como su cuerpo era de hombre y no de niño, recibía la obra, no por entregas, sino encuadernada en un solo volúmen, digámoslo así.

En Madrid la impresion y la pena fueron terribles, excedieron el límite de lo racional: en bailes y teatros, en festines y conciertos no se hablaba de otra cosa, y se querían saber los menores detalles de lo ocurrido durante el dia con un interes que llegaba al alma, y que rejuvenecía el corazon de los que siempre hemos hallado á nuestro pueblo un si es no es apático, voluble é indiferente. Dicho se está que los periódicos no perdonaban noticia, por arriesgada de redactar que fuese. El doctor Garrido dijo en sus anuncios y reclamos de *El Imparcial* que Cervántes se moría porque le daba la gana á su amigo Miralpuux, y que

por cinco mil duros lo dejaba él como un ascua de oro. Miralpux deseaba casi que Cervántes volviera á morir, seguro de que sólo lo haría interinamente; de que propinándole de nuevo su bálsamo quedaría como un reloj, sin necesidad de más gastos para él ni molestias para el pobre enfermito. Mi querido amigo el notable artista D. José Nin y Tudó, excelente pintor de fiambres humanos á quien el invento de su compatriota D. Cucufate amenazó en un principio quitar la parroquia, comenzó á rondar la casa del gran poeta apenas supo que estaba de cuidado, anheloso de retratarle muerto, si por desgracia fallecía. En la lista dispuesta en el portal del nuevo domicilio de Cervántes se inscribió infinito número de personas; sólo hubo en Madrid por aquellos tiempos una lista más cuajada de nombres ilustres y de nombres *anónimos* (si me tolerais la redundancia): la lista del torero herido en la célebre corrida que presencié el autor del *Quijote*. ¿Qué mayor prueba de la popularidad de Cervántes?

Como los médicos no sabían qué recetar para aquella verdadera trilogía de enfermedades, temerosos de que un remedio eficaz contra el garrotillo ó la tos ferina *metiera dentro* el sarampion, permanecieron en una actitud expectante (ó lo que es lo mismo, cruzados de brazos), y el poeta se puso bueno á los pocos días. La juventud hace milagros, y Cervántes, á pesar de sus trescientos treinta y tres octubres, estaba hecho un muchacho para todos los trabajos y menesteres de la vida.

Apénas levantado y medio recuperadas las fuerzas, decantada ya en los diversos tonos del bombo y los

platillos la pericia de sus salvadores, mandáronle salir de Madrid aprisa y corriendo con objeto de que el cambio de aires previniera las consecuencias de una recaída, y otros y no ellos tuviesen el honor de extenderle la boleta de alojamiento en el otro barrio.

D. Cucufate puso el grito en el cielo, se mesó las barbas y se mordió los puños ante la sola idea del nuevo gasto; pero alguien le hizo la oportuna reflexión de que habiendo resucitado á Cervántes sin pedirle permiso, tenía el deber de sacrificar á su salud la última peseta. Miralpux sudó y trasudó, consultó muchas noches con la almohada el partido que debía adoptar, y al fin y á la postre se resolvió heroicamente á llevar al Sr. D. Miguel, no sólo á algunos puntos de España de que él fué siempre aficionado y que no visitaba hacía bastante tiempo, sino también á pasar una temporadita nada ménos que en París de Francia. ¿Se puede hacer más?

Pensaba el boticario que Cervántes estaba ya visto hasta la saciedad en la villa y corte, y que los que dan dinero por mirar á Miss Leona hacer presa en un hombre con los dientes, cosa que realizan mil mujeres sin tanto aparato; los que también aflojan la mosca por ver las fieras de Bidel, cuando á cada paso y de balde las vemos mayores, no dejarían de rascarse con gusto el bolsillo por contemplar al manco de Lepanto, al cautivo de Argel, al príncipe de los ingenios.

No crea el lector que pensaba Miralpux aprovecharse de la complacencia de Cervántes hasta el punto de exponerlo en un tenducho de feria «á dos reales la entrada, niños y soldados la mitad.» Ni era ne-

cesario. Aunque la venta declarada ó clandestina del bálsamo no diese el menor provecho, la de retratos de Cervántes y ejemplares del *Quijote* firmados y dedicados por el ilustre ingenio á cada uno de los compradores en particular; algun trozo del *Ingenioso Hidalgo* ó de las *Novelas ejemplares*, leído en público y «por cuanto vos contribuísteis», se entiende; las asistencias á espectáculos de distinto género, previo el cobro á la empresa de una cantidad decente (nada de indecencias á costa del decoro de Cervántes); las visitas de pago que en horas destinadas al efecto hiciesen á nuestro autor algunos extranjeros deseosos de verle y tratarle, ¿no habían de producir á Miralpux más de lo suficiente para enjugar los gastos del viaje y áun todos los que hasta entónces llevaba hechos? Era indudable.

Todo esto, bien se le alcanzaba á D. Cucufate, no se distinguía por lo sublime de la intencion ni por lo delicado de los medios escogidos para ponerlo en planta; pero, justo es decirlo en su elogio, el boticario se propuso desde un principio realizar sus planes económicos con el mayor misterio, y no dar parte de nada á Cervántes para que no se affigiese. No darle parte ni áun del vil metal que se fuera cobrando, producto de manejos poco caballerescos y cuyas consecuencias afrentosas sólo á él, único culpable, correspondía sufrir.

Salió Cervántes de Madrid la misma tarde que, restablecido tambien de sus graves heridas y apto para recibir otras nuevas, volvía á presentarse en la plaza de toros aquel segundo espada que con tan triste suerte brindó un Miura al resucitado, algunos meses atras.

Y fué de notar que á la hora y minuto de subir al tren el poeta—rodeado por cierto de bastante ménos gente que la tarde de la corrida,—miéntras unas cuantas personas le deseaban buen viaje, un pueblo entero furioso de entusiasmo, ébrio de placer (y de vino) palmoteaba y vitoreaba al simpático *diestro* (que no lo había sido del todo la última vez), y le arrojaba blancas palomas y coronas de laurel y oro, justa recompensa del genio en cualquiera de sus manifestaciones.

## XXI.

Parece ser que á Cervántes, aunque ya conocía el mecanismo del ferro-carril y su seguridad habitual, le dió su poquito de asco la subida al wagon. *Castellarito*, el del Congreso Cervántico, que fué á despedirle, le preguntó:

—¡Pero qué! ¿V. no presentía el ferro-carril?

—No, señor, no tenía la menor idea.

—Aunque hubiera resucitado para jurármelo el mismísimo Krausse, no lo habría creído.

El paseo de Cervántes por España fué rápido, y muy agradable para todos los pueblos que recorrió, para el legítimo amor propio del hombre de letras, y para las esperanzas más positivas de su compañero de viaje.

En Alcalá de Henares recordó su niñez; el primer amor en la vida y en el alma, el que á los padres se

profesa; sus diabluras y sus estudios; la primera riña con un hombre; el primer beso robado á una mujer. Grande y legítimo fué su alborozo al saber que la ciudad donde nació dedicaba anualmente veinte mil reales, incluidos en el presupuesto municipal, á la construccion de un monumento en honor suyo.

En Toledo no dejó de echar un vistazo á la posada del Sevillano, todavía en pié; de dedicar un recuerdo á la linda muchacha y á la asquerosa maritornes que le inspiraron las dos asombrosas pinturas de *la linda fregona* y la Argüello. De la primera, ni despues de transcurridos tantos años podía creer Cervántes que no fuese hija de algun caballero principal y rico como D. Pedro de Carriazo; de la segunda aún le pareció tener que vengar celos importunos é inoportunos, halagos y finezas todavía más insufribles.

En Sevilla, donde el gobernador civil D. Adolfo Malats le dió un magnífico banquete y le colmó de obsequios y atenciones, pasó muchos dias de esos que sólo tienen una sombra: la de la noche que les pone término. Allí vivió, creyéndose él mismo un muchacho, entre un entusiasta y juvenil enjambre de inspiradísimos poetas, de los cuales, ya que sea imposible citarlos á todos, no es justo olvidar á D. José Pascual Velarde, que ha de dar gloria á su patria con la pluma como otro Velarde supo dársela con la espada, ni á D. Luis Montoto, cuyos tiernos cantares reunen en milagroso y fecundo consorcio el espontáneo sentir del pueblo y la elegante diction del poeta. Y, luégo, todo allí traía al pensamiento de Cervántes las horas más felices, acaso las únicas completamente felices de su vida anterior. Las zarabandas y folias de Triana;

las serenatas nocturnas; las meriendas en las verdes márgenes del inolvidable Guadalquivir; el teatro de la Montería y el Coliseo, donde tantas veces se representaron con general aplauso *La confusa* y *La cárcel de Sevilla*; la fiesta de San Sebastian en el campo de Tablada; las academias poéticas del duque de Alcalá y del veinticuatro Arguijo; el torneo de San Juan de Alfarache... todo, todo iluminado por esas bienhechoras lámparas que arden perpetuamente en el más recóndito santuario de nuestro espíritu, espléndidas para dar nueva vida al placer; suaves para templar con la blandura de su llama la aspereza del dolor, y que se nombran los recuerdos.

No dejó Cervántes de visitar en Valladolid el hospital de la Resurreccion, donde cierta noche de muy tristes y congojosos sudores creyó oír hablar á los dos célebres perros de Mahudes, Cipion y Berganza.

En Salamanca, y yendo de paso para la famosa Universidad, que ya no es ni sombra de lo que fué otro tiempo, detúvose un buen cuarto de hora en cierta calle y ante cierta casa revocada á la moderna, pero que no veía él entónces por primera vez. En esa casa, cuyos humildes principios fueron nada menos que de *tienda de carne*, había visto el viajero, años atras, una moza de tanto brío, de mirar tan dulce y embelesador, que bien pudo robar el poco juicio que siempre tuvo á un estudiante manchego y mancebo y más amigo del baldeo y rodancho que de Bartolo y Baldo, y hacerle resbalar y caer hasta el despeñadero de casarse con ella, á pesar de las conocidas labores de aguja de la viuda nobilísima del señor D. Juan de Bracamonte.

En Barcelona, ciudad cuya hermosura y grandeza presente le admiró tanto como le satisfizo,—porque de ella, así como de sus cortesés y hospitalarios habitantes, conservaba vivo Cervántes el más cariñoso recuerdo—todo le contentó, todo le llenó la medida del gusto. La hermosura de la Rambla convertida en mercado de flores; la orilla del mar esmaltada de preciosas quintas en que la constancia del hombre ha vencido la esquivez de la tierra, cual firme enamorado comunica al fin su fuego á desdeñosa beldad; las mil fábricas, los mil templos levantados al trabajo, á lo único que á pueblos y á individuos puede dar á la vez gloria y riqueza; los inimitables actores del teatro catalan, y en particular Soler y Fontova; el trato con gente de gran entendimiento, como el periodista Mañé y Flaquer, los eruditos catedráticos D. Manuel Milá y D. Cayetano Vidal y de Valenciano, los autores dramáticos *Serafi Pitarra*, Conrado Roure y Arnau, el notabilísimo pintor escenógrafo D. Francisco Soler y Rovirosa, los hermanos Masriera, los Vallmitjana, Suñol, Oms y mil cosas y personas más cuyo único defecto consistió en hacer fácil la estancia, pero la separacion difícil. Todavía pudo señalar Cervántes á los que de ordinario le acompañaban el lugar ocupado en su primera visita á la ciudad de los Condes por la casa de su amigo D. Antonio Moreno, donde tanta sorpresa y diversion le produjo el ingenioso artificio de una cabeza de las que por aquel entónces se llamaron «encantadas», que no supo resistir al placer de sacarlo á pública y eterna luz en la segunda parte del *Quijote*.

En Barcelona embarcóse para Marsella y fué á Pa-

ris, dando un enorme rodeo por disfrutar del placer de embarcarse—que para él lo sería—y comparar las antiguas galeras con los modernos buques de vapor. Dicho se está que en éstos encontró infinita ventaja. Sólo le preocupó algún tanto un pequeño incidente ocurrido á bordo: cerca ya del puerto reventó la caldera, y cambió en cuartos á una docena de personas que salieron de Barcelona en una sola pieza para mayor comodidad.

Llegó Cervántes á Paris, y entregando una carta que de Madrid llevaba al Sr. D. Meliton Martin, autor del *Pónos*, de la *Filosofía del sentido comun* y de *La Imaginacion*, cuyos libros, tan nobles como bien pensados, apénas se conocen en España, y que vivía en el extranjero escribiendo en frances con la esperanza única de que sus compatriotas le tradujeran para algun folletín, dispúsose á visitar la capital de Francia en compañía de una persona tan fina y bondadosa como ilustrada, que es cuanto se puede encarecer. Apénas se supo en la nueva Babilonia la llegada del gran novelista, alborotáronse todos sus habitantes y nuestro paisano tuvo un *succès* que dejó tamañito al que la estudiantina española alcanzó tres años atras, en 1878. El mariscal Mac-Mahon, la reina Isabel, el marqués de Molins y la redaccion del *Figaro* le dieron bailes y convites; los boulevares, los teatros rebosaban de gente con su presencia; en cuatro dias no se habló en Paris de otra cosa que de Cervántes, y fué menester que la famosa Thérèse estrenara una nueva opereta de Offembach, y que con su cara de fregatriz, con sus bigotes de gendarme, con su voz de ganso y con sus ademanes cancanísticos entusias-

mara á la capital de Francia, para que se calmase del todo el delirio por Cervántes. El cual comía como un lobo en la *Maison Dorée* y en *Befour* convidado por artistas y literatos; en los Duval, en las mesas redondas de á 1 franco 60 céntimos el cubierto, y áun en los *restaurants à la fourchette* para que probase de todo, á costa de su dinero y convidado por D. Cucufate, quien, se lo aseguro al lector, no perdía el tiempo. Un día subió en globo en los Campos Elíseos, ni más ni ménos que D. Cárlos de Borbon, y una noche asistió á Mabile y trabó conocimiento con dos de las más ilustres é ilustradas *cocottes* que acudieron á hablarle, le visitaron al dia siguiente en su propio hotel, *sobornando* á D. Cucufate, y conservaron muy gratos recuerdos del autor del *Quijoté*. Los paseos públicos; los alrededores de una de las más alegres ciudades del mundo; los museos y palacios llenos de preciosidades artísticas; los actores, insufribles en la tragedia y áun en el drama, asombrosos en la comedia, únicos en el repertorio de Molière, autor que encantó á Cervántes y de quien le halagó verse imitado; la elegancia y travesura de las mujeres, entre las cuales hizo alguna conquista ménos vulgar que las arriba mencionadas; el trato con gentes siempre agradables é ingeniosas en su conversacion, traían al grandé hombre como embelesado y aturdido. Los periódicos le dedicaban extensos artículos en que sus autores referían conversaciones fantásticas tenidas con Cervántes. Una de ellas versaba sobre el pueblo español en tiempo de Felipe IV (rey que, como es sabido, no alcanzó nuestro ingenio). Segun el articulista, Cervántes había visto al marqués de Villamediana (era conde,

pero los franceses creyeron justo que ascendiera después de tanto tiempo) haciendo mil desaires y desdenes á la noble y honesta hija de Enrique IV, la buena reina Isabel; suponían que una noche apareció la enamorada señora en casa de *Dom Michel* (este era Cervántes) pidiéndole *su mejor* traje, su guitarra de plata y sus castañuelas de oro, y suplicándole que la acompañara á *bailar* la Pitita debajo de las rejas del marqués, escándalo que dió lugar á que el rey mandase azotar públicamente á su esposa paseándola montada en un burro por la calle de la *Monterra* (que no existía entónces), y dispusiese á toda prisa *el fusilamiento* del marqués de Villamediana.—Victor Hugo, que tenía una chifladura proporcionada á su talento, le escribió la siguiente epístola :

«Señor :  
 Siempre esperé vuestra resurreccion.  
 Sé que habeis llegado.  
 Ya era hora.  
 Me alegro.  
 Los genios son hermanos.  
 Los hermanos son genios.  
 Los genios son genios.  
 Los hermanos son hermanos.  
 Venid.  
 Sin cumplidos.  
 Os recibiré.  
 Os aguardo.  
 Os admiro.  
 Me admiro.  
 VICTOR HUGO.  
 Paris 13 de Agosto de 1881.»

*Dom Michel* se abstuvo de asistir á la cita, no por vanidad, sino por una pasion más disculpable: por miedo.

Dos únicas cosas desagradaron á Cervántes miéntras permaneció en París: el desden con que le hablaban de todo lo referente á España los que siglos atras no sólo nos respetaban y temían por el poder de nuestras armas, sino que nos imitaban y copiaban en costumbres, en modas y en literatura con doble ahinco que ahora solemos imitarlos nosotros; la falta de ideal en todas las esferas del arte frances contemporáneo, que reúne bajo su gloriosa bandera soldados de valor indudable, pero que han olvidado ya, ó no han aprendido todavía, la mágica consigna que debe revelarles su deber y, á la par, el secreto del acierto. Aquella escultura, aquella pintura, aquella literatura sin otro ideal que copiar todo lo que tiene el artista ante los ojos, tal como lo ve y sin poner un átomo de su alma en ello, ni debe ni puede merecer á la historia del arte otra importancia que la que el periodismo merecerá en su dia á la historia de la sociedad presente; la útil, pero árida y fría exactitud del dato; del dato que no suele ser muchas veces sino la verdad calumniada por ella misma, deslumbrando con la absurda lógica del hecho innegable, seguro, patente, pero que nos oculta la intencion como los rostros ocultan los corazones.

La poesía lírica, enfermiza y escéptica; el teatro, vil adulator de los sentidos unas veces, abogado y embellecedor casi siempre del vicio que sucumbe, rara vez de la virtud que se sostiene y triunfa—¡como si el primero necesitara acicates y la segunda descon-

suelos!—la novela haciendo muecas y contorsiones para buscar la novedad y siendo indudablemente más difícil de leer que de escribir, mal podían contentar á Cervántes.

Durante su permanencia en el cerebro de Europa,—como llama á Paris el autor de *Nôtre Dame*,—hicieron al novelista español magníficas proposiciones para que se quedase á escribir allí; pero Miralpux no quiso que los extranjeros explotasen el ingenio de su compatriota. Él y sólo él sería editor de Cervántes.

Don Cucufate no vendió ni una botella del precioso bálsamo: el gobierno frances prohibió terminantemente hasta su anuncio. Y se concibe bien. Cada partido, teniendo en cuenta el culto que en Francia se da á los grandes hombres, pudiera haber resucitado su muerto, cuando no por otra cosa, por el gusto de guillotinarlo á los ocho días, y entre Luis XVI y los revolucionarios del 93, entre Napoleon III y Luis Felipe, entre Thiers y Mac-Mahon (todo sin contar con que el partido de Troppmann resucitase á su jefe), ¿para qué quería más Alemania, digo Francia?

En estas y las otras, empezaron á dejar de venderse *Quijotes* y retratos, de recibirse invitaciones y visitas, y Miralpux determinó irse á otra parte con Cervántes; dar la vuelta á España sin pérdida de tiempo ni de dinero.

## XXII.

Cervántes volvió á España convencido de que los extranjeros no valen más que sus paisanos; de que aquí hay, aparte de las eminencias, entre el vulgo de los míseros mortales, más fantasía, más penetración, más entendimiento (aunque nos esté bien el decirlo); pero volvió convencido, á la vez, de que, con más, hacemos infinitamente menos que otros, por falta de amor al trabajo y por falta de proporcionada recompensa á los pocos que tienen el desinterés de trabajar en un país donde la holganza es un negocio muchas veces, pero la laboriosidad casi ninguna.

La patria recibió á su hijo querido con el mayor júbilo: ya había descansado unos cuantos meses de admirarle, y se hallaba en disposición de comenzar de nuevo. Miralpux, que traía hecha su composición de lugar, repartió las horas de la vida de Cervántes entre el trabajo, sin el cual no podría ganar dinero un hombre como nuestro poeta, y la higiene, escudo de la salud, sin la cual no podría tampoco trabajar todo lo necesario.

Por la mañanita, con la fresca, estudiar y escribir. Al medio día un almuerzo ligero (ya habían vuelto á vivir por su cuenta) y un paseo magnífico. Al gimnasio de M. Guignol: paralelas, la sirena, anillas, barra, pesas, saltos de trampolin y paso gimnástico.

A casa. Otra vueltecita á libros y papeles; comida espléndida siempre que podía irse de servilleta prendida, y al teatro cuando no costaba dinero.

Las publicaciones no se hicieron esperar. Fué la primera una novísima edición del *Quijote* revisada por su autor, salvados todos los que efectivamente eran yerros de imprenta en las anteriores, con comentarios de los comentarios, y llevando al frente una autobiografía de Cervántes. A guisa de epígrafe, se leía en la primera hoja aquel terceto del *Viaje del Parnaso*:

« Yo he dado en *D. Quijote* pasatiempo  
Al pecho melancólico y mohino  
En cualquiera sazón, en todo tiempo.»

Quiso el autor reimprimir ante todo *Los trabajos de Persiles y Segismunda*; pero D. Cucufate, que como es sabido era el editor, se negó terminantemente á una especulacion que le parecía mala, y propuso la otra. Convinieron en partir los productos que rindiese el libro (Miralpux era la equidad misma), y dedicáronse en cuerpo y alma á terminar los preparativos de la edición. Ésta iba á tener salida seguramente, convenía venderla cara, y para ello era preciso que fuese de lujo.

Miralpux, cuando juzgaba infalible un negocio, no tenía inconveniente en poner cuatro para embolsarse cuatrocientos. Era hombre así.

Cervántes encargó las ilustraciones que debían adornar el texto al mismo artista que tan á gusto suyo había interpretado un pasaje de *La tia fingida*, y Suarez Llanos salió de la nueva empresa muy airosamente, como era de esperar. Y no

es fácil la empresa de ilustrar el *Quijote*: en ella fracasó el feliz ilustrador de *La Divina Comedia*, de *El Paraíso Perdido* y de *Les Contes drolatiques*, el gran dibujante Gustavo Doré, cuyas láminas sobre la vida del ingenioso hidalgo hicieron á Cervántes, que tan diversos tipos tenía en la imaginacion, desternillarse de risa. La mayor dificultad estriba en representar con precisos contornos la compleja figura de D. Quijote, que Cervántes dibujó maravillosamente á la pluma. Aquella mezcla de demencia y sensatez; aquel hombre al propio tiempo ridículo y sublime; más que nada, los ojos de D. Quijote, único cristal en que puede transparentarse su espíritu, son cosas difíciles de ofrecerse á nuestros ojos con la viveza y poesía que desde niños las hemos soñado.

Llanos tuvo una idea temeraria, pero feliz. Se inspiró en el rostro, más que en el rostro en los gestos fisonómicos de Cervántes, y sin hacer un retrato suyo ni mucho ménos, presentó el tipo de D. Quijote como una exageracion, como una descomposicion (no tanto como una caricatura) de su propio y verdadero padre. Mejor dicho, Llanos se fingió un hijo de Cervántes flaco y loco, y supo fijar para siempre en una hoja de papel lo que por otros caminos no se ha encontrado hasta hoy dia de la fecha.

Impresos y encuadernados los diez mil volúmenes que se habían tirado de primera intencion (conservando estereotipadas las formas), D. Cucufate, hombre de una época en que se toca el bombo aún más que el piano, en que á fuerza de bombo se venden las obrillas más baladíes y el mejor trabajo literario se queda para pasto de ratones sin el uso de aquel so-

corrido instrumento, empuñó resueltamente la maza y zurróle en términos que se pasmó Garrido, estremeciéronse Brea y Moreno y García de la Rosa, y algún editor de cronicones científicos se reconcomió de envidia.

Decía *La Correspondencia* en su cuarta plana :

### PANACEA UNIVERSAL.

LA VIDA ASEGURADA POR 40 REALES.

*Á la humanidad.*

Hija mía, estás en peligro de muerte. Las preocupaciones, miserias y calamidades de nuestro país acortan la vida del hombre, y la de la mujer y los niños. La causa de todo esto es la tristeza, nada más que la tristeza. El que está triste, duerme poco; el que duerme poco, está débil; el que está débil, pierde el apetito; el que pierde el apetito, no come; el que no come, se muere; y, como es público y notorio, al que se muere lo entierran. Hé aquí lo que tratamos de evitar. Eso no puede evitarse sino comprando la última y magnífica edición de *Don Quijote de la Mancha*, libro compuesto por el Excmo. señor D. Miguel de Cervántes Saavedra, de la Real Academia Española, gran cruz de Isabel la Católica, etc., etc., etc., y publicado por D. Cucufate Miralpux y Ribelles. El que lee el *Quijote*, se rie (y el que lo lee en la edición Miralpux se rie el doble); el que se rie, está contento; el que está contento, duerme tranquilamente; el que duerme tranquilamente, recobra

las fuerzas; el que recobra las fuerzas, tiene buen apetito; el que tiene buen apetito, come... por regla general; el que come, vive, en todos los casos; y al que vive, no lo entierran, como no sea por equivocacion y porque él se haga el muerto. La salud pública estará muy pronto de venta en todas las librerías.»

El *Imparcial*, en un sueltcito próximo á los anuncios teatrales, decía así :

«Alemania se halla conmovida en estos momentos con el asombroso discurso del sabio doctor Schaffskopffänger sobre la cria, mejoramiento y circuncision de los caracoles. Segun el doctor Schaffskopffänger, la mejor edicion del *Quijote* que hasta ahora se ha hecho, y se ha de hacer en adelante, es la que todavía no ha publicado, pero publicará en breve la nueva y acreditada casa editorial de D. Cucufate Miralpux, y que, segun el doctor Schaffskopffänger se venderá en todas las librerías.

*Hechas estas prevenciones*, D. Cucufate trató de hacer otra no ménos conveniente: restablecer á su autor en la propiedad absoluta del *Quijote* para que fuera Cervántes único dueño de imprimir y utilizar su trabajo. La cosa era tan racional, tan lógica, tan justa á todas luces... que no pudo llevarse á efecto. Contestó á Miralpux persona bien enterada que quien ha hecho un libro rompiéndose la cabeza no debe tener los mismos derechos sobre su propiedad que quien hace una casa rompiendo la cabeza á un pobre albañil, pongo por caso; que Cervántes había tardado en resucitar muchos más años de los que un escritor muerto disfruta de los productos de sus obras, segun nuestra ley de propiedad literaria; finalmente, que

por haberse publicado y vendido tantos años há, eran los escritos de Cervántes verdaderos bienes mostrencos, los cuales no podía él reclamar para sí sin lastimar los legítimos y sagrados derechos del primero que pasara por la calle y quisiera darlos á la estampa.

Resucitar á Cervántes fué posible, pero resucitar el sentido comun en nuestra tierra... ¿Se ha muerto acaso? ¿Ha existido jamás?—D. Cucufate sintió el contratiempo, porque pensaba comprar á Cervántes por mil duros (sí señor, por mil duros!), la propiedad absoluta del *Quijote*, y tuvo que ceñirse á comprarle por cuatro mil reales la de la nueva edicion revisada y anotada;—claro está que en absoluto tambien, para toda la vida, sin que nadie fuese dueño jamás de reproducir un párrafo de la biografía, de copiar la más minúscula de las notas, ni aún de corregir la ménos tolerable de las primitivas erratas tal y como la corregía Cervántes. Las cosas, ó hacerlas bien ó no hacerlas.

Publicado el libro, no hay para qué decir que el éxito fué enorme, que se vendieron los diez mil volúmenes, y cuarenta mil más en el mismo año, entre España, el extranjero y Ultramar, y que D. Cucufate se embauló noventa y nueve mil duros como noventa y nueve mil soles, de los cuales justo es descontar los gastos de impresion y administracion, que ascendieron seguramente á diez y seis mil, y un cajon de cigarros habanos que regaló á Cervántes por vía de propina y estímulo, y que no bajaría de seis ú ocho.

Por un artículo del contrato recibió Cervántes cien ejemplares del *Quijote* á cambio de firmar otros

tantos á Miralpux (en el escaso número de los firmados estaba la seguridad de su venta y el alto precio que podía ponerseles). Esperó Cervántes venderlos y aún trató con algun librero que otro; pero aunque los colocó todos, y más que hubiera tenido, no ganó ni medio maravedí. Me explicaré. Reimpresa y puesta á la venta su obra, no hubo en Madrid amigo ni conocido suyo que no le gritase apénas le echaba la vista encima:

—¡Cervántes, que me debe V. un *Quijote*!

Muchos escritores, corteses y rumbosos, le mandaban sus obras suplicándole el cambio; y no faltó alguno de los que el más infeliz y gracioso de nuestros autores dramáticos—Narciso Serra—llamaba *poetitos*, que le enviase su coleccion de versos titulada *Sinsabores prematuros* con una dedicatoria por este estilo:

«Al autor del *Quijote*, su admirador y compañero,  
JOSÉ GARCÍA PEREZ DE RODRIGUEZ FERNANDEZ.»

A lo cual ¿qué había de contestar Cervántes? Cogier un *Quijote* y regalárselo al poetito, despues de escribir en la primera página:

Al autor de *Sinsabores prematuros*, su admirador y compañero, MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

Algunos pretenden descubrir en esa costumbre, puramente nacional, el origen de una sensible desgracia, nacional tambien.

—¡Eso se hace porque aquí no se venden libros!— exclaman muy satisfechos de su penetracion.

Y yo creo, con la vénia de dichos señores, que gran número de ejemplares no se vende precisamente por eso. Ejemplar que no ha costado el dinero, suele esti-

marse en poco; se presta fácilmente; sirve para que lean gratis el libro tres ó cuatro docenas de personas; y, á causa de esa misma existencia azarosa y trashumante, va á parar en la mayoría de los casos á un batillo, donde acaba de perder su crédito y lo adquiere cualquiera poco ménos que de balde.

La crítica puso por las nubes una vez más, y con la misma justicia de siempre, un libro para el cual es inútil buscar elogios. El ex-ministro del Congreso cervántico aprovechó la coyuntura para echar á la calle su *Candil del Quijote*; y á favor de la nueva boga del famoso poema pudo el buen señor decir una porción de desatinos y aún sacar dinero por ellos.

Cervántes se redondeó algo con sus 4.000 rs., pero Miralpux debió ponerse con sus ganancias lo mismo que una bola. Él continuaba, sin embargo, viviendo muy modestamente, y dijeran lo que quisieran los que siempre extrañan que los hombres prosperen con su ingenio ó con el de otros que saben hacer suyo, la verdad es que lo de los milloncejos recabados con la nueva edición del *Quijote* parecía una fábula oriental, un sueño chino, un mito mirmidónico.

Eso sí, á los pocos meses traspasó su botica de Reus, puso casa editorial en Madrid, avisó á la familia valiéndose de un amigo que regresaba á Cataluña, y tendió sus brazos maritales y paternales á la robusta y bondadosa doña Gervasia Ripoll de Miralpux y á los interesantísimos Cucufatita y Gervasito Miralpux y Ripoll.

Segun unos, eso significaba que D. Cucufate era un hombre amante de su hogar; segun otros, lisa y lla-

namente que estaba nadando en oro...—Pero, señor, ¿por qué razon no había de significar una cosa y otra?

## XXIII.

Cervántes, para dejar en libertad al matrimonio y no acabar él de perder la suya, tomó habitacion por cuenta propia; sin que esto quiera decir que sus relaciones con Miralpux se enfriasen en lo más mínimo.

Aunque, harto se le alcanzaba á Cervántes (que nunca fué tonto, ó al ménos no hay noticias de que lo fuese): D. Cucufate lo había explotado de un modo inicuo y las cosas no debían continuar así. Formada esta resolucion inquebrantable, cuando el boticario-editor le apremió para que escribiese una novela nueva, díjole Cervántes sencillamente que ó se la pagaba bien ó la haría para cualquiera de los mil librerros que á cada paso le presentaban proposiciones á cual más seductoras.

Miralpux que, como ya queda demostrado en más de una ocasion, era hombre de mundo y de los que saben sembrar y segar á tiempo, de los que ahorran el ochavo que no ha de producir un cuarto y tiran la talega de que ha de nacer el millon, tuvo un rasgo como suyo, y con él contestó admirablemente á aquella proclamacion de independenciam.

Dos edificios se construían en Madrid por cuenta

de nuestro catalan. Levantaban el primero los jóvenes y ya reputados arquitectos Puente y Navarro. Era una magnífica casa con café, tiendas y habitaciones de alquiler, en la cual se reservaba D. Cucufate, para vivir y tener sus oficinas, uno de los cuartos terceros. La gente que había de ir á visitarle está hecha á subir escalones: los poetas se remontan sobre el mísero suelo en las cuestiones más materiales de la existencia, odian los cuartos bajos y principales, y no pueden vivir sino en las guardillas, ó por lo ménos en los sotabancos. El segundo edificio, trazado y dirigido por Marin Baldo,—el soñador insigne del monumento á Colon y uno de los hombres que más cara han pagado en España la tontería de tener talento,—era un caprichoso palacio árabe con sus dormitorios á la turquesca, su cuarto de baño todo de blanquísimos mármoles revestido; su oratorio en forma de mezquita; su patio adornado de azulejos relucientes y sin que en él faltaran ni los espesos arrayanes, ni los limoneros verdes y dorados, ni la fuentequilla que, oculta entre el follaje y corriendo día y noche, hacía soñar con alguna hermosa esclava que llorase en el fondo del harem los desdenes de un señor tan infiel á ella como al Dios de los Nazarenos. Visitaban esta deleitosa morada, tan simpática á Cervántes por los recuerdos de su juventud, el autor y el editor, esas dos entidades que (no sin excepciones que me congratulo de reconocer) han sido siempre uña y carne, pero carne con uñero y uña con vecindad de panadizo. En todo ponía Cervántes sus ojos codiciosos, y para todo tenía más contemplaciones tristes que francas alabanzas; al fin, y como siempre, movió el cora-

zon á la lengua, y el cautivo de Argel dijo torpemente, segun uso y costumbre de todos los que sienten y desean:

—¡Aquí sí que escribiría yo bien! ¡Aquí sí que se me ocurrirían cosas! ¡Aquí compondría una novela todos los meses!

Júzguese de la sorpresa de Cervántes cuando, apenas lanzada esta exclamacion, Miralpux vino á decirle en su jerga idiosincrásica:

—Pues todo esto es suyo siempre que V. se comprometa á escribir única y exclusivamente para mi casa editorial, que estará publicándole sus obras todo el tiempo que yo tenga á bien conservar ese privilegio, entregando á V. el 60 por 100 íntegro del producto que rindan.

La desconfianza de Cervántes, prudente ayer, resultaba ya injustificada ante proposicion tan halagüeña. Echó los brazos al cuello del liberal D. Cucufate, y aquel mismo dia puso su firma en el contrato que éste le presentó; contrato donde estaban especificados con notable claridad todos los ofrecimientos de Miralpux.

Cervántes se instaló en su palacio, empezó á tomar café servido por una esclava del barrio de las Peñuelas, á fumar en pipa, y á darse la mejor vida que supo con las cantidades que, mediante un interes amistoso, le adelantaba su editor. Tambien pensaba en la novela á ratos perdidos.

## XXIV.

Pero no bastaba pensar; era preciso escribir, y escribir mucho y bien para cumplir los deseos de D. Cucufate, que amenazaba á lo mejor con tirar de los cordones de la bolsa y no soltar un ochavo en tres meses.

Cervántes quería, naturalmente, hacer una cosa buena, que respondiese á lo que se esperaba de él; y el mismo deseo de acertar era la primera rémora de sus buenos propósitos. Parece inverosímil, pero, en su inmensa mayoría, las obras que han de asombrar al mundo las producen los genios con grandísimo descanso y satisfaccion propia, cuando no poco ménos que burla burlando: los partos felices son siempre fáciles, y la gran novela de Cervántes es excelente ejemplo de lo que digo.

Para escribir la nueva empezaba por no ocurrírsele á nuestro autor asunto que *le llenara*: lo que observaba á cada paso en esta sociedad, harto más difícil de sufrir que de conocer, le sugería mil ideas sueltas, pero que necesitaba y no lograba nunca sujetar y amoldar á un fin y cuerpo comun.

Y luégo el posma de D. Cucufate que, como quedó tan arregostado con el éxito de la edicion quijotesca, quería á toda costa que saliese tambien D. Quijote en la novela en fárfara, y desesperaba al pobre autor.

Cervántes se defendía diciendo que D. Quijote estaba ya muerto y enterrado por él, que tenía ya hechos hasta los epitafios; pero cuando Miralpux tomaba una cosa con interes, reventaba ó la conseguía.

—Sí señor, sí señor (dijo un dia al oír á Cervántes su disculpa ordinaria), D. Quijote está muerto; pero y ¿que más da? *També estab vosté* muerto y yo lo *resusitó*. ¿*Tien vosté más* que dar mi bálsamo en Don Quijote y ponerle *al mundo come* á otro cualquiera?

A traves de este nubarron de palabras había una idea clara y hermosa como el sol, porque D. Cucufate era hombre de ingenio, y su codicia tenía aún más ingenio que él. Cervántes supo presentir, encontrar y desenvolver aquella idea; vió transformarse en sencilla síntesis todos sus complicados análisis; encontró hecha la obra que anhelaba escribir, y dijo á D. Cucufate apretándole la mano entre las suyas temblorosas y febriles:

—Anuncie V. cuando quiera *La cuarta salida del Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Desde mañana empezaré á dar original á la imprenta y el libro estará en las librerías ántes de un mes, si Dios me ayuda.

No se alborotaron únicamente Madrid y España entera al tener noticia del fausto acontecimiento: de Francia, de Inglaterra, de Alemania, y estoy por decir que de la misma China, como siglos atras profetizó él mismo burlándose, recibió Cervántes cartas en que se le pedía licencia para traducir su libro á medida que fuese escribiéndose, ofreciendo los primeros editores de cada país el oro y el moro á cam-

bio del privilegio demandado. Miralpux compró al autor por una cantidad [respetable (que hasta en las cantidades hay mayor y menor respetabilidad) la prerrogativa de conceder ó negar el tal privilegio, sin otra intencion que la de evitar al poeta preocupaciones y chinchorrerías y permitirle dedicarse en cuerpo y alma á la composicion de su obra.

En Madrid no se hablaba más que de la nueva novela de Cervántes. Decía en un café, de cuyo nombre no queremos acordarnos, uno de esos protectores del genio que no tienen dos cuartos ni sentido comun, pero que le favorecen con su admiracion:

—¡Gran noticia, señores! ¡Cervántes acaba de leerme el primer capítulo de *La cuarta salida!*

—Y ¿qué tal, qué tal?—preguntaban á coro algunos escritores de los que tienen más temor á los aciertos ajenos que á los yerros propios, y varios aficionados á morirse de hambre ó sea poetas voluntarios.

—¡Magnífico! ¡Asombroso! ¡Piramidal!—exclamaba el hombre feliz en el paroxismo del entusiasmo.—Asusta pensar el trabajo que ha de costarle seguir en el tono que toma desde un principio.

—Eso he oido decir,—replicaba uno de los oyentes mordiendo una colilla por morder algo.

—¿Qué has oido decir?—le interrogaban todos con avidez.

—Eso: que el principio es demasiado bueno; que la novela tiene que decaer forzosamente.

Todos disculpaban una desgracia natural y razonable; alguno se sorprendía con noble vehemencia de que Cervántes hiciese algo medio regular siquiera, tan alejado de la única atmósfera literaria que se res-

pira en la corte, y no faltaba quien señalase ya los más graves defectos de una obra absolutamente desconocida... hasta para el que afirmaba haber oído leer su primer capítulo.

La obra apareció al fin, y en veinticuatro horas se agotó la primera edición. No se leyó el libro: se devoró, se engulló con hambre de maestro de escuela. La curiosidad hizo enterarse por sus ojos á algunas aristocráticas damas de que el sol sale efectivamente á eso del amanecer. Durante un dia entero nadie se ocupó de política en Madrid. La envidia no encontró quien la oyese, y tuvo que hablar sola. No hubo cola en la tribuna pública del Congreso, no fué nadie á ver á Cánovas, se rió algun constitucional que otro!

El libro era prodigioso realmente.

Don Quijote resucitaba ni más ni ménos que Cervantes, en su casa de Argamasilla y rodeado del ama, de la sobrina y de Sancho Panza; visitado á poco por el bachiller Sanson Carrasco, el cura y el barbero, que habían resucitado ántes que él. Halagábales á todos la idea de que el bueno de Alonso Quijada siguiese en su nueva vida tan cuerdo como en los últimos momentos de la anterior, y el mismo bachiller, con ser hombre taimado y receloso, proponía que lo eligieran alcalde. Apénas comenzaron á oírle, cayeron de su burro. A un hombre como D. Quijote pudo muy bien despejarle la cabeza la alegría de salir de este valle de lágrimas; pero tornar á él despues de tres siglos de descanso... ¡Con eso basta y sobra para volverse loco! El conocimiento de las novedades ocurridas durante su ausencia no contribuyó poco á ponerle los cascos en peor estado, si cabe, que el dia de la ave n-

tura de los leones. Echó una ojeada á los periódicos y comprendió el ingenioso hidalgo que aún era necesaria su presencia en el mundo, porque no faltaban agravios que deshacer, ni tuertos que enderezar, ni sinrazones que enmendar, ni abusos que corregir, ni deudas que satisfacer. Consiguió facilísimamente que Sancho le siguiera, demostrándole con la simple lectura de la *Gaceta* que hoy día son los grandes puestos para los hombres chicos, como los buenas mozas para los hombres feos, y que si Sancho no llegaba á ministro (que era lo más probable) llegaría á gobernador, no tiene remedio. D. Quijote se dirige á la corte en su cuarta salida, comprendiendo que allí hace todavía más falta que en el campo un caballero andante decidido á ensalzar la humildad del débil y á abatir la insolencia del poderoso. Amo y mozo se dispusieron á tomar el ferro-carril en la misma estación de Argamasilla, resolviéndose D. Quijote, que estaba en ayunas, á esperar el tren almorzando. Malo era el bacallao que el ventero sanluqueño ofrecía al ingenioso hidalgo cuando honró su venta en su primera salida; malísimo el pan, y el vino pésimo: sin embargo, tan inhumanamente tratan á sus víctimas los venteros de hoy, que D. Quijote recordó con delicia aquellos manjares. Pero apenas le dió tiempo á probar bocado la llegada del tren. Oír D. Quijote los silbidos de la locomotora, temblar de piés á cabeza, alborotarse, ponerse en pié, empuñar el chuzo, subir en el digno sucesor de Rocinante que debía embarcarse con él para Madrid, y lanzarse al encuentro de la que ya imaginaba jamás vista ni oída aventura, todo fué uno, y cosa de las que se hacen más

pronto que se dicen. Pareció la locomotora á D. Quijote espantable baladro de negra y anillada cola, respirando humo y fuego por todas sus fauces enormes y hambrientas. No necesitó el caballero que su cabalgadura obedeciese á los estímulos de la espuela: el mismo monstruo avanzaba resueltamente hácia él. Dábale D. Quijote voces de que se detuviera, si no quería morir al poder de su invencible brazo; el maquinista y el fogonero le gritaban que se apartara de la vía con mil diablos; Sancho y algunas otras personas procuraban impedir que se metiera entre los rails, y gracias á que el tren, próximo ya á la estacion, iba relativamente despacio; gracias á que el rocin se espantó y se apartó un poco, D. Quijote rodó una buena pieza por el campo, pero no se quedó allí hecho jigote bajo las ruedas de la formidable máquina. Despues de semejante aventura nadie pudo conseguir que montara en el tren; prosiguió á caballo su marcha, y no llegó á la corte sin que en el camino le sucediesen otras muchas tan buenas, por lo ménos, como la primera. Entre todas fué sin duda la más notable la que le ocurrió con dos cuadrillas de bandoleros y secuestradores que trabajaban en comandita, como ciertas sociedades de crédito, y que acababan de robar el tren de marras. Uno de los viajeros saqueados le contó el lance. D. Quijote buscó á los criminales, y, como no era de la policia, los encontró aquella misma noche; encontró además un palizon morrocotudo, y únicamente dejó de encontrar el bolsillo donde llevaba el dinero, que la víctima del robo le había escamoteado con la mayor limpieza miéntras le refería su desgracia. A

esta sazón, y en tanto que su héroe acababa de llegar á la corte, describía Cervántes con la gracia de siempre un nuevo y famoso escrutinio hecho por el ama y la sobrina, el cura y maese Nicolás en la moderna librería de D. Quijote. El buen Quijada, apénas resucitado, preguntó á su amigo el bachiller qué libros de caballerías se publicaban ahora. Á lo cual replicóle Carrasco que hoy no hay más libros *de caballerías* que alguna que otra novela de las publicadas por entregas, como dando á entender que son cosa escrita por bestias para que la lean animales. D. Quijote tomó el consejo *ad pedem literæ*, y sencillamente con encargar las que más éxito habían alcanzado, logró adquirir todas las peores. Cervántes descargaba en este capítulo tremendos golpes de batán contra un género de publicaciones que desde entónces comenzó á tropezar, dando muestras de caer del todo muy en breve sin duda alguna. Bien lo merecían, por cierto, esos engendros de la codicia, cuando no del hambre, que se nos meten en casa por debajo de la puerta, miserables raterillos del sentido comun de nuestros vecinos y criados, que cuando quieren moralizar hacen aborrecible la misma virtud, y sólo ejercitan en la de la paciencia; que cuando pretenden tener cierto carácter histórico aumentan la ignorancia del que nada sabe, refiriéndole lo que nunca pasó ni pudo pasar. Después de tan natural y oportuno desahogo volvía el autor á su protagonista, y nos le presentaba entrando en Madrid con fama de cuerdo dada por los locos que ahora se usan. Refería menudamente la aventura del globo encantado, la de D. Quijote asistiendo á un estremo de Echegaray, la de las fieras del Retiro, la de

la bajada á una alcantarilla, donde le pasaron cosas aún mejores que en la cueva de Montesinos; pero yo me limito á citarlas, deseoso de no quitar toda novedad á un libro que ha de publicarse ántes de cuatro años. La casa de huéspedes en que estaba alojado D. Quijote, copia fiel de la que al principio habitó Cervántes, era una nueva venta de Palomeque el Zurdo; y cierta noche, harto ya de luchar á brazo partido con un dasaforado gigante (pues eso se le antojó una chinche de las que no sin razon tienen orgulloso á Madrid, que tales cosas cría), echóse el hidalgo á la calle y llegó á la Puerta del Sol cuando estaban dando las tres de la madrugada. Un ruido lejano, monótono y triste turbó de pronto el solemne silencio que reinaba allí, anunciando á D. Quijote que alguna extraordinaria aventura venía á presentársele. Creció la extrañeza del gallardo manchego, y con la extrañeza el valor, al notar que el ruido aumentábase gradualmente y como que se acercaba poco á poco con la causa que lo producía. Y aún subió de punto cuando acertó á distinguir entre las sombras de la noche hasta veinte ó treinta caballeros severamente vestidos, formados en dos hileras y constituyendo una fúnebre procesion custodiada por varios agentes de desórden público. Ya comenzaba á alejarse de nuevo el seco rumor que producían los tacones al chocar contra las duras piedras, cuando sospechó el libertador de los galeotes que aquella gente podía ser llevada mal de su grado donde no quisiera ir; y sin acordarse del antiguo escarmiento, decidió averiguar la verdad y obrar en consecuencia. Preguntó á uno de los guardias lo que deseaba saber, remitióle el tal á los que efectivamente

iban presos, y uno contestó á D. Quijote que el motivo de la fuerza usada con ellos era cosa sin importancia alguna, de las que se ven en Madrid un día sí y otro tambien, cosa de broma, cosa de juego. Pasmóse D. Quijote de que por accion tan inocente como jugar tomasen medidas tan extraordinarias las autoridades matritenses: rogó á los agentes que cumplieran lo que por la superioridad les está sin duda mandado y dejasen en paz á aquellas buenas personas; y fué repitiendo poco á poco la escena del capítulo XXII de la primera parte del Ingenioso hidalgo, sin otra diferencia notable que ser preso D. Quijote y conducido á la presencia del señor ministro de la Gobernacion.

Era el ministro que pintaba Cervántes un [caballero despreocupado si los hay, y pareciéndole bien la conducta de D. Quijote (que no había sido, despues de todo, sino una noble defensa de la que ordinariamente observaba el señor ministro), púsole en libertad, empezó á mirarle como persona sensata y hombre de accion, le ofreció un distrito vacante, y apenas entró en el salon de conferencias dijo á la mayoría con esa seguridad del triunfo que da la repeticion de las victorias: «D. Quijote está entre vosotros.» Los diputados de órden se miraron recíprocamente, y en todos los semblantes se dibujó una sonrisa de incredulidad. Quiso el ministro que el señor le presentase el escudero, y creyó ver en Sancho un mozo tan listo y servicial, de imaginacion tan pronta y obediencia tan fácil, que juzgándolo pintiparado para gobernador, envióle á mandar la misma provincia á que pertenecía el distrito de D. Quijote. Sancho empezó á gober-

nar como un gerifalte. Hizo cerrar á una hora razonable cafés y tabernas, teatros y casinos, con lo cual todo el mundo se retiró temprano á casa. Mandó decir al amanecer, y pidiendo al cielo que iluminase al gobernador, una misa diaria, que anunciada por todas las campanas de la ciudad repicando á la vez, despertaba á los más dormilones é introducía poco á poco el hábito de madrugar. Recogió la navaja á los jornaleros, que fué como recogerles la muerte y la infamia. No dejó dar corridas de toros más que en campo abierto, sin barrera ni cuerda que separase de los toros á los aficionados, y perdióse la afición apenas tropezó con los cuernos. Desterró á cuantos vagos reconocidos topaba por la calle, y, sin hacer otra cosa, desterró la mayoría de los vicios y de los crímenes, acabó con el juego, con el robo y con la falsa mendicidad, y dió á la gente honrada la única proteccion que necesita: que el dinero del rico sea para el trabajo del pobre. Llegó la época de las elecciones en que presentaban diputado al caballero de la Triste Figura. Escribió el ministro á Sancho que anduviese con cien ojos porque había candidato dispuesto á salir á toda costa; contestó Sancho que le dejasen hacer; metió en la cárcel á algunos forasteros que se oponían á la perfecta libertad de la votacion y del escrutinio, y á quienes apaleó D. Quijote, y, una vez elegido y proclamado un diputado de oposicion, telegrafió muy satisfecho á su jefe: «Gobierno vencido; justicia triunfante.» El cual le telegrafió á su vez: «Presente dimision; está admitida.» Nombrado nuevo gobernador, llamado D. Quijote á Madrid y anulada la primera eleccion, so pretexto de los mismos palos que había

repartido D. Quijote, tuvo lugar la segunda, y en ella venció el candidato ministerial, sin que el gobernador hiciese más que dos cosas sencillísimas: poner el colegio electoral en una sala del hospital de viruelas que recientemente había tenido que abrirse, y considerar como llevadas en persona á la urna las papeletas enviadas desde sus casas por los amigos del Gobierno. Don Quijote permaneció callado una gran parte de la legislatura. Al fin pidió un día la palabra y empezó diciendo que estaba arrepentido de haberse dejado conducir al Congreso, porque bien claro veía ya que el sistema constitucional no es otra cosa, en la práctica, que un engaño que mutuamente hemos convenido todos en hacer que tomamos por lo serio; y en la teoría, el triunfo de los peores, porque los mejores son los ménos, y los ménos son los que saldrán siempre con las manos en la cabeza donde realmente rija el sistema constitucional. Estas primeras locuras que dijo D. Quijote provocaron un escándalo espantoso, y entre campanillazos, interrupciones, órdenes de «¡Silencio, señor diputado!» y respuestas de: «¡No me da la gana, señor presidente!» añadió otras varias atrocidades propias de un hombre sin pizca de juicio. Afirmó que en España la honradez va de capa caída, porque el robo de un pañuelo se castiga con cárcel y el de media nación con títulos y honores; sostuvo que en España perece la Hacienda, porque mientras se persigue el contrabando de una arroba de tabaco ó de sal, se ve y se sufre, por consideraciones aún más tristes que el daño, la ocultación de media Península sólo existente en el mapa; aseguró que nuestro pueblo no sacudiría

jamás la horrible tiranía de su ignorancia ni alcanzaría á vislumbrar siquiera la senda del verdadero progreso, ni acabaría de comprender que la moralidad y el decoro son condiciones respetables, porque la escuela se persigue quitando el pan al maestro; porque todo plan benéfico y generoso se ahoga, cuando no con el torrente feroz de una oposicion sistemática, en el mar de hielo de una indiferencia invencible; porque si cualquier diputado se dirige al Gobierno y le dice: «En tal cargo público hay un hombre que estafa ó deshonra al país.»—«En tal casa de tal calle, se juega descaradamente al monte y la ruleta.»—«En tal sitio de tal plaza se juntan á tal hora para repararse por tales puntos de la poblacion los individuos de una de las sociedades de robar relojes que funcionan en Madrid á ciencia y paciencia de la policía...» el Gobierno no responderá acaso con palabras, pero sí con hechos. El indigno servidor del Estado será ascendido como haya sabido unir á la de ratero la cualidad de maldiciente oportuno, de fácil charlatan ó curioso coleccionador de autógrafos de distintas épocas y circunstancias; á cada paso se arruinará para siempre la paz de una familia, y la detonacion de un revólver pondrá fácil término á situaciones que se consideraban sin remedio humano; y cuando aquel á quien roben el reloj los que pronto tendrán su reglamento, su contribucion y su cartilla, sea persona un poco influyente, el reloj se buscará y parecerá, porque la policía española está, y necesita estar, en las mejores relaciones con la gente de mal vivir. Para una nacion en que aún subsiste incólume el derecho á ignorar; en que quien no sabe leer ni escribir intervie-

ne directamente en la gobernacion del Estado; en que ya va siendo proverbial la frase de «Yo soy un hombre de bien, yo no me meto en política»; en que desde las cárceles se roba y dentro de las mismas cárceles se asesina; en que todavía no se ha muerto de vergüenza ni un mal ministro al ver las cosas que suceden todos los dias bajo su mando... no hay salvacion posible, como un caballero andante de los que los tontos llamais locos, no os tome por su cuenta desde el primero hasta el último, y á cintarazo limpio os meta en cintura.»—Al llegar al final de su discurso ya estaba atado codo con codo D. Quijote, y poco despues era conducido al hospital de orates del doctor Ezquerdo.

Tal era, referido á grandes rasgos, el asunto de la novísima obra de Cervántes. Los que por mi pálida relacion crean poder juzgarla, se equivocarán grandemente: de lo que yo cuento á lo que es *La cuarta salida*, hay una distancia inmensurable, como el lector verá cuando, ya muy en breve, resucite su autor, invente la novela, la escriba, la publique yalcance uno de sus éxitos más legítimos. Porque el éxito de la tercera parte del *Quijote* será, ó fué (siguiendo mi costumbre de dar por hecho lo indudable) superior á toda ponderacion. La prensa sólo tuvo elogios para ella. La venal gacetilla dejó sonar el bombo espontáneamente arrullado por el rumor de los aplausos, á semejanza de las arpas eólicas; el reclamo cantó esta vez sin necesidad de que le dorasen el pico, y la crítica más despiadada soltó la temida palmeta y manejó el benévolo incensario. Si algo puede decirse que turbó la armonía de aquel concierto aproba-

batorio, fué un artículo que el eminente crítico D. Manuel de la Revilla dió á luz en la *Revista Contemporánea*. Revilla, que había publicado un erudito y oportuno estudio sobre la flamante edicion del primer *Quijote*, opinaba que las últimas aventuras no eran tan buenas ni graciosas como las primeras, y lo decía *urbi et orbi* con esa rudeza crítico-militar que le caracteriza. Porque Revilla pertenece á la privilegiada raza de hombres que se admiran de poco y que reservan la escasa indulgencia de que son capaces para las obras medianas que realmente la necesitan, descargando íntegra su terrible severidad en las obras superiores que, realmente tambien, pueden soportarla terrible y todo. Más aún que el de Revilla, escoció á Cervántes otro artículo del ex-ministro tantas veces citado, quien encontraba nuevas alusiones en la novela de su ídolo y las declaraba una por una con su escrupulosidad característica. Segun el empedernido cervantófono, D. Quijote era Ruiz Zorrilla; Sancho Panza... mi natural timidez me impide decirlo, pero el lector lo adivinará; Dulcinea (de quien seguía enamorado el andante caballero y á quien nunca veía), D. José Posada Herrera; el cura, Leon XIII; la locomotora que atropella á quien se interpone en su camino, la civilizacion; la escena de los jugadores salvados de ir á la cárcel, una defensa de la libertad de conciencia, y otras patochadas de este jaez. Pero todo contribuía á la fácil venta del libro: las ediciones se multiplicaban y desaparecían como por ensalmo.

## XXV.

¿Necesitaré decirlo? Nada desvaneció á Cervántes en su prosperidad. Alma la suya templada para resistir todo género de empujes, ni la desgracia, que tanto abate, pudo humillarle jamás, ni la ventura, que tanto engríe, lograba desvanecerla ahora. Satisfecho de su triunfo, animado para conseguirlos mayores, alegre y cordial en vista de su buena suerte, no tenía el menor parecido con esos desdichados dichosos que andan por el mundo llenos de fama ó de dinero, graves y cariacontecidos, enfadados de ser felices, cual si la implacable conciencia les dijera continuamente que lo son sin merecerlo. Liberal como casi todo pobre que se encuentra un dia con barro á mano, comenzó á dar buen aire á sus ganancias, y todo se volvía en su casa zambras moriscas, festines al estilo de los de Lombardía, tan ponderados por el capitan de *El licenciado Vidriera*, y tertulias literarias á que siempre ponía sabroso remate una opípara cena. Su palacio árabe se comenzaba á llamar en Madrid *El hospital de la Necesidad*, á causa de haberse ido convirtiendo poco á poco en refugio de los poetas más tronados; los cuales comían tanto en presencia del generoso huésped como en ausencia suya le murmuraban, pagándole cuanto hacía por ellos en la clásica moneda que acuñó nuestro padre Adam exclusivamente para pagar beneficios.

Cervántes no era rumboso porque se lo agradece-

ran, sino porque le salía de adentro el serlo; así es que cuando algun amigo, bien ó mal intencionado, le delataba el indigno proceder de los gorriones, solía replicar con un aire de príncipe desdeñoso que le sentaba á las mil maravillas:

—,Bah! el que habla mal de mí á mis espaldas, no habla conmigo: habla con mi fiador, como diría Sancho.

En tales prodigalidades se le fué un dineral, y casi todo lo producido por *La cuarta salida* lo empleó nuestro héroe en la satisfaccion de un capricho que nadie pudo quitarle de la cabeza: hacer una magnífica edicion del *Persiles*, impresa en papel tina, con láminas abiertas en acero, precedida de un prólogo en que, para probar Cervántes que esa obra era su mejor novela, llegaba hasta á hablar mal del *Quijote*, hasta á pretender desacreditarlo en el concepto público. El éxito de la tal edicion no pudo ser ménos dichoso. La crítica sostuvo su juicio de siempre sobre la obra póstuma del manco sano, y censuró ó guardó un silencio más sensible para él que las mayores censuras, con la sola excepcion de un distinguido literato, quien, colocándose quizá en el verdadero punto de vista, hizo constar que Cervántes no había inventado un género, empalagoso sin duda, pero que alcanzaba excelente acogida en su primera época, alabó la elegancia del lenguaje, y ponderó la fuerza de imaginacion palmaria en toda la novela, asombrosa en el anciano de setenta años que la compuso rodeado de enfermedades y escaseces.

Seguro el autor de las ganancias, no había reparado en los gastos y, como la venta fué nula, Cer-

vántes volvió á encontrarse sin un céntimo, y recurrió á Miralpux, quien no tuvo inconveniente en adelantarle unos cuantos miles de duros, mediante la hipoteca del palacio morisco para mayor tranquilidad de ambas conciencias.

## XXVI.

Era necesario, imprescindible, componer otra novela. Cervántes no había quedado completamente satisfecho de *La cuarta salida*. Como todo artista que aspira á la perfeccion (sin sentirse capaz de realizarla, ofuscado por ese orgullo exclusivo patrimonio de los necios), advertía siempre inmensa distancia entre lo que imaginaba y lo que escribía; pero no desmayaba jamás, avanzaba siempre y aproximábase á aquella hermosa y lejana cumbre para la cual no hay acceso posible á la planta del hombre.

*La cuarta salida* era una feliz ocurrencia, una sátira graciosa y sazónada, un desenfado que había hecho fortuna, ni más ni ménos. Cervántes quería escribir una novela donde se retratara de cuerpo entero la época presente, que tuviera carácter propio y novedad absoluta, pero no atinaba con el asunto.

Aconsejábale Miralpux que no se calentase la cabeza y que escribiese *La quinta salida*, puesto que el público no se hartaba de aventuras de D. Quijote, y se mostraba decidido á dar dinero por ellas. Y repónía Cervántes un tanto mohino:

—¡Hombre, déjeme V. en paz con su sempiterno Don Quijote! Ya estoy yo de D. Quijote hasta los pelos, y no soy capaz de escribir ni su nombre siquiera. ¿No se cansará V. nunca de D. Quijote?

—Da dinero,—contestaba concisa y filosóficamente el editor.

—Ya no tiene razon de ser ese tipo (proseguía el poeta). Hoy día no hay en España un Quijote para un remedio: hoy todos son Sancho-Panzas... Pídamme V. que escriba las aventuras de *D. Sancho de la Panza*... y haremos la novela del siglo XIX.

Aceptó Miralpux la idea con verdadero entusiasmo, dióle algunas vueltas Cervántes, y acabó de comprender el partido que de ella podía sacar: escribióse el libro, y pronto corrió en letras de molde por todo el mundo una novela para mi gusto tan notable como la obra de que era antítesis, y mil veces más oportuna á la sazón.

Ya hace años que exclamó el malogrado Luis Eguilaz, hábil autor dramático y poeta lleno de inspiracion y ternura, en una de sus mejores comedias:

¿Cuándo vendrá otro Quijote  
que mate el positivismo?

Años hace tambien que el gran lírico García Tassara decía en un hermoso soneto dedicado á la estatua de Cervántes, que si viviera en nuestros días el ingenioso hidalgo, él sería el mozo y Sancho el caballero. *Don Sancho de la Panza* venía á realizar la aspiracion y el pronóstico de los citados escritores.

No tengo el menor derecho para referir menudamente el plan de la preciosísima novela. Respetando

la propiedad del autor y del editor, y limitándome á poner aquí una especie de *reclamo*, diré: que dado de alta D. Quijote por el doctor Ezquerdo, amo y mozo se dirigieron á la Mancha, donde éste tuvo la debilidad de resucitar á su esposa, y aquél, durante una excursión que hizo al Toboso, dió en creer que se había hablado mucho de Dulcinea, que no es bien que ande en lenguas la reputacion de doncella tan ejemplar, y que él se hallaba en la obligacion de volverla á la vida y ofrecerle su negra mano. Hízolo como lo pensó, y en ese rasgo oportunísimo presentó Cervántes con su ingenio asombroso una muestra de lo que labran las ideas de una época en los caracteres más enteros. Don Quijote casado en el siglo xvii, no se concibe, pero en el siglo xix, ¿qué aventura más terrible le podia acontecer? Don Quijote se va á Madrid con su señora; ésta, vencida de tantos ejemplos, resulta una grandísima coqueta, y despues de haberle dado un hijo que es su vivo retrato en cuerpo y alma, llega á convertir al terrible caballero andante en marido manso y sufrido si los háy,—que sí los hay. Sancho y Teresa tienen tambien otro vástago, al que llaman Sanchico, y que en compañía de Quijotillo va á estudiar á Madrid y á hacerse hombre. La historia de ambos condiscípulos forma la más deliciosa y completa crítica de las costumbres modernas que puede imaginarse. Alonsito Quijada y Corchuelo tiene las aficiones bélicas de su padre y despues de haber hecho muchos y brillantes estudios en universidades y academias, entra en una escuela militar y sale á subteniente, siendo siempre el número uno. Cada dia se aplica más, nadie le iguala en el cumplimiento de su

deber; modelo de lealtad y de decoro, no se subleva nunca... y muere de comandante á los cincuenta años, fusilado por no haber querido adherirse á un pronunciamiento triunfante. Sanchico no estudia palabra ni se distingue en parte alguna por su formalidad; pero á gracioso y travieso no le gana nadie. Tiene, además, cierta labia con la que vuelve loco á todo el mundo, y sabe ganarse simpatías á medida que va perdiéndolas con los que llegan á conocerle. Le da al diablo del chico por escribir, y á los veinte años es el gacetillero más furibundo que empuerca cuartillas en la prensa matritense. Ha compuesto un drama, y no hay empresa que se lo admita; pero no falta nunca un pobre autor en quien vengarse. Ya pueden cuidar los actores de enviar su butaca á Sanchico, porque si no ninguno de ellos vale dos cuartos. Un dia escribe una gacetilla muy picante y que hace en el ministerio el efecto de una cantárida. Hay que emplear á ese muchacho y darle lo que quiera, para que calle, como á los organillos en la casa donde hay enfermo. Sanchico es sucesivamente empleado, redactor de periódico ministerial y diputado cunero. Un dia echa un discurso muy largo: por la tarde lo hacen ministro, y ¡cátate á Sanchico convertido en el Excmo. Sr. D. Sanchico de la Panza! Decir una palabra más sobre lo que hace Sanchico en la poltrona, sería arrebatarse al lector la sorpresa de saber lo que está viendo todos los dias.

*Don Sancho de la Panza* hizo furor, pero la crítica le puso algunos reparos. La obra era maravillosa, pero la admiracion es una pasion naturalmente tímida, y se asusta con facilidad de las cosas grandes; por eso nada suele alabarse tanto en el mundo como lo

que desde luégo nos parece más bajo que nosotros. Además, dos triunfos seguidos, no sólo *los del oficio*, enemigos naturales por regla general, sino el mismo público los perdona difícilmente. Basta con que un hombre demuestre una vez que es superior al vulgo de los mortales; probar de nuevo lo que sólo por sorpresa puede reconocerse, degenera en insolencia.

Y esto le pasó á Cervántes. A cada novela que iba publicando iban hallándole más defectos, y todos los artículos críticos que se le dedicaban concluían con grandes alabanzas del *Quijote*, como diciéndole que no se cansara, que como aquello no volvía él á hacer nada en su vida. Esto le ponía siempre de un humor endiablado, y si no hubiera sido porque el público seguía favoreciéndole con su proteccion decidida, yo no sé lo que habría hecho. Se señalaban ya como imperdonables defectos, descuidos por el estilo de la pérdida del rucio. Se propalaba con la peor intencion que D. Sancho de la Panza era Fulano de Tal; y Fulano de Tal, cuya vanidad llegaba hasta el punto de creerse el único mamarracho de España, buscaba á Cervántes y le pedía pública retractacion ó le llevaba á los tribunales por injuria y calumnia. Un caballero particular comenzó á decir en los círculos literarios que la idea de *Don Sancho de la Panza* era suya, que había llegado á noticia de Cervántes, y que éste se la había cogido bonitamente; lo cual dió origen á los comunicados, sueltos y ridiculeces de cajon. Alguno de esos individuos que, no contentos con ser irreligiosos ellos, y con que los demas se lo toleren, no pueden tolerar que los demas sean religiosos (se siente muchas veces la envidia de una manera

instintiva, y es misteriosa para el mismo envidioso), alguno de esos infelices que niegan al Dios de Israel y se postran ante la serpiente, llamaba *neo* á Cervántes, y sostenía que marchaba contra el espíritu del siglo, que no podía escribir bien porque era católico-apostólico-romano, oía misa todos los domingos y fiestas de guardar, y cumplía puntualmente los mandamientos de la Iglesia. No faltaba tampoco quien propalase por los salones la especie de ser Cervántes un escritor *poco fino*, demasiado aficionado á recrearse en la pintura de caracteres bajos y groseros, ni quien aconsejara á los padres de familia que prohibiesen terminantemente á sus hijas la lectura de las novelas de nuestro autor, todas libres, inmorales, plagadas de escenas y palabras, que, como no podrían comprenderlas bien las pobrecitas, despertarían en sus inocentes corazones mil tormentas y vendavales.—«¡Qué inmoralidad la de ese escritor! ¡Qué cosas presenta en sus libros!» decía la baronesa de A., separada de su marido y unida con el de una amiga íntima.—«¡Qué lenguaje!» exclamaba el respetable Sr. de B., que habla peor que un carretero.—«¡Qué gentuza retrata siempre!» decía el marquesito de C., que viste de chulo, no sale de colmados y garitos, y se trata íntimamente con cuanto encuentra en su gloriosa carrera. Agréguese á esto que un periódico satírico de esos cuyos redactores y dibujantes son el mismísimo demonio, sacó á Cervántes vestido de moro y estirando á un muñeco de goma que figuraba D. Quijote; que ya todo el mundo le decía al tropezarse con él por la calle: «Adios, D. Miguel,» ó «Abur, tocayo;» sin contar los muchos escritores que le habían propuesto el

mutuo tuteo y le gritaban desde la acera, el balcon ó la butaca: «¿Cómo estás, Miguelito?» y se comprenderá que Cervántes había entrado en la turquesa común, que era un hombre ni más ni ménos que otro cualquiera, y que una vez desprovisto de su misterioso barniz de antigüedad que lo defendía como un fanal encantado, estaba á las duras y á las maduras, exactamente igual que cada hijo de vecino.

## XXVII.

Pero el que jamás había hablado mal de escritor nacido, el que siempre fué indulgente con los yerros ajenos, porque conocía la dificultad de acertar, y en el mundo literario (el peor de los mundos posibles), sólo la impotencia es intolerante, fatigóse al fin de lucha tan mezquina y estéril, hizo exámen de bolsillo, vió que estaba *en fondos*, y se convirtió en el primer holgazán de Madrid, aunque parezca redundancia.

La que con más modestia que justicia se llama á sí propia *la buena sociedad*, siempre dispuesta á buscar y recoger el mérito cuando éste se halla ya en disposición de servirla de adorno, encontró un nuevo motivo para solicitarle y atraerle, y Cervántes llegó á ser un pollo verdaderamente *fashionable*, un *gomoso* con ménos goma que otros, no lo niego, pero digno de figurar á la cabeza de nuestra *high life*.

Tomó por sastre á Caracuel, alquiló un *châlet* en Biarritz, introdujo en su conversacion habitual algu-

na que otra palabrilla francesa, recibió de Retortillo las correspondientes lecciones de baile, mató un becerro en la plaza de los Campos Elíseos, formando parte de una aristocrática cuadrilla, aprendió á rodar con patines puestos, cumplió, en una palabra, con todas las ordenanzas establecidas, y nadie tuvo nada que pedirle.

Justo es decir, sin embargo, que semejante vida no era para él. Al baile más fastuoso, al convite más espléndido, prefería nuestro poeta una comida de campo, un *arrós* en compañía del mismo Miralpux, una reunion de personas ménos empingorotadas donde él pudiera estudiar tipos y costumbres de los que su pluma retrataba siempre con mayor facilidad y, por lo tanto, con mayor donosura. Las desgarradas frases del pueblo bajo de Madrid, los espontáneos epigramas de los chulos abonados al tendido de sol, el lenguaje pintoresco de la gente torera, volvían á Cervántes loco de gusto, no llegaban á hartarle jamás.

Verdad es que algo de esto podía gozarlo muy á su sabor en los salones de nuestra aristocracia, que desechando preocupaciones injustas, tiende una mano cariñosa á los discípulos de Cúchares y los trata de igual á igual; pero á Cervántes le agradaba Frascuelo en casa de Santiago, de chaquetilla y hongo, cien veces más que en casa de un marqués ó de un ministro, de frac y corbata blanca.

¿Qué era, entónces, lo que obligaba á Cervántes á llevar una vida tan en contra de sus hábitos y de sus gustos? Amor, el pícaro amor, que todo lo vence y todo lo puede.

Cansado ya el poeta de cierta *buenafortuna* que le-

deparó su mágico atractivo de hombre á la moda y ávida su segunda juventud de un afecto más puro, la necesidad de amar, que tantas veces solemos tomar los hombres por el amor mismo, le hizo concebir una nueva pasión. Y esta fué pasión y muerte, pues terminó nada ménos que con boda.

Habíasela inspirado una de las más bellas y elegantes señoritas de la sociedad que frecuentaba. Cervántes la siguió á pié por la calle de Espoz y Mina y á caballo por el paseo de carruajes del Retiro, hizo centinela día y noche frente á sus balcones, le puso en el Real las varas de reglamento, escribió su cartita, hizo, en fin, el oso lo mejor que supo, entró en la casa, habló con los papás, y se casó de cabo á rabo.

Se casó, y fué muy infeliz. Su esposa llevó al matrimonio quince mil duros de dote, pero gastaba otros tantos anuales, y pronto dió fin de los fondos de reserva. Frívola, superficial y egoísta, ni se tomó la molestia de estudiar el carácter de su marido, ni supo estimarle jamás, ni soñó en sentirse orgullosa por ser mujer de tal hombre.

Cervántes, al poco tiempo de casado, vió volver la propiedad del palacio árabe á manos de Miralpux, y en lo sucesivo necesitó alquilar lo que hasta entónces había sido suyo. El mismo camino que la del palacio llevó la propiedad de *La cuarta salida* y de *Don Sancho de la Panza*, y agotados todos los elementos disponibles, el novelista tornó á trabajar con nuevos bríos despues de no haber escrito otra cosa en dos años que la contestacion al discurso de entrada en la Academia Española del Sr. D. Federico Balart, literato de quien algo se ha dicho en las páginas prece-

dentes, y de quien se diría más aún sin mi recelo de que pudieran creer los maliciosos que yo trataba de incitarle á negocio tan desdichado para él como cambiar indulgencias suyas por alabanzas mías.

## XXVIII.

Precisamente miéntras pasaba lo que acabo de referir, habíase presentado en el revuelto campo de las hispanas letras un nuevo y valeroso campeón, manchego y natural de Argamasilla por cierto. Era entre los novelistas el Sr. D. Antolin Pinilla y Valderrábano lo que entre los autores de comedias aquel famoso estudiante gallego de *El café*. D. Antolin se escribía cada quincena un tomo de trescientas páginas; D. Cucufate, que había descubierto en él una brava mina, le pagaba á veinticinco duros un tomo con otro; cada mes recibía el sentido comun un par de terribles pedradas en mitad de la ancha y despejada frente, y el vulgo, que aprende los nombres de sus autores favoritos ni más ni menos que aprenden los loros los de sus amos—á fuerza de oírlos repetir,—llegó á creer que corrían parejas la fecundidad y el mérito del buen Pinilla.

Buenas ó malas, el caso es que sus novelas se vendían como la bula; que cuando Cervántes despolvoreó y aparejó el olvidado tintero, y la pluma no ménos llena de moho y orin que las armas de D. Quijote, se encontró con un temible rival en el novelista

manchego. Temible porque agradaba al público precisamente por sus tonterías, y Cervántes, ni aún poniéndose á ello, había de poderlas decir tan enormes y tan bien redondeadas.

Un popular diario decía una noche en su primera columna:

«El eminente escritor D. Miguel de Cervántes Saavedra, rompe al fin el prolongado silencio que lamentábamos todos los amantes de la literatura, y prepara una nueva novela titulada *La moderna Arcadia*. Según nuestros informes, el autor de *Don Sancho de la Panza* hace en su última obra una viva y amena pintura de las actuales costumbres andaluzas, siendo interesantes á más no poder los capítulos en que se describe el secuestro de un niño de corta edad, y la prisión de los criminales, su fuga y su muerte á manos de la Guardia civil.»

Y en la segunda columna decía el consabido periódico:

«El eminente escritor D. Antolin Pinilla y Valderábano, ha dado á luz con toda felicidad su tantas veces anunciada novela *Las pasiones de una monja*. Es una animadísima descripción de la vida del cláustro, y una lectura por demas entretenida y edificante que dará lugar, estamos seguros de ello, á rudos ataques y á defensas calurosas. Si todas las anteriores no lo tuviesen ya hartamente acreditado, esta producción bastaría para probar que el Sr. Pinilla es el primer novelista de España.»

Haría yo una grave ofensa á la ilustración de mis lectores si les asegurara aquí que la novela de Cervántes era algo mejor que la de Pinilla; pero sí necesito

decirles, porque ellos no han de ser capaces ni de presumirlo siquiera, que la de Pinilla gustó más, ó al ménos se vendió mejor.

La crítica emprendió seriamente, como debía, el exámen de *La moderna Arcadia*, y fué tanta la atencion que puso en examinar el libro, que no dejó á su autor hueso sano. No pasó lo mismo, por cierto, con *Las pasiones de una monja*; como era cosa ligera, y en realidad de poca ó ninguna importancia, se la miró con indulgencia, y á ciertos críticos no dejó de hacerles gracia y de arrancarles bastantes piropos la atmósfera de impiedad y aún de ateísmo que respiraba toda la novelilla. Decididamente, Dios no está de moda, y si algunos escritores tan tremendos como Pinilla dan en tomarla con él, tendrá que concluir por poner fin á su existencia para darles gusto.

Claro es que entre el corto número de los inteligentes (porque tiene que ser corto), Cervántes ocupaba su lugar y D. Antolin el que le correspondía; pero ¿qué resultaba de esto? Resultaba que Cervántes vendía ménos *Arcadias* que Pinilla *Monjas*, que oía ménos aplausos que él, y que, por contera, era furiosamente envidiado y odiado de su rival, hombre de malas tripas, uno de esos contadísimos manchegos que salen malos, pero malo, malo, malo de remate. Su maldad llegó hasta el punto de inquirir con maña qué nuevo plan de novela tenía trazado Cervántes y determinar realizarlo por su cuenta, ahorrando á su compañero el trabajo de escribir la obra, la pejiquera de corregir las pruebas, el engorro de cobrar sus ganancias y las consiguientes preocupaciones que el dinero lleva consigo, haciéndolo todo con bastante modestia para

no robarle un ápice de su gloria, pero con la habilidad necesaria para no desperdiciar ni una migaja del provecho.

### XXIX.

Una noche que estaba Cervántes en el saloncillo del Teatro Español felicitando á un amigo suyo, autor de un drama que no había gustado ni poco ni mucho pero durante cuya representacion le habían llamado á escena diez ó doce veces, se encontró cara á cara el famoso novelista con Felipe Ducazcal, el simpático empresario.

El cual, apénas le vió, fuése á él, y dándole un estrecho y prolongado abrazo, dijole poco ménos que á gritos, y con la buena fe, con el calor de corazon que suele poner en todo lo que dice y hace, bueno é regular:

—¡Don Miguel de mi alma! ¡Escríbame V. una comedia, maldita sea mi suerte! ¡Escríbamela V., y se reparte en cuanto la traiga al teatro, y damos en la cabeza á todos esos mándrias que se atreven con V. porque no saben que V. es amigo mio!

Cervántes se había quedado en la otra vida—en la primera que tuvo—deseoso de que los cómicos le pidiesen una comedia despues de haber compuesto tantas cuando mozo: los deseos mal logrados deben durar siglos y retoñar al cabo de ellos, así es que D. Mi-

guel aceptó el envite y emprendió la composición de la que ahora se le pedía.

En España se lee muy poco, y las obras de teatro, sin producir tampoco una atrocidad, son sin duda el género que obtiene mayores ventajas materiales. Cervántes pensó en su derrochadora parienta, cada vez más amiga de pingos y moños, y que entónces le traía embarazadísimo con su embarazo: la comedia se escribió á escape y se representó volando.

Él no fué nunca gran autor dramático. Cuando la escena española estaba en su infancia; cuando la gracia y discrecion del diálogo bastaban para contentar á un público tan novel como los encargados de entretenerle; cuando Lope no había empuñado todavía el áureo cetro, tal vez para apartar al civilizador espectáculo de su verdadero camino (la fiel pintura de caracteres y costumbres, tan asombrosa en Rueda, Torres Naharro y Juan del Encina), pero tambien para sorprender al espectador con nuevas y atrevidas combinaciones, para cegarle y aturdirle á fuerza de invencion y de ingenio, entónces, digo, Cervántes pudo y debió conseguir notoriedad y aplausos. Más tarde, ya sabemos lo que le aconteció: los nuevos autores eclipsaron su estrella por completo.

Al intentar el autor de *Los tratos de Argel* acogerse otra vez á las banderas de Talía, pasaba con las comedias lo que con todo arte susceptible de degenerar en oficio: no se hacían, por lo comun, mejores comedias que en el siglo xvii, pero se hacían mejor, y Cervántes continuaba careciendo del don de presentar lo absurdo como inesperado, sin que resultara inverosímil; de la peregrina gracia de halagar el oido

con sonoros versos libres de la menor intencion de decir cosa alguna.

Él se propuso ridiculizar en las tablas la pasion que tanto le dolía en la costilla: la pícara pasion del lujo. Imaginó una accion sencillísima y natural, la desarrolló por medio de unos cuantos personajes trazados con mucha conciencia y poca malicia, y á quienes hizo hablar como se habla en el mundo, ni más ni ménos; y, sea que los actores detallaron mal el cuadro, no encontrando ocasion de dar gritos y hacer desplantes, sea que el conjunto resultaba en realidad frio y soso, la comedia (no lo tome á broma el lector), se tosió, se bostezó, se chicheó y se silbó solemnemente.

El público que silba á Frascuelo cuando lo hace mal, ¿había de gastar cumplidos con Cervántes? ¡Pues no faltaba otra cosa! Esto aparte de que la humillacion del hombre de talento, tiene para el vulgo un encanto indecible: hay algo en ella del triunfo de la plebe al derribar la estatua del tirano; algo tambien del inocente júbilo con que el colegial mira tropezar al maestro en una cáscara de melon y romperse las narices. En Madrid, sobre todo, divierte mil veces más *una grito* que un éxito y una gran parte de nuestra dorada juventud se frota las manos de gusto á la sola esperanza de dar *un meneo* á García Gutierrez ó Tamayo.

A Cervántes le mortificó de una manera extraordinaria el fiasco de una obra á que los cómicos habían augurado cincuenta representaciones seguidas, y, léjos de renunciar al teatro, estudió profundamente el gusto del público y para tomar la revancha que le

exigía su amor propio, escribió un drama titulado *En las losas de la cárcel*.

Quisiera dar al lector una idea de su argumento; pero hay cosas que no son para contadas y temo escurrirme al poner el pié en terreno tan escabroso.

Era el protagonista de la nueva produccion D. Juan de Figueroa, un mónstruo de pasiones inconcebibles y de audacia endemoniada, un fenómeno atroz, un Edipo aumentado y no corregido. Antes de nacer, en el vientre de su madre, cuando él no era nadie apénas, se enamoró de la pobre señora, se abandonó á un frenesí sin ejemplo y salió despues á este mundo siendo casi casi el co-autor de sus propios dias. Muerto el primitivo padre á manos del diablo del chico, que rabiaba de celos aparte, no tenia ya D. Juan otro padre que su propia persona. Todo esto se explicaba en el drama como ocurrido años atrás y en unos versos tan rimbombantes y metafóricos como debían ser para que todo ello se entendiera y no se entendiera. Ocurrían despues, y por sus pasos contados, mil ferocidades inauditas, hasta que D. Juan se casaba clandestinamente con la señora del señor muerto. Patentes el asesinato y todas las demás trapacerías, don Juan y doña Beatriz eran metidos en sendas mazmorras y condenados á morir de hambre, cuando lo tuvieran á bien. Figueroa se resignaba á todo, ménos á que doña Beatriz perdiera en la opinion de los siglos venideros; pensaba que con decir quién era él, nadie podría extrañar su casamiento con quien debía ser su legítima esposa, y ansiaba el infeliz dejar consignado su secreto en alguna parte. Pero amordazado y atado de piés y manos ¿con qué y cómo y dónde

lo había de consignar? Una inspiracion providencial le sacó del apuro. Golpeóse con ambos puños las narices; con la sangre que brotó de ellas, moviendo la cabeza cuidadosamente, fué formando en las losas de la prision un letrero que decía:

||| SOY MI HIJO!!!

y espiró lleno de dulce reposo y suave beatitud.

Representóse el drama y Vico se murió de un modo admirable, pero la silba fué aún más estrepitosa que la de la comedia. Algunos amigos de Cervántes sostuvieron en el teatro y en la prensa que lo había escrito en guasa y como haciendo una satírica parodia del género puesto recientemente en boga por un ilustre ingenio empeñado en la imposible empresa de desacreditarse. Sea como quiera, si el autor escribió en guasa, el público silbó en serio, y el drama fué de los que apénas se representan una noche.

Hasta algunos años despues no hizo Cervántes nuevas tentativas en el teatro.

### XXX.

Antes de ahora lo hemos indicado: los partidos políticos habian venido disputándose á Cervántes desde el punto y hora de su aparicion entre los hombres del siglo de las luces. Las frases más inocentes de sus obras antiguas y modernas servían de pretexto para su clasificacion en este partido ó en el otro.

Los retrógrados le marcaban por suyo apoyándose en el discurso de D. Quijote á los cabreros, que comienza: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados...» creyendo de bonísima fe que la pintura de la Edad de oro era una delicada alusion á los tiempos del rey absoluto, una elegía por su término, y una plegaria por su vuelta. Los socialistas imaginaban que aquella duda de que el título de honrado pueda dársele al pobre, la tuvo Cervántes por ellos; y repetían hechos unos energúmenos que el poeta era petrolero y digno de figurar en el Consejo de administracion de esa benéfica sociedad de socorros mutuos apellidada *La Internacional*. Los neo-católicos juraban (y perjuran) que era de los suyos, fundándose en que al fin de su vida se había hecho esclavo del Santísimo Sacramento. Los hombres que mandaban entónces sostenían tambien que Cervántes estaba la situacion, porque aquel apotegma de «Sus fueros, sus brios; sus pragmáticas, su voluntad» ¿por quién sino por el presidente del Consejo de ministros pudo decirse?...

El caso es que en las discusiones de la prensa y tambien en las del Ateneo (pacífico templo de la discrecion y el saber, de que Cervántes era socio y donde había dado algunas lecturas con grande y legítimo escándalo de Henao y Muñoz) todos tiraban de él cual de cosa querida y propia, hasta que resuelto á hacer Cervántes, por debilidad ó por cálculo, lo que los españoles llamamos «meterse en política» como quien dice «meterse en harina» ó «meterse en lodo», los progresitas le cogieron por su cuenta y, de la noche á la mañana, y sin que nadie supiese cómo

ni por qué razon, ó sinrazon, Cervántes apareció convertido en progresista y redactor en jefe de *El Ariete*, periódico dirigido por mi queridísimo amigo el ya respetable hombre público (y antiguo progresista) D. Andrés Ruigomez, á quien no conozco otro defecto.

Acaso la desgracia en que continuaba el más partido de nuestros partidos (y partidores) le decidió á engrosar su falange, para que nadie pudiera decir que se vendía al poder, sino á la imposibilidad misma.

Mucho se esperaba de Cervántes como escritor político; esperábase encontrar en él, fundidos con su estilo prodigioso, la elevacion de Lorenzana, la dialéctica de Tejado, el arte de Castro y Blanc, el ingenio de Escobar y la habilidad de Gasset; así es que la primera polémica grave en que tuvo que intervenir *El Ariete*, se abandonó por completo á su gallarda pluma, bien seguros los demas redactores de que ella sabría dar buena cuenta de la parte contraria.

Dilucidábase (por decirlo así), la eterna cuestion de la bondad y de la maldad del rey D. Felipe II, el gran soberano, el demonio del Mediodía, el unificador de la nacion española, el *rôtisseur* de herejes, el infiel esposo, el esposo ejemplar, el parricida y el mejor de los padres,—que todo esto y mucho más se dice de hombre que algo malo y algo bueno debió tener para ser tan universalmente odiado y tan amorosamente defendido. ¿Quién mejor que Cervántes, que fué contemporáneo suyo y le conoció en el ejercicio de sus funciones, podía tratar aquel negocio?

El contrincante de *El Ariete* se limitaba á defender al asendereado monarca de la repetida acusacion de

que fué el verdugo de su hijo. Cervántes escribió un delicioso artículo calificando de paparrúchas cuantas cosas se dicen á propósito de los amores de D. Cárlos y su madrastra; sosteniendo y probando que el poetizado príncipe era un niño canijo y estúpido, incapaz de inspirar á la Reina otra pasion que pasion de ánimo, un verdadero granuja régio que tuvo la única bondad de morirse solo, y á quien su padre no mató, pero podía haber matado otro cualquiera muy en beneficio de la tranquilidad del reino. Acusó Cervántes al periodista á quien tenía encargo de refutar, de haber defendido muy tibiamente á uno de los hombres más grandes que á su juicio han gobernado á España: afirmó que cada época pide reyes distintos y procedimientos diferentes, que Felipe II era el rey de su época, que entónces eran los herejes los enemigos del trono y se estilaba quemarlos, y concluyó diciendo que ¡ojalá hubiera hoy quien tuviera genio y recursos para extirpar por el mismo sistema los ladronzuelos, parlanchines, ambiciosillos y falsarios de todas clases y especies, herejes del día y enemigos del rey y de la patria!

Afortunadamente, este artículo se leyó ántes de ir á la imprenta por quien pudo oponerse á su publicacion. Cervántes no sabía callar y disfrazar su propia opinion cuando llegaba el caso; Cervántes no sabía sentir por cuenta ajena; Cervántes se ponía del lado de sus contrarios cuando le parecía que éstos tenían razon... ¿Pues qué periodista ni qué niño muerto era aquel diablo de hombre?

## XXXI.

Es más; ya que no nos sea dable averiguar del todo por qué se hizo progresista, ¿cuáles eran las verdaderas ideas de Cervántes? Apartado del periodismo por sus mismos correligionarios y tan en interes suyo como de la que algunos iban dando en llamar la causa perdida, importaba que hiciese su profesion de fe ante los electores de cierto distrito, resueltos á sacarle diputado, en cuanto de ellos dependiese, para cumplir las terminantes órdenes del comité central.

Cervántes, á quien su misma mujer, esperanzada de ser con el tiempo embajadora ó ministra, empujaba hácia la diputacion, era hombre de ideas poco definidas. Su discrecion extraordinaria le hacía desconfiar del propio juicio y cambiar de opinion con alguna frecuencia, porque las opiniones se suelen formar sobre los acontecimientos, y éstos cambian á cada paso. La natural independenciam de su carácter le impedía, además, marchar como mulo de reata detras de individuos que ni para seguirle á él eran buenos, y eso de tener embargada ó empeñada la más valiosa joya del sér racional, el libre albedrío, parecíale necesidad tremenda, cuando no pecado imperdonable.

Cervántes, que se reía á mandíbulas batientes de los que niegan que el mundo progresa, creyendo modestamente que el mundo son ellos; Cervántes, que en el episodio de la bruja Cañizares, con tanto arte refe-

rido en el *Coloquio de los Perros*, y en más de un pasaje del *Quijote* da indicios de una despreocupación poco vulgar en su época; Cervántes, que siempre fué más amigo de la democracia que de la aristocracia, pensando, y pensando bien, que en los pobres y miserables es ya una virtud el no ser malos, y en los poderosos de la tierra un crimen el no ser buenos; Cervántes, iba diciendo, conocía demasiado á los hombres para no comprender que no hay casta de animales más difícil de dirigir y meter en vereda, y que el mandar es oficio para pocos, aunque no sea más que porque cuando manda uno, uno sólo puede equivocarse, cuando mandan muchos, muchos, y cuando mandan todos, todos seguramente se equivocan, puesto que el mandar es inútil si no hay quien obedezca.

Cervántes, era, pues, acérrimo partidario de la autoridad recta, firme y una. Murió en 1616, siendo fervoroso monárquico, y eso que ya estaba la monarquía para despertar pocos fervores; y, vuelto al mundo en 1879, después de vivir algunos años entre una sociedad completamente renovada sin poderse negar al influjo de las ideas modernas (porque el alma también tiene sus pulmones, respira el aire que la circunda y se fortalee ó se envenena, pero respira), algo sintió desfallecer sus creencias, algo vió palidecer sus ideales: nada halló, sin embargo, más robusto ni más brillante con que sustituir las unas y los otros. A los que le hablaban de romper la tradición de tantos siglos, les preguntaba él dónde estaba el pueblo digno de ser soberano, y dónde las virtudes republicanas que hacen efectivamente iguales á los hombres. Las armas defensivas puestas en manos de un niño, son

el medio más seguro de que él á sí propio se ofenda. Mal puede mandar quien aún no ha aprendido á obedecer. Hay tambien edades en las naciones, y no son siempre los años lo que pone término á la infancia.

Respecto á lo que la política se relaciona con la religion, Cervántes continuaba seguro y entero en sus creencias. Partidario de la unidad religiosa, considerándola uno de esos bienes que concluyen de serlo apenas una vez se dejan ir y hay que reconquistarlos, lamentaba, casi lloraba que un solo español renegara de la fe paterna y se hiciera protestante. Sincero y humilde creyente, ya lo hemos dicho ántes de ahora, desafiaba con la risa en los labios y la piadosa compasion en el alma á los que por ello le juzgaban ménos grande, sin duda porque no alcanzaban á verle del todo, porque lo pequeño es lo único que ojos humanos pueden abarcar de una sola mirada. Creía en Dios y tenía la fortaleza de confesarlo en público, ya que como tantos otros tuviese la debilidad de sentirlo en secreto; decía que la religion era un contrapeso de sus penas, un apoyo de su voluntad, una luz y un norte de su entendimiento. No podía caberle á él en la cabeza que con el cuerpo todo acaba, y le parecía ¡terrible vanidad! que si para un cuerpo tan flaco y débil como el suyo, era bastante vivir unos cuantos años, para un alma tan grande y entera como la suya no bastaba con ménos de una eternidad.

¡Ah! si Cervántes hubiera creído que no hay Dios ni cosa que lo valga, que su bisabuelo fué mono y su tatarabuelo sardina, ¿qué tendríamos que pedirle?

## XXXII.

¿Y era progresista? Era progresista. Los misterios son inexplicables, y los hechos indiscutibles.

Cervántes se presentó diputado de oposicion, y merced á la tolerancia del gobierno, obtuvo los votos suficientes, y tomó asiento en las Córtes. Su primer discurso se anunció con gran aparato y se esperó con no menor impaciencia. El día de la interpelacion anunciada á ruego de sus amigos, diputados y senadores ocuparon todos los escaños del Congreso, y las tribunas se engalanaron con las mujeres más lindas de Madrid. Las plazas de la tribuna pública fueron ganadas con planton de doce horas, y pagadas á duro como cuando habla Castelar.

—El Sr. de Cervántes tiene la palabra,—dijo don José Posada Herrera, presidente de la Cámara popular.

Pero no bastó que persona tan autorizada lo dijese; Cervántes tenía tal vez la palabra, pero no la encontraba, no sabía qué habia sido de ella, no acertaba á hablar.

Él fué *todas sus vidas* algo tartamudo y perezoso de lengua; pero, en aquel solemne momento, la emocion que le embargaba el ánimo, la falta de costumbre de hablar delante de tanta gente, los nervios, que siempre nos meten en atolladeros de donde no nos saben sacar, obligaron á hacer á Cervántes una figura

más triste que la de D. Quijote atropellado por la torada.

Aun después de reponerse un poco, apenas acertó á decir cosa á derechas, y sentóse entre el silencio más respetuoso y glacial del mundo, y sin otra felicitacion que la que el gobierno debió dirigirse á sí mismo.

Tan señalada fué la derrota parlamentaria del que ya comenzaron algunos á llamar *el pobre Cervántes* (señal malísima, porque la humanidad tiene compasion de cocodrilo), tanto y tanto se habló de aquel conato de discurso, que á las pocas noches, y representando la piececilla *Una sátira*, en que tan maravillosamente imita Ricardo Zamacois á nuestros primeros actores, imitó tambien á Cervántes como orador, con gran contentamiento y aplauso del ilustrado público.

Los progresistas colocaron á su partidario entre los hombres de accion, separándole de los de palabra. Hubo un motin al cabo de algun tiempo, supúsose ó averiguóse que Cervántes había tenido alguna parte en él... y Cervántes salió desterrado de España.

No fué por mucho tiempo, venturosamente. A los pocos meses de estar emigrado en Paris, Cánovas, que ya había cumplido setenta años (¡cómo pasa el tiempo!...) y que empezaba á chochar, cumplió su promesa y cedió el poder á los constitucionales, alcanzando en él los progresistas históricos alguna representacion. Cervántes hablaba tan mal que no podía ser ministro en un país donde ni se manda ni se gobierna, donde todo se vuelve hablar. Nombráronle consejero de Estado, lo hizo ménos mal que otros, y él y la señora, que años atras tuvo un aborto y volvía ahora á verse

en estado interesante, cobraron una paga medianeja y fueron viviendo.

El triunfo de la libertad, como modestamente llamaban al suyo los constitucionales, no dejó de alegrar por el pronto al país, que, á la manera de los enfermos graves, desea siempre que le cambien de postura, le muden la cama y le releven las cataplasmas. Pero fué lo peor del caso que como los nuevos galenos políticos diagnosticaban una furibunda hambre de libertad y, tomando las precauciones indispensables con las personas débiles, recetaban y propinaban en dosis homeopáticas el alimento apetecido, el enfermo seguía de mal en peor y casi casi estaba en el caso de disponerse.

Cervántes hacía por él cuanto le era dable y se avino á ser hasta miliciano nacional. Exactísimo en las guardias, soportaba las maniobras y revistas con resignación evangélica, y cuando llegaba algun momento peligroso para el órden público, era el único de sus compañeros que corría despacio.

Metido de bruces en la política, Cervántes acabó de comprender lo que ya de antiguo venía presumiendo: que España es quizá la nacion de Europa (incluso Turquía) en que hay más hombres políticos honrados y listos, si bien da la pícara casualidad de que la mayor parte de los honrados no son tan listos, y la mayor parte de los listos no son tan honrados.

En estas amenas y hasta, si se quiere, filosóficas consideraciones andaba engolfado el Sr. D. Miguel cuando cayó el ministerio. Cervántes quedó cesante, y la señora, con el disgusto, ó porque así lo había dispuesto Dios, murió de sobreparto. Una cesantía le consoló de la otra.

## XXXIII.

En lo sucesivo iba á andar el infeliz algun tanto necesitado de consuelos. Si la costumbre de verle y tratarle había ido uniformando y alineando con el resto de la humana tropa al bondadoso y peregrino ingenio, las envidias y emulaciones de la gente *del oficio*, las rencillas y enemistades, único fruto de su breve y poco provechoso paso por la vida política, hicieron llover sobre él un sinnúmero de amarguras.

La primera novela que publicó despues de su cesantía, novela cuyo mayor defecto era apartarse del disparatado gusto que, por regla general, reinaba entónces en el género para que Cervántes nació y en que siempre fué y tenía que ser el maestro de los maestros, dió la señal de ataque á todos sus enemigos.

Los mejor intencionados se deshacían en alabanzas del *Quijote* á propósito de la nueva publicacion, y repetían á su autor por la centésima vez que no se cansase, que libro como aquel no volvía á componerlo jamás. Uno de esos miserables que viven disparando constantemente sus dardos contra las honras ajenas, á ver si cae alguna y pueden hacerse con la que necesitan, señaló unos cuantos pensamientos que, segun él, había tomado Cervántes de otros autores, y vino á llamarle ladron en buenas palabras, fundado en que la frase «Los ojos de la doncella

eran negros como la noche,» estaba copiada al pié de la letra de una poesía de Lord Byron, el pensamiento «Sin amor ¿qué es la vida del hombre?» era plagio evidentísimo de Espronceda, y las palabras «Son las tres de la madrugada» con que Cervántes comenzaba un capítulo, se leían en infinidad de novelas antiguas y modernas. Uno de esos individuos que buscan y á veces encuentran en el ruido del escándalo la notoriedad que nunca podrían adquirir de otro modo, publicó una titulada *Verdadera biografía del manco de Lepanto*, en la cual se hacían las más calumniosas suposiciones sobre diferentes puntos de la antigua vida de Cervántes... Hasta allí pudo llegar la paciencia del sufrido escritor; pero la del hombre digno y pundonoroso no daba para tanto. Buscó al que había querido manchar su reputacion, y cara á cara, en presencia de varias personas, desmintió sus asertos y los rebatió uno por uno. El ofensor era hombre atrevido y á quien convenía sin duda una cuestion personal con Cervántes: mantuvo todo lo dicho, las palabras se agriaron más y más y pronto fueron substituidas por las obras. Sabe Dios dónde habrían llegado las cosas á encontrarse solos ambos contrincantes; pero los presentes los separaron desde el primer momento para que pudieran romperse el baustimo en otras condiciones y con otras formalidades. El duelo se verificó al dia siguiente, y la prensa tuvo enterado al público de su origen, proceso y resultados. Por aquel entónces se escribían ya revistas de duelos ni más ni ménos que ahora se escriben revistas de toros. Cervántes era persona que tenía hechas sus pruebas, y de muy antiguo; así es que perdió

media oreja con toda la dignidad apetecible; pero él mismo confesó á sus padrinos, despues del lance, que al distinguir enfrente de su cabeza y pareciéndole que toda se la abarcaba, el férreo cañon de la pistola con que le apuntaba su contrario, sintió en el estómago cierto frio y penoso cosquilleo y echó de ménos los tiempos en que una espada al cinto permitía dar satisfaccion á la ira ántes de que se enfriase, haciendo ménos bárbaro el llamado lance de honor y ménos difícil el valor más salvaje y estéril que puede ejercitar el hombre.

Cervántes fué adoptando poco á poco el sistema de no leer más que ciertos y determinados periódicos; pero, siempre que alguno traía cualquier cosa que pudiera molestarle, un amigo leal y celoso de su honra se lo llevaba y le decía:

—¡Mira lo que dicen de tí!

Porque la circunstancia de haber tenido en otros dias una gloria tan indisputable y tan indisputada, léjos de ser un freno, era una espuela para sus enemigos, á quienes ponía fuera de sí esa respetabilidad de que no podían desposeerle. Llegaron las cosas hasta un punto increíble. D. Antolin Pinilla y Valderrábano, que nunca supo perdonar su superioridad á Cervántes y que parecía animado del infernal espíritu de Blanco de Paz, se presentaba en aquella legislatura diputado por Argamasilla de Alba. Solicitando el apoyo del ayuntamiento de ese pueblo, atrasadísimo á la sazón, y queriendo congraciarse con él, le hizo un día las siguientes reflexiones:

—Ustedes no tienen un cuarto, y yo sé el medio de que naden ustedes en oro. Cervántes, impulsado

por un inícuo deseo de venganza, hizo á Argamasilla patria de D. Quijote y nos puso para siempre en ridículo. Él estuvo avecindado aquí hácia el año de mil y seiscientos, y habiendo aprovechado las aguas del Guadiana en beneficio de una fábrica de salitre y pólvora, con evidente perjuicio de muchos labradores, se le encausó y hasta se le prendió, sebreseyéndose más tarde la causa y echándosele tierra. Trabajen ustedes en favor de mi eleccion y, cuando yo sea diputado y tenga la influencia que hoy me falta, desenterremos la causa de Cervántes, hagamos venir á nuestras manos, por vía de indemnizacion, la propiedad del *Quijote*, y quedaremos ricos y vengados.

Tan disparatada idea fué acogida con entusiasmo, y si el buen Miralpux, que era dueño entónces de la propiedad del *Quijote*, no se mueve y pára el golpe que se le venía encima, acaso se hubiera llevado á efecto, acaso hubiera sido Cervántes encarcelado por segunda vez.

Furioso Pinilla al ver que su mala intencion no se le lograba y encontrándose ya en el Congreso, aprovechó la primera ocasion propicia para mortificar á nuestro héroe. El partido progresista, en el momento de dejar el poder, tenía fundida y dispuesta para adornar con ella una de las principales plazas de Madrid, la estatua de uno de sus más célebres prohombres, el Sr. D. Fernando Corradi. A la nueva situacion no le hacía maldita la gracia un proyecto cuya realizacion daría lugar seguramente á ruidosas manifestaciones en favor de la política vencida, y mucho de lo ocurrido antaño á propósito de la estatua de Mendizábal comenzaba á reproducirse entón-

ces. Pinilla defendió ante el Congreso una proposición que el ministerio hizo suya, y que concluyó por convertirse en ley disponiendo la prohibición de todo monumento público erigido á quien no llevase cincuenta años siquiera de muerto y sepultado. La ley retrasó una porción de tiempo el justo tributo de consideracion dedicado á Corradí, cosa que no se le daba un ardite á Pinilla; pero, como consecuencia lógica de la tal ley, fueron abatidas las pocas estatuas levantadas á Cervántes, comenzando por la que hay en la plaza de las Córtes.

Tanta miseria y tanta pequeñez quemaron la sangre en unos términos al autor del *Quijote*, que cada día más descontento de su dulce patria, pensó muy seriamente irse á escribir novelas á Francia, Alemania ó los Estados-Unidos, no de otro modo que casi en nuestros días, en 1847, pedía García Gutierrez á las hospitalarias playas americanas el descanso y el aliento perdido tras luchas semejantes por la musa que le había dictado *El Trovador* y *Simon Bocanegra*. Un grave é imprevisto suceso le hizo cambiar de resolucion.

#### XXXIV.

La política, como todo, había dado mil vueltas. Corría el año de mil novecientos y tantos, estábamos en el siglo que viene (aunque la locucion resulte un poco violenta), y los atropellos de los moros

fronterizos, envalentonados con la humildad cristiana, se repetían de tal manera que el mismo gobierno llegó á encontrarlos intolerables y declaró la guerra al emperador de Marruecos.

Grande, dolorosa y casi motivada fué su sorpresa al ver que nuestros antiguos enemigos se preparaban á la lucha, contando no sólo con el apoyo secreto de la Gran Bretaña, como ya había sucedido en 1859, sino con su alianza franca y decidida. Una respetable escuadra inglesa se situó desde luégo en las inmediaciones del Estrecho, tratando de impedir que la nuestra hiciese el menor daño á los puertos marroquíes y dificultando el desembarco del ejército español.

Claro está que la guerra se hizo más difícil, pero en cambio llegó á ser más popular que nunca, y participando del entusiasmo general, Cervántes, cuya noble fantasía se encendió al recuerdo de la gran expedición contra los turcos en que tomó parte tan gloriosa, creyó hallar el mejor medio de salir entónces de España, alistándose como soldado voluntario bajo las banderas del primer cuerpo de ejército, y corriendo á dar por la patria, si así el cielo lo disponía, la mano que le quedaba útil, donde la pluma comenzaba á pesarle lo que nunca le había pesado la espada.

Convertido, pues, en algo semejante á aquel soldado de veinte siglos que tan admirablemente nos pinta Arteché en su modelo de novelas históricas, tomó parte en las principales acciones, conduciéndose siempre como era de esperar de tan famoso veterano. Pero el tiempo pasa y no muda la suerte de los hombres. Un día se entabló una ligera escaramuza entre

varios soldados españoles, capitaneados por Cervántes, y un cuerpo de infantería de marina inglesa que protegía la aguada de uno de sus buques. Los españoles apenas llegaban á veinte; sus contrarios pasaban de ciento, y forzoso fué rendirse al número. A las pocas horas Cervántes y sus camaradas salían con rumbo á Gibraltar, donde eran encerrados en compañía de cuantos prisioneros españoles se habían hecho durante la guerra.

Guardado por los muros de la inexpugnable fortaleza repitióse para nuestro compatriota la cautividad de Argel, y como un mismo carácter siempre ha de tener los mismos rasgos en situaciones parecidas, concibió un ingenioso y temerario arbitrio para restituir á España la posesión del anhelado territorio, y entendiéndose con sus compañeros de desgracia empezó á ponerlo por obra. Cuando la tentativa fué descubierta y Cervántes conducido á presencia del gobernador de la plaza, su ánimo generoso obedeció los naturales impulsos y se confesó el único culpable. No hubo más remedio que absolver á los demas miéntras el peligroso prisionero era cargado de cadenas y se redoblaba la vigilancia que con él debía tenerse.

Súpose todo esto en España y, naturalmente, produjo gran entusiasmo, porque nosotros somos muy entusiastas. No faltó quien dijese que Inglaterra pondría en libertad á Cervántes como se lo pagasen bien, puesto que no hay cosa que por dinero no hagan los ingleses; y los periódicos abrieron una suscripcion nacional con objeto de librar de su cautiverio á nuestro ilustre compatriota.

La suscripcion ascendió en pocos meses á unos seis mil doscientos y tantos reales; Inglaterra, nacion de mucha literatura, estimaba en bastante más al gran novelista; no había ya en España Padres Redentores capaces de repetir los sacrificios hechos en otro tiempo por Cervántes con ocasion parecida, y el cautivo tuvo á su disposicion más años de los necesarios para discurrir el mejor medio de devolver á la madre patria aquel querido pedazo de su seno.

## XXXV.

Llegó por fin un dia en que varios literatos alemanes llamaron la atencion del reviejísimo príncipe de Bismark sobre lo que pasaba con el autor del *Quijote*, y una atenta nota del Canciller bastó y sobró para restituir su libertad á Cervántes.

Dió éste la vuelta á España lleno de generosas ilusiones. Sus compatriotas no podian haberle olvidado, y una nueva era de popularidad iba á comenzar para él. Además, los hombres que dirigían entonces los negocios públicos conservaban algunas conexiones con el ya disuelto partido progresista, y debían encontrarse ansiosos de premiar su patriotismo y sus sufrimientos...

La experiencia de lo que le ocurrió en otra época á su regreso de Argel, debió hacerle más cauto, pensará sin duda el lector; pero si el hombre aprovecha rara vez la experiencia de lo que acaba de sucederle,

¿cómo había de aprovechar Cervántes una lección con tres siglos de fecha?

Así es que su sorpresa fué enorme cuando, á excepcion de tres ó cuatro amigos íntimos avisados por él, nadie acudió á recibirle; cuando, al cabo de algun tiempo de estancia en Madrid, comprendió que sus compatriotas no se acordaban apénas del santo de su nombre, cosa á la verdad inverosímil si repetidos ejemplos pasados y presentes no lo hicieran ménos difícil de creer.

Los políticos no le necesitaban ni le temían, y no le hacían maldito el caso; la nueva generacion literaria era aún ménos respetuosa y entusiasta que la presente: Cervántes estaba reducido á la condicion de un D. José Zorrilla, sin facilidad para dar lecturas públicas y sin arte para tomar los hombres y las cosas como ellos y ellas se merecen.

Aunque Miralpux, cuyos negocios marchaban siempre viento en popa y que había encontrado un digno sucesor de Pinilla, le recibió con marcada frialdad, Cervántes se vió sin un cuarto, y tuvo que volver á su negro oficio de escribir novelas.

Pero el dios Éxito le volvía resueltamente la espalda. La gente daba en decir que Cervántes estaba ya viejo y que sus novelas eran muy pesadas; un crítico franco y leal le declaraba en lastimosa decadencia, y le aconsejaba que se dejase de escribir—ó lo que es lo mismo, que se dejase de comer— y el sesenta por ciento de lo que producían las últimas obras del poeta, no bastaba nunca ni para pagar corrientemente su humilde pupilaje en una de las peores casas de huéspedes.

El camino cuesta abajo se recorre siempre muy

á prisa. Aguijoneado por la necesidad, presentó Cervántes á Miralpux un nuevo trabajo, y éste le manifestó con la mayor sencillez que no lo publicaba, que ya había perdido mucho dinero editando obras suyas, y que no podía seguir enterrando en negocios tan ruinosos un capital reunido á costa de mil sacrificios; añadió que Cervántes ignoraba el arte de interesar al lector desde el primer capítulo de una novela, manteniendo viva su atención á fuerza de lances y diálogos nunca vistos ni oídos, y concluyó diciendo que lo único que por él podía hacer era lo siguiente. Había en Madrid un muchacho de verdadera chispa para escribir novelas á gusto del público, pero que, no siendo aún bastante conocido, se encontraba en una situación muy parecida á la de Cervántes: uniendo el nombre de éste y la habilidad de aquél, podía hacerse un soberbio negocio, y Miralpux estaba dispuesto, en obsequio á su antiguo amigo, á pagar al uno por la firma tanto como al otro por los manuscritos de sus obras inéditas.

Cervántes rechazó indignado semejante proposición, y como su contrato con Miralpux obligaba al autor á vender mientras el editor quisiera comprar, pero no obligaba al editor á comprar indefinidamente, no tuvo más remedio que guardarse su novela y contentarse con la triste satisfacción de poner al catalán como chupa de dómene.

El ex-boticario soportó sin chistar aquella nube de improperios, y cuando Cervántes salía para siempre de su despacho, exclamó levantando al cielo los brazos y los ojos:

—¡Y ese hombre me debe la vida!...

## XXXVI.

Pródigo hasta el derroche en la temporada, breve como un sueño, de la buena fortuna; ignorante del arte utilísimo de ponerse bien en escena; conocedor de los hombres y nacido no obstante para ser explotado por ellos á causa de su bondad, de su imprevisión, de su indolencia y de sus eternas ilusiones; incapaz de medrar por medio de la política; escribiendo siempre segun su gusto y su manera de sentir; sin haber sabido nunca sacar partido de sus relaciones sociales y sin tener realmente otros amigos íntimos que tal cual escritor casi tan pobre como él, Cervántes volvía poco á poco á verse en la amarga situacion de los últimos dias de su vida primera.

No tenía ya ni el triste derecho de acusar á la suerte. Favorito del público, ídolo de la sociedad durante algunos años — gracias á la influencia de nuevos usos y costumbres, — su antiguo é inmutable carácter volvía las cosas á su primitivo modo de ser, permitiéndole hacer tan poco por sí como cuando fué á Roma acompañando al Cardenal Aquaviva y se ganó su estimacion y su cariño, como cuando á orillas del Guadalquivir vivió en trato frecuente con la grandeza sevillana, como cuando privó con el conde de Lemos en union de otros ingenios que siempre sabían ingeniárselas mejor que él.

Despues de tan elocuente ejemplo no era permiti-

tida la duda: volver á nacer era ir al mismo punto por distinto camino.

Cervántes se iba sintiendo viejo, y un tenaz padecimiento del hígado, contraído sin duda en su triste y larga cautividad, le postraba en cama muy á menudo; pero el instinto de la vida concluía siempre por sobreponerse á todo.

Obligado á escribir para comer, que, como ya ha dicho alguien con gracia y justicia, ni es comer ni es escribir, forzoso le fué acallar en más de una ocasion los gritos de su conciencia literaria. Eso sí, su respeto y su gratitud á la Academia de la Lengua, que últimamente había querido elegirle para representarla en el Senado y había desistido de hacerlo porque Cervántes no tenía rentas para tanto honor, le movió á ocultarse pudorosamente bajo el velo de un pseudónimo.

Tomadas, pues, estas precauciones, Cervántes escribió novelas por entregas con títulos y asuntos que los editores le suministraban y que él no hubiera sabido encontrar, cobrando por ellas, sobre poco más ó ménos, lo que hoy en día dan al tan portentoso como extraviado Fernandez y Gonzalez los que él ha enriquecido con sus primeras obras. Cervántes escribió una zarzuela para los Bufos, puso en verso el Fleury, tradujo para el folletin de un periódico un espantable novelucho frances, y hubiera llegado seguramente á componer aleluyas y romances de ciego si cierta idea feliz que se le ocurrió un día no le hubiese proporcionado á la vez el último motivo de aliento y el desaliento último.

La ley de propiedad literaria permite refundir á

Los autores las obras cuya propiedad han vendido, reservándoles íntegra la de la refundición. Cervantes concibió el proyecto de refundir el *Quijote*, encantado con la seguridad de conseguir tres cosas á cual más agradable: dejar su obra perfecta, ganar el dinero suficiente para salir de apuros y vengarse de don Cucufate Miralpux.

No faltó editor que patrocinase la empresa, y Cervantes se puso á trabajar sin pérdida de tiempo. Empezó por corregir el estilo y le quitó en gran parte su espontaneidad deliciosa; purgó la novela de toda escena, de toda frase subida de color, y arrebató toda su gracia al capítulo del moro encantado, robando mil donaires al diálogo entre Sancho y Tomé Cecial; enmendó el descuido relativo á la pérdida del Rucio y logró una exactitud insignificante á costa de las saladísimas explicaciones dadas al bachiller por el dueño del asno; arrancó de cuajo la linda novela de *El curioso impertinente* y la interesante relacion del Cautivo, juzgándolas inoportunas é innecesarias, y despojó á la primera parte de dos de sus mejores adornos; imaginó otro recurso para que D. Quijote volviese á su aldea, considerando el desafío con el caballero de la Blanca Luna repetición de la aventura del bosque, y suprimió uno de los pasajes en que aparece más noble y conmovedor el carácter singular del hidalgo manchego; sacrificó bellezas de primer orden á la exactitud de una cita histórica ó á la curiosidad de un dato geográfico; hizo, en fin, lo que la inmensa mayoría de los autores puestos á corregir las propias obras, faltos ya de la inspiracion y del entusiasmo que guiaba su pluma en el momento de

componerlas. Llegan á ver claros y distintos algunos defectos: rara vez saben estimar las perfecciones que supieron producir.

Vendiéronse muy pocos ejemplares del libro y la crítica lo juzgó severísimamente. Hubo más. Cierta literatuelo que por aquel entónces iba conquistando fama de hombre de buen gusto á fuerza de encontrar malo cuanto escribía el prójimo, afirmó que ya era hora de deponer necias preocupaciones y pueriles respetos; aseguró que los pueblos se ofuscan muchas veces con la aparición de escritos sin otro mérito que una oportunidad pasajera, y cuyo éxito perpetúan la ignorancia y la rutina; declaró, finalmente, que el *Quijote* era una malísima novela desprovista de novedad en el pensamiento, de interes en la narracion, de decoro en el estilo y de verdadera gracia en los detalles. Pareció el tal artículo tan violento y tan atrevidas sus conclusiones, que no pudo ménos de hacer ruido y de ser buscado y comentado... Cervántes lo leyó y sintió que el llanto le acudía á los ojos al ver puesto en tela de juicio el mérito de la más alabada de sus obras. ¡Para esto le habían resucitado!

### XXXVII.

De allí en adelante no tuvo valor ni áun salud para volver á tomar la pluma, y atenido á lo que le valían sus asistencias á la Academia, á algunos so-

corros que tal cual vez le suministraba la Sociedad de Escritores y Artistas (en cuyas cuentas trimestrales aparecían tal cual vez una M una C y una S) y á lo poco que podían ofrecerle los leales amigos de quienes nunca se vió abandonado, deslizábase su existencia tan humilde, tan oscura y tan llena de privaciones como se deslizó en sus últimos días la de un ingeniosísimo poeta, muerto há poco más de un año, y cuyo nombre está en la memoria de todos.

Noto que la fuerza de este ejemplo es insuficiente, oigo la interrupcion del lector discreto, y me dispongo á contestarla.

Dice el lector:

—«Esto es inverosímil. Paso por que los amigos en buena posicion que anteriormente tuvo Cervántes no acudieran á sacarle de la casa de huéspedes y no se lo llevasen á vivir con ellos; paso por qué D. Cucufate Miralpux no fuese una de las dignísimas excepciones que hay entre la gente de su oficio; paso por otra porcion de cosas, puesto que algo hay que atribuir á la mala estrella del escritor alcalaino; pero ¿y los cervantistas, señor autor? ¿Nada hicieron los cervantistas por Cervántes?»

Me concedo la palabra, y contesto en los términos siguientes:

—Perdone V., señor lector. Si desde la resurreccion de Cervántes hasta ahora no he vuelto á mentar á los fundadores del Congreso Cervántico, doy á V. mi palabra de que ha sido con algun motivo. Convenía al efecto final de mi largo discurso y al órden de mi cuento hacerlo de una vez y referir sus actos en resúmen.

El Congreso Cervántico se cerró al poco tiempo de resucitar Cervantes, porque, bien mirado, una vez vivo éste, para él, y sólo para él, iban á ser las ventajas que resultasen de las famosísimas sesiones. La humanidad no adula más que á los muertos capaces de dar importancia á quien se ocupa de ellos, ó á los vivos en situacion de hacer algo por la humanidad, y dando de barato que los cervantistas de mi cuento fuesen capaces de la más mínima adulacion, áun en los dias mejores de Cervantes tuvieron al alcance de sus incensarios personas de que pudiera esperarse mayor provecho.

Pasaron años y años, y llegó Cervantes al triste estado que queda referido. Se encontraba en la calle al Sr. D. Mamerto Ribagorza y Mendigorría, tan elegante y tan orondo, gracias en parte á lo que le produjo la presidencia del Congreso Cervántico (de donde sacó algo más de lo necesario para pagar la cena quijotesca), y animado el misérrimo vate por la consideracion de que D. Mamerto le debía á él gran parte de su fortuna, siquier fuese indirectamente, le abordaba con el valor que presta la necesidad, y le administraba un modesto *sablaço*, ó en otros términos, le pedía un duro.

Don Mamerto no dejaba de decir á la noche en alguno de los salones que años atras frecuentaba tambien el novísimo maestro de esgrima:

—«Pues, señor, el dichoso Cervantes ha dado en la gracia de pedir dinero y está insufrible. Apenas me ve, se me pega como una lapa, me jura que se ha salido de casa sin un céntimo, me cuenta mil tristezas y me pide algo. Hoy he tenido al fin valor

para cuadrarme y le he negado el duro que me pedía. ¡Amigo! una necesidad diaria no hay quien la socorra.»

—«No es eso lo peor (replicaba el ex-ministro, si se hallaba presente), sino que va siempre tan mal vestido, con la levita tan pelada, con las botas tan ridículamente hechas pedazos, que da vergüenza saludarle. Yo estaba la otra tarde en la Red de San Luis con unas señoras; pasaba él por la acera de enfrente, hizo ademán de saludarme y yo... ¿por qué he de negarlo? me hice el distraído.

Otros individuos del Congreso no tenían que decir una palabra: hacía mucho tiempo que habían dejado de conocer á Cervántes.

### XXXVIII.

En estas y las otras agravóse su enfermedad y le llegó la última hora por segunda vez. Confesó y comulgó devotamente, escribió una carta á D. Cucufate Miralpux, enviándole su cristiano perdon á trueque de quemar la receta del bálsamo para que nadie cayese en lo sucesivo en la tentacion de resucitarle, y esperando conseguir su deseo espiró con la tranquilidad del justo.

Corrió por Madrid rápida como el rayo la noticia

del fallecimiento. Todo el mundo debía esperarle de un momento á otro; todo el mundo debía presumir las tristes condiciones en que el suceso iba á tener lugar; todo el mundo decidió, sin embargo, sorprenderse y alborotarse. Natural es que nada conmueva tanto como lo que ya no admite remedio.

Los periódicos llenaron sus columnas de biografías sentidísimas, repitieron indignados y ruborosos que Cervántes ¡el gran Cervántes! había muerto en el mayor olvido y en la más espantosa escasez, y dijeron que aquella era la ocasion de demostrar al orbe entero que no éramos indiferentes con nuestras glorias literarias.

El Gobierno quiso asociarse al sentimiento general y preparó á Cervántes un suntuoso entierro, cuyo coste hubiera podido contribuir á prolongar y alegrar la vida del difunto durante algunos años. Los mismos cervantistas se agitaron y se unieron: D. Marmerto y el ex-ministro se pelearon por llevar una de las cintas del carro fúnebre, y el orador que al comenzar esta lamentable historia era conocido con el apologético mote de *Castelarito* pronunció un lacrimoso discurso en el Campo-Santo y puso el sello á su fama.

Poco tiempo despues todas las obras de Cervántes se ponían en las nubes, y *La cuarta salida*, *D. Sanchito de la Panza* y *La Moderna Arcadia* se comentaban y se interpretaban con el mayor entusiasmo; su autor volvía á colocarse á la cabeza de todos los novelistas del mundo; las estatuas derruidas se levantaban como por encanto; el Congreso Cervántico abría nuevamente sus puertas; planteábase al fin la

canonización de Cervantes y un Papa ilustrado y benigno, conecedor de cuanto había sufrido el autor del *Quijote* en su segunda vida, dejaba decir á todos los calendarios:

9 DE OCTUBRE.—SAN MIGUEL DE CERVANTES,  
POETA Y MÁRTIR.

FIN.



## ÍNDICE

|                         | <u>Paginas.</u> |
|-------------------------|-----------------|
| 148 palabras.....       | v               |
| El otro mundo.....      | 7               |
| El huésped.....         | 65              |
| Los dos Napoleones..... | 99              |
| El café.....            | 137             |
| El padre Daniel.....    | 161             |
| Tierra-Tragona.....     | 199             |
| Hombres y animales..... | 209             |
| El nuevo Lázaro.....    | 269             |

---

INDICE

|    |                  |
|----|------------------|
| 1  | El autor         |
| 2  | El libro         |
| 3  | El lenguaje      |
| 4  | Los dos Nippones |
| 5  | El arte          |
| 6  | El arte japonés  |
| 7  | El arte japonés  |
| 8  | El arte japonés  |
| 9  | El arte japonés  |
| 10 | El arte japonés  |
| 11 | El arte japonés  |
| 12 | El arte japonés  |
| 13 | El arte japonés  |
| 14 | El arte japonés  |
| 15 | El arte japonés  |
| 16 | El arte japonés  |
| 17 | El arte japonés  |
| 18 | El arte japonés  |
| 19 | El arte japonés  |
| 20 | El arte japonés  |
| 21 | El arte japonés  |
| 22 | El arte japonés  |
| 23 | El arte japonés  |
| 24 | El arte japonés  |
| 25 | El arte japonés  |
| 26 | El arte japonés  |
| 27 | El arte japonés  |
| 28 | El arte japonés  |
| 29 | El arte japonés  |
| 30 | El arte japonés  |
| 31 | El arte japonés  |
| 32 | El arte japonés  |
| 33 | El arte japonés  |
| 34 | El arte japonés  |
| 35 | El arte japonés  |
| 36 | El arte japonés  |
| 37 | El arte japonés  |
| 38 | El arte japonés  |
| 39 | El arte japonés  |
| 40 | El arte japonés  |
| 41 | El arte japonés  |
| 42 | El arte japonés  |
| 43 | El arte japonés  |
| 44 | El arte japonés  |
| 45 | El arte japonés  |
| 46 | El arte japonés  |
| 47 | El arte japonés  |
| 48 | El arte japonés  |
| 49 | El arte japonés  |
| 50 | El arte japonés  |

## ERRATAS Y ERRORES

La poca habilidad que tuvo siempre el autor de este libro para corregir pruebas, y el mal estado de su vista, han sido origen de casi todas las erratas que afean el texto, y en ocasiones dificultan la lectura.

En la página 11, línea 31, dice: «dejas á tus amigos».—Debe decir: «dejas por ella á tus amigos».

En la página 194, línea 26, dice; «cuanto aquél le mandaba». Debe decir: «cuanto éste le mandaba».

En la página 228, línea 5, dice «enfermedades». — Debe decir: «achaques».

En la página 281, línea 8, dice: «ya podría pedir.»—Debe decir: «ya podía pedir».

En las páginas 269 y 292 se escribe *tiernísimo* y *tiernísima* por «ternísimo» y «ternísima».

En la página 317, línea 32, dice: «es un lugar que...».—Debe decir: «es un lugar, y...»

En la página 325, línea 30, dice: «exploten en su locura.».—Debe decir: «exploten su locura».

En la página 332, línea 25, dice: «su portentosa novela.».—Debe decir «la portentosa novela».

En la página 378, línea 22, sobra una coma colocada despues de la palabra «Ayuntamiento».

En las páginas 295, 484, 492 y en alguna más van mal impresos algunos vocablos y nombres propios extranjeros, tales como *Speech*, *Krause*, *Tropmann*, *Vefour* y *Rothschild*.

En la página 493, línea 31, se convierte en M. Guignol al profesor de gimnasia M. Vignol.

En la página 522, línea 7, dice: «que no es bien que ande...».—Debe decir: «que no era bien que anduviese...»

En la página 532, línea 14, dice: «bueno é regular.»—Debe decir: «bueno ó regular.»

En la página 537, línea 18, dice: Cervántes estaba la situación.».—Debe decir: «Cervántes estaba dentro de la situación.»

Estos descuidos los salva siempre el lector capaz de conocerlos: otros hay que no merecen el nombre de erratas, sino el de errores, y esos son los que más preocupan al autor de los *Cuentos inverosímiles*. Se apuntarán algunos en la imposibilidad de especificarlos todos.

En la página 104 se llama «el príncipe Eugenio» al príncipe imperial de Francia, cuyo primer nombre es «Napoleon.» En la 319 es condenado nada ménos que á las eternas penas del infierno el arrepentido y salvado Longinos. Más de una vez se llama Alonso Quijada á D. Quijote en el último cuento de la coleccion. Aunque Cervántes le nombra indistintamente Quijada y Quijano en el transcurso de su inmortal novela, á la hora de la muerte y en el momento de recobrar la razon, el mismo hidalgo manchego declara ser su nombre Alonso Quijano, y ante esto nada hay que decir. En boca de Cervántes se pone algun que otro *vos* que debiera ser *vuesa merced*...

Pero ninguno de los errores apuntados, ninguna de las extravagancias y frialdades que el autor reconoce en su obra y que ya no puede corregir, le mortifica tanto como una falta de verdad, dolorosísima para su corazon. En dos pasajes de *El nuevo Lazarro* se supone vivo en años todavía por venir al Excmo. señor D. Alejandro Olivan, que acaba de bajar al sepulcro. Cuando el cuento se escribió, cuando se imprimieron las páginas honradas con su nombre, vivía el ilustre académico, y los que siempre le debimos y le pagamos un inalterable cariño, no podíamos presentir su muerte, ocurrida poco despues. Hoy podría yo arrancar esas páginas de mi libro é imprimirlas de nuevo. No me siento con valor para hacerlo: viva en ellas siquiera lo poco que ellas duren; y ayúdelas á librarse del olvido por algun tiempo.



## CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA PEROJO.

**Coleccion de filósofos modernos.** Bajo este título está publicando las obras todas de los grandes filósofos modernos desde Descartes y Bacon hasta los últimos contemporáneos.—Van publicadas:

- Descartes.—Traducción de *D. M. de la Revilla*; dos tomos en 4.º—24 rs. Madrid, 26 provincias.  
Spinoza.—Tomo I.—Traducción é introducción de *D. E. Reus Bahamonde*.—Un tomo en 4.º de 368-CXVI páginas.—24 rs. Madrid, 26 provincias.

*Seguirá á este:*

- Kant.—CRÍTICA DE LA RAZON PURA.—Traducción de *D. José del Perojo*.  
Herbert Spencer.—Traducción de *D. José Andres Irueste*.  
Voltaire.—Traducción de *D. Luis Simarro*.  
Littré.—Traducción de *D. Pompeyo Gener*.  
Haeckel.—Traducción de *D. Pedro Estasen*.

## OBRAS PUBLICADAS POR DICHA BIBLIOTECA.

- Ch. Darwin.—ORÍGEN DE LAS ESPECIES.—Traducción de la última edición inglesa. Un volumen en 8.º encuadernado con lujo.—8 pesetas.  
W. Bagehot.—ORÍGEN DE LAS NACIONES Ó LEYES DEL DESARROLLO CIENTIFICO DE LOS PUEBLOS SEGUN LA LEY DE SELECCION.—Un tomo.—3 pesetas.  
J. W. Drapper.—CONFLICTOS ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGION.—Un tomo.—3,50 pesetas.  
L. Jacolliot.—VIAJE AL PAÍS DE LAS BAYADERAS.—Narración de las costumbres y mujeres del extremo Oriente.—Un tomo.—2 pesetas.  
Conde Beauvoir.—AUSTRALIA, viaje alrededor del mundo.—Un tomo en 8.º, 12 reales.  
M. Mignet.—CÁRLOS QUINTO.—Un tomo en 8.º, 14 reales.  
Claudio Bernard.—LA CIENCIA EXPERIMENTAL.—Un tomo en 8.º, 14 rs.  
J. Valera.—PEPITA JIMENEZ.—5.ª edición.—8 rs. Madrid, 10 provincias.  
El mismo.—PASARSE DE LISTO, novela; un tomo en 8.º—14 rs.  
El mismo.—DERTACIONES Y JUICIOS LITERARIOS.—24 rs.  
Salvatore Farina.—AMOR VENDADO, novela italiana; traducción de *M. de la Peña*.—4 rs.  
Erickmann-Chatrian.—HISTORIA DE UN QUINTO DE 1813; edición ilustrada.—4 rs. Madrid, 5 provincias.  
Idem.—EL AMIGO FRUTZ.—5 rs. Madrid, 6 provincias.  
Idem.—HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA CONTADA POR UN ALDEANO.—6 rs.  
El P. Curci.—EL MODERNO DISSENTIMIENTO ENTRE LA IGLESIA Y LA ITALIA; única traducción completa.—8 rs. Madrid, 10 provincias.  
Ros de Olano.—GALATEA; un folleto.—8 rs.  
P. Heyse.—LOTKA; novela alemana.—6 rs.  
F. Lastres.—LA CÁRCEL DE MADRID; un folleto.—5 rs.  
Perez de Guzman.—UN MATRIMONIO DE ESTADO.—20 rs.